ARTURO DEL BURGO

MALDITOS



ESPASA

Junio de 1996. Playa de Zurriola, San Sebastián.

Una escultura de arena oculta el cadáver de una joven estudiante. En la frente, una palabra grabada a fuego: EXLIBRIS. Desde entonces, cada cuatro años, en el mes de junio, el asesino repite su ritual. Secuestra, tortura, viola y asesina a una joven, y le marca la frente con el mismo sello. La prensa los bautiza como los crímenes del librero. Siempre igual. Siempre impune.

Junio de 2024. Madrid.

A Renata Blasco, subinspectora de la Policía Nacional, acaban de levantarle su enésimo expediente disciplinario. Violenta, inestable, con una alarmante falta de empatía, pero también brillante y eficaz, es una agente implacable. Por eso le asignan un caso imposible: adelantarse a un asesinato que aún no se ha cometido.

Vera Durán, antigua inspectora del caso durante casi tres décadas, intentará ayudarla a detenerlo. Siete crímenes sin resolver pesan sobre su conciencia y no está dispuesta a cargar con uno más.

Mientras la cuenta atrás avanza, tres amigos intercambian por completo sus vidas durante una semana en un juego tan seductor como peligroso, donde las traiciones y las sospechas no tardan en aflorar.

MALDITOS

Arturo del Burgo



Arturo del Burgo Azpíroz, 2026
Editorial Planeta, S. A., 2026
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Para mis padres, Jaime Ignacio y Blanca,
por enseñarme a ser feliz

SAN SEBASTIÁN, JUNIO DE 1996

La ciudad amaneció bajo un cielo espeso, con unas nubes densas y purpúreas que prometían una jornada sin ver la luz del sol. Un viento fresco recorría unas calles todavía desiertas, perezosas, sin ganas de afrontar un domingo que se avecinaba desapacible y gris.

El coche patrulla recorría la avenida de Navarra a una velocidad temeraria. A falta de tráfico, llevaba encendidas las luces, pero sin la estridente sirena. El ruido del motor, al frenar y acelerar el coche en cada cruce, rivalizaba con el murmullo del viento como única comparsa de la mañana.

En el interior del vehículo reinaba un silencio expectante, impacientes por descubrir si la llamada que acababan de recibir no era más que una broma, una confusión o un simple malentendido.

Alcanzaron por fin la avenida Satrustegi, frente a la playa de Zurriola. La oscuridad y los árboles que se alzan sobre los amplios jardines les impedía ver el mar desde el coche. Avanzaban ahora despacio, buscando su objetivo.

Las luces iluminaron a un hombre que emergió al fondo de un parterre, alzando la mano. El patrulla llegó a su altura y aparcó en la acera. Los destellos azulados siguieron ondulando y recortando intimidantes la oscuridad del alba. Los dos agentes salieron del vehículo.

—Buenos días. —El copiloto, un joven voluminoso de aspecto hosco, fue el primero en dirigirse al hombre—. ¿Ha sido usted el que nos ha llamado?

—Sí, sí... —Vestido de faena, estrujaba una gorra entre las manos, visiblemente nervioso—. Estaba limpiando la playa y a punto he estado de pasar por encima. No podía pensar que...

El agente lo tomó del brazo y comenzaron a caminar hacia la arena.

—No se preocupe, hombre, ha hecho usted muy bien. Enséñeme dónde es, por favor. —Y se dirigió a su compañero—: Bajo a echar un ojo.

Atravesaron el parterre y se asomaron a la barandilla. La estampa espeluznante que había ante ellos le produjo al policía una impresión inmediata. Un mar oscuro y encrespado se difuminaba hacia el horizonte en un cielo del mismo tono como un mal presagio. La arena en penumbra no ofrecía su reconfortante color dorado, sino algo más sombrío, grisáceo, como un manto infinito de ceniza. Al fondo, junto a la orilla, la silueta de un pequeño tractor limpia-playas, con el motor todavía en marcha. Las luces delanteras iluminaban una pequeña parcela.

Descendieron las escaleras. El agente encendió su linterna y alumbró el camino hacia el tractor. El hombre seguía balbuceando un discurso ininteligible que el policía había dejado de escuchar, concentrado en el pesado caminar de sus botas sobre la arena y en tratar de descifrar el bulto que poco a poco se iba dibujando bajo los faros del tractor.

Tras un eterno minuto llegaron a su destino. Rodearon el vehículo para situarse de espaldas al mar. Lo que vio entonces confirmó sus peores temores y le revolvió el estómago.

—Pensé que era una de esas figuras... —balbuceó el hombre.

Una escultura de arena grande, mal hecha, representaba la silueta tosca de una sirena. Estaba realizada con poca dedicación, pero aun así era perfectamente reconocible por su torso humano, sus brazos extendidos en cruz, sus pechos exagerados, y una larga cola de pez terminada en una aleta.

—Y justo antes de pasar me fijé en eso...

El hombre señalaba a la cola: la arena resquebrajada y caída en un lateral dejaba entrever una rodilla desnuda y el inicio de una pierna blanca.

—No he querido tocar nada.

El agente sintió un escalofrío. Trató de recomponerse mientras recordaba el manual de criminología que llevaba meses estudiando, su pequeña aspiración personal a un puesto en homicidios. Pero la imagen de aquella pierna desnuda le impidió pensar o recordar

nada: tendría que actuar por instinto.

Volvió a dar la vuelta al tractor para situarse esta vez junto a la cabeza de la sirena. Lo primero era determinar quién se encontraba bajo la arena. Se arrodilló junto al montículo redondeado y basto, con dos agujeros oscuros y una exagerada sonrisa. Decidió escarbar una mitad, intentando dejar la otra intacta para los compañeros de la Científica. Hundió la mano lentamente a la altura del ojo derecho, sintiendo el contacto de una arena fría y húmeda, y comenzó a retirarla lentamente. Apenas le llevó unos instantes dejar al descubierto la macabra estampa.

—Ay, *ama;* ay, *ama*...

El operario situado junto al tractor se llevó las manos a la cabeza, se giró hacia el mar para apartar la vista y alejarse de la realidad terrible con la que había tenido la desgracia de toparse. El agente, por su parte, no podía quitarle ojo a aquel rostro, la mitad envuelto en arena, la otra mitad mostrando los rasgos inconfundibles de una chica inerte, de piel azulada, repleta de magulladuras: una imagen dura intensificada por las luces frías del vehículo.

El joven *ertzaina*, Igor Velasco, reprimió una arcada y una ira violenta creció en su interior. Aquella pobre muchacha no solo había sufrido un crimen violento, también la indignidad de que su muerte quedara expuesta al mundo bajo una insulsa escultura de arena.

Cogió la radio que colgaba de su hombro izquierdo y pidió refuerzos. Esperó instrucciones todavía de rodillas, junto a la cabeza de la pobre chica, con el sonido incesante de las olas del mar de fondo. Calculó que quedarían como máximo un par de horas antes de que subiera la marea y alcanzara al cadáver. Ya podían darse prisa. La radio rugió entonces. Una voz fría les indicó que debían acordonar la zona y esperar la llegada de efectivos.

Pero apenas escuchó las indicaciones, absorto como estaba en el rostro de la chica. Un nuevo fragmento de arena se había desprendido de su cabeza, en la frente. Sobre ella, en contraste con su blanca tez, habían grabado a fuego una marca horrible, una circunferencia redonda que encierra una palabra en mayúsculas: EXLIBRIS.

PRIMERA PARTE
ELLAS

VIERNES, 7 DE JUNIO DE 2024,
CUATRO DÍAS ANTES DEL JUEGO

I

La he visto al llegar. Desde el momento en que ha entrado en la comisaría algo en ella me ha llamado la atención. Y no solo por el contraste de encontrar una mujer mayor, menuda y frágil en un lugar repleto de policías. Es algo más. Quizá la forma de entrar, segura y decidida, o la contundencia con la que se ha dirigido hacia uno de mis compañeros y preguntado por nuestro jefe, o tal vez la mirada que nos ha lanzado a todos mientras esperaba, como si reconociera el lugar y a nosotros mismos. Y cuando he visto que algunos le correspondían con una sonrisa o incluso se acercaban a saludarla, he sido consciente de que me estaba perdiendo algo.

—Es Vera Durán —murmura mi compañero y no hace falta que añada más.

Me reprendo a mí misma por no haberla reconocido, pero las escasas fotografías que he visto de ella son de cuando era bastante más joven. La sigo con la mirada mientras cruza la sala para dirigirse al despacho del inspector jefe, que la espera en el umbral de la puerta con gesto serio.

Aunque no llegué a coincidir con ella, porque ya se había jubilado cuando entré en la Policía Nacional, sus historias todavía resuenan en el departamento y sus éxitos y su carrera son un referente para todas las mujeres del cuerpo. En el año que estuve en la Academia me pasé horas leyendo expedientes con algunos de sus casos más sonados y recuerdo haber sentido admiración por esa mujer.

Cuando desaparece tras la puerta del jefe, vuelvo resignada a mi trabajo, una tediosa comprobación de matrículas para tratar de

localizar a un sospechoso. Aburrido, como casi todos los encargos que me han dado en el último mes. Es la penitencia que debo pagar, no me quejo. No es la primera vez, pero estoy convencida —mentira — de que será la última. En esta ocasión ni el sindicato ha podido librarme de mi particular castigo. Cuando un subordinado falta el respeto a un superior, y este es muy superior, normalmente se producen consecuencias; y cuando ocurre, yo las asumo con disciplina, faltaría más, que por algo soy policía.

La puerta del jefe se abre de pronto y él asoma la cabeza. Lanza una mirada a su alrededor, como buscando una presa sobre la que abalanzarse en aquella jungla de cabezas y ordenadores. Sus ojos se posan en los míos, quizá la única que le dirige la mirada, seguramente la única idiota que todavía no asume que cuando el jefe busca, lo mejor es hacerse la ocupada.

—¡René! —grita con ese vozarrón característico que reverbera por toda la sala.

No puedo evitar entrar en su despacho con una sonrisa bobalicona incrustada en la cara. Esto es lo único mínimamente emocionante que me ha pasado en el mes que llevo sancionada. Me dirijo hacia la mujer que permanece sentada ante el escritorio.

—Os presento: nuestra subinspectora Renata Blasco —dice señalándome tras cerrar la puerta—. Ella es...

—Vera Durán —lo interrumpo—. Es un honor conocerla, señora, puede llamarme René.

La mujer no parece animarse ante mi evidente entusiasmo. Fría, me tiende la mano mientras me escruta con sus pequeños ojos felinos.

—¿Cuántos años tienes? —pregunta con una voz fresca, joven para un rostro surcado de arrugas.

—Veintinueve, pero haré treinta en noviembre.

Mi respuesta la decepciona. Mira hacia su regazo, donde reposa un pequeño bolso. Suspira resignada antes de levantarse.

—Bien, esto es una pérdida de tiempo. Si a ti no te interesa, Beltrán, yo poco más puedo hacer. Me vuelvo con mi nieta y con mis flores. Solo espero, por tu bien y por el de alguna pobre chica, que sea la vieja desquiciada y exagerada que crees que soy y esta vez

no ocurra.

Da por concluida la entrevista y se dirige hacia la puerta. Beltrán Soler la increpa sin levantarse de la silla.

—Vamos, Vera, esto no es propio de ti. Renata es una agente excelente, como tú cuando tenías su edad. Ya sabes cómo va esto. Estamos hasta arriba de trabajo, tenemos ahora mismo abiertos más de doscientos expedientes solo ahí fuera, no podemos pararlo todo por algo que todavía no ha ocurrido. —Ella sigue mirándolo desde la puerta, con la mano en el pomo—. Te asigno a una de nuestras mejores agentes, olvídate de su edad. Volvemos a montar el operativo de la última vez, incrementamos controles, nos coordinamos con la Guardia Civil y la Urbana... Lo único que te pido es que te tomes un café con Renata, se lo cuentas y te prometo que se dedicará a...

El portazo es más rápido y fuerte de lo previsto. Vera Durán, la famosa inspectora con cientos de casos a sus espaldas, desaparece dejando un silencio cargado y tenso en el despacho. Beltrán se recuesta en la silla y mira por la ventana para lanzar un sonoro «joder» como conclusión. Los segundos se vuelven incómodos y no sé si debo esperar o marcharme a trabajar. Por fin parece despertar.

—La prensa lo llamó «los crímenes del librero» —dice en tono resignado. Se me vienen a la mente algunos detalles, esbozos de algo que he leído, pero no consigo recordar el caso completo—. Unas chicas aparecieron con un sello grabado a fuego en la frente —ahora sí sé de qué habla—; Durán fue la inspectora que llevó la investigación durante años, décadas en realidad. Intercéptala antes de que se vaya, dile que te ocuparás del tema y después recupera el expediente. No quiero que empiece a hacer llamadas y me revolucione a los de arriba. Échale una ojeada al asunto y luego me cuentas. —Se queda pensando, mirando al infinito, hablando como para sí—. Revisa el protocolo que se siguió hace cuatro años y me lo cuentas. Ya no me acuerdo. Y deberíamos hablar con alguien de Desaparecidos para ver si han denunciado recientemente algo que encaje. Lo que no quiero es que luego me acusen de no haber hecho nada. —Me mira entonces, como sorprendido de que aún siga ahí—. ¡Venga, coño! ¡Ve a buscarla!

El pobre es imbécil intermitente; no del todo, no siempre, pero imbécil al fin y al cabo.

Salgo como una exhalación y me dirijo a las escaleras. No está. Habrá bajado en ascensor, no puede ser tan rápida. Finalmente doy con ella justo cuando acaba de salir del edificio.

—¡Señora Durán, espere, por favor!

Sigue como si no me hubiera escuchado. Insisto y me pongo a su altura, caminando a su lado. Por fin se detiene molesta y se gira hacia mí. Noto una mirada resentida y decepcionada. Es evidente que no ha encontrado en Beltrán lo que ha venido a buscar, y en mí, menos todavía.

—El inspector jefe me ha pedido que me ocupe del asunto. Ya sé que piensa que soy demasiado joven, pero si echa una ojeada a mi expediente, verá que... —La mujer retoma la marcha hacia el aparcamiento. Es más ágil de lo que parece y debo dar buenas zancadas para seguir a su lado—. Soy una excelente subinspectora, la más joven en recibir una Cruz al Mérito Policial con distintivo blanco, y para mayor suerte resulta que no tengo gran cosa que hacer últimamente. Solo me encargan casos de mierda —maldigo mi vocabulario—, los que no quiere nadie, así que estaré encantada de dejarlo todo para centrarme en..., ¿cómo era?: los crímenes del librero.

—Qué bien, otro caso de mierda más...

—Oh, no, no quería decir eso, ni mucho menos —no se le escapa una a la muy jodida—, pero Beltrán ha pensado que como soy la más desocupada en este momento quizá...

—Nunca me gustó ese nombre —dice al fin. Agradezco que corte mi verborrea—, los crímenes del librero.

Antes de que pueda articular alguna forma de mantener viva la conversación, hemos llegado a su coche, un Ford Focus que la espera reluciente y limpio. Abre la puerta y se detiene antes de entrar. Quizá se esté apiadando de mí.

—Señorita Blasco...

—Oh, no, por favor, llámeme René... —demasiado informal— o Renata.

—Recupere el expediente de los asesinatos. El primero de ellos

data de 1996, así que imagino que no estará digitalizado. Sería bueno que fuera a San Sebastián y a Pamplona, allí lo tienen todo. Estúdielo con detenimiento, analice los detalles, céntrese en los perfiles de las víctimas. Porque todo esto va precisamente de eso, de víctimas. Una chica que va a ser secuestrada en los próximos días, y si la pobre desgraciada no tiene suerte, aparecerá muerta: torturada, violada y asesinada. Ocurre siempre en junio, cada cuatro años desde 1996. Por eso no entiendo como ese inútil de Beltrán no reacciona. En fin, suerte con la investigación. Yo no la tuve en los treinta años en que traté de dar con ese malnacido. Pero seguro que usted, que tiene una condecoración, es mucho más lista que yo. Buenos días, René.

Se supone que debo decir algo, aunque estoy tratando de procesar su impertinencia. Estaría encantada de responderle con alguna solemne falta de respeto, pero se trata de ganármela, no de que salga picando rueda.

—Haré lo que pueda, señora Durán. Y permítame decirle que es un verdadero honor haberla conocido y que...

Por segunda vez en menos de cinco minutos, un portazo pone fin a nuestra conversación. La veo salir del *parking* y alejarse deprisa, como queriendo salir cuanto antes de aquel lugar que, con toda seguridad, tendrá para ella un gusto a incompetencia y dejadez.

Por mi parte, toca trabajar.

Los crímenes del librero.

II

Quizá sea lo único que no le gusta de su profesión. Ese desagradable olor a quirófano que se le queda impregnado en las fosas nasales, una mezcla de metal, sangre y desinfectante que tarda horas en disiparse y que le repugna. Cuando está metido en faena, no es capaz de apreciarlo; será por la adrenalina y la concentración, que invalidan cualquier efecto negativo. Pero luego, una vez duchado y vestido, el maldito olor se impone con toda

crudeza.

Rocía el coche con un caro perfume que guarda en la guantera y se pulveriza incluso la cara, inspirando fuerte, dejando que la esencia de Loewe se le adentre hasta el alma.

Arranca por fin su Mercedes Clase S, una berlina negra imponente que compró hace unos meses, y sale rápido del aparcamiento del hospital. Son las nueve y veinte de la noche y no quedan muchos vehículos circulando por allí.

Suena el manos libres del vehículo.

—Íñigo. —Una voz femenina resuena por los altavoces—. ¿Dónde estás?

—Acabo de salir. Estoy allí en quince minutos. ¿Están todos?

—No, tranquilo, yo acabo de llegar. Falta Bruno.

—¿Viene con la nueva?

—Deja de llamarla así, por Dios, llevan saliendo meses. Y claro que vendrá, ya lo sabes. Anda, date prisa, que aquí hay cena para abastecer a medio mundo.

—Ahora te veo.

Cuelga y sonríe. Y sonríe más aún cuando es consciente de que lo hace, de que ese gesto lo ha acompañado como seña de identidad durante buena parte de su vida.

Hoy tiene aún más motivos. Ha sido un buen día y confía en que termine mejor. Lleva ocho horas trabajando sobre la cabeza de una niña de once años para intentar extirparle un pequeño tumor. Requerirá de varias sesiones de quimioterapia para eliminarlo por completo, pero ha logrado superar con éxito la intervención y eso ya es motivo de celebración.

Para Íñigo no hay nada comparable a trabajar con niños. Es cierto que la tensión y los nervios son mayores que al operar a un adulto, pero cuando las cosas salen bien, la compensación es inimaginable. A sus cuarenta y seis años, con más de dos décadas de experiencia como neurocirujano, Íñigo Osorio está convencido de que no hay otra profesión en el mundo capaz de reportar emociones tan intensas y vivas como la suya. Para muestra, la conversación que acaba de mantener con los padres de Nora y su alivio infinito al recibir las buenas noticias, el abrazo espontáneo que el padre le ha

regalado, las lágrimas incesantes de la madre... La sonrisa se le ensancha todavía más.

Enfila ya la Castellana rumbo al ático de Álvaro en pleno barrio de Salamanca, donde le aguarda una de sus cenas mensuales con sus dos grandes amigos y sus respectivas parejas. Si el tráfico sigue fluido, llegará en unos minutos. Se muere de hambre.

Sigue sonriendo y es consciente de que no es solo por su realización profesional. Amanda, su mujer desde hace seis años, novia desde los veinticinco, es la causante de buena parte de su sonrisa. La imagina en ese instante, preciosa con el traje azul oscuro de chaqueta y falda que llevaba puesto por la mañana, cuando le ha regalado un comentario sobre su generoso escote mientras la besaba sus labios rojos, ante sus profundos ojos negros y un liso cabello azabache cortado por encima de los hombros.

Tiene ganas de verla, de abrazarla y besarla de nuevo, y le contará con orgullo el resultado de la operación. Normalmente no le presta demasiada atención a su trabajo, cansada ya de sus anécdotas médicas, pero cuando hay niños de por medio siempre le interesa.

Niños... Quizá el único elemento que, por su ausencia, empaña su sonrisa. Y por eso prefiere obviarlo y seguir conduciendo ante las cosas buenas que le ofrece la vida.

Llega a su destino, calle Serrano junto a la plaza de la Independencia, y detiene el coche frente a un portal señorial que advierte de la elegancia y el lujo que esconden las viviendas. Antes de bajarse del vehículo, el solícito portero del edificio ha salido ya a su encuentro.

—Bienvenido, señor Osorio —le dice solemne mientras recibe las llaves del coche para aparcarlo—. Su esposa lo espera arriba.

—Lo sé, muchas gracias. ¿Sabe si Bruno ha llegado ya?

—Acaba de hacerlo, señor.

Le da una propina y sube en el ascensor. En el rellano del sexto piso, que alberga una única vivienda, toca el timbre de la puerta y espera a que empiece la fiesta.

III

Si Beltrán me ha dado este asunto es porque no lo quiere nadie, no nos vamos a engañar, y porque de paso acalla mis protestas. Dos pájaros de un tiro. Por si fuera poco, tampoco es un caso real. Solo me ha pedido que revise los expedientes de unos casos ocurridos hace tiempo y que no tienen pinta de ir a reabrirse de la noche a la mañana. Pero el hecho de estar sentada en el archivo, con todas estas cajas delante y una mesa repleta de muertos de verdad, me da unas mínimas ganas de vivir.

Las caras de las chicas me han impresionado, no lo niego. De una parte, sus fotos en vida, guapas, sonrientes, confiadas, con un futuro por delante; de otra, las imágenes de los crímenes, donde ya no sonríen, aparecen tiradas en el suelo, medio desnudas, desfiguradas por el dolor, inertes... Y con esa horrible marca roja en sus blancas frentes.

Compruebo que el techo no tiene detector de humos y enciendo con ansia un cigarrillo. He aguantado hasta ahora, pero ya no puedo más. El humo no solo me relaja, también me ayuda a pensar.

Llevo toda la tarde encerrada en esta habitación del sótano de la brigada. Se me ha pasado el tiempo volando mientras buceo en esta historia truculenta.

Hasta ahora, lo poco que sé es esto.

Tengo un total de seis expedientes con seis chicas asesinadas. Todas de entre veinte y treinta años. Distintos perfiles sociales, distintas raíces familiares, distintas profesiones. Guapas como único punto en común. Todas desaparecidas en junio cada cuatro años, y encontradas días después. Un único parón en 2004, donde no mata a nadie. La primera asesinada en San Sebastián, el resto en Madrid. Todas violadas. Tres causas de muerte: asfixiadas, estranguladas o golpeadas.

Perdón, no todas fueron asesinadas. Hay una que rompe el patrón: Mar Rivas. La encontraron encerrada en el sótano de una vivienda en construcción a las afueras de Madrid. De haber gozado de una mayor sensibilidad para el dolor ajeno, me habría costado

mirar la fotografía. Cuando la encontraron, llevaba muerta seis meses y su estado era escalofriante. La causa de la muerte señalada en el informe de la autopsia es inanición. Murió de hambre y sed, nadie le tocó un pelo. No tenía signo alguno de violencia. La única razón por la que está en la misma caja que el resto es porque encontraron el sello con el que eran marcadas en la habitación, todavía sin emplear. Ella se libró.

Hay más de cuatro mil folios con los testimonios de testigos, ninguno de los cuales arroja algo de luz. También hay cientos de fotografías e imágenes de cámaras de seguridad, una biografía detallada de cada víctima, un estudio de sus familias, amigos y compañeros de trabajo. Donde más se avanzó en la investigación fue precisamente en el primero de los crímenes, donde se llegó incluso a detener a un sospechoso que luego fue puesto en libertad. Por cierto, ahí es donde arrancó mi admirada Vera Durán con la investigación de los crímenes del librero, estaba destinada en la comisaría de Pamplona durante aquellos años. La investigación se llevó a cabo desde allí, porque la chica estudiaba derecho en Navarra desde hacía un par de años.

Es evidente que en un solo día de trabajo no me ha dado tiempo a ponerme al corriente de cada uno de los asesinatos. Soy rápida leyendo, pero no tanto. Hay detalles entre unos y otros que todavía confundo, no los ubico bien, pero creo que en un par de días podré controlar el expediente.

De momento me he centrado en ellas, las víctimas, con la idea de acotar lo máximo posible el rebaño donde caza nuestro hombre. La cuestión es que me he leído de cabo a rabo todos los informes de nuestros psicólogos forenses, donde intentan trazar un perfil unitario del tipo de víctima que busca el asesino, y por desgracia no hay nada concluyente.

Tengo delante las seis fotografías de las chicas en vida. Analizo sus rasgos, sus poses, trato de adentrarme en sus miradas, de captar un magnetismo que las conecte de alguna forma. Intento así imaginarme cómo será la octava, en caso de que la haya.

Cojo la fotografía y leo el reverso, «Claudia García. Madrid, 2016». No me gusta cómo suena, parece un maldito certamen. He generado

un mayor apego hacia ella porque físicamente nos parecemos. Podría ser yo misma, en realidad. Morena, con flequillo, ojos tan negros que apenas se diferencia la pupila, grandes y rasgados, amplia sonrisa, rostro alargado, complexión delgada. Giro la foto y en el anverso tengo la primera imagen que obtuvieron de ella en la escena del crimen. Aparece enredada en una zarza que se le clava al cuerpo desnudo como queriendo retenerla para sí. La tiró por un terraplén de cinco metros de altura y cayó entre los arbustos. Según la autopsia, todavía con vida aunque herida de muerte, se pasó allí tirada un par de horas antes de morir. La localizaron al día siguiente. El bello rostro que aparece en el reverso de la imagen muestra en el anverso unas facciones rotas por el dolor y los golpes; su piel fina y blanca convertida en una amalgama de moratones y cortes.

Y por encima de todo, quizá como colofón al infierno que se desató en sus últimos días de vida, la palabra grabada a fuego sobre su frente: EXLIBRIS.

IV

Los seis amigos han bebido más de la cuenta, como siempre, pero esas cenas bien merecen la resaca que padecerán al día siguiente. Se obligan a verse como mínimo una vez al mes, alternando la casa del anfitrión, y exprimen cada minuto de sus reencuentros colmándolos de anécdotas, recuerdos, debates, planes para el futuro y, por supuesto, grandes dosis de alcohol.

Se levantan de la mesa del comedor para reposar la cena sentados en los cómodos sillones del salón. Un enorme ventanal ofrece una vista única del parque del Retiro, infinito e intimidante en la oscuridad de la noche, el panorama ideal para alargar una velada que ninguno quiere dar por concluida.

Antes de abandonar el comedor, Álvaro agarra suavemente la muñeca de Ane, su mujer, y la atrae para darle un beso en los labios.

—Gracias, cielo —le dice con su particular voz ronca—, la cena ha

estado espectacular, mejor que nunca.

Ella recibe el beso con satisfacción y le sonríe. Guarda para sí que todo el mérito es de la empresa de *catering*. Solo tuvo que aceptar el presupuesto sin ver siquiera el menú, pero agradece el cumplido como si fuera merecido. Es socia de un bufete de abogados al que dedica once horas al día, factura varios millones de euros y tiene un equipo de veinte personas a su cargo. No va a perder un solo minuto en preparar una cena para los amigotes de su marido.

Mientras Ane acomoda a los invitados en los sofás, Álvaro acude a la cocina para rellenar la cubitera. Están solos en la casa. El servicio se ha marchado hace unos minutos y sus dos niños duermen en casa de los abuelos.

Estaba deseando que llegara esa noche. Poder aparcar por unas horas su labor de presidente de uno de los fondos de inversión más importantes del país, su papel de padre entregado y responsable, su faceta social involucrada en multitud de fundaciones y proyectos... Poder colgar por fin la corbata, descalzarse y disfrutar de una copa en compañía de Íñigo y Bruno, sus dos grandes, sus dos únicos amigos.

Los ha visto crecer, y ellos a él. El paso del tiempo no les ha impedido seguir viéndose como los chicos imberbes que eran cuando se conocieron. Quizá eso sea lo mejor de aquellas cenas, piensa mientras el hielo repiquetea en la cubitera metálica, la oportunidad de sentirse joven por un momento, de reencontrarse con aquella vida despreocupada y libre de la que disfrutaron tiempo atrás. Es el efecto que provocan en él sus dos amigos.

Suena un mensaje en su teléfono, cede a la tentación y lo lee.

—¿Más trabajo? Déjalo ya, anda.

Íñigo acaba de entrar en la cocina con una botella de ginebra vacía. La agita en el aire para reclamar una más. Álvaro obedece y deja el teléfono en la repisa, con la pantalla hacia abajo.

—Tú tampoco te despegas del tuyo, jodido —le recrimina.

—Pero no pienso atenderlo. Solo querré ver cómo va la paciente de aquí a un rato y nada más. La cena ha estado espectacular, Álvaro.

—Mérito de Ane —responde mientras abre un armario repleto de

botellas para reponer la ginebra—. La próxima le toca a Bruno. A ver cómo lo hace la nueva.

Íñigo sonríe.

—Amanda no me deja llamarla así.

—Pero es que lo es, coño. —Encuentra por fin la que busca y cierra el armario—. Y no solo eso, no es por ser nueva, ni por ser argentina, no; es que además es... No sé cómo decirte...

—Diferente.

—Sí, diferente a las nuestras. Parece buena chica, no digo que no, pero no sé si la veo para Bruno.

—Bueno —le da una palmada en el hombro para concluir la confidencia—, al fin y al cabo es para él. Así que mientras sea feliz...

—Y hablando de ser feliz: lo habrás traído, ¿verdad? Te arranco las pelotas si no, que te tocaba a ti.

—¿Por quién me tomas?

Ambos cruzan la cocina y se encaminan hacia un enorme salón a doble altura, donde les envuelve una cálida luz indirecta y los acordes de un *jazz* armónico que invade suavemente la estancia. Cada pareja ocupa uno de los tres grandes sofás distribuidos en forma de U y orientados hacia el ventanal que enmarca el Retiro. Álvaro estira las piernas sobre la mesa de centro mientras Ane se tumba en el sofá y acuesta la cabeza en el regazo de su marido. Íñigo acoge a Amanda entre sus brazos. Bruno se encarga de servir las copas a gusto de cada uno, mientras su novia, Rebeca, permanece sentada tímidamente junto a él.

—Os he echado de menos, chicos —dice Bruno mientras se esfuerza por servir la medida exacta de ginebra y tónica en las seis copas, a elección de los presentes—. Ha sido un mes aburridísimo.

Amanda lanza una carcajada.

—¿Aburrido? Ya te vale, Bruno, siempre con lo mismo. ¿A cuántos países has viajado en los últimos treinta días?

Bruno piensa unos instantes, coloca en una de las copas unas bayas de enebro y se la tiende a Ane.

—Seis.

—Pues son seis más de a los que he viajado yo —sigue Amanda.

—Pero sabes que voy por trabajo, ¿verdad? —se defiende.

Ane toma su copa y contraataca.

—Rebeca, ahora tu querido Bruno nos contará lo durísimo que es subirse a su avión privado, alojarse en un hotel de cinco estrellas y pasearse por su tienda de la Quinta Avenida, para luego hacer lo mismo en París, Londres, Roma...

Bruno toma por fin su copa, la última en servir, y se sienta junto a su novia, a quien rodea cariñoso con un brazo. Mantiene su característica media sonrisa que, unida a sus ojos ligeramente caídos, le confieren un rostro que no permite saber si en realidad está triste o alegre. De los tres es con diferencia el más tímido: retraído en las conversaciones, parco en los debates; una actitud que se evidencia incluso en el tono suave y lento de su voz.

—Pero siempre solo, Ane, o con empleados, que es lo mismo que estar solo. Y siempre haciendo lo mismo, las mismas reuniones, las mismas campañas, la misma rutina...

Esta vez es Rebeca quien lo mira con expresión incrédula, agrandando sus ojos azules.

—Aún no sé cuándo *hablás* en serio o me estás cargando, boludo. —El comentario despierta la simpatía del resto—. Yo también tengo la misma rutina, los mismos pacientes, los mismos turnos, las guardias interminables... ¡y por la guita de una enfermera!

—Bien dicho, Rebe —apunta Íñigo—. Creo que si el amigo Bruno tuviera que trabajar en nuestro hospital, aunque solo fuera un par de horas, habría que ingresarlo después.

—Bueno, bueno, dejadlo en paz de una puta vez. —Álvaro sale en su defensa con su contundencia habitual y los improperios que incrusta en cada frase—. No tiene la culpa de haber heredado una gran empresa que, por cierto, con ganas o sin ellas, dirige de forma excelente. Y como la rutina nos engulle a todos, propongo una forma estupenda de salir de ella. Íñigo, por favor, haz los honores.

Todos, a excepción de Rebeca, se animan ante el cambio de conversación: saben lo que viene a continuación. Íñigo se levanta de un brinco y va a un rincón de la sala, donde aguarda una bolsa que ha llevado consigo. Extrae una caja de madera, estrecha y alargada, y con gran parsimonia la coloca en la mesa de centro frente a sus amigos, que ya se inclinan sobre ella. La abre con delicadeza,

generando expectación, y muestra una colección de cigarrillos hechos a mano, perfectamente alineados unos junto a otros.

—Dicen que es la mejor hierba de Madrid —asegura Íñigo—, me ha costado una fortuna. Y, por supuesto, lo completamos con esto. —De la misma caja extrae dos bolsitas repletas de polvo blanco que coloca sobre la mesa—. Va por ustedes.

V

No tengo claro qué espera que haga con todo esto. Desde 1996, con la única excepción de 2004, nuestro particular hijo de puta secuestra y asesina a una chica puntualmente cada cuatro años. Todas las desapariciones ocurren en junio. No se me escapa que estamos en junio de 2024; pero, aun admitiendo que va a volver a ocurrir, que las puertas del infierno están a punto de abrirse para una pobre chica, ¿qué se supone que debo hacer? ¿Dar una alarma general? ¿Salir a la calle y gritarles a las mujeres de entre veinte y treinta años, preferiblemente guapas, que se encierren en casa? ¿Qué pretendía hacer nuestra simpática Vera?

He hecho una copia del protocolo que se activó hace cuatro años. No creo que sea posible hacer mucho más en este momento, pero confío en que me levanten el castigo y me dejen ocuparme del caso. Necesito trabajar en algo de verdad antes de terminar volviéndome loca, más aún.

Son casi las nueve de la noche y estoy derrotada. Estas pobres llevan varios años muertas, así que no creo que me lo reprochen si hago una parada.

Cierro la puerta del cubículo y le pido al compañero que custodia el archivo que me reserve la sala un par de días; quiero tener un espacio tranquilo para seguir estudiando los expedientes. Le importa un rábano, ni levanta la vista del sudoku. Cuando cierro la puerta, lo oigo protestar por el olor a tabaco. Tarde.

La brigada se encuentra casi vacía, salvo algún que otro agente con la suficiente motivación o la necesidad de horas extra como para

seguir trabajando de noche. Mi jefe está en su despacho, aunque lo pillo con la mochila puesta.

—¿Y bien? —me dice nada más verme.

—Desde 1996 no se pierde una cita, salvo la del 2004. La cuestión es que no podemos hacer gran cosa más allá de esperar.

—¿Has revisado los perfiles?

—Sí, y nada en común. Al menos nada que nos permita definir un patrón sobre el que poder trabajar y prevenir.

Desprende el móvil del cargador que reposa sobre la mesa, se detiene y suspira hondo, reflexionando.

—¿Crees de verdad que va a volver a hacerlo?

Pregunta incómoda. ¿Cómo demonios voy a saberlo? ¿Acaso cree que con una tarde de trabajo voy a ponerme en la piel de un asesino en serie que lleva matando casi tres décadas? ¿Desde cuándo me he convertido en una jodida pitonisa?

—Estoy convencida. —No tengo intención de soltar el caso y volver a mis quehaceres aburridos.

Nuevo suspiro sonoro, aún más hondo que el anterior.

—¿Qué hicimos hace cuatro años?

—Se montó un operativo coordinado con el resto de las fuerzas de seguridad, he sacado copia del protocolo. En realidad, nada efectivo a juzgar por el resultado, pero poco más se puede hacer. Durante los días previos se instalan controles aleatorios, mayor presencia de patrullas, se coordina la información con los medios de comunicación... Cuando se denuncia una desaparición, se activa un operativo especial de búsqueda, con retenes en las salidas principales, controles en el aeropuerto, estaciones de tren...

—Basura. —Yo no lo habría resumido mejor—. El tío ha jugado con nosotros durante años. ¿Quién coño cree que va a caer en un control de carretera? De todas formas, no podemos hacer otra cosa. Bien, René, el caso es tuyo. Coordina el operativo. Y vete a ver a Vera. Pídele ayuda, a ver si puede orientarte un poco. Se pasó la vida entera con ese caso. Nadie mejor que ella para ponerte al día. Y borra esa maldita sonrisa de la boca.

La congelo de inmediato. No lo he podido evitar. Estoy emocionada por salir de mi hibernación y volver a la escena.

—Tienes al comisario de uñas, ya lo sabes.

—Es un imbécil.

—Joder, Renata —se frota los ojos—, te recuerdo que le llamaste lameculos delante del secretario de Estado, ¿qué coño pretendes? ¿Que te den otra medalla?

—No tiene sentido del humor.

—Tú lo vas a perder como el tío te ponga a patrullar por las noches. Así que no la cagues con esto, hazlo por mí aunque sea, que me la estoy jugando al levantarte el castigo.

—Oído cocina.

Se detiene entonces, antes de marcharse.

—De la prensa me ocupo yo, ¿de acuerdo? Hablo con el comisario y nuestra gente de comunicación para ver cómo lo hacemos. Te contaré.

Alzo la vista y me encuentro sola. El muy cretino ha apagado la luz antes de salir, conmigo dentro. Fuera, en la enorme estancia repleta de mesas y ordenadores, estoy más sola todavía. Más sola, si es que eso es posible... La soledad y yo mantenemos una estrecha relación desde hace tiempo, demasiado quizá; empezamos a estar hartas la una de la otra.

Mi vida social no es precisamente digna de Instagram. Tengo a mi madre, que vive en Toledo, con la que la relación es complicada; un par de amigas a las que hago tan poco caso que no estoy segura de que sigan encajando en esa categoría; compañeros de trabajo hacia los que no tengo el menor interés; una buena colección de conocidos, ninguno de los cuales me despierta especial curiosidad; de novios mejor ni hablar... Quizá la culpa sea mía, no lo sé, pero hay algunos momentos a lo largo del día —escasos— en que realmente me gustaría compartir un rato con alguien.

De todas formas, hoy no es el día. Tengo cosas que hacer, y no precisamente trabajar.

VI

Las tres horas siguientes transcurren bajo el humo dulzón de la marihuana, el fragor de la cocaína y el sabor amargo del alcohol, que envuelve la conversación en un clima desinhibido y libre, en el que se alternan anécdotas, se exacerban las discusiones, se intercambian recuerdos. El tiempo se alarga lentamente sin que ninguno dé muestras de querer interrumpirlo para volver a casa, y poco a poco van dejándose llevar hacia una madrugada fluida y liviana que los eleva a un estado de completa relajación.

Las tres parejas se desperdigan en sus respectivos sofás, tumbados y acurrucados bajo los efectos de la velada. Las palabras salen ya más aletargadas, lentas y pesadas; mantienen conversaciones cada vez más inconexas al compás de un ambiente que se ha vuelto más íntimo entre el humo de la marihuana.

—Toda una vida juntos. —Bruno despliega una sonrisa impostada mientras contempla la escena irreal que se presenta ante sus ojos vidriosos.

Amanda está encima de Íñigo besándole el cuello mientras recorre con sus manos el cuerpo de su marido, como si no hubiera nadie más presente en la habitación. Álvaro y Ane se toquetean abiertamente. La propia Rebeca, al principio reacia siquiera a probar un porro, finalmente ha sucumbido y parece disfrutar como los demás de la intimidad que los rodea.

La conversación se vuelve imposible bajo los efluvios de la droga y el alcohol; los silencios se hacen cada vez más prolongados y las palabras poco a poco sucumben ante los besos y las caricias.

—Toda una vida... —repite Íñigo, despegándose por un instante de los labios de Amanda—. Es como si no tuviera ningún recuerdo más allá de vosotros.

—Es porque todos los buenos los hemos vivido juntos —lo sigue Álvaro, que tiene la cabeza tendida hacia atrás y los ojos cerrados mientras su mujer se mueve perdida bajo la manta.

—Hemos vivido muchas cosas... —continúa Íñigo—. La universidad, nuestro primer piso juntos, miles de vacaciones, desgracias, alegrías, amores, retos profesionales... Hemos estado juntos en todos los momentos, los buenos y los malos.

—Yo no sería lo que soy sin vosotros, chicos —confirma Álvaro,

escueto.

—Confianza. —La mano se Bruno se pierde bajo la blusa de Rebeca, que no la rechaza, sino que emite un gemido mientras él habla con gesto serio y trascendental—. Intimidad, confidencia... Hemos construido una amistad que no tiene secretos, chicos, y eso es algo realmente auténtico.

—Yo le confiaría mi vida a cualquiera de los dos —apunta Álvaro.

—¿Nos dejáis una cama? —interrumpe entre jadeos una Amanda cuya cabeza resurge de pronto, despeinada y excitada.

—La que quieras —se escucha la voz de Ane bajo la manta.

—En serio —sigue Bruno, ajeno a la interrupción—, yo también os confiaría mi vida sin dudarlo un segundo. Confianza... —parece meditar—. Mi vida entera... —Eleva la cabeza como si se hubiera percatado de algo—. Joder, ¡es una idea buenísima! —Se incorpora entonces y mira a sus amigos con los ojos abiertos y una expresión alineada en su rostro—. ¡Os propongo un juego!

VII

Sigo en comisaría. Daría todo por marcharme a casa, ducharme, abrir un vino y tirarme en el sofá a ver una serie. Pensándolo bien, nada me impide hacerlo. Soltera, sin compromiso, sin necesidad de darle explicaciones a nadie, sin mucho plan para este viernes noche. Pero mi yo responsable me mira desde el espejo y me dice que no con la cabeza, me señala con su dedo acusador mientras me mete en vereda: «Tienes cosas que hacer y lo sabes bien, ya habrá tiempo para descansar».

Así que obedezco... y abro Tinder.

Reviso los últimos contactos y las novedades más interesantes. Descarto la mayoría, me fijo en unos cuantos, presto especial atención a unos pocos. Finalmente, uno me convence. Podría ser, podría no ser, pero esos dientes blancos perfectamente alineados en una sonrisa sincera me atraen, y si me atraen ahora, lo pudo haber hecho entonces. Antes de que me arrepienta, he concertado una

cena rápida dentro de una hora en Malasaña. El tiempo justo para cambiarme, ponerme mona y acudir a los brazos de mi príncipe azul.

Tres horas después lo tengo literalmente encima, desnudo, jadeando en mi oreja mientras embiste mi cuerpo con insistencia. Esto siempre me resulta fascinante. Quien hace tan solo un rato no había sido para mí más que una simple fotografía en el teléfono, un bonito rostro estático en un selfi, ahora está como su madre lo trajo al mundo dentro de mi cuerpo.

La cena ha estado bien. Valenciano, informático, lleva cinco años en Madrid, le gustan las motos y se está sacando el título de patrón. Parece un buen tío, la verdad: educado, sonriente, agradable en la conversación, quizá algo lento en las anécdotas, tímido, cohibido cuando lo he invitado a casa, lanzado desde que me he quitado la blusa.

Por un momento he llegado a tener esperanzas. Había algo en su tono de voz que me ha despertado cierto cosquilleo, no tanto en el restaurante, donde hemos tenido que desgañitarnos para entendernos, sino después, cuando hemos estado besuqueándonos en la calle y me ha susurrado algún piropo en tono contenido y grave. Un tono quizá conocido, no lo sé, pero lo justo para despertar mi curiosidad. Sin dudarlo un minuto, lo he llevado a casa... A mi otra casa. Y he mantenido la esperanza hasta el final, hasta hace tan solo un par de minutos. Lo he recibido con todos mis sentidos en alerta; hasta el último poro de mi piel abierto para abrazar y sentir a aquel hombre desconocido; todo mi ser preparado para recordar, para rememorar aquel momento, para descubrir si es él o no...

Y no lo es.

Al segundo embate lo he sabido, y de pronto, en un solo instante, su olor, su tacto, su sabor, sus jadeos junto a mi oreja, su cuerpo entero se ha convertido en extraño, en alguien nuevo, en alguien desconocido, en alguien que no esperaba.

Le muerdo el lóbulo de la oreja para comerme mi frustración mientras lo rodeo con mis piernas, atrayéndolo con fuerza hacia mí, acrecentando su deseo con mis caricias, alimentando su excitación para meterme en el papel y terminar lo antes posible. Intento evadirme, dejar de pensar y aprovechar el momento, centrarme en

mi cuerpo para al menos disfrutar del amante desconocido que se esfuerza por agradar, lo cual no es poco en este mundo.

Agarro su nuca con las dos manos, tenso los músculos del cuerpo y me agito con ansia bajo su peso buscando un orgasmo que por fin llega, aunque no es lo que buscaba.

VIII

Sirena varada

Cinta de vídeo número 1 — septiembre de 1995

(Interior. Piso de estudiantes. Noche. Salón repleto de universitarios. Están cantando y bailando, alzan sus copas. Suena Zombie, *de Cranberries. Luz tenue y un humo denso de cigarrillos. La imagen, de mala calidad y movimiento constante, avanza entre la multitud. Chicos y chicas sonríen ante la grabación, le cantan y bailan, hacen gracias entre ellos. La cámara llega a una puerta que se abre hacia un pasillo alargado y estrecho, repleto de estudiantes hablando en corrillos).*

ÍÑIGO. ¿Sabes dónde está Adrián?

(La imagen enfoca a una chica apoyada en la pared).

CHICA. Creo que en la habitación de Leyre, la del fondo.

(La cámara avanza entre la gente hasta llegar a la última puerta, que está entreabierta).

ADRIÁN. ¡Íñigo! Ven, pasa, siéntate. Esto te va a encantar.

LEYRE. Tienes bebida ahí, encima de la mesa. Y alguna otra cosa también. Sírvete.

(La cámara se balancea unos instantes hasta que se detiene, colocada sobre una mesa. Luz tenue, indirecta. El centro de la imagen es una cama ocupada por Salva, sentado contra el cabecero, y Leyre, acurrucada junto a él. Murmullos de personas que no se ven, más allá de alguna pierna en el suelo. Junto a la cama, en un puf, está Adrián fumando).

ADRIÁN. Os presento. Íñigo, este es el tío del que te hablé, te va a encantar *(tono lento, aletargado, ebrio. Se gira hacia la cama)*. Salva, este es mi colega Íñigo, un buen amigo. Es otro yonqui de los libros...

(Salva muestra un rostro vivo, una mirada intensa que dirige hacia Íñigo, que está fuera de encuadre junto a la cámara).

SALVA. ¿Qué estudias?

ÍÑIGO. Segundo de Medicina. ¿Y tú?

SALVA. Comunicación. Segundo. ¿Vivís juntos?

ADRIÁN. En un coñazo de residencia, pero tenemos planeado irnos a vivir a un piso.

SALVA *(sigue mirando a Íñigo, a la cámara).* Harías bien. El año pasado estuve en Gorbea, nunca más.

VOZ EN OFF. Oye, tío, ¿vas a seguir hablando del profesor ese o no? Si no, me abro.

ÍÑIGO. ¿Qué profesor?

SALVA. Samuel Galindo. Da clase de Escritura creativa. Una de libre configuración que dan en Periodismo. Quizá te interese, aunque no vale cualquiera para ser alumno.

ADRIÁN. El lunes vamos sin falta a ver si nos dejan apuntarnos, Íñigo. ¿Sabes quiénes van también? Bruno y Álvaro.

SALVA. ¿Los conocéis?

ADRIÁN. Sí, son buena gente.

SALVA. ¿Te gusta leer, Íñigo? *(silencio)*. ¿Tu último libro?

ÍÑIGO. *American Psycho*, de Bret...

SALVA. Bret Easton Ellis. Joder, sé quién es. Dicen que van a hacer una película. Veremos. Dudo que se atrevan a meter esas escenas en una pantalla. ¿Te ha gustado?

ÍÑIGO. Mucho.

SALVA. Mucho, no, joder, es la hostia, tío. Una verdadera obra de arte.

(Se escucha movimiento. Unas piernas que aparecían tumbadas se incorporan y se marchan).

SALVA. ¿Cuál es tu escena favorita?

(El sonido de un mechero cerca de la cámara, seguido de una voluta de humo. Íñigo está fumando fuera de encuadre).

ÍÑIGO. Si no estuvieran estas señoritas delante, te diría que la mejor de todas es cuando le corta la cabeza a una y...

SALVA. ¡Se hace una mamada con ella! *(lanza una carcajada que suena áspera y siniestra)*.

LEYRE. ¡Qué horror! Estáis fatal... *(gruñe y trata de zafarse del abrazo de Salva)*.

SALVA. No te vayas, Sarita *(tono jovial y sonriente)*; es una novela, nada más, no es real. Coge también la asignatura este año y aprenderás a verlo de otra forma.

(La chica da un trago a un vaso que reposa sobre la mesilla de noche y vuelve a acurrucarse junto a Salva, quien mira de nuevo hacia Íñigo).

SALVA. ¡Adrián! Me gusta este tío.

ADRIÁN. Te lo dije...

SALVA. Apúntate a la clase, iríamos juntos. Te encantará. No he conocido a nadie que sepa tanto de novela negra como el profesor. Es un zumbado de primera. Un poco lelo, pero todo un espectáculo. Además, tengo planes para este curso, planes muy guais. Va a ser increíble.

ÍÑIGO. Suena bien...

SALVA. Sí, muy bien. Bueno, y ahora... *(se incorpora levemente y se quita la camiseta. Se gira hacia Leyre, que permanece tumbada, sorprendida).* Si queréis ver un auténtico espectáculo, estáis de enhorabuena. Me pone con público *(señala hacia el objetivo)*. Pero apaga esa puta cámara, no quiero que luego me chantajeéis con esto.

(Se oye movimiento y surge en primer plano la mano de Íñigo, que coge la videocámara y la tambalea en el aire. Enfoca involuntariamente a Salva besando el cuello de Leyre, y una carcajada de ella es lo último que se graba antes de fundirse a negro).

SÁBADO, 8 DE JUNIO DE 2024,
TRES DÍAS ANTES DEL JUEGO

I

Cuando Íñigo abre un ojo, le cuesta unos instantes situar qué día es y dónde está. Llega pronto a la conclusión de que está tumbado en su propia cama, no tiene la menor idea de cómo ha llegado hasta allí. Solo siente un intenso dolor de cabeza y una sensación de inestabilidad, con todo dando vueltas a su alrededor. Pone por fin un pie en el suelo.

Tras una ducha se siente mejor y se anima a comer algo. En la cocina encuentra a Amanda desayunando mientras ojea su *tablet*. Le ofrece un resoplido a modo de buenos días.

—No me volvéis a pillar en otra —afirma con voz ronca mientras recibe un beso de su marido—, me duele todo.

—Y que lo digas, ya no tenemos edad... Tómate un ibuprofeno.

Íñigo se arrastra hasta la cafetera e introduce una cápsula. Espera a que termine el gorgoteo del café mientras mordisquea una tostada. Se apoya en la encimera para buscar algo de estabilidad y echa un vistazo a su teléfono móvil. Encuentra el mensaje que buscaba, enviado hace solo unos minutos: Nora ha pasado bien la noche y se recupera con normalidad en la UCI. Sonríe, aunque le duelen hasta las mejillas.

—Dios, Amanda, no sé ni cómo volvimos a casa.

—Nos trajo el chófer de Bruno. No estábamos para conducir. ¿Qué coño nos metimos?

—No lo sé, me lo vendió Chema, un celador que trapichea en el hospital. Me dijo que era una maravilla y me cobró un pastón. Me va a oír.

Engulle el café de un trago y se prepara otro. El primero era por pura necesidad, el segundo espera disfrutarlo mientras se toma una tostada de pavo y guacamole.

—He hablado antes con Ane. Casi me muero. Joder, Íñigo, que follamos en la cama de los niños.

—Pero ¿qué dices? —La tostada se queda a medio camino. No da crédito a lo que acaba de oír.

—Lo que oyes. Ella tampoco se acuerda muy bien, pero al parecer dimos por concluida la noche todos muy cariñosos y cada pareja la terminó en una habitación distinta. A nosotros no se nos ocurrió mejor ubicación que la de los niños. Un desfase, Íñigo, yo no vuelvo.

Trata de recordar en vano. Tiene imágenes nítidas de los primeros compases de la cena, pero el resto se pierde en una nebulosa y no se encuentra con fuerzas para escarbar en ella. Enciende la televisión que preside una pared de la cocina y pone las noticias eliminando el sonido. Imágenes de la guerra de Ucrania pretenden empañar su sábado matutino.

—Y lo mejor fue lo del juego —dice Amanda sin quitarle ojo a su iPad.

—¿Qué juego? —Odia ir un paso por detrás en la conversación.

—¿De verdad no te acuerdas? —Una escena se activa en la memoria de Íñigo: están todos desperdigados por los sofás, nerviosos y excitados por algo que dice Bruno, aunque no logra recordar qué—. A Bruno se le ocurrió un juego divertidísimo.

—Bueno, es el creativo del grupo.

—Pues lo puso en práctica, desde luego. Después de varios minutos de exaltación de la amistad, donde se dedicó a predicar lo mucho que confía en vosotros dos y cómo estaría dispuesto a dejar su vida en vuestras manos, no se le ocurre mejor idea...

Suena un mensaje en el teléfono de Íñigo. Echa una ojeada rápida. Es Álvaro. Lo deja para luego, prefiere concentrarse en Amanda.

—... que os intercambiéis vuestras vidas por una semana.

—¿Perdón? —Ni retorciéndole el cerebro saldría siquiera un leve recuerdo de eso. Se maldice a sí mismo por haberse dejado llevar de aquella manera. ¿Cómo es posible que no se acuerde de nada?

—Quiere que lo echéis a suertes y os intercambiéis vuestras vidas. Cada uno ocupa el lugar de otro. Totalmente.

—¿Y para qué?

—Por la puñetera confianza. Estaba fuera de sí. Dice que confiaría en cualquiera de vosotros, que le daría las llaves de su empresa, de su casa, de sus cuentas bancarias, sabiendo que estarían en buenas manos.

Necesita otro café. Demasiada información.

—Madre mía —balbucea—, cómo debíamos de estar para semejante chorrada.

—Pues estabas encantado.

Se da la vuelta y mira a su mujer petrificado, incrédulo. Y cuando contempla su rostro, una nueva imagen lo golpea y se proyecta en su interior con claridad. Dios mío, es verdad: hacían el amor sobre una colcha azul con estrellitas blancas y ante la mirada impertérrita de una colección de muñecos de Disney.

—Los tres lo estabais. Os pareció una genialidad, una aventura, unas vacaciones, una especie de prueba de vuestra amistad.

Se sienta con su tercer café, esta vez doble. Desbloquea el móvil y comprueba el mensaje de Álvaro: «No he pegado ojo de la emoción. A las 20.00 nos vemos en el hotel Villamagna para fijar las bases. Es acojonante!!!».

Su mente no le permite procesar con rapidez y la falta de un recuerdo nítido y coherente le impide tomar una posición clara. Cuando alza la vista de nuevo, se encuentra con una mirada de Amanda que no es capaz de descifrar.

—Íñigo..., estáis fatal.

II

Es una bonita urbanización a las afueras de Madrid. Una calle interminable de adosados alineados, todos iguales, diferenciados únicamente por la decoración de los metros de jardín que ocupan la parte frontal de la vivienda.

Gracias a Google Maps encuentro el número. Una valla blanca delimita su porción del mundo y, tras ella, un pequeño camino de piedra conduce a la entrada de la casa, bordeada de pequeños arbustos con flores. Me encantaría hacer una descripción elaborada de la variedad de plantas y flores que inundan de color la parcela, pero no distingo una rosa de un jazmín. Así que solo sé que tengo frente a mí un precioso y cuidado jardincito en el que Vera Durán está sentada, recortando unas plantas con guantes y tijeras de poda.

Alza la mirada cuando advierte una presencia y no muestra emoción alguna al verme, estoy segura de que incluso ha lanzado algún juramento en voz baja.

—¿Qué quieres? —dispara.

—Buenos días. —Un toque de voz risueña para alegrar la mañana y, si no, al menos para tocarle las pelotas—. Tiene un jardín espectacular, señora Durán. —Sigue recortando ramitas—. Me preguntaba si podría hablar con usted unos minutos sobre los crímenes del librero. Ayer estuve en el archivo analizando los casos y...

—Te dije que no me gustaba ese nombre.

—Oh, lo siento, es por abreviar. Bueno, la cuestión es que...

—¿Sabes por qué lo llamaron así?

—Imagino que por la marca en la frente.

No alza la vista en ningún momento.

—Exlibris. ¿Sabes qué significa?

—Lo tuve que mirar en internet. Es un sello que se ponía en la primera página de un libro para indicar quién era el propietario. Son de caucho, se impregnan en tinta y luego se estampan...

—En internet... —murmura; hasta las rosas han notado el desprecio.

—La cuestión es que...

—¿Cómo se llamaba la segunda víctima? —interrumpe a bocajarro sin levantar la mirada de su rosal.

—¿Perdón?

—Dices que te has estudiado bien los casos. Yo tardé treinta años. ¿Cómo se llamaba la segunda víctima?

Dudo un instante, pero echo mano rápido de una de mis más preciadas virtudes: mi memoria fotográfica.

—Sandra Vila.

—¿Sus padres?

¿Qué es esto, un jodido examen?

—Solo tenía madre, creo recordar... Sandra también, como ella.

—¿Qué encontraron bajo las uñas de la sexta víctima?

Aquí entro en terreno farragoso. Una cosa es tener buena memoria y otra haberse estudiado a conciencia seis asesinatos. Y entonces recuerdo que ese detalle también me llamó la atención.

—Yeso, o cemento, creo... No, no: caliza.

Detiene entonces la poda, deja las tijeras en el suelo y me mira fijamente. Tiene unos ojos alargados con motas amarillas que, aunque evidencian el paso de los años por las arrugas de su contorno, la dotan de una expresión viva y sagaz. Creo que me está evaluando, así que no muevo ni un músculo a la espera de aprobar el examen.

—Vamos a por un café —dice por fin mientras se levanta y se aproxima hacia la entrada de la casa—. Pero si vuelves a tratarme de usted, te echo a patadas.

Entramos en un recibidor que deja ver un bonito salón al fondo, iluminado por unos ventanales que dan al jardín posterior.

—Tienes una casa preciosa —digo para ganármela, aunque es verdad.

—Muchas gracias.

La cocina está a la izquierda y ella se pierde tras la puerta. Antes de seguirla, echo una ojeada a las fotografías que decoran un aparador en la entrada. Todas son de su hija, supongo. De uniforme en el colegio, en su primera comunión, saltando a caballo, jugando al tenis, en su graduación de la universidad...

Nos sentamos a una mesa redonda y, tras una conversación insustancial que solo he conducido yo, entramos por fin en materia. Saco mi iPad para tomar notas. Una concesión a la modernidad que le ha generado un leve gesto de desagrado, aunque para mí es mucho más práctico que andar con la típica libreta que luego acaba tirada por cualquier parte.

—Ayer tuve acceso a todo el expediente, o casi. La primera investigación no está digitalizada y se encuentra en la comisaría de Pamplona. He pedido una copia, aunque supongo que lo más rápido será ir allí en persona. El resto está todo y debo decir que hiciste un trabajo formidable... —miento, pero hay que ganarse a la mujer.

—Bueno —me interrumpe antes de dar un sorbo a su té verde—, si estás aquí, será que no fue tan formidable.

Sonrío para enfatizar lo evidente.

—Será porque —me atrevo a responder— nuestro hombre hizo un trabajo aún más formidable.

—¿Qué es lo que quieres, Renata? —La pregunta del millón.

—Para ser sincera, no lo sé. Beltrán me ha encargado la investigación de un homicidio que todavía no se ha producido, así que no tengo mucho dónde rascar. Supongo que pretende que después de una tarde leyendo el expediente le dé el nombre y apellidos de la próxima víctima, lo cual es un poco complicado. Pero el trabajo es el trabajo, y como te dije ayer en el aparcamiento, me tenían temporalmente apartada de la primera fila.

—¿Por qué?

—Nada, cosas administrativas. —Le quitó hierro al asunto.

—¿Cuántos casos de asesinato has llevado?

—He liderado ocho investigaciones en casi cuatro años y en todas ellas planteamos una acusación formal contra los sospechosos. He participado también como segunda en una veintena de casos.

—Impresionante —me suelta en tono impertinente—. También he oído decir que tienes cierta tendencia a la insubordinación y un problema de autocontrol.

Ojo, cuidado...

—No haga caso de las habladurías...

—El pasado septiembre sacaste medio cuerpo de una compañera por la ventana de un tercer piso.

Pues sí que ha hecho los deberes.

—Fue un malentendido y el medio cuerpo volvió a la habitación tan ricamente.

Aunque sonríe por primera vez, me lanza una mirada inquisidora, como tratando de discernir si soy de fiar o una auténtica chiflada.

—Un malentendido... —murmura—. Bien, cuéntame.

Me alegra dejar atrás esa conversación tan incómoda y me centro por fin en la investigación.

—Como me parece del todo imposible encontrar al asesino en un par de días, he preferido centrarme en las víctimas para intentar trazar algún tipo de similitud que nos permita acercarnos a la siguiente. Y ese es el problema. Entre ellas no hay nada en común y esto lo convierte en una misión imposible. No se puede predecir la próxima víctima de un asesino en serie cuando las anteriores no se asemejan en nada, cuando parecen elegidas al azar. Más allá de la edad y el género, no tienen una sola característica en común, ningún nexo que las vincule.

—Eso no es cierto. En realidad, sí tienen algo en común y es precisamente lo que debes descubrir: a su asesino. Si algo saqué en claro en mis años de investigación es que no las elegía al azar. Dedica cuatro años a planificar su próximo asesinato, que ejecuta después puntualmente y sin dejar ninguna pista decente, aparte de esas inscripciones absurdas que deja en los escenarios del secuestro y que nunca llegamos a descifrar. No es alguien que escoge a la primera chica que ve por la calle. Creo que, de hecho, parte de sus cuatro años los invierte precisamente en escoger a la siguiente.

—¿Y por qué esperar cuatro años? —Es la pregunta que me ronda en la cabeza desde que leí el expediente—. No solo es un asesino, sino también un depredador sexual. Las torturó y violó a todas, a excepción de Mar. Se me hace raro que un monstruo así se contenga durante cuatro largos años.

Reflexiona por un instante. Sin duda son cuestiones que se habrán repetido en su cabeza infinidad de ocasiones a lo largo de los años.

—Seguramente forme parte del encanto, de la caza, del ritual. Tampoco sabemos si durante ese tiempo se dedica a violar mujeres, aunque sinceramente no lo creo. La propia espera ya nos dice que estamos ante un hombre metódico, concienzudo, paciente, extremadamente obsesivo con los detalles, alguien a quien le compensa pasarse cuatro años al acecho para cobrarse una buena pieza.

—Ni una huella, ni un pelo, ni rastro de ADN, y eso pese a

haberse ensañado con ellas. Violadas y torturadas durante un buen rato, es casi imposible que no cayera un pelo, algún rastro de semen, que no le arañaran... Y, sin embargo, no hay nada.

—En el caso de Lara —dice con tono sombrío, con la mirada perdida— fueron incluso días. De todas formas, piensa que, a excepción de Maca y de Mar, no sabemos dónde las escondió antes de matarlas.

Ultimo el café y suspiro hondo. Miro las notas, que en realidad no me dicen nada. Las preguntas que venía a hacerle carecen de sentido ante un asunto de esta magnitud. Es algo tan complejo, tantos años de investigación, que, francamente, creo que poco tengo que aportar. Al menos, vamos a reconocerlo, que aparezca la siguiente víctima.

—La única esperanza que tengo —digo cerrando el iPad— es que se lo salte esta vez como hizo en 2004.

Me mira de pronto sorprendida, como si hubiera dicho una sandez.

—No se saltó ningún año, Renata, el problema es que no la encontramos.

No había caído en esa posibilidad y de pronto me siento realmente estúpida. Si no la encontraron, la pobre desgraciada estará muerta y consumida por los gusanos desde hace veinte años. Enlazo esta hipótesis con otro de los casos que tampoco me encaja.

—¿Como...? —pienso en voz alta.

—Como Mar. Eso es. A ella tampoco había que encontrarla. Al resto las mató en un lugar y las abandonó en otro. A ella, en cambio, por alguna razón que no conocemos, la dejó morir de hambre y sed. No fue a buscarla, no la violó ni le marcó la frente, no le hizo nada.

—Murió de inanición. —Asiente con la cabeza—. Como seguramente la chica de 2004.

Asiente de nuevo mientras contempla pensativa los posos de su té.

—Cuando descubrimos a Mar, tuve la esperanza de que la pesadilla hubiera terminado. Pensé que, si no había ejecutado su plan, si no la había violado y matado como a las demás, sería porque no había podido acudir a su cita macabra. Y la única

explicación posible era que una fuerza mayor se lo hubiera impedido. Recuerdo que investigué a las víctimas de accidentes de tráfico y a los muertos por causas naturales aquellos días. No lo sé, supongo que pensé que a los malos también les pueden pasar cosas malas, una enfermedad, un infarto, un atropello. Por desgracia lo di por zanjado, caso cerrado, asesino desconocido fuera de circulación. Al cuarto año ni tan siquiera me acordé. Dejé de marcarlo en rojo en mi calendario. Fue la única vez en todos estos años que pasé tranquila uno de los junios señalados.

Noto que la taza le tiembla entre las manos. Habla despacio en un tono que parece arrasado por la culpa y la resignación.

—Y ese año le tocó a Lara. Salía tarde de trabajar, había quedado con su novio para cenar. Era una empleada de *marketing* de un banco, con una próspera carrera por delante. Veintinueve años. Una chica preciosa. Salió de las oficinas centrales en su coche y nunca llegó a su destino. El coche apareció aparcado en Mirasierra. Ella, diez días después, en San Blas, en plena barriada de toxicómanos. La dejó aún con vida en una casa ocupada por drogadictos. Desnuda, inconsciente, indefensa, herida de muerte. Hallaron dieciséis muestras de semen distintas en su interior. La violaron incluso muerta.

Le tiembla la voz y se le empañan los ojos. He leído los detalles en el expediente, pero escucharlos en boca de aquella mujer, testigo directo de los hechos, los hace más reales, humanos. Siento un escalofrío que me recorre el cuerpo entero al pensar en el triste final que tuvo la pobre chica.

Y un escalofrío es mucho sentir para una persona como yo.

Por decirlo de una manera rápida y quitarme el tema de encima —que a nadie le gusta compartir sus miserias—, podríamos decir que no tengo una especial empatía hacia los sentimientos ajenos, y por especial quiero decir ninguna. No es que sea la típica chiflada de manual, que se pasa la vida de psiquiatra en psiquiatra —al margen de mi querido Dimitri, tan solo visité una vez una psicóloga siendo adolescente—. No dediqué mi infancia a destripar animales por placer o a incendiar casas ajenas para ver cómo se chamuscaban. Es, simplemente, que una habilidad social comúnmente extendida

como es sentir emociones ajenas yo no la tengo debidamente desarrollada.

No es un tema del que me guste hablar, y a estas alturas de mi vida ni siquiera suelo pensar en ello, así que vuelvo a la cocina con la abuela.

—Si me hubiera empleado a fondo, si no hubiera desperdiciado aquellos días, si hubiera dado la voz de alarma, quizá, quién sabe, Claudia estaría viva.

—Y eso es lo que debemos hacer ahora.

—Es lo que yo haría, desde luego. ¿Por qué no habéis hecho ningún comunicado a la prensa? ¿Por qué no está copando las noticias? No he leído nada estos días.

—Hemos quedado en un rato con el comisario y el equipo de Comunicación para gestionarlo. La idea es repetir lo que se hizo hace cuatro años: hablar con algún periodista para que retomen la noticia, que parezca que es algo que sale de ellos en lugar de hacer nosotros un llamamiento que ponga histérica a la población.

—Creo que hay motivo para que la población se ponga histérica.

—Lo sé, pero eso a mí no me incumbe.

—Cada cuatro años nos limitamos a hacer lo mismo —dice resignada—. Un par de noticias, ridículos controles de carretera, apretar a nuestros confidentes por si alguien se ha enterado de algo, hasta que la chica desaparece. No hay solución. Siempre es igual.

—Confiemos en que esta vez sea diferente. Nadie es infalible.

Me lanza una mirada triste.

—Y al bueno de Beltrán lo único que se le ocurre es poner a una niña al frente del caso. No te ofendas. —Claro que me ofende—. Tendríais que estar ya copando todos los telediarios, tendría que salir el mismísimo ministro del Interior a dar la voz de alarma.

Reprimo una sonrisilla que no es bien recibida.

—Aunque saliera Batman por las calles de Madrid —concluyo—, mucho me temo que no serviría de nada. Nuestro hombre lleva cuatro años trabajando en su siguiente víctima. Cuenta con la posible exposición pública y seguramente lo tendrá controlado.

—No importa, se trata de abrir una mínima posibilidad. Que la futura elegida vea las noticias, coja miedo, cambie sus rutinas,

sospeche de alguien que lleva tiempo siguiéndola... Una mínima posibilidad es mucho más de lo que tiene ahora mismo. Dile a Beltrán que convoque a la prensa... ya.

III

—A mí la idea me fascina.

Señala Álvaro con su voz rasgada mientras saborea una copa de champán francés. Están sentados en un apartado del hotel Villamagna, alejados de posibles oídos indiscretos. Sus rostros blanquecinos y sus marcadas ojeras evidencian una noche claramente excesiva, aunque se muestran animados con la conversación.

—Y estoy en un punto de mi vida en que necesito un poco de acción —comenta mientras otea con indiferencia el elegante salón, repleto de pequeñas mesas redondas rodeadas de cómodos butacones. Recaba en los escasos asistentes por si hay algún conocido a quien saludar.

De los tres, Bruno siempre es el menos expresivo y el que arrastra mayor indeterminación en las ideas y planes. En este caso, sin embargo, parece llevar la iniciativa y es quien más ha pensado en su particular proyecto.

—La verdad es que estaba totalmente colocado cuando os lo solté —confiesa—, y lo normal es que ni me hubiera acordado del tema. Pero hoy ha sido lo primero que he pensado cuando he abierto un ojo y me ha parecido acojonante.

—Serán unas vacaciones temáticas. —Sonríe Álvaro mientras apura su copa.

Un camarero se acerca entonces para dejarles un plato con unas finas lonchas de jamón y unas tiras de pan de cristal con tomate. Se callan hasta que lo coloca ceremoniosamente sobre la mesa y los deja solos de nuevo. Se lanzan sobre el jamón y reanudan la charla.

—Yo no me acordaba de nada hasta que me lo ha contado Amanda —confiesa Íñigo—, pero tengo que reconoceros que,

cuando me lo ha dicho, me ha parecido una locura. Y en realidad me lo sigue pareciendo. Pero ¿qué sentido tiene? ¿No estamos un poco mayores para esto?

—Joder, Íñigo —salta Álvaro—, pues echarle un poco de sal a la vida, haz algo divertido. Son como unas vacaciones temáticas, pero a lo bestia. Nos vamos a tirar años descojonándonos, ya lo verás.

—Recapitulemos en qué consiste exactamente —cede por fin— y pensemos en las reglas.

—No las hay —interviene Bruno—, esa es la gracia. A quien le toque ocupar mi lugar tendrá mi vida en sus manos. Todo. Sin límites. Le daré acceso a mis cuentas bancarias, responderá mis *mails*, tendrá mi móvil, dormirá en mi casa, podrá utilizar todas mis propiedades, tomará por mí todas las decisiones que se planteen, conocerá mis secretos, mi vida entera durante una semana.

Álvaro rellena las copas y ultima la botella; hace una seña al camarero para que prepare otra.

—Como comprenderéis, no podéis ocupar mi lugar en un quirófano —dice Íñigo— y, honestamente, no me veo dirigiendo tu empresa de moda —señala a Bruno— ni gestionando el patrimonio de tus clientes —mira a Álvaro.

Bruno está inquieto, esperando unas preguntas para las que ya ha pensado una respuesta.

—Nos cogeremos una semana de vacaciones. Solo estaremos para lo más urgente, nada más.

—¿Y nuestras mujeres? —Otra cuestión que plantea de nuevo Íñigo, pero que está en el pensamiento de todos.

Se toman un momento de reflexión, pensando en qué dirán sus respectivas parejas cuando les cuenten los detalles del juego. Los tres sonríen al unísono y luego estallan en una carcajada.

—Confianza, amigo —responde entre risas Bruno—, de eso se trata, confianza.

—No me fío de ninguno de vosotros. —Íñigo de nuevo.

—No te fías de Amanda. —Álvaro esta vez.

Llega la nueva botella de champán y con ella el silencio. El sumiller se la muestra a los tres comensales y procede a descorcharla con delicadeza. Observan el proceso con detenimiento

mientras cada uno aprovecha para procesar la propuesta.

Íñigo coge la última loncha de jamón y la acompaña con una porción de pan. Todo aquello le parece una locura, quizá la idea más absurda que han tenido en toda su amistad, pero por alguna razón no deja de sentirse atraído. Concluye al fin:

—La suerte decidirá, por tanto, qué vida viviremos durante una semana. Y será una vida plena, todo lo lejos que queramos llegar, con la seguridad de que, cuando volvamos, la encontraremos igual que la dejamos... o mejor.

—Esa es la idea. —Bruno se anima ante un Íñigo cada vez más convencido—. Es el juego de la confianza.

—¿Y Rebeca estaría dispuesta?

Hasta ese momento, ni Álvaro ni Íñigo se habían atrevido a mostrar una duda que planeaba desde el principio. Se ven capaces de convencer a Ane y Amanda de semejante locura; al fin y al cabo, han sido testigos y partícipes de los excesos que han retado a la rutina de sus vidas. Pero con Rebeca es diferente, terreno inhóspito.

—Se ha pasado todo el día en la cama —responde Bruno—, apenas he tenido tiempo de hablar con ella. Creo que lo de ayer la ha dejado fuera de juego, no está acostumbrada. De todas formas, aunque le parezca una locura, que seguro se lo parece, para ella va a ser más fácil. No vivimos juntos, así que puede pasarse la semana sin ver a mi nuevo yo.

Los tres se acomodan en sus butacas, inmersos en un silencio cargado de reflexión, evaluando los inconvenientes, asumiendo los peligros que puede acarrear la aventura, tratando de buscar algún argumento definitivo que les permita desechar de una vez por todas semejante locura y volver a la tranquilidad de sus vidas. Pero, contra todo pronóstico y por encima de cualquier razonamiento lógico, poco a poco se impone la excitación que comienza a apoderarse de ellos.

—Pongamos fecha.

IV

La hora que dura el vuelo con destino a San Sebastián me ha venido bien para seguir poniéndome al día con todo el expediente, o al menos intentarlo. Son un total de siete asesinatos desde 1996, uno de los cuales no se conoce ni la identidad ni el paradero de la víctima. Seis cuerpos de momento. Seis escenas del crimen. Decenas de familiares, amigos, testigos, horas de grabación de cámaras de seguridad, miles de páginas de informes forenses... Necesitaría una vida entera para dominar los detalles y aunque lo lograra, creo que no me serviría de nada para evitar que vuelva a ocurrir.

Antes de viajar, he tenido la reunión con el comisario. Noto mucha acritud hacia mí, es un hombre resentido, de los que no perdonan. De todas formas, no ha puesto objeción a que llevara el caso. Ya se han lanzado los correspondientes mensajes a los periodistas indicados y más pronto que tarde la noticia aparecerá. Se trata de recordar que estamos en el junio indicado, enfatizar en el perfil de las víctimas: mujeres, blancas, guapas, de entre veinte y treinta años.

Salgo a la terminal echando una ojeada a los que esperan, buscando reconocer al compañero que ha venido a buscarme. Vera se ha ofrecido a contactar con él, pero no me ha dicho nada más.

Junto a la puerta veo una silueta enorme que no me quita ojo. Espero por mi bien que no sea él: un hombre literalmente circular, de un metro de diámetro. Debe pesar doscientos kilos, tiene la barba descuidada, pelo más largo de lo aconsejado y menos limpio de lo necesario, y proyecta hacia mí una mirada intensa con sus ojillos vivos y escrutadores.

—¿Renata Blasco? —escupe mi nombre con un vozarrón gutural cuando paso a su lado. Asiento y le tiendo la mano.

—Igor Velasco, agente de la Ertzaintza. Me ha tocado hacerte de acompañante. ¿Vamos?

La alegría de la huerta. Su brusquedad es tan obvia que casi no me salen las palabras. Supongo que estará cabreado por tener que trabajar un sábado; claro que, con esa pinta, no creo que tuviera muchos planes.

Su coche espera en mitad de la parada de taxis, indiferente al

malestar de los taxistas, que deben sortearlo para buscar a sus clientes. Cuando abro la puerta del acompañante, dudo si entrar o no: el asiento está repleto de pañuelos desechables, arrugados y usados, papeles sueltos, un par de latas de Coca-Cola, una caja de dónuts y algunas cajetillas de tabaco vacías. Él se deja caer en su asiento, y cuando percibe mis dudas, arremete contra toda esa basura, tirándola bajo el asiento.

—Lo siento, Sisí Emperatriz —me suelta el muy cretino—, el carruaje real estaba averiado.

Cuando me siento, me coloca sobre las piernas una carpeta gruesa atada con gomas.

—Esto es lo que he podido sacar del expediente. El resto está en tu comisaría de San Sebastián, te lo han enviado desde Pamplona. Son las siete de la tarde. No sé si quieres ir allí o directamente al hotel.

—A la comisaría, gracias. Pero, antes de ir, hay tres sitios que me gustaría ver. ¿Podrías llevarme? —Tuerce el gesto. El anfitrión ideal —. Si te hago mucha faena, puedo alquilar un coche.

—No, no, no... No te preocupes; en realidad, no tengo nada mejor que hacer que acompañar a una policía nacional de ruta por Donosti. Que conste que si estoy aquí haciendo de chófer es porque me lo ha pedido Vera, que es un pedazo de mujer y de policía. Así que venga: ¿adónde quiere ir la señora?

La tarde promete con este cromañón. Reviso el iPad para buscar las localizaciones.

—Me gustaría ver los tres únicos lugares que figuran en el expediente: la discoteca donde fue vista por última vez, la playa donde la encontraron y el local donde fue asesinada. Una pasada rápida nada más.

Arranca el coche y pone rumbo a los destinos. No es precisamente un gran conversador y debo llenar el incómodo silencio con nimiedades y preguntas absurdas sobre la ciudad, a todo lo cual responde con monosílabos.

Al cabo de unos minutos alcanzamos la bahía de la Concha y debo reconocer que me quedo entusiasmada con el espectáculo que ofrece. Ha caído la noche y la cálida luz de las farolas recorre la

playa, donde una multitud de paseantes se resisten a volver a casa.

Aparca en mitad del carril bici, en pleno paseo, y comienza el pesado ejercicio de salir del coche. Me abstengo de comentar que quizá no sea el mejor sitio, pero ya lo remarca un ciclista con un reivindicativo «vete a tomar por culo». Él hace caso omiso.

—Pues aquí lo tienes —me dice señalando una pequeña edificación situada a pie de barandilla, sobre la propia arena—: obviamente la discoteca está abajo, por si te lo estás preguntando, este es el acceso.

—¿Era así en el noventa y seis?

—Pues no frecuentaba mucho este sitio, pero juraría que no ha cambiado desde que se inauguró. Como ves está cerrado, supongo que abrirán más tarde. No sé si la visita va a servirte de algo.

Sí que lo hace. No voy a encontrarme con el asesino saliendo de la discoteca, pero necesitaba ver la zona, observar el paseo, respirar, sentir, estar inmersa en el lugar donde entre la una y las tres de la madrugada del domingo 23 de junio de 1996 alguien se llevó a Macarena Rodrigo, Maca, cruzando esta misma puerta. Cordobesa de origen, llevaba dos años viviendo en Pamplona mientras estudiaba Derecho. Había ido a pasar un fin de semana de fiesta con un grupo de amigos y se encontró con el peor de los desenlaces.

El compañero Igor da golpecitos con el pie en el suelo. Me detengo un poco más por tocar las narices porque realmente he terminado. No me hace falta más.

Echo una última ojeada a la puerta de la discoteca y la veo abrirse de pronto: es de noche, hace fresco, una Maca riéndose cruza la puerta mientras se ata una bonita chaqueta azul, y tras ella un chico sin rostro ríe también, la agarra de la cintura, caminan por la calle, se pierden... Me gustaría prometerle que lo atraparé, que vengaré su muerte, pero nunca me ha gustado hacer promesas que no puedo cumplir.

La siguiente parada es la playa de Zurriola, al otro lado del río. En esta ocasión deja el coche en medio de la acera para estupefacción de los paseantes. No digo nada, es su jurisdicción.

—Supongo que Vera te lo habrá contado.

Apenas he hablado con ella, lo justo para que me dijera que

organizaría mi visita a San Sebastián y Pamplona. Así que niego con la cabeza.

—Fui yo quien encontró el cadáver. Todavía no trabajaba en Homicidios, seguía en el noble oficio del patrullaje. Uno de los tractores que limpian la playa se topó con ella.

—Estaba metida en una escultura de arena, una sirena, ¿verdad?

—Así es. Fue todo un espectáculo. Lo que más me jodió es que os quedarais con la investigación. —¿Que nos quedáramos? Un plural algo inapropiado teniendo en cuenta que yo no tenía ni un año cuando mataron a la chica—. Nosotros llegamos primero, me habría gustado participar de alguna forma. Pero el juez os lo pasó cuando supo que Maca estudiaba en Pamplona y había posibilidades de que el asesino fuera de su entorno.

—Así conociste a Vera.

—Sí. Me pidieron que le sirviera de enlace aquí. Igual que contigo ahora. Joder, debo de tener pinta de niñera.

Me señala con el dedo hacia un lugar de la playa, justo al límite con el mar. Saco un cigarrillo y le ofrezco uno, que coge rápido. Ambos nos quedamos callados contemplando el panorama y disfrutando de la entrada de nicotina en nuestros respectivos organismos.

La siguiente parada nos lleva —esta vez ya en un cómodo silencio, sin preguntas absurdas— a un barrio obrero a las afueras de la ciudad. Una calle sin salida, de edificios antiguos, de los que ya nacieron humildes, casi tristes, y el tiempo no ha hecho sino marchitar y ahondar en su decrepitud. Adornan la calle desierta un par de coches que dudo sean capaces de arrancar. Varios locales en la planta baja, todos cerrados. Ni se han molestado en anunciar que están disponibles con un cartel de SE VENDE o SE ALQUILA.

—Ahí lo tienes —anuncia Igor mientras salimos del coche—. Y según he podido comprobar, casi treinta años después sigue igual que como estaba: vacío.

Una capa de cal intenta ocultar los ladrillos, que se muestran a través de varios desconchados. Seguramente esté tal cual fue inaugurado el edificio, sin que llegara nunca a albergar negocio alguno. Una puerta metálica oxidada como único ornamento de su

fachada.

Y aquí fue donde Maca pasó su cautiverio, las horas de secuestro durante las que fue violada, torturada y asesinada antes de dejarla en la playa convertida en sirena. Pasó más de un mes hasta que localizaron el lugar y lo encontraron limpio como una patena: ni rastro de huellas ni evidencias más allá de manchas de sangre en el hormigón.

Toco con los nudillos a la puerta ante la estupefacción de mi compañero. Es obvio que no hay nadie, ni siquiera sé por qué lo he hecho. Los dos golpes resuenan impertinentes en el silencio de la calle. Antes de darme media vuelta, me fijo en la puerta y compruebo que está abierta. Vuelvo a llamar sin respuesta, no hay movimiento alguno en el interior. Así que la empujo levemente y entono un cordial «hola» que no obtiene respuesta. Entro.

—¿Qué coño...? —suelta el bueno de Igor, seguido de un exabrupto que no logro entender porque ya estoy en el local.

Si antes era un almacén, ahora es un vertedero. Una luz tétrica se cuela por unos tragaluces casi opacos por el polvo. Hay muebles desordenados, la mayoría rotos, amontonados unos encima de otros. No estoy segura, pero casi diría que están tal y como muestran las fotografías de la escena del crimen treinta años atrás.

Me paseo por la estancia, ajena a la retahíla de derechos constitucionales que según Igor estoy violando. No vengo a llevarme nada, no es ningún allanamiento, la puerta estaba abierta, poca prueba voy a poder recabar treinta años después... Pero si se me presenta la ocasión de visitar un escenario, no pienso desaprovecharla. Recorro lentamente el laberinto de basura esperando que alguna rata haga su aparición, aunque no creo que sea habitable ni siquiera para ellas.

Y entonces me detengo. Estoy segura de que este es el lugar, un recoveco entre la pared, un armario grande y destartalado, y varias sillas apiladas. Miro al suelo e imagino el cuerpo magullado de Maca, muerta tras horas de agonía.

Poco más puedo hacer aquí y las palabras de Igor desde el umbral resuenan de forma muy desagradable por toda la estancia.

Y justo antes de darme la vuelta, casi con el rabillo del ojo acierto

a ver algo que desentona, que no debería estar allí: un reflejo de color, la imagen de algo nuevo y brillante que contrasta con el tono cenizo del local.

Apoyada en un saliente del amasijo de sillas descansa una flor, una especie de orquídea envuelta con cuidado con papel transparente y atado a ella con un fino cordel verde. Me acerco despacio y la cojo. Me quedo petrificada al ver que la cinta tiene impresa una inscripción: «EXLIBRIS».

V

Álvaro convence a Ane sentados en un banco frente a unos columpios. Sus dos hijos suben y bajan de los toboganes bajo la atenta mirada de su cuidadora, que no se aparta medio metro de ellos mientras sus padres conversan a cierta distancia. Van elegantemente vestidos y desentonan con la vestimenta desenfadada de los padres y niños que los rodean; él lleva traje oscuro, camisa blanca y corbata, y ella, un vestido negro oculto bajo un abrigo largo de cachemir camel. Apenas se quedarán unos minutos, el tiempo justo para que el chófer saque el coche del garaje y vaya a buscarlos.

Ane está de buen humor. Lleva esperando mucho tiempo la inauguración de una galería de arte que abrirá una amiga suya esa noche y está deseando verla y apoyarla. Luego se irán a cenar los dos solos. Un contexto propicio para que Álvaro ponga en juego sus dotes de convicción.

—¿Y qué pretendes? ¿Qué me acueste también con uno de ellos?

—¡Joder, Ane, qué bestia eres! Ninguno te tocaría un pelo. De eso se trata precisamente. Confío en ti y confío en ellos, no tengo el menor temor.

Uno de los niños los saluda sonriente en la distancia; Ane le devuelve la sonrisa y un gesto efusivo con la mano.

—No sé por qué hacéis todo esto, sois una panda de niñatos malcriados.

—Vamos, Anita, será divertido, y es solo una semana.

—Divertido para ti; ya me dirás qué saco yo. Además, no me hace ninguna gracia que tengan acceso a tus cosas, tus cuentas, tu ordenador... Y me pilla con mucho trabajo, Álvaro.

—Pues trabaja, tú tranquila, se trata de que hagas vida normal, nada más. Pero al final del día, en lugar de cenar conmigo y contarme tus cosas, lo harás con Bruno o con Íñigo.

Suspira hondo, sin quitarles el ojo a sus niños.

—Ojalá sea Íñigo —parece vencida por fin—, es más divertido.

—A mí que me toque Bruno, por Dios: estoy deseando acceder a su patrimonio completo.

Un enorme Cadillac Escalade negro aparca frente a ellos. Hora de irse. Los dos se acercan a besar y abrazar a sus hijos para despedirse. Dan las últimas instrucciones a la niñera: que no se inflen de chucherías, una película y a la cama. Ellos llegarán tarde.

Ya rumbo a la nueva galería, Álvaro espera impaciente el veredicto, pero se muestra esperanzado al no haber encontrado una oposición excesiva por parte de Ane. De hecho, está convencido de que, en el fondo, le hace cierta gracia, aunque no quiera reconocerlo.

—Si lográis convencer a la nueva, me apunto.

Íñigo intenta convencer a Amanda durante una cena romántica que celebran en un bonito restaurante italiano del centro. Un rincón apartado, música tranquila, una luz cálida animada por las velas de los candelabros que adornan las mesas, conversaciones amortiguadas por las idas y venidas de los camareros que atienden a los comensales. Degustan el plato favorito de Amanda, *linguini* con langosta, regados con una botella y media de un caro vino italiano, y se preparan para culminar con un tiramisú hecho en el momento.

Están achispados y eso facilita la conversación, aunque en realidad ha sido la propia Amanda quien ha sacado el tema y a la que parece divertirle la idea.

—A mí me parece bien si a la vuelta nos intercambiamos también las mujeres. Me pasaría un día entero probándome las joyas de Ane

y toqueteando ese vestidor infinito que tiene.

—El tuyo también lo es y tu colección de joyas ya le gustaría a la reina de Inglaterra —responde rápido Íñigo.

—No sé qué queréis demostrar, cariño, pero si os hace ilusión, por mí no hay problema.

—¿Y ya está? ¿Así de fácil? ¿Le digo que traigo a casa a un hombre para sustituirme una semana y mi mujer no pone ninguna objeción? Quizá tenga que replanteármelo...

Amanda le ofrece una sonrisa traviesa y se inclina para darle un beso.

—Confianza, querido, confianza.

Bruno no tiene que convencer a Rebeca pues lo hizo tiempo atrás. A estas alturas ni siquiera son capaces de reconocer si la idea ha surgido de él o de ella. Lo que sí recuerdan es que, después de horas de conversación compartiendo sus dudas y temores, aquella había sido la única forma que habían encontrado para acercarse a la verdad.

—¿Lo has ensayado? —le pregunta él, los dos tumbados en el sofá de un salón cálido y elegante.

—Podría sacar tu llave un millón de veces sin pifiarla, *quedate* tranquilo. Vos *asegurate* de que yo sea la mano inocente.

—Lo serás, me temo que no hay otra.

Ella se incorpora para mirarlo de cerca. Muestra preocupación y se la transmite a Bruno, quien le devuelve una mirada de ojos caídos, esa expresión entre ingenua, tímida e insegura que a Rebeca le provoca ternura y deseo de protegerlo.

—Ten cuidado, Bruno, solo te pido eso.

Él sonríe y le aparta con delicadeza un mechón pelirrojo del rostro. Antes de contestar se deleita con aquella mujer que en menos de un año lo ha conquistado. No es solo su belleza, frágil y delicada, con esos rasgos finos y perfectos, sino la bondad que transmiten su sonrisa y sus ojos, su voz dulce, su forma de cuidarlo, de amarlo, de hacerlo sentir único en el mundo.

—No te preocupes.

Rebeca vuelve a recostar la cabeza sobre el pecho de Bruno y se sumergen de nuevo en un silencio pesado. El temor es compartido. Confían en que el experimento no termine por engullirlos.

—¿Y si *llegás* a descubrir la verdad?

—Entonces, habré perdido un amigo.

VI

Cinta número 2 — septiembre de 1995

(Interior. Día. Aula pequeña de la universidad. El profesor Samuel Galindo, bajito, pelo largo, barba poblada, ataviado con una americana de pana con coderas, escribe en la pizarra frente a unos veinte alumnos. La cámara graba desde la última fila).

PROFESOR. Bien, si les preguntara cuándo comenzó la novela negra, seguro que de manera más o menos unánime citarían a célebres autores como Arthur Conan Doyle, Poe, Wilkie Collins... Pero hay quien dice que el género empezó mucho antes, a principios del siglo XIX, y tenemos referentes en esta materia como Honoré de Balzac con su célebre *Un asunto tenebroso*, o quizá... *(señala de pronto hacia la cámara)*. Señor Íñigo Osorio, si me atosiga con ese chisme, le pediré que lo apague y lo guarde.

ÍÑIGO. Perdone, Samuel. Es que así me ahorro tomar apuntes.

(El profesor sonríe y sigue con la clase. La cámara enfoca entonces a la izquierda, donde están sentados Salva y Álvaro. Gira a la derecha para mostrar a Adrián, Bruno y Leyre).

SALVA. ¿La has visto?

(La cámara se gira hacia otros alumnos. Enfoca a una chica de pelo oscuro, recogido en una coleta).

ADRIÁN. ¿Quién es?

SALVA. Maca Rodrigo. Un pibón. Estudia Derecho.

ADRIÁN. Joder, es guapísima. ¿Sabes si está libre?

SALVA. Tranquilo, Romeo, creo que tiene novio, pero no estoy

seguro.

(Íñigo hace zum y se acerca hasta enfocar el perfil de la chica. Luego gira para mostrar el rostro de Adrián, que la mira embobado).

ADRIÁN. Espectacular... Me la pido.

DOMINGO, 9 DE JUNIO DE 2024,
DOS DÍAS ANTES DEL JUEGO

I

Son las siete de la tarde y sigo en San Sebastián. Tras comentar con el jefe la aparición de la flor, hemos optado por cambiar el plan de vuelta: me quedaré el tiempo necesario hasta averiguar qué está pasando.

Estoy a la espera de que los compañeros de la Científica me den un informe preliminar de lo que han encontrado en el local donde fue asesinada Maca. Han prometido hacerlo a última hora, espero que esté al caer. Están recabando huellas y analizando la procedencia de la flor. En cuanto me den detalles, tendré por fin una línea de investigación en el tiempo presente de la que poder tirar, y dejaré de bucear en el pasado.

No tengo duda de que ha sido el asesino quien ha puesto la flor allí; básicamente porque no se me ocurre quién podría haberlo hecho si no. Pero lo que no entiendo, ni soy capaz de elucubrar, es para qué se ha expuesto de esa manera, qué pretende.

Sabemos que la puerta ha sido forzada y poco más. He hablado con el propietario, un hombre mayor que hacía siglos que no pisaba su local. Me ha contado que su hija falleció poco después del asesinato de Maca y que se marcharon a vivir a Bilbao para poner tierra por medio. Intentó venderlo, pero no se asomó ni un solo comprador, y desde entonces lo usa de trastero abandonado a su suerte.

El resto del día lo he pasado analizando el expediente en la comisaría, donde estoy ahora. A Igor le he perdido la pista y agradezco habérmelo despegado un rato. Es un personaje intenso

cuando menos. En su favor diré que, aunque es uno de esos especímenes a los que la naturaleza ha castigado con un cuerpo rebosante y desagradable, al menos lo ha bendecido con el don del cinismo y la ironía, y de vez en cuando suelta unas perlas deliciosas.

Así que llevo prácticamente todo el día encerrada en un cubículo a la espera de novedades mientras estudio el expediente de Maca. A decir verdad, he gozado de la compañía de una jovencísima inspectora Vera Durán a través de sus páginas. Todos los informes, las declaraciones de los testigos, las peticiones de medidas al juzgado: todo el peso de la investigación recayó sobre ella. Y aunque no fue precisamente un éxito, e incluso se saldó con la detención de un inocente, creo que cualquiera en su lugar habría dado los mismos pasos.

En ese primer momento buscaban a un simple asesino, seguramente un amigo, un vecino, un familiar, un perturbado que se había obsesionado con la pobre Maca y que no tardaría en cometer un error. Estaban muy lejos de saber entonces que la persona detrás de aquella horrible muerte era un criminal en serie dispuesto a repetir su ritual de sangre cada cuatro años.

Vuelvo al expediente y resumo lo que se concluyó entonces: Macarena Rodríguez, veinte años, natural de Córdoba. Morena, ojos grandes y oscuros, sonrisa radiante. Un bellezón. Compartía piso en Pamplona con dos amigas. Era una estudiante regular, notas normalillas, le gustaba la fiesta y debía de tener carácter, pero, en general, había buenas referencias de amigos y profesores. Llevaba dos años disfrutando de una vida universitaria plena hasta el fatídico viaje de fin de semana a San Sebastián.

Tema sentimental. Había salido unos meses con un chico de Pamplona, Jorge Lezaun, protagonista indiscutible de este primer caso. Lo habían dejado hacía un par de meses a iniciativa de ella. Él se lo había tomado mal, como no podía ser de otra forma porque la chica era una preciosidad, pero su enfado no había llegado a mayores. Sin embargo, hubo un par de circunstancias que centraron las sospechas sobre el despechado.

Vuelvo a activar el vídeo del interrogatorio. Vera, casi treinta años más joven, aparece sentada frente a un joven moreno, desgarbado,

visiblemente asustado, que debe detener el interrogatorio en varias ocasiones para coger aire o llorar. La voz rápida y contundente de la policía llena el cubículo en el que me encuentro:

VERA. ¿Qué celebrabais en San Sebastián?

JORGE. Nada especial. Había una fiesta en la discoteca Bataplán la noche de San Juan, llegó la noticia al campus y se apuntaron varios grupos.

VERA. Maca había quedado con unos amigos para hacer botellón en la playa. ¿Por qué te presentaste allí?

JORGE *(alza la mirada y responde airado)*. ¡Porque me invitó! Ya se lo he dicho un millón de veces. Me dejó un mensaje en el casillero de la residencia en el que me decía que...

VERA *(lo interrumpe, lee su cuaderno):* «Vente hacia las doce a la Concha, frente a Bataplán. Así podremos hablar. Me gustaría verte».

JORGE. Eso es.

VERA. ¿Hacía cuánto lo habíais dejado?

JORGE. Tres meses.

VERA. ¿Y desde entonces habíais hablado?

JORGE *(su tono se va apagando)*. No.

VERA. ¿Y no te pareció raro recibir de repente ese mensaje, una nota ni siquiera manuscrita, de ordenador? *(Jorge se encoge de hombros. No tiene respuesta).* En el botellón montaste un buen espectáculo...

JORGE. Tampoco es eso. Había estado bebiendo con unos amigos y andaba un poco alegre. Maca no me recibió precisamente muy bien, se alteró al verme y me gritó que me fuera. Tuvimos alguna palabra más alta que otra...

VERA. «Eres una zorra asquerosa». *(Jorge vuelve a bajar la mirada)*. Tuvieron que echarte unos amigos de ella *(el chico rompe a llorar en silencio, discretamente)*. ¿Qué hiciste después?

JORGE. Yo no podía imaginar que... ¿Después? Me fui a buscar a unos colegas, pero no los encontré. Al final volví al coche y me quedé dormido.

VERA. ¿No fuiste a la discoteca?

JORGE. No.

VERA. ¿A qué hora volviste al coche?
JORGE. No sé, sobre las tres.

Apago la grabación.

Hubo cuatro indicios que motivaron su detención: primero, la existencia de un móvil sentimental, con insultos la misma noche de la desaparición; segundo, la falta de coartada, pues inicialmente no se encontró a nadie que pudiera corroborar dónde estuvo antes de volver al coche; tercero, era compañero de clase de Leyre García, hija del propietario del local donde Maca fue asesinada; y cuarto, en el anuario de la universidad que el chico guardaba en su habitación de la residencia de estudiantes de Pamplona, la fotografía de una sonriente Maca aparecía garabateada con las palabras «vas a morir, zorra».

De haberme encontrado yo con todo eso, también le habría puesto las esposas sin dudarlo, aunque después de haberle roto tres dientes. Sin embargo, hechos posteriores acreditaron su inocencia —no hay que precipitarse nunca con el tema de los dientes—. Surgieron varios testigos que declararon haberlo visto aparecer en un par de bares a la una de la mañana preguntando por sus amigos. El análisis caligráfico del anuario mostró que la letra era una imitación bien lograda de la de Jorge.

Vera retiró la acusación antes de sufrir la humillación de que fuera rechazada por el juzgado. Volvieron al punto de salida y ya no consiguieron avanzar. Hay varias incógnitas que anotó en uno de los informes dirigido a su inspector jefe y que hasta el día de hoy han quedado sin respuesta:

La residencia de estudiantes Gorbea tiene unas normas de acceso estrictas, nadie ajeno puede entrar. Incluso por la noche, cuenta con personal para controlar a qué hora y cómo llegan los chicos. El mensaje que recibió Jorge lo dejaron en el casillero de la residencia. El anuario no salió de su habitación en ningún momento. ¿Quién pudo entrar en la residencia y dejar la nota sin que le tomaran el nombre, y quién imitó su letra? Hacia la una y media de la madrugada, Maca salió de la discoteca. La encargada del guardarropa le vio coger su abrigo y salir sola. ¿Por qué? ¿Había

quedado con alguien? ¿Dónde estaban sus amigos?

Se abre la puerta de pronto y casi me da un ataque: Igor, con su semblante de indigestión permanente, me informa de que me están buscando. Los de la Científica han terminado.

II

Íñigo coge carrerilla y se lanza de cabeza a la piscina. Apenas nota impresión al contacto con un agua climatizada y da unas lentas brazadas sin la urgencia que impone el frío.

Es una bonita piscina cubierta por una estructura de madera y rodeada de una amplia cristalera. Tras ella se asoma una enorme explanada de una fina y cuidada hierba, y al fondo una arboleda se alza orgullosa delimitando la parcela.

Cuando la cabeza de Íñigo emerge del agua, se gira hacia Bruno, que permanece medio sumergido en las escaleras. Junto a él, Amanda y Ane están sentadas en el bordillo con los pies en el agua, y tras ellas, Rebeca está sentada en una hamaca envuelta en una toalla. Álvaro permanece algo apartado hablando por teléfono.

—Que nos hayáis convencido a nosotras tiene un pase —señala Ane— porque nos conocéis y sabéis que os decimos que sí a todo. Pero que hayas convencido a la pobre Rebeca —le dice a Bruno— eso sí que es increíble. No te ofendas, cielo.

—Yo aún no sé por qué he dicho que sí —responde rápido Rebeca.

—Porque en el fondo sabes que será divertido —dice Íñigo—; ya lo verás, nos acordaremos siempre de esta semana.

—Entonces, si me ha quedado claro —interviene Amanda mientras chapotea levemente con los pies—, os intercambiáis una semana en la cual no podremos contactar con nuestros auténticos maridos, ¿es así? Por Dios, qué maravilla.

Íñigo la salpica.

—Salvo un caso de emergencia, obviamente —interrumpe Bruno.

—Y a partir de ahí, lo que surja... —dice Ane mirando a su marido, que permanece al fondo hablando por teléfono—. Este no sabe

dónde se mete.

Todos ríen frente a un Álvaro que no capta el comentario. Cuelga por fin y se acerca al resto.

—¿De verdad han calibrado bien todo esto, chicos? —Es Rebeca esta vez.

—Tú no te preocupes —dice Álvaro—: si me toca sustituir a Bruno, créeme que no querrás dejarme... —Se zambulle en el agua.

—Pues con el voto a favor de los seis interesados —Bruno sale de la piscina y coge una toalla de una hamaca—, los juegos de la confianza comenzarán el martes a las nueve de la mañana. Ahora solo nos queda saber qué vida vamos a vivir.

Los seis mantienen un silencio roto únicamente por el vaivén del agua mientras reflexionan en cómo proceder a la selección.

—¿Alguna idea? —pregunta Amanda.

Bruno parece entonces reaccionar, como si hubiera tenido una ocurrencia.

—Hemos venido todos conduciendo, ¿verdad? —pregunta conociendo la respuesta. Todos asienten—. Pues entonces necesito las llaves de vuestros coches.

Entusiasmado con su idea, corre hacia la puerta con cuidado de no resbalar en el suelo mojado. Poco después, entra con una sonrisa exultante. Lleva una pequeña bolsa de tela.

—Aquí están nuestras tres llaves. —Las va enseñando una a una antes de meterlas en la bolsita—. Animales de costumbres, las habéis dejado junto a la mía, en la consola de la entrada. Como conocéis las vuestras y no me fío de vosotros...

—Confianza, chico —bromea Íñigo—, confianza...

—Utilizaremos una mano inocente para seleccionarlas. Diremos el nombre de uno de nosotros en voz alta y la mano inocente sacará la llave de quien ha de sustituir.

Ane y Amanda dan un par de palmadas emocionadas. Se incorporan y buscan también las toallas para sentarse en las hamacas y asistir al espectáculo.

—Y la mano inocente ¿será...? —pregunta Álvaro.

Se contemplan unos a otros con miradas ladinas, descartándose mutuamente, hasta que finalmente todos los ojos se posan en

Rebeca. Sonríe tímidamente esperando el desenlace.

—Creo que eres la única inocente de esta panda de tarados —suelta Ane.

—¡Perfecto! —se anima Bruno—. Pues, sin más preámbulos, mi bella y querida Rebeca, en tus manos encomendamos nuestro futuro.

Le tiende la bolsa, que ella coge con prudencia, casi con rechazo. La expectación es total, todos se muestran nerviosos y alterados. Álvaro e Íñigo bracean hasta apoyarse en el bordillo mientras sus respectivas mujeres se sientan rodeando a Rebeca. Bruno se mueve de un lado a otro, incapaz de detenerse.

La mano inocente entra en la bolsa y el tintineo de las llaves se impone frente al silencio expectante.

—¿Por quién empiezo? —Todos se encogen de hombros: el orden es indiferente, solo quieren conocer el veredicto—. Bueno, pues empiezo por mi amado novio, Bruno Medina —nuevo tintineo de las llaves—, que sustituirá a...

Aplausos rápidos y balbuceos nerviosos preceden al momento en que la mano de Rebeca emerge lentamente de la bolsa. Cuando por fin alza la llave de un Porsche 911 todos gritan al unísono:

—¡Íñigo!

El aludido se gira hacia Bruno y lo reprende.

—Ni un pelo, Bruno, no le toques ni un pelo...

Los demás estallan en carcajadas.

Nuevo tintineo de las llaves y la voz impostada de Rebeca, como si estuviera en un programa de televisión, dice:

—Ahora Íñigo Osorio, que sustituirá durante una semana a... —Alza una llave rectangular con el tricornio de Maserati—. ¡Álvaro!

Todos aplauden nuevamente y por fin Rebeca concluye sacando la última llave.

—Y, por tanto, Álvaro sustituirá a mi Bruno.

Íñigo está ya fuera del agua, frente a una mesa donde una botella de champán reposa en una cubitera junto a seis copas. La descorcha ante las risas de sus amigos, que bromean sobre la suerte del resultado, y les tiende después una copa a cada uno. Las alzan hasta juntarse.

—¡Por los Juegos de la Confianza! —dice Bruno.

—*¡Fiducia ludum!* —proclama Íñigo.

—Espero que no nos arrepintamos —concluye Ane.

Y al terminar la frase, Íñigo, su nueva pareja por una semana, la alza en brazos y se lanza con ella a la piscina entre risas y gritos.

III

Los compañeros de la Científica tienen sus exiguas instalaciones en el sótano de la comisaría. Instalaciones quizá sea mucho decir para referirse a un par de despachos y una pequeña sala común donde acumulan desperdigado todo el material.

Un hombre mayor, con marcadas y oscuras ojeras, aspecto cansado y un vaper que lleva con insistencia a sus labios, preside un escritorio en el que tiene colocada la flor encontrada en el local y múltiples fotografías. Igor se queda apoyado junto a la puerta, en un molesto segundo plano. Aunque sea un ertzaina en la comisaría de la Policía Nacional, allí lo conoce todo el mundo y se diría que se desenvuelve mejor que yo.

—He tardado más de lo previsto por esta preciosidad —dice señalando la flor—, pero vayamos por partes. Lo primero, la puerta. La abrieron con una palanca común, anchura de dos centímetros, no debió de ofrecer mucha resistencia porque es una puerta vieja y se partió directamente el bombín. —Me tiende algunas fotografías—. Lo segundo, las huellas. Nada. O casi. Las tuyas ocupan el mismo recorrido que realizó el intruso y por tanto se sobreponen a las anteriores.

Oigo un amago de risita a mi espalda que corto con una mirada fulminante. ¿Por qué sigue aquí este imbécil?

—De todas formas, hemos podido encontrar algo interesante. —Me tiende de nuevo unas fotografías, esta vez de pisadas impresas en la capa de polvo que recubre el suelo. Señala una de ellas—. Como puedes comprobar, las primeras y más claras se corresponden con las tuyas, pero aquí y aquí podrás apreciar una especie de

mancha sin ningún dibujo...

—Llevaba calzas —lo interrumpo.

—Eso es —parece sorprenderse—, y en algún momento incluso se desliza para no imprimir la huella directamente, aun con las calzas.

Este descubrimiento me anima, no puedo evitar que mis labios dibujen una sonrisa porque ahora, sí que sí, tenemos a nuestro hombre entrando con calzas y una flor en el lugar donde hace treinta años mató a su primera víctima. Nos vamos acercando, hijo de puta, tictac, tictac...

—¿Podemos deducir algo sobre las huellas? ¿Número de pie? ¿Algún gesto al andar?

Me mira extrañado, como sorprendido por la calidad de mis preguntas. ¿Qué le pasa a esta gente? Niega con la cabeza.

—De momento no, te informaré si encontramos algo más. Y ahora la flor. Me ha costado más tiempo. He tenido que llamar a un compañero amigo de Málaga, que es especialista en botánica, para que me dijera qué es. Se trata de una orquídea Oro de Kinabalu, una especie muy peculiar y carísima. Aquí donde la ves cuesta más de cinco mil euros; es original, auténtica.

—¿Cuánto tiempo crees que llevaba en el sótano?

—Es difícil determinarlo con exactitud. No está muy seca y hay algunas pequeñas partículas de polvo en la superficie, pero muy incipientes. Diría que como mucho un par de días.

—¿Y la cinta? —La ha desanudado y está extendida sobre la mesa.

—Es la típica cinta de tela decorativa, con las letras impresas. Debe de haber mil sitios en internet donde las hagan. No puedo decirte mucho más.

Hora de informar al jefe.

—Gracias, ¿me enviarás un informe preliminar hoy, por favor?

—¿Hoy? Pensaba irme a casa... —contesta contrariado; mira a Igor buscando apoyo.

—Claro que sí, pero mándame antes el informe.

Suena entonces mi teléfono. Miro la pantalla y no reconozco el número. Antes de que pueda soltar un simple «hola» resuena una voz que identifico de inmediato.

—¿Qué flor es? —pregunta Vera, directa.

—¿Perdón? —¿Cómo es posible que se haya enterado? ¿Igor...?

—¿Qué tipo de flor es? ¿Hay algo particular?

—Vera, no sé cómo te habrás enterado, pero no estoy segura de...

—Está en todos los medios de Navarra. Tengo una alarma puesta en Google por si sale alguna noticia y hace un par de horas ha saltado. Y ahora dame los detalles.

Esto sí que no me lo esperaba. Rodeo la mesa para colocarme junto al compañero de la Científica y lo aparto amablemente para situarme frente a su ordenador. No opone resistencia. Entro en internet y pongo «exlibris flor pamplona». Salen varias noticias en medios locales: «Allanan el local donde fue asesinada Macarena Rodrigo», «Los crímenes del librero vuelven a Pamplona», «La policía encuentra una flor supuestamente colocada por el asesino de Maca Rodrigo»...

—Esto no había pasado nunca —sigue hablando Vera—, nunca ha vuelto a uno de los escenarios. ¿Cómo ha sido? ¿Crees que puede ser él? ¿Hay huellas? Vamos, Renata, dame los detalles.

Inspiro y dejo el aire unos instantes en mis pulmones mientras mis neuronas se esfuerzan por ordenar los siguientes pasos. Con buen criterio, deciden que primero debo informar al jefe y luego hablar con ella, no al revés. No hace tanto tiempo que salí de la academia como para haber olvidado la cadena de mando, y mucho menos cuando la tengo encabronada conmigo.

—Te llamo enseguida —le digo antes de colgar, acallando sus protestas.

IV

Álvaro se desploma sobre Ane. Están desnudos, exhaustos y empapados. Hunde su cabeza en el cuello de su mujer y trata de recuperar el resuello.

—No puedo respirar —le dice ella mientras se lo quita de encima.

Se tumban uno junto al otro, mirando a un techo en penumbra sin decirse nada, sin escuchar otro sonido que el de sus respiraciones

agitadas. Pasan los minutos y el calor que hacía unos instantes había invadido sus cuerpos se torna poco a poco en un ligero frescor que recorre su piel. Ane se tapa con la sábana.

—Ya sabes que no me gusta hacerlo en domingo, que mañana hay que madrugar —le recrimina—, y ahora ya me has desvelado.

—Oye, que no has opuesto mucha resistencia que digamos.

Ella lo mira con ojos severos, pero luego sonríe. Le acaricia la mejilla.

—Igual es que todavía eres una tentación irresistible.

—¿Todavía? —pregunta, divertido.

La magia se desvanece de pronto. A lo lejos se escucha un sonido que conocen bien y que rompe el hechizo. Es un quejido suave e intermitente que va cogiendo volumen y termina en un sollozo que no parará hasta ser atendido.

—Es Lidia —dice Ane—. Te toca.

Él sonríe, le da un beso de despedida y se viste.

Los terrores nocturnos asaltan de nuevo a la pequeña, que está hecha un ovillo bajo el edredón. Últimamente han vuelto con más frecuencia. Tendrán que visitar al pediatra.

Álvaro enciende una luz pequeña sobre la mesilla.

—Ya está, mi vida, ya está... —Abre un poco el edredón—. ¿Permiso para entrar?

La pequeña lo abre todavía más y él se cuela dentro. Nada más tumbarse recibe el abrazo de su hija, que solloza sobre su pecho.

—No pasa nada, pequeña, solo era una pesadilla. Lo hemos hablado muchas veces. No son reales.

—Ya, pero esta vez parecía de verdad —se queja hipando.

—Siempre parecen de verdad, por eso dan miedo, pero son mentiras que inventa la cabecita para no dejarnos dormir, nada más.

Álvaro acaricia sus rizos e inhala el aroma dulce que emana su niña. En el fondo le encantan esos momentos: que lo despierte, que lo llame, que lo necesite, que solo él pueda calmarla y alejarla de los terrores. Compensa sobradamente la interrupción de un sueño del que, por otra parte, nunca logra disfrutar por completo. El insomnio es uno de sus grandes enemigos y, ya puestos a no dormir, prefiere al menos pasar esos momentos con su niña.

Sus dos hijos... Siempre que piensa en ellos sonríe. Son su mayor triunfo en la vida, lo que le despierta un sentimiento más hondo de lealtad y entrega. Ni el trabajo, ni el dinero, ni sus propiedades, ni tan siquiera Ane —no está libre de que en un momento dado pueda dejarlo en la calle—: nada despierta en Álvaro una necesidad de protección y cariño como la que le generan sus hijos. La devoción con que lo miran, las carcajadas que les provoca, la atención con la que lo escuchan, cómo imitan su voz ronca, palabrotas incluidas, su mirada ansiosa buscándolo entre la multitud durante las fiestas del colegio... Son su vida entera. Mataría y moriría por ellos sin dudarlo un instante.

—Cuéntame el cuento del espadachín —susurra la pequeña.

—¿El famoso espadachín que perseguía las pesadillas?

Ella asiente con la cabeza y se abraza más fuerte a su padre.

—Sus deseos son órdenes, princesa. Pues verás, había una vez...

Están sentados en el suelo junto a una cálida chimenea encendida mientras degustan unas hamburguesas de McDonald's.

—Sabes que podíamos haber pedido cualquier otra cosa, ¿verdad? —le dice Bruno—. O que Bernard podía habernos preparado algo más... profesional.

—Lo sé, pero no hay nada como esto —dice Rebeca antes de darle un profundo y satisfactorio bocado a la suya—. ¿No te gustan?

—Sí, sí —miente sin mucha convicción antes de empezar su hamburguesa—, a quién no.

—Si vos buscabas una mina famélica que solo comiera lechuguitas, te equivocaste de argentina, boludo.

Bruno sonríe ante el comentario mientras la mira comer, embelesado. No se parece en nada a las mujeres con las que ha salido hasta ahora y quizá por eso sienta una especial atracción. Es divertida, inteligente, guapa, con ese acento cantarín que podría escuchar durante horas.

—No me equivoqué de argentina...

El móvil de Bruno interrumpe la conversación. Lo mira y lo silencia a continuación.

—¿Tu madre? —pregunta Rebeca.

Él asiente con la cabeza.

—Ya la llamaré mañana, hoy es tarde.

Siguen comiendo en un cómodo silencio, bajo el reconfortante crepitar de las llamas. De pronto sus miradas se cruzan y él comprende que el silencio no es casual, que viene en realidad cargado de una reflexión incómoda. Sabe bien lo que está pensando.

—Después del juego te la presentaré. Prometido.

—No *tenés* por qué hacerlo, no al menos por mí. Es solo que...

—¿Qué? —Deja a un lado la comida que aborrece y se concentra en la conversación. Sabe hacia dónde se dirige y le gustaría dejarlo claro antes de pasar una semana sin verla.

—Es que no sé por qué no *querés* presentármela, eso es todo. Llevamos unos meses saliendo y creo que estamos bien.

—Mejor que bien —interrumpe él.

—Y por eso, no sé, es como si...

—No se te ocurra decirlo.

—Pero es lo que parece. Es como si te avergonzaras de mí. Yo sé que no estoy a la altura de todo este circo —dice señalando a su alrededor—, pero me gano dignamente la vida, tengo mi laburo, no me hace falta para nada tu guita...

—Pero entonces, ¿no estás conmigo por dinero?

Ella le da una palmada en el hombro.

—¡Te estoy hablando en serio!

Bruno acorta la distancia, le aparta la hamburguesa y la coge de las manos. Se sientan frente a frente.

—Mi vida, quiero que te quites esas ideas absurdas de la cabeza. Si no te la he presentado hasta ahora, no es por ti, es por ella. Tú eres perfecta, mucho más de lo que hubiera podido imaginar, pero ella es... Bueno, digamos que no es como tú.

—Pero es tu madre y...

—Y te querrá, no tengas ninguna duda. —Le besa suavemente los labios—. Te prometo que después del juego, cuando me haya quitado esta obsesión de la cabeza, te la presentaré. Y también te prometo que le encantarás.

Vuelven a besarse y ella cuelga sus brazos del cuello de Bruno.

Pasan unos minutos sumidos cada uno en sus pensamientos.

—Quizá sea eso lo que me altera —dice ella por fin—, todo esto del juego, de Íñigo...

—Tranquila, todo irá bien.

Ella lo mira a los ojos con una mirada intensa y escrutadora.

—Eso sí quiero que me lo prometas.

Bruno esboza una de sus sonrisas que parecen tristes y que a ella tanto la reconfortan.

—Te lo prometo.

Rebeca aparta la mesa de centro con cuidado y gatea sugerente hacia Bruno, que se tiende junto a ella en el suelo.

—¿No te acuestas?

Íñigo se sobresalta al escuchar la voz de Amanda. No la ha oído llegar. Está apoyada en el marco de la puerta del despacho.

—Qué susto me has dado. Voy ahora mismo, cielo, estaba revisando un informe del hospital.

—Vale, te espero arriba. Yo, si fuera tú, no tardaría.

Le dedica una media sonrisa antes de desaparecer en una casa en penumbra.

Íñigo apaga el ordenador. Hora de irse a la cama. Coge de la impresora una fotografía que acaba de imprimir y que ha recibido hace escasos momentos en el correo electrónico.

Se recuesta en el sillón y la coloca bajo la cálida luz de la lámpara que reposa sobre el escritorio. Respira hondo.

La imagen muestra una extraña y bonita orquídea envuelta con una cinta verde donde se aprecia con claridad la inscripción «EXLIBRIS» en blanco. Está sobre una silla destartalada en un local viejo y angosto; un local que conoce bien por muchos años que hayan pasado.

V

Cinta número 3 — septiembre de 1995

(Exterior. Campus).

PROFESOR. ¿Y los demás?

ÁLVARO. No han venido.

PROFESOR. Vaya, qué pena. Siempre me gusta arrancar el curso hablando un rato con vosotros fuera del aula, y nada mejor que en este magnífico campus para hacerlo.

BRUNO. Ellos se lo pierden.

MACA. Así es.

PROFESOR. Bueno, pues si os parece, aprovechamos para presentarnos y conocernos todos un poco mejor. Por cierto, ¿os importa que Íñigo, nuestro particular Spielberg, nos esté todo el día grabando?

(Todos niegan con la cabeza).

PROFESOR. Venga, pues adelante. *(Señala a Álvaro, sentado a su izquierda)*.

ÁLVARO. Soy Álvaro Díaz de Arcaya, de Madrid, estudio segundo de ADE. Aficiones: básicamente, leer y viajar.

BRUNO. Me llamo Bruno Medina y en realidad soy un calco de Álvaro. Estudio segundo de ADE y como aficiones, leer y viajar. Y el *whisky* bueno también.

ADRIÁN. Adrián Montoro, de León. Estudio primero de Humanidades. El año pasado hice Teología, pero lo dejé.

SALVA. Joder, tío, te he dicho cien veces que no digas lo de Teología, que vas a parecer un jodido cura.

PROFESOR. Más respeto, Salva, por favor.

MACA. Me llamo Macarena Rodrigo, aunque todo el mundo me llama Maca. Estudio segundo de Derecho y mis aficiones son la lectura, el arte y la música. Ah, y bailar sevillanas.

BRUNO. Oleee.

PROFESOR. Muy bien, Maca, es un placer tenerte en clase. ¿Siguiente?

ÍÑIGO. Íñigo Osorio, segundo de Medicina, madrileño. Aficiones: salir de fiesta, la música, los toros, el tabaco y el mar.

PROFESOR. Caray, con tantas aficiones espero que te dé tiempo a estudiar.

LEYRE. Yo soy Leyre García, estudio tercero de Periodismo como Salva. Soy de San Sebastián y, además de leer, lo que más me gusta en el mundo es el cine.

PROFESOR. La literatura negra y el cine son viejos aliados. Seguro que aprendemos mucho contigo este año. Salva, con lo intenso que eres creo que ya te conocemos todos, pero haz los honores.

SALVA. Salvador Guzmán, natural de Santander, tercero de Periodismo, como ha revelado mi compañera, y una única afición: las mujeres.

(Todos ríen).

PROFESOR. Ay, Salva, Salva... Y por mi parte, soy Samuel Galindo, profesor de Escritura creativa en esta y alguna otra universidad. Colaboro en varias revistas literarias y trato de ganarme la vida lo mejor posible mientras escribo. Sí, ese es mi secreto inconfesable: escribí un libro hace unos años y desde entonces estoy empeñado en volver a intentarlo, aunque sin demasiado éxito de momento.

MACA. Un bloqueo de escritor.

PROFESOR. Podríamos llamarlo así, solo que en lugar de durarme un par de días, ya son años. Pero, bueno, no dejo de intentar escribir algo decente. En fin, pues hechas las presentaciones, al menos de los que habéis querido acompañarme, me gustaría lanzar una pregunta para que la meditéis y podamos comentarla en la próxima clase. Es una cuestión que la literatura ha tratado a lo largo de infinidad de libros y sobre la que os anticipo que no hay una respuesta correcta. Bien, queridos alumnos *(mira a los chicos que forman un corrillo a su alrededor),* un asesino ¿nace o se hace?

LUNES, 10 DE JUNIO DE 2024,
UN DÍA ANTES DEL JUEGO

I

Ha sido una noche larga. Tenía un hotel reservado en el que solo he hecho aparición a primera hora de la mañana para darme una ducha y arreglarme un poco. El resto de la noche la he pasado trabajando en la comisaría de Pamplona. Primero, revisando el expediente de Maca Rodrigo, organizándolo y metiéndolo en una caja para llevarlo a Madrid. Segundo, preparando un informe con las novedades, tal y como me pidió Beltrán. Tercero, chequeando cómo la noticia trascendía las fronteras navarras para alcanzar una repercusión nacional; si queríamos publicidad, ahora la tenemos en abundancia. Y cuarto, dando largas a Vera. No he querido hablar con ella hasta no tener las cosas encarriladas, y de momento distan mucho de estarlo.

Estoy terminando de secarme el pelo. Mi plan es desayunar, volver a la comisaría y hablar con el jefe para recibir instrucciones. Me gustaría quedarme al menos hoy para indagar acerca de cómo ha llegado la flor al local, de momento la única vía abierta que tenemos.

Suenan dos golpes rápidos en la puerta. No espero a nadie, y menos en mi habitación del hotel a las siete y media de la mañana.

Cuando abro me quedo de piedra: Vera Durán está plantada frente a mí escribiendo un mensaje en su móvil. Apenas levanta la mirada.

—Buenos días, René. —Siempre le sale la forma abreviada en un tono impertinente—. Para no perder el tiempo: llama a Beltrán y él te lo contará.

—Contarme el qué.

—Llámalo.

Y es lo que hago. No tengo ni idea de qué pinta esta mujer aquí y voy a averiguarlo. Cojo el teléfono, que reposa en la mesilla de noche. Se cierra entonces la puerta con ella dentro, y como si estuviera en su habitación, retira mi mochila de la butaca y se sienta a esperar.

Al tercer tono, el jefe responde la llamada.

—Beltrán, tengo aquí delante a...

—Vera, sí, lo sé. Ayer vino a verme por la tarde después de la noticia de la flor. Se ha prestado a brindarnos su ayuda. —Mi cara es un poema, no soy capaz de disimular—. Conociéndote, no te hará mucha gracia, pero es lo que hay. Fue ella quien habló con el comisario para pedirle acompañarte y ahí la tienes. Además, si hay alguien que puede sernos de utilidad, esa es ella.

—Pero... —dudo si soltarlo o no— ¿tengo que trabajar con ella? —lo suelto girándome hacia la pared y en voz baja—. No es muy ortodoxo...

—¿Y a quién coño le importa, Renata? Estamos en junio de 2024, se cumplen cuatro años desde de la muerte de Virginia Torres y el muy hijo de puta ha colocado una flor en el escenario de uno de sus crímenes. Así que tiene toda la pinta de que volverá a hacerlo. No hay tiempo que perder. Sin hablar de la jodida prensa, que se nos ha echado encima. René, llevas un mes volviéndome loco con que te levante el castigo y, ahora que lo hago, ¿te me pones exquisita porque te asigno una compañera? No hay quien te entienda, chica.

Este giro de guion no me hace ninguna gracia. No he tenido la menor sintonía personal con esta mujer y sinceramente me repatea la perspectiva de que esté todo el día dándome consejos y opiniones para demostrar lo lista y bien preparada que estaba su generación comparada con la mía.

—Bien, haced buen equipo, por favor, por el bien de alguna pobre chica. Cualquier cosa que necesitéis, ya sabéis dónde estoy.

Cuelga y la habitación se sume en un silencio tenso.

—Si te sirve de consuelo, querida, tampoco habrías sido mi elección para un caso como este —me suelta la diplomática—, pero aquí estamos, obligadas a entendernos. No quiero que seamos

amigas ni que nos vayamos a tomar una copa después del trabajo, solo quiero detener a ese malnacido.

Vamos, Renata, que la abuela no te altere. Es hora de reponerse y trabajar. Al fin y al cabo, donde hay patrón no manda marinero, por mucho que me joda ser marinero. «La jerarquía te ahogará», recuerdo que me dijo mi madre cuando me presenté a las oposiciones. Por una vez, la mujer tenía razón.

—Lo único que nos interesa del primer crimen —continúa diciendo mientras yo pienso en mi falta de oxígeno— es que el asesino ha vuelto para dejar un mensaje. Es nuevo, nunca había ocurrido. Y por eso estoy aquí. Por qué y cómo lo ha hecho es lo que debemos averiguar. ¿Sabemos algo de la flor?

—Es una orquídea Oro de Kinabalu —respondo resignada—, un tipo de flor extraña y muy cara, de importación, aquí no se cultiva.

—¿Se puede adquirir en una floristería normal?

—No. Solo puede comprarse por encargo y en muy pocos sitios. Vale casi cinco mil euros y es tan delicada que lo más seguro es que no dure más de unas semanas.

—Pudo haberla comprado fuera, en Madrid o Barcelona, y traerla luego.

—O también aquí —respondo, a ver si me luzco con esta averiguación—. Ayer estuve navegando por internet y hay una floristería en el casco antiguo especializada en plantas exóticas: Floristería Iriondo. Voy a ir en cuanto abran. —Por cómo me mira, diría que Renata uno, Vera cero. Sonrío para mis adentros—. Y para que quede claro desde el principio —me lanzo de pronto—, aquí la policía soy yo. Si te dejan colaborar, no puedo hacer nada, pero las llamadas las hago yo, los interrogatorios los dirijo yo y no se mueve un lápiz sin que yo lo sepa. —Me ha salido sin pensarlo demasiado, pero creo que he dado en el clavo.

El silencio se alarga más de lo debido y su mirada penetrante empieza a pesarme, obligándome a mirar hacia otro lado si no dice algo ya. Y de pronto lo suelta.

—Si sigues en la investigación es porque se lo he pedido al comisario. Iba a reemplazarte por un tal Ortiz. —Sé quién es, mierda —. Creo que tienes aptitudes, ganas y el toque de insolencia y

prepotencia necesario. Así que, por mi parte, trato hecho.

No sé si alegrarme o echarme a llorar.

Miro el reloj. Vamos a buscar la maldita orquídea.

II

—Es una puta locura, tío.

Rubén Castro es el director general del fondo de inversión que preside Álvaro, su hombre de confianza desde hace años. A pesar de que todavía está en la treintena, tiene una gran capacidad organizadora y una clara vocación comercial que lo han convertido en la sombra de Álvaro.

Está de pie frente al escritorio de su jefe, viendo como este recoge algunos papeles.

—Será solo una semana, no exageres —dice Álvaro.

—Entiendo que estés aburrido y que necesites un poco de acción, y me parece cojonudo que intercambies tu vida con la de un colega o con la del papa de Roma si quieres, pero lo que me preocupa es que alguien ocupe tu lugar. ¿De verdad vas a dejar que acceda a nuestro sistema y lo vea todo?

—Todo.

Se sienta en uno de los confidentes frente a la mesa y se lleva las manos a la cabeza, pensando.

—Si el Consejo se entera, te matan...

—No te preocupes, están todos avisados. Me han deseado suerte.

Rubén resopla.

—Es peor de lo que pensaba... Bien, vamos a capar tu perfil, podemos hacer que solo acceda a una determinada información. Lo mismo con los correos, podemos hacer un cribado...

Álvaro lo señala con un dedo y lo mira serio.

—No vamos a hacer nada, joder. ¿Es que no lo has entendido? Esto va precisamente de eso, Rubén, de confianza. Y no la tendría si les escondo cosas desde el minuto uno. Son mis dos únicos amigos, al margen de ti, claro —sonríe para distender el ambiente—, pero a

ellos no les pago. Pondría mi vida en sus manos sin dudarlo un minuto y eso es lo que voy a hacer durante una semana. Y cuando vuelva, encontraré mi vida tal y como la dejé, o incluso mejor si cabe. Ya lo verás.

—¿Qué dice Ane?

—Está feliz ahora que sabe que le ha tocado Íñigo. Siempre se ha llevado muy bien con él, se ríe mucho.

Rubén muestra una mueca sarcástica.

—Confianza, ¿eh? —le dice.

Álvaro le clava unos ojos oscuros implacables antes de terminar de meter las cosas en la mochila.

—Incluso en eso, sí, confianza —responde con su voz rota y no puede evitar una carcajada—. Y eso que Ane tiene un puto peligro...

Echa una ojeada rápida a su despacho, por si encuentra algo que quiera llevarse. Mientras lo hace, no puede evitar deleitarse con la bonita silueta de Madrid que se aprecia desde el amplio ventanal. Tienen la oficina en uno de los últimos pisos de la Torre Europa, y desde allí se abre una espectacular vista, que atraviesa la ciudad y se pierde en un horizonte azulado y difuso. Cuando puede, entre reunión y reunión, trata de buscar un momento para asomarse a la ventana, siempre a esa hora, cuando la luz clara de media mañana baña tejados y avenidas ofreciendo un marco incomparable.

Está orgulloso de lo que ha logrado. Inveralia es uno de los fondos de inversión más reconocidos del país, un proyecto que creó desde cero y en el que ha invertido buena parte de su vida. Y ese despacho simboliza plenamente su éxito. Lo que en un primer momento fue una pequeña pero elegante oficina con tres profesionales, hoy ocupa una planta entera del edificio con sesenta trabajadores y cientos de proyectos a sus espaldas.

—¿Y qué planes tienes? —La voz de Rubén lo devuelve a la realidad—. ¿Qué vas a hacer como propietario de uno de los emporios de moda más importantes del país? —De pronto da un respingo en la silla—. Joder, Álvaro, monta una fiesta con modelos y me avisas. Este tío debe tener la agenda repleta.

—Hum, tentador, no se me había ocurrido. También puedo ir a Miami a darme una vuelta en su yate, o pasar un par de días en su

ático de París, o pasearme por el mundo con su avión privado... No sé si voy a querer volver.

Rubén se levanta para despedirse y se dan un apretón de manos.

—Recuerda: solo urgencias vitales. Mantén el barco a flote para cuando vuelva.

—Y si recibo alguna instrucción de tu amigo Íñigo, ¿qué hago?

—Pues cúmplela como si fuera mía. Y no pongas esa cara de mustio, joder, míralo por el lado positivo: puede ser incluso una oportunidad comercial. Voy a tener por fin acceso al patrimonio de Bruno. ¿Sabes lo que eso significa? Que quizá recibas un *email* esta semana pidiéndote que amplíes sus inversiones en nuestro fondo. Estate atento. Y tú tranquilo, amigo, que todo irá bien.

—Lo dicho, una puta locura, pero como no queda más remedio, disfrute del viaje..., «señor Medina».

III

—¿Cómo llevas lo de estar jubilada? —Pregunta clásica cuya repuesta me es indiferente, pero servirá para amenizar nuestros pasos por el casco antiguo de San Sebastián.

—Bien, llevo cuatro años, pero creo que todavía me estoy aclimatando.

—¿Echas de menos todo esto?

—A veces, supongo. Aunque tengo el día bastante completo. Cuido de mi nieta cuando mi hija no puede, atiendo mi jardín, leo mucho, los martes ceno con unas amigas, los jueves con antiguos compañeros, voy a yoga...

Hace un silencio que aprovecho para pensar que el yoga le funciona porque la mujer está francamente bien. El silencio se mantiene. Reviso en el móvil si vamos por buen camino.

—¿Y? —pregunto para retomar la charla; siempre me han puesto nerviosa los silencios incómodos.

Suspira hondo y parece dudar, como sopesando si tiene sentido sincerarse con una niñata como yo.

—Todos los días me levanto a las seis y media de la mañana, sin despertador.

Lanzo un silbido.

—Joder, pues si eso es estar jubilada...

—Es la misma hora de toda la vida. ¿Y sabes qué es lo primero que pienso cuando abro los ojos? —Muestra una sonrisa nostálgica —. Trato de recordar en qué caso estoy trabajando. ¿Qué te parece? Todas las mañanas necesito unos segundos para darme cuenta de que no hay ningún caso, de que estoy fuera. Son solo unos instantes, lo justo antes de recuperarme y ponerme en marcha, pero se me hacen eternos. Te sientes mal, abandonada, como si ya no fueras útil más que para vigilar a la nieta en natación o regar las plantas. Te sientes aparcada en un rincón como un juguete abandonado.

Claramente, una conversación demasiado densa para estas horas de la mañana. Me gustaría empatizar y sentir cierta lástima por ella, si es lo que pretende el mensaje, pero por mucho que quiera es imposible. Así que disimulo poniendo cara de circunstancia y trato de llevarla por derroteros más livianos.

—¿Estás casada?

—Sí, y toda la vida con el mismo, lo cual hoy en día es un milagro, y más en nuestro oficio. La vida de policía tiene muchas ventajas, pero la estabilidad marital no es una de ellas. Ya te tocará.

La calle Juan de Bilbao es estrecha, con edificios de tres plantas cuyas cornisas amenazan con tocarse, pequeños balcones y algún mirador para que sus vecinos puedan tomar el fresco y hablar con los de enfrente. Está delimitada a su vez por dos edificios a ambos lados, como dos grandes portalones que intensifican todavía más la sensación claustrofóbica que da.

En los bajos hay un par de restaurantes y pequeños locales comerciales; a juzgar por su estado, algunos deben llevar cerrados desde tiempos inmemoriales. Me parecería un verdadero milagro que nuestra floristería siguiera en pie.

—¿Y tú? —me pregunta—. ¿Tienes novio?

—No, no tengo tiempo ni ganas. —La que hace las preguntas soy yo—. ¿Tienes más hijos?

—No, solo mi hija Lola.

—Yo también soy hija única.

—¿Sí? Ay, las hijas únicas... ¿No te hubiera gustado tener un hermanito con el que jugar? Mi hija siempre me lo reprocha.

—La verdad es que no; es más, me hubiera horrorizado. Me entretenía muy bien sola.

—¿Viven tus padres? —Y vuelve con las preguntas, debió de ser una buena interrogadora.

—Mi madre. Mi padre murió cuando yo era pequeña.

—Vaya, lo siento.

—Oh, tranquila, han pasado años. Creo que las dos lo hemos superado.

—¿Vives con ella?

—No, qué va, vive en Toledo.

—Blasco... —lo dice arrastrando la palabra, como si estuviera pensando—. ¿Kiko Blasco?

—Bingo, ese era mi padre. Pero, por favor, ahórrate el discurso de qué haces aquí pudiendo estar viviendo la *dolce vita*. Pasa cada vez que alguien se entera de quién era mi padre. Me gusta mi trabajo, esta es mi profesión, y ni todo el dinero de mi herencia fue suficiente para desviarme de mi camino.

—Tu madre se llama Alicia.

La miro porque no sé si es una afirmación o una pregunta. No levanta la vista del suelo.

—Sí.

El hecho de que finalice la conversación y lo haga con esa cara mustia me inquieta, aunque no puedo dedicarle un segundo más porque hemos llegado. Contra todo pronóstico, un rótulo de madera reza: FLORISTERÍA IRIONDO. De no ser por una leve luz que se intuye tras un escaparate ennegrecido, no habría el menor signo de que el local albergue vida. Y, sin embargo, un cartel anuncia con orgullo y desdén que siguen abiertos.

Pospongo la conversación con Vera y entramos. Un puñado de plantas se esparcen desordenadas por un espacio alargado e iluminado por la luz de unas claraboyas.

—Qué preciosidad de plantas... —comenta Vera mientras

avanzamos hacia el fondo, donde se encuentra el mostrador, con una especie de tendero momificado tras él—. Mira qué tamaño tiene la lengua de tigre, y qué maravilla de camelias...

—Buenos días, señor Iriondo. Soy Renata Blasco, subinspectora de la Policía Nacional. Ella es... —señalo a Vera, que se ha colocado a mi lado— mi compañera Vera Durán.

El hombre nos dedica una cara de circunstancias y una mirada vidriosa tras sus gruesas gafas. Sonríe con amabilidad.

—¿En qué puedo ayudarlas, jovencitas?

Miro a Vera. Omito el comentario.

—A través de unos foros en internet hemos sabido que vende plantas exóticas, especiales, difíciles de encontrar, entre ellas una orquídea llamada Oro de Kinabalu. Queríamos saber si recientemente ha vendido una.

Asiente orgulloso.

—Así es.

—Se trata de una flor muy especial —digo—, no es fácil de conseguir.

—Oh, ya lo creo, hay muy pocas floristerías en España que tengan acceso a ella. Yo lo hago gracias a mi amistad con un distribuidor rumano a quien conocí antes de que ustedes nacieran y que me ha proveído toda la vida de especies difíciles de encontrar. O lo hacía, pues ya casi no recurro a él.

—Háblenos de esta flor en concreto —interrumpe Vera y hace bien; hay que tener cuidado con este hombre, que se nos distrae—: ¿recuerda a quién se la vendió?

—Pues me pone en un aprieto —se muestra turbado—, porque en realidad no llegué a verlo. Me hizo el encargo por teléfono, le indiqué que necesitaba un adelanto para adquirir un Oro de Kinabalu porque son carísimas, y me dijo que al día siguiente me entregaría el dinero. Cuando llegué a la tienda, me había dejado en el buzón un sobre con dos mil euros.

—¿Guarda el sobre? ¿El dinero? —pregunto. Niega con la cabeza.

—El dinero lo ingresé en el banco para hacer el pago al proveedor y el sobre no sé qué hice con él, supongo que lo tiré.

—¿Y quién vino a recogerla?

—Un repartidor de esos que van en moto. El muy maleducado entró con el casco puesto, no le vi la cara. Si es que la juventud...

—¿Sabe de qué empresa era? —Vuelve a negar con la cabeza, confuso—. ¿Y qué día la encargó?

—Eso sí lo sé. —Echa mano de un cuaderno donde apunta los encargos. La hoja tiene media decena de apuntes como máximo—. El 1 de junio, eso es.

—¿Y cuándo la recogieron?

—El día ocho; aquí apunto todo, ¿saben? Tengo un archivo completo desde 1978.

—El que le hizo el encargo ¿le dio algún teléfono? ¿Nombre?

—No. Me volvió a llamar a los días para concretar la recogida y el pago pendiente. El repartidor me dejó el sobre con lo que faltaba.

—¿Tiene algún cliente que suela adquirir este tipo de flores exóticas de forma habitual? —pregunta Vera.

—En su día los tenía, sí. Ahora me temo que están todos muertos, señorita.

Poco más que añadir. Le doy las gracias, le entrego una tarjeta por si acaso recuerda algo más y nos vamos, no sin que antes Vera lo felicite profusamente por su escaso elenco de flores y plantas.

En la calle miro en ambas direcciones buscando alguna cámara de vigilancia. Han pasado varios días, pero quizá alguna pudiera conservar las grabaciones del día 8, cuando recogieron el encargo. No veo ninguna. También habría que revisar las llamadas entrantes para intentar localizarla.

Mis hombros se hunden ligeramente por la frustración de encontrarnos ante una vía muerta. No hay teléfono, no hay pago con tarjeta, no hay encargo por web, no hay cámaras en la floristería... El tío se hizo con la flor sin el menor esfuerzo y sin exponerse lo más mínimo. Un fenómeno. Solo quedaría tratar de localizar al transportista que recogió la flor y revisar las cámaras de la zona y las cercanas al local.

No hay que desanimarse. Volvemos a la comisaría para dar instrucciones.

IV

Tengo tres agentes de la comisaría de San Sebastián a mi disposición, así como otros tres *ertzainas* que Igor ha movilizado. Es evidente que la abuela y yo no podemos hacernos cargo de todo, y a primera hora he llamado a Beltrán para pedir refuerzos. Este hombre tiene muchos defectos, pero la lentitud no es uno de ellos, y en cuestión de minutos ha organizado un equipo combinado con la Ertzaintza.

Con un plano de San Sebastián delante, hemos señalado las principales cámaras de seguridad de tráfico que existen en los aledaños tanto del local donde mataron a Maca como de la floristería. Se han organizado en dos grupos para recorrer las calles en busca de posibles testigos o de más cámaras que pudieran albergar comercios de la zona. Llevan un par de horas en la calle y de momento no hay noticias. Le he escrito un par de veces a Igor para ver si había novedades, pero el chuletón no contesta. Lo mismo está atracando una pastelería. Ay, René, René, que mala baba tienes...

Vera va y viene, debe de tener varios amigos por aquí, lo cual he agradecido porque no me apetecía demasiado tenerla pegada todo el día.

Por mi parte, me he pasado media mañana llamando a empresas de reparto para ver si alguna había hecho el encargo de recoger la flor, pero no he conseguido nada: ninguna recibió ese pedido.

Después quería centrarme un rato en seguir revisando los expedientes, pero la paz ha durado poco porque Vera se ha presentado hace un minuto con un par de cafés. Buen detalle, no lo niego.

Cuando mira los expedientes que inundan la mesa de reuniones, emite un sonoro suspiro. Los ha visto miles de veces, lo sé muy bien, y supongo que piensa que es una pérdida de tiempo, pero no para mí. Ella lleva treinta años con esto; yo, tres días.

—¿Te ayudo? —pregunta solícita—. Buena parte lo redacté yo.

—Tranquila, intento ponerme al día.

—Tómate el café, te ayudará a espabilarte. —¿Tengo cara de dormida?—. Yo sigo dándole vueltas y no consigo una explicación convincente. En todos estos años no había hecho una cosa igual, volver a la escena de uno de sus crímenes. ¿Y para qué?

Me reclino en el asiento y apoyo las piernas sobre la mesa. El café está realmente bueno y necesito un poco de reflexión en voz alta.

—Buscamos el porqué y el cómo —digo mirando al techo—. De momento no tengo ninguna posible respuesta a la primera pregunta, no tengo ni la menor idea de por qué se ha expuesto así dejando la flor. Lo que nos obliga a despejar el cómo. Y aquí tampoco andamos sobradas de respuestas. Encarga por teléfono una flor...

—Una especie extrañísima y muy cara.

—O bien manda a alguien o va directamente a recogerla con el casco puesto...

—Dudo mucho que lo haya hecho él mismo, sería exponerse demasiado.

—Cierto, pero alguien ha tenido que forzar la puerta del local, ponerse unas calzas y dejar la flor exactamente en el mismo lugar donde mataron a Maca. Si no es él, por lo menos ha sido alguien que ha recibido instrucciones suyas. —Ella garabatea un papel mientras hablamos—. Sinceramente, creo que el cómo no nos va a llevar a ninguna parte —suelto entonces—. Es un hombre extraordinariamente metódico, concienzudo, un especialista en los detalles. No creo que lo pillemos por una flor. Lo que me obsesiona es el porqué.

Reviso mis notas en el iPad. He ido tomando algunos apuntes relevantes de cada asesinato, a modo de resumen, con las principales características de cada uno.

—Quizá sea un mensaje —acierto a decir—, o una especie de homenaje a sus treinta años. En todo caso, lo que sí tengo claro es que su primer asesinato fue especial para él.

—¿En qué sentido?

Sus ojos se clavan en mí, como si se hubiera despertado de pronto, con esa expresión viva e intensa tan suya.

—No es solo porque fue el primero. No sé, me atrevería a decir que fue el único donde conocía realmente a la víctima.

Ella me mira pensativa, esperando que desarrolle mi argumento, lo cual es un problema porque estoy soltando una simple reflexión poco elaborada. Pero sigo, doy rienda suelta a los pensamientos que tengo anudados en la cabeza.

—Si lo comparamos con el resto de crímenes, fue más improvisado. Rompe determinados patrones que en el resto cumple a rajatabla. Por ejemplo, encierra a las víctimas en algún lugar que desconocemos, donde las viola y las mata, y luego las abandona en un sitio diferente, que es donde las encontramos. Nunca hemos sabido dónde las encierra. En este caso, en cambio, fue algo descuidado, quizá improvisado: el local de la familia de una estudiante de la misma universidad que la víctima.

—Continúa —parece ligeramente interesada.

—La autopsia reveló que las otras chicas habían ingerido el mismo tipo de comida durante los días de cautiverio, básicamente esas bandejas preparadas de arroz y carne que venden en los supermercados. Mismo tipo, misma marca incluso. Y agua para beber. Maca, en cambio, se había alimentado de *pizza* y Coca-Cola antes de morir.

—Suponemos que es lo que tomó en el botellón de la Concha.

—Exacto. A las demás las encerró durante varios días dejándoles comida preparada. A Maca la tuvo encerrada solo unas horas antes de matarla... Estaba improvisando. Luego mejoró la técnica.

—O encontró un lugar más adecuado donde esconderlas. —Habla mirando al infinito; de pronto muestra un tono cansado, como si hubiera participado en conversaciones como esa infinidad de veces —. Un lugar como Madrid.

—Donde suponemos que vive. Luego, primera hipótesis: era un estudiante como Maca, por eso la conocía; terminó la carrera y volvió a casa. Ella fue su primera víctima, luego vinieron las demás, donde pudo hacerlo en un entorno más seguro, con un escenario mucho más controlado, con cuatro años por delante para perfeccionar su método.

—Siendo así, tenemos un varón blanco, de entre cuarenta y cuatro y cuarenta y ocho años, madrileño, de buena familia a juzgar por lo que cuesta la matrícula en esa universidad... Bien, creo que

podremos dar ya la orden de detención.

Vuelve la abuela impertinente, hay que reorientarla.

—Ya sé que llevas muchos años con esto, pero yo no. Estoy intentando ponerme al día y me viene bien pensar en voz alta. Si no te gusta, quizá tu nieta necesite que la acompañes al parque.

Emite un sonoro suspiro, pero alza las palmas de las manos en son de paz. Luego me señala la mesa, con todos los papeles desperdigados, como animándome a seguir.

Regreso a mis apuntes. La miro como buscando su aprobación y ella asiente, así que leo en voz alta.

—Esto es lo que he destacado de cada uno. Repaso rápido. Bien... Primera víctima, 1996: Maca Rodrigo, estudiante, veintidós años, natural de Córdoba. Desaparece de una fiesta en una discoteca de San Sebastián y la encuentran horas después en la playa, oculta bajo una escultura de arena. Causa de la muerte: una fuerte contusión con un ladrillo. Violada con penetración vaginal y..., por cierto, aquí otra de las diferencias: con penetración anal. A ninguna de las otras se lo hizo, lo cual muestra una mayor brutalidad, como si descargara sobre ella una ira especial. No hay huellas.

»Segunda víctima, 2000: Susana Vila, dependienta de una joyería. Causa de la muerte: ahogamiento, aunque los golpes recibidos la habrían matado igualmente. Fue violada. Aparece atada de pies y manos bajo un puente del Manzanares. No hay huellas.

»Salto en 2004, o tercera víctima que nunca apareció, ni se puede deducir quién es porque no fue denunciada ese año ninguna desaparición que pudiera encajar con las víctimas anteriores.

»Cuarta víctima, 2008: Lara Cruz, empleada de *marketing* de un banco. Causa de la muerte: sobredosis de barbitúricos, en cantidad como para matar un elefante. A esta...; en fin, ya sabes, la dejan en una barriada de toxicómanos. No hay huellas.

»Quinta víctima, 2012: Mar Rivas, secretaria de dirección en una multinacional. Causa de la muerte: inanición. No fue violada ni golpeada. La dejó morir encerrada en un sótano de una urbanización abandonada. Y, sin embargo, es la que más información proporciona sobre su *modus operandi*. Tenía en su celda el sello, que no le llegó a grabar en la frente. Fabricante desconocido. Sobre la comida, se

encontraron cinco envases vacíos de pollo con arroz, de una marca que se vende en una cadena de supermercados. Detalle importante: llevaban muchos meses, seguramente se adquirieron entre uno y dos años antes, supongo que para que no rastrearais la compra. Había también cinco botellas de agua. Cinco. Imagino que el número de días que pensaba tenerla encerrada antes de matarla. No hay huellas.

—Ese dato es interesante —dice entonces—. Cinco comidas, cinco días. Como bien dices, es lo que tiene previsto mantenerlas alimentadas. Luego puede ser que no acuda en todo ese tiempo salvo al final, para violarlas y matarlas. Pero hay otra cosa interesante en esa víctima: el lugar escogido para retenerla. No había evidencias de que las anteriores las hubiera tenido allí.

—Por lo que cambia de lugar con cada una de ellas.

Asiente con la cabeza. Vuelvo al resumen.

—Sexta víctima, 2016: Claudia García, azafata de congresos. Causa de la muerte, cinco cuchilladas. Se las asesta antes de tirarla sobre las zarzas al pie de un terraplén. Tardó una hora en morir desangrada... —Me atraganto. Tengo la garganta seca y doy un sorbo al café. Vuelvo al relato, pero antes, por el rabillo del ojo, observo una sonrisa triste en la cara de Vera—. En la pista...

De pronto siento una mano sobre mi antebrazo y me sobresalto. Vera me sigue mirando con el mismo semblante.

—Nunca te avergüences por empatizar con las víctimas. De hecho, preocúpate el día que no lo hagas, cuando te hayas convertido en alguien tan frío y distante que pueda leer el relato de seis crímenes sin pestañear. No te conviertas nunca en alguien así. Serás una mala policía.

Me quedo petrificada, sin respuesta. Creo que ha pensado que se me quebraba la voz por la emoción del relato. No es la primera vez que me pasa; de hecho, es un problema recurrente en mi vida, gente que interpreta mis expresiones o comentarios como sentimientos que no experimento en realidad y que me ponen en la encrucijada de tener que actuar conforme a lo que ellos piensan o mostrarme tal y como soy. Normalmente, termino interpretando el papel y dejándome llevar por la imagen que quiero que tengan de

mí. He llegado a perfeccionar la técnica de humedecer los ojos e incluso de derramar alguna lágrima. No es apto para cualquiera, hay que practicar varias horas ante el espejo para conseguirlo, pero cuando se tiene un dominio del método, los resultados que se pueden obtener son extraordinarios.

Mi particular falta de empatía no es algo que haya buscado, venía de serie, como una tara de fábrica que no admite devolución. No es que no quiera o no lo haya intentado; simplemente, es algo que no puedo conseguir. Por alguna desconexión que tengo en el cerebro —«eres una maldita enferma», me gritaba mi madre—, o porque la vida me hizo así, lo cierto es que me cuesta mucho ponerme en la piel de otro, no puedo hacer míos los sentimientos ajenos, no sufro por ver sufrir, no me alegro por ver alegría, no lloro al ver llorar... Mi mente carece de capacidad para la empatía. Lo ajeno es precisamente eso para mí, ajeno, y por más que lo intente no puedo ponerme en su piel.

Lo cual no quiere decir que no sufra, claro que lo hago, sobre todo cuando me hacen daño. O tampoco supone que no tenga sentimientos, los poseo todos y los ejercito como cualquier ser humano, pero de manera primordial cuando me atañen a mí. Me río cuando algo me hace gracia, lloro cuando me hacen daño, siento miedo cuando estoy en peligro, sufro con mi propio dolor. Lo que les ocurra a los demás ya es otro cantar.

Quizá por eso soy una policía cojonuda. Ante una injusticia no me dejo llevar por la venganza, la ira o la rabia como el resto de mis compañeros; no me desvío de mi camino ni pierdo la sangre fría por mucho dolor que mi presa siembre a su paso. Siento lo que les pasó a estas pobres chicas, claro que sí, pero los detalles de sus muertes no me impresionan, no me ahogan, puedo analizar las escenas de los crímenes con un nivel de detalle y percepción totalmente desapasionados, puedo centrarme en la caza sin ninguna distracción.

Mis padres se dieron cuenta enseguida y fue objeto de vergüenza para ellos. No solían dejarme estar cuando invitaban a sus amigos a casa —y tenían una intensa vida social—, por si acaso soltaba alguna impertinencia que los pusiera en evidencia. Conscientes del problema, trataron de ponerle remedio. Cuando cumplí doce años,

me llevaron a una psicóloga. Mi madre esperó paciente en la sala hasta que escuchó gritos en el despacho. Cuando entró, me encontró con un mechón de pelo de la psicóloga en la mano. La mujer no aplicó sus propios consejos porque nos echó a patadas.

Hubo otras dos intentonas con resultados similares. Después murió mi padre y mi madre renunció a mi cura y, simplemente, me dejó hacer. Desde entonces, solo visito con regularidad a Dimitri, mi terapeuta de cabecera.

La mano de Vera sigue en mi antebrazo buscando una respuesta. Me froto los ojos y hago un gesto como si me estuviera reponiendo. Continúo:

—Bien, sí... En la pista forestal por la que accedió para llegar hasta el lugar se encuentran algunas huellas de coche. Por el diámetro y la distancia entre ejes parece un todoterreno. Séptima víctima, 2020: Virginia Torres, prostituta de lujo. Causa de la muerte: estrangulamiento. Tenía dos incisiones en las comisuras de la boca, hacia las orejas, una especie de sonrisa siniestra.

—La Dalia Negra.

—Este caso sí que lo recuerdo cuando ocurrió, fue una conmoción para las chicas de mi edad, teníamos la misma que ella. Aunque no estoy segura de que el asesino buscara realmente emular a la Dalia Negra. Por lo que he leído, aquella mujer apareció descuartizada.

—Otra incógnita más para la lista.

Vuelvo a los apuntes.

—La chica apareció a los seis días, sentada desnuda en un banco a las afueras de Coslada. Ni una huella.

Suena mi teléfono. Me viene bien una pausa para salir de la habitación y fumarme un cigarrillo. Llevo un par de horas sin fumar y empiezo a notar la necesidad.

Antes de irme percibo en Vera un rostro distinto, ausente, con la mirada fija en la pantalla de mi iPad. Tengo abiertos varios vídeos con las grabaciones de los interrogatorios que ella misma hizo en el caso de Maca. No me ha dado tiempo a verlos todos, luego seguiré. Pero en su mirada hay algo diferente, como sorpresa, o preocupación. Y no me gusta.

V

Por fin emerge por la puerta de urgencias. Rebeca lleva puesto el uniforme de enfermera que cubre con una chaqueta larga. Sonríe cuando ve a Bruno apoyado en una columna. Él le tiende un café caliente después de darle un beso.

—No había mate —se disculpa con una sonrisa.

—No *sabés* lo que os *perdés*.

Dejan paso a una ambulancia que aparca junto a la puerta y caminan hacia un banco cogidos de la cintura. Sortean algunos corrillos de gente con el característico semblante serio y preocupado que impone la puerta de un hospital.

—¿Algún día dejarás todo esto? —le pregunta Bruno cuando se sientan.

Ella se calienta las manos con el vaso de cartón.

—Espero que nunca —responde.

—Pero no puedes pasarte toda la vida con estos turnos. Es inhumano meterte aquí hasta las siete de la mañana.

—Oh, no, lo tuyo es mucho peor —enfatiza—. Todo el día laburando, viajando de aquí para allá en tu *jet* privado, durmiendo en hotelazos, comiendo en los mejores restaurantes... No sé cómo *aguantás*, mi amor.

Bruno zanja la conversación con una de sus sonrisas y la atrae hacia sí. En realidad, aunque de cara a sus amigos lo disfrace de un cierto halo de aburrimiento y hastío, le apasiona su trabajo. Solo así se entiende que un hombre con una de las mayores fortunas del país siga dedicando a su negocio más de once horas diarias.

Aunque lo cierto es que no ha hecho otra cosa en la vida. Nada más terminar la carrera, comenzó a trabajar en la empresa familiar. Por aquel entonces ya era una gran compañía del sector textil, aunque nada comparable con lo que es hoy. Su padre le diseñó un exigente plan de formación que lo llevó a trabajar durante cuatro años en distintos puestos de la empresa para poder tener un conocimiento integral. Mientras sus amigos empezaban a despuntar en sus trabajos, él pasaba sus días ordenando ropa en las tiendas,

descargando cajas en los almacenes, haciendo facturas en administración, organizando la logística, supervisando las reformas, incluso cosiendo en los talleres... No se quejó ni una sola vez, utilizó un nombre falso para no recibir ningún trato de favor, y con todo ello llegó a adquirir un conocimiento de la empresa más profundo que el de su propio padre.

Tenía ideas de crecimiento y un olfato para las colecciones que pronto le hizo ganarse el respeto del consejo de administración. A los treinta se convirtió en director general y en solo cinco años multiplicó por diez la facturación del grupo, abrió cientos de tiendas por todo el mundo, mejoró los procesos productivos y diversificó el negocio con otras marcas.

Aspira hondo. Se deleita con el perfume de Rebeca mientras la rodea con su brazo. Al otro lado de la calle ve aparcado el coche, con sus dos escoltas haciendo guardia.

Nunca olvidará la última conversación que mantuvo con su padre en su despacho; rememorar aquel momento siempre le provoca una punzada de tristeza. Después de unas bonitas palabras cargadas de orgullo hacia él, de admiración por la fructífera carrera que había desarrollado en la empresa, su padre había decidido cederle el testigo de la presidencia. Pero no lo hacía por placer, sino por el alzhéimer que acababan de diagnosticarle. Prefería dar un paso atrás con la dignidad intacta antes de que la enfermedad terminara por erosionar su buen nombre. Aquella fue una de las últimas conversaciones que mantuvieron. El hombre no asumió el diagnóstico de una degeneración en vida y decidió ponerle fin con una escopeta de caza.

Y así fue como se convirtió en presidente del grupo a la edad de treinta y cinco años. Veinte meses después, la empresa salía a bolsa con un valor de miles de millones.

—Por cierto, mañana irán a tu piso a arreglarte esas malditas humedades. Es gente de mi equipo, lo harán genial y rápido.

—No tenías por qué —dice ella—, iba a llamar al seguro.

—Ni hablar, no cuesta nada. Creo que tienes una fuga y como lo dejemos pasar tendremos que entrar con flotador.

—Gracias.

Rebeca se recuesta en su hombro mientras sucumben en un silencio que se torna pesado, cuando las dudas sobre lo que están dispuestos a hacer se ciernen sobre ellos.

—Tengo miedo —dice ella por fin—. Capaz que todo esto no fue una buena idea, capaz que podríamos haberlo dejado pasar, o contratar a alguien para que investigara... Vos mismo *tenés* gente de seguridad en tu empresa, podía haberlo hecho Sergio, *ponele*... Ay, no sé dónde nos estamos metiendo.

—No hay otro remedio, Rebe, es la única solución. No quiero implicar a ningún tercero en esto por una simple corazonada. Es mi amigo, es mi gran amigo, y seguramente todo esto no sean más que malditas casualidades, malentendidos que tendrán alguna explicación. Prefiero averiguarlo por mí mismo, y cuando descubra la verdad, dormir por fin tranquilo.

—Solo te ruego que me *llamés* si pasa algo, si *necesitás* ayuda, si algo se tuerce. Estaré pendiente día y noche, amor, para lo que sea.

—Todo irá bien, confía en mí. Espero no tener que llamarte, pero si lo necesito, por supuesto que lo haré. —Gira su rostro hacia ella, acaricia con suavidad su nariz recta y fina, y le da un beso en los labios—. No sé qué haría sin ti, Rebeca Ramos.

VI

—Hola, mamá, ¿cómo estás?

Estoy buscando un supermercado que me ha indicado un compañero, pero que no encuentro. Es tarde y quiero abastecerme de algo para cenar antes de que cierren. Así, además, salgo de la comisaría, fumo un rato y estiro las piernas. Mientras rebusco entre las calles cercanas, aprovecho para hablar con mi madre, que hace casi tres meses que no la llamo.

—Renata, qué alegría. —Su tono es apagado, como siempre—. ¿Cómo estás? ¿Todo bien?

—Todo muy bien. Estoy en San Sebastián investigando un caso.

—Ah, qué interesante. —Su entusiasmo es exultante.

—Sí, la verdad que lo es.

No es mayor, acaba de cumplir setenta y dos años, pero el tiempo no se ha mostrado indulgente con ella. No volvió a ser la misma tras la muerte de papá. Durante los primeros años se encerró en casa y buscó refugio en el ron miel, su bebida favorita. Sin abandonarlo del todo, luego añadió a sus aficiones una desdichada colección de hombres que se le acercaban al acecho de la fortuna heredada. Para ser sincera, y aunque supongo que me lo habrá contado en algún momento, ahora mismo no sé con quién comparte su querido ron miel. Mi relación con ella no es precisamente idílica.

—Bueno, gracias por haber llamado, hija. Cuídate mucho.

—Igual, mamá.

Y hasta ahí nuestras confidencias madre hija. Hasta el trimestre siguiente.

Minutos después, ataviada con una bolsa que contiene un par de sándwiches, una bolsa de patatas y un par de refrescos, entro en la calle donde se ubica la comisaría salivando y deseando hincar el diente a mi cena. Me muero de hambre.

—¿Es usted Renata Blasco?

Reprimo un grito del susto y me giro para ver quién me llama. Un hombre desconocido, envuelto en un grueso abrigo y con una mochila al hombro, aparece de la nada y me mira expectante. Tendrá unos cuarenta y pico años mal llevados, sobrepeso, frente despejada, una mata de pelo canoso engominada hacia atrás —soy una firme partidaria de la pena de muerte para los hombres engominados— y una mirada inteligente y despierta que no me quita ojo.

—Depende.

—Soy Salva Guzmán, periodista de *Tribuna Digital*. Me han dicho que está al cargo de la investigación de la flor aparecida en el local donde asesinaron a Macarena Rodrigo. Quería hacerle un par de preguntas rápidas, si es tan amable.

—¿Le conozco de algo? Me suena mucho su cara.

—No lo sé, quizá de la televisión. Soy tertuliano en algunos programas.

—Así que es famoso, ¿eh? —Comentario hiriente más mirada

sarcástica, más apretar el paso equivalen a «déjame en paz, gilipollas».

—No tanto como se va a hacer usted con este caso.

Buena salida.

—Mire, no sé quién le habrá dado mi nombre, pero debería revisar sus fuentes. Me temo que no tengo nada que decir. —Avanzo hacia la puerta de la comisaría preguntándome quién se ha ido de la lengua.

—¿Hay alguna pista acerca de quién pudo dejar la flor?

—¿Cree de verdad que si la hubiera se lo diría?

—No se ponga así, solo quiero hablar un momento con usted. Si quiere, podemos quedar otro día. Le dejo mi tarjeta. —Me la tiende y, por pura cortesía, la cojo y la meto en el bolsillo—. Si entra en nuestro periódico, verá que siempre hemos cubierto la información de los crímenes del librero con mucha profesionalidad. Tengo una excelente relación con buena parte de sus superiores. Y, dadas las circunstancias, creo que en este momento ustedes nos necesitan.

—Pues hable con uno de mis superiores.

—¿Creen que va a volver a actuar en San Sebastián? ¿Por eso ha dejado aquí la flor?

Eso no me lo había ni planteado. Antes de entrar por la puerta y olvidarme de este personaje para siempre, entono por primera vez en mi vida la frase que todo policía desea decir alguna vez en su vida:

—Sin comentarios.

VII

Íñigo ha terminado de explorar a la pequeña Noa, que todavía se encuentra en la Unidad de Cuidados Intensivos tras la operación realizada el viernes. La niña está consciente, aunque aturdida y desubicada por la medicación que recibe. Han pasado muy pocos días de la intervención, pero la respuesta que está dando es muy buena y todo el equipo se muestra optimista.

Termina de rellenar el informe en un ordenador dentro de la propia UCI.

—Me han dicho que te vas de vacaciones —le dice una enfermera mientras cambia el suero de otro paciente.

—Tampoco demasiado, una semana nada más, no os va a dar tiempo a echarme de menos si es lo que te preocupa.

—¿Y tus pacientes? —pregunta señalando a la pequeña.

—La que más me preocupaba era ella y está fuera de peligro. Mañana comenzaremos a bajar la dosis y a ver cómo responde antes de subirla a planta. Además, la dejo en buenas manos.

—¿Y adónde vas si puede saberse? Los ricachones como tú no creo que acaben en Torremolinos. Anda, dame envidia, ¿las Maldivas, Puerto Rico, Santorini...?

—Para tu información —termina ya el informe y se dispone a marcharse—, he estado en todos esos sitios y están sobrevalorados. Este ricachón se queda en Madrid, a descansar en casa. De hecho, estaré bastante desconectado del mundo. Si hay algo urgente —señala hacia la niña—, dejaré el teléfono de Amanda para que me podáis localizar.

Coge el expediente de Noa y se dirige a la puerta.

—Madrid, dice —murmura la enfermera—, no te lo crees ni tú.

—Uy, querida, me parece que Madrid puede encerrar muchos encantos. *Ciao, bella*.

VIII

Es tarde y Olivia Suárez no debería estar trabajando. Si su madre la viera en ese momento, le lanzaría su eterna perorata de que la vida no es solo trabajar, que tiene que buscar tiempo para ella, para disfrutar, salir, viajar, bailar. Pero no ha venido a Madrid desde su Valladolid natal solo para bailar, para eso se hubiera quedado en casa. Si está un sábado trabajando es porque lo hace en una de las mejores firmas de abogados del mundo y no tiene intención de desaprovechar la oportunidad.

Están a punto de cerrar una operación en la que ha empleado dos meses. No solo ella, claro está, sino el equipo de cinco abogados asignados al cliente, pero ha tenido la oportunidad de destacar con sus brillantes aportaciones a los contratos. Por eso no ha dudado en dedicar la mañana en el despacho para repasar borradores.

Consulta la hora. Ahora sí tiene que irse.

Olivia cierra el portátil y lo guarda en su funda junto con el expediente; tiene intención de seguir un rato en casa después de cenar algo. Envía un mensaje en el móvil y lanza una mirada al ventanal. Aunque lo tiene muy visto, no deja de deleitarse con el espectáculo que ofrece: Madrid se abre bajo sus pies en toda su extensión, a treinta y dos plantas de altura. Es lo que tiene trabajar en la Torre de Cristal, uno de los cuatro rascacielos que dibujan el horizonte de la ciudad.

Se marcha por fin y lo hace a paso ligero, para recorrer cuanto antes la enorme extensión de unas oficinas que permanecen completamente vacías. Siempre le ha provocado un cierto reparo quedarse sola en aquel laberinto de pasillos, despachos, salas, mesas y ordenadores. Un miedo irracional, se convence a sí misma mientras camina a grandes zancadas; sabe que abajo, en la recepción, hay varios guardas de seguridad que custodian día y noche el edificio y que nadie puede entrar sin la debida acreditación. Aun con todo, aprieta el paso para llegar cuanto antes a los ascensores.

Una vez en la calle, la recibe una brisa fresca que recorre la extensa explanada sobre la que se alzan los rascacielos. De lunes a viernes son miles los trabajadores que circulan hacia las puertas giratorias de las cuatro torres, en contraste con la soledad que reina en ese momento y que le permite escuchar el taconeo de sus propios pasos. Incluso su moto descansa solitaria junto a la acera en un área que normalmente está infestada de ellas.

Abre el baúl y guarda el maletín. Se recoge su larga melena rubia en una coleta baja y se coloca el casco. Arranca y se incorpora con cuidado al escaso tráfico que ofrece el inicio de la Castellana.

Aunque hubiera prestado atención, le habría resultado imposible advertir aquellos ojos que han seguido sus pasos a distancia y la han

visto marcharse. Los mismos que han venido observándola con disciplina y discreción durante meses, sin levantar la menor sospecha. Los mismos que sueñan con cobrarse su presa, que anhelan un día que por fin se acerca.

IX

Íñigo y Amanda disfrutan de la última cena juntos antes de la semana de vacaciones. Están sentados en el porche. Disfrutan del silencio y de un champán que acaban de descorchar.

—En el fondo no me hace mucha gracia todo esto, Íñigo —le confiesa su mujer—; si accedo es por no llevaros la contraria. Sois como críos.

—No hacemos daño a nadie, mujer. Es una semana nada más.

Se acurruca junto a su marido.

—Ya sabes que quiero mucho a Bruno, pero me da mucha pereza tenerlo por aquí toda la semana.

—No te preocupes por él, ya se entretendrá. Tú sigue con lo tuyo.

—¿Y si...? —Le dirige una mirada aviesa—. ¿Y si entra en mi habitación en mitad de la noche?

Él la mira sorprendido.

—Pues en ese caso pásatelo bien. —Ella le golpea el pecho—. Mi vida, si tuviera la más mínima duda de que Bruno o Álvaro fueran capaces de colarse en nuestra cama en mitad de la noche, jamás habría accedido a esto. Son mis hermanos, cielo, tengo plena confianza en ellos.

Amanda dirige de nuevo la mirada al crepitar hipnótico de las llamas.

—De la que no me fío es de Ane —dice con voz grave—. Ya sabes que se pone muy cariñosa cuando bebe. No se te ocurra servirle ni una sola copa.

—A la orden. Toda la semana a Coca-Colas. —Le besa la frente—. La controlaré.

—Más te vale. ¿Has dejado todo listo en el trabajo? ¿Qué les has

dicho?

—Que estaré unos días de desconexión, pero en Madrid, y que si hay algo urgente, que te avisen a ti. En el hospital tengo todo controlado. Mis tres últimos pacientes están ya en planta, solo la pequeña sigue en la UCI. Así que me puedo permitir esta semana de tranquilidad.

La razón fundamental por la que Amanda había accedido era precisamente esa: que su marido pudiera desconectar por unos días del hospital. Trabaja a destajo, hace más guardias que el resto de sus compañeros y siempre se ofrece para entrar en quirófano. Su sentido de la responsabilidad y su capacidad de entrega son algunas de las muchas virtudes que enamoraron a Amanda, aunque no puede evitar echarlo de menos y querer tenerlo más tiempo en casa.

Cada vez que le ha sugerido la posibilidad de bajar el ritmo, la mira como si estuviera loca, como si el mundo entero dependiera de su trabajo, como si él mismo necesitara todas esas horas de hospital para vivir. La realidad es bien distinta.

Íñigo no necesita trabajar, ni ahora ni nunca. Es titular, junto a su madre y su hermana, de un ingente patrimonio heredado de su padre. Participaciones en diversas empresas y propiedades inmobiliarias a lo largo de toda España que les reportan cuantiosos ingresos mensuales. Su hermana es quien gestiona con diligencia la fortuna y reparte proporcionalmente las ganancias entre los tres. Íñigo solo se limita a ver cómo su cuenta bancaria se incrementa cada mes, sin tiempo ni posibilidad de gastarlo.

No estaba llamado a ser médico, al menos para su padre. Él hubiera deseado que su único hijo varón continuara con su legado empresarial y se dedicara a los negocios, perpetuando el apellido Osorio, que se había forjado un respeto en las altas esferas económicas. Pero aquel mundo no estaba hecho para él. Desde niño se interesaba más por las consultas con el pediatra que por los intentos del padre de explicarle el funcionamiento de la empresa. La medicina y el servicio a los demás se habían abierto paso en su interior desde una edad tan temprana que no podía determinar, y ni todo el oro del mundo iba a desviarlo de su vocación.

Amanda suspira resignada. Si aquel juego de niños es lo que

necesita para distraerse un rato y disfrutar de la vida, ella no va a ser quien se oponga. Le sonríe enamorada antes de besarlo.

—Vamos a la cama —le dice—, te voy a quitar las ganas de hacer tonterías esta semana.

X

Cinta número 4 — octubre de 1995

(Interior. Día. Cafetería de la universidad, antigua y revestida de madera. Ruido de fondo. Rodean al profesor, Salva, Adrián, Bruno, Íñigo, Álvaro, Maca y Leyre, sentados en torno a una mesa redonda. El profesor acapara su atención).

PROFESOR. ¿Qué es lo que más os ha gustado de *1280 almas*?

ÍÑIGO. El humor. Es espectacular. No solo en los diálogos, sino en sus propios pensamientos.

MACA. A mí la forma en que manipula a la gente. Parece que es medio tonto, pero luego es capaz de llevar a cada uno por donde quiere.

SALVA. Maca, no me atrevería a decir que te equivocas, aunque tampoco podría darte la razón.

(Todos estallan en carcajadas).

PROFESOR. Lo has clavado, Salva, es Nick Corey en estado puro. Esa frase, que repite en varias ocasiones con distintas palabras, es sencillamente genial. Resume bien lo que acaba de decir Maca. A simple vista parece un comentario un poco rudimentario, algo bobo, pero evidencia que, tras ese aspecto que él mismo cultiva, hay un hombre mucho más sutil e inteligente de lo que da a entender a los vecinos.

SALVA. Y los crímenes... Con qué sangre fría los ejecuta, sin ningún miramiento; por supuesto, sin el menor remordimiento, como parte de un plan mayor. Es un puto amo.

(El ruido de fondo aumenta. Llegan más estudiantes a la cafetería.

El grupo se inclina sobre la mesa para poderse oír).

PROFESOR. Bien, viendo el éxito de este encuentro, os propongo un nuevo y excitante libro para vuestro club de lectura. Por cierto, necesitaréis un nombre para el club, para darle más categoría.

(Se miran unos a otros, esperando ideas).

MACA. «Libros con Encanto».

(Los chicos estallan en carcajadas).

SALVA. Sí, claro, y nuestra próxima autora es Jane Austen.

ADRIÁN. «Exlibris».

(El profesor lo mira unos instantes, sonriendo).

PROFESOR. Exlibris entonces. Magnífica idea. Al ganador le regalaré un ejemplar del libro con un sello de exlibris y su nombre. Bien, la próxima novela será *El sueño eterno*, de Raymond Chandler. ¿Lo habéis leído? *(Todos niegan con la cabeza)*. Fantástico. Pues nos damos quince días, si os parece bien. Os va a encantar.

SALVA. Samuel, hemos pensado que, si le parece bien, algún día podríamos hacer una reunión en nuestro piso. Estaríamos más tranquilos.

PROFESOR. ¿Compartís todos el mismo piso?

BRUNO. Todos menos yo.

MACA. Nosotras tampoco, obviamente.

SALVA. Eso que os perdéis.

MACA. Antes vivo en la calle que con vosotros.

(Todos sonríen).

ÍÑIGO. Salva, Adrián, Álvaro y yo.

PROFESOR. Madre mía, qué peligro tenéis.

ÍÑIGO. Qué va, somos unos pedazos de pan. Además, podría ser un planazo: pedimos algo para cenar, hablamos sin tanto ruido...

ADRIÁN. Y con un vino todo se verá más negro.

PROFESOR *(parece dudar, algo incómodo)*. Bueno, bueno, iremos viendo. De momento os leéis el libro y lo comentamos.

SALVA. Pues entonces, bienvenido a Exlibris.

SEGUNDA PARTE
ELLOS

MARTES, 11 DE JUNIO DE 2024,
PRIMER DÍA DEL JUEGO

I

Y llegó el gran día.

Bruno aprovecha el trayecto en silencio para pensar. La despedida de Rebeca ha sido rápida, un abrazo largo en la entrada de casa, ambos con una mezcla de emoción y miedo por lo que está por venir. Comparten el mismo sentimiento de inquietud ante la tormenta que ellos mismos han desatado con su particular idea, y en su última mirada se han transmitido la esperanza de que todo aquello no termine por engullirlos.

Se adentran en la urbanización de la Moraleja, y mientras el chófer se aproxima hacia la vivienda de Íñigo y Amanda, una corriente de adrenalina invade el cuerpo de Bruno de forma involuntaria. Mira el reloj. Son las seis de la tarde, la hora convenida para que los tres participantes ocupen sus posiciones.

Aparcan frente a la puerta, enmarcada por un enorme seto que recorre el perímetro e impide apreciar el interior.

—No hace falta que entres con el coche, Sergio, déjame aquí fuera.

—Como quiera —responde diligente su jefe de seguridad, sentado en el asiento del copiloto.

—Y recuerda: solo estoy localizable en caso de urgencia vital. —El hombre suspira y muestra un gesto de desagrado—. Ya lo hemos hablado, Sergio, son como unas vacaciones, nada más.

—En las que lo tendré deslocalizado, sin escolta y, en cambio, un extraño ocupará sus propiedades. Ya conoce mi opinión al respecto, señor. —Se gira para mirarlo con una expresión marcial—. ¿De

verdad ha pensado bien todo esto?

Bruno muestra su media sonrisa y mira por la ventanilla hacia el muro de la vivienda. En algún momento del trayecto ha tenido la tentación de cancelarlo todo y volver a casa, pero el sentido de la responsabilidad y, aunque le cueste reconocerlo, una chispa de excitación lo han animado a seguir adelante.

—Recógeme en una semana.

II

Después de la misa, Íñigo se queda un rato rezando en el banco. Apenas hay un puñado de asistentes octogenarios. Está nervioso, hoy comienza el dichoso juego de Bruno y ha optado por un rato de recogimiento antes de lanzarse a la aventura.

Un sacerdote sale de la sacristía. Tiene un aspecto que desentona con el escenario vetusto de la iglesia y la edad de los feligreses. Rondará los cincuenta años, pelo abundante y cano, un físico apuesto. Saluda con la cabeza a algunos asistentes, desplegando una amplia y blanca sonrisa. Se sienta por fin junto a Íñigo y ambos miran hacia el altar.

—Hacía tiempo que no venías.

—Buenos días, Adrián. Lo sé, lo sé. El trabajo, ya sabes.

—¿Cómo estás?

—Raro, como siempre que estoy de vacaciones.

—Eres el único trabajador que conozco al que no le gusta estar de vacaciones.

—Sabes que mi trabajo es diferente, es pura vocación; un poco como el tuyo.

—Eso debe ser. ¿Seguís adelante con el plan?

—Me temo que sí. —Íñigo sonríe—. Ya sabes cómo es Bruno. Callado pero insistente. —Adrián suspira mirando al techo—. No te atormentes, tampoco te gustaría estar en nuestro lugar. Demasiado dinero, lujo, sexo... Exactamente todo lo que no puedes tocar.

El sacerdote reprime una sonrisa.

—¿Qué tal está Amanda? Hace tiempo que no la veo por aquí.

—Me cuesta arrastrarla, ya sabes.

—Nunca fue una chica muy espiritual, siempre ha sido un poco más... mundana.

—Prefiero no saber qué significa eso.

—En todo caso, lo importante es que no te arrastre. Recuerda el Evangelio: «No he venido a traer la paz, sino la espada, para enfrentar al hombre con su padre, a la hija con su madre...».

—«Y cada uno tendrá como enemigos a los que conviven con él». Es un texto enigmático. De todas formas, lo conozco bien, no te preocupes por eso, padre.

El sacerdote lo mira.

—Ese «padre» salido de tu boca suena siempre a cachondeo.

—Porque siempre lo digo con cachondeo.

—En fin, te dejo, que me esperan —dice señalando a un par de ancianas que lo miran de reojo, impacientes.

—¿Y qué quieren? ¿Un poco de catequesis con nuestro pájaro espino?

—No seas vulgar. Quieren confesarse, nada más.

—¿Confesarse? —pregunta sorprendido—. ¿De qué? ¡Si tienen doscientos años cada una!

—La maldad, al igual que el vino, mejora con los años. A estas alturas ya deberías saberlo.

III

Álvaro espera impaciente en el rellano de la vivienda con la maleta al lado. Lanza una ojeada a la majestuosa escalera de mármol que se abre bajo sus pies y donde relucen los seis pisos de altura correspondientes a los exclusivos vecinos que Bruno tiene en su dúplex de la calle General Oraá.

No le ha quedado claro si estará o no Rebeca para recibirlo. En realidad, le da igual. Piensa tomar posesión de sus nuevos y millonarios dominios y disfrutar de la vida. Atacará en primer lugar la

colección de *whiskies* que su amigo guarda a buen recaudo mientras espera la cena que preparará su codiciado cocinero.

La puerta se abre de pronto y la melena pelirroja de Rebeca se asoma con timidez.

—Bienvenido, nuevo señor del castillo —le dice mientras se hace a un lado para dejarlo pasar.

Se dan dos rápidos besos y Álvaro hace una entrada teatral, como si fuera la primera vez, lanzando un sonoro silbido mientras contempla el gran salón que se abre tras el recibidor.

—Caray, es como si me hubiera tocado la lotería. Gracias por recibirme, Rebeca, pensé que no ibas a estar.

—En realidad, me voy ya, empiezo la guardia en media hora. He venido solo para darte la bienvenida. Bruno no quería que fueras el único que no tuviera un buen recibimiento.

—Este Bruno, siempre tan considerado. ¿No te quedas a cenar entonces?

—Qué va, imposible. Pero *mirá*, Bernard te está preparando una cena estupenda. Por lo demás, vos sabes mejor que yo dónde está todo, así que mucho no te puedo indicar.

—Oh, por cierto, antes de que te vayas. —Del bolsillo de su abrigo extrae un pequeño paquete—. Es el mejor que he podido encontrar. —Rebeca lo desenvuelve y esboza una amplia sonrisa al descubrir un paquete de mate—. De esto no sé mucho, pero el chico de la tienda, argentino como tú, me dijo que te encantaría.

—Y así es, mil gracias, Álvaro, no tenías por qué. Encontraremos un rato esta semana para degustarlo, seguro que te gustará. Y hablando de regalos, Bruno te ha dejado en su despacho un...

—Un sobre.

—Eso, el sobre y su móvil. Me ha pedido que te recuerde que los *debés* tomar lo primero de todo... En fin, yo prefiero ni enterarme de qué va la cosa. Bueno, me marcho, Álvaro. Cualquier cosa que *necesitéstenés* a Janet a tu disposición. Así que *relajate* y disfruta de tu nueva vida como Bruno Medina.

—¿Te veo mañana?

Parece dudar, algo incómoda.

—Si *querés*, podríamos comer juntos.

—Estupendo.

—Te dejo que te acomodes —dice mientras recoge su abrigo, que reposa en uno de los sofás—. Hasta mañana entonces.

IV

A media tarde Íñigo hace su aparición en el salón del ático de Álvaro, precedido por una asistenta vestida de uniforme. Un recibimiento frío, piensa mientras contempla la preciosa vista del Retiro que ofrece el atardecer.

—La señora me ha pedido que le diga que llegará enseguida. Tiene hielo en el mueble bar por si quiere servirse una copa. Le he dejado también un aperitivo para la espera.

—Gracias, María, muy amable. —Íñigo se percata entonces del silencio—. ¿Y los niños?

—Oh, han ido a pasar la semana a la finca.

—Estupendo, gracias.

Una vez solo, se deleita con el suculento surtido de bebidas que hay alineadas en el mueble. Escoge un carísimo ron añejo, abre la botella, huele el contenido y se sirve una generosa copa con hielo. Pasea después despreocupado por el imponente salón y echa una ojeada al comedor, cuyas puertas correderas permanecen abiertas. Encuentra la mesa montada para la cena con dos cubiertos. Sonríe.

Recuerda entonces las escasas normas del juego. Lo primero que hay que hacer nada más llegar a la vivienda es tomar posesión.

Apura la copa de un par de tragos y se dirige al despacho, contiguo al salón. Una bonita estancia presidida por una mesa de roble, una antigüedad que contrasta con el ordenador moderno que hay sobre ella. Se sienta en la silla y contempla un sobre blanco cerrado con su nombre escrito a mano. Junto a él aguarda el teléfono móvil de Álvaro. Él hizo lo mismo para Bruno, tal y como estaba previsto.

Abre el sobre y extrae dos hojas con la relación de todas las contraseñas de acceso a las cuentas de correo electrónico,

bancarias, códigos de seguridad para las alarmas de las viviendas y, en general, toda la información que necesitan para poder vivir plenamente la vida del otro.

No puede evitar la tentación. Activa el ordenador con el ratón inalámbrico que acompaña al teclado. La contraseña de inicio es el primer obstáculo que sortea comprobando el listado. Sonríe ante la sensación excitante de estar en la piel de uno de sus mejores amigos. Entra en internet y accede al banco. Introduce usuario y código de acceso y le cuesta un rato encontrar la posición global con la suma de todo su patrimonio. Cuando lo hace suelta un silbido. Ligeramente superior al suyo. Tendrá que ponerse las pilas con sus inversiones.

—¿Buscando vídeos íntimos?

La voz lo sobresalta. Ane está apoyada en el marco de la puerta portando el abrigo y un par de bolsas.

—Los encontraré —dice él, divertido—, aunque sea lo único que haga en toda la semana.

Se levanta para saludarla. Se dan un beso en la mejilla y se quedan mirándose unos instantes. Ella ladea la cabeza.

—Qué casualidad, ¿no?

Él sonríe y se encoge de hombros.

—La mano inocente —responde.

Sigue la mirada entre los dos, meditando sobre un hecho que a ninguno le ha pasado inadvertido.

—Bueno, si tú lo dices... Cenamos en media hora. Me voy a arreglar. Ponte guapo.

—Me muero de hambre. ¿Qué tenemos? —pregunta mientras la ve alejarse por el pasillo.

—El plato favorito de Álvaro —dice antes de desaparecer tras la puerta de su cuarto.

Íñigo sonríe.

—Eso seguro.

V

—¿De verdad que es buena?

Vera está mirando el ordenador, sentada sola en un despacho perdido de la comisaría mientras habla por teléfono con Beltrán.

—Muy buena, Vera, pero que muy buena. Creo que no hemos tenido una agente así desde hace siglos. El problema es que está tarada, como un grillo.

—¿Y cómo pasó el psicotécnico? Os habéis relajado en la selección, en mi época no se colaba ninguna loca.

—Lo superó con una nota excelente, como toda la oposición. Fue una de las mejores de su promoción. Sinceramente, creo que es medio psicópata. Manipuladora, violenta, cero empatía hacia los problemas de los demás... Y, con todo eso, dale un caso y se desvivirá hasta resolverlo.

Vera suspira sonoramente mientras termina de revisar el historial de Renata.

—Madre mía —exclama cuando abre la carpeta de sanciones—, pero si ha estado más tiempo expedientada que en activo.

—Ya, bueno, tiene un temperamento fuerte, por decirlo suavemente. Rara vez la sancionamos con empleo y sueldo, solo cuando causa alguna lesión. No nos lo podemos permitir, es una agente cojonuda. Lo que más le jode es no liderar las investigaciones, así que la castigamos pegándola a algún compañero para hacer trabajo secundario. Bueno, y todo esto sin contar con lo del sindicato.

—¿Qué pasa?

—Es delegada sindical.

—¡Qué me dices! Pero ¿quién puede votar a esta mujer?

—El que quiera recibir una cesta de Navidad. No es coña. Compra los votos. Ya sabes que es millonaria, ¿no?

—Sí, sé quién era el padre.

—Pues se dedicó a hacer campaña electoral para que la votaran. No les paga en efectivo, o al menos que sepamos, pero sí les envía una cesta de más de dos mil euros. Es la que más votos sacó de toda la brigada.

—Joder, Beltrán, es un puto fenómeno.

—Con el rollo del sindicato sí que nos jode. Tiene contratado un

despacho de abogados especialista en temas administrativos y nos fríen a requerimientos y recursos cada vez que queremos expedientarla. Por eso, y porque es una buena policía, hacemos la vista gorda de vez en cuando.

—Sí, claro, hasta que sea a ti a quien le suelte un guantazo.

Se hace el silencio. Vera sonríe, no puede creerlo.

—Me tiró una grapadora. Cuatro puntos.

Cuelga el teléfono y sale del expediente de Renata. Se recuesta en la silla y necesita unos instantes de reflexión. Todavía conserva algún contacto en la brigada como para pedir que le den acceso a un informe concreto. Nadie se enterará. Será echar una ojeada y listo.

Coge el teléfono y marca un número, dispuesta a pedir el expediente de la muerte de Kiko Blasco.

VI

Cinta número 5 — noviembre de 1995

(Exterior. Día. Campus. Seis alumnos sentados en círculo en torno al profesor Galindo).

PROFESOR. ¿Mataríais a alguien? *(Los alumnos se sorprenden. El profesor sonríe y alza las manos).* A ver, a ver, no me malinterpretéis. Estoy hablando de hipótesis, de conflicto, de literatura. La decisión de matar a un ser humano planea en toda novela negra. Hay un momento en que el protagonista, que puede ser una persona normal como cualquiera de nosotros, supera esa sorpresa que habéis manifestado y decide matar a alguien.

MACA. Supongo que dependerá del motivo, de qué nos ha hecho o qué sacamos con su muerte.

PROFESOR. ¡Exacto! *(La cámara enfoca un primer plano de Maca, que se percata, sonríe y saca la lengua)*. El móvil es fundamental, es la razón que impulsa a los protagonistas de cualquier novela a cometer un acto tan extremo como ese. De la habilidad del novelista

dependerá que dichas razones nos parezcan suficientes como para justificar lo que hace el asesino.

SALVA. Todo eso está muy bien, y las razones pueden ser muy buenas, pero luego hay que tener valor para matar a alguien, acercarse y clavarle un cuchillo, o pegarle un tiro, o estrangularlo, o ahogarlo...

PROFESOR. Gracias por el repertorio, Salva.

ADRIÁN. Yo no sería capaz, eso seguro. No se puede arrebatar la vida de nadie.

SALVA. Ya estamos con el curita...

ADRIÁN. Te he dicho mil veces que no me llames así, joder, Salva; al final me quedaré con el puñetero mote.

SALVA. ¡Coño, Adrián, que estudiaste Teología!

ADRIÁN. ¡Un año!

SALVA. Pues eso. ¿Cómo quieres que te llame?

MACA *(le golpea el hombro)*. Déjalo en paz, no seas plasta. Samuel, yo tampoco sería capaz.

SALVA. Otra. Profesor, hágame caso, estos que van de buenos luego son los peores. Yo, en mi caso, soy totalmente transparente. Con la debida motivación, sería capaz de matar. Especialmente a Adrián, si tuviera ocasión.

(Ríen ante el comentario).

ÁLVARO. Recuerda que en las novelas los asesinos nunca son los que parecen.

PROFESOR. ¿Y los demás?

(La cámara va tomando primeros planos de todos ellos).

LEYRE *(dice con contundencia, sonriendo a Salva)*. Yo sí.

ÍÑIGO. Ni en broma, no sería capaz.

BRUNO. Yo tampoco, ni siquiera en un hipotético caso.

SALVA. Moñas.

BRUNO. Me gusta la novela negra porque es precisamente eso, ficción, está en un libro, no tiene vida, las atrocidades que leemos no causan un sufrimiento real.

MACA. Bien dicho. Yo leo cualquier novela negra, incluso las más extremas, pero luego soy incapaz de ver ninguna tragedia en las noticias.

ADRIÁN. Yo opino igual.

(Salva contiene una risilla).

PROFESOR. Es una de las contradicciones de la literatura, Maca. Gente pacífica como nosotros, en la tranquilidad de nuestro hogar, nos adentramos en el lado más oscuro del hombre, pero lo hacemos solo en la ficción, solo en un refugio acotado al que nos acercamos confortables porque sabemos que no es real. Lo que pasa en el mundo ya es otra cuestión y lo vemos, lo sentimos, lo sufrimos con nuestra mirada humana, de gente corriente, buena, pacífica.

SALVA. A mí no me llame gente pacífica, profesor, que tengo una reputación.

(Los alumnos sonríen ante el nuevo comentario).

ÍÑIGO. ¿Y usted, profesor? ¿Sería capaz?

PROFESOR *(reflexiona un momento, con la cabeza inclinada hacia el sol)*. Ay, chicos, chicos... ¿Y quién dice que no lo haya hecho ya?

VII

Tribuna Digital tiene su sede en el Barrio de las Letras, en una bonita entreplanta con vistas al Congreso de los Diputados. Allí trabaja un equipo de cincuenta personas entre periodistas, programadores y comerciales dedicados al periódico y a una radio especializada en información política y económica.

Desde que inició su andadura hace quince años, ha sido un ejemplo de cómo es posible una buena calidad periodística, con reportajes, análisis y entrevistas hechas con profesionalidad, combinados con un negocio rentable y próspero. Sus lectores, anunciantes y su cuenta de resultados no han dejado de crecer para admiración del sector.

Salva entra en la redacción con aire serio y responde con un leve gesto de cabeza a las personas que lo saludan. Hay actividad a esa hora del mediodía y quiere llegar cuanto antes a la soledad de su despacho. No tiene más remedio que estrechar la mano a un par de políticos que esperan en una sala junto al estudio de radio,

aguardando una entrevista.

La puerta bajo el letrero DIRECCIÓN marca sus dominios. Tras ella, su secretaria lo saluda con su vitalidad habitual, pero la congela tan pronto como comprueba el semblante de su jefe. Sabe que cuando viene así, hombros caídos, rostro preocupado, mirada al frente, es mejor dejarlo tranquilo.

Se encierra en su despacho, se quita el abrigo y se sienta a su mesa. Se atusa el cabello hacia atrás, apretando todavía más esa capa uniforme de pelo engominado. Suspira sonoramente y trata de relajarse mirando por la ventana, que ofrece una magnífica vista de la fachada del Congreso, con sus dos leones custodiando la escalinata principal.

Está nervioso, inquieto, como siempre cada cuatro años. Ha cubierto personalmente los crímenes del librero desde el comienzo de su actividad profesional, cuando era un simple periodista en un diario regional. Ahora, pese a ser propietario de una empresa de información y tener una buena colección de profesionales a su servicio, sigue ocupándose de las noticias relacionadas con el librero. Las investiga, acude a las ruedas de prensa, habla con sus colaboradores y confidentes, escribe los artículos; controla la información hasta el último detalle.

Sabe que en la redacción nadie termina de comprender por qué esa implicación personal, seguramente el único asunto que gestiona él mismo, pero le trae sin cuidado. Para algo es el dueño, para algo son sus dominios.

Acaba de llegar de San Sebastián, donde ha estado un par de días por la flor y para contactar con los investigadores. Hacía tiempo que no pisaba la ciudad. Casi treinta años en realidad, toda una vida.

Detrás de él tiene una pequeña nevera baja repleta de Coca-Colas. Coge una para cumplir así el ritual de tomarse una media de diez al día. Le reconforta el sonido refrescante de la lata al abrirse y le da un par de largos sorbos. Sobre la mesa, una caja de madera conserva unos cuantos puros. Coge uno, lo enciende con parsimonia y aspira hondo el humo. En la pared tiene un botón para encender un extractor de humos, específicamente instalado sobre su mesa para esconder una adicción prohibida al resto de la redacción. En

realidad, todo el mundo sabe que fuma en su despacho; en realidad, nadie se atrevería nunca a reprochárselo.

Hay algo que le preocupa: la aparición de un protagonista inesperado. Sabía que iba a llegar, Vera Durán tendría que jubilarse alguna vez, pero el breve encuentro que ha tenido con Renata Blasco, la nueva encargada de la investigación, lo ha dejado preocupado.

Nueva calada al puro; se deleita con la nube densa que sale de su boca y comienza el pesado ejercicio de ascender para perderse en el extractor.

Se levanta y rodea el escritorio para situarse ante una enorme estantería que cubre la pared con cientos de libros. De entre todos, escoge uno que ocupa un lugar privilegiado sobre un pequeño soporte. Vuelve a desplomarse sobre la silla mientras hojea las páginas de un libro que admira.

Le costó una fortuna hacerse con él, aunque contó con una ayuda inestimable. Tiene entre sus manos la primera edición de *El cartero siempre llama dos veces*, de James M. Cain, publicada en 1934 en Estados Unidos. Una joya literaria. Pasa rápido las páginas hasta llegar a la primera, que contiene el único elemento que detesta del ejemplar: un exlibris con las iniciales S. G.; una modernidad que adultera un ejemplar único como aquel. Pero fue así como se lo regalaron, hace una eternidad.

Deja el libro sobre la mesa, da una nueva bocanada al puro y enciende el ordenador.

Tiene mucho trabajo por delante y no puede permitirse distracciones.

Como cada cuatro años, tiene que darlo todo.

VIII

El hecho de que los crímenes del librero vuelvan a ocupar la atención mediática ha sido sin duda un revulsivo para la investigación. En este momento los reportajes se limitan a recordar

los asesinatos pasados, a hacer entrevistas a familiares, a rememorar los lugares donde fueron encontradas las víctimas... hasta que aparezca una nueva.

De momento, Beltrán me llama cada media hora para ver si tenemos noticias, y lo cierto es que no. Sigo en San Sebastián, es mi tercer día aquí, pero la excursión no está dando los resultados esperados.

Estoy en el *parking* de la comisaría. Me he instalado en un banco para poder fumar mientras trabajo. Son las siete de la tarde. Vera ha salido para ver a unos antiguos compañeros y yo estoy inyectándome café en vena para que no decaiga la tensión.

Sigo revisando el expediente de Maca en el portátil; mientras esperamos novedades, no tengo mucho más que hacer. Repaso declaraciones e informes para tratar de encontrar algún resquicio por el que colarme y saber por qué coño ha vuelto precisamente a su primer escenario.

Cuanto más analizo el expediente, más se acrecienta una sensación extraña, algo que me ronda la cabeza sin terminar de definirse. Es como si en esta maraña de informes y declaraciones faltara algo. He revisado una y otra vez el índice y no consigo encontrarlo, pero una voz interior me dice que algo no encaja.

Me dispongo a escuchar otra vez las declaraciones de los amigos de Maca. Activo el vídeo de Manuela, compañera de piso. Aparece una chica morena, algo rellenita, mirada sincera y arrasada por las lágrimas. Avanzo hacia lo que me interesa, minuto 19 de la grabación:

> Estaba muy ilusionada, volvía a ser ella misma. Lo había pasado mal con lo de Jorge y todo eso, y ahora por fin estaba otra vez animada. Lo que no entendíamos era el secretismo. Supongo que andaría detrás de alguien, no lo sé. Normalmente nos lo contábamos todo, y más sobre ligues, pero cada vez que le sacábamos el tema respondía con evasivas.

Avanzo hasta el minuto 25:

De clase seguro que no era. Íbamos juntas y nos conocíamos todos. No la vi hablar con nadie en especial. No sé, quizá era un chico que había conocido de marcha, o alguien de alguna de las clases optativas, esas las teníamos separadas, a lo mejor del club de lectura al que iba... Con esos pasaba mucho rato. No lo sé, la verdad.

Un poco después:

En una de nuestras últimas conversaciones me dijo que estaba emocionada con algo que estaba haciendo, pero no me dijo qué.

Tengo varias fotografías desplegadas en el ordenador, todas ellas de Maca. Las hay de la escena del crimen, primero bajo la escultura de arena, luego desnuda, tendida en la playa; también hay fotografías en vida que muestran una joven universitaria guapa, de sonrisa radiante. Me detengo en una de ellas. Está vestida de deporte y luce un peto con un número. Está en el campus bajo un cartel colgado entre dos árboles que pone DÍA DEL DEPORTE. Intento reconocer alguna de las caras que la rodean. Un par de ellas son amigas que testificaron; el resto ni idea. En otra fotografía se la ve sentada en un círculo de alumnos en el campus, en lo que parece algún tipo de clase al aire libre. Ojeo las demás sin reparar en ningún detalle interesante.

En la última que miro está tendida en una camilla. Es un primer plano de su rostro sin vida. Tiene la piel de un blanquecino mórbido, los ojos cerrados, varios moratones y algunos cortes. El asesino tuvo la gentileza de golpearla por detrás, destrozándole la parte posterior del cráneo, pero dejó intacto su bonito rostro. Me fijo entonces en el detalle más macabro de la instantánea. El sello: un círculo que rodea la palabra exlibris escrita en mayúsculas, remarcada con una línea gruesa. Recuerdo entonces que el informe de la autopsia aseguraba que fue grabado a fuego en vida, también en el resto de las víctimas. No puedo imaginar el daño físico y el horror psíquico que tuvo que sufrir. La experiencia más cercana que he tenido con el lado oscuro del hombre es un juego de niños en comparación con lo

que Maca y el resto de las chicas debieron pasar.

—¿Sigues aquí? —No la he oído llegar, tengo puestos los auriculares—. ¿Algún avance? —pregunta Vera.

—No, reviso el expediente de Maca.

—¿Alguna conclusión? —Suspira mientras se sienta en el banco junto a mí.

—La verdad es que ninguna. Hiciste un buen trabajo. Sin embargo...

Me mira sorprendida.

—¿Sin embargo...?

—Creo que falta algo. No me preguntes qué, pero tengo la sensación de que hay una pieza que no encaja. Quizá sean los interrogatorios, o algo en los informes...

—Lo único que falta es el asesino, Renata. Déjame ver. —Le tiendo el ordenador para que compruebe el índice del expediente, que revisa con detenimiento—. No sé, hija, yo creo que está todo, pero ha pasado mucho tiempo. En todo caso, creo que tal vez nos estemos desviando un poco de lo importante.

Suena entonces mi teléfono.

—Renata, soy Igor. Lo tenemos. Coged el coche y venid a Pamplona.

IX

Necesitaba distraerse un rato. Olivia Suárez ha conseguido salir pronto del despacho y ahora se encuentra sentada en un bar junto a dos amigas. Está exhausta después de los días intensos de trabajo previos a la firma de la operación, pero por fin ha concluido. Todavía resuenan en su cabeza los elogios de su jefe tras salir de la notaría. Si no estuviera tan cansada, se habría sumado a la juerga que todos sus compañeros pensaban celebrar esa misma noche, pero ha preferido renunciar para quedar con sus amigas, tomar algo tranquila y volver a casa pronto.

Hablan de sus respectivos trabajos, de la vida intensa de Madrid,

de los problemas que una de ella está teniendo con un novio celoso.

De pronto cambia la conversación.

—¿Os habéis enterado de lo de los crímenes del librero?

—Algo he oído, sí —contesta otra—. ¿Ese no es el pirado que mata a una chica cada cuatro años?

—Eso es. Las secuestra, las viola y las mata, y para colmo les deja una especie de marca grabada en la frente.

—Qué horror —dice Olivia.

—Escuchad. —Lee en el móvil—: «Cada cuatro años desde 1996, durante el mes de junio, el asesino escoge a una chica de entre veinte y treinta años sin ninguna conexión con las precedentes más allá de su belleza y de que la mayoría de ellas residen en Madrid. Tras unos días desaparecidas, finalmente sus cuerpos son encontrados»...

Olivia coge su copa, se recuesta en el sofá y da un par de sorbos por la pajita. Las historias de secuestros y asesinatos la espantan. Nunca ha sido capaz de leer siquiera una simple novela policíaca, como para enfrentarse al relato de un asesino de carne y hueso. Prefiere no escuchar.

Y prefiere también no contar nada.

Sabe que es una tontería y no debe darle mayor importancia, pero no deja de ser algo inquietante. Ni siquiera se lo ha dicho a Marcos, su novio, por miedo a que se ponga en modo protector y la agobie día y noche.

Aunque es consciente de que no lo va a hacer, siente la tentación de confiarse a sus amigas, de contarles cómo desde hace meses tiene la sensación de que la siguen, de que alguien la observa desde lejos. Lo ha notado en el gimnasio, mientras hace cinta frente a un gran ventanal que da a la calle, o cuando sale de trabajar por la noche, cuando va a leer al Retiro los domingos por la mañana. También podría contarles cómo ha visto varias veces en el retrovisor de su moto una furgoneta negra que viene y va. Incluso cree, aunque eso sí es mucho suponer, que alguien ha entrado una vez en su casa. Siempre echa la llave con dos vueltas y un día la encontró solo con una. Podría deberse a un descuido, eso se dice para tranquilizarse a sí misma, pero no comete errores en cuestiones de

seguridad.

—¿Estás bien, Olivia? Estás blanca, hija, como si hubieras visto un fantasma.

De nuevo la tentación de sincerarse. Quizá sus amigas la podrían aconsejar, se lo podrían quitar de la cabeza o compartirían incluso miedos similares; igual a ellas les pasa lo mismo, tal vez el solo hecho de decirlo en voz alta evidenciaría que no es más que el miedo propio de quien vive sola por vez primera... O también podrían acompañarla a la policía y buscar protección.

—Perdonad, estoy bien, solo un poco cansada.

X

Bruno ha hecho trampa, pero le da igual. Sospecha que el resto habrá hecho lo mismo. La confianza con sus amigos es total, pero siempre es bueno dejar un pequeño resquicio donde poder respirar. Por eso escondió en su maleta un teléfono móvil con un número nuevo para que pudieran localizarlo su jefe de seguridad y Rebeca en caso de necesidad. Lo tiene en silencio para no alertar a Amanda, pero tiene intención de echarle una ojeada de vez en cuando.

Al desbloquearlo se encuentra con un mensaje de Rebeca: «Mira esto». Adjunta un enlace a una noticia publicada en un diario digital: «Cuatro años después, ¿volverá a matar?». El texto habla de la aparición de una flor con el emblema «EXLIBRIS» en el lugar donde fue asesinada la primera víctima hace casi treinta años. Se le acelera el pulso al ver la fotografía de aquella chica, que quedó congelada en sus veinte años. Una chica que aún recuerda como si la hubiera visto ayer. «Ten cuidado, por favor».

Responde con un escueto «Tranquila» antes de guardar el móvil y acudir a la llamada de Amanda, que lo reclama desde algún lugar de la casa.

Baja a la planta principal por una bonita y acristalada escalera de caracol que da acceso a las tres alturas de la vivienda. No la encuentra. Oye su voz desde el piso inferior. Imagina dónde estará.

El sótano alberga la piscina cubierta, la sauna y el gimnasio, además del garaje para cinco coches, un bonito patio ajardinado y lo que Íñigo llama su sala de juegos: un amplio salón donde tiene una pantalla de cine, cómodos sillones, una barra de bar, un billar y una mesa para jugar a las cartas. La luz proviene de esa habitación.

La pantalla emite un partido de fútbol y, frente a ella, la mesa de centro aparece decorada con una suculenta cena de picoteo y una cubitera donde descansa una botella de vino blanco. Amanda está sentada en el sofá vestida con un pijama corto.

—Si quieres ser Íñigo, vas a tener que tragarte el partido del Madrid como habría hecho él.

Bruno sonríe, coge un par de aceitunas y se sienta.

—Sabes que detesto el fútbol —le dice.

—Y yo, pero él no, así que es lo que hay. Podemos quitarle el sonido, tampoco es plan torturarse.

Amanda se levanta para servir las dos copas. Le tiende una y brindan sonrientes. Ella se fija en el móvil que Bruno ha dejado sobre la mesa.

—Pero mira lo que tenemos aquí, su codiciado móvil. ¿Sabes la contraseña? —Él asiente—. ¿Has entrado? —Asiente otra vez—. Déjamelo.

—Ni en broma.

—Venga, Bruno, no seas coñazo. Sabes que Íñigo antes se corta un brazo que dejarme su móvil. Es su intimidad, dice, y una mierda. Seguro que chatea con mujeres.

—No lo hace.

—Por favor... —junta las manos en señal de súplica—, solo un vistacito rápido.

—Antes me corto un brazo.

Amanda se recuesta en el sofá fingiendo estar enfadada.

—Llevo con él un siglo y hay dos cosas que no me deja tocar: su teléfono y sus puros.

Señala hacia un lateral del salón, a «la joya de la corona», como Íñigo lo define: un humidor hecho a medida, una pequeña habitación de dos metros cuadrados donde guarda su excelsa colección de puros a la temperatura y humedad idóneas.

—¿Te ha dado la contraseña para entrar? —pregunta ella.

—Qué cabrón —murmura Bruno cuando se da cuenta de que no.

—Pues te has quedado sin su tesoro, amigo. A su mujer la puede compartir, pero los puros ni tocarlos. ¿Pasamos de esta mierda y ponemos una peli?

XI

Una cámara del *parking* del Boulevard de San Sebastián captó a un chico al salir de un Ford Fiesta con un casco en la mano minutos antes de que recogieran la orquídea. La cámara de un comercio en la calle Mayor lo muestra dirigiéndose hacia la floristería. Al cabo de unos minutos reaparece de nuevo en el aparcamiento flor en mano. Han localizado la matrícula y con ella al propietario, un hombre de Logroño que no sabía nada del viaje a San Sebastián porque el coche lo utiliza su hijo, un tal Rafa Cortés, que estudia en Pamplona. Vive en una residencia de estudiantes que hay en la avenida Pío XII, donde acabamos de llegar Vera y yo.

Igor nos recibe en la puerta del centro. La verdad es que me ha costado conducir hasta aquí, tengo un dolor terrible de cabeza que no hay ibuprofeno que mitigue. En cuanto vuelva a Madrid tendré que visitar a mi terapeuta.

—No te hagas muchas ilusiones —me suelta con su alegría característica—, el chaval es medio imbécil.

—Bueno, eso ya lo veremos —contesta Vera por mí—. ¿Qué sabemos de él?

—Es de Logroño. Lleva tres años estudiando Farmacia. Vive en esta residencia desde que vino a Pamplona.

Cruzamos la entrada bajo la mirada de un conserje parapetado tras el mostrador. En la recepción encontramos a dos hombres, responsables de la residencia, que se muestran preocupados ante la falta de información, pues lo único que saben es que la policía quiere hablar con el chico.

Rafa Cortés está esperando en una salita adyacente. Cuando

entramos, se levanta de la silla visiblemente nervioso. Vera y yo nos presentamos y nos sentamos frente a él. Coloco mi móvil en una mesita de centro, me identifico, cito día y lugar y comienzo a grabar.

—Rafa, ¿fuiste a recoger una flor a la Floristería Iriondo de la calle Juan de Bilbao de San Sebastián el pasado ocho de junio? —le pregunto.

—Sí.

—¿Fuiste después a un local de las afueras para dejarla?

Aquí parece dudar y no me extraña. Es el punto en el que realmente se ha buscado un problema.

—Sí.

—¿Forzaste la puerta para entrar? —He aquí un delito y se llama allanamiento. Asiente con la cabeza—. Responde con palabras, Rafa, para la grabación.

—¿Necesito un abogado?

—Lo que necesitas es una hostia bien dada. Contesta a las preguntas —interviene Igor.

—Sí, lo hice, pero no tenía ni idea de todo eso de la chica.

—¿Quién te pidió que lo hicieras? —sigo.

—No lo sé, contactó conmigo por Instagram. Me dijo que quería dar una sorpresa a su novia, pero que estaba fuera y no podía hacerlo en persona.

—¿Y con eso vale? ¿Te basta una chorrada así para forzar una cerradura y allanar una propiedad privada?

—Dijo que no me preocupara por eso, en plan que el local era de su familia y que la puerta estaba ya hecha un asco. Y luego estaba el dinero.

—¿Te pagó?

—Me pagó tres mil euros por coger la flor y dejarla en ese sitio. Yo... necesitaba el dinero.

—¿Problemas de juego? —interviene Vera.

Mira a Vera como si de pronto hubiera recabado en su presencia. El chico esboza una sonrisa sarcástica y vuelve a mirarse unas manos que no para de retorcerse.

—Algo así. La cosa es que ese dinero me solucionaba bien de problemas y no me lo pensé. Le dije que sí. Busqué el sitio por

internet y fui.

—¿Cómo te dio el dinero? —pregunta Renata.

—Me lo encontré aquí, en mi taquilla. Lo debieron dejar en conserjería. Había seis mil euros, la mitad para pagar a la floristería y la mitad para mí. Joder, no había visto tanto dinero en toda mi vida.

—Necesitamos acceso a tu cuenta de Instagram para chequear la conversación.

—¿Y qué nos dices del resto? Entrar con calzas para no dejar huellas, la cinta con la inscripción «EXLIBRIS»... —insiste Vera.

—Me dejó la cinta dentro del sobre con el dinero. Me puse dos bolsas de basura en los pies tal y como me dijo. Me dio las instrucciones por Instagram, todo lo que tenía que hacer.

—Enséñame la conversación —continúa Renata.

—No la tengo, la borré como él me pidió.

El silencio posterior delata que el interrogatorio ha terminado. Apago la grabación, no hay mucho más donde rascar. A ver si va a tener razón el bruto de Igor.

Salimos y enciendo un cigarrillo mientras hablo con ellos.

—Nosotras mañana nos vamos a Madrid. Después de esto poco tenemos que hacer aquí. —Miro a Vera y veo que asiente con la cabeza—. Voy a seguir el rastro de la cuenta de Instagram que le pidió el encargo. Me llevo el móvil del chaval para que le hagan un clonado en la comisaría antes de irnos. Quiero ver quién es, qué contactos tiene, si podemos recuperar la conversación robada... Lo enviaré todo a la Tecnológica para que traten de averiguar algo más.

—Yo me voy para casa —anuncia Igor—. Ha sido un placer volver a verte, Vera. Hay que ver cómo pasa el tiempo, con lo buena que estabas en aquella época. Hubiera dado todo por haber compartido contigo esa investigación... y algo más.

No doy crédito a sus palabras y a punto estoy de romperle la cara cuando veo que Vera se ríe.

—No cambiarás nunca, Igor. Tú ¿qué tal estás? Oí lo que había pasado, debió de ser horrible.

—Mejor no hablar de eso.

Abro la aplicación de las notas y añado en mi listado de tareas las

cosas que tengo que hacer. Observo la lista, con la numeración a un lado y los temas pendientes al otro, y de pronto, por alguna razón, dejo de pensar para fijarme únicamente en los números, en ese orden perfecto que determina mis prioridades. Leo mentalmente: uno, dos, tres, cuatro... Y es entonces cuando descubro qué falta en el expediente de Maca.

XII

Íñigo y Ane han resistido la tentación de consumir las sobras de marihuana que aún conservan del viernes pasado. Con casi dos botellas de vino francés van lo bastante entonados como para no atreverse a seguir avivando las llamas. Han acariciado la codiciada cajita, pero finalmente han optado por ser prudentes y dejarla en su sitio.

La cena ha sido divertida y se ha pasado rápida, entre anécdotas y recuerdos. Ambos se han puesto al día de sus respectivos trabajos.

—Lo que nunca entenderé es por qué asumes toda esa tensión —le dice ella con voz pastosa—, por qué toda esa responsabilidad de meterte en un quirófano cuando podrías estar tirado en una playa leyendo un libro.

—Podrías hacerle la misma pregunta a tu marido, o al propio Bruno. Tenemos la suerte de tener dinero, pero eso no es suficiente para ninguno de los tres. Desde la universidad tuvimos claro que queríamos labrarnos nuestro propio futuro, hacer algo con nuestras vidas más allá de fundirnos el patrimonio familiar.

—Hombres... —dice en tono de resignación—. Esta conversación la he tenido cientos de veces con Álvaro. Que baje un poco el pistón, que se relaje. Me parece bien que trabaje, pero no a ese nivel. Y todas esas causas benéficas en las que se mete... ¡Como si no tuviera suficiente con el fondo!

—Eso es porque es buena persona.

—No como tú.

—Te recuerdo que estás igual, no tienes ninguna necesidad de

pasarte horas en el despacho aguantando clientes.

—Me encanta mi trabajo.

—Amén, hermana. —El comentario viene remarcado con una mirada interrogadora que le lanza por encima de la copa de cristal—. ¿Te has enterado?

—¿De qué?

—Ya sabes de qué. —Los dos se sumergen en un silencio pesado. Íñigo se recuesta en la silla, cruza las piernas y ultima la botella—. Ha vuelto para dejar una flor —dice Íñigo por fin.

—Donde mataron a Maca. Aunque casi no la conocí, todavía la recuerdo, o más bien recuerdo lo ocurrido después: la policía, el miedo que se instaló en el campus, nuestros padres llamando cada hora para ver si estábamos bien... Estuvieron a punto de mandarme de vuelta a Bilbao.

—Parece que fue hace una vida.

—Y lo fue en realidad.

—Éramos tan distintos... Cuando pienso en esos años, en la universidad, en cuando nos conocimos, joder, no me reconozco, ni a ninguno de nosotros.

—El tiempo nos hace madurar.

—Ya lo creo. ¿Has visto alguna vez una orquídea Oro de Kinabalu?

—No, pero debe de ser bastante rara.

—Ya...

Ane termina de un sorbo el contenido de su copa y se pone en pie.

—En fin, que esto se pone deprimente. Hora de dormir, querido, mañana tengo trabajo.

Caminan por el pasillo y destierran los malos recuerdos riéndose de forma contenida, como si fueran a despertar a alguien en una casa vacía. Inestables, van palpando las paredes para no perder el equilibrio. Es bajo la puerta de la habitación de Ane donde se desata la tensión ante una duda que ha planeado a lo largo de toda la velada: dónde dormirá Íñigo.

—Si te parece bien, mi nuevo marido, duermes en la habitación de invitados —dice Ane sin demasiada convicción.

—No sabía que me había portado mal, pero si te sientes sola y

quieres compañía, o tienes miedo con toda esta situación, lo que sea, no dudes en llamarme. Estaré pendiente de ti, mi bella esposa.

Se ríen y se dan un beso en la mejilla.

—Muy caballeroso por tu parte —dice Ane con una media sonrisa —. Dejaré la puerta abierta por si acaso.

XIII

Álvaro se sirve la última copa de un Macallan, cuya botella vacía tiene intención de dejar en su sitio para que la encuentre Bruno. Sabe que le dará un ataque al corazón cuando se entere de que se ha bebido él solito ochenta mil euros. Reprime una carcajada de satisfacción. Está borracho, pero ha merecido la pena.

De todas formas, su querido amigo puede permitirse comprar otra botella, una caja entera, o incluso toda la maldita fábrica. Lleva un par de horas sumergido en su ordenador y ha analizado hasta el último euro de su patrimonio. Es cliente desde hace tiempo de Inveralia, pero solo le encomienda una mísera parte de su patrimonio, rata de alcantarilla. Se lo echará en cara en cuanto lo vea, o, pensándolo mejor, ¿para qué esperar? Abre el *mail* de Bruno y se dispone a redactar un correo a su propia oficina para solicitar la ampliación de la cartera de inversión de su amigo en treinta millones de euros más. Hará él mismo la transferencia.

Ahora sí, suelta una carcajada ante la ocurrencia. Le parece la captación más sencilla que ha hecho en su vida. Pagaría por ver la cara de Rubén, su director general.

Cuando comprueba que le cuesta redactar el correo, se da cuenta de que quizá debería esperar a que el *whisky* se evapore de su organismo. Deja su papel de «Bruno el inversor» para mañana.

Abre de nuevo Telegram y se deleita con las conversaciones que su amigo tenía con una amplia colección de señoritas, fotografías sugerentes incluidas. Al menos hasta que llegó Rebeca: ahí se interrumpieron. Pero hasta entonces había de todo: modelos de su empresa, una directora de hotel, algunas trabajadoras de tiendas de

lujo, varias abogadas... No dejaba profesión sin tocar, literalmente.

Echa un ojo también a sus conversaciones con Rebeca, pero se aburre enseguida. Demasiado romanticismo ñoño para una noche de juerga. Y justo cuando está dispuesto a cerrar la aplicación, encuentra un mensaje que tarda en asimilar. Lo escribe ella hace cosa de un mes.

Rebe
No me puedo quitar de la cabeza lo que me contaste ayer. Si fuera cierto, sería terrible, pero estoy seguro de que habrá una explicación. Has probado a hablar con él?

Por supuesto que no. Si estoy en lo cierto, no sé cómo reaccionaría. Y si no lo estoy, no creo que quisiera volver a verme en la vida, por pensar siquiera que fuera capaz de hacer algo así.

Rebe
Y entonces qué vas a hacer?

No lo sé. Supongo que nada, aunque hay una idea que me ronda la cabeza desde hace un tiempo. Comemos mañana y hablamos? Te quiero, mi vida. Y gracias por escucharme. Nunca habría confiado esto a nadie.

¿A qué coño se estarían refiriendo? No piensa con claridad, mañana volverá a echarle una ojeada. Apaga el ordenador y, cuando se pone de pie, siente todo el peso de una botella entera de *whisky* caer sobre sus hombros. Se tambalea hasta la habitación y se deja caer sobre la cama.

Hora de dormir. Mañana tiene mucho trabajo por delante.

XIV

Cinta número 7 — noviembre de 1995

(Interior. Noche. Piso de estudiantes).

ÍÑIGO. Adrián, tío, igual te estás obsesionando un poco con Maca, tienes que relajarte.

ADRIÁN. No puedo, no puedo, estoy coladísimo. No había estado así en mi vida.

SALVA. Hombre, no creo que el año pasado en Teología tuvieras muchas tentaciones.

ÍÑIGO. A ver, no digo que no tengas posibilidades, entiéndeme, pero si te pillas demasiado y luego no te sale bien, te quedarás hecho un trapo.

SALVA. Eso de seguirla me parece una idea cojonuda.

ADRIÁN. Joder, que no la he seguido, no soy un puto psicópata. Simplemente me he hecho el encontradizo un par de veces.

SALVA. La has seguido hasta su casa, no me jodas. Mira, te lo digo desde el cariño: creo que esa tía no es para ti.

ADRIÁN. ¿Por qué?

SALVA. Porque está buenísima y tú has estado *(hace un gesto con la mano)* a esto de ser cura.

ADRIÁN. Ya estamos.

ÍÑIGO. No le hagas caso, tío: si te gusta, inténtalo. Os lleváis genial y también eres un partidazo..., sobre todo sin sotana. *(Adrián protesta)*. Es coña, es coña. Lo único que te digo es que te relajes, que estés abierto a otras opciones.

ADRIÁN *(primer plano de Adrián, que mira ensimismado al infinito)*. No puedo quitármela de la cabeza, de verdad que no puedo. Por más que quiera es imposible, estoy obsesionado... La primera vez que la vi os dije que saldría con ella. *(Mira hacia la cámara)*. Y será mía.

XV

Toco la puerta de su habitación con firmeza. Estamos en el mismo hotel, de hecho, en la misma planta. Son las doce de la noche, pero me da igual que sea tarde o esté dormida.

Cuando volvimos de Pamplona, la he dejado en el hotel y me he encerrado en la comisaría para quedarme sola y comprobar mi corazonada. No quería que Vera me acompañara para no empañar la búsqueda con su conocimiento omnisciente del maldito caso. Y ahora que lo he comprobado, y como no tiene explicación posible, tengo que hablar con ella.

Abre la puerta con timidez. La única luz encendida es la de la mesilla de noche. Creo que la he despertado. Lleva puesto un pantalón de pijama y una camiseta de tirantes, y corroboro que la mujer está muy bien conservada para la edad que tiene.

—¿Va todo bien? —pregunta somnolienta.

—No, no va nada bien. ¿Puedo pasar? —pregunto mientras me cuelo en la habitación.

Enciendo la luz, retiro su abrigo del sofá y me siento. Llevo una pequeña carpeta con los papeles que le enseñaré si fuera necesario.

—Falta un vídeo en el expediente del caso de Maca —lanzo directa.

—¿Perdón? —Me mira sorprendida, sin terminar de procesar lo que le estoy diciendo.

Fue la numeración. Cuando vi los números en mi lista de prioridades, se activó un resorte y por fin vi la luz. El índice con el contenido del expediente no está completo. Faltaba una prueba, un vídeo.

Los vídeos con los interrogatorios tienen una numeración concreta. Los primeros dígitos se corresponden con el número del expediente, los siguientes con la fecha en que fueron realizados y los últimos con el orden de la prueba. Así, el primero era 355920-19061996-01, el siguiente igual, pero con 02 al final, y así sucesivamente. Pero entre el 14 y el 16 faltaba un número: ni rastro del 15.

—Falta un vídeo, Vera, y no me creo que no lo supieras.

—Será un error, ocurre muchas veces.

—¿En serio? He comprobado los índices del resto de casos y no he visto ningún salto similar.

—Renata, será un error.

—¿Y qué me dices de esto?

Activo una grabación que llevo en el móvil. Es un interrogatorio realizado a un compañero de clase de Maca. Es un extracto muy breve en el que suena la voz rejuvenecida de Vera.

VERA. ¿Sabes algo de un club de lectura al que acudía?

VOZ. No, ni idea.

VERA. Pero el profesor que ha declarado antes que tú nos ha contado que también formabas parte del mismo.

Corto la grabación y entono un solemne:

—¿Qué profesor?

—Bien, ya he tenido suficiente —anuncia de pronto mientras camina hacia la puerta—. Renata, será mejor que te acuestes. Mañana madrugamos para coger el avión. Y en cuanto a tu magnífica investigación, te recuerdo que han pasado treinta años de esos interrogatorios y no, no tengo ni la menor idea de qué coño pasó con ese vídeo y...

—No me lo creo... —Trato de abrir la boca, pero me interrumpe elevando el tono y abriendo la puerta.

—No sé quién es el profesor ese y, lo más importante, no tengo ni la menor idea de por qué estás perdiendo el tiempo con semejante chorrada en lugar de centrarte en lo importante.

La puerta abierta es una invitación que obviamente no puedo rechazar. Así que me levanto mostrando toda la seguridad y confianza de la que soy capaz y salgo con parsimonia. Antes de cruzar la puerta me agarra del brazo.

—Si no estás preparada para llevar esta investigación, lo mejor será que te apartes cuanto antes. Puedo hablar ahora mismo con el comisario y decirle que te devuelva a tus casos de mierda. No quiero hacerlo, pero lo haré si fuera necesario, porque no pienso poner en

riesgo la vida de una pobre chica por no tener el equipo adecuado para evitarlo.

Cierra fuerte la puerta, pero no la duda, que se acrecienta todavía con más intensidad. Quién es el profesor y por qué Vera eliminó su interrogatorio.

MIÉRCOLES, 12 DE JUNIO DE 2024,
SEGUNDO DÍA DEL JUEGO

I

Cuando Bruno baja a desayunar, Amanda lo espera ya arreglada, acabándose una taza de café. Sobre la mesa de la cocina hay desplegado un desayuno continental con huevos, beicon, cereales y dos pequeños bizcochos.

—Buenos días —saluda al verlo aparecer—. Que sepas que Íñigo se levanta mucho antes que tú.

—Estoy de vacaciones, mujer —dice mientras se sirve un café—. ¿Y así es como se alimenta mi amigo todas las mañanas?

—La verdad es que no. He pedido a Mila que te haga un desayuno de bienvenida. ¿Qué planes tienes para hoy?

—Pues no lo sé todavía, soy un Íñigo novato. Creo que sacaré un rato el Aston Martin y quizá vaya a la hípica a montar a Tobías.

Amanda abre los ojos como platos.

—Ay, Dios, Bruno... Como se entere le da un ataque. El coche y el caballo son como sus hijos.

—Bueno, pues ahora son los míos.

—En fin, tú verás. Te dejo, que tengo prisa.

—¿Alguna reunión importante? Estás muy guapa hoy.

Amanda sonríe complacida, se alisa la falda y se retoca el pelo mirándose en el reflejo de un armario de cristal.

—Gracias, querido, tengo un par de visitas interesantes, sí. Te llamo luego y, si puedes, comemos juntos.

—Hecho.

Se acerca a él y le da un beso en la mejilla. Recoge el bolso, el maletín con el ordenador y se marcha escaleras abajo hacia el

garaje.

Bruno se lleva a la boca un trozo de bizcocho y bebe un zumo de naranja. No tiene hambre, pero debe hacer un mínimo aprecio a todo aquel despliegue gastronómico. Se sirve otro café.

Cuando escucha la puerta del garaje abrirse, se dirige al salón. Por uno de los grandes ventanales se divisa la rampa de salida de la casa, por donde circula ahora despacio el Porsche Macan de Amanda. La verja de la entrada se abre y el coche se pierde en la calle residencial.

Da otro sorbo al café y camina por el salón contemplando las bonitas vistas que ofrece una finca de tres mil metros como aquella, repleta de altos pinos y castaños, además de setos y parterres que dibujan el paisaje con el verdor apagado del invierno. Un marco relajante e incomparable en el que no puede detenerse porque tiene una misión que cumplir. Saca el teléfono del bolsillo y marca un número.

—Puedes entrar. Te abro.

Vuelve a la cocina y en la cámara del interfono ve a Sergio, su jefe de seguridad, esperando fuera. Le abre, y entra provisto de un maletín que cuelga de su hombro.

—No ha podido aguantar ni un día sin mí, ¿eh, jefe?

—Íñigo ha hecho trampas. Esa es la razón. Sígueme.

Descienden las escaleras y entran en la famosa sala de juegos del anfitrión. Sergio contempla deslumbrado la habitación, deleitándose en el tamaño de la pantalla y en la mesa de billar. Como buen profesional, no hace comentario alguno.

Bruno señala hacia la puerta del humidor.

—Aquí está. El muy pájaro no me ha dado la contraseña, se lo reserva para él y no lo puedo consentir.

—¿Solo hay puros dentro? —pregunta mientras se acuclilla ante la cerradura electrónica para echarle un vistazo.

—¿Solo? Tiene una de las mejores colecciones que he visto en mi vida.

—Pero, señor, ¡usted no fuma!

—Pues ahora así. Abre la jodida puerta, Sergio, por favor.

El hombre abre el maletín y saca una tableta electrónica de la que

cuelgan dos cables. Desatornilla la cubierta del cajetín digital de la cerradura y comienza a hurgar en la placa interior, conecta los cables y manipula la pantalla. Mientras espera, Bruno se pasea por una habitación que conoce bien; han compartido infinidad de tardes entre aquellas paredes, jugando a las cartas o al billar, viendo partidos de fútbol, disfrutando de su amistad. Pero aquellos dos metros cuadrados siempre se le han resistido. Hasta ahora.

Un sonido breve y metálico evidencia que lo ha conseguido.

—¡Listo! —proclama Sergio mientras comienza a recoger el equipo.

—Gracias, amigo, no sé qué habría hecho sin ti. Nos vemos la semana que viene. No te acompaño.

—Descuide. Y disfrute de los puros.

Cuando está por fin solo, abre la puerta con solemnidad. Una corriente húmeda lo recibe. Cierra rápidamente la puerta tras de sí para que no se altere la atmósfera. El habitáculo está forrado de estanterías de madera con las baldas inclinadas ligeramente para que puedan verse los puros, clasificados por marcas. Unas luces cálidas iluminan la colección, valorada en miles de euros. Aunque no es fumador, no deja de admirar el aroma agradable a hoja y tierra que desprenden los habanos, y la bonita disposición de los cientos de puros que cubren las paredes.

Pero no es tabaco lo que busca.

Empieza a hurgar entre las estanterías, palpa las paredes, trata de mover las baldas en busca de algo oculto. Ni por asomo cree que toda esa seguridad y secretismo sean para proteger unos puros. Tiene que haber algo más.

Cinco minutos después empieza a desesperarse: no encuentra nada. Quizá tenía que haberle pedido a Sergio que lo ayudara, seguro que habría sabido buscar mejor. Pero no quería implicar a un tercero, ni siquiera a alguien de su plena confianza, como es su jefe de seguridad, cuando se trata de espiar a su mejor amigo.

Ya a punto de abandonar, se apoya levemente en una de las baldas y esta cede ligeramente a su peso. Empuja con más fuerza y la balda sale un poco más, como un cajón. Tras ella aparece una repisa que, en vez de puros, guarda una colección de antiguas cintas

de vídeo VHS. Hace lo mismo con el resto de estantes y dos de ellos se abren también con idéntico mecanismo. Nuevas cintas, también varios CD.

Extrae una de las cintas al azar. El título escrito a mano lo deja sin palabras: *Sirena varada*.

II

Rebeca está cansada después de toda la noche de guardia y solo piensa en irse a dormir, pero se dejó las llaves en casa de Bruno. Son las nueve de la mañana y no está segura de que Álvaro esté despierto, así que opta por no llamar y abrir directamente. Si quiere comer luego con él, más le vale acostarse pronto para estar fresca al mediodía, así que tiene que entrar, coger sus llaves y marcharse pitando.

El recibidor está en completo silencio. Le extraña no escuchar siquiera al servicio en la cocina o limpiando la casa. Quizá les haya dado el día libre para poder estar más tranquilo.

Encuentra las llaves encima de un aparador, y cuando se dispone a marcharse, escucha un ruido seco, como si algo hubiera caído al suelo. Parece provenir del despacho de Bruno, que se encuentra en el piso de arriba.

Sube las escaleras despacio, sin hacer ruido. Cuando llega arriba, advierte que la puerta del despacho está entreabierta. Recorre lentamente el pasillo, con cuidado de no despertar el crujido de la madera bajo sus pies. En la habitación a la que se dirige se escuchan cada vez más sonidos, como si estuvieran moviendo algo. Siente la tentación de llamar a Álvaro, pero es más fuerte la curiosidad.

Cuando por fin puede observar a través del espacio abierto entre la puerta doble, Rebeca enmudece. La estantería del despacho que empapela una amplia pared con una colección de libros y objetos perfectamente alineados se encuentra revuelta y desordenada, como si un tornado hubiera recorrido la estancia y derribado los libros de

forma caótica por el suelo.

Álvaro está sentado en el suelo, en medio de la habitación, de espaldas a la puerta, ataviado únicamente con un pantalón de pijama y mostrando una espalda desnuda, musculada y atlética. Toma un libro de un montón, lo observa y al cabo de unos instantes lo coloca en una nueva columna.

Rebeca se queda impresionada, se pregunta qué puede estar buscando para poner patas arriba el despacho. Lo que tiene claro es que prefiere no averiguarlo y opta por marcharse por donde ha venido. El suelo emite entonces un leve crujido que Álvaro aprecia, detiene el balanceo de libros y se gira de pronto. Rebeca ya está en marcha deslizándose por el pasillo y bajando de dos en dos las escaleras. Oye pisadas en el piso de arriba cuando alcanza por fin la puerta. Sale del edificio y corre por la calle rumbo a casa bajo la atenta mirada de Álvaro, que la contempla tras una cortina.

III

—Tu nombre suena en las quinielas, querido.

—No diga tonterías, don Mariano. Soy un humilde párroco.

Adrián Montero termina de recoger sus cosas en la sacristía. Lo acompaña un sacerdote mayor que ha ido de visita y lo observa sentado en una silla.

—Te lo digo muy en serio, ya me han llegado rumores por distintas vías.

—No haga caso de los rumores, a su edad ya debería saberlo.

—Adrián, tienes una gran capacidad de trabajo y de sacrificio, y una dosis extraordinaria de humildad; eso es bueno también. No les ha pasado inadvertido a los de arriba.

—Pero pertenezco a los de abajo, don Mariano, y aquí es donde quiero estar.

—Eres joven, tienes un gran carisma, aptitudes para la organización, das unas homilías cercanas... ¡Has conseguido que esté la iglesia llena!

—No tiene ningún mérito. De momento soy la novedad; deles un par de años y verá como vuelvo a predicar en el desierto.

—Pero no es solo eso. Tus éxitos han llamado la atención, como no podía ser de otra manera. Has lanzado muchos proyectos desde tu parroquia con una grandísima repercusión. Tienes la admiración de muchos, incluyendo la mía.

—Gracias, don Mariano, de corazón. Pero, por muy animada que tenga la parroquia, de ahí a ser obispo hay un trecho muy alto. —El hombre rechista y parece desesperarse—. Le agradezco de corazón los cumplidos, de verdad se lo digo, pero este es mi sitio.

—Tu sitio será el que la Iglesia ordene, querido, no lo olvides.

—Lo sé, lo sé, y, por supuesto, me debo a lo que decida.

El hombre entrelaza los dedos sobre su extensa barriga y niega con la cabeza. Adrián lo mira de reojo, sabe que se guarda algo.

—Hable, don Mariano, ande, que lo está deseando. —Él niega con la cabeza, mirando al infinito—. No me haga suplicarle.

—El dinero, Adrián, el dinero —por fin parece decidirse—. Has estado en tres parroquias durante estos años: una en León, otra en Valencia y la última en Madrid, y en todas ellas los donativos batieron récords.

—¿Y eso es malo?

—Pero no solo se habla de los donativos, también de algunas actividades concretas que has llevado a cabo con gran éxito: comedores sociales, un albergue para la gente sin techo... Tus detractores, que todos los tenemos, no hay por qué alarmarse, se preguntan de dónde sacas el dinero para tanta iniciativa.

—Tengo feligreses generosos.

—Sí, eso mismo les dije yo, pero... recuerda que el dinero solo persigue aquello que necesita para generar más dinero.

—Poco tengo yo que ofrecer al dinero, don Mariano, bien sabe usted cómo vivo. También tengo que decirle, y no lo vea como una crítica al resto de mis compañeros, que en mis parroquias organizamos actividades innovadoras y sociales, por eso atraemos mucho interés de la comunidad. Es normal que la gente apoye los proyectos que le gustan.

—No hagas caso a las habladurías de un viejo cura. Simplemente

te digo que te cuides mucho de quien tienes por aquí, no te vaya a perjudicar en algún momento. Es la única crítica que he escuchado hacia tu posible nombramiento. Tienes un grandísimo futuro, Adrián. Si mis informaciones se confirman, en unos meses terminas de obispo y, quién sabe, de ahí a cardenal...

—Sí, claro —lo interrumpe—, y luego papa de Roma. Ande, don Mariano, por favor. Vamos a tomarnos una cerveza y deje la ficción para las novelas.

IV

Cinta número 6 — noviembre de 1995

(Interior. Día. Clase de la universidad).

PROFESOR. Aclarado el porqué, es decir, la motivación que impulsa a cometer el crimen, ahora queda por resolver cómo, cuándo y dónde. Estos son los elementos esenciales a los que hay que dar solución en toda novela negra, o al menos en las buenas. Y normalmente son justo esas tres incógnitas, o alguna de ellas, las que llevarán a los investigadores, y por tanto al lector, a descubrir la verdad. De ahí su importancia dentro de la historia.

ÁLVARO. Y tienen que ser veraces, no pueden ser chorradas como se leen por ahí.

PROFESOR. Exacto. La verosimilitud es la clave para que una novela te atrape. Si el cómo es irreal o el dónde es imposible, nos defraudará, habremos descubierto el engaño y nos sacará completamente del relato. Para que la historia nos genere la inquietud y el malestar que le pedimos a una buena novela negra, todo debe parecer posible y coherente, tenemos que sentir que algo así nos podría pasar a nosotros. De lo contrario, dejaremos de leer.

SALVA. ¿Dónde lo haríais?

BRUNO. ¡No lo haríamos, por Dios, Salva! No nos desviemos de los libros, anda.

ÍÑIGO. Yo en algún lugar apartado, un monte quizá.

BRUNO. Pues nada.

ÁLVARO. Demasiadas huellas. Yo en un lugar abandonado, un edificio o algo así, alejado y solitario. Para cuando encuentran el cadáver, estás llegando a algún país sin tratado de extradición.

MACA. Has visto muchas películas. Quizá lo mejor sea todo lo contrario, un lugar con mucha gente. Unos baños públicos, por ejemplo. Inesperado. Y donde nadie recuerde a nadie.

BRUNO. Oh, no, Maca, tú también...

MACA. ¡Que es broma, Brunito!

ADRIÁN *(receloso)*. Yo creo que, llegado el caso, también sería capaz...

LEYRE. Yo lo haría en un local de mis padres, en San Sebastián.

(Todos estallan en carcajadas).

PROFESOR. Qué precisa, Leyre.

LEYRE. Nunca va nadie, y aunque te pases una semana gritando, no te escuchará ni san Pedro.

SALVA. Pues ya nos darás la dirección, por si acaso.

V

A las nueve y veinte de la mañana hemos cogido el avión rumbo a Madrid. Primera parada, reunión urgente con el jefe. Tenía dudas de si Vera habría hecho por fin esa llamada y Beltrán quería verme para darme la patada. Pero no, todo lo contrario. Me ha felicitado por el descubrimiento de la flor y del chico que la llevó, y me ha facilitado un listado con los compañeros con los que puedo contar. Han habilitado una sala para que podamos utilizarla durante la investigación.

Y aquí es donde me encuentro ahora, consumiendo el sexto café de la mañana para mantenerme viva con el expediente de 1996 desplegado, una vez más, sobre la mesa. El resto de asesinatos permanece en una mesa auxiliar, donde cada montaña de carpetas representa a una víctima. Tengo intención de ponerme luego con

ellos para profundizar en sus detalles, pero creo que debo dedicar una atención especial a la muerte de Maca Rodrigo. Al fin y al cabo, es donde todo comenzó, donde está el origen de su macabro proyecto vital, a cuya escena del crimen ha vuelto para dejar la maldita flor; un gesto incomprensible y bastante imprudente para el que no tengo ninguna explicación.

Además, ahora estoy persiguiendo el rastro del misterioso profesor, desaparecido por arte de magia de la abuelita Manipulapruebas. A primera hora llamé a Igor para pedirle ayuda y, por increíble que parezca, no protestó. En realidad, sí lo hizo, a su manera: «¿Te crees que soy un jodido nacional al que puedas mandar aquí o allá? ¿Es que acaso me has visto cara de sevillano? Soy un agente de la Ertzaintza, Policía Autonómica Vasca, por si no lo entiendes. Y no tienes ninguna potestad para ordenarme una mierda. —Dos segundos de silencio después—: ¿Qué querías que hiciera?».

Le he pedido que vaya a Pamplona, a la universidad, para indagar sobre nuestro profesor ausente. Tiene razón, podría haber recurrido a algún compañero destinado allí, pero me ha dado pereza tener que poner en antecedentes a uno nuevo. La cuestión es que de momento no hay noticias.

En cuanto a Vera, ha querido acompañar a un coche patrulla a revisar los escenarios de los crímenes de Madrid para comprobar que no hayan dejado algo recientemente, como la flor en San Sebastián. Me ha enviado hace un rato un mensaje anunciándome que no hay nada. Supongo que estará al caer.

Se abre la puerta y entra Roberto, agente de la Tecnológica, ordenador en mano.

—René, tengo ya el resultado del teléfono que me diste. —Se sienta junto a mí—. Lo único reseñable es Instagram, donde, ya sabemos, contactó el asesino con el chaval. Aparece la conversación, pero está vacía, toda borrada. Es posible recuperarla, pero lentísimo: tardaremos media vida en conseguir la autorización de Instagram y la copia.

—Pues qué bien.

—Bueno, no desesperes, que tenemos algo. La cuenta se llama

antoniolopezz25. La han borrado, pero he podido acceder. Como foto de perfil aparecía un tipo inofensivo de unos treinta años, con cara simpática. La imagen está sacada de una página de antiguos alumnos de un colegio de Arkansas. A simple vista parece una cuenta real, pocos seguidores y unas doscientas personas a las que sigue, gente conocida de Pamplona y San Sebastián: políticos, empresarios y demás, así como algunos estudiantes de la residencia Gorbea.

—Así le daba seguridad al chaval de que no era un loco.

—Exacto. Hemos analizado la creación de la cuenta y suponemos que los datos son inventados menos el correo electrónico. Necesariamente ha de ser real para recibir la confirmación del alta. Pues bien, ese correo aparece también en el perfil de una página de Facebook donde venden libros antiguos y de segunda mano.

—¿Cómo se llama? —pregunto animada mientras saco el teléfono para buscarla.

—Libros con Encanto.

Vaya horterada de nombre. Localizo enseguida el perfil, bastante aburrido y sin gran actividad; cuenta con un centenar de contactos, buena parte de los cuales son librerías. Reviso las publicaciones, que básicamente se limitan a ofrecer libros con alguna fotografía de cubierta e interior. Compruebo si hay información adicional, pero lo único que aparece es este texto: «Solo contesto por mensaje privado».

Me fijo en que la publicación más reciente es del 18 de mayo, en la que vende un ejemplar de *Los crímenes de la calle Morgue y otros casos de Auguste Dupin*. Movida por un impulso sin demasiada reflexión, me dispongo a interesarme por el libro. Le pregunto si está en Madrid, si podemos quedar para verlos antes.

Suena entonces el teléfono: es Igor.

—Acabo de salir de la universidad. Buen ambiente. Si me hubieran enviado aquí de chaval, te aseguro que no estaría rindiendo cuentas a una niñata como tú. Renata rima con niñata, por cierto.

—Igor rima con cachalote. —Quizá me he pasado, pero el tío suelta una carcajada.

—Venga, al grano. Buenas noticias. Ha sido un bedel quien me lo

ha contado. Trabaja aquí desde los años noventa y por supuesto recordaba el asesinato de Maca. Cuando le he preguntado por un profesor de literatura de aquella época, ha caído sin dudarlo. Se llamaba Samuel Galindo. Al ver mi interés, creo que se ha intentado echar atrás, pero gracias a mis dotes de persuasión lo ha soltado: al parecer, dejó la universidad el mismo año en que murió Maca.

—¿Por?

—Debía de ser un tipo raro, no encajaba.

—¿Sabemos qué ha sido de él?

—No tienen ni idea. Desapareció de la faz de la tierra. ¿Y dices que no está su interrogatorio en el expediente?

—No, solo figura el número de la prueba.

—Seguramente será un error, confía en Vera.

—Yo no confío ni en mi madre.

VI

Rebeca ha estado a punto de cancelar la comida. Si Álvaro la ha visto por la mañana, habrá quedado como una vulgar fisgona, espiándolo tras la puerta y huyendo después despavorida. Se muere de vergüenza solo de pensarlo. Pero el mensaje que ha recibido citándola para comer ha despertado su curiosidad: «Quiero contarte algo».

Han quedado en un restaurante en la calle Jorge Juan, muy concurrido al mediodía. Rebeca otea el local en su busca, pero no lo localiza. Se le acerca entonces un camarero.

—¿Es usted Rebeca Ramos?

—Sí —responde sorprendida.

—Su marido la está esperando arriba.

No tiene sentido sacarlo del error y se limita a seguirlo. Suben por unas estrechas escaleras que llevan a un primer piso, otro comedor con bastantes comensales y ruido ambiente. Siguen subiendo y llegan a la segunda planta, idéntica a las anteriores, pero con todas las mesas vacías. Al fondo, junto a una ventana, Álvaro espera

tomando una copa.

Se levanta al verla y le da un beso en la mejilla.

—Gracias por venir, pensaba que igual te echabas atrás en el último momento.

—He estado a punto —dice ella sentándose enfrente—, he tenido una guardia interminable y estoy *recansada*.

—Pobre, ya me imagino. He pedido algo rápido de picar para que puedas volver a la cama cuanto antes.

—Gracias. Igual prefería salir de casa. Vinieron unos obreros que me envió Bruno para reparar unas humedades que tengo en una pared. Madre mía, no sé qué están haciendo, pero armaron un quilombo...

—Las obras son así, pero al final merecen la pena. ¿Por qué no vienes a dormir a casa? Hay habitaciones como para albergar a medio Buenos Aires.

Parece dudar.

—No te digo que no, lo vamos viendo.

Él le sirve una copa de vino. Está nervioso, se mueve más de lo normal. La mira fijamente, como calibrando el siguiente paso en la conversación.

—Verás, Rebe, quería hablar contigo...

De pronto ella se lanza.

—Perdón, perdón, perdón —dice exaltada—, no puedo guardármelo más. Lo siento mucho, Álvaro, soy una completa *repelotuda*. Sí, fui yo quien te vio esta mañana. Me dejé las llaves en casa y...

—Tranquila, tranquila, ya lo sé, está bien. —Ella respira hondo, liberada—. Y pensarás que debo estar medio chiflado para pasar mi primer día como Bruno Medina encerrado en su casa para desvalijarla. Pero es mi única oportunidad de... Llevo mucho tiempo con esto y... —Parece dudar. Da un sorbo de vino para ganar tiempo y ordenar sus ideas—. Verás, lo que quería decirte es...

—Traigo las almejas —interrumpe el camarero— y las anchoas del Cantábrico. Enseguida les traigo el pan.

—Gracias —dice ella.

—¿Quieren algo más de beber?

Rebeca niega con la cabeza.

—¿Puedo ofrecerles un...?

Álvaro pega un puñetazo sobre la mesa y los otros dos enmudecen.

—¿Puede dejarnos hablar, maldita sea? —grita desaforado.

El camarero palidece y se da media vuelta, perdiéndose en el comedor. Álvaro se frota la cara para tratar de recuperar un control que claramente ha perdido. Rebeca lo mira, impactada por el arrebato, sin saber cómo reaccionar.

—Lo siento —dice por fin—, de verdad que lo siento... Es esta jodida tensión.

—*¿Podés* decirme qué demonios está pasando?

—Es que... apenas te conozco, en realidad. ¿Cuánto hace? ¿Unos meses, un año?

—Llevo saliendo con Bruno cinco meses.

—Pues eso, cinco meses. Y aunque no tenemos confianza, por alguna razón me siento inclinado a contártelo, a sincerarme contigo.

—No *tenés* por qué hacerlo —dice ella para tratar de aliviar la tensión—. Lo que sea que te preocupe, *podés* hablarlo directamente con tus amigos.

—¡No! Ese es el problema. No puedo.

—¿Por qué?

Toma la copa y apura de un trago todo el contenido del vino, buscando la confianza necesaria para dar el siguiente paso. Suspira hondo, fija la mirada en la calle y por fin dice:

—Pasó algo. Hace mucho tiempo. No sé si Bruno te lo habrá contado, pero fue impactante para nosotros.

—¿De qué estás hablando?

—Maca Rodrigo, una compañera de la universidad. Murió asesinada cuando estábamos estudiando.

—¿La conocías?

Asiente con la cabeza, pensativo.

—Sí, todos la conocíamos. Coincidíamos en una clase con ella. Era una buena chica, buena compañera. Murió salvajemente asesinada. Fue una conmoción para todos nosotros.

—¿Y qué tiene eso que ver con Bruno, con rebuscar en sus cosas?

—Creo que necesitaré otra copa para responderte.

VII

Creo que la he cagado. Así de simple. Esta mañana, cuando me ha llamado Igor con las novedades sobre nuestro misterioso profesor, he optado por no contarle nada a Vera. No tengo claro su papel, pero estoy convencida de que sabe más de lo que dice. Así que he preferido hacer las pesquisas por mi cuenta, a ver qué sale.

Apenas he tenido tiempo de buscar en internet la identidad de Samuel Galindo. Justo cuando me he puesto, me ha entrado una necesidad imperiosa de bajar a fumar. Me maldigo a mí misma por sucumbir a mis vicios; aunque tengo pocos, son incontrolables. Han sido tres minutos de distracción, nada más, pero tres minutos en que nuestra Vera ha entrado en la sala y ha visto mi ordenador.

Y sé que lo ha visto porque me he cruzado con ella en el pasillo y me ha lanzado una mirada que casi me provoca un ictus. Ha pasado junto a mí y se ha marchado sin decir palabra. Lo cual acrecienta todavía más mis sospechas, y también mis temores. La posibilidad de que vaya al comisario a decirle que me releve es tan real como el hecho de que este me destituiría de forma fulminante.

A lo largo de la tarde la he llamado un par de veces y no me ha cogido.

En cuanto al profesor, me ha costado un poco, pero finalmente creo que tengo algo. Está muerto. Así de simple.

Cuando abandonó Pamplona, cambió radicalmente de aires y se fue a trabajar a una universidad de Chile. Hablamos del año 1996, con internet recién nacido: aparece su nombre en una referencia al claustro de aquel entonces.

Pero luego, a través de Facebook, he encontrado una publicación de una tal Luciana Flores con una fotografía de una lápida y una flor encima: «Samuel Galindo Hernández, Ávila 1956, Santiago de Chile 2000», y la publicación decía: «Una flor en recuerdo de un gran profesor con una corta vida». La tal Luciana apenas tenía una

docena de publicaciones más y alguna fotografía suelta. Nada reseñable.

Así que nuestro misterioso profesor puso un océano por medio cuando mataron a Maca, emprende una nueva vida en Chile, donde le encuentra la muerte cuatro años después.

Y siendo así, ¿por qué demonios iba Vera a eliminar su interrogatorio de la investigación?

VIII

Su novio no ha podido quedarse a dormir. En el portal, antes de subir, Olivia lo ha intentado todo para tentarlo. Lo ha besado, abrazado, toqueteado; le ha prometido al oído placeres inimaginables que le han provocado una carcajada.

—Si fuera verdad, subiría corriendo —le dice.

—Anda, quédate conmigo, porfa. —Esboza un mohín para convencerlo.

—No puedo, Olivia, créeme que yo lo siento más. Pero tengo que darle el último repaso al proyecto antes de entregarlo mañana y es tardísimo. A cada minuto me entra más pereza.

Ella cede por fin; sabe que lo de mañana es un plazo importante. Se despiden acaramelados y prometen verse al día siguiente para ultimar la excursión del fin de semana.

—Pues sí —concluye ella antes de cerrar la puerta—, tú te lo pierdes.

Una vez sola, enciende el interruptor para iluminar el portal, ya de por sí bastante oscuro. Se mete rápido en el ascensor y pulsa el cuarto piso. Vuelve de nuevo esa inquietud que siente cada vez que se queda sola. Tenía que haber ido ella a casa de Marcos. «Ya vale, Olivia —se tranquiliza—, déjate de bobadas».

Llega por fin. Llave en mano, asoma primero la cabeza para comprobar que no haya nadie en el rellano, angosto y un poco lúgubre. Solo hay dos puertas y en el piso frente al suyo no vive nadie desde hace meses. Último momento de tensión antes de

entrar en casa y sentirse por fin a salvo.

Abre y entra rápido. Siente alivio al comprobar que la cerradura estaba echada con doble vuelta. Enciende la luz del recibidor y deja el bolso y las llaves en un aparador. Se dispone a echar una rápida ojeada al piso para comprobar que está sola antes de poder relajarse del todo. Una rutina que apenas le lleva un par de minutos, pero que se impone cada vez que entra.

A su izquierda tiene la cocina, alargada y con una pequeña terraza cubierta que le sirve de tendedero. No le hace falta encender la luz para comprobar que está vacía. Entra luego en el salón recuperando la confianza, y ahí sí enciende un par de luces indirectas. De nuevo en el recibidor para ir a su dormitorio. Sabe que es ridículo, aun así, como siempre, se asoma bajo la cama para comprobar que no haya ningún monstruo. Vacío. Último vistazo al baño y ya, por fin, exhala un suspiro que deja escapar la tensión.

Se quita el abrigo y lo deja sobre la cama. «Mierda», exclama cuando se da cuenta de que no ha comprobado la terraza de la cocina. Se ha dado la vuelta para corregir su error cuando una sombra emerge de pronto y se abalanza sobre ella, le tapa la cara con un trapo mientras con el otro brazo le rodea el cuello. No tiene tiempo de defenderse, el susto le hace trastabillar y queda sometida a la fuerza de aquella sombra que se afana en presionar su rostro contra el trapo húmedo. El pánico se apodera de ella. A la tercera bocanada que da nota un regusto metálico y desagradable en la boca y una sensación extraña comienza a invadir su cuerpo. Le fallan las piernas, no tiene fuerza para moverse, para pelear y defenderse como debiera. La gravedad la reclama al tiempo que la visión se oscurece poco a poco.

Pierde el conocimiento.

IX

Son las doce de la noche y Bruno está exhausto. Ha visto todos los vídeos de la colección que Íñigo guardaba en la sala de puros y

siente una sensación extraña. Verse de nuevo retratado en aquellas grabaciones de hace casi treinta años le ha provocado nostalgia, una añoranza por un pasado que no volverá. Verse y oírse en una versión más joven le ha permitido, aunque fuera por unos instantes, desempolvar ese yo que parecía olvidado, enterrado bajo el peso de los años y las obligaciones.

Pero, al mismo tiempo, no puede quitarse de encima la inquietud que todas aquellas cintas le han generado. No sabía que Íñigo las guardaba, nunca habían vuelto a hablar de ellas. ¿Por qué las ha ocultado todos esos años?

En cualquier caso, sigue sin encontrar las respuestas que busca. Y eso que se ha empleado a fondo, ha dedicado buena parte del día a fisgonear por toda la casa sin resultado.

Amanda todavía no ha vuelto. Le envió por la tarde un mensaje para disculparse porque le había surgido una cena y no iba a poder acompañarlo. Bruno tenía intención de esperarla, pero le puede el sueño.

Antes de acostarse echa una ojeada al móvil escondido en su maleta. Cinco llamadas perdidas de Rebeca. Eso no es bueno. Decide llamarla.

—Bruno —contesta agitada.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien, pero tenía que hablar contigo.

—Cuéntame.

—Esta mañana pasé por tu casa y me encontré a Álvaro registrando tu despacho.

—¿Te vio?

—Sí, y reconozco que me asusté. Me había invitado a comer y ahí me largó todo. —Bruno se sienta en la cama para escuchar la información—. Dice que hace años que busca a un profesor que tuvisteis en la universidad. Alguien de escritura o literatura, alguien que desapareció de un día para el otro.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—Cree que vos *sabés* dónde está, o, mejor dicho, que lo ayudaste a escapar en su momento. No tiene ninguna prueba, obvio, pero está convencido de que no pudo haberse borrado sin tu ayuda.

Estoy *reasustada*, Bruno, no sé qué hacer.

—Nada, no hagas nada. Alguna vez me habló del profesor, pero ya le dije que no tengo ni idea de qué fue de él. Así que estate tranquila.

—Me ha pedido que lo ayude a buscar.

Bruno medita unos instantes, sopesando si aquello es o no seguro para Rebeca.

—Bueno, así estaréis entretenidos. No importa porque no hay nada que encontrar, Rebe, así que síguele el rollo.

—¿Qué pasó con él?

—¿Con el profesor? Ni idea. Desapareció de la noche a la mañana.

—Pero, según Álvaro, capaz que utilizaste la influencia de tu padre para ayudarlo a escapar.

—¿A escapar de quién?

—Cree que el profesor mató a Maca Rodrigo.

Escucha la puerta en el piso de abajo.

—¿Bruno?

La voz de Amanda anuncia su llegada.

—Ahora no puedo hablar, te llamo mañana y me lo cuentas con calma.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, todo bien.

—¿Has encontrado algo?

—De momento nada, pero mañana seguiré intentándolo. Tengo que colgar. Te quiero, mi vida.

—Y yo.

Bruno sale a su encuentro ataviado con un pijama en el momento en que ella está quitándose el abrigo.

—No te habré despertado, ¿verdad?

—No, no, qué va.

—Perdona por no haberte hecho caso en todo el día. —Sirve dos copas de vino del botellero y le tiende una a Bruno antes de sentarse en el sofá del salón—. Estoy reventada. Y para colmo me he tenido que quedar a cenar con unos clientes. ¿Tú qué tal? ¿Qué ha hecho hoy mi maridito?

—Poca cosa, la verdad. Al final he estado encerrado en casa. Ya sé

que no suena muy excitante, pero esto de estar desconectado del mundo, sin llamadas ni reuniones...

—Ni cenas de trabajo... Sí, la verdad es que suena bien. Mañana, si quieres, quedamos a comer, tengo el día más tranquilo.

—Me parece genial.

Amanda ahoga un bostezo. Está agotada y no se ve capaz de mantener una conversación coherente.

—Aun a riesgo de ser la esposa más coñazo del mundo, me voy a la cama, Bruno. Estoy muerta.

—Claro que sí, descansa.

Deja la copa en la mesa de centro y rodea el sofá. Se acerca a Bruno por detrás y le da un beso en la mejilla desde arriba. Él aspira el perfume afrutado. Antes de que ella se marche, se gira y pregunta.

—Por cierto, ¿dónde esconde Íñigo su colección de Tintín? Recuerdo que tenía todos los números, muñecos incluidos, y los guardaba como oro en paño.

—Acuérdate de que el muy lunático fue cónsul de Syldavia, había que oírlo, como si le hubieran hecho embajador en Washington. La guardé en el desván, no quería ni verla por aquí. Pero, por favor —dice justo antes de desaparecer tras la puerta—, no le pierdas ninguno o te pegará un tiro.

X

Cinta número 7 — noviembre de 1995

Interior. Noche. Un bar estrecho abarrotado de gente bailando, con las manos levantadas hacia las luces que lo recorren. Suena *La Flaca,* de Jarabe de Palo, y todos se mueven al compás hipnótico de la melodía.

La imagen se centra en Maca, con un vestido blanco de tirantes, que sonríe coqueta a la cámara mientras baila y canta. Tiene a su lado a Leyre, más atenta a la conversación con Salva que al baile. Él

hace un comentario que provoca una carcajada de la chica.

Maca incita entonces a alguien situado en la barra, lo señala con el dedo y mueve las manos para que se acerque. La cámara se mueve en esa dirección para descubrir a Bruno, apoyado en la barra con una copa en la mano. Niega con la cabeza, divertido, cohibido.

Nuevo encuadre, Maca otra vez, que no se da por vencida. Salva la distancia entre ambos, deja la copa de Bruno en la barra y lo agarra de las dos manos para llevarlo al centro del bar.

Ambos bailan entonces, cantan al unísono, una nueva oleada de gente que entra por la puerta los obliga a estrechar el círculo de amigos, a juntarse más.

La grabación hace un barrido para captar el ambiente, casi a oscuras, rostros desconocidos que corean la canción.

Entonces se detiene en Maca y Bruno, que siguen bailando, y poco a poco va acercándose con el zum. Pero no se detiene, sino que deja atrás el hombro de Maca para centrarse en alguien que permanece en segundo plano, alguien que no baila, que no canta, que no bebe.

Adrián contempla la escena con gesto torcido, mirada amargada, resentida. Se da la vuelta y se pierde entre la multitud.

XI

Es un reservado de un restaurante ubicado en una de las Cuatro Torres. Permite vislumbrar a través del amplio ventanal una panorámica única de la ciudad, que aparece envuelta bajo un manto brumoso iluminado por miles de luces diminutas.

Ane está enfrascada en el móvil, sentada a la única mesa y disfrutando de una copa. Las vistas que ofrece ya no le atraen porque lleva una hora ante el ventanal en la más completa soledad. Íñigo llega con casi una hora de retraso.

Su paciencia está a punto de colmarse cuando se abre por fin la puerta.

—Mil perdones —dice al entrar, agitado. Le da un beso y se sienta frente a ella—. Ese jodido trasto vuestro no arrancaba.

—¿Te refieres al Bentley?

—Intenté instruir a Álvaro, pero no me escuchó. Es muy importante diferenciar entre un coche clásico y uno viejo, y ese trasto es viejo, nada más.

—Él lo adora.

—Álvaro adora a todo el mundo, pero eso no quiere decir que el coche sea bueno. En fin, al final he tenido que venir en Uber.

Inspira aire profusamente. Viene exhausto por la carrera que ha tenido que dar para acortar el tiempo de retraso.

—Estás muy guapa hoy, mi querida Ane, parece mentira que lleves todo el día trabajando.

—Tú también lo estás. Parece mentira que lleves todo el día tocándote las pelotas.

—Eso no te lo puedo negar. Pero son mis vacaciones, no lo olvides.

Con la llegada del camarero piden la cena e inician una animada charla. Hablan del pasado, de las amistades comunes, recuerdan a sus respectivas parejas con anécdotas divertidas, pasan las dos horas siguientes saboreando una suculenta cena y consumiendo dos botellas de champán francés —Íñigo sortea las advertencias de Amanda sobre la peligrosa combinación «alcohol y Ane»—. Siempre han tenido mucha afinidad y se nota en la comodidad que desprenden.

Terminan el postre y el camarero les deja una botella de licor con dos vasos de chupito, que van consumiendo con calma. El alcohol y el cansancio aletargan la conversación. Íñigo saca del bolsillo de la americana un puro y lo enciende con parsimonia.

—No te van a dejar fumar aquí —dice Ane—, nos van a echar.

Los dos se miran y sonríen. Saben que el mundo no funciona así. No hay normativa que no pueda acallar una buena propina.

—¿Te importa si me quito los zapatos? Me están matando estos tacones.

—Claro que no, querida, son las ventajas de un reservado. Déjame ver.

Echa la silla hacia atrás y se da un par de palmadas en las rodillas. Ella entiende la señal, parece dudar, pero al final acepta. Se recoge

la falda y levanta una pierna hasta descansar el pie desnudo sobre los muslos de Íñigo. Él comienza a masajearle la planta del pie con las dos manos. Ane reacciona al instante y echa la cabeza hacia atrás, aliviada del dolor.

—Joder, Íñigo, qué maravilla...

—Ventajas de estudiar anatomía.

—Creo que podría tener un orgasmo en cualquier momento.

Él se ríe y continúa con su labor.

—Sería el más rápido que he conseguido en mi vida, y sin apenas esfuerzo.

Presiona con sus dedos la planta del pie, desde el talón hacia arriba, y luego bordea el exterior para hacer lo mismo en el empeine. Con una mano masajea los dedos mientras la otra asciende hasta el tobillo. Lo rodea, presiona, vuelve hacia el pie y de nuevo asciende, alcanzando esta vez el gemelo, que acaricia con delicadeza.

La respiración de Ane cambia entonces, se vuelve más pausada y profunda conforme las caricias contornean su pierna. Tiene los ojos cerrados, prefiere no mirar para evitar despertar de la sensación ya olvidada de ser tocada por un hombre que no es su marido. Años de matrimonio que no han apagado la pasión, pero tampoco han adormecido ese cosquilleo interior que produce el sentirse deseada.

La mano asciende por la parte posterior de la rodilla y accede al muslo, Ane dobla la rodilla para facilitar una caricia que ha traspasado con creces la línea de la amistad y se adentra en un terreno inhóspito, irracional, animal y peligroso.

Íñigo está igualmente excitado y contempla con avidez cada reacción que sus manos provocan en el rostro de Ane. No está seguro de lo que está haciendo, se siente envuelto en una nebulosa que le impide pensar con claridad; quizá sea el champán, la tensión, pero se ve incapaz de separar las manos de aquella piel suave que se contornea bajo su tacto. El otro pie de Ane asciende lentamente y se acerca a su entrepierna, palpándola en busca de una excitación que encuentra enseguida. Los labios de los dos emiten al unísono una exhalación que, sin palabras, predice que no están dispuestos a parar.

Pero dos toques en la puerta rompen el hechizo como un jarro de agua fría. Ane coloca sus piernas bajo el mantel e Íñigo cruza las suyas mientras toma entre sus manos el puro y el chupito. Le tiembla el pulso.

El camarero entra por fin para retirar los platos del postre y pregunta si desean algo más. Íñigo la mira inquisitivo, pero ella ha cogido el móvil y su cara denota un claro desasosiego. Opta por pedir la cuenta, que pagará con la tarjeta de Álvaro.

En el coche, de vuelta a casa, se impone el silencio, roto únicamente por las noticias de la radio. Una tertulia anodina que repasa una actualidad carente de novedades.

—Pero ¿qué te ha dado con las noticias? Estás obsesionado.

—Me gusta estar informado. Apágala si quieres.

—No, me da igual. No suelo escuchar nada, la verdad, ¿para qué?

—Es bueno conocer el mundo en el que vivimos, ¿no te parece?

—Bastante tengo con el mío.

Esa noche, Ane se acuesta antes que Íñigo. La tensión sigue patente, aunque planea un intento común por tratar de enfriarla. Cuando Ane se ha acercado para darle un beso de buenas noches, han mantenido las mejillas unidas durante unos instantes, notando como la piel ardía al contacto. Los dos esperaban que el otro tomara la iniciativa, pero al final la espera ha acabado con el deseo y se han separado.

Ane se acuesta e Íñigo se queda un rato en la biblioteca disfrutando de una copa de ron mientras hojea algunos libros. Saca un móvil del bolsillo. No es el de Álvaro, sino un modesto Nokia que compró junto a una tarjeta prepago. Solo para emergencias. Escribe un mensaje de texto: «Perdona por no haberte respondido antes. Mañana nos vemos a las doce».

Apura el vaso y se marcha a la cama. El licor ha terminado por agotarlo y solo piensa en dormir; confía en que la resaca le sea indulgente por la mañana. Cuando pasa frente al cuarto de matrimonio, ve la puerta entornada. No puede evitar echar una ojeada.

Ane está dormida, tumbada de espaldas a la puerta, desnuda sobre las sábanas.

Sonríe para sus adentros, satisfecho, consciente de que va a ganar la partida.

XII

Estoy en casa, en mi verdadera casa. Enciendo la televisión para dejar de fondo las noticias mientras trabajo un poco y me deleito con unos tacos de guacamole y pollo que me acabo de hacer. Me hace falta ingerir algo de comida que pueda empapar la cafeína que he engullido durante todo el día y nada mejor que la comida mexicana para conseguirlo.

Ante el más que probable insomnio, me he provisto de tareas para hacer. Tengo el expediente de Maca sobre la mesa, me gustaría repasar algunas de las declaraciones de los testigos y varias fotografías. Intento identificar a todos los que aparecen junto a ella: amigos, conocidos o compañeros de la universidad. Es bueno empezar poniendo cara al círculo que la rodeaba los meses previos a su muerte.

Si mi teoría es cierta y el asesino conocía a la primera víctima, quizá sea uno de estos rostros desconocidos que miran a la cámara en las distintas instantáneas en las que aparece Maca.

Suena entonces el timbre de casa. Por alguna razón que desconozco, casi por instinto o quizá por miedo, cojo el arma reglamentaria que reposa sobre una cómoda en el salón. La saco de su funda y salgo al recibidor. Tanta muerta me tiene acojonada, más vale que me tranquilice.

Llego a la puerta.

—¿Quién es? —intento sonar firme.

—Soy yo.

La identifico al instante.

—¿Vera? Un momento.

No quiero que me vea pistola en mano como una chiflada, así que la guardo en el cajón del pequeño aparador que tengo en la entrada. Me repongo un poco y abro la puerta.

Vera aparece en el umbral con gesto serio. Lleva en una mano una botella de vino y en la otra la carátula de un CD.

—Perdona las horas —dice dubitativa—. En fin, voy al grano. Creo que necesito esto —dice mientras alza la botella de vino— para poder explicarte esto. —Alza el CD.

La dejo pasar. Entra decidida hasta el salón. Lanza un vistazo general al mobiliario y luego se asoma a la ventana para apreciar las vistas a la calle Goya; parece una madre evaluando la limpieza y el orden del piso de su hija. Mientras busco el sacacorchos y un par de copas en la cocina abierta, se quita el abrigo, lo deja en el sofá y se acerca a la mesa del comedor. Coge una de las fotografías. Estiro el cuello para comprobar que está viendo esa en la que sale Maca con ropa deportiva. Murmura:

—Y treinta años después, llegó la hora.

—Bueno —digo por fin—, ¿cómo quieres hacerlo? ¿Nos emborrachamos primero y luego me lo cuentas o vamos charlando mientras bebemos?

Se desploma en una de las butacas junto al sofá y emite un sonoro suspiro mientras abro la botella y sirvo las dos copas. Coge la suya, la alza un instante y entona:

—Por Maca Rodrigo.

No tenía pensado beberme un vino a esta hora y menos con todo el trabajo que me espera, pero creo que en esta ocasión precede a algo importante. Guardo silencio esperando que comience.

—El expediente de los crímenes del librero lleva abierto casi treinta años. En todo este tiempo me han acompañado una docena de subinspectores y nadie hasta ahora había reparado en el maldito vídeo. Excepto tú. —Toma nuevamente la copa, que apura de un trago. Se vuelve a servir—. Te mentí. Y lo siento. Me cogiste desprevenida y no supe cómo salir. Y, además, tampoco creo que lo que voy a contarte sirva para nada, y desde luego no va a salvar a la pobre chica que está a punto de desaparecer. Pero, en todo caso, teniendo en cuenta que lo has descubierto, no me parece justo que pierdas el tiempo devanándote la cabeza sobre qué puede faltar.

Respeto sus silencios porque veo que le cuesta contarlo, aunque me estoy poniendo un poco nerviosa.

—Se llamaba Samuel Galindo, era profesor de la universidad en aquella época. Impartía la asignatura de Escritura creativa en Periodismo. Un tipo raro, la verdad, pero muy querido por sus alumnos. Lo interrogué, es el vídeo número 15 que buscas —dice señalando el CD—. Maca era alumna suya. Aunque estudiaba Derecho, tenían que coger alguna asignatura de otras facultades y escogió esta. Hizo allí algunos amigos, al parecer le gustaba la materia. La cuestión es que, como verás tú misma, su testimonio no aporta gran cosa.

—¿Y por qué te lo llevaste?

Nueva copa ingerida, más nervios evidentes en su mirada esquiva.

—Me lo pidieron sus alumnos. Tenían miedo de que el profesor se viera envuelto en el escándalo y terminara perjudicándolo en la universidad.

—¿Verse envuelto?

—Sí, bueno, el hombre tenía algún problema personal, no me quedó claro, tampoco me contaron mucho. Pero le tenían mucho apego y de alguna manera querían protegerlo.

—Joder, Vera, ¿y te parece poco relevante?

—Sí, por la siguiente razón que desconoces: la noche de la desaparición de Maca Galindo estaba en Pamplona. Lo comprobé personalmente y a conciencia, y entendí que no aportaba nada a la investigación, por eso accedí a eliminar su testimonio.

—¿Sigue dando clases? —pregunto, aunque sé la respuesta.

—¿El profesor? No, qué va. Ese mismo año dejó la universidad y se fue a vivir al extranjero, creo que a Chile. La cuestión, y esto es lo más importante, es que no es nuestro hombre.

—Porque está muerto —respondo por fin.

—¿Lo sabías? —Me mira con los ojos como platos.

—He hecho mis averiguaciones.

—Perra —murmura, pero no distingo si en un tono de cabreo o admiración—. Pues, como ya lo sabes, salvo que se levante de su tumba cada cuatro años, no es el librero.

—¿Y quiénes son esos alumnos que te pidieron que lo eliminaras del expediente? Eso de que podía perjudicarle el interrogatorio no me parece que fuera...

Noto un parpadeo rápido, algo extraño. Sonríe, un gesto quizá melancólico, no sé interpretarlo.

—Me insistieron desesperados, tenían mucha vinculación con Galindo —responde, esquivando la respuesta.

Se levanta de la silla y camina por el salón dejándome un rato para que reflexione. Un grupo de chavales le pide que se olvide del profesor y la mujer acepta sin más, y elimina una prueba del expediente. ¿Tiene sentido? De no ser por el hecho de que el buen hombre lleva varios años muerto, es como para tirarla al suelo y leerle sus derechos. Pero no insisto, ya he visto que no está por la labor.

—Bueno, pues, ¿vemos la declaración del profesor?

La veo rebuscar entre las fotografías y escoger una. Intentar ver cuál. Es la imagen en la que aparecen varios alumnos en círculo, con una atenta Maca tomando notas, escuchando a un profesor que aparece de espaldas sentado en una silla. De nuevo esa sonrisa extraña en su boca mientras pasea su vista por los alumnos.

JUEVES, 13 DE JUNIO DE 2024,
TERCER DÍA DEL JUEGO

I

A pesar de la resaca que me dejó el vino de ayer, he preferido madrugar para venir a trabajar. Así gano algo de tiempo a solas antes de que nuestra Vera, la famosa inspectora Ocultapruebas, se presente de nuevo para seguir con la investigación.

Mis conclusiones de la conversación de ayer y de lo que he podido comprobar hasta el momento son las siguientes.

Primero, se confirmó que Galindo estuvo en Pamplona la noche de la desaparición de Maca. Aquí sí que nuestra Vera hizo un esfuerzo extra. Dentro del CD, además del interrogatorio del profesor, están digitalizadas las pruebas que examinó. El testimonio del camarero de un restaurante chino que le sirvió la cena, el *ticket* de la comida, la grabación de la cámara de seguridad del *parking* del centro donde dejó el coche, su vecino, que lo escuchó hablar por teléfono a las once de la noche... No había la menor sospecha, de ahí que puedo entender —que no justificar— que aceptara a la petición de los alumnos.

Segundo detalle importante: está muerto. No obstante, a primera hora he escrito a la Universidad Católica de Chile para pedir información sobre nuestro hombre. No tengo mucha fe en que responda nadie, pero, a decir verdad, nunca se sabe.

Y última, se me ha caído un mito. Vera Durán, excelente profesional, agente condecorada con la medalla de plata de la Orden del Mérito Policial por los cientos de casos a sus espaldas, manipula las pruebas de un asesinato porque se lo pide un grupo de universitarios. Será cierto eso de que todos somos humanos...

Vuelvo a ver el vídeo «perdido». La imagen del profesor ocupa la mitad de la pantalla. Es un tipo raro, en eso sí que concuerdo con Vera. Bajito, delgado, ligeramente encorvado, pelo largo y revuelto, ojos brillantes, lleva una especie de camisa hawaiana de manga corta, fuma un cigarrillo tras otro durante la declaración —bendita época, cuando se podía fumar en todas partes—. Habla bajito y despacio, mide sus palabras.

SAMUEL GALINDO. Maca era una chica especial. No solo por su carisma, que era extraordinario, sino por su interés por las clases, sus ganas de aprender, su mirada atenta, su pasión por la literatura. Solíamos hacer grupos de lectura para comentar libros y se apuntaba, siempre con anotaciones y aportaciones interesantes... *(hace una pausa prolongada)* Una chica especial.

VERA DURÁN. ¿Tenía Maca algún amigo en la clase? Según tengo entendido, era una asignatura al margen de su carrera.

SAMUEL GALINDO. Sí, muchos alumnos la escogen como de libre configuración. Son esas asignaturas que tienen que coger obligatoriamente de otras facultades distintas a las suyas. ¿Amigos? No sabría decirle.

VERA DURÁN. Haga un esfuerzo.

SAMUEL GALINDO. Este curso surgió un grupillo en clase muy activo; se intercambian libros, luego los comentan en la cafetería como en una especie de club de lectura... Son buenos chicos. Maca solía ir de vez en cuando con ellos.

VERA DURÁN. ¿Nombres?

SAMUEL GALINDO. Bueno, tampoco es un grupo compacto, van y vienen.

VERA DURÁN. ¿Nombres? No me haga repetírselo, por favor.

El hombre no puede parar quieto en la silla, se ha puesto nervioso, balbucea alguna respuesta poco coherente, como buscando las palabras correctas.

SAMUEL GALINDO. Son muchos, no sabría decirle, y son de otras facultades, tampoco los conozco bien.

VERA DURÁN. No se lo preguntaré otra vez...

La imagen del profesor es un poema, como si se debatiera entre la vida y la muerte.

SAMUEL GALINDO. Qué sé yo; por citar algunos: Salva Guzmán, Adrián Montero, Leyre, Íñigo, no recuerdo sus apellidos, Álvaro Díaz de Arcaya, Bruno Medina... No sé, más gente también. Espero no meterles en ningún lío, son buenos chavales y lo están pasando mal con todo esto, compréndalo.

He googleado a los que cita con nombre y apellidos y hay un poco de todo.

Salvador Guzmán, propietario de *Tribuna Digital*. En cuanto he visto su foto lo he reconocido. Es el hombre que me abordó en San Sebastián. Ya sabía yo que su cara me sonaba. Es un tertuliano famoso, de esos que están todo el día en la tele o en la radio. Me dijo que era periodista del *Tribuna*, pero en realidad es el dueño.

Como Adrián Montero me salen unos cuantos. El único al que rastreo es un sacerdote ordenado en 2003, aunque supongo que no tendrá nada que ver. Lo mismo sucede con Bruno Medina... Es el megaempresario de la moda, en cuya biografía veo que estudió ADE en Pamplona... Mucha casualidad sería, pero quién sabe.

Luego he buscado al tal Álvaro Díaz de Arcaya y resulta que, además de guapo, es un magnate de las finanzas. Presidente del fondo de inversión Inveralia, miembro del consejo de administración de multitud de empresas y multinacionales, ha impartido conferencias en medio mundo; mujer guapísima, hijos de revista... Tanta fantasía me asquea, la verdad.

Detengo el vídeo y vuelvo a los archivos que contiene el CD. Abro una carpeta bajo el título «Fotografías». Hay una que me interesa. Merodeo entre las imágenes hasta que doy con ella. La abro y ocupa toda la pantalla.

Está escaneada, no tiene muy buena resolución. Está realizada en un bar del campus revestido de madera. Sentada a una pequeña mesa redonda con varios libros encima está Maca en compañía de

algunos chicos, todos mirando sonrientes a la cámara. Identifico a un joven Álvaro sentado junto a ella; también a Salvador y a Bruno. El resto no sé quiénes son, pero hay uno que me llama la atención. Está junto a Álvaro y posa el brazo sobre su hombro. Es su mirada lo que no me gusta, con esos ojos pequeños y alargados, como dos puntos oscuros directos a la cámara, o quizá ese amago de sonrisa que se queda a medio camino, los labios estirados pero sin alzarse, una mueca que resulta algo siniestra. No me gusta.

Suena mi móvil. Aparece en la pantalla un mensaje de Facebook y entro rápido en la aplicación. El usuario Libros con Encanto ha respondido a mi petición de información: «El libro está disponible y, claro, puede verlo sin ningún compromiso. Si le parece, se lo dejo esta mañana en una librería amiga para que lo pueda hojear. Allí le explicarán, además, las condiciones, por si le interesa comprarlo. Puede pasar a partir de las 13.00 por la Librería Luciérnaga, Barrio de las Letras. Espero que le guste».

No pierdo el tiempo. Salgo de la sala y me dirijo a un par de compañeros para que dejen lo que estén haciendo y escuchen mis instrucciones. No ponen objeción: esto es pedir y recibir, ventajas de tener un caso prémium.

En solo unos minutos tenemos a dos compañeros llegando a las inmediaciones de la librería. Van sin uniforme, se apostarán en algún lugar cercano para controlar la puerta y se turnarán para comprobar si alguno deja allí un par de libros o un paquete. Mantendremos el operativo hasta que yo vaya a la cita de la una.

II

El desván es el único sitio de la casa de Íñigo que le queda por revisar a Bruno. Ni siquiera sabía que existía, le ha tenido que indicar Amanda cómo bajar la trampilla para subir.

Aunque no es el típico lugar repleto de telarañas y muebles cubiertos con sábanas, sino una habitación alargada, oscura y angosta sin mayor función que la de esconder las cosas de Íñigo que

estropeaban la decoración de la casa según Amanda.

Una estantería repleta de objetos y libros recorre la pared de lado a lado. Buena parte la ocupa la colección de Tintín, distintas ediciones, todos los volúmenes y muñecos en miniatura de los personajes: el mundo de Syldavia escondido en el desván por decisión de la autoritaria Amanda. El resto lo ocupan archivos viejos, Bruno supone que serán de su padre. Cuando murió y vendieron las oficinas, Íñigo se quedó con su archivo personal. Toda una vida limitada a algunos tristes expedientes que abarrotan una estantería.

Más allá de eso, no encuentra nada de interés y, sin embargo, no puede quitarse de encima una sensación de expectación, como si aquel desván pudiera revelarle más cosas de las que se aprecian a simple vista.

Saca entonces del bolsillo un pequeño papel alargado, plegado en varios dobleces. Lo abre y lo lee una vez más, como ha hecho millones de veces sin comprender una sola palabra: «El viejo no pujó donde trabaja la rosa liberada».

Por más que lo ha intentado durante años, no ha sido capaz de comprender qué sentido tiene la frase incoherente, si es que tiene alguno. Pero desde que descubrió aquel papel, no ha podido librarse de una desagradable sospecha que confía en poder disipar de una vez.

Emite un sonoro suspiro mientras empieza a pensar que aquella visita ha sido una soberana pérdida de tiempo. «El viejo no pujó...». ¿Qué demonios significa?

Se sorprende con la mirada fija en un punto de la estantería. Es una fotografía antigua de Íñigo con su padre, un hombre alto, de rostro severo, mirada altiva, que mira a la cámara mientras posa una mano sobre la cabeza del niño. Era un hombre estricto, chapado a la antigua, que tuvo a sus hijos ya mayor e impuso el temor al padre a base de cinturón, en especial a su único hijo varón. En sus décadas de amistad, Íñigo le ha hablado de él solo una docena de veces.

Entonces se da cuenta y necesita unos minutos para procesarlo. En la balda de abajo de la fotografía falta una carpeta. Hay un hueco. El resto están todas debidamente ordenadas y colocadas sin un milímetro de margen entre ellas. Como única excepción ese

pequeño espacio vacío.

Íñigo se ha llevado algo que no quería que nadie viera.

III

Cinta número 8 — noviembre de 1995

(Exterior. Noche. Salva, Íñigo y Adrián en el coche, con este último al volante. Circulan por la ciudad. La cámara enfoca a Salva, sentado en el asiento de atrás).

SALVA. ¿Estás grabando? Vale, pues bienvenidos a nuestra salida nocturna. Es jueves, son las once y cuarto de la noche y no hay ni Dios por Pamplona. ¿Dónde coño se mete la gente?

ADRIÁN. Estudiando, joder, que es lo que tendríamos que estar haciendo nosotros. ¡Que estamos de exámenes!

ÍÑIGO *(voz en off)*. Llevamos todo el día estudiando, Adrián, ya no me entra nada. Es solo una vueltecita para distraernos. En media hora en casa.

(Salva dice «mirad» y la cámara enfoca a un edificio gris con casi todas las luces de las ventanas encendidas).

SALVA. Es la residencia Campoamor. Doscientas chicas en pijama ahora mismo. Algunas incluso desnudas. Y nosotros aquí fuera, como gilipollas.

ÍÑIGO *(voz en off)*. Mirad el primer piso.

(Hace zum con la cámara para enfocar un amplio ventanal donde se aprecian varias chicas, algunas sentadas, otras fumando apoyadas en el alféizar. Salva abre la ventanilla y les lanza un silbido).

SALVA *(gritando)*. ¿Te vienes a dar una vuelta, princesa?

(Una chica le dedica una peineta).

IV

A las 12.45 un coche se ha detenido en una zona de carga y descarga justo frente a la Librería Luciérnaga. Ha salido un hombre con un paquete y ha entrado en la librería para marcharse instantes después sin él. Uno de los dos agentes, que esperaba paciente subido a su moto, ha comenzado a seguirlo.

Estoy dentro, apoyada en el mostrador mientras hojeo el libro que supuestamente voy a comprar. El librero es un hombre mayor, está sentado en un taburete bajo desde el que me mira con unas enormes gafas.

—¿Y dice que no conoce al propietario? —pregunto.

—De nada, pero lleva con esto varios años. Tiene libros antiguos, ediciones raras, que vende por medio de las redes sociales y algunas veces cita aquí a los compradores como usted. Yo les doy el precio y si les interesa, les cobro. Me quedo el veinte por ciento por las molestias. Al día siguiente vienen a recoger el dinero o el libro, según se haya dado la venta.

—En efectivo.

—Sí, todo.

—¿Y no cree que el hombre que ha venido sea el propietario?

—Juraría que no.

—¿Y no habla con él sobre el libro, no comentan nada?

Niega con la cabeza.

—Me trae el libro y se lleva el dinero, poco más. Es un tipo parco en palabras.

Poco más que añadir. Salgo a la calle mientras medito en todo esto de los libros. Por un momento pienso que es una soberana pérdida de tiempo, una pista inútil que no nos llevará a nada. La única razón por la que sigo indagando es que no tengo nada mucho mejor que hacer.

Encuentro a mi compañero esperando fuera.

—¿Noticias? —pregunto.

—Me acaba de llamar. A punto ha estado de perderle la pista porque se estaba quedando sin gasolina, no sabía que iba a ir tan lejos.

—Pero ¿dónde está?

—El coche se ha metido en una finca particular a unos sesenta

kilómetros de aquí, cerca de Robledo de Chavela.

—¿Y eso dónde está?

—Ni idea, te paso la ubicación. ¿Quieres que se quede?

—No hace falta, iré yo luego a echar un ojo.

Mi teléfono vibra y compruebo que he recibido un correo electrónico. Lo abro y para mi sorpresa es un *email* enviado por la Universidad de Católica de Chile. Estaba convencida de que no darían señales de vida.

Apreciada señora Blasco:

Nos comunicamos con usted en referencia a su atento correo remitido el pasado miércoles. En relación con el licenciado señor Samuel Galindo por quien usted pregunta, en efecto, laburó en nuestra universidad durante cuatro años. Fue profesor de Literatura en la Facultad de Humanidades y, por lo que hemos podido consultar, un hombre muy querido por los alumnos.

En 2001 comunicó que no iba a seguir dando clase el siguiente curso y regresó a España. No volvimos a tener contacto con él.

Vaya, hombre, quizá el muerto aún respire. Vuelvo a comisaría.

V

Cinta número 8 — noviembre de 1995

(Están visiblemente alterados, borrachos. Hablan a voz en grito entre ellos y circulan a gran velocidad).

SALVA. Una noche de puta madre, tíos, sí señor. Es justo lo que necesitaba para relajarme. Mañana voy a triunfar en el examen. ¡Gracias, chavales!

ADRIÁN. No me jodas, sabes tan bien como yo que no nos vamos a levantar de la cama.

SALVA. Ni en broma, ahí estaremos, como putos campeones. ¿Qué coño es eso?

(La cámara se desvía para enfocar hacia delante. Las luces delanteras del coche iluminan lo que parece un perro en mitad de la carretera. No se ve con claridad, la imagen está distorsionada, pero parece que trota en la misma dirección que ellos, como si no los hubiera visto).

ADRIÁN. Quita, joder, aparta.

(Hace sonar el claxon, pero Salva lo interrumpe).

SALVA. Para, para, tengo una idea... Acelera.

ADRIÁN. ¿Qué?

SALVA. Que aceleres, coño, no es tan difícil, es un puto chucho callejero, va a morir de todas formas.

ADRIÁN. ¿Estás mal de la cabeza o qué te pasa? Ni de coña, tío. No, no, no...

SALVA *(gritando)*. ¡Acelera, joder, acelera! No seas blando, no es más que un perro de mierda.

(La cámara se desliza entre el rostro de Adrián, consternado, un Salva alterado que se encarama al asiento delantero, y el perro que camina indiferente a su destino).

ÍÑIGO *(voz en off)*. Venga, tío, qué más da, acelera.

ADRIÁN. ¿Se os va la olla? Que no pienso estampar al pobre perro ese.

SALVA. Escucha, confía en mí, tengo una idea de puta madre. Cuando lo hagamos me darás las gracias, te lo juro por mi madre.

(Adrián murmura palabras ininteligibles).

ÍÑIGO *(voz en off)* y SALVA *(gritando)*. ¡Acelera, acelera, acelera!

(Adrián niega con la cabeza, respira alterado, emite lamentos, está borracho, pero accede. Aprieta el acelerador hasta el fondo, el coche emite un rugido y sale disparado. La cámara se desenfoca, pero vuelve en el momento justo en que se escucha el impacto y el perro desaparece bajo el vehículo. Frena en seco).

ADRIÁN *(alterado)*. Joder, joder, pero ¿qué hemos hecho? *(grita)*. ¿Por qué coño os he hecho caso?

SALVA. Ahora nos vamos a divertir. *(Sale del coche. La cámara lo sigue. Enfoca un instante al animal cubierto de sangre. Abre el*

maletero, lo levanta del suelo sin miramientos y lo lanza dentro. De nuevo en el coche). A la residencia Campoamor. La próxima vez le va a sacar el dedo a su puta madre.

(Se instala el silencio durante el trayecto. Adrián sigue negando con la cabeza, nervioso, le tiembla la mandíbula; Íñigo lo anima dándole palmadas en el hombro, Salva esboza una sonrisa mientras mira por la ventanilla. Llegan a la residencia, la pasan de largo y aparcan en la parte de atrás. La ventana del primer piso sigue abierta y la luz encendida. Hay menos chicas, pero todavía se escuchan algunas voces resonando en la calle).

SALVA. Vamos.

ADRIÁN. Ni de coña, yo os espero. Estáis mal de la olla, no quiero saber nada.

SALVA. Tú mismo.

(Salen del coche. Salva abre el maletero y coge al perro por las patas traseras. Caminan junto a la pared de la residencia para no ser vistos. Los dos emiten risas contenidas. Salva se sitúa bajo el ventanal, mira hacia arriba, calcula la distancia. Zarandea entonces al animal adelante y atrás como si fuera un saco, coge impulso y lo lanza hacia arriba. El perro marca una trayectoria ascendente para desaparecer finalmente tras el ventanal. Tan pronto se cuela en la residencia, suenan gritos histéricos en el interior. Huyen, la cámara se desenfoca por la carrera, ríen nerviosos. Entran en el coche, Adrián arranca y se marchan, envueltos en carcajadas).

VI

Olivia abre los ojos poco a poco. Le cuesta aclimatarse a la luz. Su cuerpo tampoco responde como es debido; lo siente, sabe que está tumbada, pero sus músculos no parecen responder a su necesidad creciente de moverse. Por fin puede alzar el brazo y colocarlo sobre la frente, abre la mano para usarla de visera y tapar la luz que proviene de una bombilla que cuelga desnuda del techo.

Comienza poco a poco a recobrar la consciencia. Estaba en su

piso, cambiándose de ropa, cuando alguien se abalanzó sobre ella. Ha debido drogarla porque a partir de ahí no recuerda nada.

Mira a su alrededor. Es un escenario irreal. Cierra los ojos otra vez, reprimiendo unas lágrimas que amenazan con brotar, pero tiene demasiado miedo incluso para llorar.

Se incorpora despacio para no marearse y se queda sentada, concentrada en la respiración. Entra en sus pulmones un aire cargado y cerrado, con un desagradable olor a desinfectante.

Abre los ojos. Está sentada en el suelo sobre una manta. Lleva puesto un camisón blanco y corto que no es suyo. Mira debajo y se siente aliviada al comprobar que lleva ropa interior; un consuelo ridículo dadas las circunstancias, pero al menos no la ha desnudado del todo. Algo le tira en el antebrazo, es una tirita. La aparta con cuidado y esboza un gesto de dolor cuando descubre un hematoma oscuro.

Entonces alza la mirada, ya plenamente consciente de que no es una pesadilla, no es un escenario irreal: es de metal, una alargada cápsula cilíndrica resplandeciente que proyecta con intensidad los molestos haces de luz que desprende la bombilla.

Siente de pronto una claustrofobia que hace que reaccione. Toma el control de su cuerpo y se levanta despacio. La cabeza le da vueltas y tiene ganas de vomitar. Al fondo del cilindro encuentra un cubo azul. Siente la tentación de vaciar el estómago en él, pero prefiere aguantar y recobrar un poco el ánimo.

El suelo es inestable, curvo como el resto de la estancia. No llega a tocar el techo, más alto que ella. Golpea con los nudillos la pared, pero no suena hueca como esperaba, sino gruesa y mullida.

—Es un depósito —emite la voz raspada y débil de su garganta seca—. Un depósito enterrado.

Le viene entonces la imagen de la casa de sus padres a las afueras de Valladolid. Allí tienen enterrado un depósito de gasoil para abastecer la calefacción. Obviamente nunca ha estado dentro, pero se imagina que será algo así. Este es más grande, más limpio, más siniestro.

Da un paso al frente, pero no es fácil caminar por una superficie curva. Trastabilla, no solo por el suelo: nota una presión en el tobillo

derecho. Aparta la manta que lo oculta y descubre que está esposada a una barra que recorre el largo del depósito. Puede caminar adelante y atrás, pero siempre unida a la barra, siempre esposada, como en una cárcel.

Porque eso es, una cárcel. Su mente comienza a despejarse y la nebulosa existente se ve sustituida por un pánico creciente. Encerrada, secuestrada... Se le agolpan en la mente las noticias sobre chicas que secuestran, torturan, matan, o incluso pasan la vida entera encerradas hasta que alguien las encuentra años después.

No puede ser, no puede estar pasando. Comienza a hiperventilar y vuelve a marearse. El metal la engulle y ese olor a desinfectante termina por condenarle el estómago. Apenas tiene tiempo para cruzar la cápsula, llegar hasta el cubo y vomitar.

VII

Estoy con Vera en comisaría. Le he contado las novedades, a excepción del correo recibido de la universidad de Chile. Lo que tenga que ver con Samuel Galindo prefiero guardármelo de momento, hasta que tenga claro por qué eliminó una prueba del expediente.

—A ver si lo entiendo —me dice mientras revisa su ordenador—. La cuenta que contactó con el chaval por Instagram fue creada por el mismo correo electrónico que se utilizó para hacer el perfil de Facebook ese de los libros. ¿Es así?

—Elemental, mi querida Watson.

—Entiendo. Por cierto, ¿sabías que esa frase no sale en ninguno de los libros de Sherlock Holmes?

—Anda, otra entendida, pásate por la Librería Luciérnaga, haréis migas. El hombre parece necesitado.

Estoy mirando en Google Maps la finca a la que ha ido a parar el hombre de los libros. Está en mitad de la nada, enclavada en un terreno montañoso. Veo la entrada y un camino que zigzaguea entre

árboles; se pierde por momentos, intento seguir el trazado hasta llegar a una construcción. Acerco todavía más la imagen para encontrar una casa.

Vera sigue pensando.

—Así que tenemos una conexión entre el envío de la flor y ese lugar de ahí —dice señalando mi pantalla.

—Por eso creo que merece la pena echarle un ojo. Nos dividimos. Yo voy allí a ver qué averiguo y tú mientras habla con Beltrán, que te den autorización para la consulta en el registro telemático. Quiero saber quién es el dueño.

—¿No prefieres que te acompañe? Eso tiene una pinta...

Cojo mis cosas, preparo un cigarrillo que atacaré nada más salir de la brigada y me dispongo a marcharme.

—No, así ganamos tiempo. Me avisas cuando sepas algo.

VIII

—Total, que no encontraste nada —le pregunta Rebeca a Álvaro, sentada en el sofá del salón de la casa de Bruno.

—Todavía nada, pero tengo tiempo y sitios donde mirar. ¿Cumpliste tu promesa?

—No le dije nada, *quedate* tranquilo. No quiero preocuparlo en sus vacaciones.

—Te lo agradezco, Rebeca, porque lo más seguro es que no sean más que paranoias mías sin ningún sentido. Lo último que quiero es que Bruno piense que sospecho de él porque ni siquiera es verdad. Es como mi hermano.

—Lo sé.

—Si te lo he contado es únicamente porque me viste revolviendo el despacho y no se me ocurrió nada coherente que lo explicara. Bueno, eso y que confío en ti.

—Tampoco me conoces tanto.

—Sí, ya lo sé, pero tienes algo, no sé, que inspira confianza. Es como si llevaras media vida saliendo con Bruno.

—No sé yo, igual no *debés* fiarte tanto de una argentina. —Sonríe.

Mientras habla, Álvaro está tecleando en el portátil de Bruno, sentado con las piernas apoyadas en la mesa de centro. Lleva una hora chequeando las cuentas bancarias de su amigo. No le asombra lo que ve, ya conocía su patrimonio a través de la prensa económica, pero cada vez que accede a una nueva hay más ceros que en la anterior.

Envía el correo electrónico con copia a un banco suizo y a Rubén, su número dos. No puede evitar una carcajada cuando pulsa el botón.

—Ay, esa risa —dice Rebeca—, qué miedo.

—Esto le va a encantar cuando lo vea.

—¿Qué has hecho?

—Invertir treinta millones en un proyecto nuestro.

Los ojos de la chica parecen salirse de sus órbitas, lo mira estupefacta.

—Pero... no *podés* hacer eso, hay que llamarlo ahora mismo y...

—Tranquila, Rebe, calma. Bruno es mi principal inversor y para él es calderilla.

—Treinta millones...

Álvaro cierra el correo y abre de nuevo el navegador. Hay varias búsquedas sobre el origen de una planta.

—¿Sabes que hay una orquídea que se llama Oro de Kinabalu? —pregunta entonces.

Nueva sorpresa para ella.

—Es la que han encontrado en el lugar donde mataron a Macarena Rodrigo —responde Rebeca en tono grave.

—Así es. No lo había oído en mi vida. ¿Sabes algo de plantas?

—Ni idea, pero Kinabalu es una región de Malasia. ¿Vos fuiste alguna vez?

—Sí, estuve por trabajo un par de veces en Kuala Lumpur, no es un lugar que me fascine, la verdad. ¿Y tú?

—También, pero imagino que no al mismo nivel que vos: un año de voluntariado. —Él sigue navegando por internet—. ¿Se sabe algo más de los crímenes del librero? ¿Es el asesino el que llevó la flor?

—Eso estaba mirando, pero de momento no hay novedades en la

prensa.

—Debió de ser terrible todo aquello.

—Lo fue, de verdad que lo fue. Creo que nos marcó a todos, de alguna forma supuso un antes y un después. No volvimos a ser los mismos.

—¿En qué sentido?

—Creo que antes de su muerte éramos simplemente unos niñatos, hijos de papá con dinero a raudales y nada que ofrecer al mundo. La muerte de Maca fue el primer contacto con la realidad. No sé cómo explicarlo: fue como un jarro de agua fría que puso fin a la fiesta. Nada volvió a ser lo mismo.

—Bruno también recuerda a la *mina* con mucho cariño.

—Lo sé, lo sé.

—Y ha vuelto...

—Eso es lo peor para mí. Es como si no pudiéramos pasar página, como si no pudiéramos enterrar todo aquello. Cada cuatro años ese hijo de puta, esté donde esté, despierta de nuevo nuestras pesadillas. No consigo entender cómo no lo han cogido todavía. Te reconozco que cada vez que oigo hablar del tema se me revuelven las tripas. Sobre todo, cuando esos putos periodistas vuelven a sacar la foto de Maca... Pobrecilla.

Habla sin apartar la mirada del portátil. Está frente a Rebeca y ella no puede ver la pantalla. Álvaro ha cerrado el navegador y en su lugar ha ampliado una fotografía que ha encontrado en el disco duro de Bruno. Es una imagen antigua, seguramente escaneada de una en papel, está oscura, luz en penumbra, y apenas se vislumbra una cama con las sábanas revueltas.

Sobre ella, una Maca medio desnuda sonríe a la cámara.

IX

Cinta número 18 — junio de 1996

(Exterior. Noche. Varios grupos de jóvenes diseminados en una

plaza están bebiendo y escuchando música. Maca baila junto a unas amigas, mira a la cámara, canta con tono embriagado. Junto a ella están Bruno, Salva y Leyre).

LEYRE. ¡Mañana tu cumple, Maca!

SALVA *(mira su reloj).* En diez minutos, de hecho. *(Maca lanza un grito de entusiasmo y todos brindan con sus vasos de plástico. Salva estira el cuello para ver al otro lado).* Y creo que te cae tu primer regalo.

(El resto de amigos se gira y comienza un recital de exclamaciones y burlas. Adrián aparece entonces caminando hacia ellos con una pequeña orquídea. Se la da a Maca. Ella la coge con una sonrisa forzada).

ADRIÁN. Un regalo anticipado, Maca. Es mi flor favorita y...

MACA *(El recibimiento de la chica es frío. No sabe qué hacer con el regalo)*. Gracias, Adrián, no tenías por qué.

ÁLVARO. ¿Y qué coño hace con eso ahora, curica, se lo lleva de marcha?

LEYRE. Igual mejor habérselo regalado mañana, ¿no?

(Adrián congela su sonrisa, forzada ante aquellos reproches. Maca tampoco sabe cómo reaccionar. La música sigue sonando y el resto reinicia el baile. Maca vuelve a mirar la flor, como si fuera un objeto absurdo, y la deja en el suelo, junto a las bolsas de comida y bebida. Adrián no quita ojo a la flor, solitaria y abandonada en el suelo. Su cara denota tristeza, incredulidad. Salva se coloca tras él, le da una palmada en el hombro).

SALVA. Si tenías dudas, supongo que esto te las habrá quitado.

(Adrián le lanza entonces una mirada fría, afilada y cortante).

X

Tardo una hora en salir de Madrid y recorrer los sesenta kilómetros que me separan de la finca en Robledo de Chavela. He seguido las indicaciones del GPS, aunque ha habido varios momentos en que he

pensado que me estaba tomando el pelo. Casi al límite de la provincia de Ávila, he salido de la carretera M-537 para adentrarme en un camino de cabras, sin asfaltar y repleto de baches que han puesto a prueba la resistencia de mi pobre coche.

Una subida importante marca los últimos doscientos metros hasta mi supuesto destino. La carretera está rodeada de arbustos y árboles que impiden ver al otro lado y generan una sensación algo claustrofóbica. Espero que no se me haga de noche aquí.

El camino de pronto dibuja una pequeña explanada a la izquierda; por fin he llegado. Y lo que veo me deja sorprendida.

Me encuentro en mitad de la nada, perdida en medio de la montaña, y frente a mí se alza un portón de hierro forjado, como si alguien lo hubiera plantado ahí de forma aleatoria, enclavado en plena naturaleza salvaje. Al otro lado de los barrotes se dibuja un camino aún peor que se pierde entre las sombras de los árboles.

Y si la puerta sorprende, la seguridad me tiene dando volteretas: tres cámaras de última generación apuntan a los recién llegados desde distintos ángulos. Completa la escena un pivote del que cuelga un interfono para que abran el portón.

Acerco entonces el coche hasta situar el telefonillo a la altura de mi ventanilla. Es un videoportero moderno, con una cámara que me apunta y una lucecita verde. Toco el botón y espero. El sitio acojona bastante y, por si las moscas, he soltado el botón de la cartuchera de la pistola, que descansa pegada a mi cadera.

Llamo con más insistencia: no abren ni contestan. Pego mi dedo al botón durante largos e impertinentes segundos.

Suena entonces mi teléfono. La voz de mi jefe se proyecta desde los altavoces del coche.

—Renata, ¿dónde estás?

Como para decirle la verdad.

—Trabajando.

—Pues vete ahora mismo a la calle Gaztambide.

—¿Qué ocurre?

—Parece que... ha desaparecido una chica.

El corazón me da un vuelco. La noticia, la que todos temíamos, pero confiábamos en que no llegara a producirse, cae como una losa

sobre mis hombros.

—¿Estás seguro?

—Ve para allí, ahora.

Ahora sí, la cuenta atrás ha comenzado.

XI

La entrada del hospital está menos concurrida a estas horas de la noche. En la recepción, Bruno pregunta por el despacho del doctor Íñigo Osorio y la mujer del mostrador se muestra reticente, desconfiada de que realmente tenga una cita a esas horas. Finalmente cede y le da las indicaciones para llegar.

Sube a la tercera planta y comienza a deambular por los pasillos en busca del despacho, el número 316. Se cruza con algunas enfermeras y médicos del turno de noche, que van y vienen sin prestarle ninguna atención. Por fin lo encuentra.

Mira la hora para comprobar que llega solo cinco minutos tarde. Toca levemente con los nudillos y prueba la manilla con la esperanza de que esté abierta.

El interior está en penumbra, una escasa luz se cuela por las ventanas con los estores bajados. Entra y cierra la puerta. Antes de que sus ojos puedan aclimatarse, una mujer se abalanza sobre él y lo empuja contra la puerta. Sin previo aviso lo besa con ansia y él se deja hacer. Conoce bien esos labios, esa lengua que busca la suya.

—Te extrañé —balbucea Rebeca mientras sigue besando y acariciando a su novio.

—Yo también, mi vida. —Bruno la aparta entonces para contemplar ese bonito rostro de ojos claros que lo miran con devoción, le retira dos mechones de su pelo pelirrojo que coloca tras las orejas—. Y eso que solo hace un par de días que no te veo.

—Son demasiados.

Vuelve de nuevo a atacarlo con más besos y caricias hasta que unas voces y el sonido de un carro en el pasillo hacen que se detengan.

—No tenemos mucho tiempo —dice Rebeca, reponiéndose—. Están limpiando la planta y caerán en cualquier momento.

—De acuerdo. ¿Tú estás bien? ¿Qué tal con Álvaro?

—Ay, amor, no sé ni cómo arrancar.

—¿Qué ha pasado?

—Te vas a enojar, seguro, pero no *grités*. —Coge aire antes de soltar la noticia—. Te sacó treinta millones de euros para invertirlos en no sé qué cosa de su fondo.

Bruno se ríe aliviado.

—Qué susto me has dado, mujer, pensaba que era algo grave. Nada, no te preocupes, ya me los devolverá. ¿Podemos encender la luz?

—Mejor no, nos verían enfrente.

Revisar el despacho era una de las oportunidades que buscaba con el juego y no piensa desaprovecharla. Bruno inspecciona la pequeña estancia ayudado por la linterna del móvil. Una simple mesa con dos confidentes y tras la silla de Íñigo, un armario con las puertas cerradas que ocupa toda la pared.

Lo primero que mira son los cajones del escritorio. Rebusca en el interior, pero no ve nada más allá de recetas, material médico y algunos folletos comerciales de compañías farmacéuticas. Empieza entonces con el armario. Más de lo mismo, ningún interés de momento. Abre expedientes, husmea en algunas cajas, revisa un par de bolsas...

—Date prisa, cielo —lo apremia Rebeca.

—Un momento, tiene que haber alguna cosa, estoy seguro. Aquí nadie le revisa nada, es un buen lugar para esconder algo.

Al fondo del último estante, detrás de un pequeño botiquín, encuentra una carpeta azul atada con gomas. Tiene escrito con rotulador el número 1280. Lo abre nervioso, esperanzado. Se trata de un expediente antiguo, de hace unos años, con varias escrituras notariales de propiedad. Una ojeada rápida le indica que está ante documentación del padre de Íñigo, seguramente el expediente que falta en el desván.

—1.280... —murmura pensativo—. Joder, claro, *1.280 almas*.

—¿Qué es eso?

—El título de un libro. Creo que he encontrado algo.

Está emocionado, deseoso de ir a casa y poder analizarlo con calma. Ahora sí que ha dado con una pista decente, ahora sí que está más cerca de saber qué demonios es lo de «el viejo no pujó donde trabaja la rosa liberada».

Lleva años con aquella maldita frase resonando en su cabeza, años aguantando una sospecha que no tiene fruto. Ahora que su plan parece haber funcionado, con una posible respuesta entre sus manos, está más nervioso que nunca.

Cuando se levanta, contempla a Rebeca, de pie tras la puerta para evitar que alguien entre. Lleva puesto el pijama azul de enfermera y le parece que está radiante, sensual incluso con ropa de trabajo. Una corriente de excitación le recorre el cuerpo.

Su mirada lo delata y ella sonríe mientras niega con la cabeza.

—Ni hablar, *olvidate* —le dice mientras él se acerca poco a poco—, aquí no, puede entrar cualquiera... Bruno, ¡es el despacho de tu amigo!

—Con más razón.

—Si me agarran, me matan.

—No digas tonterías, es tu rato de descanso.

Acaricia con suavidad su mejilla.

—Pero no es para esto.

Bruno acerca su rostro al de ella hasta que sus labios se rozan. No tarda en abrirlos para deslizar su lengua dentro y saborear a su novia. Desliza la mano por debajo de la blusa y se adentra bajo el sujetador, acaricia el pecho de Rebeca y provoca un leve gemido.

—Cierra el pestillo —murmura él.

—No tiene.

Le da igual, no hay marcha atrás. La tensión de los últimos días, el remordimiento por hurgar en la vida de su mejor amigo, el miedo a descubrir la verdad: sentimientos que explotan ante el cuerpo de aquella mujer que palpa con sus manos.

Un beso profundo y rápido, sus bocas que recorren mejillas, que muerden orejas, que lamen cuellos. Bruno la lleva hasta el escritorio, le da la vuelta y empuja su espalda para que apoye su pecho contra la mesa. Los dos se dejan llevar por la excitación, han asumido el

peligro y no se detendrán.

Bruno baja el pantalón y la ropa interior de Rebeca y con una mano acaricia sus nalgas mientras con la otra se baja la cremallera. No es momento de preliminares ni los necesitan. Saben que el tiempo apremia y no desperdiciarán un solo segundo.

La penetra rápido y profundo y ella emite un gemido ahogado contra el frío escritorio. Levanta su blusa hasta el cuello para descubrir su espalda lisa y blanca y la acaricia despacio hasta llegar al cuello, agarra su nuca y la presiona contra la mesa. Ella jadea excitada, nerviosa, asustada por si alguien abre la puerta.

Pero entonces Bruno cambia el ritmo. Suelta su nuca y agarra sus caderas con fuerza, comienza a embestirla frenético, con urgencia, atrayendo su cuerpo hacia el suyo.

—Despacio —susurra ella entre jadeos—, más despacio...

Pero él no la escucha, su cuerpo en tensión, centrado únicamente en esa sensación que se enciende con cada penetración profunda que impone su ritmo desesperado. Ella lleva las manos hacia los muslos de Bruno para intentar domar la cadencia y conseguir un movimiento más suave, pero él agarra entonces sus muñecas y las coloca sobre su espalda, las aferra con fuerza mientras continúa adentrándose cada vez más rápido. Ella se queja, él no la escucha, centrado en un placer que le nubla la razón. Entra y sale insistente, pero lo hace solo, un sexo indiferente a la chica que se limita a protestar tímidamente tumbada sobre una mesa que se ha tornado fría y descarnada. Acelera todavía más el ritmo y cuando por fin eyacula se derrumba sobre ella y recupera el aliento pegando su rostro al suyo.

Rebeca reacciona entonces y se lo quita de encima.

—¿Qué mierda te *pasá?* —le reprocha enfadada mientras se sube los pantalones y se recompone.

Él la mira turbado, aletargado todavía bajo los efectos del sexo.

—Pero... Pensé que estabas disfrutando.

—¿En serio? ¿Así, con un puto taladro?

—Joder, joder... —Bruno está nervioso, desubicado, se echa el pelo hacia atrás—. Lo siento, han sido los nervios, no pensaba...

Rebeca ordena enfadada la mesa para dejarla como estaba.

Encuentra la carpeta azul y se la estampa a Bruno en el pecho.

—*Llevate* esto, que es lo único que te interesa de aquí.

XII

Cinta número 9 — febrero de 1996

(Exterior. Día. Campus. Hace un día soleado y hay estudiantes en varios corrillos desperdigados. A lo lejos, sentados en un banco de piedra bajo un árbol, hablan Adrián y Maca).

SALVA. ¿Qué hacen? ¿Cómo van?

ÍÑIGO *(voz en off)*. Espera que me acerque con el zum. Esto es todo lo que se puede.

(La imagen se aproxima a la pareja hasta encuadrarlos a ellos dos solos. Maca está hablando).

ÍÑIGO *(voz en off)*. Por la cara de Adrián, creo que no hay buenas noticias.

SALVA. Mira que se lo dije, joder, que ni lo intentara siquiera, que se olvidara de ella y punto. Pues nada, tiene que declararse un donjuán y joderlo todo.

ÍÑIGO *(voz en off)*. Yo lo animé a hablar con ella, no puede seguir así. Lleva todo el curso obsesionado con Maca.

SALVA. Pues una mierda de idea. Ahora se va a quedar hecho un trapo y todo por la fulana esa. Ha estado jugando con él.

ÍÑIGO *(voz en off)*. Tampoco es eso.

SALVA. Café por aquí, cine por allí, te vienes a casa a ver una peli... Lo lleva toreando meses.

ÍÑIGO *(voz en off)*. Son amigos, sin más...

SALVA. Lo ha toreado.

(Adrián se muestra cabizbajo, ella trata de sonreír y le toca un hombro. Se dan un abrazo. Finalmente ella recoge una mochila, le da un beso rápido en la mejilla y se marcha. Adrián mira a su alrededor buscando a sus amigos, hasta que encuentra la cámara.

Camina despacio hacia ellos, alzando las manos y los hombros en señal de derrota).

SALVA. ¿Qué ha pasado?

(La cámara desciende para enfocar las caras de Salva y de Adrián. Se han sentado los tres en el suelo).

ADRIÁN. Pues bueno...

ÍÑIGO *(voz en off)*. Es lesbiana.

ADRIÁN. Si aún fuera eso... No, no, me temo que no soy yo el que le gusta.

SALVA. ¿Soy yo? Mira que me cae mal, ¿eh? Pero un favorcito ya le hacía.

ADRIÁN *(niega con la cabeza)*. Bruno.

(Gritos de exclamación).

SALVA. ¿El Moñas?

ADRIÁN. No lo llames así.

SALVA. Pero si es un blando, ¿cómo coño quieres que lo llame? Pensaba que a Bruno le iban los tíos, la verdad.

ADRIÁN. Pues ya ves que no, y menos ahora. Te aseguro que si tenía alguna duda, esta le quita la tontería en un plis.

ÍÑIGO *(voz en off)*. Pero ¿están saliendo?

ADRIÁN. No me lo ha dejado claro, supongo que desde hace unos días. De momento no es nada serio, según me ha dicho, pero qué coño...

SALVA. ¡Adónde va con ese tío! Si es medio gilipollas. No entiendo nada.

ADRIÁN. Ya ves, chico... El amor.

SALVA. El amor y una mierda, más bien será el dinero. Ya sabes que está forrado, es hijo de Medina, el empresario de las tiendas de ropa.

ADRIÁN. Sinceramente, me da igual.

ÍÑIGO *(voz en off)*. Bueno, tío, lo importante es que ya te la puedes quitar de la cabeza. Mira a tu alrededor, Adrián, no merece la pena, esto está lleno de Macas.

ADRIÁN *(tono apagado)*. Sí, eso es verdad.

SALVA *(niega con la cabeza, nervioso)*. El Moñas, hay que joderse... No, no, no... No nos vamos a dejar chulear así por un puto

moñas ricachón de mierda.

ÍÑIGO *(voz en off)*. Salva, no empieces.

SALVA. No, no, no. ¿Quién coño se ha creído ese pringado?

ÍÑIGO *(voz en off)*. Adrián, pasemos página, olvidémonos de Maca y Bruno. ¿Salimos de marcha?

SALVA. ¿Cuándo tenemos la próxima reunión del club de lectura?

ADRIÁN. El jueves.

SALVA. Ni de coña que se la liga, ni hablar... *(pone un brazo sobre el hombro de Adrián)*. Tú confía en mí.

XIII

Tardo media hora en volver a Madrid, bailando entre los coches y saltándome todos los semáforos. No me fijo en el tráfico, no veo más allá del capó, mi mente tan solo trata de procesar el cambio que esto va a suponer.

Llego por fin. Es una calle estrecha, de un único sentido, con coches aparcados en uno de los laterales. Está cerrada por un cordón policial y hay varios patrulla dentro que iluminan los edificios con sus luces azuladas. Me identifico ante el compañero y me dejan pasar.

Salgo y me cuelgo la placa del cuello. Me acerco al portal, que permanece abierto y con movimiento de policías entrando y saliendo. Miro a mi alrededor, intentando fijarme en la composición y los detalles de una calle desconocida para mí que va a dejar de serlo. Busco cámaras de tráfico, negocios que pudieran tener sus propias grabaciones, miradas en las ventanas: cualquier detalle que luego analizaré con interés.

Al otro lado del cordón policial distingo una figura desagradable: el director de *Tribuna Digital* que me abordó en San Sebastián y al que mencionó el profesor en su declaración. Examina todo con atención, tomando notas en el móvil. Me pregunto cómo se habrá enterado y por qué todo un director de periódico no manda a un periodista de la redacción en lugar de venir él personalmente.

—¿Renata Blasco? —pregunta un hombre situado frente a mí.

—Soy el subinspector González. Me ha comentado el jefe que vendríais de Homicidios a ocuparos del asunto. Ven, te acompaño.

—¿Sabemos quién es?

—Olivia Suárez, veintisiete años, vive aquí desde hace año y medio. Es abogada, trabaja en un despacho de los importantes. Hoy no se ha presentado a trabajar y se han pasado todo el día llamándola al móvil. Lo tiene apagado desde ayer.

Hay un par de agentes de la Científica analizando el ascensor, así que subimos andando por unas escaleras estrechas y mal iluminadas.

—Ha sido su novio el que ha dado el aviso. No lograba dar con ella y se ha pasado hace un rato para ver si estaba bien. Tiene llaves de la casa. Está arriba.

En el rellano me encuentro a un agente tomando declaración a un joven asustado, con los ojos vidriosos y cara desencajada. La puerta de la vivienda está abierta, pero han colocado ya un precinto para evitar que entre nadie, hasta que los compañeros de la Científica terminen su trabajo y se persone el juez de guardia.

González me da un par de calzas y unos guantes.

—Sin esto no te dejarán entrar.

Todo está ocurriendo tan rápido que por un instante me pregunto para qué coño iba a querer entrar. Sé lo que ha pasado y sé lo que va a pasar: una chica ha desaparecido, ha sido secuestrada, aparecerá muerta dentro de unos días. Lo que haya en el interior de ese apartamento no nos va a ayudar a encontrarla, como no lo hizo en el pasado con el resto de las chicas.

—Ve a su habitación, al fondo del pasillo.

Sorteo el precinto y entro. Escucho al novio decir entre lágrimas: «Por favor, díganme que está bien, que está viva», mientras me alejo hacia un lugar que no parece real. Me cruzo con un par de agentes que buscan huellas en las paredes y pomos de las puertas.

Entro por fin en la habitación. Dejo de respirar.

En la pared sobre la que se apoya la cama hay una inscripción grande, en letras mayúsculas tintadas de un rojo escarlata: DE LOS DOCE QUE VIERON, SOY EL CUARTO.

Me quedo inmóvil, observando cómo un agente está tomando una muestra de la última letra con un bastoncillo.

—¿Es...? —pregunto sin añadir nada más.

Gira la cabeza y me mira tras unas gafas protectoras.

—Sangre. Habrá que analizarla para ver si es compatible con la de la chica.

Aquí es donde mi eterna falta de empatía juega a mi favor. Si tuviera un alma mortal, estaría deshecha, hundida ante la evidencia de que no solo se la ha llevado, sino que la ha herido —o peor aún— para escribir la maldita frase. Mi cabeza, por fortuna, no funciona así. Tengo en este momento todos los sentidos en máxima alerta, plena atención al menor de los detalles, escaneando hasta el último indicio que pueda encontrar.

Suena mi teléfono. Es Vera.

—René, salgo ahora de una notaría de la Gran Vía. Menuda tarde, no he querido llamarte antes para ver dónde me llevaba esto, pero ha dado sus frutos. Te cuento rápido. El Registro de la Propiedad número 3 de El Escorial señala como propietario de la finca a una empresa llamada Black Mask. Compró la finca en 1999. Cuando investigué a qué se dedicaba la empresa y quién era su administrador, me encontré con una sorpresa.

No sé ni lo que dice, no puedo quitar la vista de la frase. Trato de calcular cuánta sangre hace falta para escribirla.

—Black Mask se constituyó en 1999 y se liquidó en 2001, apenas dos años de vida. Pero lo raro es que para liquidar una empresa no ha de tener bienes, por lo que, en teoría, tendrían que haber vendido la finca. Localicé la notaría donde se firmó la liquidación para tratar de averiguar algo más y he conseguido arrastrar al notario a regañadientes hasta su oficina para que lo comprobara conmigo. Salgo de aquí ahora. ¿Estás preparada? —Guarda un instante de silencio para que yo procese la información—. Black Mask pertenecía a su vez a una empresa llamada Desarrollos Industriales Medina, cuyo propietario y administrador es Bruno Medina. Y si eso te deja fría, debes saber que, antes de liquidar Black Mask, la empresa vendió la finca. La razón por la que no aparece en el Registro de la Propiedad es que no la registraron,

firmaron la escritura, pero no la llevaron al registro, por eso no aparece en la nota. Pero lo importante de todo esto es a quién se la vendieron. No te lo vas a creer.

No me creo nada. Escucho sus palabras en segundo plano mientras sigo pensando cuánta sangre hace falta para escribir esa frase. Pero Vera mantiene la tensión al otro lado del teléfono.

—Se lo vendieron a... Redoble de tambores. —¿Qué dice esta mujer?—. Samuel Galindo.

Comprendo la importancia de su descubrimiento, pero debo priorizar lo que tengo delante, así que corto la conversación con una frase rápida.

—Lo ha vuelto a hacer, Vera, otra vez.

VIERNES, 14 DE JUNIO DE 2024,
CUARTO DÍA DEL JUEGO

I

Amanda se despierta de madrugada. Mira el móvil y se desespera al comprobar que son las cuatro de la mañana, hora peligrosa para desvelarse y no volver a conciliar el sueño.

Decide bajar a la cocina para tomarse una pastilla. Se pone una bata encima. Por alguna razón que prefiere no plantearse, desde que está Bruno en casa duerme con un sugerente camisón corto de encaje. Sabe que así luce unas piernas bonitas y le da un aire sofisticado y sexi.

Sale de la habitación descalza para no hacer ruido. Pasa frente a la puerta del cuarto de invitados donde duerme su marido temporal. Está entornada y aprovecha para echar una rápida ojeada: Bruno duerme a pierna suelta.

No puede evitar preguntarse qué ocurriría si de pronto irrumpiera en su cama. En otro momento sabría perfectamente la respuesta: no tardaría un segundo en ponerse en situación y aprovechar la oportunidad. De los tres amigos es aparentemente el más tímido, pero también el más mujeriego, incapaz de resistirse a la menor tentación. Al menos hasta que apareció Rebeca. Es la primera vez que lo ve realmente enamorado, de ahí la incógnita de qué ocurriría si se materializara la tentación.

En los días que lleva en la casa no le ha hecho la más mínima insinuación, se ha comportado como un caballero y buen amigo. Quizá demasiado, piensa con un cierto atisbo de frustración. «Deja de pensar tonterías», se dice a sí misma mientras achaca sus ensoñaciones al cansancio.

En la cocina rebusca sus pastillas y bebe un vaso de agua. Revisa su móvil. Se le hace raro no hablar con Íñigo. Lo echa de menos.

Apaga las luces y, antes de subir de nuevo a la habitación, advierte una luz encendida en el piso de abajo. Se la habrá dejado Bruno, estuvo viendo la televisión antes de acostarse.

Baja al piso inferior y, en efecto, la luz proviene de la habitación favorita de su marido. Echa una ojeada rápida y antes de apagarla ve una carpeta azul que destaca sobre el tapete verde de la mesa donde organizan sus timbas de póker. Le pierde la curiosidad. La cifra «1280» aparece escrita en la portada y reconoce de inmediato la letra de Íñigo. Antes de abrirla echa una ojeada a la puerta por si aparece Bruno. Todo está en silencio.

La carpeta contiene varias escrituras antiguas, una especie de estudio que se hizo para comprar unas parcelas y hacer un proyecto de urbanización. Todo a nombre de su suegro fallecido. ¿De dónde ha sacado esto Bruno? Quizá se lo haya encontrado por la casa, quién sabe.

Vuelve sobre sus pasos y apaga la luz, pero justo antes de marcharse nota algo extraño. Algo de color verde que nunca había estado allí. La cerradura electrónica que abre el humidor de puros siempre tiene un punto de luz rojo que indica que está cerrada, pero ahora emite un desconcertante tono verde. Se le abre la boca de sorpresa. ¡Bruno ha conseguido entrar! Le parece increíble, está convencida de que Íñigo no le habría dado la contraseña ni por un millón de euros.

De todas formas, es una oportunidad que no piensa perder.

Vuelve a echar una ojeada a la escalera, que se encuentra oscura y en silencio. Entra en el humidor nerviosa, se adentra en los terrenos inexpugnables de Íñigo, aunque la decepción no tarda en llegar: nada que en realidad no se vea desde la puerta de cristal; una colección espectacular de puros en los expositores y decenas de cajas en los estantes superiores.

Cuando la frustración apaga sus ansias y se dispone a marcharse, la ve y sonríe. En una repisa está colocada una caja de la marca Cohiba de un negro brillante que ella le regaló hace años, cuando todavía eran novios. No se acordaba de ella ni la había vuelto a ver.

Está segura de que no estaba allí, a la vista de cualquiera, básicamente porque Íñigo no tardó mucho en fumarse los dos mil euros que le costó.

La abre con delicadeza y encuentra unos cuantos tubos vacíos, también negros, que antes guardaban cada uno de los puros. Coge uno cualquiera y lo mantiene en las manos mientras, lo gira despacio sobre sí mismo. Piensa en su marido, en lo mucho que lo quiere y en lo afortunada que es de tenerlo a su lado. También siente una ligera punzada de inseguridad al pensar que en ese preciso instante está durmiendo en casa de Ane. A ella la adora, sí, se conocen de toda la vida, y precisamente por eso es consciente del peligro que tiene. Su matrimonio con Álvaro ha tenido algunas fases complicadas, y normalmente con ella como protagonista. Opta por quitarse esos pensamientos de la cabeza si aspira a dormir un rato más antes de levantarse. Confía en Íñigo, y sabe que logrará salir indemne de cualquier ataque femenino.

De forma inconsciente, desenrosca el tapón amarillo y cuando lo separa del tubo, algo se desprende y cae al suelo. Es un papel enrollado. Lo recoge y extiende. Una inscripción: «Solo el culpable teme al espejo roto». No sabe lo que es, pero está segura de haberlo leído en alguna parte.

Coge entonces otro de los tubos, lo abre y extrae un nuevo papel. «El muerto sabía algo que nadie vivo recordaba». Arruga el ceño cuando sospecha de qué se trata, aunque no entiende qué sentido tiene que esté ahí dentro. Abre otro, una nueva inscripción, y luego otro, y así los desenrosca compulsivamente hasta desplegar ocho papeles sobre la mesa.

Sabe lo que es, los ha leído antes, muchas veces, como todo el mundo: son las palabras que acompañaron las pesadillas de aquellas pobres chicas, escritas con sangre en los lugares donde las secuestraron. El corazón se le acelera hasta notarlo bombear bajo su pecho. ¿Por qué tiene Íñigo todo esto aquí guardado? ¿Lo habrá dejado Bruno?

Sus ojos no pueden despegarse de uno de los papeles, uno que no le suena haber leído nunca. Sus manos tiemblan al sostenerlo: «De los doce que vieron, soy el cuarto».

II

Cinta número 10 — junio de 1996

(Interior. Noche. Piso de estudiantes. Se abre la puerta y aparece Adrián).

ADRIÁN. ¿Otra vez con eso? Lo de la cámara empieza a ser algo patológico, Íñigo. *(Deja las llaves en una cómoda)*. He tardado media hora en llevar a Álvaro a casa, estaba como una cuba. Esto de organizar las sesiones del club en casa se está desfasando.

SALVA *(está en el recibidor, nervioso)*. Sí, sí... Bueno, lo primero de todo, no te cabrees, tío. Está hecho con nuestra mejor intención.

ÍÑIGO *(voz en off)*. Con tu mejor intención... Yo no tenía ni idea hasta que me lo he encontrado. Ha sido irte tú a llevar a Álvaro y este ha arrancado con su plan.

ADRIÁN. ¿Qué cojones habéis hecho?

ÍÑIGO *(voz en off)*. Te digo que yo nada, este...

SALVA. Bien, no sé cómo empezar. La cuestión es que después de esta noche tu querida Maca odiará al Moñas y te verá como su salvador, su héroe, su gran amor.

ADRIÁN *(lo mira horrorizado)*. Si le has hecho algo, te juro que...

SALVA. Nada, joder, Adrián, absolutamente nada, ¿por quién me tomas? No le hemos hecho nada. Ahora bien, lo que tienes que preguntarte es si realmente quieres conquistarla, si estás dispuesto a dar un paso al frente y luchar por ella.

ADRIÁN. No sé qué coño pasa, pero no me gusta nada.

SALVA. Adrián, a ti esta tía te gusta de verdad, todos lo sabemos. Llevas colado por ella todo el curso. Y no íbamos a permitir que un chupapollas nos la arrebatara así sin más. ¿Estamos de acuerdo? *(Adrián asiente con la cabeza, inseguro).* Así me gusta. Buen chico. Bien, pues si realmente la quieres, lo único que tienes que hacer es entrar en mi cuarto y rescatar a Maca, nada más.

(Adrián mira a sus dos amigos sin dar crédito. Niega lentamente con la cabeza. A continuación, enfila el pasillo, nervioso).

III

Entro en la oficina a las siete y media de la mañana. Tengo reunión con el inspector jefe, convocada ayer a última hora tras la noticia de la desaparición de Olivia Suárez. Sale de su despacho con una carpeta extensa y un café en la mano. Lleva encima el resumen de los hechos que le preparé de madrugada y veo que le han adjuntado el informe preliminar de la Científica, que acaba de llegar. No me ha dado tiempo ni tan siquiera a echarle una ojeada.

—Buenos días, Beltrán —le digo con mi mejor disposición.

—Precisamente buenos... Vamos a la sala, nos están esperando. —Caminamos juntos por una oficina medio vacía—. Tengo a los de arriba histéricos, ahora sí que ha empezado la cuenta atrás.

—No se nos va a escapar, jefe, esta vez no.

—No tengo tanta fe, lo único seguro es que, como salga mal, nos cuelgan de las pelotas.

Entramos en una sala con una veintena de policías. Algunos sentados y otros de pie, apoyados en la pared, unos de uniforme y otros de paisano, todos compañeros de la brigada asignados al caso. Atravieso la estancia en compañía de mi jefe hasta una pequeña tarima situada al fondo.

En primera fila encuentro a Vera, que me hace un gesto reconfortante con la cabeza. Lleva una libreta para tomar apuntes, como en los viejos tiempos. Creo que la abuela está encantada de volver al tajo.

Cuando lo veo, me quedo sin habla. Al fondo de la sala, un orondo Igor Velasco me dedica una sonrisa triunfal, tocapelotas en cierta medida, consciente de que su presencia me acaba de provocar un gesto de desagrado. Pero ¿qué coño hace este aquí? ¿Ahora fichamos *ertzainas?* ¿Quién lo ha teletransportado desde San Sebastián? Me hace un saludo infantil con la mano.

—Bien, os cuento lo que tenemos —comienza el jefe, acallando de inmediato las conversaciones—. Ayer se comunicó la desaparición de esta chica, Olivia Suárez. Natural de Valladolid, veintisiete años, abogada en un importante despacho. Creemos que fue secuestrada

en su propio piso el miércoles por la noche, en algún momento entre las diez y las dos de la mañana. Tenéis los detalles en el informe que van a repartir. ¿Por qué vamos a llevar este asunto desde aquí? Porque, como ya sabéis, este mes de junio se cumplen cuatro años desde el último crimen del librero, por lo que cabe la posibilidad, muy muy real, de que Olivia sea la próxima víctima. De ahí la prioridad total que tiene esta búsqueda y la implicación de todos.

Los dosieres que he preparado comienzan a repartirse entre los compañeros, que los hojean inquietos en cuanto caen en sus manos.

Beltrán me mira entonces, como para que yo continúe. Este es el momento clave, cuando el jefe te pasa el testigo y con ese gesto reconoce ante el resto de compañeros tu nombramiento como agente al mando.

—La razón por la que creemos que Olivia es la próxima víctima —me gusta el tono que me sale, firme, profesional— es la inscripción encontrada en la pared de su habitación, escrita con sangre. En la mayoría de los crímenes anteriores ha dejado un mensaje críptico como este. Así que, de momento, vamos a suponer que está secuestrada por nuestro asesino y que le quedan unos días de vida. De ahí la prioridad del caso.

Lo de la prioridad ya lo ha dicho el jefe y noto alguna cara de impaciencia. Cretinos. Pasemos entonces a las órdenes.

—Cuando ayer fuimos a la casa de la chica era tarde y algunos vecinos no nos abrieron, así que tendremos que organizarnos para volver y recabar todos los testimonios. También debemos analizar las grabaciones de las cámaras de seguridad que pueda haber por la zona. Para todo esto vamos a necesitar ayuda.

—La investigación la llevará Renata —sentencia Beltrán— con la inestimable ayuda de nuestra querida Vera Durán, aquí presente, a quien todos conocéis. También contamos con la colaboración de nuestros compañeros de la Ertzaintza, que nos han cedido al agente Igor Velasco, recién llegado de San Sebastián. Ya sabéis que nuestro hombre dejó una flor en el lugar donde asesinó a la primera víctima en 1996. —Recoge su dosier y se dispone a marcharse—. Bien, instrucciones rápidas. Si Renata os necesita para algo, para lo que sea, dejáis lo que estáis haciendo, ¿entendido? —Algunos gestos

perezosos de asentimiento—. Y a la prensa, ni una palabra. Esto lo digo muy en serio. Como alguno de vosotros se vaya de la lengua, os juro por Dios que lo pongo a renovar pasaportes en Logroño. ¿Queda claro? La información la transmitiré única y exclusivamente yo conforme vayamos teniendo algo.

Se disuelve la reunión y Vera, Igor y yo seguimos al jefe a nuestra sala de trabajo.

—Yo también me alegro de verte, niñata —me dice Igor en tono impertinente. No voy a caer en la provocación.

—¿Qué haces aquí?

—Al parecer ya no me aguantan más en casa y han decidido que me vendrían bien unos días de tranquilidad. Me han dado un permiso para colaborar con vosotros, ¿qué te parece?

—Una mierda, la verdad, no me gustan los becarios. Quizá abajo en la cafetería tengan un hueco para ti.

—Noto un matiz de sarcasmo. Cualquiera diría que no te alegras de verme.

—De verte no se alegra nadie.

Entramos en la sala y Beltrán se desploma en una silla. Está visiblemente cansado, con pinta de no haber pegado ojo. Por mi parte estoy emocionada, a decir verdad. Quizá suene un poco frívolo con una pobre chica desaparecida, pero profesionalmente es un lujo contar con una investigación así, rápida, intensa, a contrarreloj. Aunque luego echo un ojo a mi *dream team* y me produce un cierto desánimo. Igor, el muñeco de Michelín metido a policía, y Vera, la abuelita Destruyepruebas que lleva treinta años detrás de nuestro hombre sin haberse acercado siquiera ligeramente. La pregunta cae de pronto como una losa y enfría en cierto modo mi entusiasmo: ¿seremos capaces de encontrar a Olivia?

Entonces vuelvo a la duda que me acosa desde ayer y me abalanzo sobre el informe de la Científica en busca de una respuesta.

—Es su sangre... —digo desanimada cuando lo encuentro y lo leo.

—Así es —sigue Beltrán—. La inscripción en la pared está hecha con sangre humana, tipo A positivo, compatible con la de Olivia.

Esto no es bueno, nada bueno.

Igor está revisando las fotografías tomadas en la habitación con la maldita inscripción que me ha quitado el sueño.

—«De los doce que vieron, soy el cuarto» —murmura—. ¿Cuánta sangre hace falta para escribir esto?

Buena pregunta. Rebusco en el informe.

—Entre medio litro y uno entero —contesta Vera.

Cada uno despliega el contenido del expediente sobre la mesa. Hay varias fotografías con distintos detalles de la habitación ampliados a gran resolución. También una relación de las huellas dactilares y muestras de ADN encontradas, todas ellas sin identificar de momento.

El inspector tiene las gafas puestas y analiza a corta distancia una de las fotografías que ilustra una letra pintada. Se levanta y la coloca en la pared de corcho, pegándola con una chincheta.

—Este trazo... —Señala hacia el final de la letra *o*.

Me levanto y me acerco para verlo mejor.

—Es... ¿de una brocha? —pregunto para mí misma, por las estrías que deja cuando se cierra el círculo de la *o*.

Igor se levanta y se coloca detrás de mí.

—Sí, por la forma del trazo parece una brocha redonda, de unos tres centímetros. Lo comprobaré... —Se queda pensativo—. ¿Esto había pasado alguna vez?

—Que estuviera escrito con sangre solo con Virginia en 2016 —comenta Vera sin levantarse de su asiento—. Encontramos su coche en Mirasierra, en una calle perdida. En el interior de la luna delantera dejó una inscripción con la sangre de la víctima. Solo que en esa ocasión no lo hizo con una brocha.

Sé de qué habla.

—Lo escribió la chica con un dedo —respondo mientras vuelvo a mi sitio.

—Así es. —Vera me mira complacida, le gusta que alguien le siga el ritmo—. Un dedo que dejó tirado en el coche.

IV

Cinta número 10 — Junio de 1996

(Todas las puertas del pasillo están cerradas. Adrián se dirige a la última. Agarra el pomo, se vuelve para mirar a Salva y entra. La cámara se sitúa tras él. La habitación está en penumbra con una única luz indirecta. Maca está tendida en la cama, Bruno tirado encima de ella. Ambos están medio desnudos y parecen adormilados).

ADRIÁN. ¿Qué coño es esto?

SALVA *(susurra)*. Imagina que la ha violado...

(Adrián lo mira perplejo, incapaz de comprender. Entonces reacciona. Entra y grita).

ADRIÁN. ¡Maca!

(Le quita a Bruno de encima, que cae al otro lado de la cama. Le da un par de palmadas a la chica en la cara y esta responde: abre los ojos, desorientada).

MACA. ¿Bruno? ¿Qué pasa?

(Adrián retira la manta de la cama y la tapa con ella. Bruno comienza a desperezarse).

SALVA. El hijo de puta del Moñas te ha drogado para violarte, ni más ni menos.

MACA. ¿Qué?

SALVA. Pero tranquila, que hemos llegado a tiempo.

(Salva se sitúa al otro lado de la cama, junto a un Bruno que intenta incorporarse, y le da un fuerte puñetazo en la cara. Maca comienza a ponerse nerviosa).

MACA. Dios mío, ¿qué ha pasado? Estoy...

ADRIÁN. Tranquila, he entrado en cuanto te he escuchado gritar.

(Maca comienza a llorar mientras Bruno se incorpora llevándose una mano a la nariz, que sangra).

SALVA. A ti no te queremos volver a ver en la puta vida, ¿me entiendes? *(le grita)*. Eres un animal, una escoria. Se te va a caer el pelo, cerdo asqueroso.

BRUNO. Pero yo no..., yo no...

SALVA. Ni todo el dinero de papá te va a librar de esta.

MACA. Me quiero ir de aquí *(solloza)*, me quiero ir...

(Adrián la coge en brazos. La cámara enfoca la ropa de la chica en el suelo y la mano de Íñigo cuando la recoge y se la da a Adrián. Este se la lleva a otra habitación).

ADRIÁN *(le dice en tono tranquilizador antes de perderse con ella por el pasillo)*. Cámbiate en mi cuarto y te llevo a casa, no te preocupes, que seguro que no te ha hecho nada. Si quieres, vamos a urgencias...

(Bruno está desorientado, no entiende qué ha ocurrido, se sienta en la cama intentando recuperarse, buscando algo con qué taparse. Salva está frente a él, mirándolo con desprecio. Se inclina hacia atrás, coge impulso y vuelve a asestarle un fuerte golpe en la mandíbula).

V

—¿Qué sabemos de ella? —Beltrán preside la mesa frotándose la cara.

Abro mis notas y revelo lo que he podido averiguar.

—Vino a estudiar Derecho aquí, en la Complutense. Luego hizo un máster en un centro de estudios y al terminar la ficharon en Prado Abogados. Tiene un grupo de amigas con las que queda normalmente y un novio, Marcos, que fue quien entró en el piso.

—Su novio —interviene Vera, al parecer también ha estado trabajando— la dejó el miércoles a las diez menos cinco de la noche y se fue a casa. Está corroborado. El teléfono de la chica se apagó a las tres de la mañana, se quedó sin batería. Estaba en su cuarto, tirado en el suelo.

Trato de ordenar mis ideas para proponer una línea de trabajo, para deslumbrar a mi jefe con una lista de tareas por hacer y demostrar que llevo la iniciativa, pero hay algo en las fotografías de la habitación que me tiene desconcertada.

—La sangre... —murmuro, llamando la atención del resto—. ¿Dónde coño está la sangre?

—¿Qué? —pregunta Beltrán.

—Tuvo que hacerle una herida o varias para acumular toda esa sangre. La habitación tendría que estar repleta de manchas y salpicaduras.

—Y no hay nada —apunta Vera—. Quizá le hiciera la herida en otro lugar y volviera luego.

—Quizá no sea su sangre, sino una compatible de otra persona —señala Igor—. Yo también soy A positivo, como medio mundo.

Beltrán comienza a recoger su expediente.

—Bien, tengo que irme. Renata, a partir de ahora tú mandas. Tienes al resto del equipo para lo que necesites. ¿Por dónde empezáis?

Una imagen me distrae brevemente. Es una foto de Olivia sacada de la página web de su despacho. Aparece guapa y sonriente posando para la cámara. Tiene una mirada limpia, honesta, sensible, y esos ojos parecen suplicarme, implorarme auxilio desde el infierno en el que se encuentra.

—Bien, hay tres líneas que seguir. La primera, la propia desaparición de Olivia. Organizo un equipo para que vaya a casa de la chica. Buscamos cámaras en la calle, testigos, vecinos... No era muy tarde cuando se la llevó, alguien tuvo que ver algo. Debemos seguir los pasos del secuestrador. La segunda, el entorno de Olivia. Nos van a abrir ahora su móvil para poder ver mensajes y contactos y hablar con las amigas, compañeros y demás. Sus padres están viniendo de Valladolid, llegarán de un momento a otro. También tendremos que hablar con el novio. Buscamos cualquier conexión, por remota que sea, con el resto de las víctimas del librero. Y la tercera, la flor de San Sebastián. No es casualidad, significa algo, y cuanto antes lo averigüemos, mejor.

—Bien, pues poneos en marcha.

—¿Y este? —digo señalando a Igor.

Es Vera quien contesta.

—Este es un gran policía, René, nos vendrá bien.

Suena el teléfono de Beltrán, lo coge, nos saluda con la mano y se marcha.

—La cuenta atrás ha comenzado —digo mientras anoto los

nombres de los compañeros que voy a utilizar en la investigación y las tareas asignadas.

—Así es —sigue Vera—, y no es la primera para mí. Hasta ayer perseguíamos fantasmas, hoy ese fantasma se llama Olivia y depende de nosotros para sobrevivir.

—Joder con vuestros discursos motivacionales. —Igor esta vez—. En mi pueblo hablamos menos y actuamos más. Jefa, ¿por dónde empezamos?

—Tú te vas a casa de Olivia. Vera, tú y yo nos vamos al campo a ver a tu profesor.

VI

Se muere de hambre. Es la primera sensación que le viene cuando despierta. Olivia no tiene clara la noción del tiempo y no sabe cuánto lleva encerrada, pero encuentra su cuerpo más descansado.

Se incorpora despacio para no marearse y se pone de pie. El olor a desinfectante queda ahora camuflado por el todavía más desagradable de su propio vómito, que reposa en el cubo azul.

Descubre por vez primera agua y comida. Al otro lado de la cápsula encuentra unos recipientes, un plato, cubiertos de plástico y unos botellines de agua. También un par de rollos de papel higiénico. No hay más mobiliario en su prisión particular.

Se abalanza a por una botella de agua, que toma con manos temblorosas, y vacía su contenido en unos segundos. Nota una reconfortante sensación de frescor recorriendo su garganta y su cuerpo entero. Cuando termina, se sienta sobre el frío suelo y observa con más detalle los suministros.

Hay cinco recipientes de comida preparada y diez —ahora nueve— pequeñas botellas de agua. Los recipientes son idénticos, platos precocinados de arroz con pollo que, obviamente, necesitaría ser calentado en un microondas del que carece. Le da igual, como si tiene que comerse a mordiscos el metal de la pared. Abre uno y lo ingiere en tiempo récord, sin dejar un solo grano de arroz.

Con un cierto ánimo renovado, se pone de nuevo en pie para revisar el habitáculo con más detalle. No es muy hábil con los espacios, pero aquello medirá unos seis metros de largo por dos de ancho como mucho, aunque al ser completamente cilíndrico es difícil hacerse una idea.

La única luz proviene de la bombilla colgada en el centro del techo. Sigue el rastro del cable, que se pierde en la única entrada que hay, una escotilla redonda que le recuerda a las de los submarinos que ha visto en las películas. Tiene una palanca que supone servirá para abrirla desde dentro, pero está a más de dos metros y por mucho que se estire no llega. Además, para eso está el grillete del tobillo, que le impide despegarse del suelo.

Golpea suavemente la pared mientras su garganta emite un débil sonido. Coge fuerza y grita un «¿hola?» que retumba por todo el depósito. Mira a su alrededor y de nuevo arrecia la sensación de claustrofobia entre aquellos muros de metal. Golpea entonces con más fuerza la pared y grita con todas sus fuerzas.

VII

Bruno no ha dormido bien. Ha tenido un sueño inquieto, inestable, quizá alguna pesadilla de la que no se acuerda, pero que le ha impedido descansar. Por la tenue luz que se cuela por la ventana supone que será temprano. Mira el móvil. Las seis y media.

Suspira y trata de ordenar sus ideas en la pesadez propia del duermevela. La carpeta descubierta en el despacho de Íñigo lo tiene intrigado. Ayer apenas tuvo tiempo de pensar en ello. Lo ocurrido en el despacho del hospital y el enfado posterior de Rebeca lo dejó preocupado. No le gustó la última mirada que le dirigió antes de despedirse en recepción, cargada de resentimiento o, peor aún, de decepción, un sentimiento que nunca había contemplado en sus bonitos ojos azules. No le hace ninguna gracia haberla dejado así con Álvaro merodeando a su lado, así que tendrá que llamarla luego para tratar de arreglar las cosas.

Con tanta emoción la carpeta quedó en un segundo plano. En cuanto llegó a casa se tomó un par de *whiskies*, vio un poco las noticias y se fue a la cama. Agradeció que Amanda no hubiera llegado para evitar tener que disimular. Hoy tendrá que hacerle algo más de caso.

Pero ahora aquella pista resurge en su cabeza con la relevancia propia del descubrimiento. Íñigo extrajo del archivo de su padre aquella carpeta y la escondió en su despacho con el título «1280». ¿Por qué? Nada más verlo le vino a la mente *1280 almas* de Jim Thompson, aunque podría ser simplemente una coincidencia. Hace siglos que leyó el libro, pero conserva un buen recuerdo de él. Trata sobre un *sheriff* de un pueblo perdido que parecía medio idiota, pero en realidad se las apaña para embaucar a todo el mundo y encubrir algunos asesinatos que él mismo comete. Sí, es un buen libro. Lo leyeron en el club de lectura universitario, incluso aparece en una de las grabaciones del archivo de Íñigo.

¿Tendrá alguna relación con las escrituras de propiedad de su padre o es una simple coincidencia?

La frase «el viejo no pujó donde trabaja la rosa liberada» planea sobre su mente adormecida, trata de hilarla con el contenido de la carpeta. Quizá no tenga nada que ver, quizá todo esto sea una locura, quizá debería dejar al pobre Íñigo en paz, quizá...

De pronto se incorpora de la cama. Intenta despojarse de los últimos vestigios del sueño para concentrarse en un pensamiento. Le ha venido a la cabeza una escena del libro que podría encajar, aunque ha pasado tiempo y ha leído muchos otros y no está seguro de su memoria.

Baja al salón para dar una última oportunidad a todo aquello. Si el recuerdo es inútil, dejará de buscar y se dedicará a disfrutar de la vida de su amigo. Pero antes se da un último intento.

El salón tiene una preciosa librería adornando una extensa pared. Hay una copiosa colección de novelas perfectamente alineadas y ordenadas. Se lanza a la búsqueda del libro y no tarda en encontrarlo. Se lleva el ejemplar al piso de abajo, al sótano de juegos donde dejó la carpeta. Se sienta ante la mesa y comienza a hojearlo con ansia, con el corazón latiendo tan deprisa como sus

ojos pasean sobre las líneas.

Y entonces lo encuentra, y la maldita frase que lo ha acompañado durante años cobra por fin sentido.

El protagonista del libro, Nick Corey, tiene una aventura con una tal Rose Hauck. Ella está casada con un hombre que la maltrata y hace de su vida un infierno, hasta que Nick lo asesina y la vida de la mujer cambia. La libera. Ella es «la rosa liberada». Bruno sonríe cuando comprueba en qué trabajaba: tenía una granja a las afueras de la ciudad.

Abre a toda prisa la carpeta y extrae las escrituras de propiedad. Se corresponden con unas granjas a las afueras de Madrid, camino de Badajoz, que el padre de Íñigo intentó adquirir en los años ochenta. «El viejo no pujó...». Lee su contenido con detenimiento tratando de encontrar algo que le facilite la ubicación. Y no tarda en encontrarlo. En la descripción de las fincas aparece la siguiente referencia: «conocido como el bosquecillo de San Bernardo».

Coge el teléfono y busca esa denominación en internet. La primera noticia que aparece es del año 1988 y lo llena de emoción. «Paralizada la construcción del Centro Comercial San Bernardo». Una rápida ojeada a la noticia para comprobar que la causa de la paralización fue un recurso que inició una asociación ecologista. La siguiente noticia habla de la suspensión definitiva del proyecto y el alcalde del municipio cercano se lamenta por lo que iba a suponer para la zona. Aparece una infografía con el aspecto que iba a tener y Bruno no puede evitar pensar que era un mastodonte en mitad de la nada. «Cines, comercio, restaurantes... Iba a tener incluso un gran casino», se lamentaba el alcalde.

Se recuesta en la silla y suspira, con la mirada perdida en la imagen de un edificio de hormigón a medio construir. Tiene un aspecto siniestro, rodeado de una frondosa vegetación que amenaza con engullirlo.

Anota la ubicación en el móvil. Es hora de hacer una excursión.

Recoge la carpeta y apaga la luz. Justo antes de salir, se da cuenta de que la puerta del humidor está abierta.

VIII

Vuelvo a aporrear el timbre sin que me abran; esta vez estoy decidida a entrar, aunque tenga que echar el portón abajo. Saco mi placa y la coloco frente al visor de la cámara.

—Quizá no haya nadie —dice Vera, que escudriña a través de los barrotes de la puerta de hierro.

—¿Quién es? —suena de pronto una voz masculina en tono apagado.

—Policía Nacional. Necesitamos hacerle unas preguntas.

—¿A mí?

—No sé quién es «a mí», así que de momento sí. ¿Puede abrirme, por favor?

Tarda unos segundos en decidirse, pero finalmente accede. Vera se sube corriendo y arrancamos. La calzada está imposible, repleta de agujeros y montículos que hacen trotar al coche; vamos despacio y con cuidado por un camino de curvas cerradas y cuestas empinadas que nos va adentrando en el bosque.

—Dónde nos estamos metiendo... —reflexiona con acierto Vera.

—A ver si lo he entendido bien. Esta casa la compra una empresa de Bruno Medina en 1999. Esa empresa se liquida en 2001, pero antes le venden la finca a Samuel Galindo. Y sin embargo no inscriben la compraventa en el registro. ¿Por qué? ¿Qué sentido tiene?

—Que nadie sepa que es suya.

Al cabo de cinco minutos que se hacen eternos, la vegetación opresiva se abre por fin en un claro en mitad del bosque. En él se enclava la casa que adiviné por internet, aunque su presencia real es bastante peor que la aérea. Está hecha de piedra y madera, tiene un aspecto viejo y deteriorado, un tejado a dos aguas con pinta de que no pasará más inviernos y un cobertizo donde apilan leña y guardan un todoterreno.

Pero el coche no es el único elemento que evidencia que allí vive alguien. Varias cámaras colgadas de las paredes vigilan el perímetro, desentonando tan blancas y modernas en aquel caserón antiguo.

—Desde luego están bien protegidos —apunta Vera.

Dejamos el coche y nos acercamos a la entrada, elevada sobre un porche de madera. Antes de llegar a la escalera se abre la puerta y se asoma un hombre que rondará los cuarenta años, moreno de tez, con cara de pocos amigos. Coincide con la imagen que tengo del que fue a dejar los libros en la librería y que fotografió uno de mis compañeros.

—¿Es usted Samuel Galindo? —Sé que no puede ser porque el profesor ha de tener más de setenta años, pero su rostro se contrae de repente en una expresión entre asustada y sorprendida.

—¿Quién lo pregunta?

—Soy la subinspectora Renata Blasco, de la Policía Nacional, y ella es mi compañera Vera Durán.

—¿Pueden facilitarme sus números de placa?

La pregunta le sale de forma inofensiva, como si nos estuviera pidiendo la hora. Abro mi cartera y le enseño la mía, y antes de que me dé cuenta ha sacado un móvil y la ha fotografiado. Mira entonces a Vera.

—Oh, no, yo soy colaboradora, no tengo identificación.

La respuesta lo desconcierta y no nos quita la vista de encima. Yo aprovecho para observar el interior, pero no se ve gran cosa.

—¿Y qué es lo que quieren exactamente del señor Galindo?

Luego está vivo y está aquí. Primer punto para nosotras.

—Eso a usted no le importa, me temo. —Sí, lo sé, me sale otra vez la René borde, pero creo que tenemos que atajar—. Le ruego que nos lleve hasta él para hacerle unas preguntas. No tardaremos.

—Verán, el señor Galindo tiene una salud delicada y su médico aconseja...

—Déjalas pasar, Dorleac.

Una voz débil emerge del interior. A pesar de su tono cansado, conserva cierta autoridad. El hombre que tengo delante tuerce el gesto, le ha cabreado nuestra visita y más todavía la orden recibida. Pero donde hay patrón...

—Adelante.

Abre la puerta y se hace a un lado para que accedamos, pero antes de cruzar el umbral me quedo petrificada, dudando de dar o

no el siguiente paso. El hombre advierte nuestra indeterminación y se coloca al frente.

—Síganme.

Entramos dubitativas. No llevo una mano a la pistola porque no resultaría muy profesional, pero de verdad que el lugar acojona de verdad.

Lo primero es la escasa iluminación: está prácticamente a oscuras a pesar de que son las diez de la mañana. Todas las contraventanas de la casa están cerradas a cal y canto. Apenas se vislumbran unos halos de luz que provienen de alguna habitación.

Pero lo que me impacta de verdad es que no hay una sola pared a la vista, ni un centímetro. Todas están cubiertas de estanterías de suelo a techo y albergan miles de libros, ni un espacio entre ellos. Están desordenados, mal colocados unos encima de otros, en filas caóticas; también los hay en el suelo, creando montones aquí y allá. Jamás en mi vida había visto tantos y tan mal dispuestos.

Entre la poca luz y ese vertedero de libros me entra una desagradable sensación de claustrofobia. Es como adentrarse en la guarida de un bibliotecario desquiciado... De un librero.

Y entonces lo veo. Al fondo del pasillo se intuye en la penumbra una figura sentada en una silla de ruedas, algo encorvada y delgada. Antes de que sigamos al otro hombre al salón y le pierda de vista, Samuel Galindo avanza ligeramente y un haz brumoso ilumina su rostro...

El rostro de un cadáver.

IX

Se han citado en un Starbucks de la calle Serrano, así no tiene que desplazarse demasiado. Íñigo acude puntual a la hora convenida. Pide un café y baja al piso inferior. Hay bastante gente sentada en los sofás, todos concentrados en sus ordenadores o teléfonos. Nada que temer.

Le hacen una seña desde el fondo del local. Íñigo piensa que cada

vez que habla con él está más gordo y desmejorado. Salva Alonso, director y propietario de *Tribuna Digital*, se levanta para darle un apretón de manos.

—Tienes buen aspecto —miente.

—Gracias, hombre, intento cuidarme, pero ya sabes, esta profesión...

Se acomodan en los pequeños sofás enfrentados.

—Hace tiempo que no nos veíamos, la verdad —dice Íñigo.

—Sí, concretamente cuatro años. Creo que son los pequeños intervalos de nuestra amistad.

—Nos ponemos al día enseguida. No te creas que mi vida tiene grandes emociones.

—Ya, la mía tampoco, supongo.

Salva tiene una mirada sagaz y viva que dirige impávido a Íñigo. Ya en la universidad escrutaba a todos con esos ojos grises, analizando los detalles, evaluando la noticia allá donde estuviera, creándola si hacía falta.

—Querías verme —concluye Íñigo; prefiere marcharse lo antes posible.

—Sí, tengo algo para ti.

X

Entramos en un saloncito igualmente inundado de libros. El hombre enciende una luz indirecta en una esquina. Se marcha indicándonos que el profesor se unirá a nosotras enseguida. Las dos contemplamos la estancia sin decir una palabra, absortas como estamos en lo que nos rodea.

—Disculpen la espera. Tenía que adecentarme.

Bajo el marco de la puerta aparece por fin nuestro hombre en su silla de ruedas. «Extremadamente delgado y demacrado» son los dos adjetivos que me vienen a la cabeza nada más verlo. Ambas contenemos la respiración ante un semblante de oscuras ojeras, pómulos marcados bajo una piel fina y tirante, escaso pelo canoso

peinado hacia atrás que despeja una frente marcada con profundas arrugas, un cuello delgado que amenaza con quebrarse y que sobresale de una camisa que le viene grande. Tiene unas manchas denterosas jalonando su piel azulada.

—Vaya, hacía tiempo que no recordaba el impacto que provoco. Debo de estar peor de lo que creía.

Habla en un tono bajito, arrastrando las palabras, leves sonidos que su frágil cuerpo le permite emitir. Me repongo de inmediato y le tiendo la mano.

—Soy Renata Blasco, subinspectora de la Policía Nacional, y ella es mi compañera...

—Vera Durán —completa él, tendiéndole la mano y mirándola fijamente—. Ha pasado una eternidad y sin duda el tiempo ha sido mucho más benévolo con usted que conmigo.

—Al menos veo que conserva la memoria —dice Vera.

—Sí, eso sí. Por favor, tomen asiento.

Nos acomodamos en unos sillones desgastados. Saco mi iPad y lo enciendo para tomar notas.

—¿Desean tomar algo?

—No, muchas gracias.

—Bien, pues bienvenidas a mi pequeño mundo, señoras. Hace siglos que no recibo visitas. No soy precisamente un ser muy sociable, como pueden intuir. En otra vida renuncié a la convivencia para entregarme en cuerpo y alma a mis grandes amantes, los libros.

—Tiene una colección impresionante —digo para romper el hielo.

—Oh, gracias, señorita. Realmente lo es. Tenemos un total de... Bueno, no sabría calcularlo. Lo que sí puedo asegurarles es que prácticamente todos son libros de novela negra, ficción *noir*, *thriller*, suspense, policíaca o como ustedes quieran llamarlas.

—La última vez que le vi... —dice Vera, que no sabe cómo continuar la frase.

—Caminaba y corría como un cervatillo. De eso hace ya tiempo, me temo. Tuve un accidente que me dejó postrado.

—Vaya, lo siento.

—Creo que ya, en la medida de lo posible, lo he superado. Bien,

supongo que no habrán venido hasta aquí para hablar de mis dolencias, ¿verdad?

—No, claro. Necesitamos hacerle algunas preguntas y nos marcharemos enseguida. ¿La página de Facebook Libros con Encanto es suya?

Se recuesta en la silla, meditando.

—Sí, creo que es una de las que utilizo para compraventa de libros. Siempre ando detrás de ejemplares raros, ediciones antiguas y cosas así. Me entretengo adquiriendo algunos y vendiendo otros.

—¿Se dedica a eso? —Señalo alrededor—. ¿A la venta de todo esto?

—Oh, no, de ninguna manera, es una mera afición, nada más. Y esta colección que aprecian ustedes es de mi más estricta propiedad, mi vida entera está dedicada a su custodia. Pero esos otros libros, más especiales, sí que los vendo. Algunos incluso los restauramos, quedan preciosos.

—Cuando habla de nosotros, ¿a quién se refiere?

—Oh —emite una risilla apagada—, me temo que es un uso inapropiado del plural mayestático. Más allá de mis libros, que son mis más fieles amigos, creo que el «nosotros» está proscrito en esta casa.

—Y cómo le ha llamado: ¿Dorleac?

—Claro, claro, un buen empleado, se preocupa mucho por mí, quizá demasiado.

—¿Viaja usted mucho?

—En absoluto. No salgo de mi mundo salvo si es estrictamente necesario.

—¿Y cómo accede a los libros que compra?

—Tengo una buena red de contactos que me proveen de material. Llevo muchos años en esto.

—Hemos comprobado que tiene también un despliegue importante de medidas de seguridad —apunta Vera.

—Ah, sí. —Hace un gesto con la mano, como restando importancia —. Tenemos varias cámaras en la finca. Ya ven que vivo un poco aislado, lo cual es maravilloso, pero al mismo tiempo algo inquietante cuando cae la noche. Las cámaras me dan cierta

seguridad.

—Ya imagino. ¿Es suyo el correo electrónico antoniolopezz25@gmail.com?

Me mira con gesto perplejo.

—Lo cierto es que no lo sé.

—Es la cuenta con la que crearon Libros con Encanto en Facebook.

—Bueno, entonces supongo que será mío, sí.

—¿Gestiona usted las redes sociales?

—Me temo que no —aquí parece desconcertado—, demasiada modernidad para mí.

—¿Y quién lo hace? ¿Dorleac?

—No, no, Dorleac es mi cuidador, de quien dependo día y noche. Eso... —parece pensar—, eso lo hace un chico que viene de vez en cuando y me ayuda con las compraventas. Él se ocupa de lo que llaman «las redes».

—¿Cómo se llama el chico?

—Leo... —Nueva sombra de duda—. Leo Benítez.

—¿Se encuentra aquí?

—No, qué va. Viene de vez en cuando, sin horarios ni obligaciones, básicamente cuando necesita sacarse una paga.

—La cuestión, señor Galindo, es que ese correo electrónico ha sido utilizado para contactar con un joven en Pamplona por algo que no tiene nada que ver con los libros.

Me mira extrañado. Se frota las manos, como recordando algo.

—Eso no es posible. Quizá alguien haya suplantado la cuenta, ocurre muy a menudo, según tengo entendido.

—Es posible. ¿Dónde podemos localizar al chico? Quizá nos pueda aclarar algo.

—Claro que sí, pero no sé dónde tendré su dirección. Si me da una tarjeta, la busco y las llamo.

—¿Tiene aquí el ordenador que utiliza?

—No, él viene con su portátil.

—Otra pregunta. Usted compró esta finca en el año 2001, ¿verdad? —Asiente con la cabeza—. A la empresa Black Mask.

—Así es. —La voz le sale un tono más grave.

—¿Conoció al señor Bruno Medina? Era el dueño de la empresa.

Su rostro se congela en un rictus forzado y tenso, con una mirada severa de ojos casi escondidos dirigida hacia el infinito.

—Hace mucho de eso, señorita —dice en el límite de un silencio incómodo.

—No solo le compró la finca, sino que no inscribió la compraventa en el Registro. Sigue apareciendo a nombre de Black Mask. ¿Por qué?

—No sabría decirle, me deja sorprendido, habrá sido un error de la gestoría.

—¿Tiene relación con el señor Medina?

—Me vendió la casa, nada más.

—Pero coincidieron en la universidad, ¿es cierto? Acudía a su clase de Escritura creativa.

—Tenía muchos alumnos por aquel entonces.

Vera, sentada con las piernas cruzadas, se mueve entonces levemente como para pedir turno.

—¿Por qué se marchó de Pamplona? —pregunta.

—Supongo que necesitaba un cambio de aires. Por aquel entonces quería escribir, era mi verdadera vocación. Llevaba tiempo trabajando en un libro ambientado en Chile. Así que apliqué a un puesto de profesor en una universidad de allí y me contrataron.

—¿Acabó su libro?

—Más o menos...

—Y luego volvió a España.

—Volví para cambiar de aires, sí.

—¿Sabía que en internet está usted muerto? —lo pregunto a bocajarro para pillarlo por sorpresa.

Abre los ojos todo lo que las oscuras cuencas le permiten.

—Vaya, eso sí que es un entuerto propio del género negro. Permítame pensar que usted no le otorga veracidad.

—No, no —es ocurrente y su forma de expresarse, unida al tono suave de su voz, resulta incluso hipnótica—, ya veo que está usted vivo, no se preocupe. Pero una tal Luciana Flores colgó esta foto de su lápida en Facebook.

Giro el iPad y se la enseño. Apenas lanza una ojeada de

curiosidad, poco más. No hay duda de que la ha visto antes. Si a mí me enseñaran algo así por vez primera, arrebataría la *tablet* para verlo mejor.

—No sé quién es esa tal Luciana y desde luego puedo garantizarles que estoy vivo, quizá no plenamente, pero sí con las constantes vitales en vigor.

—¿Lo ayudó el señor Medina a volver a España?

Nueva punzada de incomodidad.

—Bueno, me vendió esta casa, si se refiere a eso.

—¿Sigue manteniendo relación con él?

—Evidentemente no. Fue hace siglos, ya no tengo ninguna relación con él ni con nadie.

—¿Recuerda a Maca Rodrigo? —le pregunta Vera de repente.

Alza la mirada para posarla en mi compañera. Su rostro ha cambiado de expresión, una nueva mutación, y ahora esboza una ligera sonrisa melancólica y sus ojos denotan tristeza.

—Cada día.

—¿Estaban muy unidos? —le pregunto.

—No diría tanto, pero sí le tenía mucho cariño. Era una chica muy especial y lo que le ocurrió fue... horrible.

—Fue en esa misma clase donde coincidió con Bruno Medina, ¿verdad?

—Creo que, muy a mi pesar, nuestro grato encuentro está llegando al final.

—Señor Galindo —lo interrumpe Vera—, la subinspectora le está haciendo unas preguntas en una investigación policial. Debo recordarle que tiene la obligación de contestar.

—Es hora de descansar, profesor. —La aparición de su cuidador me pega un susto de muerte. Trae un vasito de plástico y una pastilla—. Su medicación.

El profesor suspira aliviado tras la interrupción.

—¿Lo ven? —dice entonces recobrando la compostura—. Se preocupa demasiado por mí.

XI

Cinta número 11 — junio de 1996

(Exterior. Noche. Están en el coche de Íñigo. Entra Adrián).

ADRIÁN. Puto plan de mierda, eso es lo que ha sido, un puto plan de mierda.

SALVA *(voz en off)*. ¿Por? ¿Qué coño ha pasado? ¿Qué te ha dicho?

ADRIÁN *(se gira para mirar a la cámara, la mirada alterada, los ojos enrojecidos)*. ¿Que qué me ha dicho? Que no se fía de mí, que está segura de que tengo algo que ver con todo esto y que... *(llora de rabia, está fuera de sí, golpea el salpicadero).* ¡Y que no quiere volver a verme en la puta vida!

ÍÑIGO. Pero, vamos a ver, en teoría ibas a animarla a que lo denunciara. ¿No lo va a hacer?

ADRIÁN. Que no, joder, que no se acuerda, pero está segura de que Bruno no le hizo nada.

ÍÑIGO. ¿Qué? Pero si lo pilló desnudo sobre ella, tenemos hasta fotos.

ADRIÁN. Sospecha que algo les hice, que les metí algo. *(Llora de rabia).*

ÍÑIGO. ¿Eso te ha dicho?

SALVA *(voz en off)*. Tranquilos todos. Con el tiempo que ha pasado, aunque se haga una prueba ya no quedará ni rastro de lo que les metimos.

ADRIÁN. ¿Metimos? ¡Se lo metiste tú!

SALVA *(voz en off)*. Bueno, bueno, no nos pongamos exquisitos. Estamos juntos en esto.

ADRIÁN. Eso es lo que más me ha dolido. No ha sospechado de vosotros, ni siquiera de ti *(señala a Salva)*, sino de mí. Cree que soy un mierda como tú.

SALVA *(voz en off)*. Vaya, muchas gracias. Te recuerdo que al menos hice algo por ti mientras tú te pasabas el día gimoteando y regalándole florecillas.

ADRIÁN *(se gira).* ¿Y qué quieres, que encima de te dé las gracias?

SALVA *(voz en off)*. Hombre, bastaría con un «no tenías por qué» o algo así. Lo cierto es que me la he jugado para que tuvieras una oportunidad con ella.

ADRIÁN. Pues la has cagado, macho, la has cagado pero bien.

XII

El GPS está más perdido que Bruno. Cada vez que recalcula la ruta es para llevarlo al mismo sitio y está empezando a impacientarse. Se encuentra en mitad de la nada, en una carretera que colinda con lo que iba a ser el centro comercial, pero sin poder acceder al terreno.

Finalmente decide aparcar y sale del coche. Frente a él, al otro lado de una leve colina, se encuentra un mamotreto de hormigón sin terminar: el Centro Comercial San Bernardo que se quedó en grado de tentativa. La obra se detuvo recién puesta la estructura, que muestra un semblante inquietante con los huecos de ventanas y puertas sin cubrir y esperpénticos grafitis que recubren los bajos. La vegetación trata de acercarse al perímetro, pero se lo impide una gravilla seca y árida que rodea el edificio. No sería el lugar ideal para buscar cobijo en mitad de la noche.

Camina hacia el edificio, lleva consigo una palanca metálica y una linterna, únicas herramientas con las que pretende enfrentarse a la oscuridad y a los obstáculos que pueda depararle ese horizonte intimidante.

Llega por fin a lo que parece la entrada, circular y ancha, seguramente destinada a albergar una gran puerta giratoria. La cruza despacio con cierto escepticismo. El interior es tan tétrico como se imaginaba: una enorme galería repleta de locales comerciales a cada lado, completamente vacíos, y con un piso superior que asoma a la planta principal y del que apenas se ve gran cosa desde abajo. Bruno camina por el ancho corredor despacio, mirando dónde pisa en un suelo repleto de basura y botellas de cristal.

Conforme avanza, la luz se torna más débil y las sombras ganan espacio, acrecentando la sensación de estar penetrando en la cueva del lobo. Revisa el móvil para situarse. Ha sacado de internet el proyecto de cómo iba a ser todo aquello y le cuesta procesar que el lugar que prometían las infografías, tan lleno de vida, se haya convertido en una mole de cemento triste y gris. Localiza enseguida el casino, que estaba justo al otro lado de donde se encuentra. «El viejo no pujó...». Está seguro de que allí debe de haber algo.

Escucha un crujido a su espalda. Se vuelve de inmediato, asustado, pero no ve nada. Quizá alguna rata, debe de estar plagado.

Enciende la luz de la linterna y sigue caminando en la oscuridad.

Amanda está muerta de miedo. No tiene la menor idea de qué hace allí, por qué demonios se le ha ocurrido seguir a Bruno en vez de dejarlo a su aire. Nunca ha puesto objeciones a los planes de los tres amigos ni tiene el perfil de esposa controladora y acaparamarido que tanto detesta. Íñigo necesita a sus amigos casi tanto como a ella misma, son parte de su vida, son su auténtica familia, y jamás se interpondría entre ellos.

Por eso no entiende qué está haciendo allí tras los pasos de Bruno, de la misma forma que no sabe qué hace el propio Bruno metido en aquel lugar sacado de una película de terror. Pero la forma que ha tenido de marcharse, precipitadamente y sin darle muchas explicaciones, le ha generado la duda y con ella la necesidad de averiguar qué trama.

Cuando ha visto el localizador del todoterreno que se ha llevado Bruno —sí, todos sus coches tienen un localizador, obsesiones de Íñigo por la seguridad—, y ha comprobado que se dirigía hacia el lugar que indicaban las escrituras de propiedad que vio de madrugada, no ha podido evitarlo y se ha lanzado detrás.

Después de un seguimiento discreto de media hora, ha aparcado a bastante distancia de Bruno y se ha metido en el edificio tras sus pasos. Ha sido poner un pie dentro y se ha arrepentido al instante; demasiado tarde. Ha pisado unos cristales que han crujido y le ha

dado el tiempo justo para echarse a un lado, esconderse entre las sombras y evitar que la viera. Lo tiene delante, a varios metros de distancia, linterna en mano.

Tiene la tentación de salir de su escondite, revelarle sus intenciones y ayudarlo a buscar lo que sea que esté buscando. Pero no está segura de si su aparición le hará gracia, así que prefiere seguirlo agazapada.

XIII

—Está como un cencerro.

Es mi conclusión cuando nos sentamos en el coche, ante una Vera que no ha abierto la boca desde que hemos salido de casa de Samuel Galindo.

Tengo previstas dos paradas más. La primera, el despacho donde trabaja Olivia; después, intentaré hablar con Bruno Medina, flamante vendedor de la finca del pirado. Luego me uniré a Igor en la búsqueda de cámaras o testigos en la calle de la chica. Pero antes acerco a Vera a la comisaría para que pueda atender a los padres de Olivia, que acaban de llegar.

—Es un hombre consumido, tiene un aspecto terrible —concluye ella—. No es ni un reflejo de lo que era cuando lo conocí.

—No se parece en nada al tipo que interrogaste, desde luego.

—Tendremos que hablar con su ayudante y ver qué pasa con la cuenta de correo. Quizá sea verdad que hayan sufrido un hackeo o una suplantación de la cuenta.

—Puede ser —digo mientras sorteo los coches con mi habitual celeridad—, pero es demasiada casualidad. Si hubieran hackeado la cuenta de alguien que no tuviera nada que ver con todo esto, te lo compro, pero ¿precisamente la de un antiguo profesor de Maca?

—Tampoco nos obsesionemos. Hazme caso, a lo largo de treinta años perseguí decenas de pistas falsas y lo hice con todo entusiasmo para luego llevarme la bofetada.

—Te lo repito por si no lo has pillado. El profesor de Maca,

supuestamente muerto en Chile, está vivo y coleando escondido en una biblioteca del terror. El mismo cuyo interrogatorio borraste del expediente porque te lo pidieron sus alumnos. Pues ese mismo sujeto tiene una finca perdida en el monte que le compró a Bruno Medina, compañero de Maca. Y el correo electrónico con el que nuestro hombre creó la cuenta de Instagram para dar indicaciones al chico es el mismo que el utilizado por el profesor pirado en una cuenta suya de Facebook. —La miro fijamente, intentando adentrarme en sus pensamientos—. Claro que voy a obsesionarme. Espero que me dé hoy mismo el contacto del chaval que le lleva las redes, si no pediré una orden. Y en cuanto al Bruno ese, hoy mismo iré a verlo, para saber qué relación tiene con el profesor.

—Bruno Medina es una de las fortunas más importantes del país.

—¿Y? ¿Crees que tendría que borrar su interrogatorio del expediente?

—Solo te digo que tengas cuidado, es un hombre muy poderoso y un paso en falso te saca de la investigación y de la policía.

Lo agradezco cuando sale por fin del coche. No puedo con ella.

Tardo veinte minutos en llegar al despacho de Olivia, ubicado en una de las Cuatro Torres. Tras las oportunas acreditaciones tanto en la recepción del edificio como en la propia oficina, situada en la planta treinta y dos, termino esperando en una lujosa sala de reuniones con increíbles vistas a la ciudad. Apenas dos minutos después aparece un hombre que rondará los cincuenta años, impecablemente vestido con un traje gris marengo, camisa blanca y corbata oscura, se dirige a mí con gesto preocupado.

—Soy Ignacio Ariza, socio del despacho y jefe de Olivia. ¿Hay alguna novedad?

Nos presentamos y tomamos asiento en una mesa infinita. Enciendo la grabadora, anuncio el interrogatorio con referencia al día, la hora y el número de expediente y empezamos.

RENATA BLASCO. ¿Cuándo fue la última vez que la vio?

IGNACIO ARIZA. Ese mismo día cuando se marchó del despacho. Serían las ocho y media de la tarde, más o menos.

RENATA BLASCO. ¿La notó nerviosa, rara, preocupada?

IGNACIO ARIZA. En absoluto. Al contrario. Habíamos firmado una operación importante en la que llevábamos meses trabajando y estaba eufórica. Había hecho una gran labor y la felicitaron varios socios.

RENATA BLASCO. ¿Tiene algún cliente conflictivo? ¿Alguien con quien Olivia haya trabajado? ¿Alguna amenaza?

IGNACIO ARIZA . ¡No! De ninguna manera. Este es un despacho especializado en derecho de empresa, subinspectora, y nos cuidamos mucho de contar con clientes respetables. No llevamos temas penales ni por supuesto defendemos a delincuentes.

RENATA BLASCO. Eso dicen todos.

IGNACIO ARIZA. ¿Perdón?

RENATA BLASCO. ¿Cuánto tiempo lleva Olivia en este despacho?

IGNACIO ARIZA. Casi tres años.

RENATA BLASCO. ¿Sería posible contar con un listado de los clientes con quienes haya trabajado en estos años? Ya sé todo ese rollo de la confidencialidad de los abogados, pero lo único que queremos es revisar el listado por si hay alguna coincidencia con nuestra investigación.

IGNACIO ARIZA. Bueno... Tendría que consultarlo con los compañeros, pero creo que podríamos facilitárselo, obviamente, solo para los fines de la investigación.

RENATA BLASCO. Obviamente.

«Solo para los fines»... Será imbécil.

De nuevo en el coche, pongo rumbo a casa de Bruno Medina. Me ha dado sus teléfonos de contacto y sus direcciones un compañero de la Brigada de Información. He llamado primero a su oficina, pero me han dicho que estaba de vacaciones, aunque se encontraba en Madrid. Así que voy directo a su casa a ver si lo pillo viendo Netflix.

Dejo el coche mal aparcado en mitad de la calle General Oraá, frente al portal donde vive. Miro a mi alrededor y me encuentro rodeada de hordas de turistas que van y vienen, y no puedo evitar sentir una ligera envidia por esa despreocupación que transmiten las caras de los paseantes, ajenos al mundo y a sus problemas, ajenos a las pesadillas y a quienes las provocan, ajenos, desde luego, a mi

obsesión por encontrar a una pobre chica. Me fijo en ellos y los veo caminar tranquilos, tomando cafés en las terrazas, hablando por el móvil, acarreando bolsas de tiendas caras después de haberse gastado una fortuna engordando las arcas de la Milla de Oro.

Debo decir que el dinero no me impresiona. No quiero sonar altiva ni engreída, pero es la verdad. Mi padre tenía una gran fortuna que heredamos mi madre y yo y nunca me ha faltado nada, ni por necesidad ni por capricho. Valoro el dinero y lo que cuesta ganarlo y siento admiración por aquellos que logran alcanzar sus metas y acaudalar una fortuna. Pero, quizá por haber vivido entre algodones toda mi vida, no me impresiona el derroche y mucho menos la ostentación.

El portero de la casa se muestra reservado y no contesta a ninguna de mis preguntas, más allá de acompañarme hasta el ascensor.

Una vez arriba, toco el timbre y espero. Un rellano precioso, he de decir, con sus techos labrados con elegantes molduras y una bonita escalera de mármol adornada con una moqueta impecable de color granate.

La puerta se abre y aparece un hombre alto, sonriente, de ojos vivos, con el pelo mojado, como recién duchado, y una barba de varios días. Guapo, segunda nota mental. Diría más, imponente incluso. Y lo peor de todo es que lo he visto en alguna parte.

—¿Es usted el señor Bruno Medina?

La sonrisa se le amplía todavía más.

—Aunque en este momento la respuesta es algo complicada, lo cierto es que no lo soy. ¿Quién lo pregunta si puede saberse?

—Renata Blasco, subinspectora de la Policía Nacional. ¿Se encuentra él en casa?

La sonrisa se torna en un gesto de preocupación.

—Me temo que no, ha salido.

Detrás del hombre se aprecia un enorme salón tras unas puertas correderas abiertas. Tiene encendida la televisión y en este momento están dando las noticias. No hay ni rastro de la chica desaparecida en los medios, aunque están hablando de los crímenes del librero.

—¿Quiere pasar?

En realidad, no sé por qué digo que sí, porque sin Bruno no tengo mucho que hacer allí. Supongo que por puro cotilleo, por echar un ojo a la casa y conocer a este hombre que huele tan bien.

Entramos en el salón y se escucha la voz del reportero: «La policía ha intensificado la investigación de los denominados "crímenes del librero" a raíz de la aparición de una flor en el lugar donde fue asesinada la primera víctima, Macarena Rodrigo. En las calles de Madrid cada vez existe una mayor inquietud por saber si en los próximos días volveremos a enfrentarnos a la desaparición y asesinato de una joven, como ya...».

El hombre quita el sonido.

—Es terrible, la verdad —dice por fin—. ¿Cree usted que volverá a ocurrir?

—No tengo ni idea.

—Por cierto, no me he presentado. Soy Álvaro Díaz de Arcaya, amigo de Bruno.

Ahora caigo, el propietario del fondo de inversión, el millonario que coincidió también con Maca y el profesor chiflado.

—Un placer —contesto con mi mano envuelta en la suya—. ¿Y sabe a qué hora más o menos regresará?

—Uy, ni idea. Estoy pasando unos días en su casa, pero él va y viene. ¿Va todo bien? ¿Se ha metido en algún lío?

—No que yo sepa. ¿Desde cuándo lo conoce? —Ya que estoy aquí, vamos a indagar un poco.

—Siglos, diría. Nos conocimos en la universidad.

—¿En Navarra?

Me mira extrañado.

—Así es.

—¿Conoció al profesor Samuel Galindo?

Desvía la mirada mientras piensa.

—Creo que nos dio una asignatura de literatura o algo así un semestre. Pero luego no sé qué pasó con él, no lo recuerdo, la verdad. ¿Ha ocurrido algo?

—Coincidió con Bruno Medina y el profesor en la clase de Maca Rodrigo, ¿verdad?

Ahora sí, su rostro se ensombrece y las facciones, antes relajadas, se contraen.

—Sí, así es. Fue algo terrible.

—¿Era amiga suya?

—Me hubiera gustado, porque era una chica estupenda, pero en realidad solo coincidí en una asignatura optativa. Yo estudiaba Administración de Empresas y ella Derecho, tampoco teníamos amigos comunes. Pero su muerte fue un mazazo para todo el campus.

—Imagino. ¿Recuerda si la policía habló con usted? ¿Con el resto de compañeros?

Parece recordar.

—La verdad es que no. Quizá sí que vino alguien a preguntarnos algo, pero no recuerdo que nos interrogaran.

—¿Le suena Vera Durán?

Piensa, entre esforzado y contrariado.

—No sé, ahora no caigo, aunque no soy muy bueno con los nombres.

—Es la inspectora que llevó a cabo la investigación de la muerte de Maca.

—Pues ahora mismo no sabría decirle, ha pasado una eternidad y no es precisamente un capítulo de nuestra vida que nos guste recordar.

Esto no da mucho más de sí. Por muy bien que huela, tengo trabajo.

—Le dejo mi tarjeta. Dígale al señor Medina que me llame, por favor, a cualquier hora. Es urgente.

Hora de irse. Echo una última ojeada al salón, francamente bonito con esa enorme terraza y la promesa de la calle Serrano al fondo. Antes de despedirme recibo un mensaje de Igor:

> Igor
> Sigo en la calle de Olivia. Ven cuando
> quieras.

Voy enseguida.

Igor
Por cierto, ¿a qué no sabes quién vive en Madrid? Jorge Lezaun, el exnovio de Maca, al que detuvieron como sospechoso. He hablado con él. Te paso su teléfono por si quieres verlo.

El hombre no me quita ojo de encima. Opto por marcharme. Me acompaña solícito a la puerta y me da la mano con firmeza.

—En cuanto hable con él le diré que la llame, subinspectora Blasco.

XIV

El casino es como un edificio independiente, conectado con el centro comercial por una pequeña galería. Basta con cruzar el acceso para encontrarse con el mismo panorama desolador. Unos pequeños halos de luz entran por unos tragaluces instalados en la cúpula del techo, como columnas vaporosas que impactan contra el suelo. Más allá de ellas, la oscuridad es total.

Bruno ilumina toda la estancia con la linterna. Alrededor de la sala circular se abren otras salas, imagina que para albergar los distintos juegos del casino.

Al principio, tras una pasada rápida con la linterna por las paredes, no lo ve, pero después, cuando decide bordear todo el perímetro para que no se le escape nada, encuentra el hueco. Está horadado en el suelo, en un lateral, y esconde una escalera que desciende hacia una completa oscuridad.

Con una buena dosis de miedo que no tiene por qué disimular ya que está solo, baja las angostas escaleras dándose palabras de ánimo. Se distrae pensando qué destino habrían dado a aquel lugar, seguramente oficinas del propio casino donde guardarían, además, las fichas o el dinero. Una vez abajo, se encuentra con un pasillo largo y estrecho, con varios marcos vacíos a ambos lados, donde las

puertas debían separar los despachos. Camina hacia ellos despacio, iluminando el interior de todos. No hay nada. Al menos el suelo está más limpio y despejado que arriba; supone que ni siquiera los ocupas se habrán atrevido a llegar tan lejos.

El último despacho situado al fondo es algo más grande que el resto. Entra con precaución e ilumina las paredes. Se detiene enseguida en una de ellas. En la esquina inferior derecha se aprecia una trampilla metálica, cerrada con un candado. El corazón le da un vuelco. Está seguro de que ha encontrado algo. Tanto tiempo dándole vueltas a aquella maldita frase, alimentando las dudas sobre su amigo... Por un momento duda si darse la vuelta y marcharse, olvidarse de toda aquella locura.

Pero no.

Deja la linterna en el suelo enfocando la trampilla y se pone de cuclillas para observar el candado. Está oxidado, lleva tiempo cerrado. Coge la palanca y trata de forzarlo. Necesita varios intentos hasta que finalmente el cerrojo se desprende y cae al suelo con un sonido metálico que reverbera por la habitación.

Vuelve a coger la linterna, abre la trampilla y entra.

Amanda está segura de que ha oído un grito, pero no tiene intención de mover un músculo. Está paralizada por el miedo.

Lo ha visto descender por unas escaleras hace unos instantes y de momento ha preferido esperar escondida en una de las estancias laterales. El corazón le bombea con tanta fuerza que está convencida de que lo pueden oír. En bendita hora se le ocurrió meterse en ese jardín.

Al cabo de unos minutos oye pasos. Asoma tímidamente la cabeza en el momento en que Bruno corre hacia la salida atropelladamente, rápido, desesperado, como si estuviera huyendo.

Se debate entre correr tras él y salir de allí o bajar para descubrir qué ha venido a buscar. El sentido común la apremia a escoger la primera opción, pero quién quiere vivir guiándose por lo razonable. Una fuerza renovada le sale de las entrañas, la empuja a salir de las sombras y a caminar hacia las escaleras.

Utiliza la linterna del móvil para guiar sus pasos. Cuando baja el último peldaño, se da cuenta de que sus dientes castañean de miedo y siente de nuevo la tentación de correr. Pero sus piernas siguen su rumbo y bajan escalón tras escalón, hasta encontrarse con el angosto pasillo.

En el suelo, las pisadas de Bruno han dejado unas huellas sobre el polvo reinante. Se dirigen hacia el despacho del fondo.

Como su linterna tiene mucho menos alcance que la de Bruno, tiene que bordear todo el despacho para encontrar por fin la trampilla. Está abierta, con el candado en el suelo.

Nueva punzada de temor e inseguridad que vence definitivamente por la curiosidad de descubrir qué se esconde al otro lado. Se agacha y entra. Es una estancia estrecha y alargada, como si fuera una futura caja fuerte como la que tienen los bancos. Ilumina un lateral y encuentra una cama, sucia y polvorienta, que parece llevar años sin uso. En el suelo unas botellas de agua vacías y unos recipientes de cartón.

Ilumina hacia el otro lado y cuando lo ve ahoga un grito. Da un paso atrás, se choca con la pared, trata de alejarse de aquella estampa sin poder quitarle los ojos de encima.

El esqueleto de un cadáver aparece sentado en una esquina: la caja torácica, los huesos de los brazos caídos, de las piernas estiradas, sin rastro de piel ni órganos, adornado únicamente con jirones blancos de tela que cuelgan de sus hombros, como si se resistieran a despojar al desdichado de un mínimo de dignidad, y cuatro pelos encrespados que cuelgan todavía de la calavera.

El cuerpo de Amanda tiembla descontrolado. Cuando decide salir, se tropieza con la angosta trampilla, histérica, como si en cualquier momento el cadáver alzara su mano esquelética para retenerla y arrastrarla consigo a su particular infierno. Finalmente logra salir y corre despavorida.

En su huida no ha sido consciente de que ha pisado un objeto tirado en el suelo, cubierto de polvo.

Un sello de lacre con la palabra exlibris en mayúsculas.

XV

Cinco recipientes de comida y diez botellitas de agua. No hace falta ser una experta en secuestros para darse cuenta de que tiene cinco días de vida, la previsión que su secuestrador ha hecho de su estancia entre aquellas paredes.

Olivia dejó de gritar enseguida, no tenía sentido. Nadie podía escucharla y lo más probable era que terminara enloqueciendo con el eco de su propia voz.

Y eso que de vez en cuando nota una vibración. Se queda inmóvil, sin respirar, coloca las manos sobre el metal y advierte sin ninguna duda un ligero temblor que se aproxima, cobra su máxima tensión y luego se desvanece. En esos momentos siente la tentación de gritar de nuevo.

Dejó también de llorar. Tampoco tenía sentido. Pasó varias horas derramando lágrimas, primero de miedo, luego de impotencia, finalmente de tristeza. Ahora entiende que no sirve de nada. Todavía es pronto para abandonarse a la frustración; de hecho, aún mantiene una mínima esperanza. Está segura de que su novio habrá dado la señal de alarma y la policía la estará buscando. Tienen muchos medios, lo ha visto en las películas, y podrán seguirle el rastro hasta allí.

De momento su intención es seguir con vida todo el tiempo que pueda. Racionará el agua y la comida, caminará de lado a lado para que no se le atrofien los músculos, intentará dormir todo lo posible. Su organismo y su propia mente se niegan a tirar la toalla.

Salvo que... Vuelve a mirar hacia arriba, hacia la compuerta, temerosa de que se abra de pronto y no sea precisamente la policía quien asome la cabeza.

Nota de nuevo un ligero temblor. Apoya las manos y, en contra de su propio criterio, grita.

XVI

La tarde se nos ha echado encima. Estoy en el salón de Olivia junto a Vera e Igor, contemplando cómo uno de nuestros informáticos aporrea un ordenador situado en la mesa de comedor.

Igor lleva la voz cantante.

—Hemos revisado por fin todas las cámaras de seguridad de la calle, aunque de momento no hay nada interesante.

La pantalla se divide en cuatro rectángulos, cada uno de los cuales proyecta la grabación de una cámara diferente.

—Entre las once y las dos de la mañana circularon por esta calle un total de cuarenta y un vehículos. Aquí tenéis el listado de las matrículas. —Nos tiende una hoja a cada uno—. Treinta y dos coches, cuatro furgonetas, tres camiones, uno de ellos el de la basura, y dos motos.

—¿Alguno se detiene frente al portal? —pregunto.

—Ninguna cámara enfoca directamente al portal. Tenemos una de tráfico en la entrada —indica en la pantalla el cuadrante correspondiente— y otra en la calle que desemboca, lo que nos permite saber quién entra y sale y cuánto tiempo tardan en hacerlo. Hay también una en un pakistaní y otra en el local que hay justo aquí abajo. Es una tienda de ropa que está pegada al portal. En esta cámara se aprecia el único vehículo que se para cerca. Es una furgoneta de reparto que les cambia algunos materiales. Ve a las once y cuarenta, anda majo —le pide Igor al informático.

Se muestra un local en penumbra. La cámara está situada sobre el mostrador y el escaparate aparece en segundo plano, pero se aprecia lo suficiente para ver lo que ocurre en la calle. Junto a la puerta de entrada hay apiñadas unas cajas, y unos maniquíes se alzan precintados con plástico. Tras el cristal aparece entonces una furgoneta que se detiene ante la tienda.

—Ponlo a cámara rápida, que se tira cinco minutos con esto. Aquí lo veis. Llega el repartidor, abre el local, saca todo el material para retirar y luego mete el nuevo. Carga de nuevo la furgoneta con los maniquíes y las cajas antiguas, cierra la tienda y se larga. Es el único vehículo que se detiene junto al portal, al menos frente a la tienda, el portal está un poco más a la izquierda. Ya sé que no es mucho, la verdad.

—Pues no —confirmo—, es una mierda.

—En cuanto al resto de vehículos, calculando el momento en que entran a la calle y salen, y el tiempo que se tarda normalmente en recorrerla, podemos concluir que hay tres coches que pasan algo más de lo normal: la furgoneta y dos vehículos.

—¿Los tenemos localizados?

—Tus compañeros están en ello.

—¿Y hay alguno que no entre pero salga? —pregunto—, ¿que estuviera aparcado allí?

—Sí, este. —Nos tiende una fotografía de un SUV blanco con los cristales tintados—. Debía de estar aparcado a unos metros del portal. Pertenece a un tal Felipe Rodríguez, estamos tratando de localizarlo. Por las imágenes no podemos apreciar al conductor.

—Pues vaya —murmura Vera mientras deja su puesto para deambular por el salón—, ¿y testigos?

—Nadie vio nada.

—¿Algún vecino? —pregunto.

—Tampoco. En este edificio hay doce apartamentos, pero solo están alquilados dos, el de Olivia y otro.

—Qué raro, esta zona es buena.

—Pero el edificio pertenece a una empresa que quiere quitarse los alquileres para reformar y vender. Es lo que me ha dicho un vecino del portal de al lado.

—Será un fondo buitre de esos... —apunta Vera—, nos acabarán echando de Madrid.

—¿Alguna cosa más?

—He echado un ojo al móvil de Olivia —ahora responde Vera—, nos han mandado un acceso desde Informática. Lo que he visto hasta ahora no es relevante. La chica no paraba de trabajar. Alguna salida con amigas, y buena parte de su escaso tiempo libre lo pasaba con su novio. He hablado también con él. Me ha dicho que Olivia era muy miedosa, que siempre andaba asustada de que pudiera pasarle algo. —Se sienta en el respaldo del sofá—. El día de su desaparición insistió en que subiera a dormir con ella, pero no pudo. Anda roto por eso. Sus padres, obviamente, mal. No han aportado gran cosa.

—¿Conexión con las otras víctimas? —pregunto, aunque sé la respuesta.

—Cero.

Pongo los brazos en jarra y suspiro hondo mirando fijamente el ordenador.

—Lo dicho, una mierda, Igor —voy a torturarlo un poco—, estamos en mitad de Madrid y un tío se lleva a una chica con una herida sin que lo vea ni un vecino, ni un testigo... No me lo creo. Céntrate en las cuatro cámaras a ver qué tenemos.

Asiente con gesto de desagrado y murmulla algún tipo de insulto que no percibo. Ya sé que no es justo por mi parte porque, para empezar, no tendría ni por qué estar aquí, y además está haciendo un buen trabajo, pero por alguna razón siento un regocijo interior abusando de mi autoridad con este personaje.

—Vera, si en el día de hoy el profesor cadáver no nos envía el contacto del chaval ese, mañana me planto otra vez en su casa.

—Estoy de acuerdo.

—Incluso habría que pensar en una orden de registro. —Ella asiente, poco convencida—. Si pudiéramos entrar, Igor podría revisar los libros, uno a uno, por si encuentra algo.

Vera gira la cabeza para evitar que la veamos reír.

—¿Qué libros? —pregunta el pobre inocente.

—A lo tuyo, Igor, tú a los vídeos.

—Hijaputa. —Ahora sí que lo he oído.

XVII

Es la una de la mañana cuando Ane llega a casa. Ha comido con unas amigas y han alargado la sobremesa tomando algo en un bar. Está derrotada y no ve el momento de meterse en la cama.

No sabe qué ha hecho Íñigo. Le envió un mensaje para decirle que no la esperara y le respondió con un «siempre te esperaré». No tiene la cabeza muy despejada para elucubraciones.

Se quita los tacones en la entrada para no hacer ruido y cruza el

pasillo rumbo a su dormitorio. Pasa frente a la puerta abierta del despacho y se detiene al verlo. Íñigo está inclinado en la silla frente al escritorio, profundamente dormido. Tiene el ordenador encendido, como si hubiera estado trabajando. Por un momento le ha recordado a Álvaro: más de una vez se lo ha encontrado así y ha tenido que arrastrarlo a la cama.

Duda si despertarlo o no. No le apetece entablar conversación y mucho menos iniciar otras cosas, así que prefiere irse sin hacer ruido. Pero la curiosidad la pierde y no puede evitar acercarse para echar un ojo a lo que estaba haciendo antes de quedarse dormido.

En la pantalla aparecen varias páginas de internet abiertas con noticias del día. Tuerce el gesto al comprobar que varias de ellas hablan de los crímenes del librero. En otra sale la biografía de una chica, sacada de la página de un despacho de abogados. Es rubia y guapa, es lo único que acierta a distinguir con unos ojos que se le cierran del sueño. Olivia Suárez. No le suena de nada.

Pero es lo que hay sobre el escritorio lo que le llama la atención. No lo ve bien y tiene que acercarse un poco más, colocarse al lado de Íñigo con cuidado para poder apreciarlo. Se inclina hasta que sus cabezas están a pocos centímetros de distancia. Nota su ronca respiración junto a la oreja.

Es una fotografía de una pared, con una inscripción pintada en rojo: «De los doce que...». Una mano se estampa contra la imagen y Ane suelta un alarido. Íñigo sonríe a su lado.

—¿No te han enseñado que espiar a la gente es un pecado mortal?

—Joder, Íñigo, casi me matas del susto. ¿Qué cojones haces a esta hora?

—Esperar a mi esposa, como no podía ser de otra manera. —Apaga rápido la pantalla y vuelve la fotografía del otro lado mientras Ane se lleva una mano al pecho reponiéndose todavía—. ¿Qué tal lo has pasado?

—Mejor que tú, eso seguro. ¿Te has quedado aquí encerrado todo el día?

—He dado una vuelta por ahí, pero sí, básicamente. La vida de Álvaro es un verdadero coñazo. De no ser por la mujer que tiene, es

para tirarse por esa ventana.

—No seas idiota. —Le da un torpe manotazo.

—Un momento... —Se acerca para olerlo—. ¿Estás bebida?

—Pues claro que sí, ¿por quién me tomas?

—Vaya, esta podría ser mi oportunidad... —dice sonriendo.

Ella no puede evitar sonreír también, pero, aunque la situación le provoca un claro cosquilleo, está demasiado cansada.

—Tienda cerrada, cielo, por descanso semanal. Me voy a la cama.

Se acerca a darle un beso en la mejilla, pero él le agarra la espalda y la atrae, juntándose las mejillas.

—Estás desoyendo tus deberes conyugales —le dice.

Ella se aparta unos centímetros, lo mira, sonríe y a continuación lo besa. Acaricia su cuello con una mano mientras deja que él la rodee con las suyas. Disfruta con la calidez de su lengua y con esa explosión excitante que se expande por su cuerpo. Cuando intenta elevar una pierna para acomodarse al cuerpo de Íñigo, trastabilla y a punto está de caer. Toma conciencia de que el alcohol ingerido pesa más que la excitación y decide parar. Le agarra el mentón con una mano y lo aparta con delicadeza.

—Me temo que hoy no estoy para muchos deberes, creo que he bebido demasiado. Si te aburres, puedes llamar a la Olivia esa —dice señalando la pantalla— para ver si ella me sustituye. —Una sombra de preocupación muta el rostro de Íñigo—. Aunque te aseguro que no será lo mismo.

XVIII

Cinta número 13 — abril de 1996

(Interior. Noche. Baño de un bar. Música amortiguada. El habitáculo es pequeño y en él están Adrián y Salva. Este último está preparando sobre la taza del inodoro tres rayas de cocaína).

SALVA. Curica, no te echarás atrás, ¿verdad?

ADRIÁN. Me lo has llamado tantas veces que ya ni me molesta.

SALVA. Pues mejor... *(Se inclina y esnifa la primera de las rayas).*

ÍÑIGO *(voz en off)*. ¿La habías probado alguna vez? *(Adrián niega con la cabeza).*

Pues te lo mereces, tío, de verdad que te lo mereces. Con esto lo verás todo mucho mejor. No tengas miedo.

(Adrián se inclina sobre el inodoro y Salva le hace la señal de la cruz con la mano).

SALVA. Yo te bendigo en el nombre del padre...

(Un momento de duda y finalmente Adrián esnifa su parte. Se levanta bruscamente y se choca contra la puerta, respirando fuerte, nervioso. Salva aplaude. La cámara enfoca un primer plano y se mueve en una imagen confusa al cambiar de mano).

SALVA *(voz en off)*. ¡Muy bien, tío, ya eres todo un hombre!

(Íñigo termina su parte, toma de nuevo la cámara y los tres salen del baño).

XIX

—¡Nenaaaa! —Es la única persona sobre la faz de la tierra que permito que me llame así—. *¡Mucho* alegría verte!

Dimitri me envuelve con sus brazos musculados y me abraza con sinceridad.

Hace días que no vengo a terapia y ya no podía más. Siento la maldita presión en la cabeza que amenaza con hacerla explotar. No son migrañas, no es un dolor agudo en las sienes, es algo diferente y mucho más desagradable. Es una presión craneal, como si poco a poco mi cerebro creciera varios centímetros y buscara la forma de salir apretándose contra mis ojos, mis oídos, mi nuca, mi frente. Tampoco es nuevo, lo padezco desde que tengo uso de razón y es muy desagradable.

Se separa para mirarme de arriba abajo, evaluándome como una madre protectora.

—¿Tú comes? Muy delgada, nena, muy delgada —me dice con su

marcado acento moldavo.

—Esta temporada peor.

—Comida es importante, ¿sí? ¿Sigues fumando?

—Qué va, ya te dije que lo había dejado.

Sabe que miento, huelo a tabaco a distancia. Pero Dimitri, mi terapeuta de cabecera, psicólogo, confesor, el único hombre que sabe más de mí que yo misma, nunca me juzga, nunca me pregunta, nunca me reprende cuando advierte alguna de mis mentiras. Simplemente está ahí, ofreciéndome cobijo en sus brazos cuando anticipa mi caída.

De adolescente descubrí que solo había dos formas de aliviar la maldita presión craneal: el sano ejercicio de la violencia o el consumo urgente y rápido de alcohol. Cualquiera de las dos, en la dosis suficiente, conseguía que la presión disminuyera y volviera el equilibrio a mi cuerpo y mente, al menos durante unos días. Sin embargo, la fórmula mágica se complicó cuando me saqué la oposición; la receta resulta a todas luces incompatible con mi profesión de policía.

Conocí a Dimitri una tarde en comisaría, recién estrenada en mi oficio. Estaba sentado en la entrada, esperando poder hablar con un agente sobre uno de sus chicos, que habían detenido por posesión de drogas. Era un día caótico y me pidieron que lo despachara. Quedé cautivada por aquel hombre que de forma altruista pretendía ayudar a uno de sus alumnos. Convencí a mi superior de que soltaran al chico a cambio de que Dimitri se comprometiera personalmente a que no volvería a las andadas. Hoy aquel chico trabaja en unos grandes almacenes, está casado y espera su primer hijo. Así descubrí que Dimitri es un hombre que protege a los suyos y siempre cumple una promesa.

—Hoy tengo sesión corta, ando un poco liada de trabajo. ¿Tenemos algo rápido y efectivo?

—Siempre para ti, nena... Déjame ver.

Pasea la mirada por su gimnasio. Es grande y cutre, con poca iluminación para ahorrarse luz y que no se aprecien los detalles. Tiene en el centro un cuadrilátero y a su alrededor, varios equipos de entrenamiento y musculación. Podría pagarme algo más

moderno, limpio, con un entrenador de película romántica y en el centro de Madrid, pero vengo aquí por él. Cada vez que cruzo la puerta me embarga una sensación de hogar, de protección, que no consigo encontrar ni en mi propia casa.

En este momento habrá una treintena de chicos diseminados por el gimnasio. Sobre el ring un entrenador alienta a un chaval a mover los pies más rápido. Los ruidos de los golpes contra los sacos, los jadeos de quienes levantan pesas, los gritos de un par de entrenadores quedan diseminados bajo una música estridente, moldava, que solo le gusta a Dimitri.

—Lo tengo.

Se dirige con paso firme hacia un chaval que golpea una pera colgada del techo. Le comenta algo, el otro me mira, sonríe y asiente con la cabeza. Sé lo que está pensando. Van a ser los doscientos pavos más fáciles de toda su vida.

Abro la bolsa y saco mis guantes. Dimitri coge mis cintas, extiende mi mano y la va envolviendo fuerte desde mi muñeca hasta mis dedos. Lo hace firme, pero con delicadeza, con cariño, el mismo que aplicará después para curar mis heridas si la cosa se complica.

—Mejor tú calientas antes de empezar, ¿sí?

—Nunca.

—Y tienes que entrenar también. ¿Cuánto tiempo no dar clase? ¿Eh? ¿Cuánto? ¿Hace cuánto que no te dar clases? Tú piensas que ya saber todo, ¿sí? No, no, nena, no, no.

—No lo pienso, lo sé —digo orgullosa—. He tenido el mejor maestro.

Gruñe mientras me encinta la otra mano.

—¿Tuvimos suerte esta semana?

Sé a qué se refiere. Es el único que lo sabe.

—No. Seguimos igual. Marcador a cero.

—René, René..., ¿cuándo lo dejas? Te está consumiendo la vida, mujer. ¿Y qué crees que harás si encuentras? ¿Qué hacer?

—Ya sabes lo que haré.

—Eso no me gusta, no me gusta. Tú es policía, y muy buena policía, ¿sí? Tienes que cumplir ley. El trabajo sucio... Eso es a gente como yo, ¿entiendes, nena? Tú no.

—Gracias por preocuparte, Dimitri —corto una conversación que hemos tenido mil veces—. ¿Y tú? ¿Cómo está Irina?

—Ah, no hables. Ella jodiendo con custodia. Dice ahora que Dimitri es mala influencia para chicos, ¿puedes creer? ¿Eh, nena? ¿Yo, mala influencia? Hija de puta. —Las palabrotas siempre las pronuncia impecables.

—No le hagas caso, eres un padre estupendo.

—En fin, no hablar de mí, me gusta mucho más tus problemas.

—¿Qué me dices del chico?

Dirijo una mirada al ring, donde me espera mi nuevo contrincante calentando en la lona, lanzando golpes al aire.

—Está con nosotros hace unos meses. Necesita dinero. Cabeza no mucho funciona, pero bueno chico, ¿vale? Mucho ojo con golpe izquierdo, tiene gancho fuerte, no confías. ¡Eh! Y cuando digo para, se para, ¿sí? No hacer como última vez, nena, te conozco, no como última vez.

—¿Está federado?

—¡Pues claro!

¿Es legal pegar una paliza a alguien para saciar una presión craneal? ¿Puedes golpear a una persona hasta matarla sin tener ninguna consecuencia legal? La respuesta es sí, basta con estar federado. Una de las maravillosas paradojas de la vida. Si le pego en la puerta del gimnasio y le pasa algo, acabo en la cárcel y a la mierda mi carrera; pero si lo hacemos sobre el cuadrilátero, estando los dos federados y en un gimnasio homologado, no pasa nada, es parte del deporte, me ganaré el respeto de mis compañeros y quién sabe si hasta un billete al campeonato regional.

Y esta es la terapia que me provee el bueno de Dimitri. Jóvenes inflados de orgullo masculino y testosterona, justos de dinero, que pertenecen a la federación de boxeo y que no pueden creerse la oportunidad de ganar doscientos euros por pelear con una esmirriadilla como yo. Ellos consiguen un dinero fácil y yo, aliviar mi cabeza. Todos salimos ganando, salvo que...

—¡Sin casco! —le grito antes de que Dimitri me ponga el bucal.

—Ni hablar —brama el propio Dimitri—. Los dos pone casco o no pelea, ¿sí?

El chico se lo quita y lo arroja fuera de las cuerdas. Tiene un gesto divertido, prepotente, me encanta.

—Si la princesita quiere sin casco, no voy a decir que no. —Habla como un concursante cutre de *reality*—. Y eso que me da pena pegar esa carita tan guapa.

—Nena, pones casco como hay Dios. Te recuerdo última vez que...

Corto la frase y subo. No hago calentamiento previo, nunca, necesito que la acción sacuda mi cuerpo con toda rotundidad, rápida, inesperada, brutal. Lo último que veo con claridad es la sonrisa estúpida que me dirige el compañero, y mi último pensamiento racional son las ganas que tengo de borrársela.

A partir de ahí, el combate siempre se me representa como en una nebulosa, como si lo pasaran a cámara rápida, desenfocaran la imagen y apenas tuviera tiempo de fijarme en los detalles. No tengo un pleno control de mí misma, no me siento siquiera en mi propia piel. Noto los golpes, me duelen, trato de esquivarlos, flexiono las rodillas, suelto un crochet tan pronto como aparece una oportunidad, disfruto con cada acierto, con el contacto violento de mi guante contra su rostro.

La adrenalina no tarda en hacerse cargo de mí y me lleva en volandas de lado a lado, esquivando, distrayendo, atacando, en una sucesión de golpes de los que no soy del todo consciente.

Lo único que siento, y eso sí lo hago con toda intensidad, es cómo la presión de mi cabeza se va soltando, los nudos que tensaban mis nervios se desatan poco a poco, generándome una completa y absoluta sensación de bienestar.

Un grito me devuelve a la realidad. Estoy sentada sobre el chico que permanece inmóvil e inconsciente en el suelo, moviendo la cabeza de lado a lado al compás de mis puños, que no paran de buscar sus pómulos, su mandíbula, su sonrisa ya olvidada. Se le ha caído el bucal y un hilillo de sangre espesa cae por sus mejillas.

Dimitri se abalanza sobre mí y me aparta, elevándome en el aire.

—Otra vez, nena, joder, otra vez...

XX

Cinta número 12 — abril de 1996

(Interior. Día. Clase de Escritura creativa).

PROFESOR. El odio es el motor de todo crimen. Tenedlo claro. Es una emoción primitiva, visceral, un rasgo característico del ser humano. Ningún otro animal tiene la capacidad de odiar a un semejante como lo hacemos nosotros. ¡El odio!

SALVA. Joder, acojona cuando habla así.

ÍÑIGO *(voz en off)*. Ya te digo...

(La cámara enfoca al resto del aula. Los alumnos permanecen atentos, boquiabiertos ante una explicación más visceral de la habitual).

PROFESOR. El odio se alimenta del miedo, del resentimiento, de la injusticia... *(cada vez más exaltado, escribe ODIO con grandes letras en la pizarra)*, y cuando nuestros derechos, aquello que nos pertenece, nuestra identidad, nuestra ideología, nuestro amor *(mira entonces fijamente hacia Adrián*) están amenazados, el odio es la única respuesta defensiva frente a dicha agresión.

SALVA. Mira a nuestro Romeo.

(La imagen se desplaza hacia un lateral. Adrián permanece atento a la explicación. Hace zum sobre su rostro. Tiene los ojos abiertos, brillantes, pero su cara no denota asombro como los demás, él está concentrado, expectante, excitado).

PROFESOR. El odio nos hace ver al causante de nuestra injusticia como merecedor del daño o la violencia *(mira hacia la cámara).* Y a eso se resume la literatura negra, mis queridos alumnos. Ella se lo merece. Nosotros matamos.

SÁBADO, 15 DE JUNIO DE 2024,
QUINTO DÍA DEL JUEGO

I

Es la una y media de la mañana cuando Amanda entra en casa. Ha estado tentada de irse a dormir con sus padres, de llamar a Ane o de pasar la noche sola en un hotel, pero al final ha preferido volver a casa. A esas horas confía en que Bruno esté dormido y no tenga que enfrentarse a él hasta el día siguiente.

Busca en la cocina una pastilla para tratar de conciliar el sueño. Ve restos de una cena en la mesa. Siente una ligera punzada de remordimiento por haberlo dejado solo y haber desatendido sus llamadas y mensajes. Pero necesitaba pensar, reflexionar sobre lo que había visto, tratar de ordenar sus ideas e intentar dilucidar qué demonios hacía Bruno en aquel lugar horrible.

Se descalza y sube a su habitación sin hacer el menor ruido. Se lava los dientes, omite desmaquillarse y se pone el pijama. En un minuto está ya en la cama y sentirse bajo las sábanas, que conservan todavía el olor de Íñigo, le da una cierta sensación de seguridad.

Oye un ruido. Alguien sube las escaleras con paso torpe, marcando cada pisada. Amanda no respira siquiera, atenta al más leve sonido. Los pasos llegan al pasillo y se detienen. Oye un murmullo, es Bruno hablando consigo mismo. Arrastra los pies hasta la puerta de la habitación. Dos golpes suaves.

—¿Amanda? ¿Estás despierta?

Tiene la voz pastosa y aletargada. Momento de duda para ella. Hacerse la dormida y esperar que emprenda rumbo a su cuarto, o dejarlo pasar con ella en la cama, vulnerable, culpable en cierta

medida por haberlo seguido esa mañana.

—Pasa. —Se decide con voz débil mientras enciende la lámpara de su mesilla.

La puerta se abre entonces y aparece un Bruno desmejorado. Lleva el pelo revuelto, el pijama mal abotonado y empuña una botella de cerveza. Con solo dar dos pasos, Amanda advierte que está borracho.

—¿Has bebido?

—Un poco, sí, perdona... Como no me cogías el teléfono y estaba solo, y no sabía con quién hablar ni qué hacer, me ha dado por probar un poco de ron, luego unas cervezas, otra vez ron...

Se desploma sobre un sillón esquinado.

—Sí, lo siento, se me ha complicado el día.

—A mí también, a mí también... —Da un sorbo a la bebida.

—¿Qué has hecho?

Bruno la mira entonces y, pese a la evidente embriaguez, sus ojos caídos muestran esa mirada triste e ingenua que lo caracteriza. Se restriega con la mano la cara enrojecida.

—Meterme donde no me llaman, eso es lo que he hecho.

Amanda intuye una confesión y pone interés, se sienta apoyada contra el cabecero de la cama para atender a sus palabras. Él apenas le dirige la mirada.

—Cuéntame —lo incita.

Bruno apura de un trago la cerveza y la deja en una mesilla.

—Por dónde empiezo... —La mira entonces, como si percibiera por primera vez que está allí—. ¿Puedo confiar en ti, Amanda? ¿Serás capaz de guardarme un secreto, incluso ante el propio Íñigo? Esa es la duda que me corroe. Por otro lado, estoy aquí, en tu casa, no tengo a nadie más con quien hablar y no puedo guardarme esto.

Es una pregunta incómoda, difícil de responder, pero Amanda, en ese punto, sería capaz de prometer cualquier cosa con tal de saber qué está pasando.

—Siempre que no le perjudique a Íñigo, cuenta conmigo.

—Esa es la cuestión, mi querida Amandita, esa es. Bueno, ahí va, *alea jacta est*. Hace unos años, cuando el padre de Íñigo vivía, estuvimos un día en su casa. Pasamos un rato con él fumando en su

despacho. Ya sabes lo aficionado que era a los puros, como su hijo. Creo que es lo único en común que tenían. El padre era un hombre complicado, bueno, ya lo sabes, muy estricto, déspota... —Sí, Amanda lo sabe bien. Solo recordarlo la sigue produciendo un nudo en el estómago—. La cuestión es que, en un momento dado, padre e hijo se fueron a hacer no sé qué y me quedé solo en el despacho. Me dio por fisgonear por ahí, ya sabes, cotillear cajones, armarios..., y así es como encontré una especie de acertijo que el hombre tenía grabado detrás de un cuadro, donde escondía la caja fuerte. Obviamente, no dije nada, aunque desde entonces no me lo puedo quitar de la cabeza. Joder, Amanda, no sé por qué lo he hecho.

—¿El qué? ¿Qué es lo que has hecho?

—Cotillear, eso es; en lugar de disfrutar de la vida de Íñigo, me he dedicado a intentar averiguar si la frase significaba algo o no.

—Y lo has descubierto —concluye ella.

Él apoya la cabeza en el respaldo y mira al techo. El olor a alcohol ya se nota en toda la habitación.

—Lo que descubrí me ha llevado esta mañana a un centro comercial abandonado a las afueras. Era un proyecto en el que el padre de Íñigo trató de invertir, pero que luego no salió adelante. —Se levanta y comienza a caminar por la habitación—. Joder, creo que no he pasado tanto miedo en mi vida. De haberlo sabido, habría llamado a Sergio. Te lo juro, Amanda, era como una puta película de terror.

—¿Qué había?

Él la mira de pronto, tiene los ojos enrojecidos y le tiembla la mandíbula. Se acerca entonces a la cama, se sienta junto a Amanda y le agarra las manos.

—Me lo has prometido. No se lo dirás a Íñigo.

—Prometido.

—Un cadáver. No sé cuánto tiempo puede llevar allí, es más bien un esqueleto. Te juro que es lo más horrible que he visto nunca.

—¿Y quién es?

—Ni puta idea, Amanda, no se lo he preguntado. He salido disparado y he vuelto a casa para agarrarme el ciego de mi vida.

—¿Crees que tiene algo que ver con mi suegro?

—No lo sé, no lo sé. Pero, si es así, no sé cómo se lo tomará Íñigo.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Se lo vas a contar? ¿Vas a avisar a la policía?

Bruno recuesta la cabeza en el regazo de Amanda. Ella sabe cómo reaccionar, pero quiere que siga hablando. Acaricia suavemente su pelo enmarañado.

—No tengo ni idea, estoy bloqueado, no sé qué hacer. ¿Tú qué harías?

—Tienes que avisar a la policía. Has encontrado un cadáver, Bruno. Si lo acaban descubriendo, pueden llegar a saber que has estado allí y entonces se te caerá el pelo, podrían incriminarte.

—¡No tengo nada que ver con eso!

—Por eso tienes la obligación de avisar a la policía, porque si no lo haces, te podrían acusar de encubrimiento, como mínimo.

—¿Y si tiene algo que ver con el padre de Íñigo?

—Pues que le jodan; total, está muerto, poco le pueden hacer ya. Y ya me ocuparé yo de consolar a Íñigo. —Alza la cabeza de Bruno con las dos manos, para poder mirarlo a la cara—. Hay una persona muerta hace años encerrada en un sótano que seguramente tendrá una familia, gente que le ha estado buscando todo este tiempo...

Él ladea la cabeza mientras la mira.

—¿Cómo sabes que está encerrada en un sótano?

Amanda se alarma ante su metedura de pata. Trata de disimular.

—Lo has dicho antes, ¿no? Igual me lo he imaginado, dónde va a estar si no, ¿en la puerta principal?

Bruno se levanta y vuelve a andar por la habitación, pensando y decidiendo qué camino tomar.

—Quizá tengas razón, pero no podemos implicarnos, no, no, no; tenemos que mantenernos al margen.

—Una denuncia anónima.

—¡Exacto! Espera. —Saca el móvil del bolsillo y busca en internet —. Lo vi en las noticias hace poco. Mira, aquí está. En la página de la Policía Nacional hay apartado para denunciar delitos de forma anónima. ¿Me ayudas? En mi estado vete a saber qué pongo.

Le da el teléfono y se sienta en la cama junto a ella. Amanda

rellena el formulario, sencillo y directo, explicando de forma telegráfica la existencia del cadáver y dónde encontrarlo. En la casilla «ubicación» pone Centro Comercial San Bernardo. Él la mira de reojo mientras ella escribe: está seguro de que no le ha dado ese nombre.

II

Son las ocho y media de la mañana y estoy sentada en una cafetería cerca de la Puerta del Sol degustando mi segundo café hirviendo.

Ayer por la noche llamé a Jorge Lezaun y para mi sorpresa accedió a verse conmigo sin poner ni media objeción. Hemos quedado aquí, cerca de su casa, antes de que se vaya a trabajar. Es director de un hotel en Mirasierra y este fin de semana tiene varios eventos.

Después me veré en comisaría con Vera e Igor, a quienes he cancelado cualquier plan de sábado que tuvieran en mente. «Qué cojones voy a hacer yo aquí sino trabajar. ¿Acaso tengo pinta de turista? ¿Quieres que me suba a una barquita en el Retiro? ¿Me marco un chotis con alguna divorciada?», me responde Igor. No sé de dónde han sacado a este tío, pero no me extraña que nos lo hayan prestado una temporada.

Se abre la puerta del local y aparece Jorge. Como soy la única mujer sentada a una de las mesas, tiene fácil la identificación. Se acerca y nos saludamos.

Imposible comparar al hombre que tengo sentado delante con el chico de veinte años que aparece en el expediente de Maca. Está claro que los años pesan para todos, pero algunos soportan más peso que otros. El chico guapo y atlético de los interrogatorios ha dado paso a un hombre de complexión gruesa, con varios kilos de excedente amenazando con implosionar bajo un traje demasiado ajustado.

—Gracias por atenderme, señor Lezaun.

—No hay de qué. —Tiene la típica voz rasgada por el tabaco—. Llámeme Jorge, por favor. Eh, ¿está usted bien?

Lo he intentado disimular con ración extra de maquillaje, pero hay un par marcas de mi sesión de terapia de ayer que no he logrado esconder.

—Oh, sí, sí, gajes del oficio. Gracias por preguntar. Bien, son solo un par de cuestiones, no le robaré mucho tiempo.

—Imagino que es por Maca. He visto lo de la flor.

—Así es. Hemos reabierto el caso, a ver si damos con algo.

—Y ahí es donde aparezco yo, principal protagonista.

—Pues sí, no se lo voy a negar.

—Creo que todo lo que sabía quedó ya dicho en su momento. Fueron muchas horas de interrogatorios, una auténtica tortura, imagino que lo tendrán todo. Además, ha pasado ya tanto tiempo...

—Lo sé, y supongo que será difícil incluso recordarlo. Solo un par de cuestiones rápidas y lo dejo tranquilo. ¿Ha ido a Pamplona últimamente?

—Mis padres viven allí, así que trato de escaparme cuando puedo. Pero no voy desde Semana Santa.

—¿Ha tenido contacto con alguien de su promoción, de su época de estudiante? Algo fuera de lo normal, quiero decir, gente con quien no hablaba desde hace tiempo.

—No, la verdad es que no. Es una época que prefiero dejar atrás, ya me entiende, no fue fácil para mí.

Parece sincero.

—Comprendo. Después de tantos años, ¿qué guarda de todo lo que pasó?

La pregunta le sorprende, se recuesta en la silla y reflexiona. No estoy aquí para volver a interrogarlo, sino para conocer a un testigo directo y quien fue en su momento único sospechoso de los crímenes del librero. Jorge se queda pensativo, reflexionando la respuesta.

—Lo primero que me viene a la cabeza es rabia. Me detuvieron por algo que no hice. Luego me soltaron, sí, pero nunca olvidaré la cara de mis padres cuando vinieron a verme al calabozo. Las pruebas eran ridículas y, aun así, ustedes..., bueno, la policía se empeñó en querer involucrarme.

—Sí que había alguna prueba, he visto el expediente.

—Y una mierda, subinspectora. Estaba claro que alguien me tendió una trampa y aquella mujer, la detective del caso, en lugar de descubrir quién había sido, se empeñó en querer encerrarme.

—¿Se refiere a Vera Durán?

—Jamás olvidaré ese nombre. ¿Quería al asesino? No tenía más que descubrir quién me dejó la nota o quién escribió en mi anuario. Ahí lo tenía. Pero en lugar de eso era más fácil atrapar al exnovio celoso.

—Un clásico.

Sonríe por primera vez. Está claro que los treinta años pasados han apaciguado sus ánimos. El hombre se recuesta en la silla y cruzo los dedos para que no la rompa.

—Y lo segundo es tristeza. En realidad, es lo único que me queda. Apenas salí unos meses con Maca, pero era una chica extraordinaria y me marcó. Al final lo nuestro no funcionó y, cuando me dejó, me partió el corazón, eso también lo recuerdo bien, pero por encima de todo me quedo con los buenos ratos. —Se mira las manos, parece estar rescatando imágenes de su memoria—. Pena. Tristeza y rabia. Que el muy hijo de puta que le hizo aquello siga por ahí suelto y lo volviera a hacer me parece terrible.

Reviso mi iPad en busca de alguna nota o pregunta que hacerle, pero reconozco que no es un interrogatorio en el que haya pensado demasiado. Ha surgido por casualidad y lo he aprovechado, poco más.

La imagen del profesor vuelve de nuevo a mi mente.

—¿Conoció a un profesor llamado Samuel Galindo?

—No estoy muy seguro, la verdad. ¿Era un profesor de literatura?

—Eso es.

—Sí, me acuerdo. Un tío raro.

—Maca se apuntó a su clase de Escritura creativa el año en que la mataron.

—Sí, sí, lo poco que hablé con ella después de cortar fue para contarme lo emocionada que estaba con esa clase. Era una gran lectora y devoraba toda novela que caía en sus manos, especialmente policíacas. Yo le regalé más de un libro.

—¿Sabe si antes de su muerte salía con alguien?

—No lo sé, la verdad; tenía muchos pretendientes. Era un bellezón. Siempre supuse que salía con alguien del club de lectura ese al que iba, pero vete a saber. —Ladeo la cabeza, no sé de quién habla—. Sí, mujer, coincidieron en la clase del profesor ese, el tal Galindo, y luego montaron una especie de club de lectura. Al principio iban varios alumnos, pero luego fueron desmarcándose conforme el club desvariaba. Quedaron al final unos pocos, Maca incluida.

—¿Sabría decirme...?

—Si no recuerdo mal, había algún famosete, aunque igual estaban en clase, pero no en el club. No lo sé con certeza.

Rebusco en los archivos de mi iPad, en la carpeta «Fotografías», y le muestro la foto de Maca con aquellos chicos en el bar. Sonríe al ver a la joven.

—Ahí los tiene —me responde—. Ese es Bruno Medina, Álvaro Díaz de Arcaya. Este creo que se metió cura —luego es el Adrián Montero que encontré en internet—, y este de aquí es Íñigo Osorio. No me diga que no los conoce, por Dios, si algunos son ricos y famosos. Han salido en el *¡Hola!* más veces que la Preysler.

—¿Que quién?

Me mira sorprendido. Hace un gesto con la mano para restar importancia a las generaciones que nos separan. Vuelvo a lo mío.

—¿Maca iba con ellos?

—Al final, todo el día. Supongo que fue uno de los motivos de nuestra ruptura, no me hacía mucha gracia su compañía.

—¿Qué quiere decir con que el club desvariaba?

—Bueno, ya sabe, entre libro y libro había un poco de todo. Drogas, sexo... Al menos es lo que se rumoreó por ahí; en realidad, nunca lo tuve claro.

Recibo un mensaje en el móvil. Es de Igor:

Igor
¿Estás operativa?

Claro.

Igor
Ven a la brigada cuanto antes.

Finalizo la conversación con Jorge observando la imagen de los cuatro chicos y de Mac. Él se levanta, paga los cafés y se dispone a marcharse, pero antes se detiene, se gira y me dice:

—¿Quiere saber lo más macabro de todo? —Asiento con la cabeza —. Al club ese de lectura le llamaron Exlibris.

III

—Sube un momento, por favor —anuncia la voz de Rebeca por el portero automático antes de abrir la puerta.

Álvaro entra en el portal. Es pequeño y oscuro, con una estrecha escalera y sin rastro de ascensor. No le gusta la zona ni mucho menos el edificio. Sube a pie los cuatro pisos preguntándose cómo Bruno permite que su novia viva en un lugar así.

Rebeca espera con la puerta abierta y el abrigo en la mano.

—*Pasá, pasá*, es solo un minuto. Es que tengo compañía. Ya sabes, lo de la humedad. Tengo el *living* patas arriba.

Portal pequeño, casa pequeña. Un estrecho recibidor da acceso a la cocina, a un dormitorio y al salón, donde se oyen los martillazos. Hay dos obreros haciendo un importante destrozo en la pared. Al otro lado, Sergio, jefe de seguridad de la empresa de Bruno, está sentado sobre el respaldo del sofá supervisándolos mientras ojea el móvil. Se levanta cuando aparece Álvaro.

—Buenos días, Sergio.

—Buenos días, don Álvaro. ¿Qué tal su nueva vida? —Le sonríe con complicidad.

—Bueno, no me quejo. Aunque quizá me gusta más la mía.

Rebeca permanece junto a uno de los obreros atendiendo a sus explicaciones:

—Como le decía, señora, estas casas antiguas tienen muchos problemas con las instalaciones. Tiene toda la pinta de que haya una

fisura en la bajante y de ahí el estropicio.

—¿Se podrá arreglar?

—Aunque tenga que echar el edificio abajo. El señor Medina me dejó claro que esto era prioritario.

Álvaro pega un respingo cuando algo roza su pierna. Mira hacia abajo y un gato negro se le restriega buscando una caricia que no va a llegar. No le hacen mucha gracia estos animales y su gesto lo denota.

—Leni, *dejalo* en paz —ordena Rebeca, y el gato obedece, perezoso.

Vuelven los golpes y Álvaro le pide a Sergio que lo acompañe a la cocina.

—¿Y qué haces aquí exactamente?

—El jefe me pidió que supervisara personalmente el arreglo y aquí me tiene, desde las ocho de la mañana viendo picar la pared. En fin, ya sabe lo protector que es.

—Lo sé, lo sé. —Se quedan solos en la cocina—. Como te dije por teléfono, voy a darme una vuelta por mis nuevas posesiones.

—Está todo organizado —le dice sonriendo—. El chófer tiene las indicaciones. Primero van a la finca, donde a la una disfrutarán de una suculenta comida con vistas al viñedo. Después, visita a la empresa. Por la tarde hay menos gente, aunque de todas formas accederán directamente por el garaje y subirán al despacho en el ascensor privado.

—Gracias, Sergio. Lo único que quiero es cotillear un poco la vida de mi amigo, nada más. No sabrás por casualidad dónde guarda su archivo personal, ¿verdad?

—¿A qué se refiere?

—A sus cosas, sus escrituras, cartas, recuerdos...

Sergio se muestra incómodo ante la pregunta.

—Quizá sea mejor que se lo pregunte a él.

—Pero eso rompería las normas del juego, no puedo llamarlo. Cajas de seguridad, por ejemplo. ¿Dónde tiene?

—En su casa tiene una caja fuerte.

—Revisada. ¿Qué más? ¿Oficina? ¿En la finca?

—No, allí no tiene nada.

—¿Bancos?

Se retuerce las manos, no quiere traicionar a su jefe sin querer. Álvaro no desvía la mirada, confía en romper su coraza.

—Vamos, Sergio, no me hagas llamarlo.

—Banco Veskor, en una oficina de la Castellana.

—La conozco. ¿Alguno más? —Niega con la cabeza—. ¿Me organizas por favor el acceso al banco? Iré después de visitar el despacho.

—Claro, aunque si me dice qué busca, quizá pueda ayudarlo mejor.

Álvaro le lanza una mirada condescendiente.

—Créeme, mejor no saberlo.

IV

Coincido con Vera en la puerta de la brigada. Lleva tres cafés y unos bollos, y un gesto de preocupación. Ha recibido también un mensaje de Igor convocándola a una reunión urgente. Algo ha descubierto.

Cuando ve el moratón en el ojo derecho y la marca junto a la boca, agranda los ojos, sorprendida. Me preparo para contestar cualquier excusa, pero no dice nada. Subimos las escaleras en silencio.

Encontramos a Igor en la sala mirando la pantalla de televisión mientras aporrea el ordenador desde el que proyecta las imágenes. El hombre no tiene buen aspecto, peor aún del habitual, quiero decir. Se pone nervioso cuando entramos.

—¿Aquí solo trabajo yo? Luego no vengáis a intentar ficharme y esas tonterías, tengo una cláusula millonaria de rescisión con la Ertzaintza. ¿Qué cojones te ha pasado en la cara?

Este no es tan discreto como la abuela. Hago un gesto para restarle importancia, pero el tío sigue mirándome fijamente.

—Nada. Ayer tuve que ayudar a unos compañeros con una detención.

—¿Ayer? ¿Cuándo? Era de noche cuando nos despedimos.

—¿Y bien? —corta Vera—. ¿Qué has encontrado?

—Nunca me ha gustado la gente violenta, que lo sepas. Olvídate si en algún momento has fantaseado con tener algo conmigo. Vale, sentaos.

Obedecemos, intrigadas.

—Bien, ¿os acordáis de la cámara de la tienda junto al portal de Olivia?

—¿Donde se cambian los maniquíes? —pregunta Vera.

—Exacto. Pues mirándolo con atención, he descubierto esto.

Vuelve la imagen que vimos ayer. Se proyecta desde el mostrador de la tienda, donde se muestra el establecimiento en penumbra y el escaparate en segundo plano. Aparece la furgoneta que aparca enfrente, el hombre abre la verja, entra, apaga la alarma y comienza a sacar el material a la acera, junto al portal de Olivia.

—Aquí. Fijaos. Primero saca los maniquíes antiguos debidamente precintados, y los coloca agrupados en la acera. Luego saca los nuevos de la furgoneta y los mete en la tienda. Y, por último, carga los viejos para llevárselos. Pues bien, aquí —señala el monitor— están los viejos apilados en la calle. Casi no se ven porque están en el límite de la tienda, cerca del portal. ¿Me seguís? Vale, pues todo normal. Y sin embargo... —Retrocede la grabación y la detiene un momento—. ¿Cuántos maniquíes contáis en la tienda?

Me acerco a la pantalla, ahora sí que estoy intrigada. Los cuento.

—Siete.

—Exacto. Pues ahora mirad esto.

Le da al «play». El hombre ha dejado el nuevo material en la tienda, cierra la verja y comienza a cargar la furgoneta con las cajas y los maniquíes viejos. No se ve con mucha claridad porque aparece muy al fondo del encuadre, pero se aprecian lo suficiente los movimientos que va realizando. Conforme los va subiendo, uno por uno, Igor los cuenta en voz alta. Y el resultado nos deja sin palabras: ocho.

—¿Cómo? No puede ser... —dice Vera, se levanta de la silla y se acerca también a la pantalla—. Retrocede y ponlo a cámara lenta.

Obedece y esta vez los contamos al unísono. Nos miramos con la misma cara de sorpresa.

—Y ahora mirad esto —dice Igor.

Retrocede de nuevo, justo en el momento en que el hombre empieza a subirlos a la furgoneta.

—No se ve con mucha claridad, pero... Fijaos. —Sube el primero, lo coloca, sale de la furgoneta, coge el siguiente, lo sube—. Aquí, con el tercero.

—¡Le cuesta subirlo! —exclamo nerviosa.

—Exacto —dice él—, pesa mucho más que el resto.

—Joder, es ella.

—Así se la llevó —concluye—: la colgó de un soporte y la precintó con la cinta blanca.

—Dios mío —exclama Vera.

—Joder, Igor, buen trabajo —me sale sin pensarlo y me arrepiento al ver la expresión de su cara, sorprendido por el piropo. Última vez.

—Pero ¿cómo supo que iban a cambiar los maniquíes? —Vera realiza la pregunta obvia sobre la que nadie tiene respuesta.

Hora de reaccionar.

—Bien, vamos por partes. Igor y yo localizamos la empresa de transportes, quiero la furgoneta y al conductor ya. Por si acaso, voy a llamar a Beltrán para tramitar la orden de busca y captura del vehículo. Vera, ve a la tienda a hablar con la encargada y que te cuente todo eso del cambio de material. Nos vemos en un par de horas.

Nos miramos expectantes, nerviosos.

—Quizá, y solo quizá... —dice Vera.

—Estemos cerca —concluyo.

V

Aunque ha racionado la comida para estirar al máximo cada plato precocinado, no es suficiente para engañar a su estómago durante todo el día. Con el agua ocurre lo mismo.

A esto se añade un continuo malestar por el olor que se concentra en el depósito. Sus propios deshechos permanecen en el cubo azul y

dejan una pestilencia insoportable. Ha optado por taparlo con el camisón, pero no consigue el efecto deseado.

Olivia se cubre con la manta mientras pasa el tiempo sentada, divagando sobre cómo pedir ayuda o salir de allí. Si pudiera de alguna forma liberarse del grillete, cree que, con la debida práctica, tratando de ganar impulso por las paredes curvas, podría alcanzar la palanca de la compuerta.

Pero sigue encadenada a la maldita barra, y eso que ha intentado soltarse de todas las formas posibles. Se ha pasado varias horas, según su propia noción del tiempo, raspando el grillete contra la barra, confiando en erosionar el borde para intentar soltarse. Más allá de caer exhausta por el esfuerzo, no ha conseguido nada.

También ha intentado soltar la barra. Atraviesa el depósito de lado a lado, a unos centímetros del suelo, y se pierde por los laterales. Trató de moverla, de empujarla hacia algún lado, de girarla sobre sí misma. Nada.

La última hora la ha pasado llorando. Ha recordado a sus padres, los ha imaginado en Madrid siguiendo los avances de la investigación, esperando angustiados noticias de su hija, y se ha roto en lágrimas. Pensar en Marcos, en sus amigas, tampoco ha ayudado.

Mantiene la esperanza de ser rescatada en cualquier momento, sueña con ello, pero una voz interior, escéptica, realista, va ganando cada vez más terreno.

Nota de nuevo ese ligero temblor. Ya está acostumbrada y no le genera ninguna expectación. Vienen y van. Piensa que pueden ser coches en una carretera cercana. Ya le da igual.

Pero esta vez es distinto. La vibración no se aleja, sino que cada vez es más fuerte. Se levanta asustada. De pronto para de golpe. Hay alguien ahí fuera. Grita de nuevo, desesperada, renovada en parte la ilusión de que hayan ido a buscarla.

Mira fijamente hacia la compuerta. Daría todo por que de pronto se abriera y escuchara un «policía», o viera el rostro de sus padres, o el de Marcos, o el de cualquiera que la ayude a salir de allí.

En ese momento la palanca empieza a moverse lentamente.

VI

Tengo delante la furgoneta. Estoy junto a Igor en una nave industrial donde hay aparcadas varias camionetas de reparto. Algunas entran y salen, recogen paquetes que se apilan en una zona de carga. Hay bastante actividad a esta hora de la mañana.

—Hasta que no lleguen los compañeros de la Científica esta furgoneta no se toca —ordeno al gerente de todo aquello, un hombre bajito y barrigón con acento extranjero al que no le ha hecho ninguna gracia nuestra irrupción en su tranquila vida.

No ha sido fácil dar con ella. Al parecer no era el transportista habitual de la tienda y no tenían referencias suyas. Tampoco había dejado ningún albarán. Para colmo, la furgoneta no tiene rotulación, a excepción de un pequeño logotipo redondo verde oscuro. Igor se ha pasado un par de horas en un polígono de transporte preguntando a conductores y camioneros si alguno lo reconocía. Le ha costado, pero al final ha dado con uno y aquí estamos.

Caminamos junto al gerente hasta su despacho, una caseta de obra abierta a la propia nave. Se sienta a la mesa y teclea en su ordenador.

—Tenemos un montón de conductores, ¿saben? Todos autónomos. A veces vienen unos, a veces otros; ellos se organizan sus turnos, que para algo son autónomos. —Una manera elegante de decir que los tiene sin contrato.

—Nos da igual todo eso, lo único que queremos es el nombre del conductor que llevó esa furgoneta la noche del miércoles.

Sigue rebuscando. Un coche hace su aparición y aparca junto a la oficina. Son los compañeros de la Científica.

—Aquí lo tengo. Ah, sí, este es un poco pieza, ¿sabe? Buena gente, pero pieza. Se llama Krasimir Vasilev, creo que es búlgaro o algo así. Aquí tiene la dirección que nos consta.

Apunta los datos en una cuartilla y me la da. Necesito un cigarrillo para seguir.

—¿Qué son esas llaves? —pregunta Igor señalando la pared tras el encargado, donde hay colgados medio centenar de llaveros.

—Algunos negocios nos las dan para meter los encargos por la noche.

—¿Ahí guardaba las de la tienda?

—Sí, como las demás. Pero ya le digo que no han aparecido, se las habrá quedado Krasimir.

Salgo para recibir a los compañeros. Están sacando el material del maletero.

—Quiero saber si hay rastros de sangre en la zona de carga, la llevó allí.

Me hacen una señal con la cabeza y siguen a lo suyo.

—Vengo enseguida, voy a respirar un poco —le indico a Igor.

Enciendo el ansiado cigarrillo e inhalo profundamente la primera bocanada. Camino hacia la salida despacio, observando curiosa aquel enjambre de furgonetas, paquetes y conductores que van y vienen. El jaleo de los transportistas a voz en grito recogiendo los paquetes me taladra la cabeza. Me apoyo contra la pared y dejo que un sol muy bienvenido me acaricie la cara.

El teléfono me vibra en el bolsillo trasero del pantalón. Un correo electrónico. Cuando lo abro, recibo una grata sorpresa, creía que no iba a tener noticias suyas:

> Buenos días, agente Blasco:
>
> Tal y como quedamos, le adjunto el listado de los clientes relacionados con Olivia desde que trabaja con nosotros. Me ha costado mucho poder obtenerlo y compartirlo, así que le ruego que se trate con la máxima confidencialidad posible.
>
> Ignacio Ariza

Abro el archivo: treinta y cuatro clientes. Echo una rápida ojeada por ver si encuentro algo interesante en esa relación, que contiene sobre todo empresas conocidas, y la verdad es que solo hay un nombre que me llama la atención porque no es una empresa: Fundación Medinnova. No me suena de nada. Por pura curiosidad, y por matar mi rato de cigarrillo, lo busco en internet y aparecen varias noticias. Al parecer se dedican a la investigación médica,

desarrollan diversas actividades a lo largo del año y organizan algunas galas benéficas.

Reviso con desgana las imágenes que hay sobre la fundación y en una de ellas aparece un hombre entregando un premio con una sonrisa radiante a una mujer mayor sobre un escenario. Me fijo en él porque es realmente muy guapo, alto, delgado, con un impecable esmoquin. Tengo la leve sensación de haberlo visto en algún lado.

Doy una generosa bocanada a mi cigarrillo, que me sabe a vida, cuando de pronto me quedo inmóvil, con la mirada fija en el pie de la fotografía: «Entrega el premio el patrono de la fundación, el doctor Íñigo Osorio». No sé si estoy leyendo bien. Subo el brillo del móvil y amplío la imagen para verlo mejor: efectivamente, el otro miembro del club de lectura que está con Maca en la fotografía del bar y al que hoy mismo nombró Jorge Lezaun.

Entro entonces en la página web de la fundación y accedo a la sección «Patronato». Descubro entonces que este hombre es patrono fundador, ahí es nada. ¿Casualidad? Tal vez, pero odio las casualidades. Así que marco el teléfono del jefe de Olivia.

—¿Ignacio Ariza? Perdone que lo moleste. Por su mensaje he intuido que, pese a ser sábado, estaba operativo.

—Sí, sí, subinspectora, no se preocupe. —Mentira, su tono es de estar molesto—. ¿Va todo bien? ¿Ha recibido el archivo?

—Por eso lo llamo. Verá, tienen como cliente a la Fundación Medinnova, ¿es así?

—Sí, bueno, no es un cliente recurrente. Les llevamos un tema hace unos dos o tres años. Lo hice yo personalmente.

—¿Y participó Olivia en el trabajo? ¿Tuvo contacto con alguien de la Fundación?

—Juraría que no. Yo creo que acababa de empezar a trabajar con nosotros, así que no creo. Normalmente, el contacto con el cliente recae en el socio responsable, en este caso, yo.

—¿Le suena de algo un hombre llamado Íñigo Osorio?

—Sí, claro, a quién no. Es un médico famoso, de una familia muy conocida y con mucho dinero. Si no recuerdo mal, es, además, miembro del patronato de la fundación.

—¿Lo pudo conocer Olivia en algún momento?

Se hace un silencio extraño.

—No termino de entender... Debe saber que el señor Osorio es un médico muy reconocido que participa en muchos proyectos altruistas y fundaciones médicas. No sé qué interés puede tener para el caso.

—¿Lo conoció o no? —Venga, vamos a ir terminando.

—Ya le he dicho que no.

—De acuerdo, ¿y en algún momento...?

—Salvo... —interrumpe pensativo— en la gala a la que acudimos invitados por la fundación. Sí, es verdad. No quiero decir que lo conociera, pero sí recuerdo que Olivia me acompañó. Es un acontecimiento que organizan todos los años y al que asiste la flor y nata de Madrid. Ese año, como les hicimos el trabajo, nos invitaron y fuimos tres miembros del despacho. Un compañero, Olivia y yo. Lo pasamos bien.

—¿Cuándo fue esto?

—El año pasado, creo.

Cuelgo pensativa. Vuelvo a la página web de la fundación y reviso la sección de noticias. Voy pasando páginas hasta llegar a 2023, donde aparece la referencia a la gala anual. Accedo a la galería de imágenes y veo varias fotografías de famosos y gente guapa en un *photocall*, así como otras instantáneas sacadas durante el evento y la cena. Ni rastro de Olivia.

Íñigo Osorio. Resulta que es un hombre que conoce personalmente, o tuvo ocasión de hacerlo, a dos de las víctimas. Que participó en el club de lectura Exlibris con Maca. Obvio que no me gusta.

Me fijo en que todas las imágenes llevan un *copyright* en el pie de foto: «ELL — Estudio Elena Lerdún».

Suena mi teléfono. Es Vera.

—Cuéntame.

—Acabo de hablar por fin con la gerente de la tienda. Es una franquicia de ropa deportiva o algo así, yo al menos no la conocía. La cuestión es que ese mismo día les llamaron de la central para informarles de que iban a cambiar los maniquíes, que los dejaran precintados junto a la puerta antes de cerrar. Como los sustituyeron por unos muy diferentes a los anteriores, se extrañaron y llamaron

para asegurarse de que el material era el correcto y ahí llegó la sorpresa. Nadie les había llamado desde la central, y por supuesto, no había programado ningún cambio de material.

—Esto se complica.

—Como siempre.

—Que rastreen las llamadas, a ver si tenemos suerte y damos con algún número.

—Me encargo. ¿Cómo vais por allí?

—Tengo la dirección del conductor. Voy a mandar gente ahora mismo. Quiero ir a casa de Galindo para ver qué pasa con el chico de las redes. Obviamente, está pasando de nosotras.

—¿Quieres que te acompañe? Ese sitio da *cringe*, como dicen hoy días los jóvenes.

Sonrío ante la expresión, que está mal empleada.

—No te preocupes. Prefiero que hagas otra cosa. Necesito que te pases por un estudio de fotografía antes de que cierren, te paso ahora los detalles.

VII

—¿Te *podés* creer que no conocía su empresa?

Rebeca y Álvaro están sentados en el asiento trasero del imponente Bentley Flying conducido por el chófer de Bruno que sale del complejo empresarial y se incorpora a la carretera. Ella está un poco achispada por la botella y media de vino que han bebido durante la comida.

—No me extraña, mi querido amigo se pasa allí metido media vida, no creo que el tiempo que quiera pasar contigo sea precisamente en su oficina.

—Ya, pero es una preciosidad, me ha entusiasmado su despacho. Y luego se queja... En fin, lamento que no hayas encontrado nada.

—No te preocupes. Ni siquiera sé realmente lo que busco.

La visita a la finca fue la primera decepción. Dos horas husmeando por las habitaciones, salones, bodega... Lo único bueno que se

llevaron fue la comida, digna de una estrella Michelin, que les habían preparado en un comedor acristalado con vistas a un extenso y bonito viñedo. Luego pusieron rumbo a la empresa y, más concretamente, al despacho de Bruno. Allí han estado media hora, no más, porque en una decoración minimalista hay poco armario que revisar.

Afrontan ahora su última visita, el banco Veskor, una oficina privada en la Castellana. Accederán a la caja de seguridad que tiene contratada y, si la decepción se confirma, darán por terminada la búsqueda.

El local goza de unas medidas de seguridad extraordinarias que no son perceptibles desde el exterior. Hay que pasar dos controles de seguridad con puertas blindadas y agentes armados hasta llegar a la recepción, donde les da personalmente la bienvenida el director de la oficina, un hombre servicial y elegante que está al tanto de la peculiar visita. Lo siguen a la caja que Bruno tiene contratada mientras va ensalzando el buen nombre de su mejor cliente.

Entran por fin en una habitación pequeña, sin ventanas, con una bonita mesa de madera y cuatro sillas, y cuyas paredes están cubiertas de casilleros con cerradura electrónica. Diez de esas cerraduras tienen una luz ámbar, a diferencia de las demás, que permanecen apagadas.

—Como supuse que no tendrían mucho tiempo, les he abierto parcialmente las cajas del señor Medina. Para que se abran del todo necesitan la llave física, imagino que la tendrán.

Álvaro asiente con la cabeza y evita dar conversación para agilizar la salida del director. Una vez solos, lanzan una ojeada alrededor para decidir por dónde empezar.

—Ay, Álvaro, no sé si está bien todo esto. Es como andar *chusmeándole* a mi novio.

—Es *chusmear* a tu novio —sonríe—, pero, en realidad, es casi obligación de toda novia.

—¿Y si espero fuera y lo *mirás* vos?

—Tranquilízate, mujer. Si pensara que hay algo comprometido, no te habría traído, no te preocupes. La mayor parte serán escrituras públicas, cuentas bancarias, contratos privados, el testamento...

Nada que deba preocupar a una novia enamorada. Venga, empecemos.

Introduce la llave en la cerradura de la caja elegida y la puerta se abre para que emerja lentamente una caja metálica y alargada. La coge con cuidado y la deja sobre la mesa. Los dos la contemplan expectantes antes de abrirla.

Primera punzada de decepción. Varias carpetas con escrituras notariales que son devueltas a la caja tan pronto como Álvaro comprueba que no tienen interés para él.

—Pero ¿qué *buscás* exactamente? —pregunta Rebeca.

—Cualquier cosa que tenga que ver con Samuel Galindo. Bruno es de los que lo guardan todo, y estoy seguro de que, si lo ayudó entonces, si tuvo alguna relación con él después de lo de Maca, lo tendrá guardado.

Segunda caja, más de lo mismo. Tercera, una espectacular colección de relojes heredados de su padre. Cuarta, testamento y documentación relacionada con él.

Con la quinta se hace el silencio. Los dos contemplan el contenido sin atreverse a tocarlo, conscientes de que lo han encontrado.

VIII

Cinta número 15 — mayo de 1996

(Interior. Noche. Suite *de hotel. Un salón grande, un sofá ovalado y una mesa en medio. Tres chicas sentadas junto a Adrián. Salva aparece en imagen con una tarta y unas velas encendidas).*

ÍÑIGO *(voz en off, empieza a cantar)*. Cumpleaaaños, feeeliiiiz...

(El resto se une a coro. Adrián contempla el homenaje con una sonrisa amplia. Tiene los ojos achispados).

SALVA *(deja la tarta encima de la mesa)*. Acuérdate de pedir un deseo. *(Adrián cierra los ojos unos instantes y sopla las velas entre aplausos. Salva sale de imagen y vuelve con unas copas y champán*

que va sirviendo a cada uno y luego brindan). No sé qué has deseado, pero seguro que se cumplirá esta noche, querido amigo.

(La imagen se apaga. Cuando vuelve a encenderse, enfoca a las tres chicas, que permanecen sentadas en el sofá con la cabeza ladeada. Tienen los ojos abiertos y respiran pausadamente. Una de ellas tiene la boca abierta, por la que cuelga un hilo de baba).

SALVA. Y aquí tienes tu premio. ¿Cuál eliges?

ADRIÁN *(las contempla de pie)*. ¿Están...?

ÍÑIGO *(voz en off)*. Piensa que son tres monjas al servicio reverencial de su sacerdote.

ADRIÁN. Pero se acordarán.

SALVA. De una mierda se van a acordar. Te acabamos de hacer el regalo de tu vida. Elige la que quieras y te la llevas a la habitación. Haces con ella lo que te dé la gana y las llevamos luego a su casa. Mañana se despertarán con un terrible resacón y sin acordarse de nada. Duchita y a clase, tan frescas.

ADRIÁN. ¿De verdad no se enteran de nada?

SALVA *(se aproxima a una de ellas y le da un sonoro bofetón. La chica emite un leve quejido, pero gira el rostro y sigue igual)*. Nada de nada. Venga, ¿cuál eliges? Eres el cumpleañero.

(Adrián se lo piensa, mira a una, luego la otra, finalmente se decide. Coge a la chica de la mano y tira de ella. Se levanta y se apoya en él para caminar. Se marcha hacia la habitación ante el aplauso y las risas de sus amigos).

IX

—¿Está usted loca? Lo tengo todo grabado.

El cuidador del profesor protesta histérico desde la puerta de entrada. En mitad del bosque, sus gritos resuenan prolongados por el eco.

Sí, ya lo sé, quizá haya sido un poco impulsiva, pero en mi defensa debo decir que llevaba quince minutos tocando el timbre sin que me abriera y eso me parece una imperdonable falta de respeto.

Total, que he hecho lo que cualquier otro en mi situación: subir parte de la cuesta para coger velocidad y lanzarme de espaldas contra la valla. El maletero ha quedado hecho un acordeón y necesitará un par de semanas de reparación, pero he conseguido abrirla y entrar.

—Ya le he dicho que ha sido un accidente.

—¡Y una mierda! —El tal... ¿Dorleac?, vaya nombrecito, está fuera de sí—. Si lo he visto todo. Voy a poner una denuncia ahora mismo.

Avanzo hasta quedarme plantada debajo de las escaleras que llevan al porche y el hombre da un paso atrás, parapetándose tras la puerta. Cualquiera diría que está ante una perturbada.

—Haga el favor de marcharse. El profesor no se encuentra bien, está enfermo, no sé cómo tengo que decírselo.

—¿Y Leo Benítez?

Se queda pensativo, me mira mientras procesa la pregunta.

—¿Quién?

—Leo Benítez.

—No sé quién coño es Leo Benítez.

Me empiezo a cabrear. Subo despacio los escalones para acortar la distancia.

—Bien, como te llames, lo podemos hacer por las buenas o por las malas. Prefiero las malas, la verdad, pero estoy segura de que el profesor no. O bien entro, me siento en esa sala lúgubre, el profesor —pero ¿por qué lo sigo llamando así?— me responde a un par de preguntas, me da el contacto del chaval que le lleva las redes sociales y me marcho tan contenta. O bien...

—Pida una orden judicial y podrá hablar con él.

—Ni de puta coña... O bien, saco mi porra extensible, te tiro al suelo, te doy la paliza de tu vida, te esposo y te acuso de haber intentado atacarme. No me hace falta más para llenar esto de policías, hacemos un registro de toda la casa, te mandamos al hospital para que te curen y yo me siento a charlar un rato con el profesor. Así que, querido, soberano imbécil de los cojones, tú eliges.

De pronto veo movimiento tras él. La puerta del recibidor se abre y se escucha una voz débil pero gutural y profunda:

—No tiene sentido prolongar esto, Dorleac. —El hombre se

muestra visiblemente sorprendido y cabreado por la interrupción—. Atiendo a la señorita Blasco y me vuelvo a la cama. Pero me niego a que me llenen la casa de policías.

Dorleac abre por fin la puerta y compruebo que no me estaba mintiendo. Galindo está enfermo, más de lo habitual, quiero decir. Tiene un aspecto terrible, como el de un paciente terminal, permanece encorvado hacia delante en la silla, como si fuera a caerse en cualquier momento.

—Sígame, por favor, y bienvenida una vez más —me dice mientras da la vuelta a la silla y circula hacia el salón.

—¿Ha ido al médico?

—No, no, me temo que a estas alturas ya no me hace falta. Y no se preocupe por mi salud, recuerde que, en realidad, soy hombre muerto. —Me guiña un ojo para coronar el comentario.

Dejamos atrás el salón para entrar en un comedor con una mesa alargada, un par de sillas a un lado y ninguna al otro. Entremedias, la marea constante de libros que inunda todas las estancias. No sé cómo es capaz de circular con la silla de ruedas por el laberinto de estanterías y pilas de libros.

La contraventana está igualmente cerrada, pero presenta un par de lamas rotas por donde se cuelan dos líneas de luz que atraviesan la estancia. Al menos con algo más de luz resulta un poco menos...

—Menos lúgubre que el salón. —Completa mi pensamiento y me acojona un poco—. No se preocupe, tiene usted razón. Llevo tanto tiempo en esta casa que no soy consciente de qué aspecto tiene ante los ojos de un extraño. Siéntese, por favor.

Obedezco y me siento en una de las sillas. Él se sitúa al otro lado de la mesa, se inclina y pone las manos encima.

—Disculpe mi postura, pero tengo la espalda fatal, no puedo ni apoyarla. En fin, usted dirá. No le oculto que me sorprende un poco su visita. Esta mañana está siendo movidita por aquí.

—No quiero molestarlo, señor Galindo, pero necesitamos hablar con la persona que le lleva las redes sociales. Lo que ayer era una petición, hoy es un requerimiento.

—Entiendo, pero no crea que puedo hacer gran cosa al respecto. Hace unos días que no viene por aquí. Desde que vinieron usted y

su compañera he tratado de localizarlo sin éxito. Si le parece, apunte su número de teléfono, quizá usted tenga más suerte.

Me recita el número de memoria y me indica el nombre completo: Marcelo Benítez.

—¿No se llamaba Leo? —pregunto, confundida.

Sus ojos aún se empequeñecen más, casi parecen cerrados.

—No, estoy seguro de que es Marcelo.

—¿Y la dirección?

—No la tengo, lo siento.

Vamos a darle otro enfoque a la conversación antes de marcharme y tratar de localizar al sujeto.

—Creo que el otro día no le gustó demasiado que habláramos de su relación con Bruno Medina.

—Bueno, no quiero que se quede con esa impresión, pero digamos que pertenece a una época a la que no quiero asomarme. Nada más.

—¿Es cierto que el club de lectura de sus alumnos se denominaba «Exlibris»?

Segundo momento incómodo. Sus ojos se han achicado ligeramente y sus manos se aferran con más intensidad a la mesa.

—No lo recuerdo, para serle sincero.

—¿Ha vuelto a tener contacto con ellos?

—¿Con quién?

—Con Íñigo Osorio, Díaz de Arcaya, Salvador Guzmán, Adrián Montero, este último se metió cura, o con otros miembros que tuviera el club. Ya ha negado que su relación con Bruno Medina continúe, así que ni lo he mencionado, ¿ha visto? —Le dedico una sonrisa sarcástica.

En lugar de contestar, sus ojos, grises y apagados, se clavan en los míos de forma inmisericorde. Mantiene la mirada durante unos segundos que se me hacen eternos y me quedo sin respirar, sorprendida por su reacción. Permanece inmóvil, congelado, creo que ni siquiera respira. Es como si todo su ser estuviera concentrado en intentar leer mi alma a través de mis pupilas.

—Señorita Blasco. —Baja el tono de voz todavía más, es como un leve susurro—. Está jugando a un juego muy peligroso del que ni

siquiera conoce las normas.

—¿A qué se...?

—Parece usted una buena chica. La luz que desprende su cuerpo y la fuerza de su mirada me dicen muchas cosas, me conectan con una realidad oculta de la que solo usted es consciente, y ni siquiera por completo. Pero esas pupilas encendidas... Infancia difícil, quizá maltrato, leo en sus ojos una intensa violencia contenida, una ira descarnada que reprime frente al mundo y que rara vez permite que aflore.

Mueve entonces la silla, rodea la mesa y se coloca junto a mí. Me coge una mano, la mira como si fuera una reliquia, la estudia por ambas caras, pasa un dedo huesudo por las líneas de la palma. Lucho por no arrancarla de sus garras y romperle la mandíbula, pero me encuentro paralizada por la curiosidad.

—Si no fuera usted policía, querida, habría podido protagonizar cualquiera de estos libros. Sí, ya lo creo —vuelve a mirarme—, tiene un aura oscura que amenaza con engullirla cada día mientras usted lucha con todas sus fuerzas por mantenerla a raya. —Envuelve con sus dos manos la mía—. Pues no lo haga, Renata, deje de luchar y sea como es en realidad.

—¡Oh, Dios mío! —La voz surge de la puerta. El cuidador irrumpe de pronto al verlo junto a mí.

—Pero, profesor, ¿se puede saber en qué está pensando? —Coge las empuñaduras de la silla y lo desliza hacia atrás—. Ruego lo disculpe, subinspectora, tanta medicación... Les dije que no estaba para visitas, pero ustedes ni caso. Hora de retirarse.

Estoy algo bloqueada con la representación. Infancia difícil, violencia contenida. ¿Ha acertado de milagro? ¿Sabe algo de mí? ¿Lee la mente? Trato de reponerme.

Salimos los tres al pasillo en procesión y me fijo entonces en el rótulo que corona la puerta de una habitación que hay justo enfrente, igualmente repleta de libros.

—«Enigma» —leo en voz alta.

—Así es —comenta Galindo mientras se deja llevar por el cuidador —. Más de dos mil novelas del tipo enigma, también llamadas de «habitación cerrada»: son aquellas que plantean un caso

aparentemente imposible.

Enigma. Es curioso. Es precisamente lo que tengo encima de la mesa desde el jueves, un maldito enigma que no tengo idea alguna de cómo afrontar. Quizá me vendría bien sentarme de nuevo y leerme los dos mil libros de una tacada. Tal vez así obtendría herramientas para descifrar la maldita frase que sigue resonando en mi cabeza.

—«De los doce que vieron, soy el cuarto» —pronuncio en voz alta, de forma involuntaria, mientras camino tras ellos.

Ya en el recibidor, Dorleac abre la puerta para dejarme salir. Doy la mano al profesor, que permanece absorto, como ido, mirando hacia el infinito. Murmura algo por lo bajo que no entiendo.

—Gracias por su atención —le digo.

—Y dejen de venir en una temporada —suelta el cuidador—, este hombre necesita descanso.

De nuevo el uso del plural para referirse a mí sola. Cruzo la puerta, y justo cuando pongo un pie en la escalera para marcharme, escucho a Galindo hablando en voz baja:

—«De los doce que vieron, soy el cuarto», «de los doce que vieron»... Ah, jejeje, ahora caigo, muy astuto. El bueno de Poe...

Armando contempla a través del cristal de la puerta cómo la subinspectora se sube al coche y se marcha. Respira aliviado.

El profesor gira la silla y empuja las ruedas para avanzar por uno de los angostos pasillos. Solo piensa en su medicación y en tratar de dormir un poco, lo cual va a resultar imposible. Le mata la espalda y únicamente puede tumbarse boca abajo, una postura con la que nunca logra coger el sueño.

¿Habrá escuchado la agente su último comentario? ¿Lo habrá dicho en voz alta de verdad o será simplemente fruto de su imaginación? Cada vez le cuesta más distinguir entre la realidad y lo que se representa en su cabeza. Una disociación peligrosa, síntoma inequívoco de que está perdiendo la cordura. Si es que alguna vez la tuvo...

Oye a Armando echar los pestillos. Por fin están solos. Ha sido una

mañana movida. Primero la visita de Vera Durán, inesperada, extraoficial, inquietante; luego, la de Renata Blasco.

Conduce la silla hasta una puerta bajo un pequeño rótulo: «Chacal». Es distinta a las demás. Tiene una cerradura electrónica cuya contraseña solo conocen dos personas, ni tan siquiera el cuidador puede entrar allí. Teclea seis dígitos y entra. Cierra la puerta tras de sí.

La única estancia de toda la casa que no guarda libros, la única que no contiene historias de ficción, sino una verdad negra y oscura como el alma del diablo. Una mesa metálica y una silla como único mobiliario bajo una desagradable luz blanca. En lugar de libros, las paredes están repletas de fotografías, mapas, inscripciones a rotulador.

—Hora de dormir, profesor. —La voz de Armando desde el otro lado de la puerta.

Dormir, dormir, quién pudiera. Sobre la mesa hay un ordenador y varias carpetas. Una de ellas, la que han traído esa misma mañana, tiene un nombre escrito en la cubierta. «Renata Blasco». La ha leído a fondo y su contenido no le gusta.

Dos toques insistentes en la puerta.

Antes de marcharse contempla la pared y su mirada se concentra en un espacio que presiden dos fotografías. De ellas parte mediante líneas y trazos el resto del material desplegado en las paredes. De ellas surge la oscuridad, la locura.

En la fotografía de la izquierda, Olivia Suárez; en la segunda imagen, una mujer que solo el profesor conoce.

X

Cinta número 15 — mayo de 1996

(Interior. Noche. Suite *de un hotel. Dormitorio).*

ÍÑIGO *(voz en off)*. Joder, Adrián, eres un puto animal.

SALVA *(se lleva las manos a la cabeza con una sonrisa en la boca).* Me cago en el curita.

ADRIÁN *(de pie junto a la cama, nervioso, en calzoncillos, visiblemente colocado)*. Me dijisteis que podía hacer lo que quisiera, tú me lo dijiste...

ÍÑIGO *(voz en off)*. Joder, tío, pero controlando un poco, no esto.

(La imagen se desliza por la habitación y pasa por encima de la cama. Por un instante, se ve a la chica desnuda, con una mancha de sangre sobre la sábana a la altura de la cadera. Emite leves gruñidos de dolor. Adrián aparece de nuevo en el encuadre, se sienta junto a la cama y se lleva las manos a la cabeza. Salva se pone a su lado, le da una palmada en el hombro y lo tranquiliza).

SALVA. No pasa nada, tío, no pasa nada, todos desfasamos alguna vez, tranquilidad. De esto nos ocupamos nosotros, que para eso es tu cumpleaños.

ADRIÁN. No sé qué me ha pasado, no lo sé...

SALVA. Nada, coño, no te ha pasado nada. Simplemente te estabas divirtiendo y se te ha ido un poco la mano, nada más. Adrián, mírame, estate tranquilo, ¿vale? Aquí no ha pasado nada. Repite conmigo. No ha pasado nada.

ADRIÁN. No ha pasado nada.

SALVA. Eso es, buen chico. Ahora quiero que te tranquilices, te vistas y te vayas a casa. Nosotros nos encargamos.

(Por fin reacciona. Recoge su ropa del suelo, la hace un ovillo y se dispone a salir de la habitación para cambiarse afuera. Justo antes de que se vaya, se escucha la voz de Salva).

SALVA *(voz en off)*. Adrián, un momento *(se congela bajo el marco de la puerta doble y se da media vuelta lentamente)*. Respóndeme solo a una pregunta. ¿Te lo has pasado bien?

(La cámara se acerca poco a poco al rostro de Adrián, que primero aparece aterrado, con los ojos humedecidos y las facciones rígidas por el miedo. Luego cambia, el miedo comienza a disiparse y lo sustituye una sonrisa sádica, con unos ojos que se agrandan y lanzan una mirada brillante y pasional).

—Como nunca en mi vida.

XI

Mientras la palanca gira, Olivia se acuclilla. Es como si quisiera alejarse de la amenaza, poner la máxima distancia con la salida, temerosa de que no sea la policía quien se asome, sino el monstruo que la ha encerrado allí.

La palanca se detiene con un ruido seco y sordo. Ella se pregunta cómo reaccionar, qué hacer si alguien desciende dispuesta a hacerle daño.

Aunque ha intentado no pensar en ello, es la sospecha que la ha acompañado desde que despertó en aquella cápsula: los crímenes del librero. Recuerda bien las advertencias en las noticias, los comentarios de las amigas, la existencia de una amenaza que no parecía real. Hay tantas mujeres en el mundo que resulta imposible que te pase a ti y, sin embargo, aquí estás. Recuerda también el destino de aquellas pobres chicas: secuestradas, violadas, asesinadas. Un escalofrío le recorre el cuerpo.

Si alguien desciende, se defenderá. Es la decisión vital que ha tomado. Las posibilidades de salir con vida de allí, si tiene al librero enfrente, son ínfimas, así que al menos morirá defendiéndose.

La luz se apaga.

Una oscuridad insondable y densa se adueña del lugar y de sus peores temores. La respiración agitada, el corazón a punto de salirse del pecho, un temblor que se apodera de cada célula de su ser. En este estado tiene serias dudas de ofrecer una mínima resistencia a lo que esté por venir.

Se abre entonces la compuerta. Emite un sonido quejumbroso mientras la hoja se coloca en posición vertical. Se cuela la luz tenue y blanquecina de la luna. Lo que ve al otro lado es la inmensidad de un cielo negro jalonado de estrellas. Nada más. Apenas un breve vistazo al mundo que dejó atrás.

Emerge entonces poco a poco una silueta que se recorta contra la noche. Es una cabeza oculta tras una máscara blanca, como de porcelana, con solo dos pequeños orificios por los que se cuelan unos ojos que Olivia no consigue apreciar. Aunque es la sonrisa la

que capta su atención. Es una U torpe, roja, como dibujada con el dedo, que resalta sobre la blancura de la máscara; una imagen siniestra.

La máscara la contempla durante unos instantes en silencio. Ella permanece inmóvil, acuclillada, envuelta en la manta, temblando sin saber qué hacer.

—Por favor... —susurra, apenas audible—. Por favor...

Él sigue contemplándola, ajeno a los lamentos. Ella solo espera que cierre la puerta y se vaya. Prefiere quedarse encerrada de nuevo que enfrentarse a aquel monstruo. El hombre —supone que será un hombre, qué mujer podría hacer algo así— introduce entonces su mano con un objeto que Olivia no consigue apreciar. Es una pequeña bolsa que deja caer junto a ella y que produce un fuerte golpe al contacto con el suelo metálico.

Cuando vuelve a mirar hacia arriba, la puerta se está cerrando.

XII

Álvaro y Rebeca contemplan la caja de seguridad del banco con expectación. Lo primero que ven es una colección de fotografías antiguas, todas ellas de la época de la universidad. Las cogen con cuidado y comienzan a pasar una tras otra. Álvaro se reconoce en buena parte de ellas. Rebeca va señalando divertida a un Bruno veinte años más joven, y constata entre risas los estragos que el tiempo ha causado en los tres amigos.

Cuando llegan a la última fotografía se hace el silencio.

—¿Quién es? —pregunta Rebeca ante la imagen de una chica medio desnuda tendida en la cama, con una sonrisa vacía y ojos vidriosos.

Es la imagen de Maca que Bruno tiene escaneada en su ordenador. Álvaro duda si confesarle quién es, evalúa tan rápido como puede las repercusiones que el descubrimiento podría tener en la relación entre Bruno y Rebeca.

—¿Sabes cuál es el problema de las fotografías? Que cuando las

ves pasado el tiempo, no solo has cambiado de físico, también has madurado, has evolucionado, eres una persona diferente. Y, sin embargo, la imagen te inmortaliza en ese momento de tu vida, tal y como eras, tal y como ya no eres.

—No me *contés* milongas, boludo. ¿Es una novieta de Bruno? —insiste.

Agrupa el montón de fotografías y las coloca sobre la mesa. Sigue sacando el contenido. Una carpeta con los papeles de constitución de una sociedad llamada Black Mask, S. L., fundada en 1999, que liquidaron solo dos años después.

Rebeca coge la siguiente escritura y exhala un suspiro entrecortado.

—*Mirá*. —Le tiende a Álvaro el documento, que él hojea rápidamente.

—Lo sabía, estaba convencido de que había ayudado al profesor en algún momento de su vida. Según esto, le vendió una finca a las afueras de Madrid.

—No me dijo nada de todo esto —confiesa ella—, ¿por qué?

—No lo sé, alguna razón habrá. Quizá le vendió la casa y luego se olvidó de él, a lo mejor ya no tuvo más contacto. O igual ni se enteró y lo hizo alguien de su equipo. Han pasado más de veinte años.

Cuando retiran todos los papeles de la caja, el contenido restante se limita a dos objetos: un libro pequeño, *Narraciones extraordinarias*, de Edgar Allan Poe, que aparece repleto de marcadores, pósits, párrafos subrayados en distintos colores, comentarios ilegibles en los márgenes. El otro objeto es un juego de llaves, que tintinean cuando Rebeca las saca de la caja. Revisan la dirección de la finca comprada por Samuel Galindo y coincide con la que aparece impresa en el llavero.

Los dos tienen a la vez la misma idea y en su mirada se retan a llevarla a cabo.

XIII

Es media tarde y comienza a pesarme la intensidad del día. Estoy sentada en mi puesto de trabajo, rodeada de multitud de mesas, la mayor parte de las cuales están vacías a estas horas de un sábado. Igor está en la sala, trabajando, según él, aunque tiene toda la pinta de estar echándose una cabezada. Y no me extraña. Se ha metido una caja entera de dónuts mientras repasábamos lo que teníamos hasta el momento. Vera está a punto de llegar.

Miro mi mesa y lanzo un sonoro suspiro. Veo que los graciosos de mis compañeros han estado toqueteando mis cosas. Falta la tapa de uno de los bolis rojos. Hacía tiempo que no ocurría, desde lo de Félix no he vuelto a encontrarme ninguna sorpresa, pero al principio la verdad es que fue un verdadero infierno. No había día que no llegara sin que me hubieran quitado algo, o roto la punta de un lápiz, movido carpetas de su sitio o cualquier otra historia. Disfrutaban con el efecto que me provocaba.

Me esfuerzo por tener todo en su sitio, creo que no es ningún defecto ni mucho menos una patología. Necesito trabajar en un entorno ordenado y recogido; de lo contrario, mi cabeza se dispersa y me cuesta mucho concentrarme. A ellos les da igual, pueden retozar en su mierda, pero yo no.

Tuve que ponerme seria hace año y medio. Un buen día llegué y me encontré con el cable de la pantalla desconectado. Mi compañero de mesa, Félix, se delató a sí mismo, incapaz de contener una carcajada. No le hizo tanta gracia cuando le traspasé la mano con un lápiz que quedó incrustado en la mesa. Que llamaran al 112 me pareció un despropósito por semejante nimiedad. Más aún que me suspendieran de empleo y sueldo durante tres meses. El sindicato tuvo que emplearse a fondo para evitar consecuencias mayores.

La cuestión es que desde entonces mi santuario se ha mantenido inexpugnable, hasta hace cosa de un par de meses en que han vuelto tímidamente los ataques. Imagino que habrán convencido a alguno de los recién llegados, novatos inconscientes.

Pero hoy no voy a enfadarme, tengo cosas más importantes que hacer. Tiro el bolígrafo sin tapa a la papelera y así vuelve de nuevo el equilibrio, el orden natural de las cosas.

Vera aparece entonces y me lanza un *pendrive* que cazo al vuelo.

—Hemos tenido suerte, tenían unas trescientas fotografías de la gala que no se publicaron en la web de la fundación.

—¿Las has visto?

—No.

Vera se sienta a mi lado mientras inserto el dispositivo en mi ordenador. En unos instantes se abre ante nosotras el desfile de imágenes del evento. Aparecen decenas de personas elegantemente vestidas posando para la cámara, o hablando entre sí en el cóctel, o luego ya en las mesas redondas donde se dispuso la cena.

Vemos por fin a Olivia en compañía de su jefe y otra persona, sonrientes mientras sostenían una copa. Guardo la fotografía en una carpeta y seguimos.

—Espera —dice Vera—, ahí.

Señala a un hombre que está hablando muy sonriente ante un corrillo entregado. No tardo en identificarlo: el famoso financiero Álvaro Díaz de Arcaya que huele tan bien. Si estaba guapo en ropa de casa, ni te cuento con el esmoquin. Guardo también la fotografía, quizá para usos ajenos a la investigación.

—Mira ahí al fondo —dice ante otra instantánea, señalando una cabeza que se alza en segundo plano—. Ese es Bruno Medina y ese otro...

—Íñigo Osorio.

Los tres vuelven a salir desperdigados en más fotografías, hablando con unos y otros, mimetizados con el resto de invitados. De las imágenes se desprende un buen ambiente, elegante, sofisticado; reconozco algunas caras famosas entre los asistentes.

Con la siguiente fotografía, damos un respingo en la silla.

XIV

Álvaro y Rebeca han conseguido localizar la puerta de acceso a la finca del profesor. Han estado un buen rato dando vueltas por una carretera infernal hasta que por fin la han encontrado. Sin embargo, cuando han comprobado que había cámaras de seguridad

apuntándolos, han preferido seguir adelante.

Aparcan en un pequeño recodo que dibuja el camino, a unos trescientos metros de la entrada.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Rebeca—. ¿No pensarás entrar ahí?

—Por la puerta principal no, desde luego, está llena de cámaras. Quizá lo mejor sea intentar acceder campo a través.

—¿Está cercado?

—Por lo que he visto en las escrituras, son varias hectáreas, imposible vallarlo todo. Creo que podremos colarnos por algún hueco.

Comienzan a andar, ascendiendo la cuesta y buscando alguna forma de sortear el muro inexpugnable de zarzas y arbustos que se alza paralelo al camino. La luz del día comienza a difuminarse en aquel paraje ya de por sí sombrío. Rebeca se aferra al brazo de Álvaro.

—Estoy *recagada* de miedo.

—Pues tranquila, echamos un ojo y nos vamos.

—Pero está vigilado; si entramos, llamarán a la policía y nos detendrán.

—No dramatices, hija, que te sale tu vena argentina. Somos senderistas en mitad del bosque, nos hemos perdido, no nos habíamos percatado de que era una propiedad privada... Si viene alguien, déjame hablar a mí.

—¿Senderistas? ¿Has visto cómo vamos vestidos?

Al cabo de un rato, Álvaro señala triunfante un punto por donde poder entrar. Entre los troncos de dos árboles cuyas copas están entrelazadas, pueden colarse sin problemas. Y al otro lado se intuye un camino entre la maleza que parece transitable.

Cruzan y se internan en el paraje. No se ve nada a los lados, avanzan descendiendo la ladera de un monte entre aquella selva de pinos y encinas. Y entonces lo ven. En mitad de un claro, se alza una casa de pueblo antigua.

—Yo no vivo ahí ni muerta.

Es la conclusión de Rebeca ante la fachada trasera de la casa. No hay rastro de civilización más allá de nuevas cámaras que vigilan el

perímetro.

—Tiene pinta de estar deshabitada —murmura Álvaro—, está todo cerrado y no se aprecia luz dentro.

—¿Y las cámaras?

—Será para evitar okupas.

—Vámonos, Álvaro, estoy muerta de miedo.

—¿Después de haber llegado hasta aquí? Ni en broma. Echamos primero un vistazo.

Antes de que pueda echarse atrás, Álvaro tira de ella y corren hacia la casa, donde hay una pequeña puerta. Se sitúan junto a ella y contemplan cómo una de las cámaras de la esquina comienza a seguir sus pasos. No tienen mucho tiempo.

Álvaro saca el llavero y va probando cuál de las cinco llaves encaja en la cerradura, hasta que por fin consigue abrirla.

XV

El despacho donde trabaja Ane está en la calle Príncipe de Vergara, en un bonito edificio señorial cercano al Retiro. Situado muy próximo a su casa en Serrano, es una de las privilegiadas que puede ir caminando al trabajo.

Hoy, a pesar de ser sábado, ha pasado buena parte del día allí. Ante la ausencia de Álvaro y el trabajo acumulado, ha preferido encerrarse y disfrutar de la soledad y la falta de llamadas para ponerse al día.

Siete de la tarde. Hora de terminar y quedar con Íñigo. Al mediodía le ha escrito para pedirle que no hiciera planes para cenar, que tenía una sorpresa para ella. Viene a recogerla en cinco minutos, el tiempo justo para acicalarse antes de bajar.

Se reclina en el asiento, mordisquea un bolígrafo y una sonrisa pícara se dibuja en sus labios mientras elucubra sobre qué planes habrá hecho. Se reprende a sí misma por sentir ese cosquilleo excitante y morboso que la presencia de Íñigo le ha provocado durante esos días, pero no es algo que pueda evitar. No quiere

hacerlo, en realidad.

Y lo cierto es que tampoco sería la primera vez.

Tuvieron un escarceo peligroso que supieron parar a tiempo hace unos años. Él le había pedido ayuda para tramitar la herencia de su padre y a Ane no le había quedado más remedio que aceptar, aunque no fuera su especialidad. Las horas transcurridas en el despacho, ordenando propiedades y cuentas bancarias, habían terminado por confundir la relación abogado-cliente y por desdibujar los límites de la amistad. El asiento de atrás de su coche, en el *parking* del propio edificio, fue testigo del primero de una serie de encuentros que vivieron con pasión, emoción y una buena dosis de remordimientos cuando amainaba el ardor. Ane no pudo superar la tensión de la mentira constante y decidió poner fin a la aventura. Supieron terminar y seguir con sus vidas como si nada hubiera ocurrido, un escarceo que se mantuvo ajeno a sus respectivas parejas.

Aunque había pasado una eternidad de aquello y nunca habían vuelto a recordarlo en voz alta, Ane es capaz de rememorar el sabor y el tacto de cada centímetro de la piel de Íñigo. Una llama tentadora que ha vuelto a prenderse con intensidad en los últimos días y que no sabe si será capaz de apagar.

Cuando sale a la calle, hay un coche esperándola. Una berlina oscura con los cristales tintados aparcada frente a la puerta del despacho. Nada más verla, el conductor se apea del vehículo para abrirle la puerta de atrás. Íñigo está dentro, sonriente.

—Buenas tardes, querida, ¿cómo ha ido el día?

—No tan bien como el tuyo. —Ya en el interior del coche, lo mira expectante—. ¿Y bien? Soy toda oídos.

—Eso es lo que serás, en efecto, porque tienes que ponerte esto. Es parte de la sorpresa.

Le tiende un antifaz opaco. Ella lo coge con cautela, mostrando un gesto de desagrado que oculta ansiedad. Finalmente se lo pone.

—Estamos muy cerca, no tardaremos.

El coche se incorpora a la circulación y los minutos transcurren en completa oscuridad para Ane. Trata de colar la mirada por debajo del antifaz, allá donde se asoma una leve cortina de luz, pero no es

capaz de distinguir nada.

—No hagas trampas —le suelta Íñigo—, estamos llegando.

El coche desciende por una rampa, como si estuvieran entrando en un aparcamiento. Apenas llevan cinco minutos de trayecto. Ane elucubra posibles destinos situados tan cerca de su despacho.

Se detienen por fin. Nota cómo Íñigo sale del coche y al instante su puerta se abre. La agarra del brazo.

—Cuidado al salir.

Obedece, y se pregunta a sí misma qué pensaría Álvaro de todo aquello. Entran en un ascensor, a juzgar por el tintineo que emite justo cuando inicia la subida. Advierte el sonido de las puertas al abrirse de nuevo.

—Bien, ya estamos —anuncia él, tomándola nuevamente del brazo y acompañando su paso inseguro—. Ahora.

Le quita entonces el antifaz.

Ella esboza una sonrisa. Si Íñigo esperaba que hubiera soltado un grito de emoción por haberla llevado a una *suite*, por muy espectacular que sea, se ha equivocado de mujer. Ane ha conocido muchas habitaciones como esa a lo largo de su vida, infinidad de ellas, aunque, ciertamente, la belleza del salón es cautivadora.

—Te puse el antifaz porque pensé que, si lo veías, igual no querías subir. Bienvenida a la majestuosa *suite* presidencial del hotel Ritz. Te confieso que nunca había estado aquí, y menos después de la reforma.

Ella se pasea por la habitación, contemplando las espectaculares vistas a la plaza Neptuno tras una amplia terraza. Lo hace acariciando los sofás, las vitrinas, la mesa de comedor, como si estuviera validando la calidad de la sorpresa. Finalmente se detiene y lo mira, toqueteando el antifaz.

—¿Qué hacemos aquí, Íñigo?

—¿Es una pregunta trampa? —Ella ladea la cabeza, divertida—. Mi intención es de lo más inocente, te lo aseguro. Me agobiaba un poco la casa y me apetecía hacer un plan diferente. Además, todo esto lo paga Álvaro, para darle más satisfacción a la experiencia. Pero tú tranquila, la *suite* tiene dos habitaciones, ni nos vamos a tocar.

Íñigo se acerca a la mesa de centro donde reposan dos copas

junto a una cubitera con una botella de champán.

—Esto a modo de bienvenida. Te cuento el plan. Te das un baño relajante en la espectacular bañera que tienes allí. Luego he encargado una cena aquí mismo, sin necesidad de salir. Y después a descansar. Como una fiesta de pijamas con una amiga, pero conmigo.

—¿Y mis cosas? No he traído nada.

—Está todo previsto, no te preocupes. Las tienes encima de la cama.

Le da una copa y se miran fijamente mientras brindan en silencio.

—Si Álvaro se entera de que estamos aquí, te mata.

—Ups, pues creo que se enterará cuando vea el cargo de los ocho mil euros que vale todo esto. Le diré que vine solo, que me estabas agobiando y necesitaba un rato para mí.

Ella sonríe y suspira, disimula como puede el entusiasmo con el que acoge la sorpresa.

—Cada uno en su habitación, ¿verdad?

—Por supuesto —responde él.

—Voy a darme ese baño relajante. Te veo en un rato.

Entra en su habitación y cierra la puerta. Se acerca a la ventana y se deleita con la bonita vista que ofrece del Museo del Prado.

Mira a su alrededor buscando la maleta, pero solo hay una pequeña bolsa encima de la cama. Desata el lazo que une las asas y mira el contenido. No sabe si reír o llamarlo ahora mismo. Por todo equipaje, saca de la bolsa un conjunto de lencería.

XVI

Igor se acaba de ir, Vera lo hará en breve y a mí me falta poco. Estoy agotada y necesito parar antes de que me estalle la cabeza. Ahora que estoy sola, he abierto la ventana y estoy recargando algo de vida con un buen cigarrillo. Es ilegal fumar aquí, si me pillan, me caerá una sanción. Quizá por eso sabe tan bien.

Hemos colocado en la pared la imagen que encontramos en el

archivo de la fotógrafa. Nos hemos pasado una hora contemplándola y tratando de ordenar nuestras conjeturas, pero no hemos llegado a ningún puerto.

Olivia aparece en el centro de la imagen. Está espectacular con un vestido corto que remarca sus bonitas piernas, de un azul oscuro que combina con su larga melena rubia. Es el centro de un corro de personas que hablan en un ambiente distendido. Junto a ella está su jefe, Ignacio Ariza, y a su alrededor, cuatro hombres más: Bruno, Íñigo, Álvaro y Adrián, que desentona no solo por la sotana entre tanto traje y vestido, sino por el gesto serio y desagradable con que mira a la cámara.

Vera sostiene que es pura casualidad, no cree que ninguno de esos tres hombres de revista (excluyendo al cura), ricos, famosos, dos de ellos felizmente casados, tenga nada que ver con todo esto; a Igor no le gusta la casualidad de que cuatro miembros del club de lectura Exlibris hayan coincidido con la desaparecida, y piensa que habría que investigar. Yo no tengo intención de que se me escape nada. Por lo pronto, Bruno Medina no me ha devuelto la llamada y eso me mosquea. Hemos quedado mañana a las ocho para volver a valorar los indicios y decidir si informamos al jefe.

Pero, por mucho que me intriguen estos cuatro, no puedo quitarme de la cabeza el encuentro con el profesor. ¿Qué ha querido decir con eso de «el bueno de Poe»? No hace falta ser muy lista para darse cuenta de que se refería a Edgar Allan Poe, pero he estado buscando alguna posible conexión de sus libros con la famosa «De los doce que vieron, soy el cuarto» y no he encontrado nada. En mi desesperación, he llegado a preguntar al Chat GPT y está tan perdido como yo. El problema es que «el bueno de Poe» escribió setenta cuentos y cincuenta poemas, imposible sentarme a leerlos todos de una tacada.

Y entonces me viene una imagen. Soy yo misma hojeando un libro, apoyada en un mostrador, no hace mucho tiempo. No le presto mucha atención porque estoy hablando con alguien, y entonces lo cierro para devolverlo y me fijo en la portada: *Los crímenes de la calle Morguey otros casos de Auguste Dupin*, de Edgar Allan Poe. ¡Es el libro que vi en la librería, el que ofrecía el profesor a través de

Libros con Encanto! Aquí noto el subidón de un corazón que empieza a bombear con mayor intensidad. Esto ya no son casualidades, y una mierda, acaban de pasar a la categoría de indicios.

Son las siete y veinticinco de la tarde, estarán a punto de cerrar. No me da tiempo a correr hasta allí, así que busco el teléfono de la librería y llamo. El paso de los tonos sin que lo cojan desespera, pero al final reconozco la voz del hombre que me atendió:

—Librería Luciérnaga.

—Buenas tardes, soy Renata Blasco, subinspectora de policía. Estuvimos el jueves por unos libros antiguos de Allan Poe...

—Sí —interrumpe—, lo recuerdo bien, de nuestro querido vendedor desconocido.

—Exacto. ¿Han ido a recoger el ejemplar o lo tiene todavía con usted?

—No, ya lo siento, se lo han llevado esta tarde.

Jarro de agua fría en toda la cara. Tendré que volver a casa del profesor a pedírselo, aunque no estoy muy segura de que el bueno de Dorleac me abra esta vez. Mejor busco uno igual y me lo compro.

—Rara vez alguno de sus libros recibe tanto interés, la verdad.

—¿A qué se refiere? —pregunto extrañada.

—Normalmente los dejan aquí, viene un cliente y los compra. Y si no lo hace, se los llevan enseguida. Pero en esta ocasión, antes de que se lo llevaran, surgió un comprador.

—¿Quién?

—No lo sé. Un tipo que ha venido esta tarde preguntando por él y se lo ha llevado.

—¿Podría darme su descripción?

—No sabría decirle, no soy bueno para esas cosas. Alto, delgado, con buena planta...

Me sorprendo a mí misma mirando la fotografía de Olivia en compañía de los tres millonarios y siento una de esas corazonadas que bien pueden ser absurdas o permitirte cantar bingo.

—¿Puede esperarme cinco minutos?

XVII

Álvaro y Rebeca entran sigilosos en la casa del profesor. Los acoge una pequeña cocina, rústica y antigua, donde los utensilios en la encimera, un cuenco con algo de fruta y platos en el fregadero, evidencian que hay alguien viviendo allí.

Se asoman a un pasillo donde solo ven libros: miles de ejemplares situados en estanterías o tirados en el suelo impiden distinguir las formas habituales de una casa. Ni tan siquiera hay ventanas, tapiadas por los miles de volúmenes.

—¿Qué es este sitio? —susurra Álvaro.

—Se nos va a caer el pelo, boludo, se nos va a caer...

Álvaro lleva la iniciativa y camina en primer lugar. Rebeca le agarra la mano con fuerza, clavándole inconscientemente las uñas.

—Mira todos estos títulos —dice Álvaro mientras pasa el dedo por decenas de lomos—, son todos de novela negra.

El miedo no le impide a Rebeca asociar ideas y encontrar una respuesta.

—¿Crees que el profesor sigue viviendo aquí?

—No lo sé, pero este lugar es una locura.

Siguen caminando hasta alcanzar un pequeño vestíbulo del que parte un segundo pasillo.

Se envalentonan ante la falta de toda presencia: las luces apagadas, ni rastro de sonidos, confían en estar solos. Siguen avanzando sin que Rebeca suelte la mano de Álvaro en ningún momento. Él está disfrutando del tacto suave de su piel y del peligro; hacía tiempo que no se sentía tan vivo.

El nuevo pasillo está igualmente inundado de libros, con tres puertas entre las frondosas estanterías y una estrecha escalera que asciende a oscuras. Optan por revisar primero las habitaciones de la planta baja.

Echan una ojeada a uno de los cuartos, también plagado de libros. Se encaminan hacia la habitación del fondo, con la puerta entornada, y por cuyo hueco se cuela el tintineo de una leve luz ámbar. Pero antes de llegar, Álvaro se detiene ante una puerta con

cerradura electrónica y un teclado para introducir una contraseña.

—¿Qué habrá aquí dentro? —susurra—. Es la única que está cerrada.

Entonces introduce un código, que emite un sonido rápido y hueco de error.

—El cumpleaños de Bruno —le dice a Rebeca encogiéndose de hombros—, había que intentarlo. ¿Cuál es el tuyo?

—Cinco de junio de mil novecientos ochenta y nueve.

Teclea la fecha con el mismo resultado. Se queda pensativo mientras Rebeca suelta su mano y camina con paso lento hacia la última puerta. Se dice a sí misma que si estuviera viendo una película de miedo, insultaría a la protagonista por ir sola hacia la luz. Pero el silencio que reina en aquel lugar, unido al hecho de estar acompañada, ha acabado por rebajar notablemente sus pulsaciones y darle una cierta confianza.

A su espalda escucha un nuevo pitido de contraseña fallida mientras sigue avanzando hacia la habitación de la luz suave, cálida y parpadeante, como de una vela.

Está ya bajo el marco y a punto de empujarla para echar una ojeada cuando escucha a su espalda un sonido distinto, dos pitidos agudos y rápidos. Gira la cabeza para encontrar el rostro triunfante de Álvaro, que en solo cuatro intentos ha conseguido abrir la puerta. Le hace gracia su gesto travieso de victoria.

Cuando vuelve la mirada hacia la puerta, lanza un alarido. Bajo el marco hay un hombre a contraluz sentado en una silla de ruedas, esquelético, demacrado, los ojos como dos cuencas negras que la miran desde abajo; la imagen de un cadáver viviente. Rebeca está paralizada, es incapaz de moverse, tiene un grito atascado en la garganta. El hombre agarra con sus manos huesudas su antebrazo.

—Tú... —susurra.

De pronto tiran de ella hacia atrás con fuerza, liberándola de aquel semblante cadavérico. Álvaro ha reaccionado y, asiéndola fuerte, inicia una carrera desesperada por donde han venido. No quieren mirar atrás, solo huir, aunque perciben el rumor de las ruedas deslizándose tras ellos por el pasillo.

—¿Quién eres? ¿Eres tú?

Corren hacia la salida. Todas las luces de la casa se encienden de pronto y se ven cegados por un brillo que no les impide desandar el camino. Oyen ruidos a su espalda, una puerta que se abre, unas voces, pasos rápidos que bajan por la escalera.

Alcanzan por fin la puerta y salen corriendo. La noche se está echando encima y una luz tenue facilita que escapen y se pierdan entre las sombras del bosque.

XVIII

Ni por un instante se le ha pasado por la cabeza la posibilidad de hacerlo. Y no solo por una cuestión de rebeldía, por demostrarle que está dispuesta a luchar y que no se va a dejar someter como un corderillo, sino sencillamente porque no tiene el valor de hacerlo.

Olivia vuelve a mirar el contenido de la bolsa que le ha tirado el hombre encapuchado y siente un escalofrío.

El «por qué a mí, por qué a mí» sigue resonando como telón de fondo en su cabeza, triste acompañamiento desde que despertó en aquel infierno. Ya lo repite de forma inconsciente, a veces en voz alta, a veces en su interior, sin prestarle demasiada atención. De entre todas las mujeres del mundo ha tenido la mala fortuna de ser ella, esa es la realidad, y a estas alturas no puede hacer nada para evitarlo. Los lamentos no alimentarán la esperanza ni le devolverán la libertad.

En cuanto vio el sello, fue consciente de que el destino estaba escrito y lo único que podía cambiar era la forma de afrontarlo. Ella es la elegida, es la nueva víctima del librero, y nada podrá cambiarlo.

La bolsa que arrojó el encapuchado contenía tres objetos: un pequeño soplete de cocina, una hoja que resume las instrucciones en tan solo tres palabras, «marca tu frente», y por último, un sello de lacre con la palabra exlibris en mayúsculas.

Sabe perfectamente qué es y qué supone, pero no que tuviera que hacerlo ella misma. Sentiría una pena inmensa por aquellas

pobres chicas de no ser porque el miedo a ser precisamente una más de la lista anula cualquier otra emoción.

Ha encendido un par de veces el soplete y se ha encogido ante la llama azulada e intensa que emite. Pensar en la posibilidad de calentar el sello hasta hacerlo enrojecer, acercarlo temblorosa a su frente y pegarlo contra su propia piel le provoca una angustia que nunca antes ha sentido.

No, no tendrá valor, no podrá hacerlo. Y menos aun cuando es consciente de que, aunque lo haga, la matará igualmente.

Así que, si quiere ver aquella horrible marca estampada en su frente, tendrá que bajar y hacerlo él mismo. Y aunque su destino esté escrito, se defenderá con uñas y dientes, cobrará muy cara su propia vida. Se consuela entre lágrimas pensando que su familia estará orgullosa de ella por haberse defendido hasta el final.

Da un sorbo de agua a la penúltima botella. Los recipientes vacíos se acumulan y le indican que el tiempo se termina. Una arcada le recorre el cuerpo. Intenta reprimirla, pero prefiere acercarse al cubo por si acaso.

El ruido metálico de la cadena arrastrándose por el suelo la acompaña a cada paso que da. Se detiene y contempla el grillete. No es fácil encontrar un pensamiento lúcido en una cabeza atormentada por la angustia y la ansiedad, pero justo en ese momento a Olivia la asalta una simple idea, un claro en plena tormenta por donde se ha colado un esperanzador rayo de luz.

Se agacha para recoger el soplete y se pregunta si funcionará.

XIX

Un baño relajante con espuma, con la conversación entretenida de Íñigo, sentado junto a la bañera. Dos botellas de champán, un par de *whiskies*. Una cena en el comedor privado, una selección de caviar que degustar a la luz de las velas. Y, por último, el postre.

Ane está desnuda sobre una enorme cama completamente deshecha. Íñigo la penetra desde atrás, acaricia su espalda cubierta

por un fino sudor, agarra con fuerza sus caderas mientras se mueven al compás de unos jadeos que no contienen.

Los dos ventanales muestran un Madrid amplio y nocturno y cuelan una luz brumosa que dibuja en sus siluetas una piel perlada.

Íñigo se deleita en las sensaciones de aquel cuerpo que ahora es suyo. Lo hace con calma, disfrutando de un placer que bien pudiera ser eterno. Cambia el ritmo, ahora más rápido, y con él se agita la respiración de Ane. Agarra entonces su melena y tira suave hacia atrás, obligándola a arquearse. Ella gira la cabeza y busca su boca. Sus lenguas se acarician mientras él abraza con sus manos los pechos de Ane.

Empuja de nuevo su espalda y la devuelve a la posición anterior. Las embestidas denotan que se acerca el final, sus dedos aprietan y marcan los glúteos de Ane de un rojizo excitante. Es ella quien alcanza primero el orgasmo y su gemido agudo y alto provoca en él la misma explosión.

Mantienen todavía sus cuerpos unidos en la misma postura, recuperando la respiración, deleitándose con esa corriente de energía que los ha atravesado por completo, confiando en que el tiempo se apiade y puedan volver a empezar.

Íñigo mira entonces hacia la cómoda situada justo enfrente y mientras acaricia con delicadeza la piel sudada de Ane, sonríe a la pequeña cámara que ha escondido.

XX

Antes de irme a casa he preferido intentarlo una vez más y cumplir con mis obligaciones, las mías propias, aquellas por las que no me paga nadie. He rastreado Tinder intentando encontrar un nuevo parecido y he dado con alguien que podría ser. Una conversación rápida y trivial por teléfono y aquí estoy, sentada en la barra de un bar tomando una copa con un tal Darío, flamante gerente de una pequeña empresa de material de construcción. La verdad es que no estoy muy segura de que sea él, pero quién sabe...; por desgracia,

hasta no tenerlo entre mis piernas no lo averiguaré.

No es fácil parecer atenta a su conversación cuando en realidad no estoy escuchando una sola palabra. La sutil pero interesante diferencia entre oír y escuchar. Le oigo, y atiendo a sus palabras con miradas de interés, asiento de vez en cuando, parezco prestarle toda mi atención, pero no lo escucho, mi mente no es capaz de procesar una sola de las frases que salen por su boca, estoy perdida en mis pensamientos.

Tomo un sorbo de mi copa y suelto un «¿en serio?» que no sé si viene a cuento, pero él se muestra receptivo y sigue hablando.

El último descubrimiento del día me ha dejado bloqueada. Íñigo Osorio, ilustre neurocirujano, patrono de la fundación Medinnova, compró esta misma tarde los libros del profesor. El librero no ha tenido ninguna duda al identificarlo en la fotografía. ¿Por qué lo ha hecho? ¿Qué hay en ese puñetero libro que llegué a tener en mis propias manos hace cuarenta y ocho horas? Le pregunto al librero si no tendrá por ahí otro ejemplar del mismo libro y esta vez tengo suerte. Me lo llevo para leerlo, a ver qué saco en claro.

Les he enviado un mensaje a Vera e Igor con el descubrimiento y hemos quedado mañana a las ocho. No habría tenido problema en fastidiar sus planes de sábado noche y convocarlos a una reunión nocturna, pero la verdad es que estoy agotada.

Mañana tendremos que tomar una decisión respecto a Íñigo Osorio, pero me inclino a interrogarlo en comisaría. Coincidió con Maca en la universidad, coincidió con Olivia en una fiesta, ha comprado un libro anunciado en una página de Facebook cuya dirección de correo electrónico coincide con la que contactó con el chico que dejó la flor en San Sebastián. Por mucho menos se tira una puerta abajo.

Y a esto habría que añadir al famoso Bruno Medina, que le vendió una finca a Samuel Galindo hace años, cuando se supone que había muerto en Chile. Todavía no me ha devuelto la llamada.

El profesor es seguramente el personaje más siniestro con el que me he topado en mi vida. Esa casa infestada de libros, ese ambiente rancio que impera en cada rincón, un hombre vencido, pero con una clarividencia mental impecable. Pero la silla de ruedas en la que está

postrado —en caso de que sea real, habrá que investigar lo de su accidente— lo descarta como el librero que buscamos.

Lo más desconcertante de todo ha sido cuando me ha agarrado la mano y me ha soltado todo eso de mi lado oscuro. Esa mirada que me ha traspasado el cuerpo y el alma permanece todavía grabada en mi retina. Nunca había sentido algo así, el intento de una persona de adentrarse en mis sombras con solo mirarme. Ni siquiera Dimitri, seguramente el que mejor conoce mi mente rota, me ha generado nunca esa sensación. Nadie ha tratado de desnudar mi alma sin decir una palabra, con solo una mirada.

«¡Vaya!», exclamo abriendo mucho los ojos. Esta vez creo que he meado fuera del tiesto porque el tipo frunce el ceño y ralentiza el monólogo como sorprendido por una interrupción absurda. «Perdona, que te he interrumpido, ¿y entonces?», lo arreglo con facilidad y pica el anzuelo.

El chaval que le lleva las redes sociales a Galindo, la persona que tiene acceso al correo electrónico con el que crearon la cuenta de Instagram y enviaron la flor no aparece. Y para colmo me ha tomado el pelo. El número de teléfono que me ha dado no corresponde a ningún usuario.

De pronto me encuentro exhausta, incapaz de seguir con la cita. La perspectiva de tener que aguantar un par de copas más aquella conversación, luego una cena en algún sitio cercano que me obligue a tener que intervenir y decir algo, y todo para acabar dos horas después en la cama de mi casa, de mi otra casa, se me hace exasperante. Así que decido atajar.

Sin previo aviso lo agarro por la nuca y lo acerco suavemente hacia mí. Su monólogo se interrumpe por fin ante mi movimiento sorpresa, que no solo no rechaza, sino que parece acoger con agrado. Su boca busca entonces la mía y nos besamos.

En este punto nunca percibo nada. Él no me llegó a besar, o al menos eso creo, así que no tengo nada con qué comparar. Dejo que mi lengua juguetee con la suya el tiempo necesario para que sea consciente de que lo ha conseguido, que no hace falta que siga interpretando el papel de seductor porque podrá comerse el postre sin pedir siquiera el menú.

Le agarro la mano y lo conduzco por el bar, sorteando a la gente que se arremolina en corrillos, hasta llegar a unas escaleras oscuras que descienden hacia los baños. Entramos en el servicio de señoras. Ni siquiera me percato de la chica que termina de maquillarse, pero noto cómo nos sigue con la mirada mientras cruzamos la estancia hacia una de las cabinas. Entramos, cierro el pestillo y me lanzo nuevamente sobre mi presa.

Nos besamos con ansia, mis caricias son rápidas y certeras y le advierten de que no hemos venido a amarnos con ternura y delicadeza, sino a follar con toda la rapidez e intensidad que corresponde a un baño público. Le bajo los pantalones y veo unos coquetos calzoncillos grises a rayas. Me pongo de rodillas para que mi boca le regale un placer que tampoco me servirá para saber si es él o no, porque no tengo recuerdo de habérselo hecho entonces, pero al menos me servirá para tenerlo preparado para el asalto final.

Lo siento por fin en el inodoro y soy yo quien se baja ahora los pantalones. Ha llegado el momento y, como siempre, noto una corriente de tensión recorriéndome de los pies a la cabeza, con toda la sensibilidad de mi piel y mi mente en alerta para recibirlo. Siempre he pensado que lo reconoceré enseguida, nada más penetrarme. Así que cierro los ojos para acrecentar mi concentración y dejo que sea él quien se guíe hasta mi interior. Y lo hace rápido. Su primera embestida es fuerte, excitada, sin miramiento alguno. Noto cómo llena mi cuerpo y siento una leve punzada cuando vuelve a entrar todavía más hondo. Pego mi cabeza a la suya para sentir su respiración, acerco mi mejilla a su boca para notar de cerca sus jadeos, como los noté entonces.

Mis piernas están arqueadas y casi inmóviles sobre sus caderas, que suben y bajan con violencia. En los primeros instantes mantengo la duda, la esperanza, la expectación ante la posibilidad de haberlo encontrado por fin y la tensión de cómo responderé entonces. Esa cadencia rápida, inmisericorde, esas manos aferradas con fuerza a mis glúteos para inmovilizarme mientras él, y solo él, se deleita penetrándome. Ese egoísmo primitivo al que asisto me genera por un momento una corriente de emoción por haberlo encontrado.

Pero no es él.

Algo en su jadeo leve, o quizá la presión entre mis piernas, su forma de agarrarme un pecho bajo la blusa, tal vez la suma de todos los elementos —o puede que solo una intuición sexual— me dicen que no es él.

Y la noticia vuelve a caer como un jarro de agua fría.

Me desabrocho la blusa para que su boca busque mis pechos, envuelvo su cabeza entre mis brazos mientras le pido con voz impostada que lo haga más fuerte, más rápido, consciente de que la suma de los factores alterará el resultado. Y así lo hace. Cuando termina lanza un gemido bronco que trato de emular con poco entusiasmo. A nuestro gran final le siguen unas risillas femeninas que resuenan en el baño.

—Te espero arriba —me dice mientras se sube los pantalones y sale de la cabina.

Me limpio y recompongo como puedo, dejando que la sangre fluya de nuevo por mis piernas adormecidas. Cuando salgo ya no hay nadie, lo cual agradezco.

Me refresco la cara y el agua fría calma tímidamente esa sensación de suciedad que me queda después de cada intento. Apoyo las manos en el lavabo y analizo mi reflejo en un espejo ahumado que recorre la pared. Me miro a los ojos fijamente y trato de adentrarme en el alma de esa chica de rostro inocente que me mira confundida.

Me pregunto qué sentido tiene todo esto, si no será una huida desquiciada de mí misma, de mi pasado, de todo lo ocurrido. Si no estaré perdiendo la cabeza por algo que debería someterse a terapia y medicación y no convertirse en mi particular caza al hombre.

Siempre que termino sin éxito tengo la tentación de detenerme, de obligarme a pasar página y afrontar una vida que no tiene por qué ser hipotecada por algo que pasó hace tiempo. Es lo que merezco, no tengo duda: acabar con todo aquello, dejar de buscar en las braguetas de hombres desconocidos un trauma que nunca seré capaz de resolver, disfrutar plenamente de las muchas cosas buenas que tengo la fortuna de poseer y limpiar por fin esta suciedad. Y cuando creo que esa chica afable, buena y divertida que

me devuelve la mirada en el espejo se ha decidido a cambiar el rumbo de su vida; cuando creo que al fin lo he conseguido y las sombras se verán disipadas por una luz renovada y radiante, mis dedos se aferran poco a poco con mayor fuerza al lavabo hasta que los nudillos se tornan blancos como la nieve, y noto cómo en un lugar recóndito y profundo de mi ser se desata un torrente que se expande por mi cuerpo como la lava, lenta pero imparable y letal, que avanza por mi organismo quemando mi alma y convulsionando cada parte de mi cuerpo, y hasta el último poro de mi piel enrojece y arde inoculado de pronto con una inesperada sobredosis de odio que lo cambia todo; y entonces la chica afable, buena y divertida que antes me pedía parar con su mirada sincera se convierte en un hervidero de rabia y el rostro se congela en un rictus de pura furia que me hace temblar y me obliga a respirar más rápido al compás de una ansiedad que ha tomado el control; y la mirada ya no es limpia y transparente, sino de unos ojos oscuros y anegados. Dejo de respirar, asustada y al mismo tiempo aliviada ante la presencia de esa Renata que viene a disipar las dudas y a recordarme quién soy.

«Acabaré contigo, hijo de puta, cueste lo que cueste», concluye el lado oscuro de mi alma.

Cuando subo al bar, ya no hay ni rastro de mi príncipe azul. Nuestros dos taburetes siguen vacíos con los restos de nuestras copas sobre la barra. Doy un sorbo a mi mezcal y me dispongo a irme a casa. El camarero me trae entonces la cuenta: mi príncipe azul no ha pagado ni siquiera las copas.

Vera observa desde el final de la barra, parapetada tras una columna. Ha presenciado el encuentro de René con su amante desconocido, ha deducido por sus gestos que no se conocían de antes, ha observado a una Renata ausente hasta que ha tomado la iniciativa y lo ha besado, los ha seguido con la mirada hasta que se perdieron en dirección a los baños.

Hace un par de horas, un amigo de la central le ha facilitado la copia completa del expediente de la muerte del padre de Renata. Vera recuerda perfectamente un caso mediático que copó los

titulares de los medios durante meses. Cuando Renata se ha ido de la comisaría, iba chateando en el móvil, y al despedirse de ella, le ha soltado un exabrupto que no venía a cuento. Le ha parecido una reacción rara y ha optado por seguirla. Y así ha terminado en aquel bar, agazapada tras una columna y tomándose un *whisky* con hielo.

Cuando ha visto que solo subía el hombre, para marcharse acto seguido del bar, se ha preocupado y ha estado tentada de bajar para comprobar que Renata estuviera bien. Pero antes de que pudiera moverse ha aparecido y se ha sorprendido al no encontrar a su amante furtivo.

Pero ha sido su rostro el que la ha desconcertado. Desde la lejanía no ha sido capaz de apreciar si el gesto que moldeaba sus facciones era de satisfacción o resignación, alivio tal vez. Cuando se ha girado para marcharse, ha podido apreciar su mirada durante un instante sin ser descubierta. Y en ese momento su duda ha quedado despejada.

Aquellos bonitos ojos negros aparecían brillantes y encendidos... de puro odio.

DOMINGO, 16 DE JUNIO DE 2024,
SEXTO DÍA DEL JUEGO

I

No puedo dormir. Son las dos de la mañana y sigo con los ojos como platos. Acabo de terminar de leer el libro y no he sacado nada en claro. Quitando el hecho de que me ha parecido malísimo, ninguna de sus páginas ha arrojado luz sobre la maldita frase escrita en casa de Olivia. Quizá Galindo no se refería a este libro en concreto con eso de «el bueno de Poe».

Me levanto de la cama y voy a la cocina para beber algo. Me sirvo un generoso vaso de mezcal y me lo llevo a la galería del comedor, un balcón cubierto que da a la calle Goya y que utilizo para relajarme. Me siento y enciendo un cigarrillo, deleitándome con la calma que reina de madrugada en un lugar acostumbrado al bullicio. Desde aquí contemplo las Torres de Colón, irreconocibles con su nuevo aspecto, mucho más moderno y bonito que el anterior.

«De los doce que vieron, soy el cuarto».

Los dos primeros relatos no encajan por ningún lado y el último, *Los crímenes de la calle Morgue* —se supone que da origen al género del relato policíaco—, trata del asesinato de una mujer y su hija en un apartamento del centro de París. Un caso que parece imposible de resolver: puertas cerradas, signos de violencia, gritos desgarradores... Los testimonios no permiten sacar nada en claro. Finalmente aparece el detective Dupin y descubre que el asesino es, en realidad, un animal que ha escapado de no sé dónde y se había colado por la ventana. Y «el bueno de Poe» se queda tan ancho. Supongo que habrá que ponerse en la piel de un lector del siglo XIX para pillarle la gracia.

Las declaraciones de los testigos me han parecido una pelmada. No menos de quince páginas las dedica a nombrarlos uno por uno y contarnos quiénes son, dónde estaban y qué vieron. Ni que decir tiene que ninguno aporta en realidad nada convincente al relato, porque ninguno vio rastro alguno del animal.

Ninguno vio... Ninguno vio...

Dejo el cigarrillo colgando de mis labios y, lentamente, como para no despertar del hechizo, vuelvo a mi cuarto a por el libro. De nuevo en la galería lo abro y avanzo las páginas sin querer dar demasiada esperanza a este impulso nocturno, aunque quién sabe. Nuevo trago a mi mezcal y lo encuentro por fin.

«Gran número de personas han sido interrogadas con respecto a tan extraordinario y horrible *affaire*...»; y a continuación comienzan las declaraciones. Los voy contando párrafo a párrafo. Cuando llego al último, vuelvo a empezar, esta vez más nerviosa. Los cuento no menos de diez veces hasta que tengo la constatación de que son doce los testigos, «los que vieron».

Y entre ellos, «soy el cuarto».

Lo busco nerviosa, deseando que mi corazonada tenga acierto y poder pavonearme delante de Obélix y la abuela.

«Henry Duval, vecino y de oficio platero». Siento una ligera punzada de frustración cuando lo leo porque no me dice nada, pero me reprendo de inmediato. ¿Acaso esperaba que me diera el nombre y la dirección del asesino? Espabila, niña.

Cojo el ordenador y tecleo «Henry Duval platero». Lo primero que aparece son reseñas y resúmenes del relato de Poe. Voy pasando las búsquedas y más de lo mismo. Justo antes de desistir, en la desesperante página octava del buscador, encuentro algo interesante. Un artículo publicado en un diario sobre oficios en peligro de extinción. Entrevistan a cesteros, alpargateros, herreros... y un tal Enrique Duval se lamenta de ser el último de una larga estirpe de plateros.

El corazón me da un vuelco. Entro en la entrevista para descubrir a un tipo mayor, de aspecto derrotado, que relata con tristeza cómo el negocio pasó de un próspero local en la calle Mayor a un puesto ambulante que abre los domingos en el Rastro, en la calle

Embajadores.

Si esto es una casualidad, será la casualidad más espectacular de la historia de la criminología.

El descubrimiento me ha puesto como una moto. La posibilidad de dormir se desvanece por completo y me dedico a dar vueltas por el piso, evaluando las consecuencias.

¿Qué pretende el secuestrador con todo esto? ¿Quiere que lo descubramos o es plenamente consciente de que, para cuando sigamos el rastro, la chica aparecerá muerta? ¿Realmente ha pretendido jugar con nosotros en cada uno de los crímenes?

Siento la maldita presión en la cabeza, las sienes me palpitan y punzadas de dolor se alternan a lo largo del cráneo. Es como si la tensión buscara una vía de escape, un resquicio para hacerlo estallar. Termino el mezcal.

El Rastro abre mañana por la mañana. Allí estaré a primera hora, dispuesta a desvelar de qué va todo esto. Me muevo histérica por el apartamento, pensando que quizá en este mismo instante el malnacido la esté violando mientras yo me dedico impotente a alinear las sillas al milímetro en la mesa del comedor.

Estoy tan excitada que bien podría abrir Tinder e intentarlo de nuevo, hacer doblete una misma noche. No sería la primera vez. Pero solo pensar en la jauría que puedo encontrar a las tres de la mañana me hace desistir. También podría llamar a Dimitri y pedirle una sesión nocturna. Sin duda sería lo que mejor me vendría para liberar la presión craneal. Pero el pobre hombre estará durmiendo a pierna suelta en compañía de alguna rusa.

Así que, en este punto, solo puedo hacer una cosa.

Coger el tabaco y salir a correr.

II

Olivia ha estado un buen rato escogiendo dónde utilizar el soplete. Su primera opción ha sido el propio tubo; podría hacerlo a cierta distancia y sin temor a quemarse. Sin embargo, tiene un grosor

considerable y no quiere malgastar toda la carga sin lograr su propósito. La segunda opción ha sido la cadena que sale de su grillete, pero es demasiado corta y le ha dado miedo abrasarse el pie. La tercera opción es la más factible: la argolla que une la cadena con el tubo es bastante fina y cree que, cuando esté al rojo vivo, podrá tirar hacia atrás con fuerza para ejercer presión y romperla.

Se sitúa en el centro del cilindro. Retira a un lado la manta y cualquier obstáculo para tener el área despejada. Tan solo deja cerca el único botellín de agua que le queda, por si termina quemándose. Se sienta, separa las piernas y coloca su objetivo justo delante. Con la mano izquierda tensa la cadena y la argolla choca con el tubo. Con la derecha sujeta el soplete y lo primero que nota es que le tiembla el pulso. Trata de tranquilizarse, respira hondo, debe estar concentrada para la única oportunidad que tendrá de salir de allí.

Aprieta la palanca y el quemador lanza una llama azulada, emite un siseo que resuena en todo el espacio. Lo dirige con cuidado hacia la argolla, tratando de enfocar a un mismo punto y que el temblor de la mano no la desvíe.

El soplete cada vez se vuelve más pesado y le cuesta mantenerlo firme. No sabe cuánto aguantará, pero si lo suelta, se enfriará y tendrá que empezar de nuevo, y no sabe cuándo volverá el librero. Se repite palabras de ánimo cada vez más intensas, cada vez más altas, termina gritando desaforada... Y de pronto, tras la llama azulada, el grisáceo de la argolla va tornándose en un naranja esperanzador.

Sonríe, el plan funciona. Tensa todavía con más fuerza la cadena para ejercer la máxima presión posible en un punto de la argolla que ahora está incandescente. Grita con todas sus fuerzas mientras apunta con una mano y con la otra estira hacia atrás, aferrada a la cadena con tanta fuerza que comienza a clavarse en su piel.

Y de pronto cede y cae de espaldas. Respira agitada, intenta controlar el flujo de aire, pero los nervios han tomado el control de su cuerpo. Mueve la pierna derecha y sonríe cuando advierte que ya nada la retiene: del grillete cuelga una cadena liberada. Llora de la

emoción.

Las lágrimas recorren sus mejillas sin control por los dos surcos que han labrado el dolor y la angustia durante días. Ahora es distinto, saben diferente, tienen un ligero regusto a esperanza.

Tumbada mirando al techo, evalúa el siguiente objetivo, la compuerta de salida, preguntándose si será capaz de alcanzarla.

III

Cinta número 16 — mayo de 1996

(Interior. Noche. La habitación está a oscuras, la imagen es completamente negra. La puerta se abre y se cuela una tímida luz del pasillo. Se cierra después y vuelve la oscuridad. Se enciende una linterna que hace un barrido sobre la escena. En primer plano, Íñigo duerme con una chica su lado, la cámara de vídeo los enfoca desde un aparador).

ADRIÁN *(susurra y zarandea a Íñigo. La linterna ilumina su rostro de vez en cuando: ojos abiertos, mirada alienada, desorbitada. Íñigo se despereza y se sobresalta al ver la cara de Adrián cerca)*. ¡Íñigo! ¡Íñigo! Despierta.

ÍÑIGO. Joder, casi me matas. ¿Qué cojones te pasa?

ADRIÁN. He tenido un sueño, algo acojonante... Os propongo un juego.

IV

He trastocado los planes del equipo. Primero iré al Rastro a conocer al tal Duval y luego a comisaría. Vera ha querido acompañarme, así que nos reunimos en la plaza Mayor para tomarnos antes un café. La pongo al día con el descubrimiento de anoche y veo un reflejo de

admiración en su mirada.

—¿Estuviste toda la noche trabajando? —me pregunta.

—Sí, he dormido poco.

—Pues me alegro, la verdad, buen trabajo, René. —Ha rebajado el tono impertinente del diminutivo—. Nunca supimos dar un solo paso en los acertijos. De hecho, siempre pensé que no era más que una distracción, una invención para tenernos entretenidos mientras él seguía con sus planes.

Doy un generoso mordisco a mi desayuno calórico y me deleito con el delicioso sabor de las grasas saturadas y la adulación de la abuela.

—Y quizá sea así, no lo sabemos. Pero debemos intentarlo.

—¿Sabes? —Ojo, que viene una confesión—. Cuando te conocí, dudé de ti. No sé, tienes algo excéntrico que, si te soy sincera, no me gusta. Pero creo que Beltrán tiene razón: eres una magnífica agente a pesar de todo.

¿Qué se supone que debo decir? ¿Un simple «gracias», un «ay, qué mona, mil gracias, querida», o bastaría un «¿y por qué coño no iba a ser buena»? Me esfuerzo en estirar mis labios a ambos lados para esbozar una simpática sonrisa.

—¿Qué piensas de Íñigo como comprador del libro? —Profesionalizo la conversación—. ¿Sigues creyendo que es casualidad?

Le da un sorbo a su café. Creo que todo lo que tenga que ver con la investigación de San Sebastián le produce malestar. Y no me extraña: no hizo, precisamente, su mejor papel.

—Por mucho que me cueste creer que esté implicado, no podemos dejarlo pasar. Tendremos que hablar luego con Beltrán y ver qué hacemos.

Terminamos el desayuno y nos ponemos en marcha. Mientras caminamos, recuerdo una conversación pendiente desde que nos conocimos.

—El otro día, en Pamplona, cuando íbamos a la floristería, me preguntaste por mis padres. —Ella asiente con la cabeza—. Me dijiste sus nombres. ¿Los conocías?

—De oídas, nada más. La muerte de tu padre fue bastante sonada

entre la alta sociedad. Tú serías muy pequeña, ¿no?

—Quince años.

—Qué lástima, debió de ser muy duro.

Otro intento de psicoanálisis que no pienso asumir.

—Fue muy duro, sí —miento—, aunque no tengo muchos recuerdos. Me pasé semanas encerrada en mi cuarto.

No me gusta la mirada que me lanza de reojo, escéptica, incrédula, como si no se hubiera creído mis palabras. Cuidado con la abuela.

—¿Y seguro que no los conocías? Me dio esa sensación cuando mencionaste a mi madre.

—No, seguro. —Ahora es ella quien miente.

Llegamos por fin a la calle Embajadores, donde ya empieza a acumularse gente, pese a que acaban de abrir las tiendas y los puestos ambulantes.

—Por cierto, Vera.

—¿Sí?

—Si vuelves a seguirme como anoche, yo personalmente ahogaré a tu nieta en la piscina.

La vi nada más subir del baño, parapetada al fondo del mostrador. Fingí no haberla visto y no le iba a decirle nada, pero esta mujer me genera la necesidad acuciante de tocarle las pelotas. Y no es que me caiga mal; en realidad, no puedo decir nada en su contra, pero su forma de ser, de tratarme, de mirarme incluso, me provoca un sentimiento de alerta continua. Así que, justo cuando hemos visto la platería de Enrique Duval, me ha parecido un buen momento para dejarle claro que no va, y nunca irá, un paso por delante de mí.

Tiene la decencia de no excusarse. Baja la mirada, avergonzada, mientras nos acercamos a un pequeño puesto ambulante tapado con un toldo verde, con un mostrador del que cuelga un cartel desgastado con el nombre del dueño. El hombre es algo mayor en comparación con la fotografía que ilustraba el reportaje de internet. Está colocando en el mostrador una colección de antigüedades de dudoso valor: pendientes, collares, ceniceros, relojes de bolsillo... Tras él hay unas estanterías donde ha colgado objetos más grandes, como bandejas de plata, cuberterías, marcos.

La conversación que mantenemos con él no pasará a los anales de la criminología. El hombre conserva menos luz que las baratijas que vende y apenas responde con monosílabos. Si nuestras preguntas contienen más de sujeto, verbo y predicado, se hace un lío y nos pide que se las repitamos.

—Esto es una completa pérdida de tiempo —le digo a Vera mientras enciendo un cigarrillo. Exhalo el humo, cabreada.

—De todas formas, deberíamos poner vigilancia, por si se asoma alguien interesante.

—Buena idea, llamo ahora a Beltrán. No nos podemos tirar aquí todo el día, pero tampoco quiero desechar esto del todo.

Saco el teléfono para marcar su número.

—Le falta por colocar una bandeja —le dice Vera al tendero, solícita—, no sé si se ha dado cuenta.

Mientras escucho el tono de llamada, me giro para ver de qué habla. Vera señala la estantería que el hombre tiene detrás, donde hay seis bandejas de plata colocadas sobre siete soportes y otro vacío. El personaje sigue sacando porquerías de una caja bajo el mostrador y ni levanta la vista.

—No falta, lo acabo de vender. No era una bandeja, era un escudo de armas.

—¿Lo ha vendido?

—Ya ve. Era muy bonito.

Nos miramos intrigadas. Cuelgo el teléfono. Son las nueve y tres minutos, en teoría acaba de abrir.

—¿Es normal que venda algo tan pronto?

—No, la verdad, pero al hombre le ha gustado mucho.

Busco la imagen de Íñigo Osorio en el teléfono y se la muestro.

—¿Era este hombre?

Mira fijamente, parece dudar, pero finalmente niega con la cabeza.

—Nada que ver.

Le enseño las de Bruno Medina y Álvaro Díaz de Arcaya con el mismo resultado.

—¿Y qué era exactamente? —pregunta Vera.

—Ya se lo he dicho, un escudo de armas grabado en plata.

—¿De qué?

—De armas.

Oficios en extinción, decía el artículo... Este tendría que haberse extinguido en el pleistoceno. Saco la placa y la pongo en el mostrador.

—Policía Nacional. O nos dice cómo era el escudo y responde a nuestras preguntas con un mínimo cociente intelectual, o le confisco ahora mismo toda esta mierda que vende.

De pronto el hombre coge carrerilla y recibe un golpe de erudición.

—Era un escudo muy bonito, con un pie que aplasta una serpiente y un grabado en latín. Lo tenía desde hace un año más o menos, cuando un sinvergüenza me lo encargó y no vino a recogerlo. Ya no suelo hacer este tipo de trabajos, ya ven cómo está el negocio, pero ese hombre prometió pagarme lo que gano en medio año. Total, que me dejó a deber casi dos mil euros.

—¿Se ha ido hace mucho?

—Veinte minutos o así. Ha venido mientras estaba abriendo, ha sacado unas fotografías y al cabo de unos minutos se lo ha llevado.

—¿Y quién le encargó el escudo? ¿Tiene apuntado algún dato suyo? —pregunta Vera.

—Edgar es el único nombre que me dio. Creo que no lo olvidaré jamás. Mi última timada.

El nombre de la reserva nos confirma que vamos por buen camino.

—¿Qué inscripción tenía el escudo? ¿Lo recuerda?

—Sí, claro, la grabé yo mismo: *Nemo me impune lacessit*. —Lo apunto en el móvil sin tener la menor idea de qué quiere decir. El hombre nos saca de dudas—: Nadie me ofende impunemente.

V

Ane se ha despertado sola en la *suite* presidencial. Ha tanteado el otro lado de la cama, esperando encontrarse a Íñigo, pero está vacío. En el salón la espera un espléndido desayuno preparado para

degustarlo con vistas a la ciudad, pero ni rastro de su amante. Una nota reposa junto al café: «He tenido que ir un momento al hospital, un problema urgente con una paciente. Disfruta del desayuno. Te veo luego en casa».

Se traga la frustración, aunque piensa que es mejor así. Desde luego, le habría encantado despertarse junto a él y poder seguir apurando esa aventura un día más. Ha sido una noche única, con una pasión desatada como hacía tiempo que no vivía, sintiéndose una mujer diferente, atractiva, joven, capaz de despertar el deseo descontrolado de un hombre. Y precisamente por eso es mejor enfriar las cosas. De seguir cediendo a la tentación, quién sabe si podría llegar a cruzar una línea de no retorno. Su cabeza, más sensata y racional, la misma que le ha cosechado tantos éxitos profesionales, le aclara que está muy bien como está en su tranquila y cómoda existencia junto a Álvaro.

Después de desayunar, regresa a casa caminando, disfrutando de una mañana fría pero soleada. Tiene intención de escribir a sus padres para preguntar por los niños y decirles que comerá con ellos. Está deseando verlos después de casi una semana sin tenerlos en casa. Sin embargo, antes de escribirles prefiere saber si Íñigo tiene pensado algún plan. Al parecer, su parte racional no tiene tanto peso como pensaba.

Cuando cruza la puerta de casa, advierte que no está sola. Escucha un ruido proveniente del interior.

—¿Hola? —pregunta.

—Estoy aquí, en la biblioteca.

Deja el bolso y el abrigo, se descalza y acude en su busca.

—¿No estabas en el hospital?

Íñigo está sentado en el sillón de lectura con un libro en las manos.

—He estado, pero tengo que volver en un rato porque no había pasado el oncólogo a ver al paciente. Siento no haber desayunado contigo, Anita, pero me han liado.

—No te preocupes. —Ane no sabe cómo actuar, la pasión es confusa a plena luz del día y sin la dosis oportuna de alcohol.

—¿Estás bien?

—Sí, es un poco... raro, nada más.

—Ven. —Ella se acerca y él toma su mano—. Lo que ha pasado queda entre tú y yo, nadie más. No va a cambiar nada, no va a trastocar tu matrimonio, no va a dar al traste con nuestra amistad. Es algo entre nosotros, ¡y ni siquiera es la primera vez!

—Ya lo sé, ya lo sé, perdona, no quería preocuparte. Estoy bien, de verdad, solo que ayer...

—Estuvo muy bien.

—Pero que muy bien.

Ella asiente, en parte satisfecha, en parte esperando la menor insinuación para lanzarse de nuevo sobre él. Opta por distender un poco el ambiente. Suelta la mano y se dirige a la puerta.

—¿Qué lees?

—«El barril de amontillado», un cuento de Edgar Allan Poe. ¿Lo has leído?

—No, la verdad. ¿De qué va?

—El protagonista quiere vengarse de un hombre que lo ha ofendido. Le pide opinión sobre un barril de amontillado que ha recibido, lo lleva a su casa, lo conduce a la cueva donde guarda el vino, lo va emborrachando por el camino y termina encerrándolo vivo en un nicho.

—Pues vaya, qué alegría de lectura, ¿no?

—Sí, un poco siniestra, no te voy a engañar.

—¿Has probado el amontillado alguna vez?

—No, la verdad es que no, creo que es una especie de jerez.

—Yo tampoco. Pregúntale a Bruno, él te dará a probar.

Ane desaparece tras la puerta y se dirige a la cocina para hacerse un café. Íñigo va tras ella.

—¿Por qué?

—Hace unos meses se gastó una fortuna en vino para guardar en la finca. Ya sabes que tiene una bodega espectacular y la tenía que llenar. Me pidió que le echara un ojo al contrato con el distribuidor. Y recuerdo que me llamó la atención el cargamento de amontillado, nunca había oído ese nombre.

—¿Y lo tiene en la finca?

—Supongo.

—¿Quieres un café?

—No, gracias. ¿Qué hora es? Creo que me voy a pasar por el hospital y así me libero antes.

—¿No ibas a ir más tarde?

—Mejor me lo quito ya —contesta algo nervioso—. ¿Comemos luego?

Ane sopesa si comer con sus hijos o hacerlo con él.

—Claro.

Cuando se queda sola, se prepara un café con leche de soja y se sienta en el sofá del salón. No le vendrá mal un poco de tranquilidad y soledad. Enciende la televisión mientras ojea el móvil. Pone las noticias para ver qué ha pasado en el mundo. Con la presencia de Íñigo en casa, lleva unos días desconectada de la actualidad.

Un reportero concluye una crónica sobre la situación en Gaza a la que Ane no presta demasiada atención, más centrada en lo que está leyendo, a la vez, en LinkedIn. Mientras comenta un artículo publicado por una compañera del despacho, escucha de fondo:

—«Por otro lado, seguimos sin noticias del paradero de Olivia Suárez, desaparecida el pasado jueves de su domicilio. La policía sigue barajando como primera hipótesis que estemos ante una nueva víctima del caso conocido como los crímenes del librero».

Ane abandona el móvil para centrarse en la televisión. Ese tema le interesa, una noticia que, por desgracia, concita su atención cada cuatro años desde hace tres décadas. En ese momento emiten la imagen de la chica y la reconoce de inmediato, se incorpora y siente como si de pronto le faltara aire con que llenar los pulmones. La ha visto antes, la ha reconocido sin dudarlo: es la misma fotografía que vio en el ordenador del despacho cuando encontró a Íñigo dormido. La misma que se apresuró a apartar de su vista apagando la pantalla.

Necesita unos instantes adicionales para encajar las fechas y entonces se asusta de verdad. La vio la noche del viernes, cuando todavía no se había denunciado su desaparición, cuando el mundo no sabía quién era Olivia Suárez..., excepto Íñigo.

VI

Es el último sitio que le quedaba por revisar, al menos en Madrid. El avión privado de Bruno, un espectacular Gulfstream G280 con el que recorre el mundo en sus viajes de trabajo. Le abre la nave uno de los pilotos habituales de la empresa, un hombre afable con el que Álvaro ha coincidido en varios vuelos.

Se dedica a husmear por los armarios y recovecos que ofrece el habitáculo, que dan servicio a las diez cómodas plazas que alberga el avión. Revisa también a conciencia la pequeña cocina, un cuarto de almacenamiento e incluso el baño. Nada.

Cuando Álvaro se da por vencido, se sienta en uno de los asientos y contempla por la ventanilla el bullicio en las pistas del aeropuerto. Junto a la escalinata espera paciente el Bentley de Bruno con su chófer al volante.

Suspira hastiado. No puede quitarse de encima la sensación de haber desperdiciado el juego. En lugar de haber disfrutado de la vida de su amigo, de haber viajado en aquel maravilloso aparato a algún lugar paradisíaco, de haberse incluso dejado tentar por alguna modelo como bien le había recomendado Rubén, se ha dedicado a perseguir fantasmas.

Se consuela al menos con haber podido pasar un tiempo con Rebeca, todo un descubrimiento. Es una chica especial, de eso no hay duda, y entiende bien lo que Bruno ha visto en ella.

El allanamiento de aquella casa fue emocionante, y vivir su entusiasmo posterior es, sin duda, lo mejor de la semana. Han hablado brevemente durante el desayuno, antes de que Rebeca se fuera a su casa a supervisar las obras, y han quedado después para comer.

Lo único que siente es no haber podido echar una ojeada a la habitación cerrada de la casa de los horrores. Justo había conseguido adivinar la contraseña cuando le sorprendió el grito de Rebeca y aquel cadáver dirigiéndose hacia ella. Tenía el pomo de la puerta en las manos, solo un instante más y habría podido ver lo que había dentro.

Siente la tentación de volver a intentarlo, pero descarta enseguida un nuevo allanamiento. Habrán incrementado la seguridad después de su incursión y no quiere meterse en un lío.

Se dispone a marcharse, poco más tiene que hacer allí. Se agarra a los brazos del asiento y acaricia el cuero mientras su cabeza es un torbellino de pensamientos sobre lo que pudo haber hecho en estos últimos días. Su mano derecha se topa con una cremallera en el lateral. Casi de forma inconsciente, movido por esa ansia de búsqueda que se ha apoderado de él, abre la cremallera y mete la mano. Extrae un sobre delgado. Lo mira con cierta indiferencia, plenamente consciente de que no tendrá el menor interés. Lo abre: contiene un pasaporte extranjero. Arquea las cejas perplejo cuando ve la fotografía: es Rebeca, posando alegre ante a la cámara. ¿Habrá olvidado su pasaporte en algún vuelo? Le resta importancia y lo deja en su sitio.

—Ya he terminado, Manuel, muchas gracias por todo. —Se despide del piloto, que sale de la cabina para darle la mano.

—Un placer, don Álvaro. ¿Seguro que no se quiere dar una vueltecita?

—Suena tentador, ya lo creo. Pero aproveche para descansar, que a partir de mañana ya tiene al jefe danzando por el mundo.

—No le digo más que el jueves nos ponemos en marcha otra vez, estaba justo preparando la documentación.

Bajan la escalerilla contra una corriente de viento cálido que los golpea inclemente. El chófer sale de su asiento y abre la puerta trasera del coche.

—¿Ah, sí? —pregunta Álvaro al piloto—. ¿Adónde van esta vez?

—A Buenos Aires.

—Anda, no lo sabía. No sé cómo mi querido Bruno aguanta el ritmo.

—En este caso no se va a cansar demasiado, él no viene, solo la señorita Rebeca.

VII

—Bien, soy todo oídos.

El inspector jefe se recuesta en la silla y nos observa. Estamos en su despacho Vera, Igor y yo, y nos toca ponerlo al día. Empieza Igor:

—Lo primero, mi gran descubrimiento: el conductor de la furgoneta se ha marchado a Bulgaria. Su último servicio fue el del «maniquí humano». Dejó la furgoneta en la cochera a las doce de la noche y al día siguiente, a las nueve de la mañana, cogía junto a su mujer un avión rumbo a Sofía. No deja familia aquí. El vecino de enfrente dice que se ha ido unos días de vacaciones, que fue algo repentino que le surgió. Nada más.

—Cuando entra en la cochera para devolver la furgoneta, lo hace solo —sigo yo—. Deja las cajas y los maniquíes en la zona de carga, obviamente sin Olivia, firma la entrega del vehículo y se larga.

—Voy a dar aviso a la Interpol para que lo intenten localizar —anuncia el jefe—. No será fácil y no tenemos tiempo, pero hay que probar suerte. ¿Huellas en el vehículo?

—Muchas, ninguna identificable de momento —dice Vera.

—Bien, más cosas.

Ahora sí que nos miramos entre los tres, como debatiendo si dar el paso o no. Entramos en el farragoso terreno de las pruebas-conjeturas y no sabemos cómo va a salir.

—Maca Rodrigo, la primera víctima, participaba en un club de lectura en compañía de algunos alumnos y un profesor...

Por la mirada que me lanza comprendo que ya puedo hacerlo bien porque las posibilidades de estrellarme son altas. En plena caza al hombre ponerme a hablar de un club estudiantil de hace treinta años tiene cierto peligro.

En todo caso, durante los siguientes quince minutos me dedico a contarle todo lo que sabemos de Samuel Galindo —omito la desaparición del vídeo para cubrir a Vera—, Íñigo Osorio, Bruno Medina y su conexión con la investigación actual. Le hablo también de los otros dos amigos, el cura y el periodista.

Cuando termino, se hace un silencio pesado. Beltrán se levanta, camina hacia la ventana, la abre y nos hace un gesto, como pidiéndonos permiso para encender un cigarrillo. Quién fuera jefe.

—Recapitulemos —dice—. Al chaval que deja la flor en Pamplona le contactan con una cuenta falsa de Instagram. Dicha cuenta ha sido creada con el mismo correo electrónico que el utilizado por la página de un tío que vende libros de segunda mano. Rastreamos la página y nos encontramos con un antiguo profesor de Maca, supuestamente muerto en Chile. Profesor que vive inundado de libros y escondido en mitad del monte. Nos da el contacto de un chaval que lo ayuda con las redes y que en teoría debe darnos una respuesta sobre el correo electrónico, y resulta que el número no existe...

—Y no hay rastro del chaval —apunto.

—Sigamos. El profesor vuelve de Chile cuatro años después de la muerte de Maca y se compra una finca que le vende una empresa de Bruno Medina. No la registra en el Registro de la Propiedad, suponemos que para que nadie sepa que es suya. ¿De Medina sabemos algo?

—Me planté en su casa, pero no estaba. Dejé recado y no me ha devuelto la llamada.

—Bien. Por otro lado —prosigue—, nuestra Olivia trabaja en un despacho que llevó un asunto a la Fundación Medinnova. Uno de los patronos es Íñigo Osorio. A la cena anual que organiza la fundación, acude Olivia, que conoce a Íñigo. También a sus dos compañeros del club de lectura, Álvaro Díaz de Arcaya y Bruno Medina.

—Sin olvidar al cura y al periodista —dice Igor.

—¿Quiénes?

Toma de la mesa la fotografía que Vera y yo descubrimos ayer. En la imagen se aprecia a los cuatro amigos sonriendo a la cámara —bueno, excepto Adrián Montero, que parece enfurruñado y está como en segundo plano— junto a Ignacio Ariza y Olivia. También le enseñamos otra fotografía del evento donde aparece Salvador Guzmán.

—Este —continúa Igor—, se llama Adrián Montero y, redoble de tambores, también estudió en Pamplona y fue compañero de la clase de Escritura creativa. Al igual que el afamado periodista Salvador Guzmán.

—Todos participaron en el club de lectura —recuerdo ahora—;

Jorge Lezaun, el exnovio de Maca, me lo dijo de pasada esta mañana. —El jefe fuma con calma, contemplando el patio desierto que se abre a sus pies—. Es decir —completo yo sus pensamientos —: tenemos a cinco personas que han coincidido con al menos dos de las víctimas, la primera y la última.

—Sin hablar de que participaban en un club de lectura que se llamaba ni más ni menos que Exlibris —apunta Igor.

—Y luego la dichosa frase en casa de Olivia.

—El libro que vendió Samuel Galindo a través de Facebook es una edición que contiene el relato de *Los crímenes de la calle Morgue*. Y lo adquirió ayer por la tarde Íñigo Osorio.

Vera toma el testigo.

—Renata resolvió el acertijo gracias a ese libro. En un momento del relato se recoge el testimonio de doce testigos, «los doce que vieron». El cuarto es un tal Henry Duval, platero. René localizó un puesto en el Rastro a nombre de Enrique Duval, donde alguien ha comprado un escudo de armas con una inscripción.

—Solo hemos tenido que meterla en internet para descubrir que aparece en otro relato de Edgar Alla Poe, «El barril de amontillado».

—Pero no fue Íñigo Osorio el que compró el escudo —interviene el jefe. Los tres negamos con la cabeza. Ahí se nos complica el relato —. Ni Medina, ni Díaz de Arcaya, ni el cura, ni Guzmán... —Nueva negativa—. Mandad un dibujante a ver si puede hacer un retrato del comprador. ¿Habéis descubierto algo en el relato ese del barril?

—Estamos en ello.

Apaga la colilla y se apoya en el alféizar de la ventana, mirándonos.

—Sabéis tan bien como yo que esto es un poco mierda. En el entorno de Olivia, ¿hay algo?

—Nada —apunta Igor—. Hemos hablado con sus amigas, con su novio, sus padres, compañeros de trabajo... Una chica trabajadora, responsable, sin ningún problema.

—Pues sigamos, entonces, dos vías. Primera, hay que localizar al tío de las redes sociales del profesor. Me he cansado del jueguecito que lleva. Pedimos una orden de registro y ponemos patas arriba la casa del lunático. En realidad, es la vía más clara que tenemos.

—Me ocupo de gestionar la orden —dice Vera—, tengo buena mano en el juzgado.

Asiento con la cabeza.

—Segunda, Íñigo Osorio. Quiero su interrogatorio hoy mismo.

—¿Los otros?

—Vamos a ver por dónde nos sale Osorio y decidimos. Mucho ojo con el perfil de esta gente, especialmente con Bruno Medina. Es gente importante, pero muy importante. Como demos un paso en falso, cierran la brigada y acabamos de seguratas en el Mercadona. Interrogad al médico y, según lo que diga, decidimos.

VIII

Olivia lo ha intentado todo y no es posible. Ha mantenido la esperanza en cada salto, con cada ocasión que ha cogido carrerilla y se ha lanzado hacia la compuerta. Pero los escasos centímetros que separan sus dedos de la palanca se han convertido en un campo infinito de desconsuelo.

No llega.

Ha intentado aprovechar la curvatura del cilindro para correr y saltar desde la máxima altura posible; aun así, el techo está demasiado alto y no es capaz de alcanzarlo.

Da un pequeño sorbo de agua. Tiene que racionar el botellín porque es el último, pero está sudada y exhausta por las dos horas que lleva intentándolo y necesita beber.

Se sienta al fin, vencida. Soltarse de la cadena fue un éxito y se aplaude por ello, pero teme que sea una victoria inútil. Cuando estaba encadenada al suelo, pensaba que sería capaz de salvar la distancia y alcanzar la salida, y se había lanzado hacia su liberación sin calcular que no era posible. Ya daba igual, estas son las cartas con las que jugar la partida.

Y piensa jugar hasta que la saquen de la mesa.

Cuenta con un factor que está dispuesta a aprovechar: su secuestrador piensa que todavía está encadenada y se llevará una

sorpresa cuando descubra que no es así. Será una fracción de segundo, seguramente, un instante de duda que Olivia tendrá que aprovechar para cargar contra él con toda su energía.

La adrenalina campa a sus anchas por su organismo y lo agradece. Ha dejado de llorar y está expectante y nerviosa ante el enfrentamiento que se avecina. La rabia ha logrado aplacar en parte el miedo y prefiere verse así, guerrera antes que víctima.

Nota una nueva vibración en las paredes y, como siempre, se detiene sin respirar siquiera para comprobar si pasa de largo o se acerca como la otra vez. Y se acerca.

Ha llegado el momento. Es la hora.

Coloca la cadena junto al tubo, como si todavía tuviera el pie anclado, y se tapa con la manta para ocultarlo aún más. Al soplete le queda poco gas y no le servirá para defenderse, pero por si acaso lo esconde también junto a ella.

La vibración llega a su punto máximo y entonces se detiene, como el corazón de Olivia mientras mira sin cesar hacia la compuerta.

La palanca, la dichosa palanca que no ha conseguido alcanzar, se mueve lentamente. Cuando hace la circunferencia completa, se detiene y la escotilla se abre.

Comprueba que es de noche como la otra vez. Allí dentro no distingue qué hora es, no tiene forma de orientarse. El cielo vuelve a mostrarse limpio, repleto de estrellas.

La cabeza se asoma de nuevo con esa siniestra máscara de porcelana y aquella sonrisa pintada de rojo que corta la respiración. Lo hace lentamente hasta asomarse por completo. La mira fijamente. De pronto niega con la cabeza, despacio, repetidas veces. Una mano se asoma. Lleva un guante negro. Con un dedo se toca la frente y vuelve a cabecear.

—¿Qué querías? ¿Esto? —dice Olivia, busca el sello y lo alza—. ¿Querías que me pusiera esto en la frente, puto enfermo? Pues vas a tener que bajar a hacerlo tú mismo, hijo de puta —grita—. ¡Vas a tener que bajar!

La compuerta se cierra de golpe y retorna el silencio. La palanca gira de nuevo y el sonido que provoca denota todavía más la sensación de encierro.

—¡Cobarde! —grita histérica—. ¡Eres un puto cobarde!

La única bombilla se apaga entonces y al silencio se le une una oscuridad plena. El corazón de Olivia bombea frenético. Está preparada para atacar, para lanzarse sobre su presa, aunque para eso tendría que verlo. Está asustada, histérica, sabe que se acerca el final, cualquiera que sea.

Se oye un ruido en el techo. Junto a la compuerta se abre entonces una pequeña trampilla redonda, no más de treinta centímetros de diámetro. Olivia no había reparado en ella porque está junto a la bombilla y el reflejo le impedía verla. El cielo estrellado vuelve a aparecer entonces, aunque desde un ángulo mucho más estrecho.

Escucha ruido en el exterior, unos pasos, sonidos metálicos, un siseo, como si estuviera arrastrando algo. Contempla por un instante al hombre al otro lado. Va vestido todo de negro a excepción de la máscara; intenta fijarse en algún detalle que le permita identificarlo, pero es imposible. Trae algo en las manos, no se distingue bien, pero parece que le cuesta moverlo.

Cuando Olivia descubre lo que es ya es demasiado tarde.

El hombre conecta una manguera a la trampilla y de nuevo se hace la oscuridad en el habitáculo. Olivia cierra los ojos cuando predice lo que está por venir, y no necesita mucho tiempo para comprobar que ha acertado. Junto a ella cae de pronto un chorro violento y viscoso, como una cascada contra el suelo: lo salpica todo y amenaza con inundar el depósito en cuestión de segundos.

El olor es inconfundible. Gasolina. Y el miedo se desata en un alarido que solo ella escucha.

IX

Cinta número 17 — mayo de 1996

(Noche. Panorámica de Pamplona desde la azotea de un edificio. Un parque grande y oscuro rodeado de bloques de viviendas e

iluminado por unas farolas que flanquean los caminos).

ÍÑIGO *(voz en off)*. Me encanta este piso; ahora sí, de aquí no nos movemos.

SALVA. Amén, hermano. Y los tres solos mucho mejor.

ADRIÁN. No nos desviemos, joder.

SALVA. Tranquilo, *killer*, te escuchamos. Repíteme cómo funciona.

(La cámara se mueve por la azotea atenta a los detalles. Una zona de estar, con unos sofás alrededor de una estufa, una barbacoa, una barra con algunas botellas. Salva y Adrián están sentados, fuman y beben. En la mesa de centro, la cámara enfoca rápido una bandeja con unas rayas de cocaína).

ADRIÁN. Uno de nosotros organiza el juego...

SALVA. Llamémosle «el organizador» para simplificar.

ADRIÁN. Es quien escoge a la víctima, la estudia con detenimiento, prepara cómo y dónde secuestrarla, y cuando lo tiene claro, organiza el juego.

ÍÑIGO *(voz en off)*. Como una yincana.

ADRIÁN. Más o menos, sí. El juego consiste en una serie de pistas que tendrán que averiguar los otros dos para llegar hasta la chica.

(La cámara enfoca el edificio de enfrente, centrándose en las ventanas con luces encendidas).

ÍÑIGO *(voz en off)*. Y entonces la secuestra y comienza el juego.

ADRIÁN. ¡Exacto! Los dos cazadores tendrán que resolver el misterio hasta llegar a su presa, y el primero que lo consiga...

SALVA. Recibe el premio gordo y puede hacer con la presa lo que quiera.

ÍÑIGO *(voz en off).* Lo que quiera...

(La cámara recorre las ventanas hasta enfocar una en cuyo interior se aprecia lo que parece una fiesta de estudiantes).

ADRIÁN. Y el segundo tendrá que matarla y deshacerse del cuerpo. Ahí deberá emplearse a fondo porque es lo más peligroso, tendrá que hacerlo muy bien para que no se nos echen encima.

(La imagen se mueve de nuevo y se aprecia a Adrián esnifando una raya sobre la mesilla. Salva pide su turno y esnifa la siguiente. Se hace el silencio).

SALVA. No seremos capaces.

ADRIÁN. ¿Qué cojones? Claro que sí.

ÍÑIGO *(voz en off)*. Joder, Adrián, quién te ha visto y quién te ve. De cura a criminal.

ADRIÁN. Siempre he sido más de Humanidades.

SALVA. No digo que no sea emocionante y que no me esté poniendo cachondo la idea, eso seguro, pero también hay que valorar que es peligroso de cojones, y si nos pillan, no salimos de la cárcel en treinta años.

ADRIÁN. No nos van a pillar. Tenemos medios para hacerlo, Íñigo está forrado y puede contribuir a los gastos. Y luego está la creatividad: hemos leído tantas novelas de crímenes que podríamos cometer uno con los ojos cerrados.

ÍÑIGO *(voz en off)*. Una propuesta. Si pillan a alguno, ese asume toda la responsabilidad, carga con el muerto.

(Imagen fija en Salva y Adrián unos segundos).

SALVA. Me parece cojonudo, será un sacrificio por la causa. El que caiga, se come toda la mierda y hace lo que sea para que no salpique a los demás. ¿Hecho?

ADRIÁN. Hecho.

ÍÑIGO *(voz en off)*. Hecho.

SALVA. Faltan detalles por definir: quién es la víctima, cómo secuestrarla...

ADRIÁN. Eso es cosa del organizador.

ÍÑIGO *(voz en off)*. Que intuyo serás tú.

ADRIÁN *(en primer plano)*. Intuyes bien, por algo soy el creador del juego.

SALVA. Pues creo que no tendrá mucho misterio adivinar quién va a ser la víctima.

ADRIÁN *(se ríe)*. Eso ya lo veremos. En todo caso, tendrás que adivinar quién y dónde está; no será tan sencillo, querido, ya lo verás.

(La cámara se acerca a los sofás. Imágenes confusas mientras Íñigo enfoca el sofá desde la mesa de centro y deja allí la cámara. Se sienta en el sofá. Imagen fija de los tres).

ÍÑIGO. Bien, habrá que concretar algunos detalles para que no se

nos escape nada, pero... yo me apunto.

ADRIÁN *(mira a Salva, que permanece absorto contemplando las vistas, colocado)*. ¿Y bien?

SALVA *(sigue mirando el panorama)*. No vas a ser capaz. Me juego el ojo izquierdo. En el último momento te echarás atrás. Ahora bien... *(esboza una amplia sonrisa)*, si lo haces, también me apunto.

ADRIÁN *(aplaude emocionado)*. Pues entonces, que empiece la fiesta.

X

Me consiguen el teléfono de Íñigo Osorio, pero no doy con él. Me atiende un hombre que me informa de que no está disponible y que me llama en media hora. Cumple su palabra.

La conversación es rápida: lo necesito en comisaría lo antes posible para hacerle unas preguntas. Se pone algo nervioso, sobre todo cuando me niego a decirle de qué se trata. Hemos quedado a las dos y esto es lo que he conseguido. Anticipo que bastante menos de lo esperado.

—Estamos investigando la desaparición de una chica, Olivia Suárez, ya lo habrá visto en las noticias.

—Lo he visto sí, es horrible. ¿Y en qué puedo ayudarla con eso?

—¿La conoce?

—No que yo sepa.

Coloco sobre la mesa la fotografía de la chica en la gala benéfica de Medinnova. Él la mira.

—¿Es ella?

—Así es, ¿la recuerda?

—Me temo que no. Es una gala que hacemos todos los años y donde hay más de quinientos invitados. No recuerdo a todo el mundo que me presentan.

—¿Adquirió ayer un libro de Edgar Allan Poe en la Librería Luciérnaga?

Muestra sorpresa.

—Sí que están bien informados. Sí, lo vi en una página especializada de Facebook donde a veces compro algún libro antiguo. Pero sigo sin saber...

—¿Lo tiene todavía?

—Sí, claro.

—Si nos lo pudiera dejar un par de días, se lo agradeceríamos.

—Cuente con ello. Luego se lo hago llegar.

—¿Ha estado esta mañana en el Rastro?

Sonríe abiertamente.

—Ni por un millón de euros, agente. Eso es una colmena de turistas.

—¿Dónde estaba la noche del miércoles?

Se queda pensativo, haciendo memoria.

—Cenando con una amiga en un restaurante.

—¿Puede decirme con quién cenó y forma de localizarla?

—Claro, se llama Ane Landázuri, le apunto su teléfono. Aunque preferiría dejarla al margen de todo esto, sobre todo hasta saber qué hago aquí exactamente.

—¿A qué hora llegaron al restaurante?

—No lo recuerdo. A las nueve y media o diez, no lo sé. Fuimos por separado.

—¿Conoce a Samuel Galindo?

—¿El profesor? Madre mía, hace siglos que no oía su nombre.

—¿Lo ha visto últimamente?

—¿Visto? No sabía ni que estaba vivo. Circuló hace siglos el rumor de que había muerto en Chile, donde se fue a vivir después de lo ocurrido.

—Entiendo que no sabe que el libro que compró ayer era de su propiedad.

Abre los ojos, sorprendido.

—Obviamente, no. Lo compré en una librería.

—Pero habrá visto que en la primera página hay un exlibris con las iniciales S. G.

Se encoge de hombros.

—Se trata de un libro de segunda mano, subinspectora. ¿Se supone que tenía que deducir que era de Samuel Galindo veinticinco

años después de haberlo visto por última vez?

—¿Coincidió con Maca Rodrigo en un club de lectura?

—Madre mía, no entiendo nada, y, sinceramente, una cosa es cooperar con ustedes y otra perder el tiempo. ¿Qué es lo que quiere en realidad? ¿Qué hago aquí?

—Con que responda me vale.

—Sí, coincidí con ella en la universidad, en una clase de Escritura creativa. Y sí, había un club de lectura en el que nos juntábamos a comentar libros. Nada más.

—Se llamaba Exlibris, una curiosa coincidencia.

—Si usted lo dice.

—Una solemne pérdida de tiempo —declaro formalmente.

—¿Y qué pretendías? —inquiere Vera—. ¿Una confesión por escrito?

Estamos asomadas a la ventana de la comisaría viendo cómo nuestro interrogado, un flamante y guapo neurocirujano, atraviesa dignamente el aparcamiento para meterse en un cochazo. Un hombre inteligente, de mirada inquietante, no me parece trigo limpio, pero tampoco tengo nada serio contra él, más allá de un puñado de coincidencias y una corazonada.

—¿De verdad lo ves secuestrando, violando y matando a una chica cada cuatro años? —pregunta Vera.

—¿Y por qué no? ¿Porque es rico, guapo, médico?

—No sé, me cuesta creerlo.

—No hay nada peor que un policía con prejuicios.

XI

Parece como si hubiera pasado una eternidad desde que dejó el hospital, y eso que han sido solo cinco días. Íñigo entra en el edificio con esa sensación reconfortante, ese sabor a hogar que lo invade entre aquellas paredes. Es domingo por la tarde y hay poco

movimiento. Aun así, saluda a varios compañeros, con los que se cruza en el pasillo.

Le sienta bien encontrarse en ese lugar después del desagradable interrogatorio en comisaría. Todavía no entiende qué quería exactamente aquella mujer con mirada de perturbada. Quizá debería llamar a su abogado y ponerlo sobre aviso. No se fía de ella.

Va directamente a la UCI para preguntar por Nora, su paciente favorita. Lo recibe el caluroso abrazo de la madre, a quien han autorizado a estar junto a la niña. Revisa el historial mientras conversa con la pequeña. Lo que ve le gusta, la recuperación es un hecho.

—Eres incapaz de tomarte una semana entera de vacaciones —le recrimina una enfermera de la UCI en el mostrador de la salida—. ¿No ibas a disfrutar de la *dolce vita* madrileña?

—Y así es, querida, créeme que lo estoy haciendo.

—¿Y qué haces aquí?

—Quería ver a la pequeña. ¿Cuándo quiere subirla Cristóbal a planta?

—Hoy ha dicho que, si todo sigue así, el martes. La cría va muy bien, no ha dado ningún susto.

La enfermera coge una carpeta y caminan juntos en la misma dirección. Iñigo quiere pasar por su despacho.

—¿Llevas todo el fin de semana? —le pregunta.

—Sí, chico, los proletarios tenemos que trabajar, ya ves. Pero ya queda menos.

—Yo también trabajo, te recuerdo que soy un proletario como tú.

—Propietario, más bien, que no es lo mismo. ¿No tienes algún amigo ricachón que presentarme?

—Uy, unos cuantos.

—¿Y a qué esperas? Yo también quiero hacer como la amiga tuya esa, la pelirroja de Neumología.

—¿Rebeca?

—No sé cómo se llama, la argentina. —Se para ante una puerta, pone la mano en la manilla y se dispone a entrar—. Qué suerte tienen algunas. Un año trabajando y braguetazo padre: a vivir que son dos días.

—Te recuerdo que la chica sigue trabajando.

—Ya, ya, pero se rumorea por ahí que se larga. Y no me extraña, que dime tú para qué quieres un novio multimillonario si tienes que seguir haciendo turnos. En fin, te dejo, disfruta de tus vacaciones, ricachón.

Íñigo continúa por el pasillo preguntándose qué ha querido decir con eso de que se larga. Bruno no les ha dicho nada, y mucho menos Rebeca. Raro.

Entra en su despacho. Todo sigue igual, o casi. El bote de bolígrafos está desperdigado por el suelo y la mesa, algo revuelta. Es obvio que alguien ha estado cotilleando. Se acuclilla para abrir la cajonera y rebusca en el último de los cajones. Saca varias cajas, libros y bolsas para asegurarse, porque no ve la carpeta azul que lleva tiempo allí oculta.

Ahora sí que no tiene duda. Alguien ha estado allí. Y sabe quién es.

XII

Bruno ha decidido deshacerse de la resaca con unos largos en la piscina. Apenas le han hecho falta unos minutos para constatar que no está en buena forma, pero al menos el ejercicio le ha permitido desconectar un rato, limpiar la mente de problemas y dedicarse únicamente a contar largo tras largo.

Se detiene en el borde para coger aire. Es una piscina estrecha, de un solo carril, y sus veinticinco metros de fondo lo convierten en el lugar ideal para que sus dueños, Íñigo y Amanda, practiquen su deporte predilecto. Contempla la estancia y vuelve a ensalzar el buen gusto de la anfitriona como decoradora. Es un *spa* propio de cualquier hotel de lujo, con *jacuzzi*, camas de hidromasaje, sauna y una zona de descanso con una gran televisión. La ha encendido nada más llegar y tiene puestas las noticias sin sonido.

—No te me ahogues.

Amanda aparece tras él y le da una palmada cariñosa en la

cabeza, cubierta por el gorro de natación.

—No te había visto. ¿Hoy no practicas?

—Me da un poco de pereza, la verdad, con tantas emociones. —Se sienta junto a Bruno y mete las piernas en la piscina—. ¿Has tenido alguna novedad?

—Ninguna, y no creo que la tengamos, Amanda. Es una denuncia anónima, se supone que garantiza precisamente que no puedan contactar con nosotros. Lo mismo no volvemos a tener noticias del tema en la vida.

—Hombre, supongo que si lo encuentran, saldrá en las noticias, que no aparece un esqueleto todos los días —contesta mientras echa una ojeada a la televisión.

—Supongo.

Un reportero está transmitiendo desde las puertas de una comisaría de policía. Tiene que entrecerrar los ojos para enfocar y descifrar el rótulo que aparece en pantalla. Exhala bruscamente cuando consigue leerlo.

—Sí, ya lo he visto —dice Bruno, que se quita el gorro y las gafas, consciente de que no va a nadar más—. Otra vez. Llevan con eso todo el día.

—Joder, siempre tengo esperanzas de que no vuelva a ocurrir. Hubo un año que no pasó nada, ¿te acuerdas? Pensé que se había terminado la pesadilla, que el hijo de puta igual se había muerto. Y mira. Ahí lo tenemos otra vez. ¿Se sabe quién es?

—Una tal Olivia no sé qué. Si te digo la verdad, es mejor no enterarse. Se me revuelve el estómago. Es como volver a revivir todo aquello.

—A Íñigo le pasa lo mismo. Creo que los tres os quedasteis un poco tocados.

—Los tres y toda la universidad, fue una conmoción. Tú porque llegaste un par de años más tarde y las cosas se habían calmado, pero en el campus fue un antes y un después.

—Yo sí que necesito enterarme.

Se levanta y camina hacia la televisión con cuidado de no resbalar con los pies mojados. Busca el mando y sube el volumen.

—«De momento la policía no ha declarado oficialmente que

estemos ante un nuevo caso de los crímenes del librero, pero fuera de cámara todos lo dan por hecho. El perfil de Olivia Suárez, muy similar al de las otras chicas, y sobre todo la frase aparecida en su habitación convierten al librero en el principal sospechoso».

—¿Qué frase? —pregunta Amanda.

—Ni idea —apunta Bruno, que se está poniendo un albornoz tras ella—. Y como te dije, prefiero no enterarme. ¿Salimos a tomar algo?

El reportero da paso a la tertulia que comenta la noticia en el estudio de televisión. El presentador interviene:

—«Recordemos que Olivia Suárez, de veintiséis años, natural de Valladolid y abogada de profesión, fue secuestrada en su propia casa el pasado miércoles sin que se haya tenido noticia alguna desde entonces. En su habitación, y escrito en sangre supuestamente de la propia chica, apareció la siguiente inscripción: "De los doce que vieron, soy el cuarto"».

Amanda deja de oír, un pitido agudo e incesante se instala en su cabeza. La frase la deja paralizada, incapaz de reaccionar. La ha visto antes. Sin ser consciente de sus actos, camina hacia la puerta. Bruno le pregunta algo que ella no procesa. Le suelta un confuso «tengo que ir al baño» que suena apagado frente a la voz clara del presentador. Sigue avanzando mientras la tensión se desata en sus sienes, que palpitan con fuerza.

Junto a la piscina se encuentra la sala de juegos. Entra y se dirige hacia el humidor de puros, cuya cerradura sigue emitiendo una luz verde que permite el acceso. Busca la caja negra de Cohiba rogando a Dios que todo sea una confusión, que la maldita frase no coincida, que sean imaginaciones suyas.

Comienza a desenrollar los tubos y a leer el contenido de las notas. Revisa una tras otras sin éxito, hasta que en el quinto comienza a temblar: «De los doce que vieron, soy el cuarto».

No entiende nada, no es posible, ¿cómo puede estar allí? La encontró el viernes, cuando ni siquiera se sabía que la chica había desaparecido. ¿Cómo lo sabía Íñigo? ¿Acaso ha sido Bruno quien la puso allí?

Tiene que salir, necesita respirar, la humedad de la estancia le agarrota los pulmones. Cuando pone la mano en la puerta, ahoga un

grito al ver al otro lado del cristal la silueta del cadáver del centro comercial. Esto no está pasando, no es real. La pequeña habitación comienza a dar vueltas, el suelo se vuelve de pronto inestable. Trata de fijar la mirada en el pequeño papel que todavía tiene en la mano, pero la imagen está desenfocada. Lo deja caer.

Íñigo, por qué tienes esto aquí, qué es todo esto... ¿Cómo lo sabías...?

—Amanda, ¿estás bien? —Bruno entra en el momento en que ella se desploma.

XIII

No se deja llevar por el pánico, ya habrá tiempo cuando la gasolina la cubra por completo. De momento la adrenalina corre por sus venas en la búsqueda desesperada y a contrarreloj de una salida, y si la única que hay antes resultaba inalcanzable, la inundación del tanque abre una nueva oportunidad.

Aquel malnacido pretendía ahogarla, para eso la había anclado al suelo. Apenas dedica un instante a calibrar la maldad de su carcelero y se pregunta qué habría hecho con ella si hubiera usado el sello. Nada de eso importa ahora, su concentración está enfocada en tratar de salir de allí.

La oscuridad resulta agobiante y juega en su contra. Está desorientada y no sabe dónde está la escotilla; cuando el volumen de la gasolina le permita alcanzar el techo, tendrá pocos segundos para encontrarla y abrirla. Sabe que está cerca del orificio por donde sale el combustible, es su única forma de orientarse. Y si consigue superar todos esos obstáculos, todavía le quedará por despejar la gran incógnita: ¿se podrá abrir desde dentro? Mejor no pensar.

Tampoco ayuda el olor nauseabundo que desprende la gasolina en un recinto cerrado como aquel. Le invade las fosas nasales y le provoca arcadas; empieza a encontrarse mareada.

El chorro sigue cayendo inclemente y ya llena a medias el depósito. Olivia está de pie y la gasolina le llega al pecho. Comienza

a coger impulso, agitando las piernas para tratar de empujarse hacia arriba. De momento no llega hasta el techo, pero presiente que le queda muy poco.

Si pudiera salir, si tuviera la oportunidad... Tiene veintiséis años, toda la vida por delante. Le quedan muchos ratos que pasar junto a su familia, el derecho a seguir aprendiendo de sus padres, a acompañarlos en la vejez. Tiene una vida que construir junto a Marcos, formar una familia, tener hijos, crear un hogar; una profesión que ejercer, una ambición que colmar. Se carga de razones para estar alerta, preparada, dispuesta a no desperdiciar la única oportunidad que tendrá de ejercer su derecho a una vida.

La gasolina le llega al cuello, coge de nuevo impulso y logra acariciar el techo con los dedos. Mueve rápido las piernas y comienza a desplazarse por el depósito. Trata de buscar de nuevo el suelo para coger impulso, pero ya no lo alcanza. Ahora sí comienza la cuenta atrás.

El techo se acerca peligrosamente, más rápido de lo previsto. La forma cilíndrica hace que la parte superior tenga menos espacio que la intermedia y se llene más rápido.

Entra en pánico. Palpa el techo, que encuentra liso y frío, sin rastro de la compuerta. Comienza a avanzar, confía en que sea en la dirección correcta.

Y de pronto el chorro le golpea el antebrazo y la hace descender. La fuerza de la presión le ha provocado una herida considerable que se acrecienta al contacto con la gasolina. Está sumergida, buscando desesperada ascender, pero no resulta fácil por el remolino que forma el chorro al caer. Bracea con fuerza y por fin emerge a la superficie... o lo que queda de ella. Apenas puede mantener la cabeza fuera, la gasolina le llega a la barbilla.

Sigue palpando con las dos manos el techo, histérica, la desesperación empieza a apoderarse de sus actos. Y por fin la encuentra. Un atisbo de esperanza en aquella oscuridad desoladora. Agarra fuerte la palanca con las dos manos y alza las piernas para apoyarlas en la pared y hacer fuerza. Intenta moverla hacia un lado sin éxito; lo intenta hacia el otro y tampoco. No sabe hacia dónde hay que girarla.

La gasolina está llegando a su máximo nivel. Apenas mantiene fuera las manos y media cara y le está costando inhalar el aire viciado. Sigue intentándolo, empuja hacia un lado, hacia el otro, nota que está perdiendo fuerza, que los nervios ganan la batalla y le impiden concentrarse, que el miedo a lo que está por venir le nubla las escasas posibilidades de lucha.

La gasolina está a escasos centímetros de cubrir el depósito por completo, ya no puede mantener la nariz fuera. Su última oportunidad. Carga los pulmones con la última bocanada de aire que respirará en su vida. Cierra los ojos. Se sumerge. Está totalmente cubierta de líquido. Eleva las piernas para colocarlas junto a las manos, fuertemente asidas a la palanca. Y con un último impulso, su última voluntad, empuja con todas sus fuerzas hacia la izquierda.

Y la palanca cede.

La gira por completo hasta notar un resorte. El aire inhalado resulta insuficiente y siente una necesidad imperiosa de volver a respirar. Tiene que aguantar, está a punto de conseguirlo.

Empuja fuerte hacia fuera y la compuerta cede a la presión. Un nuevo golpe, más fuerte, y consigue abrirla por fin. Se agarra al borde y sale, deja caer las piernas y da de inmediato con el suelo.

Respira hondo y nota el reconfortante oxígeno penetrar en su organismo. Abre los ojos, aunque la gasolina los irrita y quema. Aguanta el dolor porque necesita ver qué hay alrededor: un pequeño camión cisterna cuya manguera conecta con el depósito. Ni rastro de su atacante. Está oscureciendo, apenas la luz de un ocaso sombrío.

No puede esperar. Detrás del camión se intuye una gasolinera abandonada en mitad de la nada, rodeada por una densa vegetación. No lo piensa más. Echa a correr. Sin mirar atrás, sin perder tiempo; simplemente, corre hacia los árboles, sumidos en una oscuridad inquietante pero protectora.

Cuando se pierde entre los troncos, no se detiene, sigue corriendo, pese a que las zarzas se le clavan en las piernas. Ya no siente dolor, ni miedo, ni angustia, ni tristeza. Cada zancada la acerca hacia una libertad que solo apenas unos instantes había creído muerta.

XIV

Cinta número 19 — junio de 1996

(Exterior. Noche. Playa. Salva coge una cerveza de un cubo y se acerca a la cámara).

SALVA. ¿De verdad crees que lo habrá hecho?

ÍÑIGO *(voz en off)*. Ya sabes cómo es; si se le mete algo en la cabeza, no hay quien se lo quite. Y Maca se ha pirado, así que...

SALVA. Ni de coña, tío. Se habrá acojonado. En el último momento habrá visto la luz, se le habrá aparecido san Pedro o algo así. Te recuerdo que hasta hace cuatro días iba para cura.

ÍÑIGO *(voz en off)*. Creo que en estos cuatro días nuestro colega ha cambiado.

SALVA. Todos lo hemos hecho.

ÍÑIGO *(voz en off)*. ¿Nos estamos pasando? ¿Crees que habría que aflojar?

SALVA. Ni de coña, lo estamos pasando bien, ¿no?

ÍÑIGO *(voz en off)*. Como nunca.

SALVA. Pues entonces. *(La cámara gira para enfocarlos a ambos en modo selfi. Brindan con sus cervezas, apuran el contenido y lanzan las botellas hacia el mar).* ¿Y nosotros? ¿Seremos capaces?

(La imagen recorre la fiesta por toda la playa y termina en el mar, que aparece como un manto oscuro débilmente iluminado por la luna).

ÍÑIGO *(voz en off)*. Pues me temo que pronto lo sabremos. Mira quién viene.

(Enfoca a las escaleras que descienden a la playa desde el paseo. Adrián se acerca con paso nervioso, dando torpes zancadas sobre la arena. La cámara enfoca su rostro conforme llega. Tiene los ojos muy abiertos, alienados, y luce una sonrisa siniestra y congelada, como de tic nervioso. El resplandor anaranjado y tembloroso de la hoguera dibuja su silueta).

ÍÑIGO *(voz en off)*. Lleva un colocón de puta madre.

SALVA. Espero que no tanto como para cagarla. *(Adrián está junto a ellos.Salva le pregunta,nervioso)*. ¿Lo has hecho? ¿De verdad lo has hecho?

ADRIÁN *(los mira fijamente y coloca las manos sobre los hombros de los dos amigos formando un corrillo. La cámara le enfoca muy cerca, un primer plano. Sus ojos se mueven de uno a otro mientras la sonrisa se ensancha todavía más)*. Que empiece el juego.

ÍÑIGO *(voz en off)*. ¡Vamos, no me jodas! *(ríe)*. ¡Sí que lo ha hecho el muy cabrón!

ADRIÁN. Pues claro que sí, ¿por quién me tomas? Os dije que estuvierais preparados para hoy y aquí estoy.

SALVA. ¿Has tenido cuidado?

ADRIÁN. Evidente.

SALVA. ¿Cómo ha sido?

ADRIÁN. Encuéntrala y te contaré los detalles. Pero, joder, chicos, nunca había sentido algo así.

SALVA *(primer plano)*. ¿Y ahora qué hacemos? ¿Está aquí o en Pamplona?

ADRIÁN *(primer plano)*. No voy a hacer trampas en mi propio juego, Salva. Os diré la pista y me callo como un muerto, ¿va? A partir de aquí, cosa vuestra, pero solo os digo que, si fuera yo, me daría prisa.

ÍÑIGO *(voz en off)*. Estoy listo. Suéltalo.

ADRIÁN (*primer plano, muy cerca, los mira visiblemente excitado)*. De monje a asesino.

SALVA. ¿Qué?

ADRIÁN. De monje a asesino. Y ahora me callo. Vuestro turno, queridos cazadores, que disfrutéis del juego.

ÍÑIGO *(voz en off, murmura)*. De monje a asesino, de monje...

(La cámara se desenfoca porque Íñigo comienza a correr alejándose de la hoguera. Salva corre junto a él, se le escucha reír y jadear).

ADRIÁN *(grita)*. ¡A cazar, amigos! *(La cámara le enfoca un instante. Rodeado de una multitud ajena a él, grita junto a la hoguera).* ¡A cazaaar! ¡A cazaaar!

XV

—Cariño, soy yo, tranquila.

Íñigo está sentado en la cama junto a Amanda, acariciándole la mano con delicadeza. Ella acaba de abrir tímidamente los ojos, los párpados le pesan como si llevara siglos durmiendo. No recuerda nada, todo está confuso, pero la imagen de su marido junto a ella la reconforta.

—¿Qué ha pasado?

Coge un vaso de agua y le incorpora la cabeza suavemente para que dé un par de sorbos. La vuelve a acostar sobre los almohadones.

—Te desmayaste abajo y te diste un golpe en la cabeza. Menos mal que estaba Bruno y me llamó.

—Pero vuestro juego...

—A la mierda el juego, mi vida. Me he llevado un susto de muerte. He venido tan pronto me ha llamado. No tienes nada, no te preocupes, solo la conmoción y una pequeña herida en la frente. Si estás algo adormilada es porque te he dado un calmante.

Las sombras comienzan a despejarse y los recuerdos hacen su aparición en la mente adormecida de Amanda. Se ve a sí misma en el humidor, cayéndose al suelo. Necesita unos instantes más de silencio para recordar la nota que tenía en las manos, y aún unos pocos más para procesar el alcance que una sola frase tuvo para ella. La realidad vuelve de pronto con toda su crudeza.

Amanda se incorpora de golpe, sintiendo de nuevo un dolor que atraviesa su cabeza.

—No, no, tranquila, cariño, no se te ocurra levantarte así.

—La vi, la frase, la vi abajo...

—Lo primero de todo, cálmate. Todo tiene una explicación y te la voy a dar, así que deja de mirarme como si estuvieras ante Jack el Destripador. —Le aparta cariñoso un mechón de pelo tras la oreja, toma de nuevo su mano y la mira con gesto tranquilizador—. Sí, la conocía, y no porque tenga nada que ver. Alguna vez te he hablado de Salva Guzmán, ¿recuerdas? —El nombre le es familiar, pero no

está en condiciones de hurgar demasiado en su memoria. Se encoge de hombros—. Lo conozco desde la universidad. Estudiaba Periodismo, pero hicimos buenas migas. Teníamos amigos comunes. La cuestión es que desde la muerte de Maca se ha dedicado a investigar los crímenes del librero por su cuenta. Siempre ha cubierto los asesinatos, uno tras otro, incluso ahora que es el dueño de un importante periódico digital.

—¿Y?

—Pues que fue él quien me filtró la frase, lo ha hecho siempre. Con cada asesinato se pone en contacto conmigo y me cuenta las novedades, los detalles que averigua, lo que le cuenta la policía.

—¿Y por qué las guardas ahí?

—Para evitar precisamente esto —dice señalándola con las dos manos—. No quería que te enteraras. Es un poco siniestro que cada cuatro años ande detrás de un asesinato. A ver, no es que haga gran cosa, la verdad, pero lo ayudo en lo que puedo.

—¿Qué significa la frase?

—Ni idea. Nunca hemos logrado averiguarlo, ninguna de ellas, y la policía tampoco. La teoría de Salva es que son inventadas, no representan nada, lo hace solo por marear a los investigadores.

Amanda suspira hondo y nota cómo la invade de nuevo el sueño. La explicación ha sido tan sencilla, tan simple que no tiene objeción que replicar.

—Le diré que venga esta semana y así lo conoces y te lo cuenta él mismo. Es un tipo un poco raro, pero buena gente. Quizá a ti se te ocurre algo y...

—Ni hablar, Íñigo, no quiero saber nada.

Él esboza una sonrisa y la besa en la frente.

—Solo espero que ni por un instante hayas pensado que era capaz de algo así.

Amanda contempla sus ojos, sinceros y honestos como durante los últimos veinte años, y se avergüenza por haber dudado. Ahora todo tiene sentido, pero cuando ha descubierto la maldita frase, no había una respuesta coherente. Y eso sin contar con que no es un hecho aislado, sino que viene precedido por el descubrimiento de un cadáver, ni más ni menos.

—Me lo ha contado —Íñigo le ha leído el pensamiento— mientras dormías. Todo. Sus sospechas, la frase que encontró en el despacho de mi padre, el centro comercial...

—Pusimos una denuncia.

—Y me parece muy bien, Amanda. No tengo ni la menor idea de qué significa todo esto, pero si mi padre estaba implicado... —le tiembla la voz, trata de contenerse—, pues entonces que le jodan, y que su estúpida reputación, lo único de valor que tenía según nos decía, quede donde corresponda.

—Entonces, ¿no te has enfadado? ¿Ni con Bruno ni conmigo?

—Ni con él ni por supuesto contigo. Yo hubiera hecho lo mismo. Y si la policía contacta con nosotros, colaboraremos.

—Gracias, cielo. —Ahora sí, el sueño cae como una losa y hace esfuerzos por mantenerse despierta.

Se dan un beso en los labios y él vuelve a acariciar su cabello.

—Ahora quiero que descanses.

—Y yo quiero que sigas con el juego.

—Ni hablar, de aquí no me muevo.

—Por favor, no me hagas esto, no quiero ser yo la que lo ha chafado. Te queda solo un día. Estaré bien, de verdad, te quiero.

—Lo hemos decidido los tres, no ha sido cosa tuya. Lo dejamos un día antes, no pasa nada.

Amanda acaricia la mano de su marido mientras va sumiéndose en el sueño.

—¿Y quién ha ganado? —pregunta.

—¿El qué?

—Vuestro juego, ¿quién ha ganado?

Íñigo se ríe.

—No se trataba de competir, cielo.

—Para vosotros, siempre se trata de competir.

Se agacha para darle un beso, acariciarle la mejilla y contemplar sus profundos ojos oscuros.

—Joder, Amanda, a veces das miedo. Creo que me conoces mejor que yo mismo.

—Lo sabía. ¿El vencedor?

—¿Acaso lo dudas? —Ella niega con la cabeza, sonriente—. Ahora

descansa, mi vida. Voy a coger mis cosas y vengo enseguida.

XVI

—¿Seguiste la investigación? —le pregunto a Igor mientras doy un sorbo a mi mezcal. Ha aparecido a última hora en la brigada buscando a Vera, y cuando me ha encontrado sola, no ha podido evitar un comentario desagradable. Me ha hecho gracia su evidente falta de educación y lo he invitado a una cerveza.

—¿La de Maca? —dice mientras engulle unas alitas de pollo. Juraría que se las traga con hueso y todo. Asiento con la cabeza—. Un poco, aunque no tanto como me hubiera gustado. Por aquel entonces patrullaba, no estaba en Homicidios. De haber estado, no se me habría escapado.

—Guau, y además es modesto. Todo un partidazo.

—Aquí donde me tienes, querida niñata, he detenido a...

—¿Participaste en algún interrogatorio? ¿Viste trabajar a Vera?

Gruñe por la interrupción, se mete otra alita de pollo en la boca, que en sus manazas parecen de gorrión, y prosigue:

—No participé en nada, pero estuve todo lo cerca que pude. Cada vez que iban a interrogar a alguien me las ingeniaba para ir y establecer el cordón o dar apoyo logístico. Hablé con ella muchas veces, sí.

—¿Te gustó como lo hizo?

Me mira de reojo, seguramente cuestionándose mis verdaderas intenciones con tanta pregunta sobre Vera.

—No tengo ni idea de cómo lo hizo, pero sé que es una gran profesional. Se ha desvivido todos estos años por encontrar al jodido librero. No sé qué está tramando esa cabeza de pirada que tienes, pero ya puedes olvidarlo.

Siento la tentación de contarle la destrucción de pruebas en una investigación oficial para que se le caiga el mito, pero prefiero callar y guardarme la información. Es una máxima que tengo impresa a fuego. Valemos más por lo que callamos que por lo que vamos

contando por ahí.

Me estoy aburriendo, así que abro Tinder sin que se dé cuenta. Empiezo a pasar perfiles sin reparar en ninguno, algo que hago ya de forma automática, casi sin pensar. Lo bueno es que no me interesan las descripciones, ni los comentarios, ni por supuesto las aficiones. Afortunadamente me los puedo saltar y así evitarme la retahíla de chorradas que la gente escribe solo para echar un polvo. Me interesan las fotos y la impresión que me provocan. Al menor síntoma de que pueda recordarme a él, selecciono y cierro una cita.

—Me han dicho que te van a hacer cliente VIP.

El comentario me sobresalta. Creía que no estaba mirando. Antes de que pueda preguntarle, reparo en el espejo que tengo detrás, donde se aprecia con claridad la pantalla.

—No hagas caso de los chismes, y mucho menos de las chismosas; de esas huye como de la peste. —Maldita Vera, ¿a quién habrá ido con el cuento?—. De vez en cuando echo un ojo al ganado a ver qué se ofrece. No es tan grave, ¿no?

—Uy, no, no, válgame Dios. Por mí como si te tiras a todo Madrid, allá tú y tus gustos. Pero eso de ligar por internet... qué cutre. Yo tengo Facebook. Es mi máxima concesión a la tecnología de mierda. Y tengo la cortesía y el buen gusto de poner una foto mía de hace treinta años. Así los cabrones de los compañeros del colegio se comerán los huevos pensando en cómo estaré ahora, si estaré igual de bueno que entonces o me habrán perjudicado los años. —Me enseña su foto de perfil y prefiero no hacer comentarios—. No pongas esa cara, niñata, que a tus años era todo un triunfador.

—Hasta que te comiste los trofeos.

—Oye, escucha una cosa. Sabes que las bromas sobre mi peso son de mal gusto y pueden considerarse gordofobia, ¿verdad? —Dejo el móvil porque me mira fijamente, esperando mi atención—. El hecho de que mi cuerpo no se ajuste al estándar normativo que nuestra sociedad impone y que personas como tú, gordofóbicas, bromeen sobre mi silueta continuamente es una forma de opresión sistémica que puede perjudicar mi psicodesarrollo y provocarme trastornos en el futuro.

Tiene una expresión seria, las cejas fruncidas en una mueca triste,

ha dejado de comer las alitas y tiene las manos juntas sobre la mesa. No me quita ojo de encima, como esperando una disculpa. ¿Debo darla? ¿Me habré pasado con los comentarios? Y de pronto estalla en una sonora carcajada y pega un golpe en la mesa que llama la atención del resto de clientes.

—Ayyy, niñata, bendita inocencia... —Retoma la ingesta de alitas y su expresión vuelve a ser la de antes, le cuesta hablar con una risa que no controla—. Si crees que una mocosa como tú va a ofenderme por decir algo tan evidente como que estoy gordo, entonces, como decís los analfabetos de ahora, te falta calle, querida. Que sepas que este cuerpazo se ha forjado a base de encerrar tipejos, un kilo por cada uno de ellos.

No puedo evitar contagiarme de la risa aguda y chillona que tiene, el contrapunto de lo que esperas que emitan ciento cincuenta kilos.

—Por cierto, he hecho un descubrimiento. El nombre del cuidador del profesor, Dorleac, ¿verdad? —Asiento con la cabeza—. Me sonó chungo desde el principio, parece francés. Total, que lo he buscado y es el apellido del carcelero del conde de Montecristo, Armando Dorleac. Imagino que será un mote cariñoso.

—O quizá sea su carcelero.

Lo digo sin pensar, pero cuando lo pronuncio en voz alta, la idea queda flotando en el ambiente, esperando a ser desentrañada.

—Explícate.

—Olvídalo, es tarde y no sé ni lo que digo. Mañana volveré a casa de Galindo para echar otra ojeada.

—Te acompañaré, tengo ganas de conocer al personaje.

Dos horas después estoy en casa, en mi otra casa. Acabo de despedir a mi último fichaje de Tinder, que se ha marchado frustrado por no poder quedarse a dormir. Le he prometido que lo llamaría mañana. Pobre...

Obviamente, no era él, lo he sabido enseguida, pero aun así me he recreado con su compañía porque necesitaba un poco de distracción y porque hay que reconocer que el muchacho es un fenómeno. Al menos hasta que abría la boca, ahí la cosa cambiaba:

un atentado viviente contra la gramática española. Le hubiera dado incluso la oportunidad de un segundo asalto, pero cuando he escuchado «ojalá *haiga* más veces», o lo echaba de casa o le rajaba el cuello con mis propias uñas.

Mi otra casa es un apartamento de dos habitaciones que tengo en pleno barrio de Salamanca, calle Hermosilla para más señas. Ventajas incuestionables de ser una niña rica. Lo compré cuando empecé mi particular búsqueda de hombres. Como el listado de conquistas era bastante extenso y nunca sabes con qué perturbado te la puedes estar jugando, no quería llevarlos a mi casa y que supieran dónde vivía. Así que opté por comprarme esta otra, cuya existencia solo conoce Dimitri, y prepararla para la caza.

Tengo una pistola anclada bajo el cajón de la mesilla de noche, varios espráis de pimienta distribuidos por las habitaciones, cuchillos de combate escondidos, un bate de béisbol, una Taser... Si alguna vez acierto y traigo al auténtico objetivo, estaré preparada para lo que tenga que pasar.

Mientras tanto, me contento con lavar las sábanas, limpiar la habitación y dejar la casa preparada para el siguiente amante.

Suena el móvil, es Beltrán. Si llama a estas horas es que algo ha pasado. Lo cojo enseguida.

—Renata, la chica ha aparecido.

XVII

Íñigo está apoyado en el capó del coche, con los faros encendidos. Hace fresco en medio de la arboleda. Sube la cremallera de la cazadora hasta arriba buscando calor. Inhala el humo del puro, lo mantiene en la boca, disfruta del sabor a tierra y plantas que inunda sus papilas gustativas, y lo expulsa después formando una densa nube de humo.

Observa el lugar. Lo conoce, lleva un rato paseándose, pero no logra entenderlo. Tiene frente a él una gasolinera abandonada en mitad de un paraje rural, sin rastro de presencia humana ni edificios

en la lejanía, triste y sola junto a una carretera secundaria. Se pregunta a qué genio de los negocios se le ocurrió ponerla allí. Es la crónica de una muerte anunciada.

Pero lo que más le choca es el pequeño camión cisterna sin conductor, cuya manguera conecta con un depósito subterráneo. ¿Para qué iban a llenar ese tanque? ¿A quién pretendía venderle la gasolina? Y para colmo, la compuerta está abierta. Se ha asomado y el tanque está repleto.

No consigue encajar las piezas de aquel escenario irreal.

Cómo ha conseguido llegar hasta allí es otra historia, no ha sido fácil descubrir aquel lugar, pero se siente orgulloso de haberlo conseguido. Aunque tanto esfuerzo invertido para encontrarse en ese lugar absurdo resulta desalentador.

El pequeño edificio está destartalado, ni puertas ni ventanas se mantienen en pie, el interior solo conserva suciedad y escombros. La vegetación se ha adentrado en los laterales y lucha por cubrir la plataforma de hormigón donde todavía se alzan los surtidores. En unos años, la naturaleza acabará por mimetizar todo aquello con el paisaje.

Nueva calada al puro mientras observa un detalle en el que no se había fijado hasta ahora. No hay nada como el tabaco para inspirar el ingenio. Eso y la distancia. Tiene el coche aparcado en el arcén, a unos metros del perímetro, y le permite una buena panorámica del lugar.

La pared de la gasolinera tiene un enorme grafiti, repleto de colores que tratan de disimular la pésima calidad del dibujo. Una única palabra escrita en una caligrafía tosca: «Manderley». La ha escuchado antes, está seguro, pero no sabe a qué se refiere. Saca el móvil para buscar en internet, pero no tiene cobertura. Manderley. Lo ha visto en algún lado, quizá en una película, o tal vez lo ha leído en algún libro. ¿*Ciudadano Kane*? No, no, eso era «Rosebud». Nueva bocanada al puro, esta más honda, y se deleita con el humo que lo envuelve antes de disiparse con el viento. Y entonces recuerda: Manderley es la finca donde se desarrolla *Rebeca*, la novela de Daphne du Maurier. Ha leído el libro, un poco lento, y ha visto la película de Hitchcock, una obra maestra.

«Rebeca», una curiosa coincidencia.

El grafiti parece reciente y, además, hecho por encargo. A los grafiteros les gusta exponer sus obras donde alguien pueda verlas, no perdidas en mitad de una carretera secundaria. Alguien quiso decorar aquella fachada con un enorme Manderley, una palabra que inevitablemente conduce a *Rebeca*.

Rebeca, la novia que él mismo le presentó a Bruno.

Rebeca, una mujer todavía enigmática, de la que en realidad no saben mucho.

Rebeca, huérfana y sin familia, vino a vivir a Madrid para buscar una nueva vida.

Rebeca. Por alguna razón, Bruno no ha querido presentársela a su madre, tan solo ellos la conocen.

Rebeca, que en secreto y por sorpresa deja el trabajo en el hospital y se marcha.

Tira el puro al suelo, lo aplasta con el zapato y sube al coche. Las piezas encajan de pronto y el resultado es devastador.

Rebeca. Marca su número mientras pisa a fondo el acelerador.

XVIII

Cinta número 20 — junio de 1996

(Interior. Noche. Almacén).

ADRIÁN. No grabes esto, joder.

ÍÑIGO *(voz en off)*. Y una mierda. Pienso ponérmelo todos los días de mi vida.

ADRIÁN. Como nos pillen estamos jodidos.

ÍÑIGO *(voz en off)*. Tranquilo, amigo, tranquilo.

(La imagen se estabiliza. Aparece Íñigo colocándola en algún lugar elevado. Es un almacén oscuro y polvoriento, repleto de muebles y trastos viejos. Al fondo, unas piernas desnudas asoman tras un armario, dos de ellas tienen los pantalones a la altura de los tobillos.

Se escuchan jadeos y gritos amortiguados).

SALVA *(al fondo)*. ¡Cállate, zorra!

(Las piernas siguen moviéndose. A un lado de la cámara, Adrián e Íñigo esperan apoyados en una mesa).

ADRIÁN. No sé cómo aguanta este tío, yo no puedo más.

ÍÑIGO. Por algo es el vencedor, un fenómeno. Yo estoy muerto también. En cuanto acabe, lo hago, no esperemos más.

(Se escuchan golpes y los gritos se intensifican. Las piernas con el pantalón se mueven más rápido. Salva grita algo ininteligible y de pronto se detienen).

ADRIÁN. Por fin...

(Salva se incorpora despacio, se sube los pantalones y antes de marcharse le da una patada a la chica. Se une a sus amigos).

SALVA. ¿Quién es el siguiente?

ADRIÁN. ¿Siguiente? Joder, tío, estamos secos, yo no puedo más.

ÍÑIGO. Yo tampoco.

SALVA. ¿En serio? ¿Y vamos a terminar ahora? Es la fiesta de nuestra vida, tíos, no la acabemos todavía.

ÍÑIGO. Son las cuatro y media, hay que moverse. El vencedor ya se ha divertido bastante...

SALVA. Y el perdedor y el organizador también.

ADRIÁN. Bueno, hemos hecho una pequeña excepción a la norma. Es que la presa era una gran tentación...

ÍÑIGO. No quiero que se me haga de día. Hora de ponerse en marcha. Y como perdedor que soy, me toca.

SALVA. ¿Has pensado en cómo deshacerte de ella?

ÍÑIGO. Tengo una idea, sí. Será todo un homenaje a la maldita canción de mierda esa que canturrea todo el día.

ADRIÁN. ¿La de Héroes del Silencio?

SALVA. *Sirena varada*.

ÍÑIGO. Exacto. *(Se escuchan sollozos de la chica).* Pues nada, manos a la obra.

ADRIÁN. ¿Cómo?

ÍÑIGO *(se agacha, coge algo y lo enseña a los demás. Es un ladrillo)*. Como cualquier adúltera, lapidada.

SALVA. Espera. *(Mira a su alrededor, sale del encuadre y vuelve con*

un plástico). Ponle esto encima para que no te salpique.

ÍÑIGO. Buena idea. Eres todo un criminal.

ADRIÁN. Y dale por detrás, no quiero que dañes esa cara tan bonita.

(Los tres sonríen, excitados. Íñigo avanza entonces por la estancia con el ladrillo en una mano y el plástico en la otra. Llega a la altura de las piernas tendidas, que se encogen y mueven nerviosas nada más verlo. Los lamentos de la chica se intensifican).

ÍÑIGO. Elegiste mal, querida. Si hubieras escogido al bueno de Adrián, nada de esto habría pasado. Pero, en fin, la vida son decisiones. En todo caso, quiero que sepas que ha sido un verdadero placer, nunca me había divertido tanto, y todo gracias a ti. De verdad que te lo agradecemos, siempre nos quedaremos con eso. Bueno, y ahora..., ¿cómo era? Ah, sí *(canturrea)*: «Sirena vuelve al mar, varada por la realidad»...

(Íñigo desaparece tras el armario, las piernas patalean, los otros lo jalean. Se escucha el crujir del plástico, los gritos de ella, el forcejeo de los dos cuerpos. De pronto un ruido seco. El llanto histérico amaina y se convierte en un quejido continuo, más suave. Un nuevo golpe y cesa).

ADRIÁN. ¡Espera! Aunque ya sé que no es mi papel en el juego, no puedo evitarlo, déjame.

(Íñigo se incorpora y le tiende el ladrillo a Adrián, que desaparece de la imagen. Se escuchan tres nuevos golpes mientras Íñigo camina hacia la cámara, con una gran sonrisa iluminando su rostro).

ÍÑIGO. ¿Os apetece una visita a la playa para dejar a nuestra sirena? *(Tiende el brazo hacia la cámara sin llegar a tocarla. Los tres se quedan quietos, como congelados).*

LEYRE *(grita)*. ¡Coorten!

(La tensión se libera en el rostro de los tres chicos y se escuchan aplausos. Se encienden las luces y Samuel Galindo, Leyre, Bruno y Álvaro aparecen por un lateral, nerviosos y pletóricos. Se abrazan a los otros tres con entusiasmo. Las piernas de la chica tras el armario se mueven, se levanta: es Maca).

PROFESOR. Maca, ¡has estado espectacular! Se me han puesto los pelos de punta. Por un momento me lo he llegado a creer.

LEYRE. Una pasada, Maca, de verdad. Si el Derecho no te funciona, ya sabes a qué dedicarte.

(Maca hace una reverencia a modo de agradecimiento y se abraza al resto).

ADRIÁN. Y con esto, queridos amigos, se termina nuestra actuación. *Sirena varada* será un exitazo de nuestra querida Leyre.

SALVA. Algún día te darán un Goya, Leyre, lo tengo claro. Gracias por contar con nosotros para este pedazo de corto. No sé si lo hemos hecho muy bien, pero le hemos echado ganas, eso seguro.

LEYRE. Lo habéis hecho de fábula. Va a ser un bombazo. Y, por supuesto, un éxito compartido con nuestro profesor: gracias, Samuel, por este guion único.

(El profesor hace una reverencia a modo de agradecimiento. Álvaro aparece con una botella de champán y unos vasos de plástico).

ÁLVARO. Esto hay que celebrarlo como se merece. Champán para los artistas.

(Va sirviendo los vasos y se los da a los compañeros).

ÍÑIGO. Gracias, Samuel.

LEYRE. Parece mentira que hayamos terminado, me da mucha pena.

MACA. Y a mí. Ha volado. Pero creo que ha quedado genial.

BRUNO. Seguro que sí.

LEYRE. Ahora toca editarlo y ponerlo bonito, pero el material es una pasada.

ÍÑIGO. ¿Crees que te dará tiempo para presentarlo al concurso?

LEYRE. Espero que sí.

ÍÑIGO. ¿Y te dejarán emitirlo tal cual? Es un corto un poco fuerte, sobre todo algunas escenas.

LEYRE. Ando un poco acojonada con eso, la verdad. No le he enseñado a nadie el proyecto, solo lo sabemos nosotros, y sí, me da un poco de miedo que me haya pasado de intensidad y no pase ni la primera ronda.

ADRIÁN. Lo de la fiesta de cumpleaños me parece demasiado, y lo del perro... ¿En serio era necesario? Pobre bicho, no te lo perdono.

LEYRE *(sonriente)*. Las quejas al profesor, que es el artífice del

guion. Yo solo dirijo, todo el mérito del argumento es suyo.

ÁLVARO. Pues un diez a la dirección porque parece real. ¿Vosotros habéis visto las imágenes? El montaje está quedando increíble. Lo del perro, por ejemplo. Cuando vi el muñeco ese pensé que iba a quedar cutrísimo, pero en vídeo, rápido, moviéndose y de noche, os juro que parece un puto perro atropellado.

ADRIÁN. Madre mía, es una locura. Por mucho muñeco que fuera teníamos que haber avisado a las chicas de la residencia, se dieron un susto de muerte.

ÁLVARO. Ya está el curita.

PROFESOR. Locura. Esa es exactamente la idea del corto, narrar el camino hacia la locura. La historia de Adrián, cómo va evolucionando por el odio, cómo se deja llevar por esa deriva de destrucción hasta convertirse en un monstruo... El guion está bien, pero vuestra actuación ha sido espectacular.

BRUNO. Amén, profesor.

SALVA. El protagonista enloquece leyendo novelas negras, como el Quijote.

MACA. Pero en versión *gore*.

PROFESOR. Mi sincera enhorabuena a todos, habéis hecho un trabajo magnífico.

(Álvaro vuelve a llenar los vasos, ya consumidos. Adrián mira la hora).

ADRIÁN. ¡Madre mía, Salva, que no llegamos!

SALVA. Joder, ya podemos correr.

LEYRE. ¿Seguro que no os queréis quedar?

ADRIÁN. Ni hablar, se nos cae el pelo. Nos han dejado venir en la residencia a cambio de que cogiéramos el último autobús a Pamplona.

SALVA. ¿Se viene con nosotros, profesor?

PROFESOR. Si no os importa.

SALVA. Claro que no.

ADRIÁN. No nos da tiempo a ayudaros a recoger.

MACA. No importa, tranquilos. Recogemos rápido y nos vamos, que yo he quedado en Bataplán con unos amigos.

LEYRE. Id tranquilos.

ÍÑIGO. Venga, pues nosotros vamos recogiendo.

(Adrián, Salva y el profesor se marchan, se quedan Álvaro, Íñigo, Bruno, Leyre y Maca. Comienzan a recoger las cosas que han utilizado para la grabación. Se los ve recorrer la escena, comentando el rodaje. Álvaro se acerca a la cámara y comienza a manipularla. Bruno se pone a su lado).

BRUNO *(susurra)*. Ahora o nunca, tío.

ÁLVARO. Dame un minuto. Empieza la película de verdad.

XIX

—Qué bueno que viniste, estoy desesperada.

Rebeca está en ropa de casa, no esperaba visitas. Álvaro tenía intención de despedirse personalmente antes de volver a casa, con el juego ya concluido.

—¿Qué te ocurre?

—Leni, no sé dónde se metió. Cada tanto la escucho, como si se hubiera colado en casa del vecino, pero nada.

—¿Les has preguntado?

—Sí, sí, y no saben nada, nadie la vio. Capaz quedó encerrada en algún rincón, se la escucha quejarse. Me parte si le pasa algo.

Álvaro se quita la americana y la deja en el sofá del salón. Se maravilla ante la pared, perfectamente arreglada, lisa y pintada, sin rastro del agujero en el que ayer se empleaban los obreros. Hay una cómoda bajita colocada delante.

—Ha quedado muy bien.

—Gracias. *Escuchá*, *escuchá*... —Se quedan en silencio. Al principio no se oye nada, pero luego resuena levemente un maullido —. ¿Lo oíste?

—Sí —contesta Álvaro, que se pasea por la habitación mirando el techo—. ¿De dónde viene?

—No lo sé.

Álvaro recorre la casa buscando el origen del maullido, pero cuanto más se aleja del salón menos lo percibe. Atraviesa la

habitación, abre la ventana y se asoma fuera: nada. Es una estancia pequeña, no hay mucho sitio donde esconderse.

—Por cierto, ¿te vas a Buenos Aires pasado mañana? —pregunta mientras sigue buscando.

—¿Perdón? —Ella lo mira recelosa, no comprende la pregunta—. No me voy a ningún lado.

—Ah, no sé... Nada, nada, me habré liado —culmina rápido el interrogatorio, consciente de que tal vez sea una sorpresa de Bruno y acaba de meter la pata.

Les interrumpe un nuevo maullido suave y amortiguado, pero próximo. Se acerca a la pared recién reconstruida. La toca levemente para comprobar si la pintura mancha, pero está seca. Entonces siente una leve vibración bajo la mano.

—¿Qué hay al otro lado?

—Unas bajantes o algo así. Es lo que generaba la fuga.

—A ver si se lo han dejado dentro.

—¿Qué? —pregunta entre incrédula y aterrada.

—Juraría que viene de aquí.

Ella se acerca también y los dos pegan la oreja a la pared. Enseguida lo escuchan otra vez y se miran sorprendidos.

—Es como el cuento de...

Álvaro se detiene. Lo conoce bien, siempre le gustó, y está seguro de que es uno de los que están subrayados, pero quiere comprobarlo. Se levanta entonces y busca en su americana. En el bolsillo lleva el ejemplar de las *Narraciones extraordinarias* de Poe que se llevó de la caja de seguridad de Bruno. Lo lleva encima desde entonces, como si de alguna forma supiera que en algún momento iba a necesitarlo. Ese momento ha llegado.

Busca el índice en la parte final del libro y comprueba que hay cuatro cuentos subrayados en amarillo: «Los crímenes de la calle Morgue», «El barril de amontillado», «El escarabajo de oro» y «El gato negro».

—El gato negro... —murmura para sí.

—¿Qué *decís*?

Álvaro está confundido, su cabeza intenta atar cabos, pero de momento se siente perdido. Un nuevo maullido lo devuelve a la

realidad.

—Es un cuento de Poe donde un hombre mata a su mujer y la empareda en una habitación —dice mientras aparta la cómoda para hacer sitio—, con tan mala fortuna que se cuela el gato antes de que cierre la pared del todo. Y por culpa de los maullidos encuentran el cuerpo y lo atrapan.

—Qué horror. ¿Me estás diciendo que hay una *mina* ahí dentro?

Él sonríe mientras golpea con los nudillos la pared, buscando la parte más hueca.

—Me conformo con que esté el gato. ¿Tienes un martillo?

—Oh, no, *dejate* de joder... Justo ahora que lo tenía todo arreglado.

—Solo un pequeño agujero para mirar, ya te lo arreglarán. Pero si está ahí el pobre bicho...

Ella corre a la cocina y vuelve con la herramienta. Álvaro golpea con fuerza la pared y se abre un pequeño orificio en el pladur. Nuevos golpes alrededor para agrandar el hueco. Los obreros pusieron un grueso rollo de aislante a lo largo de todo el tabique para evitar las humedades y tiene que rasgarlo para poder acceder al otro lado. Un nuevo maullido les advierte que han acertado, se escucha cerca.

—¡Está dentro! —grita Rebeca, tratando de mirar detrás de Álvaro.

Suena de pronto su móvil. Mira quién es y lo silencia, absorta como está en el rescate.

—¿Te llaman? —pregunta Álvaro.

—Sos vos.

—¿Perdón?

—Íñigo llamando desde tu celular, quiero decir. Qué raro, no sé qué querrá.

A Álvaro también le parece extraño. No es propio de él incumplir las normas y ponerse en contacto con las otras parejas supone una clara infracción del juego, pero no tiene tiempo para pensar. Sigue dándole fuertes golpes a la pared, al tiempo que retira la capa de lana.

Suena entonces un mensaje en el móvil de Rebeca.

—¿Otra vez?

—Sí —lo lee—, que lo llame cuanto antes, es urgente.

Más extraño todavía. ¿Habrá pasado algo? Al cabo de un par de minutos de ardua tarea, consigue traspasar el pladur y el aislante. En mitad de la oscuridad y atrapada entre varias tuberías, se asoma por fin la cabeza del animal, alzando receloso sus ojos amarillos.

Álvaro lo agarra con cuidado, liberándolo por fin de su prisión. El gato corre nervioso por la habitación hasta terminar en brazos de su dueña, que no para de colmarlo de caricias y besos.

Justo antes de incorporarse y unirse a la celebración, Álvaro percibe algo brillante al fondo del agujero abierto, donde estaba sentado el gato. Utiliza la linterna del móvil para asomarse y ver qué es. Introduce el brazo, palpa y finalmente da con ello: dos llaves unidas por un llavero con una dirección.

De rodillas junto a la pared, las ideas desordenadas que se agolpan en su cabeza parecen por fin recomponer el puzle que lleva tiempo observando sin entender. Se gira lentamente para ver a una Rebeca que danza por el salón eufórica con su gato.

Contempla el agujero de la pared, el gato negro encerrado, piensa en Buenos Aires y en el viaje que Rebeca emprenderá sola, el mensaje de Íñigo intentando localizarla, las llaves con una dirección colgando de sus dedos, un año de voluntariado en Malasia, donde se encuentra el monte de Kinalabu, el nombre de la famosa orquídea...

Y entonces lo comprende y, por primera vez en días, por fin sonríe plenamente. Le parece increíble, un acertijo digno de un genio. Le dará la enhorabuena a Bruno en cuanto lo vea.

Está eufórico, pletórico porque, contra todo pronóstico, ha ganado.

Junio de 2024 quedará anotado en su marcador para siempre.

TERCERA PARTE
ÉL

ABRIL DE 2008

I

—Ese curso fue... —Íñigo intenta buscar las palabras—. Bueno, ya sabes.

—No, no lo sé. Te recuerdo que no éramos amigos, solo compañeros de una clase optativa.

—No seas desagradable, Adrián. Si hasta rodamos una película juntos.

—Fue solo un corto y me arrepiento cada día de mi vida. Pero era un proyecto de Leyre y la ayudamos, nada más.

—No digas que te arrepientes, eso es muy feo. Te recuerdo que bordaste tu papel de malvado.

—¿Que si me arrepiento? No te imaginas... Pero esto es una confesión, Íñigo, se supone que eres tú el que deberías arrepentirte de algo. Cuéntame.

—Por dónde empezar.

—Estabas hablando de ese curso.

Íñigo suspira hondo. Deja el reclinatorio y se sienta en el suelo del pequeño y oscuro habitáculo del confesionario. Le reconforta no enfrentarse al rostro de Adrián, aunque esté oculto tras una rejilla.

—Ni siquiera sé por qué te estoy contando todo esto.

—No me lo estás contando, te estás confesando, y lo haces porque tu alma te lo está pidiendo a gritos.

—Mi alma... —Sonríe sarcástico—. Esa sí que es buena: hace tiempo que ya no me pertenece.

—Continúa.

—Sí, 1996... Ese año fue el colofón, la verdad. Llevábamos meses de una espiral imparable, cada día era más intenso que el anterior,

subíamos el nivel, nos retábamos a aguantar más, a elevar la medida de nuestras paranoias. Aquel curso, Álvaro, Bruno y yo enloquecimos. Seguramente te preguntarás si ya veníamos así de antes, y es posible que sí. Los tres nos conocimos de adolescentes y nos unió enseguida nuestro particular concepto del bien y del mal... Del mal, más bien. Pero cuando fuimos a la universidad, cuando por fin nos liberamos de nuestros padres y pudimos ser nosotros mismos, la cosa se alteró. —Íñigo toma aire, apoya la cabeza en la pared y mira hacia el techo—. Nos dejamos arrastrar por las drogas, el alcohol, el sexo... Y, lo peor de todo, por la crueldad. De las tres primeras adicciones uno puede salir si se lo propone, pero de la cuarta... Esa no la superas jamás. La crueldad se apodera de ti, gobierna tu voluntad, tus miradas, tus palabras, tus actos. Cada célula de tu ser te exige más y más, te pide elevar el nivel de sadismo y, cuando lo haces, cuando crees que has llegado al límite, siempre buscas la forma de superarlo.

Habían pasado doce años desde la muerte de Maca, pero el recuerdo seguía más vivo que nunca. Con solo cerrar los ojos era capaz de ponerse en la piel de aquel joven universitario y sentir de nuevo como si fuera hoy el torbellino de emociones que vivió durante aquellos meses. También era capaz de visualizarse con total nitidez en compañía de sus dos amigos, ricos, indolentes, soberbios, dejándose llevar por una vida regada con dinero y excesos. Y si el recuerdo fallaba, siempre podía recurrir a las cintas de vídeo que habían retratado buena parte de sus hazañas. Y no solo las del corto que hizo Leyre —cuya única copia conservaba—, sino las que grabó para inmortalizar su barbarie.

—Estaba dormido cuando me despertó. Me pegó un susto de muerte. Sentí una presencia, abrí un ojo y me encontré el rostro de Bruno. Estaba desencajado, con una mirada alienada, una sonrisa congelada por sus propios demonios. Nunca lo había visto así, esa determinación, ese empuje. Tan solo me dijo: «Despierta a Álvaro. Os propongo un juego».

—Eso era igual que en el corto de Leyre, cómo se llamaba... *Sirena varada*.

—Exacto, es que todo era igual que en el corto de Leyre. La idea

fue del profesor cuando escribió ese magnífico guion, no le quito mérito. Pero Bruno fue quien tuvo la genialidad de hacer nuestra propia versión de la película, la original, la auténtica; la idea de convertir en realidad lo que Leyre y el profesor habían creado en la ficción.

II

El juego — junio de 1996

(Otra imagen distinta del almacén, grabada por otra cámara desde un ángulo diferente. Leyre y Maca están recogiendo algunas cosas y metiéndolas en una mochila. Bruno e Íñigo las contemplan sin moverse demasiado. Álvaro está manipulando la cámara de Leyre, que permanece colocada en el trípode. Los tres amigos llevan guantes).

ÁLVARO. Leyre, tenemos un problema. Hay alguna parte que no se ha grabado bien, yo creo que se ha movido. Ha sido culpa mía.

LEYRE. ¿Qué dices? Déjame ver. *(Se acerca a Álvaro y revisa también la cámara)*. Vaya, pues sí, puede ser. No te preocupes. A ver cómo lo arreglamos...

ÁLVARO. Podríamos hacer unas tomas nosotros tres, sin que se vea nuestra cara, y luego intercalarlas cuando lo edites.

LEYRE *(tiene los brazos en jarra)*. Qué rabia... Bueno, no pasa nada. Vale, podemos intentarlo. ¡Chicos! Un favor. *(Bruno, Íñigo y Maca se giran hacia ellos y los miran)*. Un problemilla técnico. Necesitaríamos repetir la escena de la violación, no toda, no hace falta, pero sí algunas tomas para poder intercalarlas luego. ¿Os importa?

MACA. Pero si se han ido Salva y Adrián.

LEYRE. Haremos que no se os vea la cara, no sé.

ÍÑIGO. Lo intentamos y vemos qué sale, ¿de acuerdo?

BRUNO. Por mi parte, sin problema.

ÁLVARO. Adelante.

(Todos miran a Maca, que se encoge de hombros).

MACA. Pues tendré que morirme dos veces el mismo día.

(Ríen ante el comentario mientras se sitúan en sus puestos. Maca se tumba tras el aparador y asoma las piernas desnudas).

LEYRE. Voy a bajar las luces, está ya grabando. Empezamos cuando queráis.

(Leyre sale de la escena. Álvaro, Bruno e Íñigo dirigen una mirada cómplice a la segunda cámara y van hacia el mueble tras el que Maca permanece tumbada. Bruno saca de un bolsillo unas esposas y un pañuelo).

MACA. ¿Qué hacéis?

BRUNO. Leyre quiere que incorporemos esto para que parezca más real.

MACA. Pero si no se va a ver. ¡Eh para! Y una mierda. ¿Qué haces? Suéltame, tío. ¡Ál...!

(Su grito queda amortiguado, como si le hubieran tapado la boca. Las piernas comienzan a patalear. Álvaro e Iñigo salen tras el aparador y se colocan apoyados en una mesa. Se ve a Bruno despojar a la chica de la ropa interior y bajarse los pantalones. Se tumba sobre Maca y solo se ven las cuatro piernas moverse. Leyre aparece de nuevo en escena y comprueba su cámara).

LEYRE *(susurra)*. ¿Habéis empezado ya?

(Íñigo la mira y asiente. Los gritos apagados de Maca son muy distintos a los de la primera grabación, más airados, violentos, desesperados, reales. Los movimientos de las piernas también parecen más duros, menos acompasados).

LEYRE *(susurra)*. Joder, qué buena es.

ÍÑIGO *(sonríe)*. Sí que lo es.

(Al cabo de unos minutos, Bruno se levanta y se sube los pantalones. Se dirige hacia el grupo y Álvaro toma el relevo. Se acuclilla junto a la chica y la obliga a darse la vuelta antes de tumbarse sobre ella. De nuevo los gritos apagados resuenan por toda la estancia. Álvaro jadea sobre chica).

ÁLVARO. ¡Quédate quieta, zorra de mierda!

(Leyre se extraña. Eso no está en el guion, Álvaro no debería

hablar en una escena donde no es el protagonista).

LEYRE. Eh, chicos, parad un momento, por favor. Si habláis, no sirve de nada. *(Álvaro sigue indiferente a sus indicaciones)*. ¡Chicos!

(Con paso tímido, se dirige hacia él. Cuando llega y ve lo que está pasando, grita. Íñigo la toma del brazo con fuerza y la lleva hasta la pared izquierda, donde la obliga a sentarse. Desde allí puede ver a Maca y a Álvaro).

ÍÑIGO. Esto es arte, querida, cine en estado puro. Y tienes la inmensa suerte de presenciarlo. Actores extraordinarios, un guion magnífico, qué giro inesperado... *(Leyre está en shock, temblando, se abraza las rodillas)*. Y ahora depende de ti. Si quieres ser la siguiente, grita, intenta huir, haz lo que quieras. Entonces terminarás tirada en el suelo como ella. Si eres la chica inteligente que creo que eres, la artista intrépida, limítate a disfrutar de un espectáculo en vivo... y gratis.

(De fondo se oyen los insultos de Álvaro a Maca, que la abofetea).

ÁLVARO. ¡Terminado! Una pasada, Maca, grandísima actriz. *(Se levanta, se sube los pantalones y, sin mediar palabra, le asesta una patada)*. Íñigo, tu turno. *(Ya está bajándose los pantalones y se tumba enseguida sobre la chica. Álvaro busca en su mochila y saca dos objetos. Se acerca a Leyre)*. Esto tenías que haberlo metido en el guion, hubiera sido un puntazo. Hay que sellar la victoria, dejar claro quién ha ganado *(manipula el sello de lacre con la palabra exlibris en mayúsculas)*. Bruno, ¿cómo era?

BRUNO *(se lo arrebata y le enseña)*. No es tan difícil, tío. Los puntos sobre las dos *ies* se pueden quitar, ¿ves? Si no ponemos ningún punto, soy yo; si ponemos solo el punto de la primera *i*, es Íñigo, y si ponemos los dos puntos, eres tú.

ÁLVARO. Vale, vale... Pongo el primer punto entonces, victoria para don Bruno Medina. *(Con un soplete de cocina empieza a calentarlo. Íñigo se levanta entonces)*. ¿Ya? Tendremos que trabajar eso, Íñigo, no puedes ser tan rápido.

ÍÑIGO. Chicos, hay que darse prisa.

(Álvaro termina de calentar el sello y se acerca a la chica. Se agacha junto a ella).

ÁLVARO. ¿Dónde?

BRUNO. En la frente, que se vea bien de quién es.

(Maca patalea con fuerza. Bruno se sienta sobre sus piernas. Se escucha un alarido ahogado. Los tres amigos dan un paso atrás y contemplan a la chica tumbada, aplauden entusiasmados, ajenos a su llanto desconsolado. Leyre tiene la cabeza entre las piernas, paralizada de miedo, no quiere ni mirar).

ÁLVARO. Bien, acabemos con esto. Íñigo, como perdedor que eres, haz los honores.

ÍÑIGO. *(Se agacha para coger el ladrillo y el plástico que han utilizado en la escena ficticia y se los tiende. Íñigo los coge, visiblemente excitado, y se acerca a la chica)*. Maca, de verdad que ha sido un placer. Nos hubiera gustado estar un rato más contigo, y seguro que a ti también, pero el deber nos llama. Cuando te rompa el cráneo con esto ahora, en un segundo *(alza el ladrillo)*, quiero que tu último pensamiento sea para lo zorra que eras. De haber sido de otra forma, quizá nada de esto habría pasado.

BRUNO. Pero sin rencores, Maca, de verdad, no te preocupes por nosotros.

(Álvaro camina hacia la cámara sonriente. Bruno se coloca de brazos cruzados. Íñigo se agacha. Antes de que Álvaro apague la cámara, se escucha un golpe seco y fuerte).

III

—Dios mío, Íñigo —dice Adrián, consternado, incapaz de moverse de su asiento en el confesionario.

—No te hagas el sorprendido, joder, lo has sabido siempre. No me vengas ahora con historias.

—Es la primera vez que me lo cuentas así, nunca habíamos hablado de esto desde lo de... Desde lo de Leyre.

—Porque te fuiste.

—¿Cómo no hacerlo? Fue la constatación de que ese mundo no era para mí.

—Mira qué bien, te hicimos ver la luz. Los caminos del Señor son

inescrutables. Fíjate, ahora estamos aquí tú y yo, en plena confesión.

—Todo pasa por algo.

—No te hagas ilusiones.

—Continúa. Bruno os propuso hacer realidad *Sirena varada*.

—¿Por qué aceptamos? No sé, no creo que necesitáramos mucha justificación si el tema nos ponía. Era una mezcla de..., no sé cómo explicarlo: superioridad, venganza, competencia, rivalidad, justicia... Hacer algo por el mero hecho de que puedes. El corto fue el desencadenante, de eso no hay duda, y también la jodida Maca, que era una auténtica hija de puta.

—No digas eso...

—Pero lo que no podíamos imaginar, lo que no sabíamos en ese momento, es que no iba a ser la única, sino la primera. No era la conclusión de un juego, sino el comienzo de una vida dedicada a él. Eso no lo sabíamos entonces, a decir verdad.

—¿En qué consistía el juego, Íñigo? —El tono ya no es amigable como al inicio: es serio, inquieto, asustado.

—Cómo explicarlo... Es más fácil de lo que parece, en realidad, es muy sencillo, y te aseguro que nos pareció excitante de cojones. —Suelta una risilla que resuena siniestra entre aquellas paredes agobiantes.

No tiene muy claro qué hace metido en un confesionario hablando con Adrián, pero le reconforta la sensación de contarlo en voz alta, de comentarlo con alguien que no sean sus dos amigos, y todo bajo la seguridad lapidaria del secreto de confesión.

—Te lo resumo: uno caza y los otros dos buscan. Así de simple. El primero elige a la víctima y la atrapa. Los otros dos tienen una semana para encontrarla. El que la encuentra se cobra el premio, disfruta de la victoria sin límites y será, además, el organizador en la próxima edición. Al perdedor le toca deshacerse de la presa. —Deja que su confesor asuma estas palabras—. Así, tal cual, nos lo soltó Bruno a Álvaro y a mí, sentados en el salón, todos hasta arriba de cocaína, mientras veíamos un reportaje sobre los preparativos de las olimpiadas de Atlanta.

—Por el amor de Dios, Íñigo, dime que no es verdad, que te estás

quedando conmigo.

—¿No te acuerdas del guion de Leyre? La idea la tuvo el profesor.

—Pero aquello era ficción, un corto de terror.

—Para nosotros era algo más: era tan real, tan excitante. —Íñigo deja de escucharlo—. Estábamos obsesionados con el guion y con la propia Maca, a decir verdad. No era buena tía, no lo era en absoluto. Jugó con nosotros, intentó humillarnos, ¿puedes creerlo? ¡A nosotros! —Suelta una risa sarcástica—. Lo que Bruno nos propuso fue, simplemente, hacer realidad el guion, pero por nuestra cuenta.

—Ese guion era una locura.

—Exacto, vaya sí lo era.

—¿Y lo hicisteis todo? —pregunta, consternado.

—Hasta la última escena. Matamos a un perro y lo tiramos a una residencia de estudiantes, cogimos una habitación de hotel y celebramos el cumpleaños de Álvaro con tres chicas, una de ellas...; en fin, ya sabes, tú lo hiciste en la ficción.

Íñigo evoca aquellos días con nostalgia. Fue una época convulsa y algo difusa, las drogas dejaron en su mente infinidad de lagunas. Apenas se recuerda estudiando, por ejemplo, y en realidad debió de hacerlo porque terminó con un buen expediente.

—Y llegó el día de la toma final, la muerte de Maca. Y, bueno, esa parte ya la conoces.

—Pero no os detuvisteis ahí, seguisteis.

Al otro lado de la rejilla, la mandíbula del sacerdote tiembla bajo unos ojos humedecidos.

—Como estábamos en año de olimpiadas, se nos ocurrió organizar las nuestras propias, nuestro particular olimpo. Fue cuando vimos a Muhammad Ali encendiendo la llama. Habían pasado días desde la muerte de Maca y estábamos eufóricos, con las emociones a flor de piel. Éramos como esos animales que una vez que prueban la sangre no pueden comer otra cosa. Y para colmo nos salió bien: salimos airosos del primer asalto, la policía ni se fijó en nosotros. Aunque tuvimos que emplearnos a fondo, eso seguro, pero es otro tema.

Evoca entonces aquellos días, los recuerda tan vivos que parecen reales: la vuelta a Pamplona desde San Sebastián, los nervios una vez descubierto el cadáver, la investigación de Vera Durán, el bueno

de Jorge Lezaun, al que intentaron colgarle el muerto... Sí, todo fue improvisado, demasiado quizá, sobre todo comparado con las demás «olimpiadas», pero no por eso dejó de tener encanto y un resultado excelente.

—Fue Bruno quien planteó seguir y los demás aceptamos sin dudarlo. No puedes imaginarte cómo estábamos, nunca habíamos sentido una conmoción así en nuestro cuerpo. Ni todas las drogas del mundo podían compararse con la muerte de Maca. Propuso repetir cada cuatro años, como las Olimpiadas, un plazo largo para no obsesionarnos y evitar que se nos fuera de las manos. Así, además, podíamos terminar la carrera dignamente. A todos nos pareció alucinante, aceptamos de inmediato. Aunque, si te digo la verdad, creo que ninguno pensó realmente que fuéramos a hacerlo. Creíamos que iba a ser el típico plan de futuro de un grupo de universitarios que terminaría muriendo con las obligaciones de cada cual. Como quien tiene planeado recorrer Australia en furgoneta o montar un bar con los amigos: suena muy bien cuando lo piensas, pero luego la vida lo relega a un cajón. Afortunadamente, en nuestro caso no ha sido así. En teoría, Álvaro era el próximo organizador, y cuál fue nuestra sorpresa cuando, casi cuatro años más tarde, nos anunció que estaba todo preparado para comenzar el juego.

—Íñigo, preferiría que no siguieras hablando. Creo que sería mejor que lo dejáramos aquí, no estoy capacitado para confesar pecados como estos. Lo mejor sería que acudieras al arzobispo, puedo concertarte...

—Estamos en confesión, Adrián, no es tan complicado. Tú escuchas mis pecados y los perdonas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Creo que me lo he ganado, además, con todo el dineral que te he dado.

—A mí no —lloriquea—, lo donaste a la parroquia.

—No me vengas con chorradas, Adrián. ¿Cómo coño te crees que estás en una de las mejores de Madrid? Gracias a nuestro dinero; así que muéstrate un poco más agradecido y haz tu puto trabajo.

—Esto es una pesadilla.

—Las reglas eran sencillas. —Su tono jovial contrasta con la desolación que transmiten las palabras del sacerdote—. Tenía que

ser una chica guapa, obviamente, para que mereciera la pena la búsqueda, y además alguien a quien hubiéramos conocido los tres en algún momento, aunque fuera de forma esporádica. A partir de ahí, nuestra querida literatura negra nos daría las pistas para localizarla y ahí es donde entraba nuestro profesor, el guionista de nuestra vida.

—¿Dónde está?

—¿Y a ti qué coño te importa? Digamos que dedica su vida a la literatura, como siempre quiso.

—Pero él era un buen hombre, cómo pudo...

—Oh, creo que dejó de ser el hombre que conociste. Vive en cuerpo y alma para nuestro proyecto.

—Pobre...

—La cuestión es que cada olimpiada la dedicamos a un escritor, y es en el interior de sus obras donde el profesor busca las pistas del juego, las que permitirán a los cazadores localizar a la presa. —Sonríe al recordarlo—. Cada cuatro años elabora un guion, pero esta vez para nosotros. ¿No te parece acojonante? Oh, Adrián, tendrías que haberlo visto. Al margen de Maca, solo hemos hecho dos olimpiadas, pero han sido épicas, te lo aseguro, épicas.

Adrián llora; trata de no hacerlo, pero no puede contener las lágrimas ante un relato que está desgarrándolo por dentro.

—Sabía que alguno de vosotros estaba detrás, pero esto no. ¿Por qué, Íñigo, por qué? De verdad que no lo entiendo. ¿Cómo habéis podido hacer algo así? Justamente vosotros, con unas vidas perfectas que cualquiera mataría por tener.

—¡Exacto! Lo has definido muy bien. Matarían por tener nuestras vidas. Es exactamente lo que hacemos nosotros: matar para vivir otra distinta, aunque solo durante unos días y cada cuatro años. Creo que lo has entendido bien, Adrián, y lo agradezco.

—No quería decir eso.

—Necesitamos sentir, Adrián, quizá todo se resuma a eso. Solo una vez cada cuatro años somos capaces de sentir de verdad, plenamente; de emocionarnos, de experimentar una corriente de energía que nada en el mundo es capaz de proporcionarnos. Lo hemos probado todo, y lo sabes bien, nos hemos bebido la vida

hasta dejarla seca, pero nada es comparable con el juego. Por lo demás, nos dedicamos a vivir en piloto automático, como buenos profesionales, buenos esposos, buenos amigos, hasta buenos feligreses, como yo. Es lo que la sociedad y nuestras familias esperan de nosotros, lo que nuestro dinero y nuestra posición nos exigen, y lo cumplimos a rajatabla. ¿Para qué? La vida reducida a eso, a ver pasar los días, las semanas, los meses, los años, es morirse en vida, dejar de sentir.

—Te dedicas a salvar vidas.

—¡Cientos! He salvado cientos en toda mi carrera. Por eso no puedes recriminarme el haber quitado un par.

—Estáis enfermos, necesitáis ayuda.

—Por Dios, Adrián, no te pongas exagerado y mojigato como de costumbre y piénsalo con la cabeza fría: cuatro años como hombres modélicos y un solo día de flaqueza. Ponlo en una balanza. ¿Qué te sale? Bien, lo admito, no es algo de lo que nos sintamos orgullosos. ¿Mejor así? Soy consciente de que está mal, más claro te lo digo. No soy un puto psicópata que no siente dolor; en absoluto. Pero no podemos evitarlo, no podemos luchar contra esto. Somos adictos, Adrián, adictos a la crueldad.

—Sois unos asesinos.

—Pero eso ya lo sabías, no me vengas con chorradas ahora. Viniste a verme a los cuatro años, en el 2000, para preguntarme si tenía algo que ver con la muerte de Sandra Vila.

—Me dijiste que no.

—Y me descojoné en tu cara, no pensaba que te lo fueras a creer, fue el «no» más patético de mi vida.

—Asesinos...

—Y aunque así fuera, aunque seamos unos putos asesinos, no puedes quitarnos el mérito de mantenerlo a raya, de que seamos capaces de controlarlo. Podríamos jugar cada semana en lugar de cada cuatro años y no lo hacemos, luchamos contra nuestros demonios como buenos cristianos. Y créeme que no es fácil.

—No lucháis. Habéis secuestrado y matado a esas pobres chicas inocentes.

—¡Y vosotros lleváis siglos violando niños —Íñigo golpea el

confesionario— y no por eso dejamos de admirar las grandes obras de la Iglesia! —Suspira cansado, se le están quitando las ganas de continuar.

—No te absuelvo, Íñigo, no puedo absolverte.

—Tienes la obligación de hacerlo.

—No la tengo si no hay acto de contrición, y no lo hay. No te arrepientes de nada.

—No juzgues y no serás juzgado. Te recuerdo que guardas también tus pecados.

—Eso... eso... —balbucea.

—Pudiste habernos denunciado, pudiste haber acabado con todo. Después de lo de Leyre, lo tuviste aún más fácil: una llamada tuya y estaríamos detenidos. ¿Y qué hiciste? Nada, callar como una vulgar fulana. Incluso a lo largo de estos años, aunque no lo tuvieras claro, podías haber ido a la policía y haber dicho que estábamos implicados. Te habrían escuchado, nos habrían investigado.

—No tengo ninguna prueba.

—Pero preferiste seguir así, tranquilo, ascendiendo en tu carrera gracias a los donativos privados que, ¡oh, alabado sea el Señor!, te caen del cielo en cada proyecto que inicias. Has cometido también un pecado terrible, eres cómplice de los crímenes del librero, te has beneficiado, has cobrado caro tu silencio y aquí sigues, dando lecciones de humanidad al prójimo subido en tu maldito púlpito, como un jodido fariseo. ¿Qué pensarían tus feligresas si se enteraran de que durante los últimos diez años has sabido quiénes son los autores y no has hecho nada? ¿Qué dirían si se enteran de que has permitido que cada cuatro años maten a una chica pudiendo evitarlo? ¿Te mirarían igual o lo harían como tú me estás mirando ahora? ¿Te harían obispo, cardenal, papa? Si nos atrapan, caerás con nosotros. No lo olvides nunca. En fin, ya me he aburrido. Acabemos de una vez.

Adrián niega con la cabeza, arrasado en lágrimas, ahogado en una cobardía de la que no puede emerger.

—Y te recuerdo que estamos bajo secreto de confesión. Una palabra de esto y arderás en el infierno. Y ahora...

El silencio se vuelve pesado, opresivo, encerrado en aquella

pequeña estructura de madera. Adrián apenas es capaz de articular palabra: un nudo en el pecho y en la garganta amenazan con ahogarlo. Un debate interno al que lleva sometido desde hace diez años y que siempre culmina igual. Logra emitir un leve susurro y, como tantas veces en su vida, simplemente se rinde:

—Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

CUARTA PARTE
ELLA

SÁBADO, 8 DE JUNIO DE 2024,
TRES DÍAS ANTES DEL JUEGO

I

Bruno apenas ha podido dormir en toda la noche. No solo por el ardor que le ha producido el exceso de alcohol y de marihuana de la cena con sus amigos, sino, sobre todo, por el entusiasmo que invade su cuerpo. Todavía recuerda la cara de Íñigo y Álvaro cuando les ha propuesto el intercambio: han picado el anzuelo, al menos de momento.

Sale de la habitación dejando a Rebeca dormida en la cama. Se toma un vaso de agua y se tumba en el sofá del salón, feliz y orgulloso de cómo están yendo las cosas. No tiene la menor duda de que va a ser la mejor edición del juego de la historia, y todo gracias a su creatividad, su sacrificio y su entrega a la causa. No hay mejor organizador que él.

La idea arrancó en una fiesta en las Navidades de 2022. Lo que se presentaba como una aburridísima gala benéfica de la Fundación Medinnova, organizada por su amigo Íñigo, le iba a servir de inspiración.

En esa velada tuvo la oportunidad de conocer a dos personas muy especiales, llamadas a convertirse en protagonistas de los próximos meses: Olivia Suárez, una joven abogada de sonrisa impecable y mirada sagaz. Le bastó intercambiar un par de frases con ella para darse cuenta de que, además de un aspecto extraordinario, tenía una fuerza y una energía especiales. Y Rebeca Ramos, una enfermera que trabajaba en el mismo hospital que Íñigo y que había coincidido con él en la UCI. Aparentemente tímida, lo compensaba con la fuerza de su acento argentino y la emoción con que vivía cada

detalle del evento.

De regreso a casa, en el mismo sofá donde ahora está tumbado, surgió la idea.

El año 2024 se acercaba peligrosamente. Como ganador de la edición anterior, cuando encontró a Virginia Torres, era el encargado de organizar la siguiente y todavía no tenía nada planeado. Quedaban menos de dos años y, aunque parecía mucho tiempo, comenzaba a inquietarle la organización de un juego para el que ni siquiera tenía una víctima. Se proponía, además, preparar algo diferente, memorable, espectacular, que fuera recordado por sus amigos como la mejor olimpiada de todos los tiempos. Si quería cumplir con su ambicioso plan, tendría que ponerse manos a la obra.

Y aquellas dos chicas...

En un primer momento pensó en Olivia como la candidata perfecta. Cumplía la primera regla: que los tres la hubieran conocido durante los cuatro años de preparación. Era, además de una belleza espectacular, una gran profesional, tenía una mirada profunda; un digno trofeo del que disfrutaría el ganador. Pero luego pensó que quizá era más de lo mismo. Le parecía demasiado obvio, fácil de adivinar, indigno de su imaginación: la abogada estupenda que habían conocido en la gala benéfica de la fundación. Estaba seguro de que sus amigos se sentirían defraudados ante algo tan básico y burdo.

Entonces pensó en Rebeca. Rivalizaba en belleza con Olivia y ese carácter argentino, seguramente salvaje y devastador bajo su aparente timidez, la convertían también en una candidata perfecta. Pero se encontraba con el mismo obstáculo: demasiado fácil, demasiado evidente, todavía más en su caso al compartir hospital con Íñigo.

De regreso a casa, tras la fiesta, se pasó buena parte de la noche pensando en aquellas dos chicas que le habían cautivado y en cuál sería la mejor candidata. Y fue entonces cuando se le ocurrió: ¿por qué escoger una cuando podía utilizar a las dos? No se trataba de tener dos víctimas, eso rompería las reglas del juego, sino de usar a una como señuelo para distraer la atención de la auténtica víctima.

Todavía recuerda la corriente de excitación que lo invadió cuando

aquella magnífica idea anidó en su cabeza adormilada. Buscó una libreta y comenzó a rellenarla con los detalles y los preparativos.

Olivia sería el señuelo, la distracción, y Rebeca, la auténtica presa; una presa escondida, agazapada, bien camuflada, de la que sus amigos nunca llegaran a sospechar. Y para eso nada mejor que convertirla en su novia.

Sonríe al recordarse a sí mismo, en aquel mismo salón, dando un brinco de alegría, caminando sin parar, alteradísimo por la ocurrencia. Enamoraría a la chica, saldría con ella durante unos meses, se la presentaría a sus amigos... Jamás sospecharían que su propia novia iba a ser, en realidad, la próxima víctima del librero.

Tenía mucho trabajo por delante. Lo primero, validar a las candidatas. Comenzar con la vigilancia, conocerlas bien, instalar cámaras, hacer seguimientos, saberlo todo de ellas: gustos, costumbres, manías, novios, pasado, amistades... Luego vendría la infraestructura, las localizaciones, el secuestro; y por último, los acertijos, para lo cual pondría al profesor a trabajar.

Esa misma madrugada le escribió un mensaje a Íñigo, dando comienzo a su plan: «Me ha encantado tu compañera, la argentina. ¿Me darías su teléfono?».

Casi dos años después está orgulloso de su obra. Durante los últimos meses se ha dedicado en cuerpo y alma a enamorar a Rebeca, a perseguir a Olivia, a engañar a sus amigos... Está convencido de que el juego va a ser un rotundo éxito.

II

Llegada — 28 de septiembre de 1995

(Interior. Día. Suite *de hotel).*

ÁLVARO. A mí me encanta.

(La cámara hace una panorámica de un salón grande, con un sofá central y una mesa de comedor, y tres puertas abiertas tras las que

se aprecian dormitorios. Varias maletas apiñadas. Acaban de llegar).

BRUNO. Es la única que he encontrado con tres habitaciones.

ÍÑIGO. Hasta que encontremos un piso está cojonuda.

ÁLVARO. Os recuerdo que hace dos días vivíamos en casa de nuestros padres y, antes de eso, en un internado. Así que no, joder, esto no es una *suite* cualquiera, ¡es la puta libertad, cabrones!

BRUNO. Íñigo, ¿vas a estar todo el día tocando los cojones con la camarita esa?

ÍÑIGO *(hace zum hasta tener un primer plano de la cara de Bruno. Voz en off)*. Tengo toda la intención: voy a documentar vuestro primer año de vida universitaria. Cuando seáis viejos, decrépitos y con la picha floja, os encantará verlo.

(Los tres se desploman en los sofás. Bruno enciende un cigarro. Álvaro abre una botella de tequila que reposa en la mesa de centro junto con tres vasos de chupito).

ÍÑIGO *(voz en off)*. Aún no puedo creerlo, tíos, por fin habéis llegado.

ÁLVARO. Tenemos los mejores cuatro años de nuestra puta vida por delante.

ÍÑIGO *(voz en off)*. Cinco en mi caso.

ÁLVARO. Mejor me lo pones.

BRUNO. ¿Y qué planes tenemos?

ÍÑIGO *(voz en off)*. Fiesta, estudiar, beber...

ÁLVARO *(señala hacia una mochila en el suelo)*. Drogas; tenemos cargamento para un semestre entero. Cuando nos falte, nos traerán más.

BRUNO. En ese caso, vete encargando más.

SÁBADO, 8 DE JUNIO DE 2024,
TRES DÍAS ANTES DEL JUEGO

—Pongamos fecha —insiste Íñigo después de pedir una nueva botella de champán al camarero del hotel Villamagna. Llevan desde las ocho de la tarde comiendo y bebiendo en un apartado. Ni la resaca de la noche anterior, una juerga memorable de las tres parejas donde Bruno les propuso el intercambio, es capaz de mitigar su entusiasmo.

—Hoy es sábado, día nueve, tampoco andamos muy sobrados de tiempo si quieres que coincidan ambas cosas.

—Ponla tú —indica Álvaro a Bruno—, que eres el alma de la fiesta, nosotros nos adaptamos.

Bruno da un sorbo a la copa y se recuesta.

La idea del intercambio de vidas se le ocurrió hace un par de meses y fue fruto de un ataque de frustración y rabia. De las siete ediciones del juego que han celebrado ha ganado solo dos veces, en 1996 y en 2020. Empata con Íñigo frente a Álvaro, que solo acumula una victoria. El problema es que, como organizador del juego que es, este año no puntúa y tendrá que esperar otros cuatro para tener la oportunidad de anotarse una victoria. Si ahora gana Íñigo, se pondrá en cabeza; si pierde, los tres empatarán.

Bruno Medina no concibe la derrota, pero tampoco el empate. Está hecho para la victoria, nació para ello, y no permitirá la humillación de compartir podio con sus amigos.

Así fue cómo surgió la idea del intercambio.

Año 2004, Raquel Lucio. El organizador en esa ocasión fue Íñigo y ninguno de los dos cazadores fueron capaces de encontrarla; a saber dónde habría terminado sus días la pobre desgraciada. Los medios se deleitaron celebrando que por fin la pesadilla de los crímenes del librero había concluido. Para Bruno, en cambio, fue una

tortura. «El viejo no pujó donde trabaja la rosa liberada». Ahí arrancaba el juego. Ni Álvaro ni él fueron capaces de desvelar aquella maldita frase, de encontrar siquiera la primera pista, de avanzar absolutamente nada; no llegaron a saber ni en qué escritor se había basado para organizar el juego.

Si tuviera la oportunidad de ponerse en la piel de Íñigo, de tener acceso a toda su vida, a su casa, a sus archivos, a su ordenador, podría encontrar a Raquel y anotarse entonces una victoria extra. Y así fue cómo surgió la idea. Un intercambio entre los tres total y absoluto. Una prueba de confianza, de amistad, de hermandad. Estaba seguro de que la idea los fascinaría, y conociendo a Ane y Amanda, a ellas también. Y mientras los demás disfrutaban del morbo que despierta, él se dedicaría a revolver en la vida de Íñigo para encontrar a Raquel Lucio y sumar un codiciado punto en el marcador.

Para ponerlo en marcha tenía que embarcar a Rebeca en el proyecto y trucar el juego para que le tocara la vida de Íñigo. Tuvo que contarle que sospechaba de él y todo el resto de majaderías que la muy inocente se tragó sin rechistar.

—Necesitaría que empezáramos este mismo martes —dice Bruno —. Hacer coincidir nuestra olimpiada y el intercambio es un reto a nivel organizativo, espero que lo valoréis, pero todo sea para el disfrute de mis queridos cazadores.

Íñigo y Álvaro sacan sus teléfonos para consultar sus agendas.

—Tendré que hacer algunos cambios —comenta Álvaro—, pero en realidad ya he despejado la agenda lo máximo posible este mes, así que por mi parte, bien.

—A mí me va bien esta semana —confirma Íñigo—, ya había pedido en Recursos Humanos unos días libres.

Bruno hace señas al camarero para que traiga la tercera botella de champán. Nota ya cómo el alcohol comienza a diseminarse por su cuerpo, pero quiere alargar la velada con sus amigos.

—Joder, tíos, me muero de ganas de empezar —suelta Álvaro—, y eso que el puto intercambio me toca un poco los cojones. Sabéis perfectamente que voy a perder.

Los otros estallan en carcajadas.

Y aquí la segunda parte del juego: por nada del mundo quería que sus dos amigos sospechasen de sus verdaderas intenciones, así que tuvo que ingeniárselas para añadir algún elemento extra que pudiera distraer la atención.

—Cuatro millones para el primero que consiga tirarse a una de nuestras chicas; con esto te has superado, Bruno —comenta Íñigo—. El juego de la confianza... Qué cabrón. Lo mejor de todo es que gano seguro, sobre todo si me toca con Ane. Incluso con Rebeca tengo serias posibilidades. Ya conocéis la clásica atracción médico enfermera. Pero mi Amanda... —niega con la cabeza y chasquea la lengua— será un hueso duro de roer para el que le toque. No lo tendréis fácil, queridos, siento aguaros la fiesta. Es una mujer enamorada.

—Ya, ya... —Bruno le da una palmada a su amigo en la rodilla—. Como todo en la vida, hermano, dependerá de la tentación.

—Y en eso somos especialistas —añade Álvaro.

DOMINGO, 9 DE JUNIO DE 2024,
DOS DÍAS ANTES DEL JUEGO

I

Las tres mujeres se han ido a la cocina para preparar unos aperitivos mientras ellos pasan un rato en la sauna turca que Álvaro tiene en su finca.

Después de que Rebeca sacara las llaves de los coches y descubrieran por quién se iban a intercambiar, han estado un rato en la piscina, haciendo elucubraciones y riéndose sobre los días que están por venir.

Finalmente se han quedado solos.

—Danos alguna pista —suplica Íñigo.

—Claro que sí, pero tendrás que esperar —responde Bruno.

—Yo parto con ventaja, queridos —confirma Álvaro—: a nuestro Bruno con acceso ilimitado a todo. No tardaré mucho en adelantarme.

—No hagas trampas.

—Por supuesto que sí. Se acabó ser el perdedor, Iñiguín. Esta vez me anotaré un tanto fijo.

La puerta empañada se abre de pronto y Rebeca asoma la cabeza.

—Las chicas dicen que ya pueden venir.

—Vamos enseguida, vida —responde Bruno.

Cinco meses con ella. Cada vez que lo piensa se sorprende. Nunca había sido capaz de mantener una relación sentimental tanto tiempo y ese es precisamente el factor sorpresa que convertirá esa edición del juego en legendaria. Ni Álvaro ni Íñigo podrán imaginar que su propia novia, la que lleva medio año compartiendo sus vidas, es en realidad la próxima presa a cazar.

Envuelto en un vaho reconfortante, aprovecha el silencio de sus amigos para echar la vista atrás. Cinco meses... Todo un reto que ha sabido afrontar con diligencia, frialdad y valentía sin cometer un solo error. No puede estar más orgulloso.

Respira hondo un aire húmedo mientras repasa las dificultades a las que ha tenido que enfrentarse.

Primero, tener que aguantarla todo el día y fingir el papel de novio perfecto. Aquí debe reconocer que la chica es un encanto y no le ha costado acomodar su vida a la de ella. Enamorarla fue sencillo. Al día siguiente de la gala de la fundación la llamó y quedaron a tomar un café. Al principio no se mostró muy receptiva, pero luego fue animándose. Un par de citas más tarde se dieron el primer beso y así iniciaron la relación más convencional que Bruno había tenido en toda su vida.

Segundo, no fue fácil mantenerla alejada de cualquier exposición pública. Ser un empresario conocido, millonario, receptor de multitud de atenciones sociales, y al mismo tiempo negarle la posibilidad de llevarla a eventos, fiestas, exposiciones... Ha tenido que hacer malabares para que la relación se centrara en ellos dos, ajena a la vida social, y llevarla solo a lugares privados y controlados.

Tercero, su propia familia. A su madre ni se la ha mencionado. A la incómoda y frecuente pregunta de «¿sales con alguien, hijo?» ha respondido con evasivas que eran acogidas con crudo escepticismo.

Cuarto y sin duda el reto más complejo, sus propios amigos. Tener novia ya era una novedad importante en su vida, pero que pasaran las semanas y luego los meses y la cosa siguiera adelante no iba a resultarles indiferente.

La planificación previa fue clave, dedicó mucho tiempo a trazar lo que llamó de forma hortera la «senda del amor». Los cinco meses de noviazgo estuvieron prefijados en una hoja de ruta donde se incluían planes entre ellos, excursiones, viajes; donde la intensidad de su relación iba creciendo, donde llegó a agendar cuándo y cómo evidenciar su amor hacia ella delante de sus amigos: 12 de febrero, Álvaro lo encontró en la floristería de debajo de su casa comprando un enorme ramo de rosas para Rebeca; 3 de junio, en mitad de una cena entre los seis, en un reservado de la calle Ayala, se levanta

para bailar con ella ante la atónita mirada de los demás; 11 de abril, en un aparte con Ane y Amanda, les confesó que nunca había sentido nada igual, llegó incluso a derramar una lágrima ante el temor de perderla... Viajes, cenas, excursiones: ante los ojos de sus amigos desplegó sus encantos de novio enamorado. Ninguno, ni por asomo, sospecharía lo que estaba por venir.

Pensándolo en retrospectiva, le parece increíble haber aguantado todo ese tiempo sin un paso en falso, sin una vacilación, sin cometer un error ni con ella ni con ellos. Cinco meses de trabajo y tensión que, paradójicamente, ahora que están llegando a su fin, piensa que lo echará de menos. De todas formas, solo espera que los muy cabrones sean capaces de apreciar todo lo que ha hecho para que se diviertan.

—Queridos amigos —concluye por fin—, vais a flipar.

II

Álvaro acaricia la cabeza de su hija, dormida sobre su pecho. Están tendidos en la pequeña cama de la niña y hace solo unos instantes que se ha quedado dormida. Los malditos terrores nocturnos se han apagado por fin y lo han hecho entre sus brazos. No hay mejor sensación en el mundo.

Inspirar el aire dulzón de sus cabellos despierta su lado más sensible y vulnerable. Sería capaz de todo por aquella pequeña, por su hijo, por Ane.

Suspira hondo ante la contradicción. Una vida pacífica, tranquila, familiar; cuatro años de estabilidad, de una rutina y una calma que adora por encima de todo, de ver crecer a sus hijas, de amar a su mujer. La cara de una vida envidiable. ¿La cruz? Está a punto de comenzar: una cacería salvaje hasta encontrar a su presa y despedazarla. Una presa que no conoce, por la que no siente nada, cuyo cuerpo tomará sin piedad en caso de victoria y que matará sin ningún miramiento si es el último en encontrarla.

¿Siente remordimientos? De momento, no. ¿Está tentado de

echarse atrás? Siempre lo está antes de comenzar, pero no tanto por creer que está mal —o quizá sí—, sino por miedo a que sea la última vez, que un descuido, una imprudencia, el propio azar hagan que los atrapen. La posibilidad de ver expuestos sus demonios en público, a su familia, se le hace mucho más insoportable que el castigo que está a punto de infligir.

Espera que eso no ocurra nunca. Los tres son inteligentes, tienen recursos ilimitados y dedican ni más ni menos que cuatro años a la preparación del juego. Nada queda al azar, todo está perfectamente calibrado y analizado previamente. Entretanto, la imagen que ofrecen al mundo es, en realidad, su mejor cobertura: tres hombres exitosos, millonarios, solidarios, grandes profesionales, dos de ellos felizmente casados y, en su caso, con dos maravillosos niños. Son los últimos en quienes se fijaría la policía. Y en el caso de que lo hiciera, tienen también ideadas sus correspondientes contramedidas.

Inhala nuevamente el aroma de su niña. Una semana sin verla. La echará de menos.

III

Llegada — 28 de octubre de 1995

(Interior. Día. Aula de la universidad).

PROFESOR. Antes de terminar *(su voz es suave, habla despacio, tímido)*, os recuerdo el anuncio que nos hizo vuestra compañera Leyre. Los voluntarios para participar como actores en su cortometraje os quedáis por favor ahora para comentarlo. Los demás podéis salir.

(Los alumnos se levantan y bajan los escalones del aula para enfilar hacia la puerta. Un corrillo comienza a formarse alrededor de la mesa del profesor. Bruno, Álvaro, Salva, Adrián, Maca y Leyre rodean a Samuel Galindo, que está recogiendo sus cosas).

PROFESOR. Como le prometí a Leyre, voy a ayudarla con la

preparación del guion para su corto.

ÁLVARO. ¿Ya tienen algún argumento?

LEYRE. El concurso no define ningún estilo en concreto, así que yo me decanto por hacer algo rollo *Tesis*. A ver qué os parece. Había pensado retratar la evolución de un personaje hacia el mal, contar la historia de un universitario, alguien normal y corriente que por las cosas que le van pasando termina convirtiéndose en un monstruo.

PROFESOR. La eterna discusión de si un asesino nace o se hace. Me gusta mucho, Leyre, puede dar mucho juego.

LEYRE. Algo así. Tengo alguna idea. Se lo voy a pasar a don Samuel a ver qué le parece. Si le gusta, os la paso a los demás y me dais vuestra opinión.

ÍÑIGO *(voz en off)*. Espero tener un papel protagonista.

(Todos sonríen).

LEYRE. Yo creo que lo tuyo es ser el cámara, ¿no te parece?

MACA. Desde luego, vaya coñazo todo el día con eso. Para un poco, chico.

ÍÑIGO. No hago daño a nadie, ¿qué más te da? Con lo guapa que te saco siempre.

(Maca hace un gesto de hastío y aparta la mirada).

LEYRE. Pues gracias a verte con la cámara me diste la idea de cómo enfocar el corto. Lo quiero grabar así, cámara en mano, como si fuera un alumno que está registrando su primer año de universidad.

ÍÑIGO *(voz en off)*. ¡Soy yo mismo! Ya me veo recogiendo el Goya.

LEYRE. Más o menos. De momento hacemos el guion y luego ya el *casting*.

(Las exclamaciones del resto parecen poner fin a la conversación).

BRUNO. ¿Y lo del club de lectura? ¿Os apuntáis?

(Todos asienten convencidos).

PROFESOR. No lo hagáis por el punto extra que os he prometido, ¿eh? Que sea algo que os apetezca de verdad, pero otros años que se ha hecho a los alumnos les ha encantado.

BRUNO. Genial entonces. Queda oficialmente inaugurado el club Exlibris.

IV

—Vale, te espero arriba. Yo, si fuera tú, no tardaría.

Amanda se despide de Íñigo con una mirada juguetona, dejándolo solo en el despacho. Él apaga el ordenador y se dispone a marcharse para celebrar su última noche antes del juego, pero antes contempla la imagen que acaba de recibir por correo electrónico.

Es una fotografía sacada por la policía en el local donde mataron a Maca Rodrigo. Es reciente, seguramente de ese mismo día. Se sorprende al comprobar que el local permanece exactamente igual que cuando lo visitó por última vez hace casi treinta años. Trastos destartalados, muebles viejos, mantas que ocultan decrepitud... Por encima de tanto polvo sobresale una extraña flor con una cinta enrollada donde se distingue con claridad la inscripción «EXLIBRIS».

Así que ya ha empezado, se dice a sí mismo sonriendo, por fin ha dado comienzo la octava edición de los Juegos Olímpicos, los crímenes del librero, Exlibris...; muchos nombres para tanta diversión. Estaba deseando que llegara el día y más aún después de las genialidades propuestas por Bruno: el intercambio de vidas, el reto de quién se acostará antes con sus respectivas parejas: algo trama con todo eso, es evidente que guardará algún tipo de relación con el desenlace. Aunque se muere de ganas por descubrirlo, se pide paciencia a sí mismo y se obliga a disfrutar del camino tanto como de la victoria.

Mañana investigará qué tipo de flor es esa y qué mensaje pretende transmitir Bruno con ella. Lo primero de todo es tratar de encontrar al autor en el que se ha basado. Una vez logrado, es más fácil afinar la búsqueda y descubrir las pistas.

Tendrá que llamar también a Salva para agradecerle su ayuda una vez más. Es un periodista excelente, de casta, que siempre ha cubierto con profundidad y diligencia los crímenes del librero. Cada vez que tiene algún tipo de información, se la envía, especialmente cada cuatro años, en los momentos de máxima cobertura mediática. Salva tiene muy buenos contactos en la policía y siempre le envía material interesante. No lo hace de forma altruista, claro está, sino

por una efectiva combinación de dinero y miedo.

En cuanto al dinero, los tres amigos han pagado con creces el silencio de Salva. *Tribuna Digital* ha llegado a ser lo que es gracias a unos cuantos millones que los tres han invertido en el proyecto a lo largo de los años.

Y en cuanto al miedo..., Leyre se ocupa de recordárselo cada cuatro años.

LUNES, 10 DE JUNIO DE 2024,
UN DÍA ANTES DEL JUEGO

—Tenemos nueva chica en la oficina —dice Íñigo, que acaba de llegar.

Los tres amigos están sentados en un Mercedes Clase G, enorme e imponente, con los cristales tintados de negro. Está en un *parking* público medio vacío.

—¿Ya no sigue nuestra querida Vera Durán? —pregunta Bruno.

—Se jubiló en 2020 —contesta Álvaro.

—¿Y quién es la nueva?

—Una jovencita ambiciosa y bastante guapa, subinspectora, llamada Renata Blasco —sigue Íñigo.

—¿Renata Blasco? —pregunta Bruno.

—Sí, ¿la conoces?

Se queda un rato pensando.

—Qué pena que se jubilara Vera —dice Álvaro—, podía haber seguido unos añitos más. No creo que la policía esté para perder agentes cojonudas como ella.

—No se nos ha acercado en todos estos años de investigación —añade Íñigo—, es de agradecer. Esperemos que la nueva no nos cause problemas.

—No se nos acercó gracias a mí —apostilla Álvaro—. Te recuerdo los muchos esfuerzos que tuve que hacer.

—No te lo niego, aunque esfuerzos más bien pocos. De todas formas, esto cambia las cosas. A la nueva habrá que investigarla y extremar las precauciones, esta vez, más que nunca.

—Renata Blasco... —Bruno sigue pensando—. ¿Será hija de Kiko Blasco?

—¿El empresario?

—La hija tenía un nombre raro. Era amigo de mi padre, estuve en

su casa en Toledo alguna vez cazando con él. Y tenía una cría que juraría que se llamaba así. Le diré a Sergio que le eche un ojo y nos prepare un informe detallado, a ver qué nos encontramos —concluye Bruno.

—Vera... Vera... —Álvaro medita recostado en el asiento trasero—. Qué gratos recuerdos... Le llamaré para ver si me cuenta algo sobre la Renata esa.

MIÉRCOLES, 12 DE JUNIO DE 2024,
SEGUNDO DÍA DEL JUEGO

I

Bruno está solo en el humidor de puros de Íñigo. Gracias a Sergio ha conseguido abrir la puerta, y gracias a su propio ingenio ha descubierto la colección de cintas de vídeo y CD que su amigo esconde a buen recaudo. No tenía ni idea de que todavía las conservara y le parece una terrible imprudencia.

Primero ha visto *Sirena varada*. Es la versión original porque no se llegó a montar, quedó inacabado. Volver a ver aquellas escenas y a todos sus protagonistas: Salva, Adrián, Leyre y Maca, le ha parecido enternecedor.

Después ha visto las demás grabaciones, aquellas donde hacían realidad lo que previamente habían grabado para el corto de Leyre, así como otros muchos vídeos que inmortalizan sus terribles hazañas. Solo con eso tienen para encerrarlos durante décadas. Las ha vuelto a dejar en su sitio con la firme convicción de pedirle a Íñigo que las destruya en cuanto acabe el juego. Ningún bien puede hacerles tener algo así.

Aun con todo, lo cierto es que le ha gustado verse tan joven. Ha sentido una punzada de nostalgia al conectar de nuevo con esa versión de sí mismo tan lejana, tan diferente, olvidada. Se ha encontrado un Bruno más ingenuo, inocente, dubitativo, honesto... O eso al menos le ha parecido a él en comparación con su versión adulta.

¿Es una mala persona? Sí, lo es. Sin paliativos. Le gustaría decir lo contrario, pero está solo con sus pensamientos, no tiene por qué fingir. No lo es todo el tiempo, no de manera permanente durante

todos los días de su vida. Digamos que es una maldad intermitente. Más aún: cree que la mayor parte de su existencia se comporta con los estándares de lo que podría considerarse una buena persona. Hay momentos de luz, muchos, los que más, y la luz es esperanzadora y brillante, pero también hay momentos de oscuridad, pocos, los que menos, pero los más intensos y vivos. Si tuviera que decantarse por la luz o la oscuridad lo tendría claro: en la crueldad de su alma es donde se siente más pleno y feliz.

En todo caso, está frustrado porque no ha encontrado nada relevante, nada que le permita descifrar la maldita frase «el viejo no pujó donde trabaja la rosa liberada» y acercarse al lugar donde Íñigo encerró a Raquel Lucio en 2004. Tendrá que seguir investigando. Todo por el punto extra que pretende anotarse en el marcador.

En una caja de puros ha encontrado las pistas de las anteriores ediciones. Cada frase inicial del juego la tenía escrita y escondida en los tubos vacíos de unos puros. Cosas de Íñigo. Coge un papel, imita la letra de su amigo y mete en uno de los cilindros vacíos la frase que dará comienzo a su gran olimpiada: «De los doce que vieron, soy el cuarto». Se llevará una sorpresa cuando lo encuentre dentro de unos días.

II

Samuel Galindo está sentado frente al escritorio de su dormitorio. Tiene varios libros en varios montones sobre la mesa. La pequeña estancia está iluminada por la luz tintineante de tres velas colocadas en diferentes lugares. Una de ellas está situada junto al libro que se dispone a abrir.

A juzgar por las tapas, recubiertas por una tela desgastada que a duras penas permite distinguir el título serigrafiado, parece una edición antigua. Sin embargo, oculta una realidad bien distinta. Comienza a pasar lentamente las páginas de un manual de uso de redes sociales. Hay varias páginas subrayadas, con anotaciones al pie y distintos comentarios que muestran las muchas horas que ha

dedicado a su estudio. Hace unos meses apenas conocía nombres como Facebook o Instagram; hoy puede afirmar que tiene un conocimiento bastante práctico de su utilización.

Tiene una veintena de libros como ese, guías para principiantes que le han permitido acercarse a las nuevas tecnologías: uso de internet, configuración de correos electrónicos, redes sociales, perfiles públicos... No le hacía falta convertirse en un *hacker*, sino conocer lo básico para poder llevar a cabo el plan.

Se hizo con los manuales poco a poco, durante meses, intercalando los ejemplares entre pedidos de novelas para no llamar la atención de su «cuidador». Luego los escondió bajo las tapas de ejemplares antiguos.

—Profesor. —Le sobresalta la voz de Armando, que aparece apoyado en el marco de la puerta—. Te ha llegado una petición.

—¿Qué libro?

—El que pusiste a la venta en Libros con Encanto, el de *Los crímenes de la calle Morgu*e. Lo quieren ver.

—¿Quién lo ha pedido?

—¿A ti qué te importa? —El tono brusco y autoritario habitual—. Una tal Renata Blasco.

Armando no percibe la sonrisa amplia que se dibuja en el rostro del profesor. Intenta disimular.

—Ahora te lo busco y te lo preparo, Armando.

El hombre se va dejando solo a un Samuel cuyo corazón late desbocado. Si la petición hubiera venido de Íñigo o Álvaro, se habría derrumbado. Pero que una desconocida pida un ejemplar sin ningún valor le otorga una esperanza que saborea como si fuera una victoria. Han picado el anzuelo.

Si su plan ha funcionado, será la propia policía la que habrá pedido el libro. Y si es así, su liberación se acerca.

III

Álvaro espera a Rebeca para comer en un restaurante de la calle

Jorge Juan. Tiene que arreglar como sea el desaguisado. Esa misma mañana la novia de Bruno lo ha pillado revolviendo la casa, y por revolver quiere sacar todos los libros de la estantería al suelo para revisar libro a libro.

Lo peor de todo es que no ha encontrado nada. Se reprende a sí mismo por ser tan ingenuo. ¿De verdad pensaba que Bruno iba a dejar allí mismo, en su despacho, un libro repleto de anotaciones y comentarios?

En todo caso, y después de meditarlo un buen rato en el *jacuzzi*, ha comprendido que el encontronazo con Rebeca podría ser una buena oportunidad. Si consigue embarcarla en su búsqueda, quizá entre los dos pueden encontrar algo más fácilmente, y si no, al menos contará con una bonita compañía femenina.

El plan es sencillo: le contará una milonga, algo relacionado con el asunto, pero que no suponga una implicación directa de Bruno en los asesinatos; se inventará un misterio del pasado lo bastante interesante y acuciante como para justificar que quiera aprovechar la oportunidad del intercambio para hurgar en la vida de su amigo. Pero, al mismo tiempo, debe ser algo que tampoco incrimine a Bruno en nada grave, pues de lo contrario Rebeca se echaría atrás.

En el burbujeo del *jacuzzi*, con las pulsaciones al mínimo y en un estado de completa relajación, se le ocurre echar mano una vez más del bueno de Samuel Galindo. Él podría ser el misterio del pasado, un profesor implicado en la muerte de su antigua amiga, Maca Rodrigo, un hombre a quien admiraban y que desapareció de la noche a la mañana. Quizá Bruno lo ayudara a huir a Chile.

Con un toque de imaginación y la dosis exacta de emoción, está seguro de poder convencer a la chica para que lo ayude en la investigación.

Sentado ya a la mesa, y aprovechando los minutos de soledad antes de que llegue su invitada, animado también por las dos copas de vino que ha ingerido, se ha dedicado a ensayar su actuación. Sonríe pensando en el cabreo que se agarrará Íñigo cuando se entere de que ha fichado a Rebeca como ayudante. Lo acusará acaloradamente de hacer trampas, ya visualiza la escena que montará. Se ríe, incapaz de contener una carcajada.

Al fondo de la estancia aparece un camarero precedido de Rebeca. Ella le sonríe y se acerca radiante a la mesa.

IV

Bruno permanece agazapado en la pequeña terraza acristalada que Olivia Suárez tiene en la cocina de su casa. Va completamente vestido de negro, guantes, calzas y pasamontañas incluidos. Ha desenroscado la única bombilla que cuelga del techo, por si se le ocurriera encenderla. Lo normal es que no lo haga, que se limite a encender la luz de la cocina y eche un ojo desde el pasillo.

Escucha el sonido de llaves y la puerta al abrirse. Su corazón late desbocado y hace profundas respiraciones para calmarlo. Necesita tranquilizarse para que todo salga bien. En su mano derecha tiene un trapo empapado en cloroformo, de momento la única arma que necesita.

Se enciende la luz de la cocina, pero ella no entra. Bien por Olivia.

Bruno echa una ojeada justo en el momento en que ve desaparecer la melena de la chica por el pasillo. Sale con cuidado de la terraza y camina hacia ella, arrastrando los pies. El suelo del pasillo es de madera, pero conoce bien cuáles son las lamas que debe pisar para que no crujan. Ha hecho ese recorrido cientos de veces.

La chica está en su habitación, ha dejado el abrigo en la cama y está a punto de ponerse el pijama.

Cuando entra, la ve de espaldas mirando el vestidor. En el momento en que se da la vuelta se abalanza sobre ella. No tarda en inmovilizarla mientras aprieta el trapo contra su rostro. Se produce un mínimo forcejeo, frustrante en realidad, pensaba que opondría mayor resistencia, pero el factor sorpresa ha sido determinante para mermar sus facultades. Las profundas bocanadas que emite la chica, fruto de los nervios, hacen que el cloroformo entre con mayor intensidad en su organismo. Necesita apenas un minuto para sentir cómo su cuerpo va cediendo.

La tumba en la cama, inconsciente.

Saca de su bolsillo el kit completo de extracción de sangre. Libera la aguja, busca la vena en los finos brazos de la chica y, con una precisión quirúrgica, consigue inyectarla y comenzar el proceso. Sonríe al pensar que fue la propia Rebeca quien le enseñó. Paradojas de la vida. Rellena la jeringuilla, la descarga en un pequeño recipiente y vuelve a llenarla. Cuando termina, coloca con delicadeza maternal una tirita en el brazo.

Extrae ahora una pequeña brocha, la unta en el recipiente y escribe en la pared la frase que da comienzo al juego. Se esfuerza en trazar una letra distinta de la suya para evitar cualquier posible identificación. «De los doce que vieron, soy el cuarto».

Guarda con cuidado todos los materiales utilizados y da un paso atrás para observar su obra. Las palabras rojas sobre la pared beis, con algunas gotas que se deslizan bajo las letras, dan el toque tétrico necesario, una maravilla.

Mira la hora y se apresura a terminar. Vuelve a la terraza de la cocina para recoger la estructura de maniquí y el rollo grande de cinta de embalar que ha llevado. De nuevo en la habitación, tumba a Olivia boca abajo y le coloca el maniquí encima, sobre su espalda. No es más que una cruz metálica con una base en la parte inferior para apoyarlo.

Comienza a envolver a Olivia con la cinta, aferrándola a la estructura. Primero las piernas, va subiendo por la cadera con fuerza para que no se desmonte al colocarlo recto, sigue por el pecho, los hombros y finalmente la cabeza. Hace unos pequeños orificios en la nariz para que pueda respirar, que no es plan de romper el premio antes de entregárselo al ganador.

Cuando la cinta llega a su fin, coloca el soporte de pie con mucho cuidado para que no se desplome. Sonríe satisfecho cuando ve la forma precintada, recta y firme, desafiando insolente a la gravedad.

Escucha en la calle el ruido de una persiana. Se asoma a la ventana y ve la furgoneta mal aparcada. Hora de irse.

Recoge cualquier evidencia de la habitación, comprueba varias veces que todo esté en orden, utiliza un pequeño aparato de luz ultravioleta para detectar cualquier rastro que haya podido dejar.

Está limpio, incluyendo las microcámaras que tenía repartidas por toda la casa y que ha retirado antes de que llegara la chica.

Levanta a Olivia y sale de la casa. Le cuesta un poco meterla en el ascensor, pero finalmente lo consigue. No le preocupa hacer ruido, sabe que no se encontrará con ningún vecino molesto.

En la calle esperan varios maniquíes del mismo tamaño. Coge a la chica y lo deja entre ellos. Se cuela por la puerta del conductor que permanece abierta y se agacha bajo el asiento del copiloto.

Al cabo de un par de minutos que se le hacen eternos, el hombre cierra la persiana, la furgoneta y vuelve a su asiento. No se dirigen palabra. Arranca y conduce con precaución.

La furgoneta circula varios kilómetros hasta adentrarse en un polígono industrial. Entra en una nave que parece abandonada y se detiene. Bruno sale del vehículo mientras el conductor permanece en su puesto, sin mirar, sin hablar, sin pensar siquiera. Sabe bien las instrucciones, que básicamente se resumen en no hacer nada.

Bruno abre la puerta trasera del furgón, sube y arrastra a la chica fuera. Un silbido rápido es la señal que el conductor necesita para saber que su trabajo ha terminado. Sale despacio de la nave. A partir de ahí, con los diez mil euros por adelantado que ha cobrado, tiene dos billetes en primera clase esperándole para viajar mañana a Sofía con su mujer. Allí recibirá los otros cuarenta mil, más unas vacaciones pagadas de un mes. No se puede pedir más.

Bruno lo ve alejarse. Si tuviera algo de conciencia, sentiría remordimiento por haber presenciado las últimas horas de vida de aquel hombre, pero no puede permitírselo. No deja cabos sueltos, nunca. Nada más pisar Sofía, el conductor y su mujer recibirán unas vacaciones con todos los gastos pagados, pero indefinidas, sin billete de vuelta.

Introduce a la chica en una furgoneta y pone rumbo a la gasolinera.

JUEVES, 13 DE JUNIO DE 2024,
TERCER DÍA DEL JUEGO

I

Samuel Galindo se asoma por la puerta de su habitación. Acaba de escuchar el timbre del portón de entrada, en el límite de la finca, y el sonido resuena por toda la casa. Ve a Armando observar la pantalla del interfono mientras habla por teléfono.

—No sé quién es, pero está llamando sin parar. —Le escucha decir —. ¿Una foto? Sí, claro, le pongo en manos libres para poder hacerlo. —Con el móvil, fotografía la pantalla del interfono, donde aparece el rostro de una mujer—. Ya la tiene, señor. ¿La conoce?

—Un momento —se oye la voz de Bruno—, déjame ver.

Sigue sonando el timbre, un sonido extraño en aquella finca donde nadie entra jamás. El profesor está nervioso, eufórico. Si todo ha salido bien, quien está llamando es un agente de policía, lo cual querrá decir que tanto tiempo y esfuerzo habrán tenido su recompensa.

—Sí, la conozco, es policía —contesta Bruno.

—¿Y qué hago? —pregunta Armando alarmado—. ¿Le abro?

—No, ni se te ocurra. Deja que se canse de llamar. Si vuelve, me avisas.

Al cabo de un rato el sonido se interrumpe y Armando vuelve a sus quehaceres. Samuel regresa silencioso a su habitación en su silla de ruedas, y lo hace con una sonrisa en los labios.

II

Preparativos — 21 de enero de 1996

(Interior. Noche. Habitación en penumbra. Música de fondo. La cámara se enciende y un potente flash *ilumina el rostro blanquecino de Maca, que mira con sonrisa pícara).*

MACA. ¿Está encendida?

LEYRE *(voz en off)*. Sí. Date prisa, que como nos pillen nos matan. No deberías grabarlo...

MACA. Claro que sí.

LEYRE *(voz en off)*. No, tía, que lo van a ver luego.

MACA. ¡Qué coño lo van a ver! Si tienen una caja llena de cintas; para cuando vean esto, ya estamos licenciadas. *(Se retoca el pelo. Tiene una mirada intensa, ojos oscuros, y una sonrisa blanca y amplia que denota seguridad)*. Mensaje para mis queridos compañeros de clase, Íñigo, Bruno y Álvaro. Sois unos pringados, unos auténticos perdedores. Mucho dinero, mucha *suite* de hotel, pero sois basura.

LEYRE *(voz en off)*. No te pases, tía.

MACA. ¿Que no me pase? ¿Tú has visto cómo van por la vida?

LEYRE *(voz en off)*. Es porque se crecen contigo, tienes a los tres colgaditos.

MACA. Colgaditos de un puente los pondría yo. De verdad que lo disfrutaría. *(Se acerca más a la cámara*). Pringados, ¿creéis que soy una de esas fulanillas que pagáis? Puteros de mierda.

LEYRE *(voz en off)*. Hija *(se ríe)*, cuando te pones...

MACA. Lo sabe todo el mundo, creo que no queda ninguna puta de Pamplona que no haya pasado por esta habitación. *(Vuelve a mirar hacia la cámara)*. Pero conmigo os habéis equivocado. ¿Qué habéis hecho? ¿Una apuesta a ver quién se acuesta antes conmigo? ¿Queréis jugar? Pues a jugar, pequeños pringados, a jugar.

III

Cuando Bruno entra en el hospital para registrar el despacho de Íñigo, está visiblemente cansado. Y no es para menos, ha sido un día intenso.

Primero, su gran descubrimiento. Está convencido de que el expediente que falta en el archivo personal del padre de Íñigo, escondido en el desván, tiene algo que ver con todo aquello. Ojalá pueda encontrar lo que busca allí, el último sitio que le queda por mirar.

Segundo, tuvo que hacer una parada en un *parking* público. Sergio lo esperaba con un portátil cifrado que utilizan para sus operaciones especiales. Desde allí han recibido un mensaje de su gente en Sofía donde les han confirmado que el conductor de la furgoneta y su mujer habían dejado de ser un cabo suelto. A juzgar por la fotografía, no había la menor duda de que no le causarían problemas en el futuro.

Sergio no es solo el jefe de seguridad de su empresa. Esa función la cumple, por supuesto, y lo hace con notable diligencia y con el apoyo incondicional del consejo de administración. Es el responsable del sistema de seguridad, desde las tiendas, fábricas y almacenes, pasando por el control del personal, la detección de cualquier irregularidad... No hay nada mínimamente sospechoso que ocurra en la empresa que pase inadvertido para él.

Además, es su hombre de confianza, lo más parecido a un amigo que tiene dentro de la empresa, de una lealtad incondicional, capaz de utilizar cualquier método y hacer lo que sea necesario para complacer los deseos y necesidades de Bruno: escuchas en despachos, intervención de teléfonos, seguimientos a trabajadores, chantajes sexuales... Si su jefe quiere saber algo o le inquieta cualquier asunto, Sergio hará lo imposible por desentrañarlo. Y esto incluye también otros ámbitos de la vida. Aunque nunca le ha confesado que los crímenes del librero son, en realidad, un juego que mantiene con sus amigos desde hace treinta años, está convencido de que lo sabe. Lo ha ayudado en muchas ocasiones cuando la caza se le complicaba. Aun así, jamás ha hecho preguntas, nunca ha cuestionado nada, no planteará en la vida la menor objeción.

En este caso, ha sido él quien ha hecho la gestión con el conductor, le dio las instrucciones y el dinero, y al mismo tiempo quien contactó con la gente indicada para realizar el trabajo en Bulgaria.

Sinceramente, Bruno no sabe qué haría sin él, y desde luego no comprende cómo sus dos amigos se apañan en el mundo sin un Sergio en sus vidas.

Lo último que ha hecho por la tarde ha sido visitar la gasolinera donde permanece Olivia. Se ha asegurado de que todo estuviera en orden. Tiene dos microcámaras instaladas que le facilitan esa labor, una en la compuerta del depósito, con la que puede seguir sus pasos en el interior, y la otra en la propia gasolinera para vigilar el entorno, pero de todas formas ha preferido acercarse para ver en persona que todo estuviera en su sitio.

Y ahora, a última hora del día, debe aparcar el cansancio para afrontar su visita al hospital y lo hace con una corriente de emoción recorriéndole el cuerpo. Y no solo porque está convencido de que va a encontrar algo allí y podrá avanzar por fin en su investigación, sino porque será la última vez que vea a Rebeca.

Si el juego prosigue como está planeado, en los próximos días uno de los dos cazadores descubrirá que la víctima real no es Olivia Suárez, la chica desaparecida que está a punto de copar las noticias en todo el país, sino Rebeca. Ha dejado las suficientes pistas como para que cualquiera de los dos, aplicando una mínima intuición, pueda adivinarlo. Apuesta por Álvaro, más que nada porque es quien ha tenido la oportunidad de intercambiarse con él y disfrutar de la compañía de la chica. Pero no minusvalora a Íñigo, siempre tan frío, sagaz y perseverante en todas las búsquedas.

En todo caso, tiene la sana intención de tener una despedida por todo lo alto, una última vez disfrutando de un cuerpo del que se ha servido con placer los últimos meses. Y será precisamente allí, en el despacho de uno de los cazadores. Qué paradojas ofrece la vida.

Media hora después, Rebeca ha cedido a la tentación y está tendida sobre la mesa. Lo que había empezado como un juego excitante,

sexo rápido y peligroso en el hospital, comienza a cambiar de ritmo. Bruno no puede evitarlo. Sonríe, reprime incluso una carcajada cuando la penetra una y otra vez, rápido y fuerte, despidiéndose de una chica con la que ha compartido parte de su vida durante los últimos cinco meses, y que ahora servirá en bandeja a sus dos queridos amigos. Rebeca se resiste tímidamente y eso todavía lo excita más, lo libera por fin de la relación que han mantenido hasta entonces, tan equilibrada y sana. ¿Cómo ha podido ser tan estúpida? ¿Cómo ha podido pensar que un hombre como él, un empresario que da empleo a diez mil personas en todo el mundo, va a enamorarse de una paleta como ella? Se siente aliviado al poner fin a esa ficción, que en muchos momentos se le ha hecho difícil de mantener. Agarra fuerte sus caderas, dejando marcados sus dedos en la piel fina y suave de la chica, marcas de pura rabia, de dominación, de superioridad, de poder. No está haciendo el amor con ella, en absoluto, está cobrándose su particular premio. No tarda en terminar y es el mejor orgasmo que ha tenido con ella en cinco meses.

Rebeca se enfada, nunca la había tratado con esa brutalidad. Bruno finge arrepentimiento, vergüenza, implora perdón, interpreta por última vez su papel de mojigato antes de que se eche por fin el telón.

Cuando se despiden en la puerta del hospital, la abraza. Ella está enfadada, pero cede ante el rostro lacrimógeno de él. Inhala por última vez el olor de su melena y en su interior le desea toda la suerte del mundo.

VIERNES, 14 DE JUNIO DE 2024,
CUARTO DÍA DEL JUEGO

I

El sonido impertinente del timbre vuelve a romper el silencio en la finca del profesor. Esta vez es más insistente: quienquiera que sea está dispuesto a entrar.

Samuel maniobra nervioso en su silla de ruedas, sale de su angosta habitación y accede al pasillo, nervioso, expectante; quizá hoy se produzca el ansiado acercamiento. Si la policía ha hecho bien su trabajo, habrán centrado sus sospechas sobre esa casa perdida en mitad del bosque. Hace unos años, con la inspectora Vera Durán al frente de la investigación, su plan hubiera resultado imposible y no se habría escuchado el timbre, pero ahora es distinto: está convencido de que la mujer estará jubilada y nuevos responsables se habrán hecho cargo de la investigación.

—Cógeme el teléfono, joder —se le oye implorar a Armando—, cógelo.

Pero no lo hacen porque sigue maldiciendo, no recibe instrucciones y no sabe cómo afrontar una situación que se le va de las manos. El timbre sigue sonando, desesperante y agudo. Y de pronto aprieta el botón y pregunta:

—¿Quién es?

Una voz joven y decidida responde desde la cancela de la finca, a un kilómetro de distancia:

—Hombre, por fin. Policía Nacional. Necesitamos hacerle unas preguntas.

—¿A mí? —pregunta asustado mientras sigue intentando localizar a Bruno por teléfono.

—No sé quién es «a mí», así que de momento sí. ¿Puede abrirme, por favor?

Samuel observa la indeterminación en Armando, un nuevo intento infructuoso de hablar con Bruno, hasta que finalmente se decide y abre la puerta. Ahora sí, es el turno de Samuel. Toma aire y se prepara para su actuación estelar.

Al cabo de unos minutos, Armando sale y mantiene una conversación con una mujer; el profesor apenas distingue lo que dicen. Tiene que aguzar el oído al máximo para escuchar un «¿Y qué es lo que quieren exactamente del señor Galindo?», y una corriente de emoción le recorre el cuerpo.

Todo el trabajo de los últimos meses, el esfuerzo que ha empleado, la valentía que exprimió de un alma que creía definitivamente cobarde y muerta; todo encuentra por fin su recompensa en aquella pregunta que un atónito Armando plantea inquieto en el porche de la casa.

Pero no debe relajarse, la función acaba de comenzar. Se acerca a la puerta, que permanece entornada, se aclara la garganta, tose levemente y, con la voz más profunda y carismática que puede emitir, pronuncia alto y claro:

—Déjalas pasar, Dorleac.

No se atreve siquiera a contemplar el rostro de su carcelero, aunque está seguro de que su intervención lo habrá dejado sin palabras. Da por hecho que su actuación tendrá un merecido castigo, eso ya lo tiene amortizado, pero no por ello va a dejar de seguir el guion establecido.

Oye pasos que se acercan, suben al porche, Armando abre la puerta y las deja pasar. Samuel echa hacia atrás la silla de ruedas para ganar un poco de distancia. Y entonces las ve, a las dos. Cuando contempla cómo Vera Durán atraviesa el pasillo, siente una enorme desazón, no contaba con su presencia. Daba por sentado que se había jubilado, que 2020 había sido el último crimen del librero que había tenido que investigar. Verla de nuevo allí ensombrece por completo sus esperanzas.

Hasta que la ve a ella. Es una chica joven, desconocida, la única que le dirige una mirada antes de seguir a Armando hacia el salón.

Le basta un simple vistazo a esos ojos negros, esa expresión sombría que emiten, una fuerza implacable, imparable...

Armando deja a las visitantes en el salón y vuelve al pasillo. Su cara no es precisamente amigable. Se inclina sobre el profesor y le agarra del cuello.

—¿Qué cojones has hecho, mamón? —Le escupe a la cara—. ¿Cómo te atreves a decirles que pasen? ¿Qué pretendes?

—Nada, nada... —balbucea asustado Samuel—, pero algo había que hacer. Bruno no te coge el teléfono y no podemos encerrarnos cuando la policía vuelve por segunda vez. Lo mejor será que hable con ellas y las despache cuanto antes.

Le apunta con su dedo nervioso, a escasos centímetros de su frente.

—No me jodas, ¿eh? No me jodas. Cuando acabes, te daré una paliza, cuenta con ello, pero como digas alguna tontería, la paliza será mundial, como nunca en tu vida. Y espera que se lo diga a los jefes.

—Tranquilo, tranquilo, solo las despacharé, ya lo verás.

Una hora después se acuesta en la cama, dolorido pero satisfecho. Armando ha cumplido su promesa y le ha dado una buena paliza al terminar la reunión. Ha tenido la amabilidad de no golpearle la cara, por si acaso a la policía se le ocurre volver, pero lo ha tirado al suelo y lo ha pateado hasta dejarle las costillas reventadas.

De todas formas, se siente feliz.

Renata Blasco, no olvidará ese nombre. Una mujer fascinante, rápida, inteligente, oscura, violenta... Es justo la inspectora que necesita en este momento para llegar hasta el final.

Vera Durán... Es el único elemento inquietante que hace tambalear su plan. Durante los años en que ella estuvo al frente del equipo, la investigación no avanzó. ¿Casualidad? Está convencido de que no. Él es precisamente la prueba viviente. Solo lo interrogaron una vez y no volvieron a llamarlo. Era profesor de Maca, participó en el club de lectura Exlibris, en el interrogatorio le dio los nombres de los chicos... A pesar de todo, Vera Durán no volvió a llamarlo.

Si le hubiera prestado el menor interés, no habría tardado en interesarse por los alumnos del club de lectura y en seguirle el rastro a Chile, donde encontró empleo gracias a Bruno. Si hubiera hecho bien su trabajo, se habría planteado por qué Bruno Medina había donado una importante cantidad de dinero a la universidad chilena antes de pedirles el favor de contratar a su profesor. Una mínima diligencia la habría llevado a comprobar que el avión privado de Bruno viajó a la capital chilena el año 2000 y regresó el mismo día con un pasajero adicional, S. G., según el registro del vuelo. Si se hubiera empleado a fondo, también habría podido comprobar que su supuesta muerte en el 2000, anunciada en Facebook, era una burda patraña y ningún Samuel Galindo figuraba en el registro de defunciones de Santiago de Chile.

¿Negligencia profesional? ¿Complicidad? No tiene respuesta para estas preguntas, como para tantas otras; es difícil hacer otra cosa que elucubraciones cuando uno lleva más de veinte años en un estricto y cruel arresto domiciliario.

Se gira hacia un lado en la cama y las costillas emiten agudas señales de protesta.

Íñigo, Álvaro y Bruno... Sus tres chicos. Al principio, alumnos; luego, amigos; después, patrocinadores; finalmente, los amos de su existencia. Y ahora Renata Blasco... Una nueva protagonista aparece en escena, sonríe confiando que la chica interprete el papel principal en este epílogo de su vida. Pone en ella todas sus esperanzas antes de dejarse vencer por el sueño.

II

—¿Has oído hablar de ella? ¿Renata Blasco? —le pregunta Íñigo al periodista Salvador Guzmán, sentados a una mesa esquinada del Starbucks de la calle Serrano.

—He hecho indagaciones. Una loca de cuidado. Debe de tener más expedientes sancionadores que toda la brigada junta, pero según me dicen es buena, muy muy buena.

Íñigo tuerce el gesto y se arrepiente de inmediato. No quiere evidenciar su malestar en presencia de Salva.

—Háblame de la chica.

—Olivia Suárez, abogada, parece ser la siguiente víctima. La policía entró ayer por la noche a su casa, alertada por el novio y por los compañeros de trabajo. De momento no se sabe gran cosa, más allá de la frase escrita en una pared del dormitorio con sangre. «De los doce que vieron, soy el cuarto».

—¿Qué significa?

—Ni idea, la policía tampoco lo sabe. Te pasaré en un rato un par de fotografías que figuran en el expediente.

—Bien, cualquier novedad me cuentas, ¿vale?

—Claro.

Íñigo aprecia un gesto contrariado en el rostro del periodista. Supone que serán los malditos remordimientos por tener que colaborar con él. Desgraciadamente ocurre cada cuatro años. Pero sabe bien cómo liberarlo de esa atadura.

—Este año recibirás una importante inversión publicitaria en *Tribuna*. Creo que el grupo de Bruno tiene entre manos una campaña espectacular y su gente de *marketing* se han fijado en vosotros.

Salva esboza una media sonrisa forzada, cínica.

—Qué bien...

—Estás haciendo un trabajo cojonudo, Salva. Si sigues así, en muy poco tiempo tendrás un gran grupo de comunicación.

—Gracias.

—Ya sabes que todo lo que podamos hacer por ti, lo que sea, está asegurado.

—Lo sé.

Íñigo de pronto se cansa de la cara mustia y altiva de su interlocutor y decide poner fin a la conversación. Se inclina hacia delante, pone una mano sobre la rodilla de Salva y sitúa su cabeza a escasos centímetros de la suya.

—Y no te olvides, puto desagradecido, de que todo lo que eres es gracias a nosotros. Si tienes tu empresa, si te pavoneas en las tertulias de la televisión, si ganas la fortuna que cobras, si Salvador

Guzmán se ha convertido en una voz del periodismo en este país es gracias a Bruno Medina, Álvaro Díaz de Arcaya e Íñigo Osorio.

Salva se reclina en el asiento, alejándose de aquella mirada que destila furia y rabia, la misma que ha copado buena parte de sus pesadillas durante toda su vida, la misma que le ha impedido ser un hombre libre las tres últimas décadas.

—Así que ya puedes borrar esa jodida cara de gilipollas, darme las gracias como es debido y hacer tu puto trabajo.

El silencio se hace entre ellos. La conversación ha llegado a su fin, y terminará exactamente como Íñigo espera que concluya. La voz de Salva es ahora apagada, vacía, cobarde, como toda su existencia desde la muerte de Leyre.

—Gracias, Íñigo.

III

A Bruno casi le da un ataque del susto cuando el teléfono vibra en el interior del bolsillo. Cuando comprueba que es Armando, lo silencia: no tiene tiempo para tonterías.

Está a punto de acceder a la trampilla que ha encontrado en el sótano del centro comercial abandonado. El corazón le late a mil por hora, excitado ante lo que está a punto de ocurrir. Cierra los ojos antes de entrar, rogando a Dios que le conceda su ansiado premio después de tantos años.

Entra e ilumina el interior con la linterna. Cuando ve a Raquel Lucio, o lo que queda de ella, coge aire y emite un grito exultante y prolongado de emoción. No puede creerlo, ¡la ha encontrado! Unos años después, sí, pero el punto en el marcador suma igual.

—Si te hubiera encontrado en su momento, querida mía, nos habríamos divertido. Ya lo creo. Ahora me temo que poco podremos hacer.

Se ríe de su propia ocurrencia. Está feliz, pletórico, eufórico ante el sabor de la victoria.

No le hace falta ver más, tiene suficiente para llamar a sus

amigos, revelarles el descubrimiento y regodearse al empatar con ellos. Dos victorias cada uno.

Solo un pequeño detalle empaña su felicidad: Amanda. Le ha parecido verla cuando se adentraba en el edificio. Ha sido algo rápido, una sombra nada más en el vestíbulo, pero está convencido de haber visto su silueta justo antes de que desapareciera tras una columna.

Tendrá que averiguarlo y evaluar los siguientes pasos.

IV

Mala — 16 de febrero de 1996

(Interior. Noche. Piso de estudiantes. La cámara se enciende en una habitación en penumbra. Una puerta abierta deja ver al otro lado una fiesta, con gente bailando y cantando al son de Cranberries bajo una luz tenue. De entre la multitud aparece Leyre, que se cuela en la habitación con una copa en la mano. Parece intranquila).

LEYRE. Te has pasado, tía, estás fatal.

MACA *(voz en off)*. Pero si no he hecho nada.

(Entorna la puerta para que no se la vea grabar. Se escuchan las voces de Leyre y Maca, detrás de la cámara, mientras la fiesta se desarrolla en el salón).

LEYRE. Les has hecho un chupón en el cuello a los tres, en el mismo sitio. Se van a agarrar un cabreo descomunal.

MACA. Que se jodan. Ahora llevan mi marca. La marca de Maca. *(Se ríe)*.

LEYRE. ¿Te has liado con ellos?

MACA. Antes me arranco la lengua. He tonteado un poco, ya sabes, besito por aquí, manoseo por allá...

LEYRE. Lo dicho, estás fatal.

MACA. Calla, calla, que están ahí. Quiero ver qué hacen cuando se junten los tres y se vean los chupones.

(La imagen se acerca hacia una barra situada en una pared. Íñigo está de espaldas preparándose una copa. Se acerca Bruno, con un cigarro en una mano y un vaso en la otra, bailando, visiblemente borracho. Los dos amigos comentan algo amortiguado por el ruido de la música. Entonces se miran, Íñigo aparta el cuello de la camisa de Bruno, el otro hace lo mismo. Sus caras denotan sorpresa. Maca ríe detrás de la cámara).

LEYRE. Se van a cabrear y me vas a joder el corto. No van a querer seguir actuando, ya lo verás.

MACA. No seas aguafiestas.

(Los dos amigos hacen señas a alguien al otro lado de la habitación. La cámara gira en su dirección y sobre una mesa hay cinco personas bailando, entre ellos Álvaro. Este se baja y se pierde entre la multitud hasta aparecer de nuevo junto a sus dos amigos. Nuevas miradas de sorpresa hacia los cuellos de cada uno. La imagen se acerca hacia sus caras, incrédulas primero, enfadadas luego. La risa de Maca va entonces desinflándose conforme los rasgos de los tres amigos se vuelven duros, fríos, siniestros. Bruno alza la mirada hacia la cámara y justo antes de apagarla se graban unos ojos inyectados en puro odio).

V

—Bruno, la famosa Renata Blasco en persona acaba de presentarse en tu casa preguntando por ti.

—No me jodas.

Álvaro, con el teléfono en la mano, mira desde la ventana cómo la subinspectora se sube a su coche y se pierde hacia la calle Serrano.

—Pues me temo que sí.

—¿Y qué quería?

—Hablar contigo.

—¿Qué le has dicho?

—Que no estabas, pero que te diría que había venido. Me ha preguntado por el profesor, a ver si lo conocía.

—Joder, por eso me llamaba Armando. Algo habrá pasado. Investigo y os cuento. Quedamos por la tarde y vemos qué hacer. Además, hay algo que tengo que contaros.

—¿A las seis en el club?

—Hecho. Llamo a Íñigo.

Bruno cuelga desde el volante. Está en el coche rumbo a casa después de su excursión al centro comercial. Le ha costado mucho no poder regodearse ante Álvaro de su descubrimiento, pero prefiere hacerlo en persona para ver sus caras.

Pide a Siri que marque el teléfono de su amigo mientras evalúa el nivel de peligro que supone la inspectora hurgando en su vida.

—Justo estaba pensando en ti —dice Íñigo al contestar.

—Renata Blasco ha venido a mi casa, me acaba de llamar Álvaro. Hemos quedado a las seis en el club. ¿Puedes venir?

—Mala noticia, ya sabía yo que la nueva nos iba a joder. ¿Sergio tiene el informe sobre ella?

—No lo sé, ahora lo llamaré. Por cierto, quizá estoy paranoico, pero creo que Amanda me está siguiendo.

—Pero ¿dónde estás?

—Luego te cuento. No lo sé, no tengo pruebas, pero juraría...

—¿Vas en coche?

—Sí, en tu Range Rover.

—Todos tienen un geolocalizador y Amanda tiene descargada la aplicación. Puede seguirte en tiempo real.

—Joder, pues entonces quizá tengamos un pequeño problema. Hablamos a las seis.

VI

Marcados — 23 de marzo de 1996

(Interior. Noche. Apartamento. La cámara graba un salón con restos de una fiesta. Botellas sobre las mesas, vasos de plástico en el suelo, muebles movidos de sitio... Álvaro y Bruno aparecen tirados

en el sofá).

ÁLVARO. Nos ha marcado la muy hija de puta *(se señala el cuello)*, ¡como si fuéramos ganado!

(Sus voces suenan aletargadas, ebrias).

BRUNO. Esa tía no está bien de la cabeza, os lo digo yo.

ÍÑIGO *(voz en off)*. Pues a ponerse bufandas, chicos.

ÁLVARO. Y una mierda, ¿quién coño se cree que es?

BRUNO *(se estira en el sofá, a punto de quedarse dormido)*. ¿Habéis leído la última versión del corto? ¿La definitiva?

ÍÑIGO *(voz en off)*. Es brutal.

BRUNO. Tal cual.

ÁLVARO *(se muestra inquieto, no es capaz de mantenerse sentado)*. Es un gran final, eso seguro, un gran final.

BRUNO *(gira la cabeza para mirarlo)*. ¿Un gran final?

ÁLVARO *(se levanta nervioso, camina por la habitación)*. Pues sí, un jodido gran final.

ÍÑIGO *(voz en off)*. ¿En qué estás pensando?

ÁLVARO. ¿No estamos repitiendo cada una de las escenas del corto?

BRUNO. Pero una cosa es matar un perro y otra muy distinta cargarse a Maca.

ÁLVARO. La misma puta mierda.

(Silencio. Se escucha un mechero tras la cámara y una voluta de humo cruza la imagen. Pasan los segundos).

ÍÑIGO *(voz en off)*. Yo lo haría. Bien montado, claro, todo bien diseñado, pero me animaría.

ÁLVARO *(da una palmada y lo señala con el dedo)*. ¡Y tenemos el primer voluntario! Yo también me sumo, ni una duda.

BRUNO. Joder tíos, nos podemos meter en el lío de nuestra vida.

ÁLVARO. No, querido, no: nos vamos a meter en el puto juego de nuestra vida.

VII

Los tres amigos se reúnen en un reservado que tienen a su disposición en un elegante bar inglés situado en la calle Claudio Coello. Lo compraron hace unos años para poder tener un lugar al que poder acudir sin necesidad de reserva y donde mantener confidencias al margen de miradas indiscretas. Tuvieron el acierto de encomendar la gestión a profesionales hosteleros que lo convirtieron, además, en un local de éxito. Es su recordatorio de que todo lo que tocan lo convierten en oro.

La camarera acaba de servirles las bebidas y esquiva coqueta sus miradas antes de dejarlos solos.

—¿Y bien? —pregunta Íñigo—. ¿Vienes a desvelarnos el nombre de nuestra presa?

—Ni en broma —responde Bruno—, eso lo tendréis que descubrir vosotros. Os he convocado por dos razones. La primera, Renata Blasco. —Pone sobre la mesa un informe encuadernado—. Lo ha preparado Sergio y no me gusta lo que he visto, no me gusta nada. Es una chiflada, una especie de psicópata que tienen en la policía porque debe de ser muy buena en su trabajo. Su expediente es espectacular para la edad que tiene.

—Un problema, lo sabía, joder... —murmura Íñigo mientras echa un ojo al dosier.

—Violenta de cojones. Está repleta de sanciones por agresión a compañeros y detenidos, pero termina librándose de todas. No llega ni a treinta años y ya tiene una condecoración. Lo dicho, un problema.

—Con lo bien que estábamos con Vera —dice Álvaro—, qué putada que se nos jubilara.

—¿Has podido hablar con ella?

—Justo antes de venir. Hemos tomado un café. No me ha contado gran cosa, es parca en palabras, como siempre. Está colaborando con ella, tal y como le pedí. Y sí, la tía debe de ser un fenómeno.

—Madre mía —exclama Íñigo mientras hojea el informe—, ¿habéis leído esto? Va a un gimnasio de boxeo donde paga por dar palizas a la gente.

—Y eso no es todo —sigue Bruno—, debe de ser adicta al sexo. Al menos a juzgar por su uso intensivo de Tinder. Queda con gente casi

todos los días y se los folla a todos, no deja títere con cabeza.

—¡Por Dios! —exclama Álvaro—, ¿dónde quedó el romanticismo para esta generación?

—La muy pirada tiene una casa solo para eso, para llevar a sus ligues. Sergio está tratando de hacerse con las llaves para echar un ojo. No tardará en conseguirlas.

—¿Y dices que la conocías de antes? —pregunta Íñigo.

—Está confirmado, es la hija de Kiko Blasco.

—¿El que asesinaron?

—Exacto. Ya os conté que era amigo de mi padre y fuimos alguna vez a cazar a su finca de Toledo. Ella debía de ser una cría entonces y andaba enredando por ahí todo el día, no hacían carrera de ella. Es lo único que recuerdo —miente con convicción.

—¿Y qué coño hacemos ahora? —pregunta Íñigo, preocupado.

—Dejádmela a mí —responde tajante Bruno—. Esta es mi edición del juego y yo me ocupo de la organización. Vosotros a lo vuestro y a disfrutar de la caza.

—A mí me acojona un poco, la verdad. —Íñigo da un sorbo a su copa—. Se presenta en tu casa, encuentra la finca del profesor, consigue hablar con él... Nadie se nos había acercado tanto en treinta años.

—Tranquilos, de verdad, dejádmelo a mí.

—¿Y la segunda razón de esta convocatoria? —pregunta Álvaro—. Os recuerdo que estoy en mitad de una partida y no tengo tiempo que perder.

Bruno esboza entonces una enorme sonrisa que desconcierta a sus compañeros. Mira a uno y luego al otro, disipando en un instante la preocupación que habían mostrado por el informe sobre Renata Blasco.

—Uy, esa sonrisa...

—Mis queridos compañeros, se acabó el empate. Ahora soy el puto campeón del olimpo.

—¿Perdón?

—Me ha costado veinte años, pero por fin la he encontrado. La preciosa Raquel Lucio, por quien los años no han pasado en balde, se encuentra triste y sola esperándonos en el sótano del fallido

Centro Comercial San Bernardo.

—¡Vamos, no me jodas! —exclama Álvaro, llevándose las manos a la cabeza.

Íñigo no da crédito. Álvaro lo mira entonces buscando confirmación.

—¿Es verdad? ¿Está allí? —Asiente con la cabeza—. De todas formas —sigue Álvaro, exaltado—, esto incumple las reglas. Si no la encontramos durante la caza, se olvida y pasamos a la siguiente.

—Te recuerdo, mi querido Álvaro —se defiende Bruno sin perder la sonrisa, disfrutando como un niño de la exaltación de uno y del asombro del otro—, que no tenemos reglas. Que tú no fueras lo bastante perseverante no quiere decir que no se deba premiar mi trabajo y sacrificio durante todo este tiempo.

—¿Cómo la has encontrado? —pregunta por fin Íñigo.

—Oh, ni por asomo voy a desvelar mi investigación. Solo diré que te basaste en *1280 almas* y en una antigua operación inmobiliaria de tu padre.

Bruno se frota las manos, entusiasmado por el espectáculo.

—Por eso los juegos de la confianza —deduce Álvaro—: querías meterte en la vida de Íñigo para descubrirlo.

—Espero una gran felicitación por vuestra parte —concluye triunfante.

—¿Y Amanda te siguió hasta el centro? —recuerda entonces Íñigo, sacando el teléfono del bolsillo—. ¿Lo ha descubierto también?

La emoción de Bruno se enfría.

—Creo que me siguió, sí, pero cuando salí, ya no estaba. No la veo bajando al sótano ese, daba un miedo de cojones.

Íñigo abre una aplicación en el móvil y tarda unos instantes en encontrar la confirmación que buscaba.

—¡Te ha seguido! Joder, Bruno, ¡vaya cagada! A ver qué le dices ahora para arreglarlo. Y como haya visto a la chica, estamos bien jodidos.

—No te preocupes, hablaré luego con ella y veré qué sabe. Ya me inventaré alguna excusa, estate tranquilo.

—Tranquilo no estoy, para nada.

—De todas formas, no te servirá de mucho. —Álvaro sigue con lo

suyo—. Esta edición puntuamos o Íñigo o yo.

—Salvo que no la encontréis...

VIII

Bruno accede a la finca del profesor por una entrada alternativa, un camino abrupto que serpentea en mitad del bosque, ajeno a cualquier mirada. Aparca junto a la casa y Armando sale a su encuentro nada más salir del coche.

—¿Dónde está?

—En su habitación.

—Pues que espabile. Caliéntame el sello en la cocina, voy enseguida.

Armando obedece y se pierde tras una puerta mientras Bruno avanza a grandes zancadas por una casa que conoce bien.

—¡Profesor! Venga, a despertar, que tengo una gran noticia.

Se escucha el siseo de las ruedas y el hombre se asoma a la puerta de su dormitorio con la cara descompuesta, como siempre que recibe la visita de cualquiera de sus tres alumnos. Cada vez que oye la palabra *profesor* le entra un escalofrío, pero sus secuestradores se empeñan en seguir con las formalidades treinta años después.

Samuel observa cómo Bruno teclea el código de la puerta de seguridad de la habitación cerrada y entra. Acude a su encuentro.

—Buenas tardes, Bruno. ¿Qué noticia?

Se sitúa bajo el marco de la puerta en el momento en que Bruno deja el informe de Renata Blasco sobre la mesa y enciende el ordenador. Es un modelo antiguo, con apenas conexión a internet, solo lo necesario para organizar el juego.

Aquella pequeña sala es el santuario del organizador, el lugar donde todos los detalles toman forma. El único que conoce la contraseña, además del profesor, es el organizador de cada edición, en este caso Bruno. Durante los cuatro años previos, los cazadores pueden acudir a la finca, hablar con el profesor, consultar libros,

pero bajo ningún concepto pueden entrar allí y descubrir lo que contiene: fotografías, vídeos, planos, libros, anotaciones... Todo el desarrollo del juego está en ese antiguo ordenador y colgado en las paredes de la sala que llaman «Chacal».

—¿Qué noticia? —pregunta de nuevo, tímidamente, con miedo a enfadarlo.

—No se lo va a creer, profesor, no se lo va a creer. ¿A que no sabe qué he descubierto? —Él niega con la cabeza, expectante—. Raquel Lucio, ¿se acuerda? Año 2004, Íñigo como organizador, ni Álvaro ni yo nos acercamos ni un milímetro. Pues aquí me tiene, después de tanto tiempo y con tanto trabajo invertido, por fin lo he conseguido. Puede estar orgulloso de su discípulo, mi querido profesor.

—¿La has... La has encontrado?

—¡A que es increíble! Estoy feliz, profesor, feliz, no se imagina...

—Entonces... Pero ha pasado tiempo, quizá no puntúe como los demás.

—¿Que no puntúa? Ya le digo yo que sí. Dejo por fin la cola y me pongo a nivel. ¿Se lo puede creer? ¡Soy el ganador! Vamos, hombre, no ponga esa cara, que le veo venir. Vaya a la cocina, que voy enseguida.

—No, no, por favor, Bruno, te lo ruego...

—Por Dios, profesor, compórtese como un hombre y deje de lloriquear. Con todo lo que hemos hecho por usted y siempre la misma historia. Es un momento nada más, ya lo sabe.

—Por favor...

—Creo que no es pedir demasiado. Una vez cada cuatro años. ¡Armando! —grita—. Siempre la misma cantinela. ¡Armando, ayude al profesor, por favor!

—Te lo suplico, Bruno, estoy débil, no podré soportarlo.

—¡ARMANDO! —grita con más fuerza.

El profesor empuja la silla para acercarse a Bruno, trata de tocarle el brazo, junta las manos en una súplica irrelevante. Lloriquea un lamento incomprensible. Armando aparece por detrás y agarra las empuñaduras de la silla, tirando inclemente hacia atrás.

—Vamos, profesor.

Bruno teclea en el ordenador, indiferente a la escena que se

desarrolla junto a él. Samuel Galindo opone la máxima resistencia intentando bloquear las ruedas con las manos, pero no puede evitar que la silla siga moviéndose y sale de la estancia entre sollozos.

Al cabo de unos minutos, Bruno termina su trabajo, apaga el ordenador y cierra la puerta. Camina por la casa, sorteando montañas de libros, exultante. No puede evitar una corriente extrema de satisfacción cuando recuerda el rostro de sus amigos al conocer la noticia. A la mierda Renata Blasco y su investigación. Ya tendrá tiempo de ocuparse de ella, no quiere que nada empañe su inmensa alegría.

Camina hacia la cocina, de la que emergen unos débiles lloriqueos. Cuando entra, Armando está levantando al profesor para intentar tumbarlo en la mesa boca abajo. Cuando lo consigue, le levanta la camisa y deja la espalda a la vista. Bruno se queda mirándolo sonriente, orgulloso.

—Y ahora por fin el empate, no sabe qué feliz me hace esto, profesor.

La espalda de Samuel Galindo es un lienzo de horror. Está repleta de marcas, grabados a fuego que han dejado horribles cicatrices en su piel, rosáceas y abultadas, un recordatorio eterno de los demonios que gobiernan su vida. Un lienzo que dibuja esta imagen:

III
II
I

Samuel llora y contempla cómo las lágrimas caen al suelo de la cocina. Concentra su mente en esas pequeñas gotas que se desprenden de sus mejillas y chocan contra el suelo de madera. Trata de evadirse así del dolor que está a punto de sentir una vez más. Evita escuchar los pasos de Bruno, no quiere presenciar cómo abre el horno y saca con cuidado el hierro con el que marcará su puntuación.

—Pásame el soplete, todavía no está caliente.

Sigue mirando al suelo intentando abstraerse de tanta maldad, pero no puede evitar una sacudida cuando escucha el silbido del

soplete. Otra lágrima se derrama y cae.

—Ahora perfecto. Agárralo. No se mueva, profesor, que no quiero tener que volver a hacerlo.

Armando inmoviliza al profesor mientras Bruno agarra con firmeza el hierro, una marca alargada y fina de quince centímetros que sirve de puntuación en el marcador. Lo eleva y calcula con precisión dónde debe colocarlo, junto al resto de sus victorias. Se toma unos instantes y lo acerca poco a poco. El profesor nota el calor aproximándose, como un mero preludio de lo que está por venir. Y de pronto el hierro presiona su piel, que emite un siseo apagado por el alarido que deja escapar antes de desmayarse.

—Os gané, cabrones.

Es cuanto dice Bruno al contemplar su obra con una amplia sonrisa. La espalda del profesor ya dibuja un marcador diferente:

III
II
I

SÁBADO, 15 DE JUNIO DE 2024,
QUINTO DÍA DEL JUEGO

I

Bruno deja a Amanda en su cuarto después de haber puesto la denuncia anónima en la página de la policía. Ha interpretado bien su papel de borracho y ha conseguido que ella bajara la guardia.

En su habitación, envía a Íñigo un mensaje cifrado a través de una aplicación específica para ellos, diseñada por su equipo de tecnología.

Amanda lo sabe. Me siguió y descubrió a Raquel.

Íñigo
Joder, Bruno, vaya cagada. Podías haber tenido más cuidado.

Se ha quedado tranquila, no te preocupes. Cree que es algo relacionado con tu padre.

Íñigo
Con mi padre? Bueno, de él se creería cualquier cosa.

Por eso. Y hemos puesto una denuncia en la policía.

Íñigo

QUÉÉÉ?

Tranquilooo, todo controlado. Es una denuncia anónima. Y para cuando lo descubran, tendremos a Renata Blasco entretenida con un cadáver de hace veinte años.

Íñigo
Espero que sepas lo que estás haciendo, porque esto no me gusta nada.

Querido amigo, por favor, disfruta del juego y olvídate de lo demás.

II

Suena el timbre de la finca. Samuel reacciona de inmediato y comienza el pesado ejercicio de pasar de la cama a la silla. Está convencido de que es la nueva inspectora y lo embarga una emoción intensa, vívida, desconocida para él; no está precisamente acostumbrado a sentir ningún tipo de sentimiento, más allá de la apatía y el miedo sistémico que invaden sus días. Por eso un simple timbre puede hacer que convulsione todo su ser.

Cuando ve que no es Renata, sino Vera Durán quien aparece por la puerta, el torrente de emociones se desvanece y de nuevo retorna el miedo.

—Tienes visita —anuncia Armando.

El encuentro se produce en mitad del pasillo. Vera se le acerca despacio y se sienta sobre uno de los montones de libros. Se miran en silencio, sin decir palabra, seguramente esperando a que Armando se pierda por una de las puertas de la casa.

Ella parece incómoda, mira a su alrededor, trata de asimilar todo

aquello. Luego vuelve a fijarse en él, de arriba abajo, como intentando reconocer al hombre que hace tres décadas que no ve.

—¿Has vivido aquí desde que viniste a España? —pronuncia casi en un susurro.

Samuel se limita a asentir con la cabeza, no está seguro de que el miedo y la desesperanza le permitan hablar.

—¿Puedes salir?

Es obvio que la mujer no debe estar al tanto de su situación. Samuel niega con la cabeza.

—¿Suelen... Ellos suelen venir?

—A veces —responde al fin.

—¿Cómo te hiciste esto? ¿Qué te pasó?

Un nudo se forma en su garganta y le impide pronunciar palabra, reteniendo en su alma la tragedia que ha vivido durante buena parte de su existencia. El miedo, su eterno compañero, le impide abrir la boca.

Así evita el relato de un día infame, colofón de una pesadilla de la que no ha podido despertar todavía.

Llevaba cuatro años trabajando en una universidad de Chile y vivía una vida tranquila y rutinaria. Seguía enclaustrado en sus clases y la inspiración no terminaba de iluminar el libro que estaba llamado a escribir. El recuerdo de Maca y el terror que había supuesto aquel episodio comenzaba a quedar por fin atrás, hasta que recibió una visita inesperada que convulsionó su mundo.

Bruno Medina se presentó en su despacho una tarde de enero sin previo aviso. Después de dedicarse un buen rato a adular su genio literario le hizo una propuesta: quería que volviera a España a trabajar para él. Se trataba de ayudarlo con un guion para un corto cinematográfico que quería producir en unos meses. Si la cosa iba bien, le encargaría otro más adelante. Y entretanto, la cifra propuesta era astronómica, le proporcionaría una vivienda alejada del mundo para poder dedicarse en cuerpo y alma a la creación, cheque en blanco para construir su biblioteca, alimentación y una persona a su cargo para atender cualquier necesidad. Todo ello con la promesa de que, una vez que lograra escribir el libro, el propio Bruno se ocuparía personalmente de su publicación en una editorial

de primer nivel.

La sola presencia de aquel hombre le trajo los peores recuerdos y destruyó en un instante aquellos cuatro años en los que se había entregado a la terapia del olvido. Y aun con todo le fue imposible negarse, y no porque el proyecto prometido fuera tentador, sino porque nadie que conozca al verdadero Bruno Medina sería capaz de decirle que no. A los pocos días, regresó con Bruno en su *jet* privado.

Al principio la promesa se cumplió y las sombras que planeaban sobre Bruno fueron incluso disipándose. Una casa bucólica en mitad del campo, el dinero en su cuenta corriente, los libros que comenzaban a llenar las estanterías y él escribiendo día y noche, sin salir jamás de aquella finca maravillosa. De momento no había noticias del guion que tenía que escribir y podía dedicarse en exclusiva a la creación del libro.

Tan solo había un elemento que le provocaba cierta inquietud. Una habitación en mitad del pasillo, cerrada a cal y canto, bajo el rótulo CHACAL. Desde el primer día y como única excusa, Bruno le había dicho que allí guardaba algunas cosas personales que prefería mantener para él. Aunque Samuel no se acostumbraba a aquella puerta cerrada, y cada vez que pasaba por delante sentía una cierta desazón, prefirió mirar para otro lado.

Y por fin terminó la novela. No podía creerlo. Llevaba años intentando darle forma sin éxito, y en solo unos meses, encerrado en aquel lugar, había conseguido atraer la inspiración necesaria para culminarla. Convocó de inmediato a sus tres mentores, dispuso una copia para cada uno, encendió la chimenea, les preparó bebida, comida y puros para una tarde de lectura. Necesitaba conocer su opinión, quería por fin que alguien externo lo leyera y validara si estaba ante una grandísima novela.

Solo se presentó Bruno. Antes de sentarse con él, se encerró un rato largo en la habitación privada, la enigmática «Chacal». Finalmente salió para sentarse en el sofá frente a él. Su rostro era menos amigable que otras veces, más parecido a la versión universitaria que había conocido.

—Ahora que has terminado, necesito que prepares el guion.

—Claro, por supuesto. ¿Qué quieres que haga?

—¿Recuerdas el que escribiste para Leyre? —El rostro del profesor se congeló—. Pues quiero algo parecido. El mismo juego que planteaste, un amigo que secuestra a una chica y los otros dos tienen que buscarla, pero quiero que esta vez elabores unas pistas basadas en una novela negra. Escoge un autor, el que prefieras, y dentro de sus novelas encuentra los acertijos que tengan que superar los dos cazadores para encontrar a su presa.

La petición era extraña, no cabía duda, pero Samuel estaba tan entusiasmado por la novela acabada que estaba dispuesto a decir que sí a todo con tal de que su amigo la leyera.

—Me pondré enseguida.

Bruno se le quedó mirando fijamente durante un par de largos minutos. Sus ojos desprendían un brillo diferente, intenso, cruel.

—Necesito que empieces ahora mismo, no tenemos tiempo. Lo quiero para mañana.

—¿Perdón?

—Lo has oído.

—Bueno, bien, haré lo que pueda, pero, por favor, lee mi libro.

Bruno contempló los tres ejemplares sobre la mesa de centro como si hubiera recabado en ellos por primera vez. Emitió un hondo suspiro, se levantó y caminó hacia la mesa de trabajo del profesor, colocada ante una ventana. Desenchufó el ordenador portátil y lo sostuvo en las manos un largo rato.

Lo elevó sobre su cabeza y lo estrelló contra el escritorio, una y otra vez, fuera de sí. Los golpes resonaban como explosiones para un Samuel petrificado ante aquella reacción violenta. Cuando el ordenador quedó reducido a un amasijo de cables y teclas, lo tiró al suelo. Bruno estaba exhausto por el esfuerzo, jadeaba excitado. Emitió una risilla extraña, siniestra. Necesitó unos instantes para recobrar el ánimo. Se peinó, recompuso su ropa y caminó hacia la mesa de centro. Apiló con calma los tres ejemplares, que ahora eran copias y originales, una vez destruido el archivo digital, y sin mediar palabra se acercó a la chimenea. Los dejó caer sobre los troncos que ardían. Un fuego intenso y azulado protestó, escupió varias virutas al recibir los papeles y, con una irrefrenable evolución, terminó

engulléndolos.

Samuel contempló la destrucción de su obra, de su vida, sin mover un solo músculo del cuerpo. Los ojos abiertos no podían siquiera pestañear, tan solo dejaban caer un torrente de lágrimas. Las manos, aferradas a los reposabrazos, temblaban. Su alma retrocedía cuatro años para volver a sumirse en la oscuridad del miedo.

Bruno se sentó frente a él, impasible, tranquilo, más calmado que antes.

—Bien, creo que ahora podrás dedicarte al guion sin distracciones. Para mañana, ya sabes.

Aquel fue el día más negro y terrible de su existencia, la destrucción devastadora de una obra única y la constatación de que la vida que disfrutaba era una pura ficción... de terror.

¿Cómo había acabado en una silla de ruedas? A veces Samuel piensa que sintió más dolor viendo arder su obra que quebrándose las piernas.

—Tuve un accidente —le contesta a una Vera que espera una respuesta—, mala suerte, supongo.

Se oye un ruido detrás y Vera gira la cabeza. Armando entra en escena y se apoya en una estantería del recibidor. La mujer inspira hondo y se frota la cara. Vuelve a clavar una mirada intensa en el profesor, que no termina de entender la situación.

—Es posible que Renata Blasco vuelva por aquí. Es mejor que no abráis la puerta, no la dejéis entrar. Y si lo hace, no la recibas, quédate en la cama y que la despache él. Y si la recibes por la razón que sea, no le digas ni una palabra. Y si se la dices, que piense que estás perturbado, que no eres más que un chiflado. —Samuel esboza una sonrisa cínica. ¿Acaso no lo es?—. Porque si no lo haces —el tono cambia—, me temo que lo del encierro va a ser el menor de tus problemas.

III

Coartadas — 12 de abril de 1996

(Interior. Noche. Suite *de un hotel. Íñigo está junto a la puerta despidiendo a los compañeros, que van abandonando la habitación. Salva y Adrián se marchan con las tres chicas que han interpretado el papel en la escena del cumpleaños de Adrián).*

ÍÑIGO. Gran interpretación, chicas, espectacular.

(Las tres sonríen tímidas y se marchan. Maca recoge su mochila y emprende la salida).

ÍÑIGO. Ya no vienes al club de lectura.

MACA. Ya... Me cansé de algunos compañeros.

ÍÑIGO. Si dieras a la gente una oportunidad, igual te encontrabas con una sorpresa.

MACA *(se detiene junto a él antes de salir por la puerta y le da un par de palmadas suaves en la cara)*. Ay, Iñiguito, Iñiguito... Hay gente que cuanto más lejos, mejor. *(Se marcha y tras ella, Leyre).*

LEYRE. Chicos, muchas gracias por prestarnos la *suite*. La escena ha quedado espectacular.

ÍÑIGO. Va a ser un exitazo, ya lo verás.

LEYRE. Ojalá. Nos vemos mañana.

(Se cierra por fin la puerta. Bruno sale de una de las habitaciones y los tres se tumban cómodos en los sillones, frente al trípode y la cámara todavía grabando).

ÁLVARO. Pedazo de escena... Estoy deseando recrearla.

BRUNO. Lo tengo todo preparado, pasado mañana la grabamos.

ÍÑIGO. Tenemos que hablar de la última escena.

(Los tres asumen aquellas palabras en silencio. Se encienden unos cigarrillos mientras Bruno coge unas cervezas de una pequeña nevera situada en un lateral. Las distribuye entre los amigos y vuelve a sentarse).

ÍÑIGO. ¿Estamos seguros?

ÁLVARO. Ninguna duda. Es una hija de puta, se lo merece. Nos ha insultado, humillado, nos trata como a mierdas... No me hacen falta muchas más razones. Joder, y es el gran final, el colofón del corto, no podemos evitarlo.

BRUNO. No hay duda. Y llevo un mes con el tema, ahora no me vengáis con dudas.

ÍÑIGO. ¿Tienes las coartadas preparadas?

BRUNO. Tengo todo preparado. Nosotros nos alojaremos en el María Cristina, en una *suite*. Ya tengo hecha la reserva. Nos verán entrar, pediremos algo de comer, pondremos música... Nadie nos verá salir. Después de hacerlo, nos dejaremos caer por Bataplán, seguimos con la fiesta y la culminamos con alguna testigo en la habitación del hotel.

ÍÑIGO. ¿El profesor?

BRUNO. No quiero que lo sitúen en San Sebastián ese día, eso podría atraer mucho la atención sobre la clase y sobre nosotros. Al fin y al cabo, es una simple asignatura optativa, lo normal es que investiguen el entorno más cercano de su facultad.

ÁLVARO. ¿Y qué has pensado?

BRUNO. Parecerá que se quedó en Pamplona, lo tengo todo preparado.

ÍÑIGO: ¿Y Jorge Lezaun? Ese es la clave, nuestro particular chivo expiatorio.

BRUNO. El día antes le dejaremos la nota en su casillero para que venga a la fiesta de la playa y se encuentre con ella. La tía se agarrará un cabreo de la leche cuando lo vea. Montará una escena, con testigos y todo.

ÍÑIGO. Con la mala gaita que tiene, no tengo ninguna duda de que la liará. El pobre Lezaun no sabe dónde se mete.

ÁLVARO. Es medio imbécil, no sufras por él. Yo me ocupé del anuario. Me colé en su habitación. Ese «morirás, zorra» hará las delicias de la policía.

ÍÑIGO. ¿Y qué pasa con los demás?

BRUNO. ¿A qué te refieres?

ÍÑIGO. Leyre lo presenciará todo, si se va de la lengua, estamos jodidos. Y los otros tres, cuando sepan que Maca está muerta, irán con el cuento del corto a la policía.

BRUNO. A ver, en primer lugar, son una cuadrilla de perdedores, unos muertos de hambre, no nos será difícil controlarlos. Hay dos elementos que garantizan el silencio de cualquier ser humano.

Puede aplicarse solo uno o los dos combinados, pero el éxito está garantizado.

ÍÑIGO. ¿Y cuáles son?

BRUNO. El miedo y el dinero.

(Se miran en silencio, sopesando sus palabras. Álvaro sonríe).

ÁLVARO. Y andamos sobrados de los dos.

IV

¿Es posible estar asustado, dolorido, angustiado y al mismo tiempo esperanzado? Es la pregunta que se hace Samuel Galindo, tendido en la cama, mientras recibe una soberana paliza.

Al poco tiempo de irse Verá Durán se presentó Renata Blasco. Nunca aquella casa había estado tan solicitada.

En cuanto escuchó la voz joven de la subinspectora, se tragó las amenazas de Vera, se acercó a la entrada y ordenó a Armando que la dejara pasar. Sabía que tendría las consecuencias que ahora está sufriendo, pero le dio igual.

La conversación con Renata Blasco fue intensa. Gracias al informe que Bruno dejó sobre la mesa de Chacal, pudo conocer muchos detalles sobre la personalidad de la subinspectora: infancia difícil, muerte violenta de su padre cuando era una adolescente, arranques de violencia, adicción al sexo... Nada más leerlo supo que era la mujer ideal para la investigación.

Cuando se quedaron solos en el comedor, sabía que tenía toda su atención. Debía medir bien sus palabras, que seguro serían escuchadas por Armando, pero no podía desaprovechar la ocasión.

Samuel se quedó un poco desconcertado cuando la chica le preguntó cómo se había quedado en silla de ruedas. Era la segunda vez que se lo planteaban en apenas una hora y no era precisamente algo que le gustara rememorar.

Podría haberle contestado con una sola palabra: *Misery*, el famoso libro de Stephen King publicado en 1987 y llevado a la gran pantalla por los inolvidables James Caan y Kathy Bates. Pero optó por no

decir nada, pues con toda probabilidad la chica no sabría ni de qué le estaba hablando.

Pero *Misery* representaba para Samuel Galindo una de las más crueles paradojas de su vida: cómo un gran libro, uno de sus favoritos, lo condenó a pasar el resto de su vida en silla de ruedas.

Cuando Bruno quemó su libro y lo obligó a preparar el guion del juego del año 2000, Samuel se resistió. Estaba conmocionado por la pérdida de su obra, impactado por cómo Bruno había arrasado en un instante con todo su trabajo. Tardó unos días en calmarse y tomar conciencia de la realidad de su situación.

Fue entonces cuando advirtió que ya no vivía en una bucólica finca rodeada de bosques y apartada del mundo, sino en una cárcel. Se cerraron las contraventanas, se instalaron las cámaras en todo el perímetro, las palabras amables que hasta entonces le había dirigido su ayudante se tornaron en gritos y golpes... El paraíso se convirtió en un infierno de la noche a la mañana.

Bruno le abrió la puerta de la habitación cerrada y le presentó el que iba a ser su nuevo espacio de trabajo. Chacal era —y lo sigue siendo— la cueva de un depredador: fotografías de una chica desconocida en diversas localizaciones y fechas, mapas, una pizarra repleta de anotaciones... Bruno tenía a la víctima y la forma de secuestrarla, y él debía preparar las pistas para que sus amigos la encontraran.

Se negó a participar en aquella locura, a ser cómplice de la muerte de una pobre chica, y decidió escapar. Aprovechó un descuido de su carcelero y huyó por el bosque. Corrió desesperado, animado por su valentía y el refugio que le proporcionaban los enormes árboles.

No llegó a salir de la finca. Antes de que pudiera alcanzar la valla que delimitaba el perímetro, escuchó unos disparos amortiguados y secos. Uno de ellos le alcanzó la espalda, pero no le impidió seguir corriendo. Hasta que el efecto del dardo tranquilizante no se diseminó por su cuerpo, tuvo la esperanza de poder conseguirlo. Luego se desvaneció y cayó al suelo.

Cuando despertó, estaba tumbado atado de manos y pies a los cuatro ángulos de la cama. Junto a él, los tres amigos lo miraban

expectantes. Íñigo estaba apoyado en una mesa y blandía un libro de arriba abajo.

—¿Ha leído *Misery*, profesor? —Asintió con la cabeza, no le salían las palabras—. Mejor aún. Recordará entonces la forma que tuvo la diligente enfermera Wilkes para retener a su admirado escritor, Paul Sheldon.

Cuando Álvaro alzó un mazo, Samuel supo perfectamente lo que estaba por llegar. Negó con la cabeza, trató de implorares clemencia, les prometió que jamás volvería a intentar escapar, les juró una vida dedicada a sus locuras...

La voz quirúrgica de Íñigo resonó en la habitación:

—Si queremos que no ande, tiene que ser una rotura doble: tobillos y rodillas.

—A la orden, doctor.

Veinticinco años después todavía le produce un escalofrío pensar en Álvaro elevando el mazo para lanzarlo contra su pierna, el crujido de los huesos, los gritos de dolor, las miradas impávidas de los tres amigos, el mazo que cambia de manos y con energía renovada le rompía la otra pierna, tomándose su tiempo, disfrutando de la tortura. El solo recuerdo de aquel día le hacía arder las piernas y el alma. Por eso no fue capaz de confesarse con Vera Durán, ni luego con Renata Blasco.

Pero, quitando ese breve momento de dispersión, la conversación mantenida con la joven fue muy positiva. Ella venía buscando a Leo Benítez, el supuesto chaval que le ayuda con las ventas en internet, y tuvo que darle nuevamente largas porque el chico no existía. En realidad, son sus propios «cuidadores» —como ellos se llaman a sí mismos— quienes se ocupan de gestionar las ventas y llevar los ejemplares —mientras él se queda atado y encerrado hasta su regreso—. Pero a Samuel le pareció oportuno inventarse un personaje falso que atrajera todavía más el interés de la inspectora sobre la finca. Y a la vista está que ha dado resultado.

Cierra los ojos y ve con claridad a Renata, sentada en el sillón, impresionada cuando de pronto él se acerca para tomarle la mano. Las referencias que le ha hecho acerca de su aura oscura, de la lucha entre el bien y el mal, de la ira que anida en su interior han

provocado que clave en él aquellos ojos negros, profundos, intrigada e incrédula al mismo tiempo por esa información personal que no debía poseer.

Y, por último, el gran colofón. Aquí ha tenido suerte, ha de reconocerlo. Ha sido algo imprevisto, pero lo ha sabido aprovechar con destreza, sumándose sin duda el tanto de la jornada. Cuando Armando los ha interrumpido para llevarlo a su habitación, ella ha contemplado el nombre, «Enigma», y ha murmurado: «De los doce que vieron, soy el cuarto». Un milagro caído del cielo. Como si aquello no le incumbiera, como si fuera producto de los delirios de un viejo enfermo, Samuel ha murmurado: «El bueno de Poe».

Solo espera haberlo pronunciado lo bastante alto y claro como para que ella lo haya escuchado.

Por todas esas razones, por las emociones tan intensas que ha vivido, por el ansia con el que espera afrontar los siguientes pasos de su plan, no le duelen los golpes que Armando se afana en propinarle. A diferencia de tantas otras ocasiones, esta vez ya no le causan dolor, apenas trata de protegerse con sus maltrechos y delgados brazos; al contrario, los recibe con una sonrisa, tímida al principio, que ha terminado por convertirse en una carcajada prolongada y enloquecida con cada golpe que encaja. Una respuesta inédita que Armando no acoge con agrado; se altera todavía más y renueva con mayor ímpetu la paliza. *Pega fuerte, mi querido Dorleac, pega fuerte por última vez en tu vida.* Sonríe exultante, pletórico, nervioso... Por primera vez en veinte años, la venganza está a su alcance.

V

Álvaro está disfrutando con la expectación que Rebeca siente a cada paso que dan. Acaban de adentrarse en la finca del profesor, tétrica bajo el velo de la noche. Conoce bien los horarios de Armando y sabe que estará ya descansando en su habitación.

Atraviesan el bosque, llegan hasta la puerta de la cocina y entran.

Caminan de la mano, ella pega su cuerpo al suyo y él no puede evitar sentir una corriente de excitación atravesándole. Sabe que será su última oportunidad y es una de las dos razones por las que ha organizado esa excursión clandestina. Hacer juntos algo divertido, peligroso, excitante, vivir un día inolvidable que pueda terminar con una cena jovial, un buen vino, risas, y si los dioses se apiadan de él, con una memorable noche de pasión. Quedan pocos días para que termine el intercambio y sus posibilidades de victoria van mermando. Si falla esta vez, no tiene ninguna duda de que Íñigo terminará adelantándose. Por mucho que le duela reconocerlo, Ane es la candidata más vulnerable de las tres.

Caminan despacio, atentos a cualquier ruido. Y aquí la segunda razón de aquella excursión: tiene que entrar en la habitación cerrada y echar un ojo al interior de Chacal. Bastarán solo un par de minutos para obtener la información que necesita para encontrar a Olivia Suárez. Solo dos minutos, entrar y salir, ver la información que Bruno guarda sobre el juego y la victoria será suya.

Se sitúa frente a la cerradura electrónica y teclea un código. El cumpleaños de Bruno. No acierta. Rebeca se separa de él y camina hacia la puerta del profesor, al fondo del pasillo. Tiene poco tiempo, en cuanto abra la puerta y lo vea tendido en la cama, tendrá que poner fin al allanamiento y huir.

Segundo intento. El cumpleaños de Rebeca. Tampoco. Una ojeada rápida a la chica, que está a punto de alcanzar la puerta del profesor, débilmente iluminada por las malditas velas que se empeña en tener encendidas.

Tercer intento. No lo piensa demasiado, lo hace a la desesperada, pero cuando introduce la fecha de la muerte de Maca, el botón verde anuncia que ha acertado.

Un grito desgarrador resuena en toda la casa. Rebeca está paralizada frente a la silueta tétrica del profesor, sentado en su silla de ruedas. Alza una mano hacia ella, intenta cogerle el brazo.

Siente un instante de duda: abrir la puerta y echar un ojo, rápido y fugaz, o bien rescatar a Rebeca. Tiene la mano en el pomo, pero el alarido continúa escapándose de la garganta de la chica, tan aterrada que es incapaz de moverse.

—¿Eres tú? —pregunta el profesor con una voz de ultratumba.

Hora de sacarla de allí. En tres zancadas se sitúa tras la chica, la agarra del brazo y tira de ella con fuerza. «¿Eres tú?», vuelve a preguntar, y Álvaro piensa que el profesor está definitivamente tarado.

VI

Íñigo mira a la cámara y sonríe. Penetra a Ane por detrás, que se mueve desnuda con la cabeza apoyada en el colchón. La *suite* del hotel Ritz es el marco perfecto, ideal, digno de su triunfo. Está a punto de hacer el gesto de la victoria con los dedos, pero no quiere que Ane lo descubra con esa majadería. La sonrisa será suficiente, no hace falta regodearse más.

Al cabo de un rato, mientras Ane se da una ducha, Íñigo coge el móvil, entra en la aplicación exclusiva que comparten y cuelga el vídeo que acaba de protagonizar. Lo comenta con una simple palabra: *gané*. No espera comentario alguno, no hay posibilidad de respuesta. Es la constatación de una victoria, nada más, luego tendrán que pagar la apuesta que han perdido.

Y lo hacen. Unos minutos más tarde entra en su cuenta bancaria: cuatro millones de euros adicionales aparecen en su abultado saldo, dos transferidos por Bruno y otros dos —más dolorosos— por Álvaro.

—¿Y esa sonrisa? —pregunta Ane cuando sale secándose el pelo con una toalla.

—Como para no sonreír, querida mía. Ha sido increíble.

—Tampoco te vengas arriba —responde divertida antes de volver al cuarto de baño.

Íñigo se recuesta en la cama y trata de desentrañar sus sentimientos. ¿Siente algún remordimiento, se arrepiente de lo que ha hecho? Lo intenta, se sumerge en las profundidades de su alma para encontrar algún resquicio por el que colarse, pero nada. No siente nada. Era una apuesta aceptada voluntariamente por todos. Él mismo se sometió a la posibilidad de que uno de sus amigos

lograra vencer las barreras de Amanda y la conquistara. Es más, ni siquiera está libre de que esté ocurriendo en ese mismo instante. Y, aun con todo, decidió jugar. ¿Habría sufrido en caso de haber perdido la apuesta, de haber sido él quien abriera la aplicación para contemplar un vídeo de Bruno follándose a su mujer? Por supuesto que sí, no es de piedra, pero no se habría enfadado con él por eso.

Entre ellos nunca ha habido riñas, desencuentros, malentendidos. Es una amistad transparente, diáfana, cómplice, forjada con sangre a lo largo de tantos años. Han sido testigos de infinidad de excesos, de situaciones que hubieran generado la más unánime condena de la gente corriente, pero ellos no son así. No son corrientes, no son vulgares supervivientes de un mundo atrapado por la moral ajena, no han nacido para ser esclavos, sino para ser amos de su propio destino y, en buena parte, del de los demás. Por eso todo lo perdonan, desde luego lo justifican, y si no lo olvidan, jamás se juzgan por muy inexplicables que sean algunas de sus conductas.

¿Sufrirá Álvaro? Claro que sí, es su mujer la que gemía sobre la cama, pero ya se le pasará.

Se levanta para dirigirse al salón. Su ropa está tirada en el suelo, marcando la ruta entre el comedor y el dormitorio que ha seguido dos horas antes. Se dirige hacia su abrigo y extrae el libro que ha comprado esa misma tarde. *Los crímenes de la calle Morgue y otros casos de Auguste Dupin*. Sabe que era propiedad del profesor. Cuando ha abierto la primera página y ha aparecido el exlibris «S. G.» se le ha despejado cualquier duda.

Supone que Bruno está detrás del libro y por eso ha estado analizándolo durante toda la tarde antes de su cita con Ane. No ha tardado mucho tiempo en descubrir que el cuarto testigo, «de los que vieron», es Henry Duval, y menos aún en encontrar al platero que tiene un puesto en el rastro. Tiene intención de ir mañana a primera hora para buscar la siguiente pista.

—No me digas que ya te has aburrido.

La voz sugerente proviene del dormitorio. Echa un ojo al otro lado de la puerta y Ane lo espera en la cama con el albornoz abierto. «Esta mujer es insaciable», piensa mientras acude diligente a la llamada. Antes de meterse entre las sábanas, abre el teléfono,

conecta de nuevo la cámara escondida y transmite en directo a través de la aplicación compartida. No es necesario, ya ha ganado el juego, y desde luego supone regodearse en el sufrimiento de su amigo, pero él es así.

VII

Miedo — 28 de junio de 1996

(Interior coche. Día. La cámara va enfocando a los acompañantes. El profesor está sentado junto a ella y, detrás, Adrián y Salva. Todos tienen rostros asustados).

ADRIÁN. ¿Qué hacemos aquí?

ÍÑIGO *(voz en off)*. Esperad un momento y lo comprenderéis.

SALVA. ¿Dónde están los demás? ¿No habíamos quedado también con Leyre, Bruno y Álvaro?

ÍÑIGO. Están al caer.

(La cámara enfoca el exterior. Están en un parking *frente a la parte trasera de un edificio alto).*

ADRIÁN. Preferiría no saber nada de todo esto, Íñigo.

ÍÑIGO *(voz en off)*. Estoy de acuerdo contigo, y esta reunión va precisamente de eso, Adrián. Dame un momento.

PROFESOR. Esto es absurdo, Íñigo, deja que Adrián se vaya.

ÍÑIGO *(voz en off)*. Calma, profesor, calma. De verdad que es cosa de un momento *(mira su reloj*). Es la hora. En este mismo instante, Leyre está entrando en una habitación del hotel. Está reservada a su nombre, creo que ella no lo sabe. La cuestión es que se dispone a tener una conversación con Bruno y Álvaro, que la están esperando dentro.

SALVA. ¿Dónde?

ÍÑIGO *(voz en off)*. Allí, ¿lo veis? Allí arriba, la segunda planta empezando por arriba. La única ventana que está abierta. La veis, ¿verdad?

(La cámara enfoca hacia allí. Una colección de ventanas simétricas, azuladas, sobre una pared lisa y blanca, todas están cerradas excepto una. No se aprecia el interior, más allá de una cortina ondulante).

ÍÑIGO *(voz en off)*. Bien, pues os ruego que no la perdáis de vista. Será solo un momento.

(La cámara enfoca de nuevo el interior del coche, están todos mirando hacia arriba, Salva encima de Adrián para poder asomarse por su ventanilla. Vuelve a enfocar a la ventana abierta, hace zum y la imagen se acerca lo máximo. En ese momento la cortina se abre. Aparecen Bruno y Álvaro, cargan a Leyre en brazos. Ella intenta zafarse, se mueve, patalea, pero la agarran fuerte entre los dos. Se acercan todavía más a la ventana y la impulsan fuera. Las exclamaciones que emiten el profesor, Adrián y Salva no consiguen esconder el grito de la chica ni el golpe contra el suelo. Álvaro y Bruno se asoman por la ventana, miran hacia abajo y luego hacia la cámara. Alzan una mano, sonrientes. Luego desaparecen tras la cortina).

ÍÑIGO *(voz en off)*. Antes de que nos vayamos, me gustaría que echarais un ojo a Leyre. Miradla fijamente. Así es como me gustaría que la recordarais, reventada contra el suelo. Veréis, no sé qué creéis que pasó con Maca, pero nosotros no tenemos nada que ver. Ahora bien *(hace énfasis en las palabras y se detiene a observarlos)* si alguna vez, a cualquiera de vosotros le entra alguna duda, tiene la tentación de ir a la policía, de hablar con unos colegas, de sincerarse con la novia, de manifestar absurdas sospechas quiero que penséis en Leyre, en su cabeza abierta en dos, en la forma imposible que dibujan sus piernas, en la columna rota. La única razón por la que no sois ella en este mismo instante es porque vosotros calláis. Hablad y caeréis.

DOMINGO, 16 DE JUNIO DE 2024,
SEXTO DÍA DEL JUEGO

I

Álvaro ha optado por emborracharse para olvidar el maldito vídeo. Ha recibido una notificación mientras cenaba con Rebeca y no ha podido evitar echarle un ojo. Le ha costado un esfuerzo sobrehumano reponerse a las imágenes, que le han causado una conmoción mayor de la que esperaba. Sabía que podía ocurrir, de hecho, estaba seguro de que Íñigo se alzaría con el trofeo, pero verla así, en esa postura, disfrutando, y él sonriendo a la cámara...

Se sirve un vaso entero de ron y decide torturarse nuevamente. Cuando accede a la aplicación, descubre que hay una emisión en directo. No puede ser. Tiene la tentación de apagarlo y marcharse a la cama, pero la curiosidad es superior al daño que provocará la verdad.

Lo abre. Llora y bebe.

II

Fiesta — 9 de julio de 1996

(Interior. Noche. Piso de estudiantes. La cámara se enciende, no enfoca, se mueve sin cesar).

ÁLVARO. Date prisa, coño, está a punto de llegar.
ÍÑIGO *(voz en off)*. ¿Dónde la ponemos?
ÁLVARO. En mi dormitorio.

(Sombras, alguna luz, movimiento continuo que hace imposible detectar ninguna forma concreta. Se les escucha murmurar algo ininteligible. De pronto se detiene. Álvaro e Íñigo en primer plano mientras colocan la cámara en lo alto de una estantería. Van vestidos de blanco, con un pañuelo rojo al cuello).

ÁLVARO. Ponle esto delante.

ÍÑIGO. ¿Así?

ÁLVARO. Espera. *(Se da la vuelta y se tumba en la cama. Mira hacia el objetivo)*. Cojonudo, tío, no se ve nada. Déjala así.

ÍÑIGO. ¿Estás seguro? ¿No lo habrás entendido mal?

ÁLVARO. Y una mierda. Está colada, te lo digo yo, y no podemos perder esta oportunidad. Una vez la tenga en el bote, tenemos la investigación en nuestras manos.

ÍÑIGO. ¿Cuál es el plan?

ÁLVARO. Un par de cervezas en la terraza. Le va a encantar, con esa vista chulísima y esta noche tan buena que hace. Luego a improvisar, pero que terminamos en esta cama te lo juro por mi vida.

ÍÑIGO. Mientras no salgas esposado.

ÁLVARO. Confía en mí. Y ahora fuera. Os largáis hasta que os avise, ¿eh? Ni aparecer.

ÍÑIGO. Descuida. ¿Crees que hacemos bien?

ÁLVARO. No tenemos otra opción. Lo de Lezaun no ha colado, lo han puesto en libertad, así que vuelven otra vez a buscar.

ÍÑIGO. Y si le hacemos caso a Bruno y se lo cargamos al profesor.

ÁLVARO. Imposible, nadie se lo creería y nos pondría en el disparadero. Hay que alejarlo de la investigación y sacarlo de aquí.

ÍÑIGO. Bruno tiene un plan de fuga para el profesor, quiere mandarlo fuera cuando esto se tranquilice.

ÁLVARO. Me parece cojonudo. *(Suena un timbre)*. Joder, ya está aquí. Deséame suerte.

ÍÑIGO. No te hace falta, tío: quién te iba a decir que te acabarías tirando a toda una subinspectora de policía.

III

Parapetado tras los cristales tintados del coche, Íñigo contempla cómo Renata y Vera hablan con Enrique Duval en el puesto del Rastro. No tardarán en darse cuenta de que falta algo, que un cliente acaba de comprar un escudo grabado a primera hora nada más abrir la tienda. Se volverán locas intentando dar con la descripción del comprador.

Está sentado en el asiento trasero, con el chófer de Álvaro, en silencio y serio, esperando instrucciones. Le hace un gesto para que continúen la marcha.

Lo preocupante es que les siguen la pista, y muy de cerca.

—Estoy en el Rastro. —Íñigo ha llamado a Bruno.

—No voy a darte ninguna pista, ya lo sabes.

—No es eso. He comprado el escudo poco antes de que se presentaran Renata Blasco y Vera. Están hablando con el platero.

—Vaya.

—¿Cómo coño se han enterado?

—Nuestro querido profesor, que ayer se fue de la boca. Renata Blasco volvió a hablar con él y mencionó la inscripción de los doce que vieron. A Samuel se le escapó una mención a Poe.

—¿Y qué quería Renata?

—La dirección del chico que le vende los libros por internet.

—¿A quién?

—No lo sé, lo estoy investigando.

—¿Y por qué coño lo ha dejado entrar Armando?

—He visto la grabación. La muy tarada se ha cargado la verja con el coche.

—¡Qué coño! ¿Y no podemos denunciarla o algo así?

—¿Y seguir llamando la atención sobre la finca? Ni hablar.

—No sé, Bruno, creo que el profesor trama algo. Ya os he dicho que lleva un tiempo raro.

—Bueno, no nos pongamos nerviosos. De peores hemos salido. Por cierto, enhorabuena. —Bruno ha cambiado el tono, ahora más animado—. Te me has adelantado.

—Os dije que ganaría. —La sonrisa vuelve al rostro de Íñigo.

—Te podías haber ahorrado la sesión posterior.

—No sabía que estaba grabando.

—Mentiroso.

Ambos ríen.

—¿Sabes algo de Álvaro? —pregunta Íñigo.

—Ni una palabra. Si no está en el Rastro es que va un paso por detrás de ti.

—Eso me anima. Te dejo, que tengo otro juego que ganar. Pero vigila de cerca al profesor y a la pirada esa; de verdad que tengo un mal pálpito.

IV

Bruno abre una aplicación para acceder a la cámara de vigilancia que tiene instalada en el depósito donde se encuentra Olivia. Y lo hace en el momento preciso en que la chica comienza a quemar el grillete. No lo ha usado para marcar su frente, tal y como estaba previsto. Lo contrario hubiera sido una completa decepción. Pero estaba convencido de que seguiría el plan previsto y lucharía por su vida.

La conoce bien, han sido muchos meses de vigilancia continuada. Es consciente de su carácter fuerte, del tesón con el que emprende cualquier proyecto, de la determinación con la que toma las decisiones. Por nada del mundo sucumbiría ante un secuestrador: lucharía con uñas y dientes antes de rendirse y grabarse la frente.

Cuando la chica cae hacia atrás y alza la pierna liberada, Bruno se incorpora en su asiento y aplaude radiante, orgulloso de su chica.

V

La conversación que Íñigo ha tenido con Ane ha sido providencial. El

pedido de vino amontillado no es casual, evidentemente, sino la siguiente pista que deben seguir.

A media mañana llega a la finca de Bruno a las afueras de Madrid, en cuya bodega reposa el famoso vino. En el control de acceso, el guarda lo reconoce de inmediato y le permite entrar. Está en el breve listado de personas con permiso para entrar día y noche sin necesidad de que el dueño esté allí.

Conduce hasta la casa y deja el coche junto a la puerta principal. Un hombre sale de un lateral para recibirlo, uno de los guardeses que mantienen la finca en permanente estado de revista. Bastan un par de frases para que lo lleve a la bodega, a la que se accede por una escalera de piedra situada en el salón. Es una sala rectangular de unos treinta metros de largo que tiene varias estanterías con cientos de botellas. Una colección de barriles se distribuye también por toda la estancia.

Comienza a caminar despacio, buscando cualquier detalle fuera de lo normal y, sobre todo, el rastro del famoso amontillado. Lee los letreros de las distintas estanterías que señalan la procedencia de los vinos y, de momento, no hay ni rastro. Se queda sorprendido con algunas de las botellas, vinos selectos provenientes de todo el mundo. Tendrá invertido algún que otro millón en todo aquello.

Empieza a desesperarse hasta que llega al fondo. La última pared está casi tapiada con una colección de barriles apilados en horizontal. Se anima cuando comprueba la etiqueta que cuelga de uno de ellos: «Sibarita VORS - Bodegas Valdespino. Amontillado».

¿Y ahora? Trata de asomarse entre los barriles buscando algún resquicio de pared, pero nada. Intenta moverlos; obviamente, imposible. Se sube al borde de uno de ellos para intentar ver más allá del muro que forman, pero no encuentra más que piedra.

Sin embargo, en alguna parte, percibe el rastro de un olor distinto, algo desagradable que no debería estar allí. Humedad y madera es lo que se respira en toda la bodega, pero en algún punto de aquellos barriles ha percibido algo diferente, como a podrido.

Empieza a golpear las tapas con los nudillos, uno a uno, y le devuelven un sonido opaco y grave. Hasta que toca en uno de la tercera fila. El golpe seco y hueco evidencia que está vacío.

La tapa está supuestamente clavada, como las demás, pero cuando trata de moverla, cede con facilidad. Saca el móvil, enciende la linterna y se encarama en otro barril para poder mirar dentro de ese. Un olor nauseabundo emerge del interior y se propaga como la peste, obligándolo a aguantar el aire. Cuando apunta con la linterna, enmudece.

VI

Bruno se ajusta de nuevo la máscara de porcelana antes de abrir la compuerta. Si todo va bien, será una visita rápida. Hay junto a él un pequeño camión cisterna robado hace un par de horas y llevado hasta allí por Sergio. Ha sacado la manguera, que está lista para descargar.

Abre la compuerta del depósito y mira dentro. Abajo, una aterrada Olivia lo mira, consciente de que es el momento decisivo de su vida. A pesar de los días que lleva encerrada, conserva ese brillo desafiante en la mirada. Bruno sabe que, si bajara, tendría con ella una lucha sin cuartel, se cobraría su vida al mayor precio posible.

—¡COBARDE! —grita—. ¡ERES UN PUTO COBARDE!

Ha llegado la hora de la verdad, el momento en que sabrá si la elección de Olivia ha sido o no la acertada.

Cierra la compuerta y apaga la luz. Los gritos de la chica se escuchan amortiguados. Abre la escotilla pequeña y coge la manguera. La arrastra hasta allí y la conecta en la abertura, tal y como ha visto cientos de veces en tutoriales de YouTube. Comprueba que esté firme, bien cerrada.

Se acerca al camión, coge aire, se llena de confianza y aprieta el interruptor de descarga.

Suerte, pequeña.

VII

Un gato muerto, en evidente estado de descomposición, es el causante del olor que empieza a propagarse por la bodega. A Íñigo le ha revuelto el estómago y apenas ha podido mantener la mirada en aquel animal medio podrido.

Pero antes de desviar la linterna del móvil ha percibido algo justo detrás del gato. Enfoca mejor, pero no acierta a comprobar qué es. Parece un palo, un rollo, no está seguro. No le queda más remedio que meter el brazo, sortear el asqueroso gato y agarrarlo, conteniendo la respiración e intentado mirar lo menos posible.

Palpa con la mano el fondo del barril, toca de refilón al animal y vuelve a intentarlo. Finalmente lo coge y lo saca rápido.

Es un pergamino amarillento, parece antiguo. Se baja del barril y lo abre sin demora. Está escrito con tinta y desde luego no le dice nada concluyente:

)*)%(!$%
)*!†*†%

VIII

Miedo — 13 de julio de 1996

(Interior. Noche. Piso de estudiantes. Habitación de Álvaro. Está desnudo sobre la cama fumando un cigarrillo, ataviado solo con el pañuelo de las fiestas de San Fermín. Vera sale del cuarto de baño también desnuda y se tumba junto a él. Le quita el cigarro para darle una calada).

VERA. Nunca lo había hecho en una terraza.

ÁLVARO. Pues puedes repetir cuando quieras.

(Sonríen).

VERA. Tienes un piso espectacular.

ÁLVARO. Gracias, pero no tengo ningún mérito: todo por obra y gracia de mi padre.

VERA. Niño de papá.

ÁLVARO. Por completo. Y no me avergüenza decirlo. Cualquiera de los que me critican se cortaría un brazo por serlo. No me van a acomplejar cuatro resentidos de mierda.

VERA. Sabes que con mi sueldo no podría pagar esto, ¿verdad?

ÁLVARO. Pero ya lo sabías cuando te metiste policía.

VERA. ¿Eso me convierte en una resentida de mierda?

ÁLVARO. Sí, pero en una resentida espectacular. *(Se recuesta contra ella y le besa el cuello).*

VERA. Joder, Álvaro, no tengo ni idea de lo que estoy haciendo.

ÁLVARO. Relajarte, nada más. *(Desciende por su cuerpo, besándole los hombros, los pechos)*.

VERA. Estoy casada, soy policía, me lío con un testigo de una investigación... Si me pillan, adiós a mi vida.

ÁLVARO. No te va a pillar nadie, estás conmigo, Vera, nada más. Y no soy ningún testigo, joder, solo un estudiante más de la misma universidad.

(Sigue bajando, besándole el vientre, el ombligo, hasta colocar la cabeza entre las piernas de la mujer. Ella da una profunda calada al cigarro y echa la cabeza hacia atrás).

VERA. Me he vuelto loca, no sé qué me pasa.

ÁLVARO *(se detiene y alza la cabeza)*. Esto es algo especial, Vera, al menos para mí. No había sentido una conexión así con nadie en toda mi vida.

VERA. En toda mi vida, dice, pero si eres un crío.

ÁLVARO. Solo tienes unos años más que yo.

VERA. ¿Unos años más? ¡Tengo veinte más que tú! Y eso como mínimo.

ÁLVARO. ¿Cómo? Pensaba que tenías veinticinco.

(Vera se ríe y empuja la cabeza del chico para enterrarla entre sus piernas. Arquea la espalda).

VERA. Esto no está bien.

ÁLVARO. Subinspectora, guarde silencio.

IX

Álvaro lleva toda la tarde encerrado en casa de Bruno. Ha quedado con Rebeca para cenar, pero no tiene fuerzas ni para levantarse del sofá y está tentado de cancelar la cita. Prefiere seguir martirizándose con las imágenes de Íñigo y Ane mientras trata de amortiguar el dolor a base de alcohol y marihuana.

Ha perdido el juego en todos sus retos.

Primero el intercambio, sin duda el que más duele. Todavía se reprende a sí mismo por haber aceptado una absurda apuesta como esa. Cuatro millones para el que consiguiera acostarse antes con una de las mujeres. ¿En qué estaría pensando? Sus opciones, o Amanda o Rebeca, eran objetivos casi imposibles. ¿De verdad se había creído capaz de conseguir seducir a una de ellas en menos de una semana?

En cambio, dejaba a su Ane expuesta ante dos fuertes rivales dispuestos a todo por llevarla a la cama. Tenía que haber previsto que iba a pasar, tenía que haber anticipado el dolor que le iba a ocasionar ver a su mujer desnuda con uno de sus amigos encima, tenía que haber...

Ahora ya era tarde. Y para colmo, puede olvidarse también de ganar las olimpiadas de este año. Adiós a la ansiada Olivia Suárez, y eso que le vendría realmente bien un premio como ese.

No ha avanzado nada a pesar de hacer trampas. Lo único interesante que ha encontrado durante toda la semana es el libro de Edgar Allan Poe que Bruno guardaba en la caja fuerte. Ha estado horas hojeándolo sin ningún resultado. Así que ya puede despedirse.

Coge el teléfono y se dispone a llamar una vez más a Salva. Ha intentado contactar con él varias veces a lo largo de estos días, pero no ha habido forma y necesita de verdad contar con información adicional. Antes de marcar otra vez, piensa que quizá lo esté evitando, así que modifica el teléfono para que le salga un número desconocido como remitente.

Al tercer tono contesta.

—Pedazo de cabrón, no me has cogido hasta ahora. —Nota que la voz le sale más aletargada de lo normal.

—¿Quién eres?

—Álvaro, joder, ya lo sabes.

—Perdona, he estado muy liado.

—¡Claro, coño! Te recuerdo que te pagamos precisamente para eso.

—Estoy con el tema, Álvaro, como siempre. Solo que he hablado con Íñigo y...

—¡No me jodas! Con él sí y conmigo no, ¿eh? —De pronto cae en la cuenta—. Espera, te pidió que no me lo cogieras, ¿verdad?

—No me quiero meter entre vosotros, compréndelo.

Cierra los ojos y se frota las sienes, que comienzan a emitir un leve dolor agudo.

—Bueno, déjalo —dice por fin—, no pasa nada. ¿Hay alguna novedad?

—Pues sí, una importante.

—Te escucho.

—Acaban de encontrar a Olivia Suárez.

—¿Perdón?

Álvaro se levanta rápido del sofá y el cuerpo se desestabiliza, a punto de hacerlo caer. Está tratando de procesar la información.

—No tengo detalles —continúa Salva—, pero me acaban de llamar para contármelo. Está viva.

Cuelga mientras trata de procesar la información: es la primera vez que liberan a una presa antes de encontrarla y no sabe bien cómo reaccionar. ¿Debe avisar a sus amigos? ¿Al menos a Bruno? Un miedo frío y descarnado comienza a apoderarse de él.

Recibe un mensaje de Rebeca, le tiembla la mano al sostener el móvil: «Necesito tu ayuda urgente. Podrías venir a mi casa??».

No tiene tiempo, debe llamar a Bruno. Marca su teléfono, nervioso. Lo mejor sería hacer una reunión de emergencia, evaluar los daños, conocer bien los detalles del secuestro para comprobar si la chica ha llegado a verlo o no, y luego trazar una línea de actuación.

—¿Álvaro?

—¡Bruno! No sé si te habrás enterado, pero acaban de encontrar a...

—Lo sé.

Álvaro no es capaz de procesar tan rápido.

—¿Lo sabías?

—Sí, lo sabía.

—Joder, ¿y qué coño hacemos? ¿Nos vemos en el club? Esto no había pasado nunca y...

—Álvaro —responde con su voz tranquila y suave—, sigue jugando.

—¿Perdón?

—Sigue jugando.

X

Íñigo escribe un mensaje a sus dos amigos nada más sentarse en su despacho del hospital.

Prueba superada.
Interrogatorio hecho.
Están a vueltas con el profesor.
No tienen nada decente.
Renata terrible, muy peligrosa.
Pero todo según lo previsto.
Así que... a jugaaar.

Necesitaba estar un rato a solas, reflexionar sobre lo ocurrido y estudiar con calma el último descubrimiento que acababa de hacer. Y en ningún sitio como en su propio despacho.

La entrevista con Renata Blasco ha ido mejor de lo previsto. No le gusta esa mujer, nada, y está convencido de que les va a ocasionar problemas. Tiene una mirada de perturbada que asusta. La línea de investigación más coherente es la del profesor y eso es bueno. Es cierto que las preguntas sobre Maca y Olivia Suárez no le han hecho gracia, pero, como dirían en las películas, son meros indicios circunstanciales que no demuestran nada.

Aunque siente la tentación, no quiere abandonar el juego por un interrogatorio inconsistente, al menos de momento. Va varios pasos por delante de Álvaro y tiene toda la pinta de terminar alzándose vencedor. *Olivia, espérame, querida, enseguida llego...*

Extiende sobre la mesa el pergamino que ha rescatado del barril de amontillado y contempla el jeroglífico. Aquellos símbolos no le dicen nada, pero está convencido de saber cómo descifrarlo.

«El escarabajo de oro», afamado cuento de Edgar Allan Poe. No lo recuerda con detalle porque lo leyó hace siglos, pero está convencido de que la historia contiene algún tipo de criptograma que el protagonista debe descifrar. Enciende el ordenador y se dispone a averiguarlo.

Enseguida refresca el argumento del cuento. Un hombre y su sirviente se lanzan a la búsqueda de un tesoro tras encontrar un escarabajo dorado y un pergamino con un mensaje encriptado. Hay varias páginas web que hablan del libro y en especial del criptograma. Al parecer, Poe utiliza un sistema de cifrado por sustitución analizando frecuencias de letras. El propio cuento explica cómo hacerlo.

Coge una hoja y copia el acertijo, con toda aquella retahíla de símbolos. Después, comienza a hacer posibles combinaciones sustituyendo los símbolos por letras. El resultado no tiene ningún sentido; prueba con otras opciones.

Mientras tantea letras, sigue dándole vueltas a la conversación que ha mantenido hace un rato con la enfermera de la UCI, la que le ha contado que Rebeca ha presentado la renuncia y se marcha del hospital. No le encaja nada, la verdad; primero, porque es muy extraño que ni Bruno ni Rebeca lo hayan comentado días atrás; y segundo, porque siempre se ha mostrado feliz con su trabajo. Tiene una buena posición, la posibilidad de hacer carrera, está muy bien valorada por sus compañeras y superiores. Hay algo que no encaja.

Media hora después está a punto de darse por vencido. Ha completado diez folios por ambas y ninguna de las posibilidades le ha dado nada mínimamente coherente. Hasta que cambia los símbolos por la última combinación de letras que ha previsto y lanza una exclamación cuando traduce las dos primeras palabras: «El

escarabajo». Sigue desencriptando con la esperanza de desvelar por fin la siguiente pista. Y lo consigue: «El escarabajo repostó junto al arroyo del batán».

A priori no le dice nada, pero está seguro de que es la solución al enigma.

Entra de nuevo en internet. Comienza a pesarle el cansancio y le cuesta pensar con la rapidez habitual, pero presiente que está cerca y no quiere posponer un avance espectacular como ese. Busca «arroyo del batán» y, además de un precioso cuadro con ese nombre en el Museo del Prado, descubre que es un pequeño arroyo situado en El Escorial. Está enclavado en un bonito valle, con rutas para senderistas.

«Junto al arroyo». Sigue su trazado y comprueba que hay una carretera, la M-505, que circula en paralelo durante varios kilómetros.

«Repostó». Busca alguna gasolinera cerca, un área de servicio, pero las más cercanas están a varios kilómetros de ese tramo y, desde luego, lejos del arroyo. Amplía el mapa y lo pone en modo satélite para poder apreciar de cerca las pocas edificaciones que se alzan a la vera de la carretera.

Pasa rápido, contempla el camino desde arriba, el bosque denso que se cierne a su derecha, los campos a su izquierda, hay algún edificio con pinta de almacén agrícola, pero nada parecido a una gasolinera.

Hasta que la ve.

Ahoga un grito de entusiasmo cuando la descubre, pero se ve interrumpido por un mensaje del móvil. Es Bruno: «Urgente. Ven a casa. Amanda se ha desmayado».

XI

Dinero — 19 de septiembre de 1996

(Interior coche. Día. Se escucha el repiqueteo de la lluvia. Álvaro

está colocando la cámara en el asiento de atrás, justo en medio, ocultándola con un abrigo. La imagen enfoca con claridad los asientos delanteros. Se coloca en su sitio y espera. Saluda con la mano a alguien. Lo va siguiendo con la mirada, hasta el asiento del copiloto. La puerta se abre y entra Vera).

ÁLVARO. Estás empapada. *(Ella se queda inmóvil, con la mirada hacia delante)*. ¿Estás bien?

VERA. No, no, claro que no estoy bien.

(Rompe a llorar. Él trata de consolarla pasándole el brazo por los hombros, pero ella lo aparta bruscamente).

ÁLVARO. Vera, ¿qué ocurre? ¿Te ha hecho algo? ¿Es eso?

VERA *(lo mira, desesperada)*. ¡Tú, joder, eres tú quien me lo has hecho! ¿Es que no lo entiendes?

ÁLVARO. Si no me lo explicas, no.

VERA *(se restriega la cara con las manos y se aparta la melena mojada. Toma aire)*. Estoy embarazada, eso es lo que pasa. Estoy embarazada.

ÁLVARO *(se recuesta, sobresaltado)*. Pero es una buena noticia, ¿no? Tu marido estará contento.

VERA. No te hagas el gilipollas conmigo, que eres mucho más listo que todo eso. Sabrá que no es el padre. Llevamos siglos sin hacerlo.

ÁLVARO *(se apoya contra la puerta, observándola en silencio)*. Joder, esto sí que no me lo esperaba.

VERA. Ni yo.

ÁLVARO. ¿Y qué hacemos?

VERA. Llorar.

ÁLVARO. ¿Se lo has dicho?

VERA. Pues claro que no. ¿Qué coño voy a decirle? Perdona, Ernesto, pero, aunque no hemos follado en tres meses porque yo vivo en Pamplona y tú en la jodida Móstoles, resulta que estoy embarazada. Ha debido de ser el arcángel san Gabriel.

ÁLVARO. Vera, yo haré lo que tú quieras, de verdad; puedo, si quieres, podríamos...

(Le cuesta encontrar las palabras y ella lo mira entonces un instante. Suaviza el gesto ante la mirada perdida del chico. Alza una

mano y le acaricia la mejilla).

VERA. Perdona, perdona mi brusquedad, no ha sido culpa tuya. La he tomado contigo.

ÁLVARO. No importa.

VERA. Un descuido, un puto descuido. No lo había hecho en mi vida y toma, pleno al quince.

ÁLVARO. No te martirices, son cosas que pasan. *(Se hace de nuevo el silencio; ella llora, mira al frente, se enjuga las lágrimas. Al cabo de unos minutos toma aire y aguanta la respiración).* Te lo voy a poner fácil: ¿quieres tener ese hijo con tu marido? *(Nuevo momento de turbación para ella. Finalmente lo mira y asiente con la cabeza).* Pues no se hable más. Está decidido *(acaricia ahora el rostro de Vera)*. Todo va a ir bien, ya lo verás. Lo que tienes que hacer es que crea que es suyo y eso no es tan difícil, chica. Plántate en Madrid este fin de semana y usa tus encantos de mujer. En unos meses tendréis por fin una bonita familia.

VERA. ¿Y tú?

ÁLVARO. Yo tengo una larga y gloriosa carrera como mujeriego. Si a los veinte he tenido un hijo con una mujer casada de cuarenta y pico, creo que me esperan días de gloria.

VERA *(se inclina sobre él y le da un beso en los labios)*. Eres un gran chico, Álvaro Díaz de Arcaya.

ÁLVARO. Esto huele a despedida. ¿Nos lo montamos por última vez?

VERA *(se ríe mientras le acaricia el pelo)*. De verdad que no tienes remedio.

ÁLVARO. Supongo que no. *(Se besan de nuevo)*. Ahora en serio, vas a ser una madre espectacular, Vera, disfrútalo. Y olvídate de cómo ha llegado esa criatura a tu vida, ya la tienes, la tenéis, es vuestra y eso es lo único que importa. Quédate con eso. Pero también te digo que si alguna vez, en cualquier momento de la vida, necesitas algo, lo que sea, prométeme que vendrás a verme.

VERA. En el fondo eres un sentimental, y más maduro de lo que te crees.

ÁLVARO. Joder, no sé si es un halago o un insulto. Pero lo digo en serio, Vera. Es la última vez que voy a pronunciarlo en voz alta, pero

este niño *(le toca la tripa con delicadeza*) es mío y no quiero que le falte nunca de nada. Vosotros le daréis amor y yo puedo darle dinero.

(Se quedan un rato en silencio, mirándose, con el único sonido de la lluvia incesante).

VERA. Arranca antes de que me arrepienta. Te llevo de excursión. Al final sí que voy a darte el regalo de despedida.

XII

El juego del intercambio termina antes de lo previsto. Las circunstancias sobrevenidas, así como el hecho de que Íñigo se haya alzado como vencedor tras su éxito con Ane, hacen recomendable que cada uno vuelva a su hogar. Desde allí podrán continuar con la olimpiada, pero en un entorno más controlado y seguro.

Así lo han decidido Íñigo y Bruno después de que Amanda se quedara por fin dormida, tranquila tras la explicación recibida de su marido. Le han mandado un mensaje a Álvaro, que no ha respondido. No han conseguido hablar con él.

Pero antes de volver a casa, Íñigo tiene un último trabajo que hacer. Conduce durante media hora, encuentra la gasolinera abandonada, interpreta correctamente el grafiti con la palabra *Manderley* y descubre que ha estado buscando a la persona equivocada.

Coge el coche y conduce rápidamente hacia el centro de Madrid mientras trata, desesperado, de localizar a Rebeca. No le coge el teléfono ni responde a sus mensajes, solo espera que no esté con Álvaro y pueda llegar a tiempo. Y cuando lo haga, ¿qué se supone que va a hacer? Ya se verá.

No sabe dónde vive, y cuando entra en la ciudad, no sabe adónde ir. Se le ocurre llamar al hospital y tratar de indagar sobre el domicilio de Rebeca. No pierde nada por intentarlo.

Tras unos minutos convenciendo a una compañera, consigue por fin que entre en el sistema y le dé la dirección. La introduce en el

GPS en el mismo momento en que Álvaro, agazapado junto a la pared, contemplando al gato liberado y la alegría desbordante de su dueña, comprende que Rebeca es el auténtico objetivo.

La caza ha concluido.

QUINTA PARTE
NOSOTRAS

DOMINGO

I

Cruzo la puerta de urgencias como un torbellino. Soy bastante escrupulosa y el panorama de toses y quejidos que me encuentro en la sala de espera me obliga a aguantar la respiración. Si me fijo bien, creo que puedo ver los virus flotando en el ambiente.

Un agente uniformado junto al ascensor me reconoce y me hace señas.

—Está en la segunda planta, habitación 233.

—¿Hay alguien con ella? —pregunto.

—De momento solo los médicos, no ha venido nadie todavía.

—¿Vigilancia?

—Arriba hay un compañero, yo estoy esperando a los demás para montar un perímetro.

Todavía no puedo creerlo. Olivia Suárez, la chica a la que llevamos cinco días buscando, acaba de aparecer hace tan solo unos minutos. Una pareja la ha encontrado en mitad de una carretera comarcal, medio desnuda, perdida y desorientada.

Cuando me han llamado para contármelo, pensé que era una broma. Es la primera vez en tres décadas que una de las víctimas logra escapar. Quizá nuestro librero no sea tan infalible como pensamos, o quizá los años lo están volviendo descuidado. La cuestión es que la investigación dará un giro radical. Tenemos el testimonio directo de una víctima.

Un compañero custodia la habitación. Apenas le dirijo un par de palabras cuando se abre la puerta y sale un médico.

—Buenas noches, doctor, soy Renata Blasco, Policía Nacional. ¿Ha atendido usted a Olivia?

—Sí. —Cierra la puerta—. Está dentro con una enfermera.

—¿Cómo está?

—Tiene varios cortes y laceraciones en las piernas ocasionados por las zarzas. Según nos ha contado, ha escapado por un bosque. Le hemos dado unos puntos en un par de cortes. Por lo demás, algo deshidratada, pero su cuerpo está bien. Su cabeza será otra historia. Vendrán en un rato de Psiquiatría para valorarla.

—¿Puedo hablar con ella?

—Claro. Le hemos ofrecido un sedante para que descanse un rato, pero lo ha rechazado. No quiere dormir hasta que lleguen sus padres. Por cierto, tendréis que quitarle el grillete. Lo tiene en un tobillo.

Un detalle intrigante. Me despido y toco suavemente la puerta. Entro cuando la enfermera termina de cambiar la bolsa de medicación que cuelga junto a la cama.

Olivia está tumbada, con los brazos por fuera de una sábana que le cubre hasta el cuello. La identifico de inmediato por las muchas fotografías que he visto suyas los últimos días, aunque la imagen que ofrece es bien distinta: ojeras oscuras, piel muy pálida, labios resecos y una mirada confundida son los signos que cualquiera presentaría tras una semana de cautiverio.

—¿Podría dejarnos solas un momento?

La enfermera termina su trabajo y le indica a la paciente que la avise si necesita algo. Cuando cierra la puerta, me siento al borde de la cama.

—Olivia, me llamo Renata, subinspectora de la Policía Nacional. He estado a cargo del operativo para encontrarte.

—Pues lo acaba de conseguir. —Esboza una sonrisa.

—Siento no haber tenido éxito.

—No le vi la cara en ningún momento. —Directa al grano—. Se asomó dos veces por la trampilla, pero llevaba una máscara.

—¿Qué tipo de máscara?

—Blanca, como de porcelana, con una sonrisa roja pintada.

—¿Ojos?

—No pude verlos bien.

—¿Te hizo algo?

Sabe a lo que me refiero.

—No, no llegó a bajar al depósito.

—¿Qué depósito?

—Me tenía encerrada en un depósito de gasolina, en una gasolinera abandonada. Me desperté allí.

—Necesito que me lo cuentes todo, Olivia, por orden.

La chica toma aire, reflexiona y su mirada se torna fría, analítica, como si estuviera estudiando los hechos con serenidad. Será una buena abogada.

—Estaba escondido en el balcón de la cocina. No me di cuenta. Me abordó en mi habitación y me durmió con algo. Desperté en el depósito en ropa interior y camisón. Tenía una pequeña herida en el brazo, como un pinchazo. —No le hizo ninguna herida, le sacó sangre para pintar la pared. Por eso no encontramos salpicaduras en la habitación—. Había diez botellas de agua de las pequeñas y cinco raciones de comida preparada, un arroz con pollo asqueroso para microondas. Estaba atada con una cadena... —Asoma bajo la sábana el tobillo derecho, del que cuelga el grillete.

—Te lo quitaremos enseguida.

—No podía alcanzar la compuerta de arriba, la única forma de salir. No sé cuánto tiempo pasó, si fueron horas, días, pero de pronto se abrió y se asomó por ella. Me tiró una bolsa y se marchó.

—¿Qué tenía la bolsa?

—Un sello, como aquellos con los que se marcaba el lacre para precintar documentos, o firmarlos, y un soplete. O como un hierro de marcar reses, pero más pequeño...

La miro sin comprender.

—¿Perdón?

—El sello con la palabra exlibris. Quería que lo quemara con el soplete y me lo pusiera en la frente, como el resto de las chicas.

Detalle que desconocía. ¿Las obligaba a que se marcaran ellas mismas? Habrá que ver qué dicen al respecto los informes forenses y si eso es posible o no.

—En lugar de hacerlo, quemé la cadena que me ataba, me solté y me preparé para defenderme. —Chica lista, muy lista—. No se lo esperaba. Cuando vio que no había obedecido, apagó la luz, cerró la

compuerta y llenó el depósito de gasolina.

Mi cabeza trata de procesar la información con la rapidez del relato. Me gusta esta chica. Aunque está visiblemente conmocionada, es capaz de ceñirse a lo importante, de omitir sentimentalismos y decirme exactamente lo que necesito oír. Es inquietante y no termina de encajar con el *modus operandi* anterior.

—Supongo que pensó que, al estar encadenada, me ahogaría. Pero aproveché la gasolina para nadar y abrir la compuerta... —Suspira hondo—. Y aquí estoy. Le juro que pensé que no iba a conseguirlo, todavía no sé ni cómo se me ocurrió todo esto.

La puerta se abre de pronto y un hombre y una mujer entran como una exhalación. A juzgar por los gritos, son los padres. Me aparto para no verme arrollada por ellos, que se abalanzan sobre su hija y la abrazan. Los tres lloran unidos, fundidos en la tragedia. Las palabras son ininteligibles entre los sollozos.

Por la puerta se asoman también Vera e Igor, que contemplan la escena en silencio. El ambiente se vuelve opresivo, con tanta lágrima y sentimiento que no soy capaz de digerir. De hecho, me ha molestado la interrupción. Me hubiera gustado hablar un rato más con ella y aprovechar su lucidez. Ahora, con tanto lloriqueo, el interrogatorio se volverá más ñoño e insulso.

Hora de irse; de momento tengo lo que necesito. Voy a hablar con la pareja que la encontró para ir a la gasolinera.

Echo una ojeada a mis compañeros y los encuentro observando la escena del reencuentro, los dos visiblemente emocionados. Creo que incluso el chuletón tiene los ojos enrojecidos. En fin...

Me dispongo a marcharme. Dejo una tarjeta en la mesilla junto a la cama.

—Volveré mañana, Olivia; de momento, descansa.

No me hacen caso. Solo escucho el chasquido intermitente y molesto de los besos que su madre le estampa en la cara.

Hago un gesto con la cabeza a mis compañeros plañideros para indicarles que se ha terminado el espectáculo. Salimos de la habitación, pero justo antes de cruzar la puerta, escucho una voz.

—Subinspectora. —Olivia, cuya cabeza sobresale por encima de la de sus padres—. Si puede, mátelo.

Me encanta esta chica.

II

—Tenemos que irnos —concluye Álvaro por fin, cuando ha comprendido la magnitud del juego. Rebeca, todavía con el gato en brazos, lo mira sin comprender.

—Creo... Creo que estás en peligro.

—¿Yo? ¿Por qué?

Es difícil responder a esa pregunta cuando el peligro es precisamente el que trata de convencerla. Álvaro intenta ordenar sus ideas lo más rápido que puede, pero tenerla allí plantada, con Íñigo asediándola a llamadas, no le da la calma que necesita.

—Hay que irse, Rebeca, hazme caso.

Ella deja al gato en el suelo y se cruza de brazos, incrédula.

—No sé de qué *hablás*, boludo.

Vuelve a sonar su móvil, un mensaje esta vez.

—¿Es Íñigo? —pregunta Álvaro.

Rebeca lo mira y asiente.

—¿Qué? —dice perpleja—. Dice que viene para mi casa.

Oportunidad perfecta que Álvaro no piensa dejar escapar.

—Por eso tenemos que irnos, ahora mismo. Corres peligro, debes creerme.

—¿Por...? ¿Por Íñigo?

Álvaro asiente con la cabeza, se incorpora y coge su cazadora.

—Es posible que Bruno haya descubierto algo sobre él y ahora quiera vengarse, o chantajearlo. No lo sé, pero lo mejor será salir de aquí, irnos a un lugar seguro y tratar de contactar con Bruno.

Rebeca no puede creer cómo en solo dos minutos ha pasado de la tranquilidad de su hogar a un peligro que, por muy inverosímil que suene, siente como real.

—Un momento, voy a llamar a Bruno, quiero saber qué está pasando.

—No hay tiempo, Rebeca.

Ya está marcando y espera la señal, impaciente. Álvaro suspira nervioso, intenta evaluar la situación. Si está en lo cierto y la verdadera presa es Rebeca, en realidad, ya ha ganado el premio. Bastaría con reducirla y cobrársela, con toda paz, consciente de que para cuando Íñigo tocara a la puerta, lo haría como un grandísimo perdedor. Pero si por un casual está equivocado, si no son más que imaginaciones suyas y no es el objetivo, habrá violado a la novia de Bruno. Así que, ante la duda, lo mejor es asegurarse.

Y luego está la llave, que todavía tiene en sus manos: calle Hermosilla, 34.

La prudencia lo obliga a sacar a Rebeca de allí mientras despeja la incógnita y averigua qué esconde esa dirección.

—No me coge —concluye por fin.

Álvaro pone gesto preocupado; ella lo comprende.

—¡Ay, Dios! —dice angustiada—, capaz que le ha hecho algo.

—Vamos a averiguarlo, pero antes salgamos de aquí, ahora.

III

—No me lo puedo creer, tío, te has superado a ti mismo.

Es lo primero que Íñigo le dice a Bruno por teléfono mientras camina a paso ligero por la calle en busca del portal de Rebeca. Su amigo suelta entonces una carcajada, está disfrutando.

—¿La has encontrado? ¿Has ganado?

—No todavía, pero aún mantengo la esperanza. Estoy a punto de llegar a su casa. La he llamado, pero no me coge. Igual está durmiendo.

—¿Cómo lo has sabido?

—La gasolinera, he estado hace un rato. ¿Sabes algo de Álvaro?

—Ni idea. No sé cómo va la cosa, aunque algo me dice que lo tienes jodido.

—No, no, no me digas eso, joder. Es una olimpiada épica, merezco ganar.

—Pues date prisa.

Encuentra el portal y toca el timbre con insistencia.

—Venga, coño, abre la puerta... —murmura mientras sigue presionando el botón—. De todas formas, espero que sepas lo que estás haciendo. Tu propia novia y con la policía encima, a ver cómo acaba todo esto.

—Tranquilo, lo tengo todo planeado.

—No me gusta, Bruno, no me gusta nada. El cadáver de Raquel, el testimonio de Olivia, ahora tu novia... Y todo con la loca esa de Renata Blasco encima.

—Íñigo —lo interrumpe—, concéntrate en ganar. De lo demás me ocupo yo.

IV

Por fin los compañeros han encendido tres potentes focos y puedo ver la gasolinera con mayor claridad. Tengo todo el perímetro acordonado y estamos esperando a que venga la Científica.

En realidad, no los he llamado. He mentido diciendo que estaban de camino y los he obligado a mantenerse fuera del cordón para no contaminar la escena. Necesito echar una ojeada primero, tranquila, sin presiones, y hacerme una idea de qué ha pasado aquí durante la última semana. Luego los llamaré.

—No deberías fumar en el escenario del crimen —me indica Vera cuando aparece a mi lado.

—Sí, mamá.

Permanecemos alejadas varios metros de la gasolinera, contemplando el estado decrépito de la caseta, el pequeño camión cisterna del que cuelga una manguera que conecta al suelo y la puerta abierta del depósito. La oscuridad que rodea el haz de luces le da el toque siniestro que, seguramente, buscaba nuestro hombre al elegir el lugar.

—He llamado a Tráfico —me informa mientras mira impertinente mi cigarrillo—. Denunciaron el robo del camión ayer por la tarde, a media hora de aquí. He contactado con el conductor, había hecho

una parada para comer y cuando salió ya no estaba.

—¿Fiable?

—Aparentemente sí, pero vendrá a comisaría para hablar en persona. —Suspira hondo mientras contempla la escena y se encoge bajo su abrigo—. Así que, en este mismo lugar, nuestro hombre ha estado hace tan solo unas horas... —comenta, más para sí misma—. Mira qué sitio, ni en un millón de años la hubiéramos encontrado.

—Estoy de acuerdo.

—Hemos tenido suerte, supongo.

—La suerte siempre me inquieta —cambio de tema—. ¿Crees que las obligaba a marcarse a sí mismas?

—No lo sé, no me lo esperaba. De todas formas, lo haya hecho con ella no quiere decir que también lo hiciera con las demás.

—He estado revisando los informes forenses y no me encaja. En todos los casos se destaca que el sello fue colocado con mucha fuerza.

—Lo sé. En dos de los casos llegó incluso hasta el cráneo.

—¿Quién coño se hace eso a sí mismo? Si yo me viera en esa situación, supongo que intentaría presionar lo menos posible, un simple toque; desde luego no me marcaría como un animal.

—¿Qué estás pensando? —pregunta intrigada.

—No lo sé, todavía no lo sé...

—Por poco no me dejan pasar —la desagradable voz de Igor irrumpe en la escena—, he tenido que decirle que soy de la Interpol. El muy imbécil no ha visto una placa de la Ertzaintza en la vida y se lo ha tragado. ¿Podéis, por favor, avisar a todo Dios que estoy colaborando en la investigación?

—Ah, pero ¿estás colaborando? —Estaba concentrada y la interrupción me ha molestado—. Pensaba que estabas de vacaciones.

—Tendrás que esforzarte un poco más para tocarme las pelotas, niñata.

—De todas formas, la chica ha aparecido, caso resuelto, fin de la colaboración. Ya puedes volverte a casa, por mucho que les pese a tus compañeros.

No ha escuchado mi impertinencia porque está absorto mirando

hacia la gasolinera. Algo le ha llamado la atención. Camina despacio hacia ella y se aleja de nosotras.

—A lo que iba —sigue Vera—, he pedido a Tráfico que nos pasen las imágenes de las cámaras más cercanas, lo que puedan tener, pero, por lo que me han dicho, no hay gran cosa.

Ahora soy yo la que no escucha, preguntándome qué demonios hace Igor mirando la pared de la gasolinera a escasos centímetros de distancia. Se aleja un poco, rodea despacio la caseta mirando al suelo, echa un ojo al interior a través de una ventana rota y finalmente se acerca a nosotras.

—¿Y bien, Poirot? —pregunto.

—Ese grafiti es reciente, no tiene más de una semana. Todavía huele a pintura y la superficie está limpia, no como el resto de las paredes, que están hechas un asco. No han dejado tirados los botes de pintura por el suelo.

—¿Y quién viene hasta aquí para hacer un grafiti, dejar todo recogido y marcharse a casa? Por aquí no pasa ni Dios y, aunque lo haga, no se fijaría en él.

—«Manderley» —lee Igor.

—¿Será el nombre del grafitero? —pregunto.

—Manderley es la casa que aparece en *Rebeca* —contesta Vera.

—He visto la película, está muy bien. —Es mi única aportación a la causa.

—Mejor el libro, una novela negra, por cierto. —Otra aportación de mierda.

—No puede ser casualidad —apunta Igor—. Este sitio, en mitad de la nada, donde viene nuestro hombre para encerrar y matar a la chica, ¿y un grafitero escribe casualmente una referencia al escenario de una novela negra?

—Ni de puta coña —concluyo—. Esto no me gusta nada.

Inhalo un aire fresco que me limpia los pulmones mientras pienso que va siendo hora de avisar a la Científica. Necesito, además, que vacíen el depósito para hacerme con el sello y corroborar el resto de la historia.

Me fijo entonces en el suelo enarenado y compruebo que hay una marca de ruedas que sobresale entre las demás justo detrás de

nosotros. No son del camión, esas siguen otra dirección, son de un coche que abandonó la carretera para acercarse a la gasolinera.

Camino junto a ellas. Mis compañeros se percatan y hacen lo mismo.

—Ahí se detuvo. —Señala Vera un lugar donde se aprecian las hendiduras que dejaron las cuatro ruedas al estar parado.

Me agacho junto a las marcas para apreciar el ancho de la rueda y el tipo de vehículo. Me incorporo y vuelvo a observar la gasolinera. Es un sitio extraño para pararse. Si fuera el asesino, me habría acercado más a la caseta y al depósito, me habría alejado de la carretera. Estas marcas, en cambio, están a escasos cinco metros del asfalto. Es como si alguien se hubiera detenido un momento para contemplarlo todo.

—Pero ¿qué tenemos aquí? —El vozarrón de Igor.

El hombre agacha su descomunal cuerpo en un intento de acuclillarse, pero finalmente tiene que hincar una rodilla en el suelo para no perder la estabilidad. Con la luz del móvil ilumina algo.

—¿Qué es? —pregunto, colocándome tras él.

—Un puro, o lo que queda de él, y de los buenos.

V

Álvaro y Rebeca conducen en silencio por las calles de Madrid. Han puesto la radio y todas las emisoras celebran la liberación de Olivia Suárez y elucubran acerca de lo que ha podido pasar. De momento no hay comunicado oficial de la policía, pero lo importante es que la chica está sana y salva.

—¿Se habrá escapado —pregunta Rebeca— o la ha liberado?

—Imposible saberlo. Es aquí, ¿no?

El navegador advierte de que han llegado a su destino, Hermosilla número 34. Ella comprueba la dirección que aparece impresa en el llavero y asiente con la cabeza. Enfilan la calle despacio, apenas hay movimiento a esas horas de la noche.

Al inicio de la calle hay estacionada una furgoneta grande y negra

con los cristales tintados. Álvaro cree reconocerla, pero no está seguro, hay infinidad como esas circulando por Madrid. Cuando pasa junto a ella, ve a dos hombres en el interior.

Siguen adelante hasta situarse junto al portal. Desde el coche miran hacia las ventanas y contemplan las galerías que se alzan piso tras piso sin encontrar nada reseñable.

—¿Y qué *pretendés* hacer? —pregunta ella—. ¿Otro allanamiento? Esta vez subís solo.

Dos golpes en la ventanilla de Álvaro les hace soltar un grito del susto. Los dos se tranquilizan cuando comprueban que Sergio está al otro lado, con su eterno semblante serio y profesional. Baja la ventanilla.

—Buenas noches, me alegro de que hayan venido —les dice—, iba a mandar un par de hombres a buscarles.

—¿Qué ocurre? —pregunta Álvaro.

—No tengo mucha información, pero el señor Medina me ha enviado un mensaje para que los lleve a un lugar seguro. Me dijo que activara este piso y permanecieran aquí.

—¿Y qué hay en este piso?

—Es de la empresa, un piso que tenemos para... Es un lugar seguro. Tienen la llave, ¿verdad? —Rebeca la alza entre los dedos—. Bien, pues suban, por favor, cuanto antes. Nos ocupamos nosotros del coche.

—¿Y Bruno? —pregunta Rebeca—. No responde al celular.

—A mí tampoco, pero estamos yendo a buscarlo. Lo traeré enseguida, no se preocupe, seguro que está bien.

—¿Es Íñigo? —Rebeca está agitada.

—De momento no tenemos ninguna información, solo que les ponga a ustedes a salvo.

Salen del coche y se dirigen al portal. Un simple vistazo basta para comprobar que hay varios hombres desperdigados por la calle. Rebeca no sabe si eso la tranquiliza o todavía la pone más nerviosa. Hasta que no vea a Bruno, lo abrace y lo bese, sabe que no podrá descansar.

No puede quitarse de la cabeza la posibilidad de que su novio haya descubierto aquello que tanto lo aterraba: que Íñigo, su amigo

del alma desde hace cuarenta años, su hermano, es, en realidad, el librero, el criminal más buscado de todo el país. Y si lo ha descubierto, no quiere ni pensar cuál habrá sido la reacción de Íñigo.

Suben en el ascensor en completo silencio, cada uno perdido en sus pensamientos. Llegan al cuarto y abren algo indecisos la puerta de la izquierda. Encienden la luz y necesitan unos instantes, en el umbral, para decidirse a pasar. De no ser porque es un piso controlado por Sergio, Rebeca no habría tenido el valor de entrar de nuevo en un lugar desconocido.

El vestíbulo comunica con un amplio salón, sobrio en su decoración pero elegante, con muebles de diseño que delatan el poder adquisitivo del propietario. Dos ventanales a la calle y una bonita galería.

Revisan el resto: cocina, dos dormitorios, dos baños. Solo cuando comprenden que están solos se relajan. Se quitan los abrigos e inician una segunda inspección, esta vez con más detalle.

Álvaro abre la nevera en busca de algo para comer, se muere de hambre.

—¿Quieres que pidamos algo? —le propone.

—¿De verdad *tenés* hambre con toda esta chamba?

—Yo siempre tengo hambre, querida, y haríamos bien en comer.

—Dale, como vos quieras. Voy un segundo al lavabo.

Descarta el que está en la habitación de invitados y opta por uno situado en pleno pasillo. Se cierra la puerta y agradece estar por fin sola.

Se lava las manos y se refresca la cara. El agua fría resbalando por su rostro es un alivio inmediato de la tensión acumulada. Se mira en el espejo y se sorprende del mal aspecto que le devuelve.

El baño está impecable. Ducha reluciente, un par de frascos de gel y champú perfectamente alineados, toalla mullida; nada que ver con el desorden que invade el baño de su casa. Abre los cajones del mueble, están vacíos. Todos menos uno. Se queda perpleja contemplando el enorme cuchillo de cocina. Raro, como todo lo que está ocurriendo. Cierra el cajón y se dispone a marcharse.

Corre el pestillo y abre la puerta. Álvaro se abalanza sobre ella con una fuerza inesperada, el empujón hace que trastabille de vuelta al

baño, pero mantiene el equilibrio, apenas es consciente de la situación cuando recibe un fuerte golpe en la sien que no puede esquivar. Su último pensamiento es para el cuchillo escondido y lo bien que le habría venido.

VI

Las circunstancias han obligado a acelerar las cosas al profesor, le hubiera gustado que fuera de otra forma, pero la irrupción de Vera Durán en la investigación ha exigido un cambio de planes.

El silencio de la noche es total, roto únicamente por los crujidos de las vigas de madera. Samuel Galindo lleva dos horas tendido en la cama, esperando paciente, calmando los nervios, decidido a cambiar su vida de una vez por todas, aunque suponga ponerla en peligro. Cuando escucha los ronquidos de Armando, sabe que ha llegado el momento.

Extrae de debajo del colchón una bolsa con un par de botes pequeños y se la cuelga al hombro. Se sienta con cuidado en la silla, se acomoda en ella y se acerca a la puerta. Saca un par de alambres verdes, de los que utiliza Armando para sus labores de jardinería, y comienza a manipular con cuidado la cerradura. Todas las noches, antes de acostarse, su cuidador lo encierra para evitar excursiones indeseadas, pero lo que en un primer momento parecía un obstáculo infranqueable, ahora no lo es. Un libro de cerrajería que compró hace unos meses le dio las indicaciones oportunas y desde entonces no hay noche que no haya practicado hasta conseguir abrirla con los ojos cerrados.

La cerradura no tarda en ceder y Samuel se asoma al pasillo. Por desgracia, debe abandonar la silla de ruedas. Hay un par de sensores de movimiento instalados por la casa, a un metro de altura, lo suficiente para que salte la alarma si intenta atravesarla subido a la silla. Así que toca arrastrarse. Y lo hace con sigilo, deteniéndose ante cualquier alteración del ritmo en los ronquidos de Armando.

Repta hasta la puerta de su cuidador, en mitad del pasillo, donde

ha de producirse el gran desenlace. Cierra los ojos, coge aire y se consagra por última vez a la física y a la química, sus únicos aliados para poder salir de allí. Esta parte del plan no está ensayada, es pura teoría que en unos instantes revelará si puede llevarse a la práctica.

La puerta de la habitación de Armando está flanqueada por dos estanterías, como todo el pasillo. Hay, además, enormes columnas de libros desafiando la gravedad desperdigadas por el suelo. Samuel lleva meses colocándolos allí, poco a poco y con paciencia, para desesperación de Armando, que está harto de la falta de espacio.

Durante la última semana, ha salido un par de veces de su habitación por la noche para preparar las columnas. Con ayuda de un par de cuerdas, ha ido enlazándolas entre sí, unidas por los libros más pegados al suelo, detalle que ha pasado inadvertido a su cuidador por la oscuridad que impera en la vivienda incluso de día.

Con ayuda de un simple cuchillo de sierra, mucha paciencia y varios días de trabajo intermitente, ha logrado serrar las dos patas de la estantería situada junto a la puerta. Permanecen en su sitio, sosteniendo la estructura, a la espera de cualquier movimiento que las haga romperse. Coloca una nueva cuerda enlazando las patas serradas.

Hasta aquí la física. Confía en que un par de tirones y la fuerza de la gravedad hagan su trabajo.

Y ahora la química: saca los dos botes de la bolsa, de alcohol etílico, que robó hace unos días del botiquín de su cuidador. Derrama el contenido delante de la puerta, contempla cómo se cuela por debajo y entra en la habitación. Vacía bote y medio.

Repta despacio hacia el recibidor, dejando tras de sí un pequeño surco de alcohol y estirando poco a poco los extremos de las cuerdas.

La oscuridad es densa y agobiante, tan solo interrumpida por algún haz de luz que una luna clara provee y que se cuela por las pequeñas rendijas de las contraventanas.

Tira de la cuerda de la estantería. Basta un simple movimiento para que las dos patas cortadas cedan y la estantería se desplome hacia un lado tapiando la puerta. No puede contener una sonrisa de

orgullo. Un tirón a la segunda cuerda provoca también el efecto deseado y las columnas de libros se derrumban al unísono, desparramándose en una montaña infranqueable que arremete contra la puerta.

Un mechero ilumina el pasillo. Escucha voces, su carcelero se ha despertado por el ruido. Acerca la llama al rastro de alcohol y con un leve contacto, una llamarada se ilumina y recorre rápido el camino previsto. Se pierde bajo los libros y parece extinguirse ante su peso. Armando abre la puerta, golpea la estantería, intenta moverla. Samuel se desespera ante la ausencia de fuego, que parece haber sucumbido ante tanto papel. Cuando ve un brazo emerger del marco de la puerta, entra en pánico: es un hombre fuerte y no tardará en apartar los obstáculos. Las amenazas recorren la estancia con una voz gutural y violenta. Si el plan no funciona, es hombre muerto.

Pero lo primero que advierte es el olor a quemado y apenas puede procesar lo que significa cuando un resplandor violento comienza a iluminar el pasillo, prendiendo los libros desde la base y crepitando inclemente mientras gana fuerza.

Armando ya no amenaza, grita, pide auxilio, consciente del efecto del fuego en una casa de madera repleta de libros. Las chispas saltan a discreción buscando una expansión que no tarda en llegar.

Samuel repta hacia la puerta de salida, asustado por la rapidez con que el fuego conquista el pasillo en busca de nuevos recovecos. Por última vez tiene que afrontar una cerradura con ayuda de los dos alambres, y los nervios no le facilitan la tarea. No es fácil buscar la alineación correcta estando mal sentado y con unas manos que se mueven temblorosas.

El fuego alcanza el recibidor y asciende hacia el techo, cubriéndolo por completo en apenas unos segundos. El calor es agobiante, el sudor hace que los alambres se le resbalen, el humo atenaza sus pulmones y la ansiedad está a punto de bloquearlo. La llamarada avanza renqueante y comienza a acariciar sus piernas. Siente un calor infernal acercarse peligrosamente y empieza a dolerle la piel justo en el momento en que consigue abrir la puerta.

Samuel y el fuego se lanzan hacia la salida en busca de oxígeno. El profesor se arrastra rápido por el porche, se deja caer por el

pequeño tramo de escaleras y continúa reptando por el suelo, hincando los dedos en la tierra para coger impulso y tratar de poner distancia del infierno que se desata a sus espaldas.

Cuando se siente a salvo, se apoya por fin en el tronco de un árbol y contempla su obra. La vivienda está siendo devorada por las llamas, el interior apenas se distingue bajo un magma radiante, y de las ventanas y el techo se alzan columnas rojizas en el espesor de la noche.

Cuando escucha los alaridos de Armando imponerse sobre el crepitar de las llamas, llora de felicidad.

LUNES

I

Rebeca trata de abrir los ojos, pero una luz cegadora se lo impide. Le duele la cabeza, como si tuviera un clavo incrustado dentro. Está tumbada y trata de moverse hacia un lado para evitar la luz, pero tiene los brazos estirados y no responden como debieran.

Enfoca por fin la vista. La luz proviene de una ventana que tiene a su izquierda. Es intensa y blanca, propia de la mañana. Ni la cortina echada logra amortiguar su impacto. O quizá sea su propia cabeza, ese dolor agudo que le tergiversa la percepción.

Comprende por qué no puede mover los brazos: están esposados al cabecero de la cama y, a juzgar por el par de tirones que ha dado, no será fácil soltarse.

Reconoce entonces la habitación, cree haberla visto antes, aunque de forma fugaz. Se obliga a pensar, a seguir con ese recuerdo pese al tormento que se libra en su cabeza. Y de pronto se ve a sí misma entrando en un piso desconocido, junto a Álvaro, huyendo de un peligro incipiente que amenazaba con engullirla. El puzle termina de componerse y el resultado la aterroriza. La respiración comienza a agitarse y las pulsaciones resuenan atronadoras.

Oye sonidos en algún lugar de la casa, pero son balbuceos ininteligibles. Sus sentidos están alerta, ahora ve mejor, escucha mejor y siente mejor la rigidez de sus brazos amarrados a la cama, pero no puede gritar como le gustaría. Una cinta pegada a la boca le impide hablar y la obliga a respirar solo por la nariz, lo que dificulta la entrada de un aire que necesita a raudales si quiere tranquilizarse.

Acompasa la respiración a un ritmo más pausado, controla sus pulsaciones, cierra los ojos y entonces por fin reconoce las voces

que provienen de la habitación de al lado.

—No estaba seguro de quién ganaría —dice Bruno, sentado en el sillón del salón.

—Hombre de poca fe —contesta Álvaro.

—Aunque estar en mi casa y tener cerca a Rebeca era una ventaja, no puedes negarlo.

—No me quites mérito, que me lo he ganado. Todavía no puedo creérmelo, de verdad te lo digo. Joder, Bruno, estás mal de la cabeza.

—Gracias.

—¿Cinco meses fingiendo tener novia para regalárnosla? ¿Se te va la olla?

—No ha sido fácil, pero aquí la tienes. Toda tuya.

—¿Y luego? ¿Lo has pensado bien?

—En esta ocasión no podemos dejarla tirada en cualquier lado, no la pueden encontrar, eso me pondría en un aprieto. Mi plan es utilizar el avión. La metemos en una maleta, volamos a Guatemala y se la regalamos a un desalmado que hemos contratado para que se deshaga de ella sin hacer preguntas.

—¿Y nadie la echará de menos?

—Se ha despedido del hospital, les envió la semana pasada un *email*. Ya han cursado la baja. No conoce a mi madre y no tiene amigas por aquí. Sus padres murieron hace años y no tiene hermanos. Solo conserva un tío con el que no tiene mucha relación y que no se molestará en localizar a su sobrina desprendida. Total, una indigente social.

—Buena elección.

—Yo no salgo con cualquiera, Álvaro. Hice mis averiguaciones antes de intimar con ella.

Escuchan un ruido en la habitación de Rebeca.

—Nuestra invitada se ha despertado, deberías atenderla —señala Bruno.

—¿De cuánto tiempo dispongo?

—Del que quieras, faltaba más. Llamamos a Íñigo cuando hayas terminado, pero no te inquietes, como si te pasas toda la semana. Lo único avisa a Sergio cuando quieras salir, te traerá un coche.

Tenemos la casa vigilada por si aparece la chiflada.

—¿Y qué hacemos con ella?

—De Renata me ocupo yo, tú tranquilo, es otra sorpresa que he tenido que improvisar, pero quedará espectacular. ¿Qué te parece este piso? ¿Sabes que lo tiene para tirarse a la peña?

—Un picadero...

—Pero en plan raro. He visto un bate de béisbol en la cocina y un cuchillo en el baño, tiene algunos espráis antivioladores escondidos por los rincones e incluso una Taser. Supongo que será por si alguno se pone agresivo. Ah, y hay varias cámaras por la casa.

—¡No me jodas!

—Están hackeadas, tranquilo, ella ve el piso vacío.

—¿Y cómo has conseguido entrar aquí?

—Sergio es un fenómeno para estas cosas.

—En fin, el deber me llama. Te contaré mis planes, vamos a ver cómo va esto. Cierra al salir.

II

He venido a trabajar a las siete de la mañana. Un poco de silencio, ordenar las ideas, preparar las líneas de trabajo y esperar la maldita orden de registro de la casa de Samuel Galindo.

A las ocho y media ha aparecido Igor con una caja de dónuts y un par de cafés. No he podido negarme, me muero de hambre.

—Me sigue pareciendo increíble, la verdad —dice con la boca manchada de azúcar.

—¿El qué?

—Que la chica lograra escapar. No sé, no me encaja.

—¿Por qué no?

Nuevo mordisco infinito.

—Vale, le dice que se ponga la marca en la frente y ella se niega, por eso la intenta matar ahogándola en el depósito. Pero ¿y si se la hubiera puesto? ¿Entonces habría bajado, la habría violado, matado y luego tirado en cualquier parte? ¿Ese es el plan que utiliza con las

demás?

No le falta razón. Si este es el *modus operandi*, entonces debemos creer que Olivia ha sido la única chica que se negó a grabarse la frente y eso es mucho creer.

—En fin —concluye mientras echa una ojeada a la caja para seleccionar el siguiente manjar—, a ver si viene Vera y nos dice qué piensa.

—Muy madrugadora no es la marquesa, que digamos.

—Bueno, niñata, sé más indulgente con ella. Tiene setenta años y podría estar en la peluquería haciéndose un cardado en lugar de andar detrás de ti.

—Me sigue porque le da la gana, por mí se puede ir a casa cuando quiera. O a cuidar a su nieta.

—Una monada, ¿la has visto?

—Vi alguna foto en su casa.

—¿También has estado? Yo estuve una vez, me invitó a cenar. También tengo vida social, ¿sabes? No eres la única. Buena choza, por cierto. Y la zona, estupenda.

A decir verdad, no me fijé en su casa, y es que en cuestiones materiales no tengo un criterio claro. Sé lo que valen las cosas, pero no sé si eso es mucho o no, si la mayoría de la gente puede comprarlo o no. Lo cual no me convierte en una esnob ni mucho menos, que aquí estoy trabajando en lugar de estar tumbada mientras un cubano musculoso me da un masaje. Tengo dinero, siempre lo he tenido, nunca he tenido que preocuparme por él y todo lo que he querido lo he podido comprar. Por eso ando un poco desubicada en conversaciones monetarias cuando hablo con los compañeros.

—Tiene un adosado. —Es cuanto acierto a decir, aunque el tono me sale algo desdeñoso.

—Pues si eso te parece poco mejor, no veas mi piso. Pero ya sabes, nadie se mete a policía para ganar dinero. Y en tu caso menos todavía, que ya lo tienes de fábrica. En realidad, eres un partidazo, ¿lo sabías? Si alguna vez quieres sentar la cabeza y todo eso...

—No sigas, por Dios, es muy pronto.

Sigo dándole vueltas a la casa de Vera.

—El marido de Vera ¿no era policía?

—Sí, urbano en Móstoles. —Me mira con esos ojillos aguileños—. Pero no empieces, ¿eh? Joder, ya sé por dónde vas. No te tenía que haber dicho nada, no se le escapa una a la retorcida esta.

—Dos sueldos de policía ¿dan para comprar una casa así?

—Pues habrá heredado de la tía Encarnación, yo qué quieres que te diga, pero, por Dios, niñata, por Dios, deja a la pobre mujer en paz.

La pobre mujer abre de pronto la puerta, exaltada y nerviosa. Coge oxígeno mientras trata de hilvanar una frase.

—Tenemos que irnos —le sale por fin—, ahora. Galindo... Casa... Ya...

III

Menos de una hora después de que Vera diera la alarma, enfilamos el camino que lleva a la casa de Samuel Galindo.

Una columna de humo claro, ya en retirada, emerge desde ella. En la explanada frontal hay aparcados un camión de bomberos y un coche de la Guardia Civil.

—Hemos tenido suerte —informa el bombero—, porque volvíamos de un aviso cuando recibimos la llamada de la central. Si llegamos a tardar un poco más, las llamas habrían alcanzado el pinar y esto ahora sería un infierno.

—¿Se puede entrar? —pregunto.

—Todavía no. Está fuera de peligro, pero la casa todavía está caliente. Sería bueno esperar un par de horas.

—¿Cree que ha sido provocado?

—No sabría decirle. Estas casas antiguas, con tanta madera. Tenía, además, muchas estanterías, imagino que estaría abarrotada de libros. Lo que sí creo es que el origen del incendio se produjo en el pasillo, justo enfrente del pobre hombre.

¿Enfrente de quién? El guardia civil situado a mi derecha

interviene:

—Estamos esperando al juez para levantar el cadáver. —Señala un punto en el que no había recabado. Una manta plateada oculta un bulto en el suelo. Igor camina hacia él.

—¿Es Samuel Galindo? —pregunta Vera.

—Me temo que eso se lo dirá el forense; de momento es irreconocible —concluye el bombero mientras termina de recoger su equipo.

Igor levanta ligeramente la manta y emite un sonoro silbido.

—A esto en mi tierra se le llama un punto más.

Omito el comentario.

—¿Solo había un cuerpo?

—Sí, estaba encerrado en una habitación, no pudo salir a tiempo.

Por tanto, o es el tal Armando Dorleac o es el profesor el que yace ahí tendido, lo que obliga a preguntarse dónde está el otro.

—Bueno, y luego está el superviviente, claro. —Y aquí, la respuesta.

—¿Quién?

—Consiguió salir por los pelos, lo encontramos allí tendido, inconsciente. Había inhalado bastante humo.

—¿Dónde está?

—Llamamos a la medicalizada y se lo llevaron al Escorial. Creo que tenía algún problema en las piernas, por si el dato les sirve de algo.

Claro que sirve. Miro a Vera y a Igor antes de lanzarnos los tres hacia el coche. Salimos disparados de la finca. Esta vez me paso con el acelerador y el coche va dando tumbos con los baches del camino. A nuestro Igor se le está poniendo mala cara sentado atrás, con los dónuts rebotando en su interior y colgado tan fuerte del agarradero que va a terminar cargándoselo.

Cuando tomamos por fin una carretera civilizada y vuelve la cobertura al móvil, suena mi teléfono. Pongo en manos libres.

—Renata, soy Beltrán. ¿Qué haces?

—Pues trabajar, ¿qué coño quieres que haga? —Ay, Renata, hija, qué borde eres.

—Necesito que hagas una comprobación. Han encontrado un cadáver en un centro comercial abandonado a las afueras, carretera

Badajoz. No es fácil de identificar porque, al parecer, lleva años allí encerrado. Se lo llevan ahora a Medicina Legal.

—Beltrán, ahora mismo estoy un poco liada con el tema del librero, quizá podrías dárselo a otro.

—Junto al cadáver ha aparecido el sello.

Los tres cortamos la respiración. Vera me pone una mano en el brazo.

—Es la víctima desaparecida, la de 2004.

—Vera —dice Beltrán—, no sabía que estabas con ella. Pues sí, tiene toda la pinta.

—¿Cómo la han encontrado? —pregunto.

—No tengo muchos datos, pero al parecer fue una denuncia anónima. René, te paso ahora la dirección, vete para allá y me cuentas.

Aprieto un poco más el acelerador, procesando aquella información y la repercusión que realmente tiene en este momento. Olivia Suárez ha aparecido, ha conseguido escapar sana y salva, justo el mismo día en que Samuel Galindo quema la casa tras de sí. Para colmo, emerge de las profundidades del olvido la desconocida de 2004, veinte años después de su desaparición. Tengo que reconocer que tanto movimiento me anima, al menos rompe el patrón con el resto de los años, donde no ocurrió absolutamente nada.

—Mira, ya estamos entrando en San Lorenzo de El Escorial, déjame en cualquier sitio y voy al hospital —sugiere Vera—. Me ocupo de encontrar al profesor. Así no perdéis tiempo y vais a comprobar quién es esa desconocida.

—Sí, claro —arranca Igor—, y yo tengo que seguir jugándome la vida con la loca esta. Pero ¿dónde te han enseñado a conducir?

—Al revés —concluyo, y por el gesto que tuerce entiendo que he acertado—: os dejo mi coche y vais al centro comercial. Yo voy directa al hospital. Me llamáis con lo que sea.

—Beltrán ha dicho que fueras tú —apunta Vera.

Pego un frenazo en mitad de la calle y el coche de atrás está a punto de empotrarme. He visto una parada de taxis un poco más adelante. Lanzo a Vera la mirada más negra que puedo:

—Me importa una soberana mierda.

Salgo del coche, recibiendo un aluvión de bocinazos e insultos, y corro hacia el taxi.

IV

Rebeca ha optado por no ofrecer resistencia. Tampoco es que tuviera mucha que anteponer contra aquel monstruo que la ha violado sin el menor miramiento. Con las manos fuertemente atadas y amordazada, solo contaba con sus piernas para desafiar al atacante. Al principio lo ha intentado, pero han bastado un par de puñetazos en la cara para comprender que no tenía sentido resistirse.

Álvaro está exhausto, se tumba sobre ella para recuperarse. A lo lejos escucha el sonido de su móvil ante un nuevo mensaje. Se incorpora levemente hasta poner su cara junto a la de la mujer. La suya, un rostro satisfecho, pletórico; la de ella, arrasada en lágrimas y angustia.

—Si la próxima vez no te resistes, te haré daño de verdad. Si quieres que esto funcione, no puedes quedarte como un trapo, joder, tienes que patalear, gritar, intentar pegarme... —Le tapa la nariz con los dedos y aprieta fuerte—. Necesito sentir que nada de lo que hagas te va a librar. ¿Entendido?

Apenas puede mover la cabeza, aquella mano fuerte la inmoviliza y le corta la respiración. Las lágrimas han cesado, centrada solo en tratar de coger aire. Consigue mover levemente la cabeza, asintiendo.

—Así me gusta.

Se incorpora de la cama, se pone los pantalones y sale al salón para comprobar quién le escribe. Tuerce el gesto cuando ve que es Bruno. Tienen que hablar los tres, ahora. Proponen el reservado del club.

—Querida, me temo que tengo que salir un momento. El deber me llama.

Se asoma a la habitación mientras termina de ponerse el abrigo. La chica sigue en la misma posición, medio desnuda, con la ropa desgarrada.

—Vendré en un rato para seguir con la fiesta, no te preocupes. Mejor no intentes moverte ni hacer nada raro, ¿vale? Está todo lleno de cámaras y al menor movimiento los hombres de Bruno entrarán para ocuparse de ti. Y créeme, esos son unos salvajes, no te gustaría. Nos vemos luego, reina.

V

Pregunto en la recepción del hospital por Samuel Galindo. No tienen ni idea de quién es. Cuando digo que lo trajeron los bomberos de madrugada, una enfermera situada en segundo plano cae en la cuenta.

—Está en observación, creo que en el box catorce.

Me indica la dirección y avanzo rápida por el pasillo hacia una puerta que da acceso a los boxes, cubículos divididos por cortinillas. Localizo enseguida el que me interesa y abro la cortina. La cama está vacía.

—Perdón —intercepto a un médico—, ¿sabe dónde está este hombre? Lo trajeron ayer.

Él mira el informe que cuelga de la camilla.

—Pues, según esto, debería seguir aquí, tiene varias pruebas pendientes. Y la silla de ruedas también. Voy a avisar a los compañeros por si saben algo.

Este último comentario se queda algo difuso, en la lejanía, pues toda mi concentración está puesta en una fotografía colgada en la pared, justo sobre la cama. Está impresa sobre un papel arrugado y ofrece el primer plano de una mujer a la que no conozco. La chica mira a la cámara sonriente, orgullosa de su melena pelirroja.

VI

¿Puede un hombre en silla de ruedas escaparse de un hospital sin que nadie lo vea? Pues por muy imposible que parezca, la realidad es que sí.

La mayoría de las cámaras de seguridad del hospital son exteriores, graban los jardines adyacentes, el aparcamiento, los accesos privados. Hay alguna interior, sobre todo en la recepción y en las entradas a zonas restringidas, como farmacia, quirófanos, pero el resto del edificio está custodiado por una colección de agentes privados que se dedican a merodear por los pasillos. Estoy esperando que el jefe de seguridad termine de chequear las grabaciones, a ver qué me cuenta.

Conclusión: parece que el tío se ha librado de un incendio y ahora de un hospital.

Salgo a la calle con un café de máquina para fumar un cigarro. Un cartel anuncia que es una zona libre de humos, pero creo que excluye a los agentes que persiguen criminales.

Me siento en una repisa y observo con detalle la fotografía que Galindo ha dejado en la habitación. No tengo la menor idea de quién es la chica, pero no me gusta nada que haya irrumpido así en nuestras vidas. Es obvio que el profesor quería que la encontráramos, pero no consigo adivinar por qué. Se la he enviado a Beltrán por el móvil para que la circule en la brigada y ver si consta como desaparecida.

Suena mi teléfono, es Vera.

—¿Estás con Galindo?

—Se ha largado del hospital.

—¿Qué? ¿Cómo es posible?

—En eso estoy. ¿Qué tal por ahí?

—Es un sitio espeluznante, la verdad. Una mole de hormigón en mitad de la nada. La chica estaba metida en un cuartucho, en el sótano del edificio, ni en un millón de años la habríamos encontrado.

—¿Es la víctima de 2004?

—Estoy convencida. Dos detalles relevantes: el sello de lacre...

—¿Igual que los demás?

Parece dudar.

—Supongo que sí. Lo llevamos a la brigada.

—¿Y el otro?

—Huellas de neumáticos correspondientes a dos coches distintos. Están en el perímetro, aparcaron bastante separados uno del otro. Ya he hablado con Tráfico para ver si podemos sacar algo de las cámaras de la autopista.

—Una mierda vamos a sacar. Además, las huellas de coches son una solemne pérdida de tiempo. Así que no tenemos nada.

—Salvo que una tiene una muesca, como si tuviera algo pegado en la rueda delantera derecha, y se parece mucho a una que encontraron en la gasolinera.

—Eso ya es otra cosa. Pásame la fotografía.

Aquí dudo si contarle lo de la chica pelirroja. Es obvio que debo hacerlo, quizá incluso la conoce, pero sigue habiendo una parte de mí que desconfía del mundo entero y, más aún, de Vera Durán.

Cuando me decido a darle las novedades, me fijo en un minibús que aparca frente a una puerta lateral del complejo y del que comienzan a bajar algunas personas en silla de ruedas, ayudadas por el conductor y un par de celadores. En el cartel veo que la puerta se corresponde con Rehabilitación y el vehículo lleva rotulado el nombre de una asociación de personas con discapacidad.

Cuelgo a la abuela sin mayor miramiento mientras bajo la cuesta que me separa del minibús, dispuesta a comprobar una idea espontánea que se me acaba de ocurrir. El conductor es un hombre mayor, de aspecto amigable. Le enseño la placa y me presento.

—¿Hace este recorrido muy a menudo?

—Pues depende del día. Nos ocupamos de varios centros y depende de los horarios de rehabilitación de la gente.

—¿Hoy es su primer trayecto?

—Qué va, el segundo. Los lunes son días de jaleo. A las siete y media he traído al primer grupo y a las nueve los he devuelto a casa. Me queda este y luego otro por la tarde.

Las posibilidades no son muy altas, pero quién sabe.

—Por casualidad no habrá llevado de vuelta a un hombre en silla de ruedas que no es de ningún centro, ¿verdad?

—Pues mire, sí, ha sido mi buena acción del día. Espero no haberme metido en un lío, pero llevaba un rato esperando un taxi y,

como tenía hueco, lo he acercado al centro.

Bravo, Renata. Estas son las noticias que me alegran el día y que me permitirán alardear un buen rato ante mis compañeros.

—¿Dónde lo ha dejado?

VII

Samuel Galindo es plenamente consciente de que la huida de un hombre en silla de ruedas tiene las horas contadas. No tardarán en encontrarle, o bien los chicos, o bien la policía, que al final viene a ser lo mismo. Así que en las últimas horas no ha perdido el tiempo.

Pasó un buen rato observando el incendio antes de que apareciera el primer camión de bomberos. Fingió perder el conocimiento para evitar las preguntas y asegurarse el traslado a un hospital. En urgencias ha preferido mostrar una clara mejoría, para evitar un sinfín de pruebas inútiles, y lo han dejado en observación para ver la evolución. Ha estado un par de horas tranquilo, meditando los siguientes pasos, ha disfrutado del desayuno y ha pedido a un amable celador una silla de ruedas para ir al cuarto de baño.

Antes de marcharse ha colgado la foto de la chica. Es lo único que se llevó de la casa, ilustraba una de las paredes de Chacal, junto a la imagen de Olivia Suárez. La chica pelirroja es la verdadera víctima del juego, quienquiera que sea.

Ha optado por colgarla en la pared, consciente de que la policía no tardaría en llegar. Confía en que Renata la encuentre antes que Vera.

Con ayuda de la silla de ruedas, ha abandonado la sala de urgencias y se ha dirigido hacia el área de rehabilitación. No está improvisando, sabe que hay personas con problemas de movilidad que acuden casi todos los días a realizar sus ejercicios. Lo vio en un anuario que compró del centro.

A partir de ahí, es cierto que la suerte o la casualidad han jugado a su favor. Un minibús adaptado con un par de plazas libres y un conductor servicial le han permitido salir del hospital. Siguiente obstáculo superado.

Las calles se iban sucediendo una tras otra y Samuel buscaba la oportunidad para poder apearse del minibús. Obviamente, no podía decirle al conductor que lo llevara a su destino, así que ha tenido que volver a improvisar. Le ha pedido bajar cuando ha visto un local de la Cruz Roja con varias ambulancias aparcadas fuera. Una vez solo, ha entrado para pedirles amablemente si podían llamar a un taxi especial y en apenas unos minutos estaba subiendo la rampa trasera de uno.

El taxi no tarda en llegar. La iglesia de Nuestra Señora del Pilar, en plena calle Juan Bravo, se alza imponente junto a ellos. Paga y se apea del vehículo. Evita los escalones de piedra gracias a una rampa lateral y entra decidido. El templo lo recibe en silencio, con las luces apagadas y apenas un par de personas rezando en los bancos.

Circula hacia la sacristía preguntándose por qué nunca ha sido creyente. Envidia la serenidad que transmite el templo y siente cierta empatía hacia el rostro angustiado que muestra el Cristo crucificado.

Pregunta por Adrián Montero a un feligrés sentado en un banco, con aspecto de llevar allí desde la construcción del templo, y le indica un confesionario con una luz verde.

Comprueba que no haya nadie, se coloca junto al reclinatorio y entona un inquieto «Ave María Purísima».

VIII

Están en el reservado de su club privado. Álvaro prepara unos cafés en una máquina que reposa sobre una repisa. Bruno está sentado mientras Íñigo camina de un lado para otro. Esperan que entre Sergio en cualquier momento, está fuera haciendo unas llamadas e intentado averiguar qué ha pasado.

—Tenemos que dejarlo, hay que pararlo aquí... —murmura Íñigo, incapaz de quedarse quieto—. Llamar a nuestros abogados y preparar una estrategia.

—No nos precipitemos, Íñigo, ten calma.

—¿Calma? —Pega un golpe en la mesa—. Joder, Bruno, te

recuerdo que me llamaron a declarar y me preguntaron por el profesor. Y el tío ha quemado la casa y se ha fugado.

—¿Y si acude a la policía? —pregunta Álvaro—. ¿Y si el puto profesor está ahora mismo declarando?

—No lo creo, sabe que está Vera de por medio y eso lo acojona —habla Bruno, calmado—. Armando me contó la conversación que había tenido con ella, algo le debió de decir, pero lo dejó callado.

—Es una mujer persuasiva.

La puerta se abre entonces y aparece Sergio, más serio de lo habitual. Aparcan la conversación para prestarle atención.

—¿Qué sabemos? —pregunta su jefe.

—Parece que el bueno de Galindo nos la ha jugado y bien. —Se sienta en una de las sillas vacías y coloca ante sí un expediente—. Llevaba tiempo planeándolo, debemos actuar rápido porque va varios pasos por delante.

—¿Qué ha hecho? —pregunta Íñigo, histérico.

—De alguna forma consiguió colarse en el ordenador que usted tiene en la sala Chacal.

—¿Cómo? —pregunta Bruno—. No sabe la contraseña.

—Pues la ha adivinado. Una vez dentro, accedió a la cuenta de Instagram desde donde usted encargó al chico que llevara la flor. Se las ingenió para entrar en los datos de la cuenta y modificar el correo electrónico de contacto. Puso antoniolopezz25, el mismo que tiene en su página de Facebook de Libros con Encanto, donde puso a la venta un ejemplar de *Los crímenes de la calle Morgue y otros casos de Auguste Dupin*...

—Que yo compré, no me jodas —salta Íñigo.

—La policía detectó la coincidencia y Renata Blasco lanzó el anzuelo al interesarse por el libro. Cuando Armando lo llevó a la librería Luciérnaga, porque ella pidió verlo antes de comprarlo, le estaban esperando. Le siguieron hasta la finca. Así es como dieron con él. Toda una estrategia para atraer a la policía a la finca.

Los tres meditan la respuesta. Conocen bien al profesor e intentan ponerse en su piel para averiguar qué trama.

—Creo que no contaba con Vera. —Bruno piensa en voz alta—. Sabía que se había jubilado y ya no estaba en la investigación.

Supongo que pensaba que tenía alguna conexión con nosotros y ha esperado para echarse en brazos de los nuevos agentes.

—Qué bien hice en proponerle a Vera que se dejara caer por la comisaría —responde Álvaro, orgulloso.

—Nos ha tendido una trampa, justamente él —afirma Íñigo—. ¿Y cómo un perdedor como él se hace de pronto experto en redes sociales?

—Ha comprado varios manuales a través de Amazon. Compraba tantos libros que supongo que Armando dejó de revisarlos.

—Puto inútil. Se lo tiene merecido.

—Lo quemó vivo —sentencia Sergio y se hace el silencio en la sala —. He revisado las grabaciones de seguridad de la casa, se conservan en la nube. Lo encerró en su cuarto y lo quemó sin piedad.

—Un puto genio —concluye Álvaro—. Tanta novela...

Los tres mantienen una actitud expectante, impacientes, ni un atisbo de tristeza por su empleado.

—Bien, avancemos —dice Bruno por fin—. Sergio, ¿dónde coño está el profesor?

El jefe de seguridad se levanta y recoge el expediente.

—De momento no lo sé. La policía también lo está buscando. Al parecer los bomberos lo llevaron al hospital, pero se marchó antes de que apareciera Renata. Es cuanto sabemos. Tengo a veinte personas buscándolo y estoy moviendo todos mis contactos en la policía. Confío en dar con él antes que ellos. No ha podido ir muy lejos.

—¿Y qué hacemos cuando lo encontremos? —pregunta Íñigo.

—Ya veremos, tengo mis planes —sentencia Bruno—. Quizá nos venga bien para matar dos pájaros de un tiro. Dejadme los detalles a mí.

IX

Adrián comprende que aquello no es una confesión y decide actuar.

Sale del confesionario y se asoma al reclinatorio, donde encuentra un hombre decrépito que le lanza una mirada suplicante y derrotada desde su silla de ruedas. Es la imagen lejana y difusa de alguien que conoció en otra vida.

—¿Profesor? —susurra, incrédulo—. ¿Es usted?

—Pensé que no me reconocerías. Han pasado unos añitos, Adrián, pero tú, en cambio, te conservas igual.

—¿Qué hace usted aquí?

—Necesito hablar contigo en privado.

—¿Sabe Íñigo que está aquí?

—Obviamente no, si no ya estaría muerto.

La respuesta alarma al sacerdote. Contempla el recelo en la mirada de algún feligrés, así que decide sacar al hombre de allí. Lo ayuda empujando la silla y caminan hacia la sacristía. No hablan una palabra hasta encerrarse en un pequeño despacho. Adrián se sienta en una butaca frente a Samuel.

—¿Quiere tomar algo?

—El tiempo corre en mi contra.

—Dígame en qué puedo ayudarlo.

—Lo primero, trátame de tú y libérame del usted. Hace tiempo que no me lo merezco y los dos estamos mayores para esas formalidades universitarias.

—¿Y lo segundo?

—Eres al único al que conozco. Los escuché un día hablar de ti y así supe que te habían destinado a esta parroquia. Pensé que, si un día reunía el valor para escapar y enfrentarme a ellos, recurriría a ti.

—¿De dónde has escapado?

—Es una historia larga de contar, pero abreviaré: llevo encerrado más de veinte años en una finca a las afueras de Madrid, custodiado día y noche, sin posibilidad de escapar. Engañado, lisiado, torturado... Resumo usando el argot de tu profesión: digamos que durante todo este tiempo Dios se ha olvidado de mí.

—Estoy horrorizado, Samuel, te juro que no sabía nada.

—¿Nunca te lo contaron?

—Obviamente no, al contrario. Me dieron a entender que los ayudabas con los crímenes del librero, que preparabas con ellos los

detalles de los secuestros.

—Y eso es verdad muy a mi pesar. Son muy persuasivos cuando quieren. Solo me atreví a negarme una vez, al principio de todo, y mira cuáles fueron las consecuencias. —Se señala las piernas—. Durante este tiempo, cada cuatro años los ayudo a buscar un autor en el que basarse para preparar la búsqueda, los acertijos, las pruebas de su maldito juego. —Samuel reprime el llanto que atenaza su garganta—. Ojalá hubiera sido un hombre fuerte, valiente; ojalá hubiera dicho que no y afrontado las consecuencias.

Adrián se sonroja ante el último comentario. Bien podría haberlo dicho él mismo.

—¿Cómo has conseguido escapar?

—Eso es lo de menos, lo importante es que estoy aquí y necesito tu ayuda.

—¿Y qué puedo hacer por ti?

—Tenemos que acabar con ellos.

—¿Perdón?

—Salvador, tú y yo somos los únicos que conocemos la verdad, víctimas de esos tres salvajes. Solo nosotros podemos acabar con ellos.

—¿Y cómo?

—Tenemos que reunirnos con Salva, si es que sigue vivo.

—Sí, es un periodista muy conocido, tiene un periódico digital, según tengo entendido le va muy bien.

—Pues mejor todavía.

—¿Y por qué no vas a la policía?

—Esa era mi intención, pero luego entendí que no serviría de nada. ¿Nunca te has preguntado por qué no se les ha acercado durante todo este tiempo?

Adrián se levanta de la silla y camina nervioso por la habitación. Necesita unos instantes para asumir la información, para asimilar tanta maldad. De no tenerlo allí delante, de no comprobar con sus propios ojos lo que han hecho con aquel pobre hombre, no podría creerlo.

Samuel sigue sus pasos, suplicante, exigiendo una respuesta, incitándolo a una acción que no está seguro de poder emprender.

—No tardarán en llegar, Adrián, necesito saber si podrás ayudarme. De lo contrario, cuanto antes me vaya, mejor, para mí y para ti.

Adrián no es un hombre valiente, no le importa reconocerlo. Lo supo treinta años atrás, cuando decidió callar en lugar de denunciar a los tres asesinos. En todo ese tiempo ha tenido la tentación de rebelarse contra sí mismo, de imponerse a su propia debilidad, de actuar..., pero nunca ha encontrado el momento. A cambio, y como un intento de compensarlo, ha dedicado su vida a los demás, a transmitir bondad, justicia, misericordia. Siente una nueva punzada de vergüenza, le cuesta reconocerlo, prefiere no hacerlo.

Incluso en su faceta de sacerdote, lo único decente que ha hecho en su vida, ha contado con la mano oculta de los tres amigos. Se preocuparon desde el principio de que tuviera los apoyos necesarios para prosperar; de que, aun en la tranquilidad de la vida consagrada, tuviera bien presente que estaban allí. Nunca les pidió nada, por supuesto, pero tampoco lo rechazó. Los donativos que engordan las cuentas de sus parroquias —y que le granjean la admiración de sus superiores— no son fruto de la generosidad de los feligreses, sino del entramado de sociedades y fundaciones de Íñigo, Álvaro y Bruno. Pagan así su silencio, su complicidad. Son sus particulares monedas de plata.

—Vámonos de aquí.

X

Ane y Amanda han quedado en una cafetería del centro. Se saludan con un beso, piden dos cafés y se sientan en la terraza.

—¿Qué tal tu semana con mi maridito? —pregunta Amanda.

—Pensé que iba a ser más divertida, la verdad —miente Ane—. Pero tengo mucho trabajo y él ha estado de aquí para allá. No nos hemos visto mucho. ¿Y tú? ¿Qué tal con Bruno?

—Lo mismo que tú. Total, que se intercambian las vidas y a lo único interesante que tienen, que somos nosotras, ni nos tocan.

Ane sonríe ante el comentario y da un sorbo al café para tragarse los remordimientos. Pero tiene que centrarse. Ha quedado con Amanda para contarle lo que vio, para buscar una explicación a por qué Íñigo tenía el rostro de Olivia Suárez en su ordenador antes de que se denunciara su desaparición.

Ha intentado hablar con Álvaro, pero le ha sido imposible. Hoy por la mañana él le ha enviado un mensaje para decirle que se acababan los juegos de la confianza y que volvería a casa por la tarde después de pasarse por el trabajo.

—Verás, Amanda, hay algo... —La forma pausada de arrancar la frase, tan distinta a la verborrea rápida de Ane, pone a su amiga en guardia—. No sé cómo decírtelo ni lo que puede significar, pero no puedo guardármelo. Quería hablar con Álvaro para ver qué piensa, pero no lo he conseguido.

—¿Qué ha pasado? —El temor a una posible infidelidad amenazan la sonrisa de Amanda.

—El otro día, creo que fue la noche del jueves, volví a casa tarde después de una cena de trabajo. Me encontré a Íñigo dormido en el despacho.

—Se queda dormido en cualquier parte —responde ella, inquieta.

—Sí, bueno, la cuestión es que tenía en la pantalla del ordenador la biografía de Olivia Suárez sacada de la página web del despacho donde trabaja.

Amanda intenta evitar que el alivio se refleje en su cara. Estaba convencida de que aquella Ane dubitativa se preparaba para una confesión más íntima.

—¿Y?

—Pues que no se había anunciado públicamente su desaparición y, por lo que pude ver luego, ni siquiera la policía lo sabía.

Amanda toma la mano de Ane sobre la mesa y le ofrece una sonrisa tranquilizadora.

—Tranquila, querida, que mi marido no es un asesino. Y sé de lo que hablo. El domingo casi me da un infarto cuando encontré algo en su cuarto de los puros: tenía guardadas todas las inscripciones que el librero había dejado cuando secuestraba a las chicas, entre ellas la última, lo de los doce que vieron no sé qué.

—De los doce que vieron, soy el cuarto.

—Eso. La cuestión es que lo tenía también antes de que lo publicaran los medios.

Ane no entiende nada. Un indicio como ese, sumado al suyo, harían que Íñigo sudara sangre en un interrogatorio policial.

—Llegué a desmayarme y todo cuando lo descubrí. Me tuvo que llevar Bruno a la cama. Bueno, pues resumiendo, nada de nada.

—¿A qué te refieres?

—¿Conoces a Salva Guzmán?

—¿El tertuliano?

—Sí, debe de ser un periodista famoso. Conoce a Íñigo desde la universidad. La cuestión es que se ha dedicado toda la vida a la investigación de los crímenes del librero y comparte sus averiguaciones con Íñigo. Debe de tener buenos contactos en la policía y le dan mucha información. Se lo manda para que lo ayude a procesarlo.

Ane necesita unos instantes para asimilar la información. Suena bien, verídico, una duda razonable que desmonta su acusación. Excepto por...

—Pero la policía no sabía quién era Olivia Suárez cuando él la buscó en el ordenador.

Amanda le suelta la mano y se recuesta en la silla con los brazos cruzados, poniendo distancia ante aquella duda que la incomoda.

—¿Estás segura? La policía no va diciendo por ahí cómo va la investigación, igual ya lo sabían para entonces. O quizá te has equivocado de fecha. ¿Seguro que fue el jueves?

—Sí, seguro. —Aunque lo cierto es que no lo está, tiene que repasar la agenda.

—En todo caso, ahí tienes la explicación. Si quieres, le digo que nos presente un día a Salva y lo hablamos con él.

—No, tranquila. —A la sospecha generada por la imagen de Olivia en el ordenador, se une la frase que encontró Amanda. A Ane la coartada de Salva se le antoja algo rocambolesca—. ¿Estás segura?

—Ane, que hablamos de Íñigo, mi marido desde hace un siglo. Tú lo conoces también y sabes que es un pedazo de pan, incapaz de hacer daño a nadie. ¿No crees que, si fuera un asesino en serie, algo

habría notado? Lo conozco mejor que él a sí mismo y confío al cien por cien.

La imagen de los dos desnudos sobre la cama convierte la confianza de Amanda en una mera ilusión. Si antes Ane tenía alguna duda, ahora las tiene todas.

XI

Dejo el coche mal aparcado frente a la puerta de la iglesia. Salgo como una exhalación y entro en el templo.

No he tardado en dar con ella. Con un par de agentes, he recorrido la calle donde el conductor del minibús dejó a Galindo, hasta que un compañero ha entrado a preguntar en la Cruz Roja. Tardamos un poco más en encontrar al taxista, pero finalmente dimos con él. Lo dejó en este lugar hace menos de dos horas.

El interior de la iglesia permanece prácticamente vacío. La recorro rápido, de arriba abajo, pero no hay rastro de Galindo. Veo la puerta de la sacristía y me cuelo dentro.

Casi me doy de bruces con un hombre a punto de salir. Pregunto por Adrián Montero y me indica que debe de estar confesando. Me señala un confesionario y corro hacia él.

Nada. Compruebo el resto por si acaso, pero están igualmente vacíos. El hombre se muestra extrañado, habían quedado para comer después de las confesiones. Hace una llamada para intentar localizarlo, pero no contesta. Me facilita el número de Adrián por si tengo más suerte. Se lo envío a un compañero de la Tecnológica con un escueto mensaje: «Urge localización. Crímenes del librero. Lo necesito ya». No tengo mucha fe en que me den una ubicación, pero no pierdo nada.

—¿Sabe si tiene coche? —pregunto al hombre.

—Sí, un Citroën. Ahora que lo dice, me ha extrañado no verlo en el aparcamiento.

—¿Conoce la matrícula? ¿Modelo? ¿Color?

—Claro, es un coche de la parroquia. Deme un momento y se lo

digo.

Cinco minutos después salgo de la iglesia; afuera está Vera, recién llegada del centro comercial abandonado. Antes de dirigirle una palabra, enciendo un cigarrillo y termino de enviar el mensaje a Beltrán con la descripción del coche. Se ocupa de hablar con Tráfico para intentar seguirlo a través de las cámaras. Confiamos en saber algo pronto.

De momento, solo puedo fumar.

—¿Igor?

—Ha querido hacer una comprobación por su cuenta. Algo sobre el sello.

—¿Qué le pasa?

—No sé, pero hay algo que le ha llamado la atención, no me lo ha querido decir. Es Igor... ¿Se sabe algo del cura?

—Desaparecido. Debería estar confesando, pero nada, tampoco coge el móvil. Estamos intentando rastrearlo.

Me siento en la escalinata para disfrutar del cigarro. Vera hace lo mismo.

—Ahora que la chica ha aparecido —le digo—, ¿cuál es tu plan?

Me mira extrañada.

—¿A qué te refieres?

—La urgencia de la investigación ha terminado, toca trabajo de hormiguita, lento, tedioso... No sé, quizá quieras volver a tu vida normal.

—Mi vida normal es más aburrida que cualquier investigación tediosa.

—No digas eso, mujer, que seguro que te lo pasas muy bien con tu nieta. ¿En qué trabaja tu hija? No será policía, ¿verdad?

—No, no ha seguido el camino familiar, a Dios gracias. Es analista de inversiones en un banco extranjero.

—Joder, suena a mucho dinero.

Sonríe sincera, creo que por primera vez.

—Sí, no se puede quejar.

—¿Estudió aquí?

—No, en Boston. —Me lanza una mirada rápida, parece dudar—. Le dieron una beca, tuvimos suerte.

Suena mi teléfono. Es Igor.

—Dime que estás en un tren de mercancías rumbo a San Sebastián —sugiero.

—¿Y quién coño iba a trabajar entonces? Ven a la comisaría, he descubierto algo.

XII

La tarde se ha echado encima cuando Salva entra en Los Nogales, una residencia para sacerdotes. Las dudas sobre aquel encuentro han estado a punto de llevarlo de vuelta al coche, pero ha logrado vencer la resistencia y preguntar por Adrián en la entrada. Una parte de él, en lo más recóndito de su alma, quiere darle una oportunidad a la decencia que perdió hace siglos.

La salita es sobria, acorde al lugar, con varias sillas pegadas a las cuatro paredes y una mesita en el centro. Se sienta y espera leyendo correos en el móvil.

La puerta se abre y aparece primero Adrián. A lo largo de los últimos años ha coincidido con él en alguna ocasión, así que la sotana impoluta que viste no le genera sorpresa. El sacerdote se hace un lado para dejar pasar a Samuel Galindo.

Salva no puede evitar un gesto de asombro al comprobar el perjuicio que los años han ocasionado al profesor. Su aspecto decrépito y derrotado, postrado en la silla de ruedas, evidencian una vida complicada.

Los siguientes quince minutos los dedican a hacer un breve repaso de sus biografías, al menos la parte pública. Adrián y Salva omiten la ignominia de su silencio, que resulta todavía más cobarde ante el testimonio de Samuel, un hombre encerrado y tullido por intentar rebelarse. Cuando terminan sus respectivas exposiciones, se hace un silencio pesado en la sala: asimilan esos casi treinta años sin verse.

Finalmente es Salva quien rompe las reflexiones.

—¿Qué hacemos aquí, Samuel?

—Como le dije a Adrián, somos los únicos que podemos acabar

con ellos.

Salva sonríe sarcástico.

—Me temo que no es tan fácil. Aunque lo intentemos, y a la vista está que no parecemos un grupo muy prometedor, no podemos olvidar el poder que tienen. Hay muchas más posibilidades de acabar muertos que de causarles la menor turbación.

—Pues asumamos el riesgo —sigue Samuel—, pero dejemos de vivir así.

—¿Y qué propones?

—No tenemos pruebas, más allá de nuestro propio testimonio. Pero creo que juntos tendremos la suficiente fuerza como para convencer de la veracidad de nuestro relato.

—La veracidad de nuestro relato... —Salva sopesa aquellas palabras y las consecuencias que tendrían en sus vidas—. ¿Sabes lo que eso significa? Joder... —Se frota la cara y trata de recolocar los mechones engominados de su cabello—. Denunciarlos supondría... ¿Habéis calibrado realmente las consecuencias? Permitidme hablar con franqueza, porque creo que estamos en momentos muy diferentes como para enfrentarnos a esta situación. En tu caso, Adrián, bueno, digamos que sería un sacrificio por la verdad, una expiación de los pecados, una entrada al paraíso. No te ofendas. En tu caso, Samuel, es una venganza por todos estos años horribles más que merecida. Pero... —Mide las palabras, no quiere excederse en sinceridad—. Pero ninguno en realidad tiene nada que perder. Esa es la verdad. Por mi parte, estoy casado, tengo dos hijos, un negocio...

—Manchado de sangre —lo interrumpe Samuel.

—... al que he dedicado mi vida entera.

—Y no lo pongo en duda, Salva, en absoluto. Pero estoy convencido de que, cuando te acuestas por la noche y solo te escuchas a ti mismo, a lo lejos, muy a lo lejos, hay una voz que te dice que esto no está bien.

Los ojos de Salva se humedecen y debe hacer un esfuerzo para no emocionarse. Esa voz de la que habla no solo irrumpe por las noches, también durante el día, a cualquier hora, y no suena lejana, sino potente y atronadora.

—¿Y si nos damos un poco de tiempo? Olivia Suárez se ha escapado, está sana y salva con sus padres. Eso quiere decir que tenemos cuatro años por delante para...

—Olivia no es la víctima —sentencia Samuel—, era un señuelo, una distracción. Y no se ha escapado, Bruno la ha dejado marchar.

—¿Qué dices? —pregunta Adrián, alarmado.

—Hay una chica, pelirroja, ojos claros, muy bonita. No sé quién es porque Bruno no quiso compartir conmigo esa información. Tan solo he visto una fotografía. Pero ella es la verdadera víctima.

Aquella noticia no la esperaban y deja a los interlocutores en un completo silencio. Salva se masajea las sienes tratando de calmar el dolor de cabeza. Adrián entona en su interior una oración por aquella mujer desconocida.

—Salva, tú eres especialista en comunicación. Quizá podamos dar una rueda de prensa, hacer una entrevista, utilizar tu reputación en los medios.

Salva se levanta, necesita espacio, tiene que respirar y pensar en todo aquello, necesita salir de aquella habitación que lo agobia con sus propias miserias.

—Dadme... Tengo que pensar, necesito tiempo.

—Esa chica no lo tiene.

Mira a los ojos suplicantes del profesor.

—Eso es verdad, no lo tiene. Creo que somos mayores para engañarnos. Si esa chica no está ya muerta, no hay Dios en el cielo que pueda salvarla.

Salva sale de la habitación sin despedirse, dejando la última frase como un presagio que los otros no quieren asumir.

—Y ahora ¿qué hacemos? —pregunta Samuel—. No puedo creer que todo el esfuerzo para salir de allí vaya a quedar en nada.

—Llamará, ya lo verás. Necesita tiempo para procesarlo. Y lo que ha dicho es cierto: no tenemos nada que perder, él sí. Pero llamará. Ten fe.

XIII

Varias evidencias reposan sobre la mesa de reuniones. Igor está frente a ellas, como un vendedor ambulante.

—Voy al grano. Había algo en el sello de lacre del cadáver del centro comercial que me parecía diferente, así que lo comprobé con los demás. Y, por supuesto, mi intuición no me ha dejado en mal lugar. Es el utilizado con Maca en 1996 y Sandra Vila en 2000. En el caso de Lara, año 2008, es otro, el mismo que aparece junto al cadáver de Mar Rivas cuatro años después. En el caso de las siguientes víctimas, Claudia y Virginia, es distinto a todos los anteriores.

—¿Estás seguro? ¿No es el mismo? —pregunto asombrada.

—No. Fíjate.

Tiene una carpeta con varias fotografías, todas ellas primeros planos de las frentes de las víctimas. Las agrupa en tres bloques. Me acerco a comprobarlo y tiene razón. A simple vista pueden parecer iguales, pero tanto el tipo de letra como el contorno no son exactamente iguales.

—Entonces, si te he seguido bien —pienso en voz alta—, tenemos tres sellos diferentes. Este de aquí para las primeras víctimas. —Voy señalando los montones—. Este de aquí lo usa con Lara y lo deja junto a Mar. ¿Y este de aquí es el que utiliza con Claudia y Virginia?

—No, este es el que hemos encontrado en el depósito de Olivia, también diferente al resto.

—Todo esto ¿está corroborado?

—He llamado a un forense amigo mío, ya jubilado, gran hombre, y le he pasado las fotografías. Me lo ha confirmado sin ninguna duda.

—Por otro lado, es lógico —dice Vera—. Cuando los deja tirados, como en el caso de Mar, la desconocida y Olivia, compra otro después.

—Excelente aportación, Vera. —El hombre está disfrutando de su minuto de gloria—. Antes de venir he hecho mis averiguaciones. Hay cuatro negocios que fabrican este tipo de sellos aquí en Madrid. He hecho algunas llamadas hasta que he dado con alguien interesante: una tienducha en la calle de la Aduana, cerca de la Puerta del Sol. Un local indecente, viejísimo, creo que la mismísima Isabel la Católica hizo grabar su sello allí. Pero el hombre me ha dicho cosas

interesantes.

Me siento mientras oigo el relato, porque al chuletón le gusta escucharse. Entretanto observo los objetos que se desperdigan sobre la mesa. Tres sellos de lacre con la palabra exlibris en mayúsculas, un soplete, el grillete de Olivia y un par de microcámaras.

—Me ha asegurado con su conocimiento centenario que este de aquí, el primero, está hecho en Pamplona, en un negocio ya extinto llamado Ezpeleta. Este de aquí, el segundo, se lo encargaron a él. Fue hace años, quince por lo menos, y, obviamente, no recuerda nada del comprador, pero sí el encargo por una razón que os diré enseguida. Y este último, el de Olivia, asegura que es una mierda, comprado en internet.

—Joder, qué exactitud. ¿Cómo es posible?

Cojo el primero y el segundo y los sopeso uno en cada mano. A primera vista, parecen idénticos.

—Primero porque son cuatro pelados los que se dedican a esto en toda España y se conocen. Segundo, por el tipo de letra. Obviamente, se adaptan a los gustos de los clientes, pero si no les dan preferencias, cada fabricante suele utilizar un estilo propio, una tipografía diferente. Al menos antiguamente. Este de aquí —dice alzando uno de los sellos— se corresponde con la tipografía utilizada habitualmente en la fábrica de Pamplona y este de aquí, con la de Madrid.

—¿Y por qué recuerda el encargo? —pregunta Vera.

—Por esto.

Coge uno de los sellos. Junto al mango sobresalen dos palitos metálicos muy juntos. Comienza a desenroscar uno de ellos.

—Estos palitos se corresponden con los puntos de las íes de exlibris. Se pueden quitar y poner.

Cojo uno y hago el ejercicio de quitarlo.

—¿Y para qué? —pregunto extrañada cuando lo desenrosco por completo.

—Y yo que coño sé. ¿Quieres también que te dé la dirección del asesino? Treinta años con esta investigación y yo en una semana os traigo esto. No es una crítica, Vera, no te enfades.

—¿Y el último, el de Olivia? —pregunta Vera.

—Rompe el patrón. Comprado en internet. No se desenrosca, es un sello normal y corriente. Una mierda, según el hombre.

Nos falta información y por eso no conseguimos encajar todas las piezas. Pero si antes tenía solo una intuición, ahora cada vez lo tengo más claro.

—Olivia no es la víctima.

—¿Perdón? —preguntan al unísono.

Si quiero contar con su ayuda para impulsar la investigación, no puedo ocultárselo. Saco del bolsillo una copia de la imagen de la chica pelirroja y la coloco sobre la mesa.

—Antes de fugarse, el profesor dejó esta foto en la pared.

Los dos se abalanzan para contemplar el rostro de la chica.

—¿Quién es? —pregunta Igor.

—Ni idea. ¿La reconoces?

Vera niega con la cabeza.

—Sospecho que es la verdadera víctima, no Olivia. Por eso no es el auténtico sello del librero, simplemente porque no es la víctima.

—¿Un imitador?

—No lo creo. La habría violado y matado en tal caso. Tiene que ser él —pienso en voz alta—. Por alguna razón, la secuestró, la encerró, le desafió con el soplete y el sello, consciente de que no se lo iba a grabar, sino de que iba a intentar escapar.

Vera levanta el grillete.

—La argolla que la unía a la barra no es precisamente muy gruesa. Tenía la resistencia justa para que no pudiera romperse de un tirón, pero podía fundirse.

—Pero, a ver —Igor se sienta—, pregunta uno: ¿para qué asumir el riesgo de un secuestro, con todas las molestias, solo para dejar que se escape? Pregunta dos: ¿y si no hubiera podido salir? La chavala se libró por los pelos, estuvo a punto de ahogarse.

—Supongo que era una especie de juego. —Trato de componer las preguntas—. Si lo lograba, estupendo, y si no, pues daba igual.

—Lo que nos lleva al último sello, el que no tenemos, el que va a utilizar con la esta pobre chavala.

—Tuvo que comprarlo después de dejar este de aquí junto a Mar

Rivas.

—Eso es, en 2016.

—¿Y te ha dicho dónde ha podido hacerse uno nuevo? —le pregunto a Igor.

—Sí, pero no te va a gustar: en Roma. Pero tranquila, que ya me he puesto manos a la obra.

XIV

Vera lleva un rato revisando el expediente de la muerte de Kiko Blasco, el padre de Renata. Se lo ha entregado un compañero esa misma tarde y estaba deseando llegar a casa para leerlo. Aunque es tarde y le pesan los párpados, se ha pasado las dos últimas horas leyendo los detalles de lo ocurrido hace quince años.

De entre toda la documentación, tiene delante una breve nota que la Guardia Civil remitió al juez la mañana siguiente al asesinato, donde básicamente se resume lo que había ocurrido.

> A las 23.30 horas de la noche de ayer, D. Francisco Blasco accedió a su finca situada a las afueras de Toledo. Venía de una cena en un restaurante de la ciudad, donde había estado en compañía de unos amigos.
>
> Desde el portalón de entrada hasta la casa principal hay un camino privado de un kilómetro aproximadamente. A mitad del trayecto se detuvo, bajó la ventanilla y fue tiroteado.
>
> Dos disparos en la cabeza con un rifle de caza, a bocajarro. Muerte en el acto.
>
> El ruido alertó a los guardeses de la finca, cuya vivienda está situada próxima a la entrada. Cuando encontraron el vehículo, dieron la alarma y llamaron a la Guardia Civil a las 23.50 horas.
>
> En el momento del asesinato se encontraban en la finca doña Alicia, esposa del señor Blasco, y su hija Renata. También dos personas del servicio: Mariana Gómez y María Escobedo. Todas ellas dormían en el edificio principal. Por último, los guardeses,

Lucas Morales y Jacinta García, así como su hijo único, Benito.

A las 00.35 horas, la señora Jacinta García se percató de que su hijo no estaba en casa y alertó a los agentes que se habían movilizado. Se desplegaron por la zona en su búsqueda, en compañía de un grupo de vecinos de las fincas colindantes alertados por la noticia.

A las 02.15 fue encontrado el cadáver de Benito en un despeñadero conocido en la finca como el barranco del Carnero. Junto a él se encontraba el rifle de caza supuestamente utilizado en el asesinato. A lo largo del día se practicará la prueba de parafina para determinar si fue él quien disparó el arma.

No se descarta una caída accidental o el suicidio después de haber asesinado al señor Blasco. En lo alto del despeñadero había una manta, una linterna, dos velas y algunas provisiones.

Las zapatillas del chico se corresponden con las huellas encontradas en el frontal y lateral del vehículo, así como en el camino hasta su casa. En el ascenso al barranco apareció uno de los casquillos de bala utilizados con la huella dactilar de Benito.

Los padres refieren que era un chico especial, con una leve discapacidad intelectual que le imposibilitaba estudiar. Desde hacía unos meses realizaba junto a su padre trabajos de guarda de la finca.

La señora Blasco resalta la estima que le tenía la familia y el personal, pues se había criado en la finca.

El chico tenía acceso a las armas de caza que guardaban en el domicilio, entre ellas el rifle utilizado en el crimen.

Desconocen qué ha podido ocurrir. Benito era un chico pacífico que nunca había dado problemas y que mantenía una excelente relación con la familia Blasco, don Francisco incluido.

No hay testigos ni cámaras en la finca.

A la espera de la autopsia y las pruebas previstas, concluiremos pronto la investigación con la atribución del asesinato a Benito Morales García.

Hace casi quince años de aquel trágico suceso. Vera piensa que Renata tendría unos quince años, más o menos.

Hojea después el informe médico que constata la discapacidad intelectual del chico y el resto de pruebas que permitieron concluir sin ningún género de dudas que Benito asesinó a Kiko Blasco la noche del 20 de abril de 2010.

Vera se recuesta en la silla y reflexiona sobre lo que ha leído. A juzgar por la documentación, no hay nada que permita elaborar una hipótesis fuera de la tesis oficial, es un caso claro, de manual, bien llevado y concluido.

O casi.

En sus manos tiene un informe realizado por uno de los primeros agentes de la Guardia Civil que llegó a la escena del crimen. Debió de ser quien interrogó a la familia Blasco y a las empleadas que se encontraban en la casa en el momento del asesinato. Todas estaban durmiendo en sus habitaciones cuando se produjeron los disparos. Excepto una.

Una de las empleadas de la casa, Mariana Gómez, asegura que ha escuchado los disparos y ha estado una media hora asomada a la ventana sin poder dormir. A eso de las doce ha visto a lo lejos las luces azules del coche patrulla que acababa de acceder a la finca. Justo después le ha parecido ver también una luz, como de una linterna, acercarse a la casa desde el barranco del Carnero.

XV

Salva está solo en su despacho. No debe de quedar mucha gente en la redacción a esas horas, pero aun así ha cerrado la puerta con llave para evitar cualquier interrupción.

Lleva cinco Coca-Colas y algunos puros. Intenta buscar la inspiración que le permita afrontar la encrucijada en la que se encuentra.

De un lado, apostar por Adrián y Samuel y declarar la guerra a la maldad. Las consecuencias son imprevisibles, incluso devastadoras para su vida. La única que ganaría sería su conciencia, la tranquilidad de su alma.

De otro lado, seguir su camino como hasta ahora: con su destino unido a los tres malditos que nacieron para destrozarle la vida, vendiéndoles su alma a cambio de paz, dinero y éxito.

Ha tenido que reprimir varias veces un llanto que atenaza su garganta y siente la presión de la ansiedad como nunca.

¿Una rueda de prensa? Sería una locura. Se enterarían de la convocatoria y les bastarían unas llamadas para que no fuera nadie. ¿Una entrevista en directo? Ninguna cadena se prestaría. Quizá en *streaming*, en alguna plataforma. Cuenta con amigos a quienes podría interesarles la cobertura.

Pero ¿cuál sería el plan? ¿Contar que llevan casi treinta años ocultando la identidad del librero, permitiendo que varias chicas murieran asesinadas? En el mejor de los escenarios posibles, en el hipotético caso de que consiguieran convencer a los jueces y meter en la cárcel a Bruno, Íñigo y Álvaro, la justicia iría también tras ellos como cómplices, colaboradores, encubridores o el término legal que sea para castigar a los que ven y callan.

Abre otra Coca-Cola y la engulle. Tanta cafeína y azúcar no le están ayudando precisamente, pero no puede evitarlo.

Una chica pelirroja, de ojos claros... Su alegría por la huida de Olivia Suárez ha quedado enmudecida ante la aparición de una nueva víctima, desconocida, enfrentada a las locuras de sus tres patrocinadores.

Contempla la fotografía que preside su mesa. Es una imagen de su familia tomada en unas vacaciones. Su mujer y sus dos hijos sonríen a la cámara, felices, orgullosos de un padre que no merece su admiración.

Las lágrimas caen ahora a borbotones, ya no puede parar.

Antes de poder arrepentirse, coge el teléfono y llama.

MARTES

I

Estoy en terapia. A la una de la madrugada no queda nadie en el gimnasio y estoy tumbada en el sofá que Dimitri tiene en su despacho. Tengo una bolsa de hielo sobre el labio para intentar mitigar la hinchazón.

Al término de la tarde no pude resistir más la presión en la cabeza y requerí de tratamiento urgente. Mi querido terapeuta me propuso un candidato claramente sobrevalorado, los doscientos euros que se llevó le van a saber a poco, eso seguro. Se lo llevaron al hospital después de perder el conocimiento. Lo último que sabemos de él es que se recupera con normalidad y que ha pedido darse de baja en el gimnasio.

Le oigo ordenar cosas abajo. Ha subido hace un rato para ver si estaba bien y para echar un ojo a la herida del labio, que ha dejado de sangrar. Me ha echado una buena bronca por pasarme con el chaval —palabra que esta vez no ha sido intencionado—; me ha jurado por la Virgen de Căpriana que, si lo vuelvo a hacer, me echa del gimnasio; ha lanzado varias palabras en su idioma que no sonaban precisamente a piropos, y todo mientras me ponía hielo en el pómulo, una crema en la herida y hundía la bolsita de mi té en una taza humeante. No sé qué haría sin mi Dimitri.

No he tenido noticias de Igor y su búsqueda del sello. No sé si esa línea nos llevará a alguna parte, pero no perdemos nada. Tampoco hemos localizado el coche de Adrián Montero ni por supuesto al profesor, y eso que tengo desplegado un buen número de agentes para tratar de localizarlos. Y aun con todo, tengo esa reconfortante sensación de que nos vamos acercando, como si por fin siguiera el

rastro correcto que terminará llevándome a la presa —cualquiera que sea el animal que me encuentre.

Y entretanto lo único que tengo en la cabeza —sí, soy una obsesiva compulsiva— es la pasta de Vera Durán. ¿Una hija estudiando en Boston con una beca? No se lo cree ni ella. No te la dan para estudiar en Madrid como para pagar una de esas universidades millonarias. Nueva mentira, abuela, se va convirtiendo en una desagradable costumbre. Recuerdo también las fotografías que vi en su casa, con la niña en uniforme de colegio privado, montando a caballo, licenciándose. Y el adosado que, según Igor, cuesta una fortuna.

Así que cojo el móvil, ensayo mi voz con el labio hinchado y me atrevo a llamar.

—Hola, cielo —digo con voz melosa, aunque siempre me sale forzada y poco natural.

—Joder, Renata, qué susto me has dado. ¿Qué pasa? ¿Sabes qué hora es?

—Ay, sí, perdona, no me había dado cuenta.

—Te he dicho mil veces que me escribas antes de llamar, podría estar en casa.

—Es martes, sé que estás en Madrid.

—Bueno, a ver —parece relajarse un poco—, qué quieres.

Es un viejo amigo, uno de esos con los que quedas de vez en cuando para darte una alegría. Es guapo, amable, simpático, felizmente casado y, lo más importante, inspector de Hacienda. Recurro a él solo en situaciones de extrema necesidad —más o menos—, cuando necesito información urgente y el canal oficial me ralentiza. Vive en Zaragoza, pero de martes a jueves trabaja en Madrid.

—Mira que eres —le digo, me abrasa el labio cuando hablo—, ni que solo te llamara para pedirte algo.

—Solo me llamas para pedirme algo.

—Y luego bien que te lo cobras, así que no te quejes.

Lanza una carcajada.

—Eso no te lo discuto. Oye, es tarde y estaba durmiendo; en serio, ¿qué quieres?

—Un favorcillo de nada.

Cuando lo oye, opone resistencia, como siempre, pero no hay nada como una buena promesa para meterlo en vereda. Me llamará si se entera de algo.

Cuelgo y dejo el móvil en el suelo, junto al sofá. Ahora que la maldita presión ha desaparecido me embarga una maravillosa sensación de relajación. Cierro los ojos unos instantes, disfrutando de la paz y la seguridad que me ofrece el lugar. Saber que Dimitri está abajo, que cuida de mí, que estoy en un lugar donde no tengo que fingir ni interpretar un papel, donde se me quiere tal y como soy, con mis aristas, mis contradicciones, mis inseguridades... Noto una respiración pesada que se acompasa con unas pulsaciones cada vez más lentas.

En algún momento abro un ojo y veo que Dimitri me tapa con una manta. No sé si han pasado cinco minutos o cinco horas, tan solo noto el calor reconfortante acunando mi cuerpo.

—Descansa, nena, ¿sí?

II

Adrián toca la puerta de la habitación de Samuel.

—Pasa, pasa.

El profesor está ya vestido y preparado, mirando desde su silla las copas de los árboles por una ventana diminuta.

—Lo mío y las celdas empieza a ser una obsesión.

Adrián sonríe.

—Me acaba de mandar un mensaje. Está abajo. ¿Preparado?

Se miran esperanzados.

—Desde hace treinta años.

Salen de la habitación y caminan por un pasillo desierto. Adrián da grandes zancadas mientras Samuel avanza con dificultad. Llegan a un ascensor antiguo que tarda una eternidad en recorrer los pisos.

—Adelántate si quieres, no vaya a ser que se arrepienta.

Adrián baja los peldaños de dos en dos. Está nervioso, apenas ha

podido dormir desde que Salva los llamó ayer a última hora para confirmar que se unía a su particular cruzada.

No llegaron a concretar el plan, hoy lo harían, pero la opción escogida es una entrevista con un periodista reconocido y su difusión posterior a los medios y redes sociales. Confía en que el impacto de la noticia la convierta en viral en unos minutos. Hecha la entrevista, se esconderán en algún lugar seguro y pedirán auxilio policial. Lo que les depare el futuro a partir de ese momento ya es otro cantar.

Ha llegado la hora. No puede creer que después de tantos años, con tanto sufrimiento derramado por las pobres víctimas y sus familias, vayan a tener el valor de enfrentarse a la maldad.

Lo espera en la misma salita donde ayer desnudaron sus temores y miserias. Confía en que hoy la estancia adquiera un sabor a justicia y reparación.

Cuando abre la puerta, por un momento cree que se ha equivocado. Un hombre alto y fuerte, de espaldas, contempla la vista al jardín. Se da la vuelta y Adrián tarda un instante en reconocer aquel rostro.

—Buenos días, padre —dice Sergio.

III

—Buenos días, tesoro.

Íñigo abraza a Amanda sobre la colcha. Ella acaba de despertarse y está todavía desorientada, pero le reconforta la presencia de su marido. Lo besa con cariño.

—Me alegra tenerte de vuelta —le dice con voz somnolienta.

—Y yo de volver. Te he traído esto.

Señala una taza de café que reposa en la mesilla. Ella se recuesta y la toma con las dos manos.

—¿Tienes mucho trabajo hoy? —le pregunta Íñigo, sentándose en la cama.

—Como siempre. ¿Tú? ¿Vas a ir al hospital?

—En teoría es mi último día de vacaciones, así que había pensado en pasarlo con mi preciosa mujer si no tiene inconveniente.

—Claro que no, anulo lo que tengo. ¿Y qué plan tienes pensado?

—Bueno, pues nos damos un paseo por el centro, vamos a alguna librería, comemos por ahí, unas compras...

—Uy, uy, uy... Demasiado perfecto, algo tramas.

—Te he echado de menos, mi vida, solo eso. —Íñigo esboza una amplia y blanca sonrisa.

—Y yo a ti.

—Me he dado cuenta esta semana de que por nada del mundo cambiaría la vida que tenemos.

Contempla los ojos oscuros de su mujer y no tarda en percibir que algo le pasa. Gira la cabeza mientras trata de adivinar qué le ocurre.

—Cuéntame —le dice, confiado en que algo oculta.

—No es nada —responde Amanda.

—Cuéntame.

Ella da un sorbo al café, debatiéndose sobre si contarlo o no. En teoría, sus dudas quedaron disipadas con la explicación que le dio, no tiene sentido insistir, pero la conversación con Ane le impide pasar página.

—Ayer tomé un café con Ane.

Íñigo hace un esfuerzo sobrehumano para no transmitir la ansiedad que ha invadido su cuerpo. Una traición por parte de Ane le suena imposible, nada ganaría confesándole lo ocurrido, pero no se fía de nadie.

—¿Y? —Una sola palabra para evitar un tono tenso.

—Una noche te quedaste dormido con el ordenador encendido. Ella llegó tarde. Tenías en la pantalla la foto de Olivia Suárez...

—Como todo el mundo —la interrumpe.

—... cuando aún no se había publicado la noticia.

—Otra vez con eso, Amanda, ya te lo expliqué: me lo dio todo Salva. Joder, voy a llamarlo ahora mismo para que venga. Lo invitamos a cenar, que te lo cuente él si no me crees.

Ha utilizado un tono cada vez más alterado, ofendido por la duda que planea sobre él. Ha cogido el teléfono para buscar un número que no piensa marcar.

—No, no, espera, no lo llames, no quiero cenar con nadie esta noche. Teníamos nuestro plan romántico, ¿recuerdas? Ya quedaremos otro día. Se lo he explicado a Ane: si lo quiere entender bien, y si no, también. —Amanda deja el café en la mesilla y le rodea el cuello con los brazos. Le da un beso en los labios y le sonríe —. No te tenía que haber dicho nada.

—Claro que sí, me lo tienes que contar todo. Me has asustado. Pensaba que te habría contado que no ha podido resistirse a mis encantos y se ha colado en mi habitación todas las noches.

Ella sonríe y le tira del pelo hacia atrás.

—Entonces no te lo habría contado, directamente te la habría cortado.

—¿Y Bruno? ¿De verdad no ha intentado nada contigo?

—Nada en absoluto, debo de estar perdiendo encantos.

—Por cierto, tiene todavía sus cosas en el cuarto de invitados, a ver cuándo se las lleva. Y tus encantos, querida mía, están todos en su sitio.

Acaricia el cuerpo de su mujer, ella se sienta a horcajadas sobre él y se besan.

—Y ahora vamos a comprobar cómo ha vuelto mi maridito de energía.

IV

La puerta del ascensor se abre y Samuel sale con entusiasmo, deseoso de encontrarse con Salva y dar comienzo a la venganza. Tantos años viviendo encerrado, angustiado; es hora de devolver una mínima parte del sufrimiento que le han causado y eso le hace sentirse vivo, como hacía siglos que no experimentaba.

El pasillo es ancho y oscuro, flanqueado por varias puertas con habitaciones en completo silencio. Se dirige a la única que está abierta, desde la que surge una conversación. A medio camino escucha con claridad una voz que reconoce, una voz que no debería estar allí. ¿Qué hace allí? Se detiene de inmediato. No le hace falta

escuchar ni una palabra más para saber que el plan se ha venido abajo, que Salva los ha traicionado, que ha preferido avisar a sus tres amos antes que lanzarse contra ellos.

Sergio acaba de truncar cualquier atisbo de esperanza, cualquier opción de victoria.

Reacciona rápido por pura supervivencia: por nada del mundo regresará al horror. Se da la vuelta y se dirige al ascensor. Aprieta el botón, pero las puertas antiguas se abren con parsimonia, ajenas a su pavor.

Justo antes de entrar, echa una ojeada rápida al pasillo. Sergio acaba de salir. Escucha el resonar de sus pasos cuando pulsa el botón del segundo piso varias veces seguidas para animar el cierre de puertas. Cuando comienza su ascenso, siente una ligera tregua, aunque sea momentánea.

Las posibilidades de huida en silla de ruedas, en mitad de una residencia de curas, son francamente remotas, pero no dejará de intentarlo. Buscará ayuda, alguien acudirá en su auxilio.

Maldice a Salva con toda su alma. Podría, simplemente, haberse echado atrás, podría haberles dicho que no se unía, que era una locura, que se suicidaran solos, pero no tenía ninguna necesidad de traicionarlos, de condenarlos a muerte, de sumar un peso adicional a su conciencia.

El ascensor se detiene. Las puertas comienzan a abrirse y agarra fuerte las ruedas para girarlas con toda su voluntad. No tiene ni la opción de moverse. Dos hombres vestidos de traje lo esperan.

V

Estoy a merced de un sueño agitado, sinsentido, violento, como cada vez que cierro los ojos. Las pesadillas me acompañan la mayor parte de mis noches, demonios que vienen conmigo a la cama desde que era niña. Al principio me aterraban, pero con el paso de los años he logrado acostumbrarme y ahora se me hace raro dormir del tirón tras una noche sosegada.

A lo lejos se escucha el sonido de un móvil, pero mi mente sigue en otro lugar. Corro por un bosque, asustada, nerviosa, huyendo de algo que no puedo ver en una noche violenta y angustiosa. Una y otra vez miro mi mano, cerrada fuerte en un puño, para comprobar que sigue ahí mientras sigo corriendo y corriendo por el sendero. Es un sueño recurrente, no hay semana que no vuelva a caminar por esa vereda. Pero un móvil sigue sonando y es molesto. Solo es una melodía perdida en otra dimensión, pero poco a poco va tomando forma y volumen. Tardo unos instantes en percatarme de que es mi teléfono, de que no estoy en un bosque, sino en el sofá de Dimitri. Salto de un brinco.

La luz de la mañana se cuela por el despacho y muestro un gesto de desagrado. Juraría que había cerrado los ojos solo unos minutos.

Encuentro el teléfono en el suelo, aprieto el botón y suelto un patético «hola».

—Joder, ¿dónde estabas? —brama Beltrán y con razón—. Han localizado el coche de Montero. Te paso la dirección.

VI

Guantes. Es el detalle en el que se ha fijado Samuel y no es nada bueno.

—Con todo lo que hemos hecho por ti.

Bruno contempla a Samuel Galindo, que permanece tumbado en la cama, despojado de la camisa, expectante al desenlace sin mover un solo músculo. Está en la misma posición desde que los dos hombres del ascensor lo han llevado de vuelta a su habitación y lo han tumbado allí. Luego ha entrado Bruno y los han dejado a solas.

Los guantes que lleva en pleno junio no son una buena señal, eso lo tiene claro.

—Te hemos alimentado, cuidado, vestido, te hemos llenado de libros, ¡libros! Tu gran pasión, maldito desagradecido, miles de libros a tu alcance. ¡Y los has quemado!

Sus ojos oscuros tienen un brillo inquietante, Samuel no es capaz

de descifrar si está apenado o excitado ante lo que está por venir.

—Sin hablar del bueno de Armando. Quedarte allí quieto, escuchando como se quemaba, oyéndolo gritar, con lo bien que se ha portado contigo durante todo este tiempo. No tienes corazón, profesor, eres un ser despreciable.

Mira a su alrededor, como si se percatara por primera vez de dónde se encuentra. Observa los escasos objetos que adornan el exiguo habitáculo.

—Y luego eso de juntarte con Adrián y Salva para intentar traicionarnos. Estoy consternado, Samuel, no sé qué pensar. En algo hemos fallado contigo, eso está claro. Pero oye, no hay mal que por bien no venga. Tu alianza con Adrián me ha dado una idea fantástica, el colofón a mi gran juego. Supongo que al menos eso podrás llevarte.

Bruno tiende de pronto una mano hacia el rostro de Samuel. Él aparta la cara, por instinto y miedo, pero el otro persiste y termina acariciándole el pelo.

—Ya ves, viniste a nuestras vidas por escribir un guion cojonudo, ¿recuerdas? *Sirena varada*. Una obra de arte, lo mejor que has escrito en tu vida. Y te despides ahora ofreciéndonos el mejor giro que podíamos imaginar, y contigo como protagonista. Eres un genio, maestro, eso no te lo quita nadie.

Mantiene la mano pegada a la mejilla de Samuel, que lo mira petrificado, incapaz de reaccionar ni moverse. Suenan dos golpes leves en la puerta antes de abrirse. Sergio entra sin decir nada y le tiende un objeto. Es un crucifijo sencillo, de madera, el mismo que adornaba hasta hace unos instantes la pared de ese cuarto, sobre la cama.

Sergio sale con el mismo sigilo que ha entrado. Bruno se quita entonces la gabardina. El atuendo que lleva despeja cualquier duda: la sotana que viste anuncia no solo su destino, sino también el del pobre Adrián.

—En fin, profesor, muy a mi pesar, va siendo hora de concluir la clase.

VII

Recojo a Igor a mitad de camino. Es el único que me ha cogido el teléfono. Vera lo tiene apagado. Introduce con dificultad su inmenso cuerpo en mi coche.

—Joder, niñata —dice al verme la cara—, ¿qué cojones te ha pasado?

Aprieto el acelerador para llegar cuanto antes y evitar conversaciones incómodas. En el gimnasio de Dimitri no tenía mi set de maquillaje tapa abolladuras y he tenido que contentarme con lo que llevaba en el bolso, un poco de base y colorete.

—No me lo digas, ¿otra detención? —dice con sorna.

—No, esta vez ha sido un armario. No me di cuenta y me lo comí.

—Sí, claro, y yo soy modelo de Calvin Klein.

—¿Averiguaste algo del sello?

—No sé qué juego te llevas, pero deberías pensar en dejarlo. —Él sigue a lo suyo, mirándome como si fuera una extraterrestre—. ¿Te ha visto un médico esa herida? ¿De qué va todo esto, niñata? ¿Peleas callejeras? ¿Novio celoso? ¿Te va el sado?

—Lo que me irá será meterte una hostia en toda la cara como no te centres. —Fina y elegante, a veces no me reconozco—. El sello.

Suspira sonoramente.

—Todavía no, estoy en ello.

No tardamos en llegar a la residencia Los Nogales. Entramos en el recinto y encontramos bastante ajetreo en el aparcamiento. Varios sacerdotes se reúnen en corrillos, algunos visiblemente nerviosos. Pero soy yo la que se altera al ver un coche de la Policía Local junto a la puerta. Nos detenemos junto a él y salimos del vehículo.

Se nos acerca un hombre mayor, mirándonos asustado.

—Policía Nacional —anuncio—, ¿qué ha pasado?

Suspira aliviado cuando ve mi placa.

—Una tragedia, una tragedia terrible... Sus compañeros acaban de llegar. Están arriba. Los hemos llamado tan pronto lo hemos encontrado.

—Estamos buscando a Adrián Montero.

—Usted y todos.

Precede la comitiva y entramos en el edificio. Diseño antiguo, techos altos, suelo oscuro de mármol, mucha madera, gotelé abultado. El silencio retumba y ofrece una estampa inquietante.

—¿Viven muchos aquí?

—Somos veintidós sacerdotes residentes, aunque el número varía casi cada día. Solemos acoger hermanos de otras localidades que vienen a Madrid a pasar unos días.

Subimos unas escaleras a un ritmo inferior al que me gustaría, pero el hombre sube escalón tras escalón sujeto a la barandilla.

—¿Adrián Montero vive aquí?

—No, pero vino ayer a pasar la noche. Lo conozco desde hace años, es buen amigo mío y me pidió el favor de que lo acogiera.

—¿Vino solo? —pregunta Igor.

—No, no, vino con un amigo suyo, y ese es precisamente el problema.

Alcanzamos el segundo piso, donde se abre un pasillo alargado y desproporcionadamente ancho. Junto a una puerta abierta hay un par de policías locales. Uno de ellos vocifera a través de la radio que cuelga de su hombro.

—¡No se acerquen! —dice el otro nervioso, caminando hacia nosotros.

Saco la placa y me identifico. Noto cómo reprime un suspiro de alivio al comprobar que están a punto de poder marcharse.

—Horrible —me dice—. Yo no entro ahí ni loco, todo vuestro.

El sacerdote mayor se queda atrás, incapaz de acercarse. El policía de la radio ha anunciado nuestra llegada y parece relajarse. Todos se apartan, esperando nuestro encuentro con la tragedia.

Igor y yo avanzamos hacia la puerta abierta.

VIII

Vera permanece oculta tras una columna. Está nerviosa, como siempre que quedan. Afortunadamente no ocurre casi nunca, una o

dos veces al año como máximo, y siempre son encuentros rápidos, furtivos, incómodos.

Ha apagado el móvil para evitar tener que mentir. Si algo ha aprendido los últimos días es que Renata es una de las mujeres más inteligentes que ha conocido, capaz de detectar una mentira a varios kilómetros de distancia. Dirá que se quedó sin batería como única excusa, espera que funcione.

La puerta de la cafetería se abre y lo ve aparecer. Da un sorbo al café, pero le tiembla un poco el pulso y prefiere dejarlo sobre el plato.

Hace amago de levantarse, pero él coloca una mano en su hombro y le da un par de besos.

—Me alegro de verte, Vera —dice Álvaro, sentándose a su lado en un angosto espacio.

—Y yo.

—¿Cómo va todo? El otro día casi no pudimos hablar, andaba con mucha prisa.

—No te preocupes, mi vida de jubilada no ofrece muchas novedades.

—¿Tania?

—Muy bien, liada como siempre, pero contenta con el trabajo y la niña.

—¿Qué tal tu nieta?

—Para comérsela. Crece muy rápido. ¿Tus hijos? ¿Tu mujer?

—No me puedo quejar.

Se miran evaluando el siguiente paso en la conversación. Los primeros compases son siempre los más sencillos, se limitan a un repaso rápido de sus respectivas vidas. A partir de ahí planea enseguida el verdadero motivo de la cita.

—Estarás contenta con la aparición de Olivia Suárez. Quizá el librero no es infalible, quizá incluso este haya sido su último viaje.

—¿Tú crees?

Vera le lanza una mirada escrutadora, tratando de analizar sus gestos, su postura, la cadencia de sus palabras. Busca la verdad en un hombre que, al menos para ella, no representa más que sombras.

—¿Y por qué no iba a creerlo? —responde él.

¿Álvaro Díaz de Arcaya es el librero? Es la pregunta del millón. Son infinitas las ocasiones en que se lo ha planteado durante los últimos treinta años y nunca ha conseguido acercarse a la verdad. Puede ser él, puede estar ayudando al auténtico asesino, protegiéndolo. Pueden ser muchas cosas, pero lo que tiene claro es que en cualquiera de ellas Álvaro tiene algún tipo de implicación.

Todas las veces que intentó investigarlo tímidamente, sin levantar revuelo, la llevaron a un callejón sin salida. En un par de ocasiones estrechó el cerco, pero siempre con pruebas circunstanciales que no descifraron la verdad. Y por si fuera poco, en ambos casos, además, recibió uno de esos avisos que obligan a pasar página y seguir adelante.

¿Es el librero? Solo ruega a Dios que no lo sea para poder aliviar, siquiera levemente, el tormento de su conciencia.

Vera suspira hondo y saca del bolsillo la copia de una fotografía. Se la muestra.

—¿La conoces?

Es una fracción de segundo nada más, pero los ojos de Álvaro lo delatan, se congelan de pronto al contemplar la imagen. Sus pupilas se dilatan durante un segundo, lo suficiente para que Vera se percate.

No ha podido evitarlo, lo ha pillado por sorpresa. Hace tan solo una hora la tenía desnuda bajo su cuerpo, indefensa, tratando desesperada de zafarse de un atacante que no le dejaba margen de actuación. Rebeca había obedecido en el segundo asalto y planteado cierta resistencia inútil con las manos esposadas. Pero al menos le permitió disfrutarlo más, no le pone nada hacerlo con una muñeca inerte.

Pensar en ella, postrada en la cama, exhausta, asustada ante un nuevo encuentro, le genera una corriente de excitación incluso allí sentado, en plena cafetería anodina. Pero la fotografía lo cambia todo. Si pretendía alargar la celebración de su victoria unos días más, ya puede olvidarse.

—No la he visto en toda mi vida. ¿Quién te la ha dado?

—Renata. —Llevan apenas unos minutos de conversación y ya se

le está haciendo agobiante—. La dejó Samuel Galindo en el hospital antes de desaparecer. Te lo dije. No es una agente normal, nunca he conocido nadie igual. Nada la va a detener, va a llegar hasta el final. —Por un momento duda si pronunciar o no la frase más dolorosa de su vida—. Y a ella no la podrás parar como a mí.

IX

Samuel Galindo está tumbado en la cama boca arriba, con el torso desnudo cubierto de una sangre todavía brillante. Tiene un crucifijo de madera incrustado en el pecho que se alza como un estandarte del horror.

Entro en la habitación para comprobar que está muerto. No hace falta tocarlo, es bastante evidente. Además del agujero en el que reposa el crucifijo, tiene varias heridas oscuras y profundas por todo el pecho, de las que emana también un olor nauseabundo a vísceras y carne.

No es una imagen agradable para presenciar a primera hora y sin haber desayunado.

Igor le toca el rostro.

—No está muy frío, a este le han dado boleto hace poco.

Salgo de la habitación. Los dos agentes municipales siguen la escena impertérritos. Unos pasos más allá, espera paciente el sacerdote anciano. A mi alrededor, al menos una veintena de puertas cerradas.

—¿Alguien ha visto algo? —pregunto al sacerdote.

—Nadie. Esta ala es para los invitados, y esta noche solo estaban Adrián y su amigo.

—¿Cuál es la habitación de Adrián?

—La que está al lado —dice señalándome la que tengo a mi izquierda—, pero está vacía.

Justo antes de abrirla, veo que la manilla tiene una mancha de sangre. Miro al suelo y encuentro también un par de gotas. Con cuidado abro la puerta y, en efecto, está desierta. La cama está

arrugada, como si se hubiera tumbado encima. Nuevas salpicaduras de sangre en el suelo. Un pequeño cuarto de baño a la izquierda. Hay restos de agua en el lavabo, seguro que encontraremos un intento desesperado de limpiarse la sangre.

—Cuando hemos venido y hemos visto todo esto —me dice uno de los agentes—, les hemos preguntado si había salido alguien del edificio. Un sacerdote que está abajo nos ha dicho que un coche blanco se había ido hacía unos minutos.

—El coche de Adrián —murmuro.

Salgo de la habitación y marco el número de Beltrán. No suena ni un pitido cuando lo coge.

—Jefe, urgente: hay que seguir rastreando el coche de Adrián Montero. Se ha ido hace unos minutos, no puede andar lejos. Tengo aquí a los municipales, voy a darles la descripción para que se movilicen.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Luego te cuento los detalles, pero tenemos a Galindo fiambre en una de las habitaciones. Con un crucifijo clavado en el pecho.

—Qué poético todo —murmura Igor.

—Joder, esto no para —brama Beltrán—. Quédate allí hasta que mande refuerzos, averigua lo que puedas. Yo me ocupo del operativo. Te cuelgo.

Me dirijo hacia el sacerdote mayor, que permanece atento. Hay un par de detalles que necesito conocer.

—¿A qué hora apareció ayer Adrián Montero?

—Al mediodía.

—¿Habló con alguno de ustedes? ¿Hicieron algo especial?

—No, qué va, estuvieron encerrados en una salita hasta la noche. No quisieron cenar con nosotros. Se acostaron pronto. La verdad es que parecía nervioso, preocupado por algo. Con lo dicharachero que es habitualmente, ayer estaba raro.

No tiene mucho sentido. Galindo acude a la iglesia a ver a Adrián, y en lugar de irse a casa de este se vienen aquí, a esconderse del mundo y de sus propios compañeros. ¿Para qué?

—¿Tienen alguna cámara de seguridad?

Niega con la cabeza, sorprendido por la pregunta.

—¿Alguien en la recepción?

—Esto es una residencia de curas, señorita, aquí no nos hace falta recepción. La gente entra y sale a su antojo, están en su casa.

—¿Quién lo ha encontrado?

—Yo mismo. Vine a buscarlo para ver qué plan tenía. Como no había nadie, entré en la habitación de su acompañante y así es como descubrí al pobre hombre.

—¿Había alguien por aquí a esas horas?

—No, que yo sepa. Los residentes estábamos en misa.

—He visto que no trajeron maleta ni nada.

—Eso es cierto. Le dije a Adrián si quería que les dejáramos aunque fuera un pijama, pero no quiso. Han debido de dormir con la misma ropa.

Improvisación. Se encuentran en la iglesia y se refugian aquí. Suena a huida, a esconderse de alguien.

Doy instrucciones a los dos policías locales para que cooperen en la búsqueda. Les doy la descripción del vehículo y la dirección de la iglesia donde oficia Adrián. Quién sabe, quizá haya vuelto allí, aunque no tiene ninguna pinta.

Vuelvo a entrar en la habitación de Galindo y lo contemplo por última vez.

—Opción uno —digo para mí misma, aunque Igor permanece escuchando a un lado—. Los dos vinieron huyendo de alguien. Quienquiera que fuera, los encontró y los mató. En ese caso, ¿dónde está Adrián?

—Quizá solo quería matar al profesor, quizá Adrián lo traicionó.

Puede ser.

—Opción dos. Adrián se carga a Galindo y se marcha.

—Raro. ¿Para qué coño vienen aquí, repleto de posibles testigos? Si lo sacó de la iglesia en su propio coche, podría haberlo llevado a cualquier lugar apartado. En el estado en el que estaba no tenía más que haberlo despeñado.

—Opción tres. Estaban esperando a alguien.

Nos tomamos unos instantes para pensarlo. ¿A quién? ¿Íñigo Osorio tal vez? Habría que comprobarlo.

—Me voy —anuncia Igor—, te dejo aquí con este marrón. Voy a

ver si averiguo algo más sobre el sello. ¿Y Vera?

—Ni idea. Salgo contigo, necesito un pitillo.

Fuera nos espera la misma comparsa de sotanas, expectantes ante el devenir de los acontecimientos. Acaban de llegar dos coches más de policía y una furgoneta sin rotular de la Científica.

—Me voy a pillar un taxi por ahí; si quieres algo, me avisas —vocifera Igor.

Lo veo alejarse hacia la puerta antes de que pueda ofrecerle mi coche. Cosa que, por otra parte, no tenía ninguna intención de hacer.

Saludo a los compañeros mientras me fumo un cigarrillo en cuatro caladas profundas. Les doy instrucciones rápidas para que puedan comenzar.

Me aparto un momento para llamar a Vera. Sigue apagado. ¿Dónde coño está? No es que me importe demasiado, pero si quiere formar parte del equipo, lo mínimo es estar localizable, y si no lo está, comienzo a mosquearme.

—Agente. —Una voz tímida, sensible. Tengo un sacerdote relativamente joven a mi lado—. Quizá no tenga nada que ver con todo esto, pero ayer vino una persona a visitar a Adrián Montero.

Los ojos se me agrandan como platos. He desestimado el testimonio de toda esta panda. Vamos a tener que hacer interrogatorios individuales.

—Ya le digo que quizá no tenga nada que ver...

—Eso déjemelo a mí.

—Pero ayer, a eso de las seis de la tarde, me crucé con un hombre en la puerta que me preguntó por Adrián. Yo justo salía, que suelo dar misa de siete y media en...

—¿Y? —corto rápido.

—Perdón, sí, y lo llevé a una salita para que los esperara. Llamé a Adrián por el teléfono interno.

—¿Dijo su nombre?

—No.

—¿Le sonaba de algo?

—De nada en absoluto. Era un tipo gordito, con cara seria, un poco altivo... Ah, y engominado.

Y es la gomina lo que me hace reaccionar: Salvador Guzmán.

X

Álvaro acude a casa de Bruno en cuanto termina su encuentro con Vera. No puede esperar a compartir las novedades ni ellos a recibirlas. Lo esperan en la terraza. Bruno e Íñigo toman una copa bajo un enorme toldo que los protege de los envites del sol de junio.

Álvaro todavía no puede mirarlo a la cara. Es ver a Íñigo y recordarse disfrutando del cuerpo desnudo de su mujer. No quiere enfadarse, no puede dejarse llevar por un ataque de celos muy superior al esperado, pero de momento es incapaz de fijar la mirada en él.

—Malas noticias —anuncia nada más llegar—. Renata tiene una foto de Rebeca.

Los dos lo miran incrédulos, sorprendidos por la magnitud de la novedad.

—¿Qué coño dices? —exclama Bruno.

—Lo que oyes. El hijo de puta de Galindo dejó una fotografía suya en el hospital. Es un primer plano. ¿De dónde la ha sacado?

Bruno apenas necesita unos instantes para caer en la cuenta.

—De su propia casa, la tenía yo colgada en la pared de nuestra habitación, de Chacal. Pero, que yo recuerde, no había ningún dato.

—Cierto, no saben quién es, pero no tardarán en localizarla.

—Joder, teníamos que haber parado esto en su momento —se alarma Íñigo—, nos van a joder.

—Eso piensa Vera. Dice que Renata es imparable, que no hay forma de detenerla.

—Sí que la hay —afirma Bruno despacio, absorto en el tráfico del mediodía que ofrece la vista desde la terraza.

Álvaro alza las manos, incrédulo.

—¿Te las vas a cargar? ¿Esa es tu forma de pararla?

—Yo no, lo hará Adrián.

Los dos amigos necesitan dos minutos en completo silencio para

asimilar sus palabras. Íñigo se bebe de un trago la copa mientras trata de encajar las piezas.

—Adrián está en este momento en la casa de Renata, junto a Rebeca. El muy cerdo ha matado al profesor esta mañana. Sus huellas están en el crucifijo y su sotana está repleta de salpicaduras con la sangre de Galindo. Grabará la frente de Rebeca, la matará, y en ese momento irrumpirá Renata en la casa con idéntico destino.

—¿Y luego? —pregunta Íñigo.

—Adrián abrirá la ventana y se tirará antes de que la policía acordone la manzana.

—Uf —resopla Álvaro—, ¿crees que colará?

—Tal vez. Hay cosas que podríamos filtrar para darle más consistencia.

Los tres piensan en voz alta.

—¿No estuvo en la gala benéfica el año que conocimos a Rebeca? —pregunta Álvaro; los demás asienten—. Seguro que aparece en alguna fotografía.

—¡Espera! —salta Íñigo—, ¡tengo las grabaciones del corto! Podríamos seleccionar un par de escenas de *Sirena varada* en las que aparezca Adrián. Eso sí que sería un bombazo, la confirmación de que mató a Maca.

Bruno da un aplauso fuerte y sonoro; conforme lo piensa, más se convence.

—De puta madre —confirma—. Por cierto, después destruyes ese archivo que tienes, ¿eh? ¿Cómo se te ocurre guardarlo y en tu casa?

—¿Dónde mejor?

—En ninguna parte, quemado, fuera del mundo.

—Pues mira qué bien nos va a venir ahora, así que no te quejes.

Álvaro se levanta y se apoya en la barandilla para poder pensar sin tener que enfrentarse al rostro de Íñigo. Trata de evaluar la situación, de analizar los riesgos a los que se enfrentan cargándole a Adrián los crímenes del librero.

—Si la policía investiga a conciencia, seguro que encuentra contradicciones. Imaginad que cualquiera de los junios Adrián no estaba en Madrid.

—Da igual —sigue Bruno—, salimos de esta, que es lo que

importa. Y trataremos de reorientar la investigación con Vera en solitario.

—¿Y cómo traerás a Renata a la casa?

Bruno sonríe. Es la única parte del plan que tiene perfectamente clara. Sabe muy bien cómo hacer que vaya a su encuentro, aunque sea hasta el propio infierno.

XI

He tenido una bronca de mil demonios con la secretaria de Salva Guzmán. Se me ha puesto farruca defendiendo a su jefe. Que no estaba disponible en ese momento, me ha dicho, como si con eso consiguiera que me fuera a casa sin rechistar. Se ha puesto como una loca cuando he pasado junto al mostrador y he entrado en el despacho del jefe. De todas formas, tenía razón: no estaba.

Abajo me espera Igor en una cafetería. Vera sigue sin aparecer.

—¿Algún avance con lo del sello?

—Más o menos. Según el hombre con el que hablé, habría en este momento tres posibles tiendas que fabriquen sellos en Roma. Las tengo localizadas. Para llegar a ellas tenemos tres opciones. La primera, llamar a la Interpol y esperar unos quince años a que alguien se deje caer por ahí. La segunda, avisar a la embajada. Allí tenéis nacionales destinados. Buscamos uno dispuesto, y en un par de días, como mínimo, seguro que cumpliría su función. Y la tercera y última opción: Aitor.

—¿Quién?

—Un compañero de tráfico, gran tipo. De lo mejorcito que tenemos en la Ertaintza en cuanto a disposición. No es un lumbreras, no te voy a engañar, pero al menos le echa ganas.

—¿Y?

—Pues que está de vacaciones con la familia en Roma. Por tu mirada seguro que estás pensando que ha sido pura casualidad, ¿verdad, niñata? —Engulle la mitad de un cruasán que no le impide seguir hablando con la boca llena—. Pues no, en absoluto, es trabajo

policial, una mente que no descansa, siempre al acecho de cualquier oportunidad. Me lo encontré desayunando hace unos días en Donosti y me dijo que se iba de vacaciones. Así que lo llamé y le pedí el favor.

¿A que al final acabo cogiendo cariño al chuletón?

—¿Y tu Aitor Bond ha hecho alguna averiguación? —pregunto impertinente, no se me vaya a acostumbrar.

—Obviamente, no —se indigna—, el hombre está de vacaciones con su familia, tu investigación no es una prioridad para él, como te puedes imaginar, pero buscará un hueco para hacerlo, tú tranquila.

XII

Vera se pregunta qué demonios está haciendo allí y se arrepiente de haber llevado su curiosidad hasta ese apartamento triste y pobre.

Contempla cómo la mujer vierte agua caliente en una taza donde reposa una bolsita de té. Junto a ella está sentado su marido, que la observa detenidamente.

—Entonces, ¿es usted policía? —pregunta ella.

—Lo fui, a decir verdad, ahora mismo estoy jubilada, aunque colaboro con ellos en alguna ocasión.

—¿Acaso se ha abierto la investigación sobre nuestro hijo? —pregunta el hombre, confundido.

—No, no, de momento no. Es solo que me ha tocado hacer una comprobación de casos ya cerrados.

Lucas Morales y Jacinta García, los antiguos guardeses de la finca de la familia de Renata y padres de Benito, el chico que asesinó a Kiko Blasco, la miran sin terminar de comprender bien la situación.

—¿Llegaron a conocer el motivo por el que su hijo pudo matar al señor Blasco?

Han pasado quince años y la emoción todavía los embarga. La madre saca un pañuelo, anticipando la necesidad.

—Nunca, y créame que no hay un solo día en que no nos lo preguntemos —dice el padre—. Beltrán era un chico bueno, muy

bueno; las facultades que le faltaban las complementaba con amor, siempre sonriente, alegre, feliz en su mundo, pero feliz.

—No puedo creer que hiciera algo así —salta la madre—, no era propio de él usar la violencia. Era un niño buenísimo. Algo tuvo que pasar, algo...

—Habíamos cenado juntos ese día y estaba contentísimo. Estuvo viendo la televisión con nosotros. —La madre solloza en silencio—. Nos reímos con un programa que ponían, nos dio un beso antes de irse a la cama. Cómo íbamos a saber que luego...

—¿Tienen alguna teoría? —pregunta Vera.

Ella mira a su marido fugazmente, pero él niega con la cabeza.

—Y aunque la tuviéramos —concluye él—, no tendría ningún sentido perder el tiempo exponiéndola. ¿Para qué? ¿Acaso nos lo devolvería? ¿Traería de nuevo al mundo al señor Blasco?

—¿Siguen trabajando como guardeses?

—No, no. A los pocos días de la muerte de Benito decidimos marcharnos.

—¿Mantienen relación con la familia?

—Ninguna.

Vera da un sorbo a un té hirviendo y decide dar por terminada la conversación. Soberana pérdida de tiempo. Se levanta entonces y el matrimonio hace lo mismo. Les agradece su tiempo y se dispone a marcharse. Antes de hacerlo contempla las fotografías que engalanan una estantería, todas de Benito, como un triste homenaje a una vida corta.

—Esa se la hizo el mismo el día en que todo ocurrió —dice la madre—. Mire qué cara de felicidad, qué alegría. ¿Cree de verdad que tiene pinta de asesino? ¿Cree que esos ojos son los de alguien que va a cometer un asesinato solo tres horas después?

Vera piensa que tiene razón, que la sonrisa y la mirada de la fotografía denotan una inocencia sincera, una ingenuidad casi infantil. Y, sin embargo, tuvo el valor de coger una escopeta y volarle la cabeza al bueno de Kiko.

Agradece salir del edificio y caminar en silencio rumbo a su coche. Si Renata llegara a enterarse de que ha ido a visitar a sus antiguos guardeses para hablar de la muerte de su padre, le arrancaría la

cabeza y se la regalaría a su nieta.

—¡Señora!

Se sobresalta, no la ha oído llegar. Es Jacinta, que se ha envuelto en un abrigo para seguirle los pasos. Su rostro ya no denota una emoción contenida, sino que parece exaltada, nerviosa, fuera de sí.

—Él no quiere que hable del tema, ni que lo piense siquiera. Dice que los Blasco siempre se portaron muy bien con nosotros... ¡Y una mierda! Ni siquiera nos dieron una indemnización cuando pedimos marcharnos, nada de nada.

—Vaya, ya lo siento. —No sabe qué decir.

Vera tiene las llaves del coche en la mano para marcharse. No le gusta esa mirada que se clava en sus ojos ni el aspecto de trastornada de la mujer y prefiere poner tierra de por medio cuanto antes.

—Esa familia estaba endemoniada, créame. Malos, todos malos. Empezando por Kiko Blasco. No se crea lo que dicen de él en los periódicos, no es el hombre de negocios exitoso, el padre de familia ejemplar que pintaban. Era un ser deleznable. —Lo poco que conocía Vera de su perfil no encaja, desde luego, con esa descripción—. Y la niña... Ya sé que se hizo policía y todo eso, pero la niña...

—Dígame. —El interés de Vera se acrecienta.

—Una bruja malnacida, a esa tendrían que haberla investigado, una loca, una chiflada...

—¿Se refiere a Renata?

—Un demonio —no puede parar, coge carrerilla—, un monstruo sin sentimientos. Seguro que envenenó a mi Benito, pasaban mucho tiempo juntos, seguro que algo le hizo, seguro que...

—¡Jacinta! —le grita su marido desde la ventana—. Déjate de tonterías y sube de una vez, mujer.

Jacinta mira hacia arriba y se dispone a darse la vuelta. Antes, simplemente dice:

—Seguro que tuvo algo que ver. Esa niña estaba maldita.

XIII

Adrián despierta poco a poco. Un fuerte dolor de cabeza le impide abrir los ojos y necesita unos minutos para tomar conciencia de su propia existencia. Está tendido boca abajo sobre una forma inestable, resbaladiza. Tiene frío, respira con dificultad, algo roza su cara. Escucha un sonido muy cerca, pegado a su oreja, como un lamento, un quejido amortiguado. No entiende nada, pero una oleada de pánico empieza a apoderarse de la parte consciente de su cerebro; la otra parte permanece a oscuras, negándose a enfrentarse a la pesadilla.

Algo se mueve bajo su cuerpo, ahora de forma más violenta.

Cuando por fin abre los ojos, tan solo ve pelo sobre una almohada. Unos mechones pelirrojos pegados a su cara.

Trata de incorporarse, pero el cuerpo se resiste. Sus brazos están extendidos y atados por las muñecas. Levanta la cabeza y la ve: bajo su cuerpo está el de una chica que lo mira con unos ojos aterrados, arrasados en lágrimas. Tiene la boca amordazada, igual que él. Pueden gimotear, pero no decir nada inteligible.

Toma consciencia de que está desnudo, ella también. La superficie resbaladiza sobre la que está tendido es el cuerpo de la chica, que trata de zafarse del peso de Adrián. Intenta mover las caderas, empujarla con las piernas, pero está atrapada bajo la desnudez sudorosa del sacerdote.

Ella trata de decirle algo con la mirada, hace señas con la cabeza y balbucea palabras incomprensibles. Le cuesta procesar lo que dice, los engranajes de su cerebro no funcionan con normalidad, bloqueado como está por esa escena irreal.

Finalmente lo entiende: quiere que se giren cada uno hacia un lado, lo suficiente como para separar sus cuerpos y evitar que la siga aplastando con su peso. Ella se mueve ligeramente hacia la derecha, el hace lo mismo hacia el otro lado y cae boca abajo en la cama. La incomodidad de la postura no tarda en hacerse notar con calambres que atraviesan sus brazos extendidos, pero lo prefieren al contacto cuerpo a cuerpo.

Sigue el dolor de cabeza que le impide recordar cómo ha llegado hasta ahí. La última imagen que tiene es la de Sergio aferrándolo del brazo mientras abandonaban la residencia. Lo introdujeron en una furgoneta aparcada fuera del recinto y, una vez dentro, todo se cubrió de oscuridad.

Entonces cae en la cuenta: es la chica pelirroja de la que habló Samuel Galindo, la joven anónima que ha sufrido la tragedia de convertirse en la verdadera víctima de sus antiguos amigos.

XIV

La tarde se nos ha echado encima sin grandes avances. No hemos localizado el coche del Adrián Montero, de momento principal sospechoso de la muerte de Samuel Galindo. Si está o no implicado en los crímenes del librero será ya otro cantar, pero, en cualquier caso, hay que dar con él a toda costa.

Estoy en el Instituto de Medicina Legal, donde me ha citado Ricardo Cifuentes, forense encargado del informe de Samuel Galindo. No me ha querido anticipar nada por teléfono y no sé muy bien qué hago aquí. Estoy bastante segura de que ha muerto después de que le reventaran el pecho con un crucifijo, no sé si requiere de mucha más información el asunto.

—Gracias por venir, Renata. Podría habértelo enviado, pero me pareció importante que lo vieras en persona.

—¿Qué ocurre?

Recorremos en silencio varios pasillos hasta llegar a destino: una puerta con cerradura electrónica que se abre cuando el hombre coloca una tarjeta encima. Nos recibe una corriente de aire fresco y un olor desagradable a desinfectante. Es una habitación pequeña, antesala del laboratorio forense, en cuyo centro hay una camilla con nuestro Samuel oculto bajo una sábana blanca.

Entra con nosotros un ayudante del forense y ambos flanquean la camilla. Retiran la sábana con delicadeza dejando el cuerpo desnudo. Las heridas son visibles, agujeros oscuros y profundos

sobre una tez blanquecina. Las deformidades de las piernas son también evidentes.

—Como puedes apreciar —comienza en un tono académico—, presenta múltiples heridas penetrantes en la región torácica anterior. Han sido infligidas con un objeto de madera, de sección irregular, sin duda el crucifijo hallado en su pecho. Algunas lesiones son superficiales, se corresponden con las primeras, seguramente en un intento de evaluar la fuerza que necesitaba para matarlo. Esta de aquí —señala una sobre el pectoral izquierdo— perforó el esternón y alcanzó el ventrículo izquierdo del corazón. La hemorragia interna fue masiva y rápida.

Nada de esta descripción enciclopédica me sorprende.

—Ricardo, sin haber estudiado medicina, tenía muy claro que el crucifijo era la causa de la muerte. Dime que no me has traído hasta aquí para esto.

—Paciencia, subinspectora, paciencia. Me han llamado también la atención sus piernas. Ambas extremidades presentan secuelas óseas antiguas. Las articulaciones de rodillas y tobillos muestran fracturas consolidadas con deformidad grave. Son lesiones de hace años, no menos de quince.

—Iba en silla de ruedas. —Empiezo a cansarme de todo esto.

—Ya. Y ahora esto.

Hace un gesto a su ayudante y entre los dos dan la vuelta a Galindo poniéndolo con cuidado boca abajo. Cuando compruebo su cuerpo desnudo, entiendo lo que quería enseñarme: la espalda del profesor está repleta de marcas, parecen grabadas a fuego y dibujan un horrible jeroglífico de puntos y rayas.

—Y aquí la sorpresa. La espalda presenta múltiples lesiones de origen térmico. Cicatrices queloides y marcas de quemaduras de distintos grados, distribuidas de manera irregular a lo largo de toda la superficie dorsal.

—¿Están hechas a la vez?

—No, muestran diferentes etapas de cicatrización, algunas recientes, como esta de aquí, otras pueden ser de hace más de una década. Muy difícil de determinar con exactitud. Esto es lo que quería enseñarte.

—Gracias, Ricardo. ¿Me pasas el informe?

—Claro, dame un par de horas y te envío el provisional.

Suena mi teléfono. Sé quién es. Dudo si coger o no; en este momento, con esa espalda torturada delante de mí, lo que tiene que contarme no me parece una prioridad. Pero es un chisme que yo misma incité, así que lo cojo.

—Cuéntame, corazón —¿por qué sueno tan falsa cuando hablo en modo romántico?—, soy toda oídos.

—Esta vez vas a tener que esforzarte para compensarme.

No es propio de un inspector de hacienda hablar con tanto entusiasmo.

—Cuenta con ello. ¿Qué has descubierto?

—Por teléfono no. Te dejo una copia donde siempre. Te va a gustar.

XV

—¿Mariana Gómez? —pregunta Vera tras marcar varias veces desde hace media hora. Tiene un listado con números correspondientes a ese nombre y apellido, pero, o bien no le coge nadie, o bien no es la persona que busca.

—Sí, dígame.

La voz se corresponde con una mujer de unos cincuenta años, más o menos.

—Perdone que la moleste, soy Vera Durán —momento de duda, prefiere evitar dar muchas explicaciones—, inspectora de la Policía Nacional.

—¿Qué ha pasado?

—Oh, nada, nada, no se preocupe, está todo bien. Es una simple comprobación de unos casos antiguos, ya cerrados. Nada relevante.

—¿Qué caso?

—Estoy revisando el asesinato de Kiko Blasco.

—Oiga, creo que ya lo dije todo en su día y han pasado quince años.

—Lo sé, lo sé, y no quiero que piense que se va a reabrir ni nada de eso. Es una comprobación de expedientes, simple rutina. —La mujer suspira incómoda—. ¿Trabaja usted actualmente en casa de los Blasco?

—No, no. Después de lo ocurrido nos fuimos todos.

—¿Tiene alguna relación con la familia?

—Ninguna.

—¿Cuánto tiempo trabajó con ellos?

—Unos tres años, más o menos.

—¿Qué hacía?

—Un poco de todo. Éramos dos chicas para toda la casa. Limpiábamos, servíamos la mesa, recogíamos la cocina, vigilábamos a Renata... Un poco de todo menos cocinar, para eso tenían su un cocinero.

—¿Estaba interna?

—Sí, dormíamos allí.

—En el informe dice que después de los disparos, cuando llegó la Guardia Civil, usted vio una luz que provenía del barranco del Carnero.

—Ya, pero no tiene mucha importancia. Estaba asustada porque me había parecido escuchar unos disparos y me asusté más todavía cuando vi las luces de la policía por el camino.

—¿Y la luz del barranco?

Se toma unos instantes de reflexión, la respuesta no sale tan rápida como las demás.

—Bueno, no sé, me pareció ver algo entre los árboles. Desde la casa hay un pequeño sendero que se dirige hacia el barranco. Y por un momento creí ver una pequeña luz, ya sabe, que va y viene, la tapaban los árboles en realidad.

—¿Iba o venía?

—Venía a la casa.

—¿Y quién pudo ser?

—Ya le digo que lo más seguro es que no fuera nada, imaginaciones mías. Era tarde, estaba nerviosa y...

—En la casa estaban solo su compañera, la señora Blasco y la hija del matrimonio, Renata.

—Sí.

—¿Cree que pudo ser alguna de ellas?

—Mi compañera estaba en el cuarto de al lado. La desperté en cuanto vi a la policía.

—¿La señora Blasco?

—Dormida. Se inflaba a pastillas. Me costó un buen rato despertarla.

Y la pregunta del millón.

—¿Y Renata?

Y el silencio del millón. Tarda unos largos y lentos segundos en responder.

—Renata siempre dormía cerrada por dentro. Se despertó cuando el guardia civil aporreó su puerta.

—¿Cree que pudo ser ella?

—Yo creo que casi mejor cuelgo.

—Señora Gómez, no tienen nada que temer, es una simple comprobación de expediente y...

—Es que prefiero no pensar en ella, en realidad. Han pasado muchos años y desde luego vivo bastante mejor ahora que antes.

—¿A qué se refiere?

Respira fuerte, su nerviosismo se transmite con claridad.

—Esa familia era... Quizá eran otros tiempos, no lo sé, pero desde luego si hoy día un hombre tratara a su mujer como el señor Blasco a la suya, acabaría en la cárcel. Era un déspota, machista, violento... Una joya.

—¿Y Renata?

—Renata era... Renata era puro odio.

XVI

Salva se sube al asiento trasero de un coche con los cristales tintados. Está aparcado en la acera, en una bocacalle cercana al estadio Bernabéu. Íñigo lo espera impaciente, mueve la pierna sin parar. Salva piensa que está visiblemente nervioso, más impulsivo y

peligroso que nunca. Tiene que andarse con ojo.

—Aquí tienes tres vídeos para que los publiques.

—¿Qué son?

—*Sirena varada*, ¿lo recuerdas? Tú eras uno de los protagonistas.

A Salva no le gusta siquiera mantener el CD entre las manos.

—¿Y qué quieres que haga con esto?

—Ganarte un puto premio Pulitzer. Vas a mostrar al mundo quién es el auténtico librero.

XVII

Rebeca y Adrián escuchan cómo se abre la puerta de la entrada. Llevan un rato en silencio, sin apenas moverse y sin notar en los brazos más que un preocupante hormigueo. No saben cuánto tiempo ha pasado desde que Adrián despertara, es imposible discernir los minutos cuando cada segundo es un completo infierno.

Alguien ha entrado y camina con parsimonia por la casa. Cuando escuchan su voz, los dos sienten un estremecimiento.

—¿Hay alguien? —pregunta Álvaro con voz cantarina.

Los dos acrecientan sus respiraciones. Adrián gira la cara hacia la de la chica, que tiene los ojos cerrados, anticipando lo peor. Cuando Álvaro entra en la habitación y los ve en esa postura, no puede reprimir una carcajada.

—Jodido Bruno, mira cómo os ha dejado.

Aquella postura no es casual. La idea de Bruno es que el cuerpo de la chica rebose de muestras de ADN de Adrián. Nada mejor que tenerlos un rato piel con piel, intercambiando sudor y lágrimas. Eso tendría entretenidos a los forenses e investigadores y ofrecería lo que en las películas llaman una prueba concluyente.

—No me digas que no lo estás disfrutando, ¿eh, canalla? Como sois los curas.

No pueden moverse, amarrados por el miedo. Rebeca es la única que podría verlo, tumbada boca arriba, aunque prefiere no mirar.

—No me quedaré mucho tiempo. Rebeca, me hubiera gustado

prolongar nuestros encuentros, de verdad te lo digo, pero me temo que va a ser imposible. Circunstancias ajenas a mi voluntad me obligan a terminar con esto. Luego vendrá tu compañero Íñigo a charlar un rato contigo. Como perdedor que es, no podrá jugar contigo a los médicos, él se lo pierde.

Álvaro se sienta en la cama y Rebeca se mueve hacia el otro lado, pegándose a Adrián.

Se escucha de pronto un siseo agudo que invade la habitación con un olor metálico y áspero. Ha intentado mantener los ojos cerrados, pero aquello la obliga a mirar. Álvaro está de espaldas a ella manipulando un objeto. No le hace falta verlo para saber qué es.

Exlibris.

Durante la siguiente media hora, Adrián solo ha podido rezar. Ha tratado de estirar los brazos para poder romper la atadura y socorrer a la chica, pero le ha resultado imposible. Con las piernas ha intentado golpear a Álvaro cuando se ha subido a horcajadas sobre Rebeca, ha tratado de asestarle una patada y tirarlo de la cama. Como única respuesta se ha ganado un golpe en la cara que lo ha dejado aturdido. Con menos energía ha vuelto a intentarlo y por un momento lo ha hecho trastabillar. El segundo golpe le ha provocado un chasquido seco en la mandíbula y un destello blanco palpitando en las sienes.

A partir de ahí, solo ha podido encomendarse a la fe y pedir a Dios un auxilio que no ha llegado. Sus oraciones en voz alta han tratado de rivalizar con los gritos, lamentaciones y jadeos que ocupaban la otra mitad de la cama. Las convulsiones de la chica le han golpeado el cuerpo y arrasado el alma.

Todavía seguía implorando misericordia cuando Álvaro, exhausto por el esfuerzo, se vestía y se marchaba por última vez de la casa, dejando a Rebeca rota y su frente coronada por el sello de su victoria.

XVIII

—¿Dónde estabas? —le pregunto a Vera cuando aparece en la sala de la brigada.

—Perdona, me quedé sin batería. —Mirada esquiva y nerviosa, seguramente esté mintiendo—. ¿Y esto? —pregunta señalando las fotografías desplegadas sobre la mesa de reuniones.

—El profesor —anuncia Igor.

Los tres contemplamos las imágenes, que muestran la espalda del profesor. Ninguno es capaz de encontrar una explicación razonable a aquel jeroglífico.

Entra Beltrán con un expediente bajo el brazo. Tiene aspecto de cansado, empieza a pesarle la investigación, como a todos. Se queda observando también las fotografías.

—Esta es la famosa espalda —dice con gesto asqueado—. Dios santo. ¿Qué significa?

Lo miro confundida.

—¿Crees que estaría aquí con cara de gilipollas si lo hubiera adivinado?

El hombre suspira hondo, creo que no termina de acostumbrarse a mí.

—Bueno, a lo que venía. Dos cosas. Me acaban de confirmar que tenemos la identidad de la chica pelirroja. Les ha costado, pero el reconocimiento facial ha dado una coincidencia en el registro de aduanas del aeropuerto de Madrid. Me lo envían en unos minutos, os lo paso.

Una noticia esperanzadora. Si es la futura víctima del librero, no habrá tiempo que perder.

—Tendréis que distribuirla a la prensa —indica Vera.

—Me ocupo de eso —aclara Beltrán.

—¿Y la segunda? —pregunta Igor.

—Acaba de llamar el abogado de Bruno Medina. La semana pasada dejaste recado de que te llamara su cliente. Pues vienen mañana a comisaría para hablar contigo.

Igor silba despreocupado.

—Cuánto honor, niñata, quizá tengas una oportunidad con él, creo que es un partidazo.

Ha pasado menos de una semana, pero parece una eternidad.

Necesito incluso unos instantes para recordar por qué me planté en su casa. Fue por la finca del profesor. La primera propietaria había sido una empresa de su titularidad, antes de vendérsela a Galindo.

Con Adrián Montero como principal sospechoso en este momento, la verdad es que su interrogatorio queda un poco descafeinado, pero no por ello voy a perder la ocasión de sentarme con él y ver qué sabe.

—Cuidado con él, Renata, es un tipo importante —dice Beltrán.

Hago caso omiso de su advertencia y vuelvo a la espalda del profesor. Nunca me ha gustado el servilismo hacia el dinero, y menos viniendo de la policía.

—Por cierto, jefe, una pregunta —lanzo la bomba sin dejar de mirar de reojo a Vera—: ¿un policía puede trabajar como consultor de seguridad para una empresa privada?

Creo que a la abuela le está dando un ictus. Se sienta en la silla, intenta mantener la compostura, es obvio que he dado en el clavo.

—¿Y a qué coño viene eso ahora? —pregunta el inspector jefe.

—¿Te pasas al lado oscuro, niñata? ¿Te han hecho una oferta que no puedes rechazar?

—Es una pregunta sin más.

Cuando ve que voy en serio, Beltrán intenta pensar una respuesta.

—No lo sé, René, habría que comprobarlo. *A priori* te diría que no, pero igual con una autorización, y siempre que no interfiera en la labor policial. ¿Quieres que lo pregunte?

—No, es igual, así está bien.

—Joder...

El comentario es de Igor, que está mirando el móvil.

—Tenéis que ver esto. —Pone el teléfono sobre la mesa—. Lo acaban de publicar.

—¿Qué es?

—Un vídeo. —Nos mira serio—. Creo que tenemos el boleto ganador.

XIX

Cuando Álvaro abre la puerta de su casa, lo primero que escucha es una algarabía de gritos y pasos rápidos. Sus dos hijos corren hacia él, alterados por el reencuentro, y los abraza, elevándolos casi hasta el techo. Los agarra fuerte, inhala hondo el aroma de sus cabellos, disfruta de esos dos cuerpecitos pegados al suyo, los colma de besos.

Se arrodilla para estar a su altura y los niños llenan el recibidor contándole atropellados el resumen de su semana en casa de los abuelos.

—Os he echado de menos, chicos.

—¡Y nosotros, papi!

—Niños, a la bañera —ordena su madre—. Inés os está esperando.

Nuevos gritos mientras corren por el pasillo hasta el baño.

Ane sonríe, contempla el rostro de su marido por primera vez en los últimos siete días. Se acerca despacio, tanteando el terreno, tratando de averiguar si sus ojos emiten alguna señal de alarma, si sabe o no la verdad. Se cuelga de su cuello y le ofrece un beso cariñoso en los labios.

—Bienvenido, mi querido esposo.

—A ti también te he echado de menos.

Álvaro intenta disimular, trata por todos los medios de que la rabia que lo invade no se transmita en sus gestos ni el tono de voz. Reprime un gesto de desagrado. Se agacha para coger la maleta y evitar así una mirada encendida que puede delatarlo.

—Estoy hecho un asco, me voy a dar una ducha.

La sonrisa de Ane desaparece y su rostro se contrae en una mueca seria y preocupada. Una llegada fría, para lo efusivo que suele ser, denota que algo no va bien. Así que opta por disparar fuego de distracción.

—Tengo que hablar contigo.

—¿No puede esperar?

—Es sobre Íñigo.

El corazón de Álvaro se acelera, no puede creer que esté dispuesta a hacer una confesión. Y lo peor de todo, no está seguro de cómo reaccionar cuando lo haga. ¿Debe enfadarse? ¿Perdonarla?

¿Divorciarse? ¿Enfadarse tal vez con Íñigo? Está desubicado, no contaba con esto.

Ane se da la vuelta y entra en el salón para sentarse en uno de los sillones. Espera a que él se acomode a su lado, aunque guarda una ligera distancia.

—La noche del jueves llegué tarde, tenía trabajo. Íñigo se había quedado dormido en tu despacho, tenía el ordenador encendido. En la pantalla aparecía la imagen de Olivia Suárez.

—Es la chica que se escapó.

—Eso es. La cuestión es que el jueves no habían ni denunciado su desaparición. Lo he comprobado.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Y yo qué sé. Pero cuando vi en la televisión su cara me quedé petrificada. ¿Por qué la había buscado? ¿Puede ser una casualidad?

Por un lado, Álvaro siente un cierto alivio al comprobar que no está ante una confesión marital. No está preparado para poner sobre la mesa una verdad que podría llevar al traste a su matrimonio, su familia y su vida actual. Pero, por otro lado, aquella imprudencia de Íñigo ha despertado el interés de Ane, lo cual es un problema para una mujer obsesiva e imparable como ella.

—¿Se lo preguntaste?

—No, claro que no. ¿Qué iba a decirle? Lo hablé con Amanda, pero lo defendió con uñas y dientes, ya sabes cómo se pone cuando se toca a su Iñiguito. Me soltó una patraña sobre que colabora con un tal Salva no sé qué, un periodista que lleva años investigando los crímenes del librero.

—Bueno, puede ser verdad, son muy amigos desde la universidad.

—¿Y cómo se enteró el tal Salvador de quién era Olivia Suárez?

Suena el teléfono de Álvaro en el bolsillo posterior de su pantalón. Lo coge y comprueba que es una notificación, la abre mientras intenta buscar una respuesta que no llega.

—No sé, Ane, la verdad. Todo me suena un poco conspiranoico. Hablaré con él a ver qué dice.

Abre el mensaje, es de Bruno: «Entra en *Tribuna Digital*».

Bajo la mirada de Ane, no duda en entrar en el navegador y abrir la página de noticias. Se encuentra con un titular que no esperaba

tan pronto. Solo confía en que el plan de Bruno funcione y que Íñigo lo pueda ejecutar sin contratiempos. En caso contrario, la infidelidad de Ane será el menor de sus problemas.

El titular destaca en la portada: «Un vídeo casero grabado en 1996 implica a un compañero de universidad en el asesinato de Macarena Rodrigo».

XX

Para no andarme con tonterías, esta vez he desplegado un par de patrullas en la puerta de *Tribuna Digital*. Sé que está ahí, he hecho antes mis averiguaciones, así que subo con Vera, Igor y cuatro agentes más que no tienen otro papel que el de impresionar al personal.

La diligente secretaria no abre la boca esta vez. Nos mira, se levanta y nos acompaña por la redacción hacia una sala de cristal vinilado situada en un lateral. No quiere ni abrirla, simplemente nos señala la puerta y se pone a un lado. Esta es la actitud que me gusta.

Abro y me encuentro a Salvador Guzmán presidiendo una reunión con cuatro personas más. Basta un gesto para que se levanten y se esfumen, menos su orondo director, que nos mira como quien esperaba nuestra visita. Entro con Igor y Vera y cerramos la puerta.

—Intenté hablar con usted esta mañana, pero no es fácil encontrarlo.

—Soy periodista —responde insolente; con este vamos a tener lío.

—Dos preguntas. Primera: ¿estuvo ayer a última hora de la tarde en la residencia Los Nogales?

Tiene una mirada inteligente, aviesa. Su aspecto ya es otra cosa. Kilos de excedente apretados entre dos tirantes, profundas ojeras, rostro cansado. Pero esos ojillos...

—No sé de qué me habla.

Me siento junto a él y entrelazo las manos sobre la mesa.

—Vamos, Salva, le llaman así, ¿no? Salva. No me haga estar aquí

toda la tarde, estoy reventada y con ganas de irme a casa.

El hombre no pestañea, creo que no es la primera vez que lo acosan con preguntas.

—No sé de qué me habla —dice marcando las sílabas.

—Tengo el testimonio de un sacerdote con el que se cruzó en la puerta y que le llevó a una salita mientras avisaba a Adrián Montero. Es completamente absurdo negarlo.

Suspira sonoramente, hastiado.

—Mire, agente, lo único que le voy a decir es que yo hago mi trabajo y usted hace el suyo. Usted está sujeta a una serie de normas, como no presentarse en un medio de comunicación con un pelotón de policías sin una maldita orden judicial, y yo a otras, como no revelar mis fuentes. Un derecho y al mismo tiempo una obligación, por cierto, amparado por la Constitución.

Un punto para el periodista.

—Si suelta eso en una tertulia, le juro que yo le aplaudiría —salta Igor.

—Entiendo que no me va a decir tampoco de dónde ha sacado el vídeo que han publicado.

—Entiende bien.

—¿Es consciente de la gravedad de la situación? Se le identifica en el escenario de un crimen el día antes de cometerse... —Aquí parece sorprendido. La seguridad de su mirada se ensombrece ligeramente —. Anda, no se ha enterado, ¿eh? Tendría que revisar sus fuentes. Samuel Galindo ha aparecido muerto esta mañana. Le han clavado un crucifijo unas quince veces en el pecho. Por eso estamos aquí.

De pronto toda la seguridad que desprendían sus ojos se desvanece y se muestra turbado, incluso diría que abatido. Hace un claro esfuerzo por mantener la compostura.

—¿Para qué fue a verlo ayer por la tarde?

Mira nervioso a su alrededor, busca recomponerse. Traga saliva para aclarar la voz.

—No sé de qué me habla.

—Pues a tomar por culo.

Me levanto y sin mediar palabra me sitúo tras él. Con un gesto rápido le retuerzo el brazo izquierdo hacia atrás, emite un quejido de

dolor y lo obligo a tenderse sobre la mesa.

—¿Está loca? —grita, ahora sí, asustado.

—Salvador Guzmán no sé qué queda usted detenido por obstrucción a la justicia y complicidad en el asesinato de Samuel Galindo, o incluso como autor, eso ya lo veremos.

Le coloco con dificultad las esposas porque está tan gordo que no consigo juntar sus muñecas a su espalda. Aprovecho para echar un ojo al público asistente. Vera está de pie, horrorizada, mientras Igor mantiene en sus labios una expresión divertida, como si estuviera disfrutando de la función.

—René... —dice Vera casi en un susurro.

—Le leeremos sus derechos en comisaría, no se preocupe. Allí podremos debatir tranquilamente sobre la Constitución y su puta madre. Pero mientras tanto sus compis lo van a ver salir esposado. Van a tener un titular cojonudo para su periódico.

—¡Está bien, joder, está bien! —implora desesperado, despojado por fin de su deje prepotente—. Se lo contaré, pero quíteme esta mierda, me está rompiendo los brazos.

Reprimo un suspiro de alivio. Me lo llevo detenido sin ninguna causa decente y Beltrán me ahorca en mitad de la comisaría. Pero objetivo conseguido. Le quito las esposas y vuelvo a mi sitio.

—Adrián me llamó ayer por la tarde. —Habla en un tono agitado —. Me dijo que se había presentado Samuel Galindo y había confesado, pero era una confesión ridícula, cosas absurdas, sin sentido. Me dijo que el profesor necesitaba ayuda, que si podía echarle una mano.

—¿Y qué pasó?

—Fui a verlos. No había visto a Galindo desde la universidad, me quedé un poco impresionado. A primera vista sí parecía un poco perturbado. Lo raro vino después. Adrián salió un momento y nos dejó solos. Galindo de pronto cambió, me entregó un *pendrive* y me dijo que lo ayudara a detener a Adrián, que era el verdadero librero. Había descubierto los vídeos en una caja con sus recuerdos de la universidad.

—¿No lo ayudó?

—No terminé de creérmelo. ¿Montero? ¿Un sacerdote asesino?

Pensé que igual Adrián estaba en lo cierto y el pobre hombre estaba para encerrar. Hasta que hoy he abierto el *pendrive* y me he encontrado con los vídeos.

—¿Los...? ¿Hay más?

—Hay tres, y uno de ellos pone los pelos de punta. Lo publicaremos mañana.

—Los quiero ya.

Esta vez sus dudas se disipan sin rechistar y obedece diligente.

—Ahora los traigo.

Se levanta y sale de la sala. Nos quedamos en silencio.

—El cura asesino... —dice Igor con sarna—. ¿De verdad os encaja?

—¿Nunca os acercasteis a él? —le pregunto a Vera.

Niega con la cabeza.

—A mí también me suena raro —afirma—, pero no lo sé, podría ser. Habrá que ver ese vídeo.

Sale una notificación en mi móvil. Muy inoportuno. Tinder no respeta mis horarios de trabajo y viene a avisarme de que tengo algún tiarrón esperando mis encantos. Accedo a la aplicación por pura costumbre y por darme unos segundos de paréntesis antes de que Salva traiga el *pendrive*. Soy bien capaz de mirar el ganado y trabajar al mismo tiempo.

Hay un par de contactos nuevos y están en la zona. Ojeada rápida y sigo con lo mío. El primero está fabricado en un gimnasio, con un cuello que toca los márgenes de la foto y una cara de estar en un permanente modo avión. Obviamente, descartado. Con el segundo me quedo sin respiración. Basta una imagen, un simple vistazo, y la vida corriente de mi organismo se detiene de pronto. No puedo hablar, no escucho nada, la sala de reuniones desaparece de pronto y engulle a mis compañeros, estoy yo sola en el recuerdo de hace cinco años, contemplando una sonrisa franca, unos bonitos ojos oscuros, un mentón prominente, un rostro seguro y confiable; un hombre que mi memoria ha rescatado con toda claridad, sin duda alguna. Tantos años de búsqueda y ahora lo tengo delante, enclaustrado en la pantalla del móvil.

Me veo de pronto disfrutando de una cena con aquel rostro que

ahora me mira inerte, me recuerdo intercambiando anécdotas, deleitándome con el tono suave de su voz, divirtiéndome, sintiéndome tranquila y estable, tomando una copa de vino mientras me preguntaba si sería capaz de enamorarme de aquel hombre, de algún hombre.

Y en el postre, tras una copa, recuerdo con escasa nitidez cómo irrumpió la inestabilidad, el mareo que vino después, un restaurante que comienza a girar, las sombras que deambulan rápidas a mi paso, un brazo que me auxilia, el frío en mi piel, el tacto del cuero de un coche, las calles al pasar, las preguntas que salían aletargadas de mi boca, el tiempo que transcurre desacompasado con mi capacidad de pensar, una voz que me susurra, unas manos que me tocan, un vestido que se desgarra, un hombre que me penetra, unos jadeos en mi oreja, el ardor ácido de mi cuerpo, la brusquedad hiriente de sus movimientos, las risas cuando termina, la humillación desde el suelo, los comentarios denigrantes, la vergüenza de mi desnudez, la ansiedad por la pérdida de algo importante, de algo que necesito como el respirar, la sensación de estar allí, el dolor que me recuerda que en realidad todavía sigo allí, siempre he estado allí...

Los dedos tiemblan cuando acepto la solicitud. Apenas puedo pensar cuando concierto la cita. No sé ni que pongo, solo quiero verlo y tiene que ser ahora.

Me levanto y salgo como una exhalación, chocándome a mi paso con Salvador.

XXI

—¿Adónde va? —pregunta una Vera estupefacta ante la marcha repentina de Renata.

—Pues no te lo vas a creer —contesta Igor—, pero creo que...

—¿Era esa aplicación de citas? Me ha parecido verlo de refilón, pero no me lo podía creer.

—Pues ahí la tienes, una yonqui en estado puro. Esto le acabará causando problemas, ya lo verás. No es la primera vez que se mete

en Tinder en mitad de una conversación. También te digo que, a juzgar por su expresión, no sé si ha conocido al príncipe azul o al mismísimo Satanás.

—Quizá debería acompañarla —sugiere Vera.

—Si por eso quieres decir seguirla, yo me apunto.

Igor levanta su pesado cuerpo y se dirigen a la puerta. Un solícito Salva aparece en escena blandiendo el *pendrive*, se lo entrega a Vera.

—¿Se van ya? Ahora que empezábamos a entendernos.

—Nos lo llevamos, esté localizable —le dice la mujer—, volveremos a contactar con usted. Hasta que no hablemos, ni un vídeo más, ¿entendido?

Salva suspira aliviado cuando los ve irse y se encierra en su despacho. Le ha costado un notable esfuerzo no desmoronarse y confesar, sobre todo cuando se ha enterado de la muerte de Galindo. Íñigo no le ha dicho nada, seguramente esperando una reacción genuina por su parte. Pero ahora que está solo y no tiene que fingir, el peso del asesinato hace que se desplome sobre una silla. Galindo está muerto por su culpa y, con toda seguridad, Adrián seguirá sus pasos. Todo eso sin contar con la chica pelirroja de la fotografía y las otras muchas que están por llegar.

Coge la foto de su familia. Cómo le gustaría explicarles la verdad, contarles que lo ha hecho por ellos, que su seguridad, su felicidad han sido el motor de sus actos. Así acallaría esa voz que lo insulta, que le llama miserable, asesino, que sabe bien que no lo ha hecho por nadie, sino por su propia cobardía, por no ser capaz de enfrentarse a los que lo han confinado entre dinero y miedo durante años.

Rompe a llorar en el mismo momento en que Igor y Vera salen del edificio y contemplan cómo el coche de Renata se pierde por el paseo del Prado.

Suena el teléfono de Vera.

—Dime, Beltrán.

—Renata no me lo coge, ¿está con vosotros?

—No, ha salido un momento.

—Tengo la identificación de la chica, acaba de llegarme, se llama

Rebeca Ramos. Es extranjera, argentina. Llegó a España hace un año y lo único que sabemos es que trabaja como enfermera en La Paz.

—Vamos para allá a ver qué averiguamos.

—Dile a Renata que me llame.

XXII

He quedado con él en un bar que hay al lado de mi casa, de mi otra casa. Le he dicho que justo salía de trabajar y si le apetecía tomar una copa. Me ha contestado un entusiasmado «¡me apunto!». Se llama Ángel, de eso sí que no me acordaba, pero estoy convencida de que es él. Cinco años y cientos de hombres después por fin lo he encontrado.

Mi intención es tomar una cerveza rápida e invitarlo a subir. No hay tiempo para ningún juego de seducción. Seré clara y directa. Lo mínimo y necesario para bajarle los pantalones en la soledad de mi casa. Y una vez comprobado, una vez convencida de que fue él quien me drogó y violó aquella preciosa noche de agosto, quien se llevó algo muy preciado después, será el momento de saldar cuentas.

Tengo el bar en la siguiente manzana, a menos de un minuto. Desde aquí ya puedo ver los barriles y taburetes que flanquean la entrada. Y sentado en uno de ellos, un hombre de espaldas parece mirar el móvil. Se me acelera el corazón, estoy nerviosa.

¿Qué haré cuando lo descubra? ¿Hasta dónde estoy dispuesta a llegar? ¿Cumpliré con mis ansias de venganza? ¿Recuperaré lo que me fue arrebatado?

Estas preguntas me evocan a Dimitri, él es quien me las plantea cada vez que saca el tema. Lo que me recuerda que tengo una promesa que cumplir. Me hizo jurarle por la tumba de su madre que, si algún día ocurría, si algún día lo encontraba, por lo menos lo avisaría antes de quedar con él. Yo sabía que su madre seguía regentando una tienda en su Tiraspol natal, perfectamente viva; aun

así se lo prometí. Y yo siempre cumplo una promesa, o casi siempre.

Saco el móvil y encuentro cinco llamadas de Beltrán. Se va a agarrar un cabreo de narices, tendré que pensar en una buena excusa. Veo que me ha enviado un mensaje: «¿Dónde cojones estás? Hemos encontrado el coche de Adrián Montero, está en un *parking* público en Velázquez 86. ¡Llámame!».

Eso está aquí al lado. ¿Dónde se ha metido Adrián? Reprimo una leve tentación de dar marcha atrás y correr hacia allí, pero el deber, mi verdadero deber, me obliga a seguir adelante.

Escribo el mensaje a Dimitri antes de poner el móvil en modo avión: «Objetivo encontrado. Lo llevo a casa. Por fin. Deséame suerte».

Meto el móvil en un bolsillo del pantalón cuando llego al bar. La silueta de su espalda no me dice nada. Respiro hondo una bocanada de aire para tratar de mantener la calma. Con el tono más femenino de que soy capaz, pregunto:

—¿Ángel?

Se da la vuelta.

Es él.

XXIII

Sergio se gira cuando escucha la pregunta. Han pasado cinco años, pero la reconoce enseguida, no es un rostro fácil de olvidar.

Renata lo mira con una sonrisa ingenua, pero su mirada denota un claro nerviosismo. Lo está analizando, escrutando cada uno de sus rasgos, confirmando que es el hombre que buscaba.

—Renata, ¿verdad?

Se dan dos besos y se acomodan en las butacas. Sergio pide un par de copas de vino a través de la ventana abierta que comunica con el bar.

—Quizá pienses que estoy un poco desesperada por proponerte quedar así tan pronto, pero estaba un poco harta del trabajo y necesitaba desconectar.

—A mí también me venía muy bien un poco de distracción, llevo un día difícil. ¿A qué te dedicas?

—Funcionaria de la Administración, ¿y tú?

—Trabajo en una empresa de logística.

El tono de su voz es lo único que Sergio no recordaba de ella, el resto lo tenía impreso en su memoria. Han pasado cinco años y solo fueron un par de horas compartiendo una cena, pero bastaron para que aquellos ojos negros lo hechizaran. No es fácil encontrar una mujer inteligente, guapa, divertida, excéntrica, y por fin, y sin buscarlo, había dado con una.

Aunque por desgracia no era para él.

Cuando tuvo que diluir las gotas en la copa de tinto, sintió la tentación de dar marcha atrás, de llevarla a otro lado, de protegerla, o simplemente de salir corriendo y dejarla ir. Cualquier cosa menos abandonarla en manos de un destino que la pobre tenía escrito. Muy a su pesar, no se atrevió a liberarla; cumplió con su obligación, como hacía siempre.

Cuando el efecto de la escopolamina se propagó por el organismo de la chica, tuvo que acompañarla hasta el coche agarrado a su cintura y llevarla al lugar convenido. La subió en el ascensor y la sostuvo hasta que la puerta de la habitación se abrió y Bruno salió a recibirla. Volvió de nuevo al coche y esperó dos horas hasta que recibió la orden de recogerla y llevarla a casa.

Tuvo que envolverla en su propio abrigo para ocultar los jirones de ropa y las heridas patentes en su piel. La llevó a su casa y la dejó tumbada en el portal a la espera de que algún vecino la atendiera.

Aquel fue uno de los muchos días que le hubiera gustado dejar su trabajo, matar a su jefe y desaparecer del mundo con algún millón de euros debidamente sustraído. Pero para un hombre como él, que había pasado huyendo buena parte de su vida, la estabilidad era un lujo al que no podía renunciar.

—¿Perdón?

Por un momento se ha evadido de la conversación, atrapado de nuevo por esos ojos negros.

—¿Te apetece tomar algo en mi casa? —Sergio muestra un gesto de sorpresa—. Perdona, Ángel, de verdad, no quiero parecer una de

esas piradas que bombardean el Tinder. Es solo que...

—Subiré encantado. Pedimos algo para cenar si te apetece.

El trayecto hacia casa, a doscientos metros de distancia, lo recorren hablando con familiaridad, quitándose la palabra el uno al otro contando trivialidades. Ambos interpretan bien los personajes inventados, ambos desean subir cuanto antes para terminar la conversación. Renata aprovecha para repasar mentalmente los lugares donde tiene distribuidas las armas: la pistola bajo la mesilla de noche, cuchillos en el baño, el sofá y el armario de la entrada, el bate de béisbol en la cocina, la Taser en el vestidor...

En el ascensor siguen hablando, ahora del mercado inmobiliario, de lo difícil que es encontrar piso, de lo cara que está la zona, mientras ella se pregunta si es mejor pedir algo para cenar o directamente besarlo al entrar.

El rellano los recibe en completo silencio. A Renata le cuesta mantener el pulso firme cuando mete la llave en la cerradura. Él hace como que no lo ha advertido.

Entran en la casa.

XXIV

Vera e Igor han tenido que emplearse a fondo para que los atendieran debidamente. Ella no tiene placa y él pertenece a un cuerpo de policía que nadie en el hospital pronunciaría correctamente. Así destilan poca autoridad.

Finalmente, Igor ha preferido mostrar la placa de forma fugaz y presentarse con un simple «policía». Así han conseguido que una enfermera llamase a la directora de recursos humanos, que se ha presentado en su despacho media hora después de ser avisada.

—¿Entonces dice que Rebeca Ramos ha dimitido? —pregunta Vera.

—Sí, ha sido una sorpresa para todos. Nos parecía que estaba muy contenta con el trabajo y desde luego nosotros estábamos encantados.

—¿Lo hizo por *mail*? —pregunta Igor.

—Sí, nos envió un simple correo electrónico y no hemos podido localizarla desde entonces. Una pena, la verdad.

—¿Ha tenido algún encontronazo con alguien en el hospital?

—No que yo sepa.

—Alguien con quien se llevara especialmente bien.

—Supongo que habría que preguntarles a sus compañeras de planta, no sabría decirle.

Suena el teléfono de Vera. Pide disculpas y lo atiende fuera del despacho.

—¿Dónde coño está Renata? —brama Beltrán, visiblemente enfadado—. Sigue sin cogerme el teléfono.

—Pues no lo sé, la verdad —confiesa Vera—. Salió corriendo y no ha vuelto, no sabemos nada de ella.

Beltrán se toma un momento que a Vera se le hace extraño.

—Esto no me gusta. Acaba de llamar un tío rarísimo, con acento extranjero, para decirnos que Renata corre peligro, que vayamos a por ella.

—¿Qué más te ha dicho?

—Nada, no me he enterado de nada con ese acento que tenía. Ha sido una conversación surrealista. Me dice que está en «grande peligro», que necesita «rescate», «ir casa», me suelta la dirección y me cuelga.

Vera no cree en las coincidencias, nunca lo ha hecho. Si Renata desaparece justo en este momento, cuando pisan los talones a la próxima víctima del librero, no tiene ninguna duda de quién es el responsable. Y si el pronóstico se cumple, el futuro de la pobre chica se reduce a una caja de madera.

Reacciona sin pensarlo.

—¡Igor!

Le grita y sale corriendo hacia la salida.

XXV

Entro en la casa, que nos recibe oscura y en silencio, y enciendo la luz del recibidor. Ángel me sigue y lanza un par de piropos al piso y a la decoración.

—Ponte cómodo —le digo, y enciendo también las luces del salón —, voy un momento al servicio.

—¿Quieres que pida algo de cenar?

—Claro, lo que quieras.

No necesito ir al lavabo, pero sí tomarme un momento antes de empezar. Debo fijar en mi cabeza una mínima hoja de ruta con los pasos que daré en cuanto acredite que es el hombre que busco.

Recorro el pasillo en silencio, abro la puerta de mi habitación y enciendo la luz.

Los cuerpos desnudos de Rebeca y Adrián se agitan sobre la cama, nerviosos. La chica me mira, primero aterrorizada, después esperanzada ante la visita de una mujer. El hombre, tumbado de espaldas, trata de girarse para ver quién ha llegado.

—Pero ¿qué...?

Suena un leve chasquido detrás de mí. Me giro incrédula, sin asimilar lo que está ocurriendo. Una máscara blanca de porcelana, con una amplia sonrisa roja dibujada, me mira impertérrita. Cuando compruebo que empuña una Taser es demasiado tarde. Dos filamentos salen despedidos e impactan contra mi pecho. La descarga de 50 000 voltios bloquea mis músculos y mi cuerpo inerte cae al suelo.

XXVI

Álvaro está cenando con su familia cuando le llama Bruno. Los niños están contando algo divertido y Ane se ríe con ellos. Él mira el móvil y hace una seña a su mujer.

—Es del trabajo, ahora vengo.

Se levanta y se refugia en su despacho.

—¿Novedades? —le pregunta cuando está solo.

—Está dentro —responde Bruno—. Sergio y los chicos ya se han

retirado. Ahora es cosa de Íñigo.

—Espero que no caiga en la tentación y haga lo que tiene que hacer.

—Ya se lo he dicho mil veces. Tiene muy poco tiempo, no puede distraerse. Si no nos llama de aquí a cinco minutos como máximo, mala cosa.

—¿Cómo la has llevado hasta allí?

—¿A Renata?

—Sí.

—Bueno, digamos que rescatando una vieja historia de amor.

—Tendrás que aclararnos de qué conoces a esa chica.

—Os lo dije. Iba a cazar a su finca cuando era una adolescente.

Se ríe al finalizar la frase.

—¿Y? —pregunta Álvaro, consciente de que algo le oculta.

—Era la cría más retorcida e hija de puta que he conocido en mi vida. Ya desde niña tenía algo especial, no sé cómo definirlo; transmitía como una energía oscura, hacía cosas rarísimas, traía de cabeza a su padre. Cuando estábamos comiendo o tomando algo en la casa, se sentaba en una esquina y se quedaba largo rato mirándonos, uno a uno, fijamente. Joder, si era capaz de poner nerviosos a hombres de sesenta años, y la tía tendría quince.

—Una pirada.

—Tal cual.

En realidad, solo lo miraba a él y lo hacía para ponerlo en evidencia delante de los demás. Así se divertía aquella niña del diablo. Todavía lo recuerda como si fuera hoy y, pese a los años, le sigue despertando una incómoda vergüenza.

Sentada en una esquina, mirándolo fijamente sin pestañear, con la cabeza ladeada, sin decir una sola palabra, disfrutando al comprobar cómo, poco a poco, se inquietaba, esperando paciente a que los demás se dieran cuenta y comenzaran las bromas de hombres. «Como a este le ponga nervioso una adolescente —concluía uno—, el día que esté con una mujer se mea en los pantalones». Las carcajadas resonaban como disparos en la cabeza de Bruno, que no era capaz de disimular la humillación, acrecentando todavía más las burlas. Al final, el padre de Renata tenía que sacarla de la habitación

a rastras. La chica se marchaba mirándolo sonriente, victoriosa.

Su padre murió y se acabaron las cacerías. Se olvidó por completo de la chica hasta que un día coincidió en un restaurante. No se saludaron, pero está seguro de que se reconocieron. De hecho, con varias mesas de distancia, la chica volvió a recrear sus miradas y a renacer la humillación. O al menos es lo que él creyó.

Así es como decidió desquitarse, organizando una inolvidable noche de amor que permanece imborrable en su memoria. Se lleva la mano al cuello para buscar el recordatorio y se alarma cuando comprueba que no lleva nada colgado. Piensa unos instantes cuándo fue la última vez que se lo quitó. No tarda en recordar que fue en casa de Íñigo, donde se dejó el resto de sus cosas. Tendrá que llamarlo mañana para que se lo devuelva.

Siempre lo lleva consigo desde el día que se lo arrebató, no le gusta ir sin él. Es su recordatorio particular de que nadie se ríe de él... Jamás.

XXVII

No llego a perder el conocimiento, pero hay un breve lapso en el que no sé si estoy viva o muerta. Tumbada en el suelo, cuando comienzo a recuperarme de la descarga, una segunda tanda me hace convulsionar, me nubla la vista y pierdo el control de mis pensamientos.

Despojada de la menor capacidad de reacción, sin sentir el cuerpo, la máscara blanca me arrastra por el suelo del pasillo, me mete en el baño y me deja tumbada boca arriba. Me estira los brazos hacia atrás, por encima de la cabeza, y los coloca flanqueando el inodoro. Une mis muñecas con unas esposas que cierra fuerte, clavándolas en mi piel. Saca una cinta americana, corta un trozo y me lo pega en la boca. Se levanta y se va, dejándome abrazada a la base del retrete.

El hormigueo que invade mi cuerpo tras la descarga comienza a desaparecer y los resortes de mi mente van poco a poco arrancando.

Cuando tomo conciencia de la situación, me insulto a mí misma por haber sido tan estúpida, por haber caído en una maldita trampa. Cierto es que ni por asomo hubiera pensado que la persona que me violó y me robó el colgante hace cinco años es, en realidad, el responsable de los crímenes del librero.

Oigo voces procedentes de mi habitación. Con los pies muevo la puerta del baño, tiene un espejo colgado en la parte interior y el reflejo me ofrece una vista de mi propia cama. Veo los dos cuerpos moverse nerviosos, anclados al cabezal con unas esposas. El hombre de la máscara se ha sentado en la cama junto a ellos.

Se ha cambiado de ropa, ahora viste todo de negro. ¿Para qué?

—No tenemos mucho tiempo —le oigo decir, su voz suena diferente—. Ha llegado el momento.

XXVIII

Íñigo contempla el cuerpo desnudo de Rebeca y siente una punzada de excitación. La acaricia suavemente con la mano, rozando el contorno de la cadera, de las piernas. Tiene que centrarse, por desgracia no hay tiempo.

—Adrián, ha llegado el momento de poner a prueba tu fe, tu entrega a los demás y a Cristo. En tus manos encomiendo el espíritu de esta pobre chica.

Íñigo se levanta y suelta el grillete derecho de Adrián, rodea luego la cama para soltar el otro. El hombre intenta levantarse rápido, pero tiene el cuerpo entumecido y cae al suelo.

—Tranquilo, hombre, tranquilo. Te harás daño. Vístete.

Adrián comienza a notar la sangre circulando por sus brazos, gatea hacia el bulto de ropa tirado en una esquina. Se quita la cinta de la boca y respira hondo.

—Bien, aquí tienes tu prueba, hermano mío. En los próximos minutos va a morir una persona en esta habitación y, como te puedes imaginar, no soy yo. La duda se debate entre esta hermosa muchacha, con toda la vida por delante, o tú, mi querido amigo, mi

confesor, mi guía espiritual.

Consigue ponerse en pie y colocarse la ropa interior. Antes de seguir mira a la chica, cuya desnudez sigue patente sobre la cama. Se agacha para coger una sábana caída en el suelo y se la coloca encima.

—¿Puedo quitarle...? —dice señalando la mordaza de Rebeca.

—No. Vístete, que no tenemos tiempo. Como te iba diciendo, en tus manos está la decisión: o tú o ella.

Íñigo se levanta y abre una ventana que da a un amplio patio de manzana. El sonido de la calle se cuela junto a una corriente de aire tibio.

—Si decides ser tú, si te sacrificas por esta mujer, ella vivirá.

Adrián termina de abotonarse la sotana. Repara en las salpicaduras de sangre y se pregunta si serán del pobre Galindo. Presta atención a Íñigo, de pie cerca del ventanal.

—Pero ¿qué quieres que haga? —le dice, incapaz de procesar el alcance de sus palabras.

—No es tan difícil, Adrián, joder, ¿tengo que explicarlo todo con pelos y señales? Quieres que la chica viva, tienes que morir tú; quieres vivir tú, la chica morirá. Tú eliges, no tenemos todo el día.

Él no puede reaccionar. La mira a ella, que ha optado por cerrar los ojos y llorar en silencio, lo mira a él, oculto tras la máscara, mira hacia la puerta de salida. Por el reflejo de un espejo ve a una mujer tumbada en el suelo del baño, esposada al inodoro.

—¿Quieres huir? —pregunta Íñigo—. No hay problema, sé que guardarás silencio. Vuelve a tu parroquia y a tus feligresas. Aquí no ha pasado nada. En cuanto oiga la puerta cerrarse estrangularé a la chica hasta matarla. —Rebeca se remueve sobre la cama, aterrorizada—. Tú decides, Adrián, pero no me tengas todo el día. Nadie te juzgará, yo no diré nada. Quedará entre tú y tu conciencia... y Jesucristo Nuestro Señor, por supuesto.

El sacerdote vuelve la vista hacia la cama y encuentra los ojos suplicantes de la chica. Nunca en su vida ha podido escuchar tantas cosas a través de unas simples pupilas.

—¿Qué...? —No puede creer que vaya a formular esa pregunta. ¿De verdad se lo está planteando, está dispuesto a hacerlo?—. ¿Qué

garantías tengo de que ella vivirá?

—Ninguna, no puedes tener ninguna, como te puedes imaginar, porque cuando te tires por esa ventana, ya no sabrás lo que ocurre a continuación. La única garantía es que te lanzarás al vacío con la esperanza de estar salvándola. Eso no te lo quitará nadie. Y si te sirve de algo, aunque supongo que no, tienes mi palabra de que ella vivirá.

La chica del baño patalea y trata de hablar, pero no son más que gritos amortiguados tras la cinta en la boca.

¿Y ya está? ¿Su vida termina así? ¿Cediendo a los designios de un perturbado? No encuentra otra salida. Podría enfrentarse a él, hacerle frente y al menos plantar cara a tanta maldad. Es consciente de que, por su forma física, Íñigo lo reduciría en cuestión de segundos y acabaría no solo con su vida, sino también con la de la chica.

Se enfrenta a la decisión de su vida, la decisión de su muerte. Ha vivido los últimos treinta años encerrado en el miedo, representando un personaje cobarde del que no se siente precisamente orgulloso. Ahora se le plantea por vez primera un acto con el que poder redimirse, salvar una vida a cambio de la suya, y tratar de compensar así tantas otras que murieron por su silencio.

Se acerca a la cama y sobre la mirada implorante de la chica, en una frente marcada por el infame sello, le hace la señal de la cruz.

XXIX

Me cuesta respirar con la boca tapada. Los nervios y la postura me están jugando una mala pasada y necesito más aire del que me entra por la nariz. Abro y cierro la boca, la agrando lo más posible para intentar desplazar la cinta, la empujo con la lengua. Trato de abrir un mínimo espacio por el que poder respirar y gritar. Necesito gritar casi tanto como respirar.

Tienen una pistola en la mesilla de noche. Basta con empujar la base del cajón hacia arriba y se desprende una trampilla. Está

cargada, con el seguro quitado, lista para disparar. Tienen que saberlo, tengo que avisarlos, pero no consigo retirar la cinta de mi maldita boca.

Tampoco logro soltar la tuerca y eso que llevo un rato intentándolo. Detrás del inodoro, justo donde se juntan mis manos, está la toma de agua que sale de la pared y se mete en la cisterna a través de un latiguillo. Tiene una tuerca apretada por algún tipo de animal porque no cede ni un ápice. La tengo agarrada con los dedos y trato de moverla hacia la izquierda. Si consiguiera soltarla, podría sacar mis manos por detrás de la cisterna y salir de aquí.

Escucho la voz.

—Mientras te lo piensas, permíteme una pequeña licencia.

El espejo solo permite ver a la chica sobre la cama y en un lateral, de pie, confuso, hundido, al sacerdote vestido de riguroso negro. Se escucha un ruido extraño, como un siseo. La chica y Adrián se ponen en tensión, miran hacia un lado, de donde proviene el sonido que por fin cesa. Por las caras que ponen se avecina algo desagradable.

—Joder, ¿a qué al final me quemo yo? —se lamenta la máscara justo antes de aparecer en el reflejo del espejo—. Termino enseguida y me das tu veredicto, Adrián. No espero más.

Camina hacia el pasillo y se acerca al baño. Lleva algo en la mano que no consigo apreciar. Me mira desde arriba y sin pensarlo un instante trato de asestarle una patada, pero la esquiva ágil y rápido. Suelta algún tipo de maldición y es él quien me asesta un golpe directo en las costillas provocándome un aullido de dolor.

Sin mediar palabra se sienta sobre mí a horcajadas, inmovilizando la única parte de mi cuerpo libre.

—Es mejor que te estés quieta si no quieres hacerte daño.

Me muestra el sello, las letras grabadas sobre una base metálica de un rojo incandescente, humeante. Me muevo desesperada, intento zafarme de su peso, trato de arrancarme la cinta, me grito a mí misma que no me deje llevar por el pánico y piense con la cabeza fría.

Me agarra del pelo, pero me muevo rápido, giro el cuello de lado a lado evitando que pueda inmovilizarme la cabeza. La levanta lo máximo que puede y la empuja con fuerza contra el suelo, un golpe

que me aturde, pero no impide que me siga moviendo. Vuelve a elevarla y de nuevo impacto contra la fría baldosa y un pitido agudo y desagradable en mis oídos. Su mano, ancha y robusta, aprieta mi cabeza contra el suelo y entonces lo siento.

Un calor abrasador se irradia por mi frente, rápido y letal, encogiendo la piel entorno al sello que aprieta inclemente, con saña. El dolor es insoportable, está a punto de hacerme desvanecer, y el olor de mi piel quemada me provoca una arcada. Cuando separa el sello de mi frente, aún me duele más, como si me hubieran arrancado las entrañas.

—Buena chica.

Contempla su obra un instante. Satisfecho, mira a su alrededor como buscando algo. Se levanta y comienza a abrir los cajones del mueble bajo el lavabo. Sé lo que busca, por alguna razón sabe que está ahí. No tarda en dar con el cuchillo. Lo alza orgulloso.

—Me vendrá bien, gracias, preciosa. Enseguida estoy contigo.

Sale del baño y regresa a mi habitación.

Mis dedos vuelven a aferrarse a la tuerca, ajenos al drama que el resto de mi cuerpo está viviendo, y siguen en su intento de hacerla ceder.

—¿Y bien? —De nuevo la voz—. ¿Alguna decisión?

—Te conozco desde hace años, sé cómo eres en realidad.

—No, no, Adrián, por favor, ni lo intentes. Si prefieres salir de esta sin tener que tirarte por esa ventana, atácame, trata de reducirme, huye, haz lo que sea, pero no me intentes vencer con un maldito sermón dominguero. —Eleva la voz—. Adrián Montero, si quieres salvar a esta chica, debes reunirte con tu Dios ahora.

Por el espejo veo cómo la máscara se acerca a la chica, que intenta desesperada apartarse de él hasta donde alcanzan los grilletes. Coloca el cuchillo en su cuello.

—Tú decides. Ahora o nunca.

XXX

Vera e Igor suben las escaleras de dos en dos. Incluso él muestra una forma física que creía perdida. Pero la desesperación, la necesidad de llegar antes que la tragedia, los anima a seguir adelante.

Alcanzan por fin al rellano donde se encuentra la casa. Reprimen el jadeo y se pegan a la puerta para tratar de escuchar algo al otro lado.

—¿Llevas pistola? —susurra Vera. Igor asiente, se lleva la mano derecha al costado y saca de la funda un revólver—. Quizá deberíamos esperar refuerzos —apunta ella—, estarán al caer.

A Igor no le gusta ese silencio, le hace presagiar lo peor. Una vez llegó tarde y jamás se lo perdonará. Ahora se niega a caer en el mismo error.

—Otra vez no, otra vez no...

Cierra el puño y golpea inclemente la puerta.

—¡Policía!

XXXI

Renata escucha los golpes en la puerta de la entrada. Intenta gritar con todas sus fuerzas, pero apenas sale un sonido agudo a través de la cinta que tapa su boca.

En la habitación nadie percibe los golpes. Íñigo mantiene el cuchillo junto al cuello de Rebeca mientras espera impaciente la decisión de Adrián. Este vuelve a contemplar el rostro de la chica. La tensión ha podido con él, ya no puede pensar con claridad, las lágrimas han comenzado a resbalar por sus mejillas y se entrega a un rezo continuo pidiendo el perdón de su alma.

Se da la vuelta y cabizbajo camina hacia la ventana. Cierra los ojos, prefiere no mirar, prefiere pasar aquel trance sin volver a contemplar un mundo maldito como aquel. Sus labios se mueven rápido, entonando una oración que solo él escucha. Palpa el alféizar, se detiene, una brisa fresca acaricia sus mejillas.

—Espero que cumplas tu palabra —le dice en un murmullo

patético y suplicante—, y que Dios sea capaz de perdonarte.

—Siempre cumplo mi palabra, Adrián. Eres un gran hombre, todo un ejemplo. Gracias a ti, la chica tendrá la oportunidad de vivir; eres un héroe, y ella se ocupará de que todo el mundo lo sepa.

Adrián coge aire, lo mantiene en su pecho, entona una última oración, apoya su pecho en el alféizar y se deja caer.

Un sonido seco reverbera en el patio.

—¡Joder! —exclama Íñigo, impresionado. Se acerca a la ventana y sin mirar, la cierra y echa las cortinas—. Pensé que no iba a tener cojones e iba a tener que tirarlo yo. Me encanta este tío, ¿has visto lo que es la fe? Muy importante, Rebeca, muy importante. Y ahora sí que no tenemos tiempo que perder.

Íñigo programa el cronómetro en su reloj digital. Dos minutos. Si puede ser menos, mejor. Tiene que salir de la casa antes de que algún vecino vea el cadáver en el patio y comience el baile de policías.

Se acerca de nuevo a la cama. Rebeca confía en que cumpla su palabra y suelte los grilletes. Es consciente de que no tiene por qué, él mismo lo ha dicho, pero prefiere pensar que existe una mínima posibilidad de salir airosa.

Íñigo se inclina sobre la chica y le acaricia despacio una mejilla. Se deleita con aquella mirada expectante. Hubiera dado todo por haber ganado el juego y haber disfrutado de aquella maravilla. Pero en esta ocasión ha perdido, no se puede ganar siempre, y debe asumir su derrota con deportividad.

Con dos dedos le palpa el cuello, blanco y suave, y cuando asegura la posición, cuando nota el latir de la sangre al circular, con precisión quirúrgica clava el cuchillo y lo saca rápido. Apenas necesita un segundo, entrar y salir, con la fuerza mínima necesaria para penetrar unos centímetros, traspasar la piel y cortar la arteria en dos.

Se aparta rápido, antes de que la sangre pueda salpicarlo. La chica se mueve desesperada, patalea, gorgojea, se aferra a una vida que se le escapa por una herida que empapa con rapidez la sábana de un rojo oscuro.

Íñigo no puede detenerse para ver el final. Tiene que terminar

cuanto antes e irse.

XXXII

Igor se cansa de aporrear la puerta sin respuesta y decide actuar. Mide la fuerza que necesita para tumbarla y le parece inviable. En las películas funciona, pero en la realidad, como mucho, te dislocas el hombro.

Le pide a Vera que se aparte y toma también cierta distancia. Apunta con la pistola y dispara. Dos estruendos que retumban en la escalera y dejan una cerradura agujereada y abierta. Da una patada y la puerta cede sin resistencia.

—¡Policía! —grita, y entra rápido en la casa.

Todo está oscuro. Avanza hacia el salón apuntando nervioso. Vera, tras él, va encendiendo las luces.

Apenas necesitan un minuto para darse cuenta de que allí no hay nadie.

XXXIII

Acaba de matarla, lo he visto. No puedo quitar la mirada de la pobre chica que todavía se agita en la cama, aunque sus movimientos son cada vez más débiles. La máscara sale de la habitación y viene hacia mí.

Sin ceder al miedo, inasequibles al desaliento, mis dedos siguen en su empeño de aflojar la tuerca. Y de pronto noto cómo se empapan con un par de tímidas gotas cuando parece haber cedido un escaso milímetro. Con energía renovada aprieto fuerte la rosca y giro hacia la izquierda, noto el hilo de agua que empapa mis manos.

—Y ahora tú.

La máscara ha aparecido bajo el marco de la puerta en el momento en que logro despegar el latiguillo y un chorro de agua

empieza a extenderse por el suelo.

—Joder.

Se ha dado cuenta y acelera todavía más sus planes. Me asesta dos rápidas patadas para allanar el camino; esta vez las recibo con mayor previsión y aguanto el impacto. Pone un pie sobre mi pecho y lo aprieta fuerte, limitando mi respiración. Se inclina sobre mí y trata de tocarme el cuello. Pone dos dedos encima, aprieta aún más la pierna para mantenerme quieta, acerca el cuchillo para ponerlo en posición.

En ese momento una avalancha cae sobre nosotros, Íñigo trastabilla y se vuelca sobre mí, y yo quedo aplastada bajo el peso de dos personas. Apenas he podido verlo por el rabillo del ojo, lo justo para apreciar cómo irrumpía en el baño.

Dimitri se alza primero y aferra el cuello de la máscara con un brazo, ambos forcejan, se intercambian golpes, pero ninguno consigue un buen equilibrio. El agua inunda el suelo y resbalan. Trato de ayudar a Dimitri pataleando a la máscara y le acierto en la cara. Ambos caen de espaldas.

Sin ellos encima, aprovecho el momento para girarme. Me pongo de pie y alzo las esposas tras la cisterna. Está más duro de lo que pensaba, pero hago fuerza. Escucho el forcejeo, los dos hombres luchando por ponerse en pie y ganar la estabilidad necesaria para tomar ventaja.

Justo cuando libero mis brazos lo oigo gritar. La máscara ha clavado el cuchillo en el hombro de Dimitri, lo libera y le asesta una nueva puñalada. Le siguen dos más antes de que me abalance contra ellos. Pero no llego a tocarlo. La hoja metálica baila en mi dirección y me raja el muslo. Vuelve de nuevo rápido y me abre una segunda. Caigo al suelo y me arrastro hacia el dormitorio; trato de huir de aquellas dentelladas que me matarán si no pongo distancia.

Repto lo más rápido que puedo hacia la mesilla de noche, que tengo justo enfrente, mientras lo escucho reponerse a mi espalda y acercarse. Me agarra de un talón, pero logro zafarme. Estoy a un par de metros, solo dos metros, y me arrastro desesperada, avanzo con los brazos empujando todo el cuerpo. Noto una nueva cuchillada en la pantorrilla y grito desconsolada, estoy a nada de alcanzarlo,

pero aquellos centímetros se me antojan imposibles.

Un vistazo rápido hacia atrás y lo veo incorporarse, aferrando fuerte un cuchillo que gotea una sangre densa y viscosa.

Me estiro por última vez, mis dedos acarician la base del cajón, la empujo hacia arriba, no llego bien, un impulso más y la trampilla cede, la pistola cae en mi mano, me giro hacia mi objetivo cuando lo veo volar hacia mí y disparo. Una, dos, tres veces. Vacío el cargador sobre el objetivo, que cae inerte sobre mí.

Me quito la cinta de la boca y consigo por fin inhalar un oxígeno que sabe a pólvora, sangre y sudor. La máscara permanece sobre mí regazo, todavía con vida, se mueve tímidamente mientras me va empapando con un líquido caliente. Lo aparto de mi lado y me incorporo con dificultad.

La escena es irreal, como en un sueño. Miro alrededor y no veo más que violencia en una cama donde hasta ahora solo me había divertido.

La chica tiene un tono azulado, mórbido, no hay rastro de vida en su cuerpo.

Escucho un quejido. Dimitri. Corro hacia el pasillo y me arrodillo a su lado. Está desorientado, se tapa las heridas con las manos.

—Grande victoria, nena, grande... —Me coge la mano y me mira esperanzado—. Encontraste maldito, ¿sí? Tú encontraste.

Su voz suena lejana, cansada. Agarro su cabeza cuadrada con las manos y la colmo de besos. Mis ojos se humedecen sin mi consentimiento, supongo que será la tensión liberada, pero entonces comienzo a llorar sin control, las lágrimas caen a borbotones, no puedo pararlo. Hacía siglos que no lloraba y una parte de mí me mira fijamente, avergonzada por mi actitud, como si presenciara la rabieta de una niñata malcriada.

—Aprieta aquí —le digo, no quiero que me vea llorar—, ahora vengo. Voy a pedir una ambulancia.

Vuelvo al dormitorio donde está mi teléfono. Entre mis manos temblorosas y mis ojos acuosos me cuesta llamar a emergencias. Me identifico y doy la dirección. No tardarán en llegar.

Tengo el cadáver del librero junto a mí. Esa sonrisa roja sobre la porcelana blanca, quebrada ahora por un par de agujeros. Con un

pie la retiro despacio, hacia arriba, para descubrir su identidad.

No es Ángel, o como quiera que se llame mi violador furtivo, el que yace a mi lado. Íñigo Osorio, reputado médico, casado, millonario, filántropo inspirador de múltiples causas benéficas; una vida perfecta, envidiable, que interrumpía cada cuatro años para secuestrar, violar y matar a una pobre chica.

Las heridas comienzan a pesarme y las piernas amenazan con flaquear. Salgo de la habitación y voy junto a Dimitri, el mejor hombre que he conocido en mi vida. El único en realidad.

Abre los ojos cuando me ve, sonríe, me tumbo a su lado, lo abrazo intentando taponar sus heridas, y los dos caemos dormidos.

MIÉRCOLES

I

«Íñigo Osorio, madrileño de 47 años, neurocirujano de reconocido prestigio en la comunidad médica, es el principal sospechoso de los llamados crímenes del librero. Ayer fue abatido por la policía en una vivienda del centro de Madrid donde había secuestrado a Rebeca Ramos, argentina de nacimiento y enfermera del mismo hospital...».

—¿Puedes quitar el volumen? —le pido a Igor.

La imagen enmudece. Creía que me iba a gustar ver la noticia, pero en realidad me trae sin cuidado. Es un caso cerrado, otro más para engalanar mi expediente. Pero ahora solo quiero que me dejen salir de aquí cuanto antes, irme a casa, beberme una botella entera de mezcal y dormir un par de días.

—¿Qué te han dicho de...? —Igor, con su diplomacia habitual, me señala la frente.

Por instinto me llevo la mano a la cabeza, donde una venda cubre la quemadura generada por el sello.

—Esperarán a ver cómo cicatriza. Necesitaré cirugía, aunque ya me han anticipado que algo de marca quedará. No sé, lo mismo me acostumbro.

—No digas esas cosas, mujer —protesta Vera, de pie junto a la ventana.

—Seguro que queda bien —dice Beltrán, sentado en una silla junto a mí.

Llevan conmigo un rato largo, y eso que les he pedido encarecidamente que me dejaran sola. No me gusta que me vean así, tendida en la cama de un hospital. Estaría infinitivamente mejor sola o, al menos, en compañía de Dimitri, que permanece ingresado

en otra planta.

—Pues como te decía —continúa Beltrán—, el registro de la casa de Osorio ha sido muy revelador. Encontramos varias cosas: una carpeta con unas antiguas escrituras de su padre, referentes al centro comercial donde encontramos el cadáver de la chica que ahora sabemos que era Raquel Lucio, cuya desaparición no había sido denunciada; el escudo de armas que compró en el Rastro, unos vídeos con grabaciones de cuando eran chavales.

—¿Algo interesante?

—Son los mismos vídeos que publicó *Tribuna Digital*, todos con Adrián Montero como protagonista y que están obviamente sacados de contexto. No tenían otro propósito que incriminarlo.

—En el garaje hemos encontrado restos de otras cintas de vídeo que debió de quemar el día antes —continúa Vera—, supongo que serían las que no quería que viéramos. Los de la Científica están intentando rescatar algo, pero parece bastante difícil.

Recuerdo la conversación con Salva Guzmán justo antes de ver la cara de mi secuestrador en Tinder.

—Pero Guzmán nos dijo que se los había dado Samuel Galindo.

—Mintió —siguió Beltrán—, confesó en cuanto trascendió la noticia de la muerte de Osorio. Al parecer se los dio él y le pidió que contara la versión del profesor para incriminar a Adrián. Amenazó con hacerle daño a su familia y el hombre se acojonó, sobre todo después de la muerte de Galindo.

—También nos han confirmado —sigue Vera— que el puro que encontramos en la gasolinera donde encerró a Olivia era de Íñigo, tiene su ADN. Y que las huellas de los neumáticos que aparecieron en la gasolinera y en el centro comercial abandonado se correspondían con uno de sus coches.

—Pequeños deslices, aunque la verdad es que el mamón lo tenía bien pensado —sigue Igor—; de no ser por ti, quién sabe si se hubiera salido con la suya. Nos da un par de vídeos que vinculaban a Adrián con Maca, deja sus huellas en el crucifijo con el que mata a Galindo y mancha la sotana con su sangre, encadena al pobre cura desnudo con la chica para llenar su cuerpo con su ADN... Si no llegas a estar allí, tendríamos el cadáver de Rebeca y al culpable

espichado en el patio. Caso resuelto.

—Por suerte estaba allí —concluyo.

Beltrán se acomoda en la silla.

—Y eso es lo que no me queda claro, René, para qué fuiste a tu piso.

Esta parte no me gusta. Obviamente no he dicho nada de Tinder ni de mi particular persecución al hombre, así que tuve que improvisar cuando me preguntó nada más verme y ya no puedo echarme atrás.

—Ya te lo he dicho cien veces, joder, no me lo preguntes más: eché un ojo a las cámaras de seguridad que tengo en la casa y vi que había alguien.

—¿Y por qué no nos dijiste nada? Hubiéramos mandado una patrulla.

Pongo una mirada asqueada, como si estuviera harta de contestar algo tan evidente.

—Porque no sabía que era él. Pensé que era un ocupa o un ladrón, nada más.

Omito mirar a Igor y Vera porque estoy segura de que saben que no es así. Me vieron salir despavorida del despacho de Salva sin decir una palabra.

—Lo más interesante ha sido el testimonio de su mujer, de Amanda. —Vera sale al rescate. La miro sin comprender—. Ha sido muy revelador, la verdad. Venía bien aconsejada por su abogado y sus dos amigos millonarios.

—¿Bruno Medina y Álvaro Díaz de Arcaya?

—Exacto —sigue Beltrán—, allí estaban los dos, consolándola. Al final la chica prefirió confesar. Al parecer hacía tiempo que sospechaba de su marido. Encontró un papel con la frase «De los doce que vieron, soy el cuarto» escondida en una caja de puros cuando todavía no se había hecho público. Y el rostro de Olivia en el ordenador antes de que la secuestraran. Esto último lo hemos chequeado con Tecnológica y es cierto.

Se hace un silencio. Ojalá sea el preludio de una despedida, aunque no parecen moverse del sitio.

—Íñigo Osorio... —concluye Vera, pensativa—. ¿Quién lo iba a

decir?

—Al final he tenido que venir de Donosti para resolver el caso. Niñata, espero que no se convierta en costumbre que me llaméis cada vez que estéis atascados por aquí.

—Tranquilo, chuletón, por mí puedes ir a pastar al norte cuando quieras.

Se ríe. Tiene un extraño sentido del humor.

—Tan rico, tan guapo, tan médico... Quizá por eso no te lo planteaste. —Voy a encender un poco a la abuela, que enrojece en presencia de Beltrán.

—Quizá, ¿cómo dijiste?: «No hay nada peor que una policía con prejuicios».

—Amén, niñata —suelta Igor.

Beltrán se levanta por fin.

—Bueno, René, te dejamos descansar. Cualquier cosa que necesites me llamas. —Se queda un rato largo mirándome—. Enhorabuena, un gran trabajo.

—Gracias. —Sonrío triunfante.

El jefe se marcha, pero los otros siguen apoltronados. ¿Me los quitaré de encima alguna vez? Sueño con poder levantarme, vestirme, evitar las protestas de las enfermeras e ir a ver a Dimitri.

Vera tiene los brazos cruzados y la mirada perdida. No parece muy feliz precisamente.

—Igor, ¿nos dejarías solas un momento? —plantea como algo casual, como si necesitara una rápida confidencia con una amiga.

—Claro, bajo a la cafetería. Te veo luego, niñata.

Recuesto mi cabeza en la almohada mientras observo la televisión, resignada a no poder estar ni un minuto sola. Ofrecen una imagen exterior, parece la salida de un tanatorio. Hay mucha gente en corrillos, trajes oscuros, gafas de sol, gestos apenados.

De entre toda la muchedumbre solo distingo a dos personas que se encuentran en la escalinata: Bruno Medina y Álvaro Díaz de Arcaya se acercan hasta encontrarse, se dan un abrazo, los dos parecen conmocionados. Se apartan levemente, cada uno retiene entre sus manos la cabeza del otro, se miran, se hablan sin pronunciar palabra durante unos instantes, vuelven a abrazarse.

II

El entierro de Íñigo se celebra en la más estricta intimidad, sin rastro de amigos ni compañeros de profesión. Los medios de comunicación han quedado fuera del recinto y no pueden seguir la exigua comitiva que acompaña la despedida.

El féretro reposa sobre una camilla que empuja un hombre trajeado, avanzando por un camino estrecho rodeado de tumbas y panteones. Un sacerdote camina a su lado entonando una oración infinita.

Tras la comitiva caminan la madre y la hermana, agarradas del brazo, derramando lágrimas de dolor, impotencia y sorpresa. Entierran a un hijo y un hermano, pero también un secuestrador, un violador, un asesino. Las dos caminan en silencio, preguntándose cómo se puede despedir a alguien con amor después del mal que ha hecho en la tierra.

Amanda y Ane van tras ellas, también en silencio, también intentando procesar unos sentimientos rotos por la desgracia. En los pocos momentos de lucidez que le permiten los sedantes, Amanda no para de buscar desesperada una explicación, de reprocharse a sí misma tanta ingenuidad. ¿Cómo es posible estar enamorada durante más de veinte años de un criminal? ¿Qué tipo de mujer puede dormir cada noche con un hombre sin sospechar que es una bestia salvaje y atroz? Se avergüenza de sí misma, se avergüenza ante un mundo que la contempla como la pobre idiota que es.

Ane solo quiere olvidar, enterrar junto al féretro el desliz que vivieron solo unos días antes y borrarlo por completo de su biografía. Hacer como si no hubiera ocurrido, desprenderse del olor de su piel, del tacto de sus manos, del sabor de sus labios. La martiriza pensar que el mismo cuerpo del que ella había disfrutado torturó y asesinó a aquellas pobres chicas.

Bruno y Álvaro caminan cabizbajos varios metros por detrás de la comitiva.

—Mira esto —murmura Álvaro—, toda una vida de servicio a los demás, miles de pacientes operados, todas esas iniciativas sociales,

y ahora solo seis personas en su jodido entierro. Es una puta vergüenza.

—Nadie quiere enterrar a un asesino.

—Estoy acojonado, tío, no he pegado ojo.

—Pues tranquilízate y no hagas tonterías.

Álvaro lo mira sorprendido.

—No me digas que no te afecta, joder, ¡han matado a nuestro amigo —eleva el tono del susurro—, a nuestro hermano! Le han metido diez balas en el cuerpo y nosotros lo hemos presentado al mundo como un puto asesino.

Bruno le agarra del brazo y aprieta fuerte.

—Pero ¿qué coño te pasa? No hemos hecho otra cosa que cumplir su voluntad, ¿es que tengo que recordarte nuestro juramento? Si uno de nosotros cae, se sacrifica por los demás. Así somos, así es nuestra amistad. Íñigo estará orgulloso de cargar con todo esto como lo habría estado yo si me hubiera pasado.

Cuando contempla los ojos llorosos de Álvaro, se arrepiente de su actitud y suaviza el tono. Suelta su brazo para acariciarle con cariño la espalda.

—Todo va a ir bien, estamos juntos en esto, confía en mí.

—¿Cómo estás tan seguro? Si siguen investigando, quizá lleguen...

—No llegarán a ningún lado. Todas las pruebas lo señalan, todas. No hay motivo para que no cierren el caso. Solo tenemos que estar tranquilos, acompañar a Amanda, cuidar de ella, mantenernos unidos y llorar por nuestro amigo. Nada más.

La comitiva se detiene junto a la tumba y un par de operarios alzan el féretro para colocarlo en posición. Amanda y Ane se sitúan en un silencio reverente junto a la madre y la hermana, contemplando la escena. Álvaro y Bruno ralentizan sus pasos, tratando de retrasar una despedida para la que no están preparados.

Bruno esboza entonces una sonrisa triste.

—¿Sabes que el muy cabrón le puso el sello a Renata? —Álvaro lo mira, perplejo—. Quería apuntarse un último tanto, romper el empate, ganar...

El sacerdote entona un padrenuestro mientras los operarios van poco a poco haciendo descender el féretro. Se escucha el llanto

silente de las mujeres.

—Lo que más me jode es que se nos acabó el juego, amigo mío; eso me deja vacío, muerto en vida. Porque todo va de eso —sigue Bruno, emocionado, mientras se acercan a ellas—, de jugar, de ganar, de poseer, de competir... De vivir.

III

Igor sale y nos quedamos solas. Se genera un incómodo silencio. Vera coge una silla y la acerca a mi cama. Se sienta, para mi gusto, demasiado cerca.

—He estado presente en el registro de la casa de Íñigo Osorio.

—Muy bien. ¿Y?

La miro sin comprender.

—Encontré esto.

Duda un instante, pero finalmente se decide. Saca despacio del bolsillo un colgante... Mi colgante. Estoy tentada de arrebatárselo, pero me reprimo.

—¿Qué es? —pregunto con poca convicción.

—¿De verdad quieres que te lo diga?

Y aquí sí que empiezo a preocuparme. ¿Hasta dónde ha llegado la maldita abuela?

—Ilústrame —contesto con mi chulería habitual.

—Bueno, me conformaré con contarte una historia, una leyenda si lo prefieres así. Había una vez una niña de quince años que se hartó de un padre violento. Tenía que presenciar cómo las maltrataba a ella y a su madre, una y otra vez, así que decidió ponerle fin. Había un niño en su finca, el hijo de los guardeses. El pobre no tenía muchas luces, pero estaba locamente enamorado de la niña. Por ella haría cualquier cosa, lo que le pidiera, no era capaz de discernir entre el bien y el mal, así que la chiquilla le pidió que matara a su padre. A cambio le ofreció amor eterno, seguramente algún favor sexual también porque el pobre demonio no se lo pensó. Descerrajó dos tiros al padre y acudió al encuentro de su amada.

Llevo un minuto sin respirar, tratando de averiguar cómo se ha enterado. El caso quedó cerrado a los meses de la muerte de mi padre y desde entonces se pudre cogiendo polvo en algún archivo policial.

—El barranco del Carnero, allí debían encontrarse después de cometer el crimen. Él creía seguramente que por fin iba a poder hacerla suya; ella tenía una intención diferente. La niña, que quizá sufriera algún trastorno que tampoco le permitía ser del todo consciente de sus actos, despeñó al pobre por el barranco. No podía fiarse de él, era un cabo suelto muy frágil. —Eleva el colgante, que oscila ante mis ojos—. Y esto es un recuerdo: uno de los dos casquillos de bala que acabaron con la vida del padre. El otro está en el expediente, y es idéntico a este. Obviamente trabajado, prensado, es muy bonito, la verdad. Un recuerdo que no se podía perder, que no podía caer en manos de cualquiera, por el que merecía la pena buscar durante años.

No sé por qué lo cogí. Lo vi en el suelo, a los pies de Benito, que me miraba con esos ojos ridículos que tenía. Él se agachó y me lo dio, «un recuerdo de nuestro amor», dijo sonriente con su cara bobalicona. Entonces le dije que cogiera el otro, el que tenía detrás. Cuando se giró aproveché para empujarlo. Ni siquiera gritó. Rebotó en las rocas hasta caer.

Con mi amuleto, corrí de vuelta a casa con ayuda de mi linterna. Me metí en la cama y esperé a que me despertaran. Lo peor de todo es que llegué a quedarme dormida; realmente tuvieron que aporrear la puerta para despertarme.

El casquillo lo prensé y lo convertí en un precioso colgante que nunca abandoné hasta el día en que me lo quitaron.

—Lo he encontrado en casa de Íñigo.

Así que fue él. Supongo que el tal Ángel no era más que un señuelo.

Cojo el colgante y lo acaricio. Años de búsqueda, cientos de hombres a mis espaldas solo para volver a sentir la reconfortante sensación de acariciarlo. No es solo un colgante, es mucho más. Es la paz y la calma en un cabeza como la mía, que está siempre envuelta en una oscura tempestad, es también un sentimiento de

justicia, de conexión con mi infancia, de equilibrio entre la vida y la muerte. Mi padre era un ser despreciable, un hombre maldito que convirtió mi vida y la de mi madre en un infierno. Ese colgante es para mí el amanecer de un mundo sin crueldad, sin gritos, sin golpes, sin miedo. Tantas noches llorando, suplicando por una vida en paz, pidiendo al más allá que se llevara a aquel monstruo de mi vida... El colgante es el sueño cumplido, es la esperanza.

—Quería que lo tuvieras —dice con ese tono conciliador que tanto me enerva.

—Querías que lo supiera.

Es el verdadero motivo de su particular investigación: que tuviera claro que mi secreto ya no era solo mío. Me mira expectante, insegura ante mi reacción.

—Has hurgado en mi pasado, has elaborado tus teorías, crees conocer la verdad y me la sueltas así, en la cama del hospital, todavía convaleciente, unas horas después de matar a Íñigo Osorio, el librero al que no tocaste ni un pelo durante treinta años.

—No es mi propósito...

—Sé perfectamente cuál es tu propósito, no tienes que excusarte. Te presentas con un secreto inconfesable y exiges el respeto que te mereces. —Niega con la cabeza, pero sus ojos se muestran avergonzados—. Lo entiendo, de verdad que sí. Pero ahora permíteme equilibrar un poco la balanza.

Se muestra ahora sorprendida, se reclina en su asiento intentado buscar mayor distancia.

—¿Cuántos años tiene tu hija? No, no me lo digas, yo misma te lo adivino: veintiocho, ¿verdad? Sí, claro que sí. Nacida en 1997. Ya estabas casada por entonces con tu fiel marido y de pronto llegó la sorpresa, la alegría. Por fin la familia estaba completa, feliz. ¿Qué ocurriría si le hacemos una prueba de paternidad?

Su mandíbula comienza a temblar. La seguridad que emanaba hace un instante, cuando me ha contado sus descubrimientos como si fuera el puto Sherlock Holmes, se desvanece.

—No sé si el padre es Íñigo o cualquiera de sus amigos millonarios, ni idea, pero es uno de ellos. Tampoco sé cómo ocurrió. Supongo que fue un interrogatorio que se fue de las manos...

literalmente. Y no te juzgo, créeme, a estas alturas ya sabes como soy en estos temas. Pero lo que me jode —me incorporo en la cama para acercarme a ella—, lo que me vuela la cabeza es que durante todo este tiempo lo hayas protegido, le hayas permitido matar a esas pobres chicas con tu silencio, con tu colaboración.

—No es así. —Rompe a llorar, histérica—. No es así...

—Asesora de seguridad. En 1999 pediste autorización a la jefatura superior para poder compaginar tu trabajo como colaboradora externa de una empresa. Por supuesto lo aceptaron. A partir de ahí comenzó la lluvia de dinero. Las coincidencias son bastante evidentes, podías haber puesto un poco de cuidado. Año 2000, cuando mataron a Sandra Vila. Volvías a Madrid y la niña necesitaba una bonita casa donde vivir. Ese año fue productivo, ni más ni menos que unos ingresos de quinientos mil euros.

—Les ayudé a montar...

Levanto la mano.

—Por favor, no me insultes con tus putas excusas. En el 2015 se fue a Boston a trabajar. Una beca, me dijiste, jodida mentirosa. También ayudaste a montar algo porque recibiste doscientos mil euros anuales hasta que la nena acabó la carrera.

Me recuesto en la cama. El efecto de los analgésicos comienza a pasar y noto cómo la cicatriz de la frente empieza a hervir y los puntos de las piernas me tiran. Acaricio con delicadeza el colgante.

Estoy cansada. Miro por la ventana, que tan solo me ofrece las copas de los árboles. El poco rato que he estado sola estuve reflexionando sobre el papel de Vera y qué hacer con ella.

La miro de nuevo y está llorando. La coraza que la protegía hasta ahora está hecha añicos. Ya no tengo una policía jubilada, una altiva exinspectora dispuesta a darme lecciones; sentada junto a mí hay una abuela de setenta años llorando avergonzada, asustada. Trata de recomponerse, intenta controlar los espasmos antes de hablar.

—No sabía quién era —arranca mal—, me da igual si te lo crees, pero es la verdad, no lo sabía. En todo este tiempo solo he hablado con Álvaro, el padre de Tania. —Un punto para Renata—. Ya ni recuerdo cómo fue. No estaba bien en mi matrimonio por aquel entonces. Estaba destinada a Pamplona y Ernesto trabajaba en

Móstoles. Nos veíamos los fines de semana y no todos. Fue un descuido, quedamos un par de veces nada más, una aventura en mi crisis de los cuarenta, y tuve la mala suerte de quedarme embarazada.

Parece algo más calmada, mira al infinito, se retuerce las manos, seguramente sea la primera vez que pronuncia esas palabras en voz alta.

—Se comprometió a desaparecer, fingiríamos que el padre era mi marido y él se esfumaría de mi vida.

—A cambio de olvidarte de ellos.

Asiente con la cabeza.

—La llegada de la niña salvó mi matrimonio, hasta el día de hoy. Me destinaron a Madrid y conseguimos crear la familia que añorábamos, montamos nuestra vida en torno a ella y fue perfecto. Pero en cuanto puse un pie en Madrid volvió a aparecer. No quería verla, más allá de las fotos que le enseñaba, pero sí quería que... Me cuesta decirlo. Quería que su hija tuviera una buena vida. Así es como me propuso darme dinero a través del trabajo.

—¿Por qué no dejaste la policía?

—Porque él no quería. Me quedé atrapada sin darme cuenta, René. En cuanto acepté el primer pago, supe que estaba jodida. Mi familia estaba comprometida con la paternidad de Tania y ahora mi profesión de policía también lo estaba, aceptando pagos de un posible implicado.

—¿Álvaro tuvo algo que ver?

—Ahora sé que no, pero en ese momento no lo sabía. Lo investigué, por supuesto, también a los otros dos, pero, salvo un par de coincidencias, no encontré nada. —No me lo creo y la duda se me nota en la cara—. Sé lo que piensas, pero es la verdad. Por supuesto que sabía que alguno de ellos tenía algún tipo de implicación, pero no tenía ninguna prueba sólida contra nadie. Suponía que Álvaro estaría encubriendo a alguno de sus amigos, y a la vista está que así era.

El cansancio me pesa y no pienso con demasiada claridad, así que opto por acabar con el interrogatorio. De las próximas respuestas obtendré mi decisión.

—Te lo voy a preguntar una vez, y si me mientes, lo sabré. —Me mira desconcertada, nerviosa—. ¿Íñigo Osorio se benefició de tu actuación, o de tu omisión, para matar a las chicas?

Ha dejado de reflexionar, está inmóvil mirándome, aunque no es a mí a quien contempla, sino a su propio pasado, repasando una historia que seguramente la habrá torturado la vida entera.

—No —responde al fin contundente—, aunque eso no me libera de responsabilidad. Si me preguntaras si, en lugar de estar yo al frente, hubiera estado otra persona y habría dado con el librero antes, entonces seguramente la respuesta sería sí. Pero no porque yo hiciera o dejara de hacer algo concreto en la investigación, sino porque nunca me sentí libre para perseguirlo.

Me gusta su sinceridad, cómo suenan sus palabras, es como si la descubriera por primera vez. Prefiero la versión de la abuela asustada, preocupada por el futuro de su familia, que la de la expolicía pretenciosa.

Aprieto el botón rojo. Necesito más medicación y que me lleven junto a Dimitri.

La miro entonces y contemplo una expresión asustada, inquieta ante el veredicto. Si pretende conmoverme, no será fácil, a estas alturas debería saberlo. Pero lo cierto es que yo tampoco soy libre para dar el siguiente paso. Si la desgraciada no hubiera descubierto las sombras de mi pasado, seguramente llamaría a Beltrán y disfrutaría viéndola salir de la habitación con las esposas a la espalda. Mis dedos palpan la textura fría del cartucho, con la uña acaricio el relieve de la marca que ilustra el pequeño círculo. Acaricio la bala que mató a mi padre, que me liberó de la injusticia, que me hizo feliz. La constatación de que a veces hacemos cosas malas por un fin mejor.

—Ahora sí —contesto—, se ha equilibrado la balanza.

IV

La rutina esperaba paciente el regreso de Igor a San Sebastián, y no

tardó en distraerlo con nuevos asuntos que se acumulaban sobre su mesa. Los días pasaban con la intensidad habitual y tenía que esforzarse para encontrar un rato y llamar a Renata para comprobar su evolución.

Disfrutaba de esas conversaciones breves jalonadas de unos insultos que habían terminado adquiriendo entre ellos un tono entrañable. Sin buscarlo, y contra todo pronóstico, no podía negar que le había cogido cariño a esa chica de mirada oscura y temperamento perturbado. Era seguramente el espécimen más original que había visto en la policía desde hacía años. No la perdería de vista.

Acaba de colgar con ella. Le ha contado que tiene una nueva visita al cirujano para evaluar una intervención que mitigue la cicatriz.

—En realidad, me estoy acostumbrando. Ya ni me la cubro, me encanta ver la cara de la gente cuando la ven.

Igor está tumbado en el sofá de su casa con la televisión encendida mientras revisa el buzón de voz de su móvil. Está buscando un mensaje que le enviaron de la compañía del gas anunciando la revisión de la caldera, pero no lo encuentra. Tiene el buzón repleto de llamadas comerciales.

Entonces escucha una voz que tarda en ubicar: «Igor, soy Aitor. Oye, me llevó media tarde encontrar el sitio que me dijiste, me debes una. Me he recorrido cinco tiendas de mierda. Tengo a la mujer de uñas. Bueno, la cuestión es que la dueña se acordaba del encargo, por eso de las varillas que se desenroscan. Tienen todos los encargos registrados en un programa. En este caso no aparece la identidad del cliente, solo unas iniciales: B. M. Espero que te sirvan. Venga, nos vemos en Donosti».

Igor tiene que escuchar el mensaje varias veces mientras procesa el alcance que aquellas dos letras pueden tener.

Epílogo

Otra vez el maldito bosque, otra vez vuelvo a verme corriendo, huyendo, enfocando con la linterna un camino encrespado rodeado de zarzas. Miro hacia atrás nerviosa, aunque sé que nadie me sigue. Lo he soñado tantas veces que todavía no entiendo por qué me altera.

Me agito en la cama, no puedo abrir los ojos, sigo inmersa en mi eterna pesadilla y no despertaré hasta que mis demonios me suelten por fin y me dejen ir. Y mientras, sigo corriendo, jadeando por el esfuerzo, sudando en mis sueños y en la realidad.

Llevo el cartucho de bala aferrado en la mano derecha, agarrándolo fuerte para que no se me caiga. Tengo que ponerlo a salvo, tengo que sacarlo del bosque para protegerlo. Pero entonces noto algo extraño, algo distinto a sueños anteriores: mi mano sujeta algo más grande, no es un pequeño casquillo de bala, sino algo diferente. Me detengo en mitad de la noche oscura y observo con atención mi puño, extrañada, confundida, lo giro y abro por fin los dedos.

No es el cartucho lo que sostiene mi mano sino el sello. Lo miro extrañada, le doy la vuelta, lo examino con atención, paso mi dedo por el contorno de la inscripción, desenrosco los dos palitos que representan los puntos de las íes que contiene la palabra. Quito uno, luego el otro, pongo los dos, y entonces ya no estoy en el bosque, sino en un descampado frente a una gasolinera abandonada. Un viento encrespado agita unas nubes oscuras y bajas, furiosas, y no estoy sola, sino en el centro de un grupo de chicas que me miran inexpresivas, vestidas con camisones blancos que bailan al compás del viento.

Las miro, una a una, las reconozco sin dudarlo, todas tienen la

cicatriz en la frente, todas son las víctimas del librero.

Me detengo en la primera, Maca, y toco con delicadeza la palabra, acaricio la línea que la rodea. La chica me quita con delicadeza el sello y desenrosca con cuidado los dos palitos. Sus ojos me miran fijamente, inquietos, como esperando una reacción.

Se lo pasa a la siguiente, Sandra, que lo coge y enrosca con sus delicadas manos el primero de los puntos. El resultado es un exlibris con un único punto sobre la primera *i*. Miro su frente: así lleva grabada la palabra.

Y así van pasándoselo una a una, y yo voy situándome frente a ellas mientras toman el sello para manipular las varillas, mostrándome luego sus frentes, escrutándome con sus miradas expectantes, nerviosas, como si esperaran algo de mí que no acabo de averiguar.

Rebeca es la última. Su rostro se me presenta más vivo, real, tal y como lo vi tumbada en mi propia cama. Enrosca los dos palitos y muestra un exlibris pleno, con los dos puntos sobre las íes. Me mira y emite un gesto triste. Lo tiende a su derecha, pero no es una chica quien lo toma, sino Samuel Galindo, de pie, con el pecho descubierto y la cruz clavada en él. Muestra una sonrisa afable y tranquila, trata de transmitirme una calma impropia de la escena. Y entonces se gira poco a poco, despacio, para mostrarme su espalda repleta de puntos y rayas.

La contemplo durante unos instantes, miro de nuevo los rostros marcados de las chicas, les pregunto qué quieren de mí, mantengo sus miradas implorantes mientras trato de ordenar el caos que me rodea.

Y entonces lo comprendo, y de pronto el viento amaina y el silencio se derrama en una escena que se congela, el mundo se detiene ante una realidad que no había sido capaz de descubrir hasta ahora. Las chicas gritan al unísono un alarido de venganza y liberación, y me despierto de pronto sobre mi cama, sudada y jadeando, agitada.

Cuando me despojo de los últimos abrazos del sueño, comprendo que las frentes marcadas y los símbolos en la espalda no son realidades distintas, sino elementos de una misma partida. Un juego

infame cuyas reglas he tardado en comprender y cuyos jugadores han disfrutado ocultos tras las sombras. Hasta ahora.

Sonrío satisfecha. Tengo dos presas nuevas a las que perseguir.

La caza ha comenzado.

Agradecimientos

Nadie escribe un libro solo. Las páginas que sostienes están repletas de consejos, ideas y sugerencias aportados por un número indeterminado de cooperadores necesarios, muchos de ellos involuntarios, sin los cuales este libro no existiría. Toca, por tanto, agradecer a los más cercanos.

Quisiera empezar por mostrar mi total gratitud a los lectores de mi anterior novela, *No mientas,* que acogisteis con tanto cariño. Ojalá este libro cumpla vuestras expectativas.

Mi agradecimiento infinito a las primeras lectoras de *Malditos,* Blanca del Burgo, Estefanía Clavero y Ana Torres. No solo me regalaron sus valiosos comentarios, sino que me empujaron a terminar la novela cuando la tentación de abandonarla resultaba sorprendentemente razonable. Vuestro ánimo fue decisivo.

A mi editora, Rosa Pérez, y a toda la familia de Espasa, gracias por abrirme con tanto cariño las puertas de vuestra casa y apostar por el libro.

Gratitud absoluta para Justyna Rzewuska. Es un orgullo para mí contar con una agente como ella. Gracias por convertir en realidad este segundo sueño.

Mención especial para mis tres personas favoritas en este mundo. A Marta, mi mujer, a quien he vuelto a incumplir la promesa de escribir un libro romántico (solo unos asesinatos más y me pongo con ello). Mi gratitud infinita porque sin ella no juntaría dos palabras seguidas. Y a mis hijos, Patricia y Arturo, de su orgulloso padre que disfruta como un niño de cada una de sus sonrisas.

Y, por último, a todos los malditos (afortunadamente pocos) con los que me he cruzado en la vida. Gracias por la inspiración. No cambiéis.